
THE LIBRARY OF CONGRESS


THE LIBRARY OF CONGRESS

EL NUEVO TESTAMENTO

DE NUESTRO SEÑOR

JESUCRISTO,

TRADUCIDO

EN ESPAÑOL.

VERSION COTEJADA CUIDADOSAMENTE CON LAS

LENGUAS ANTIGUAS.

JESUS RESPONDIO: ESCUDRIÑAD LAS ESCRITURAS.—San Juan, Cap. V., ver. 39.

NUEVA-YORK:

EDICION ESTERIOTIPICA.

....

1860.

[*Bourgeois*, 18*mo*.]

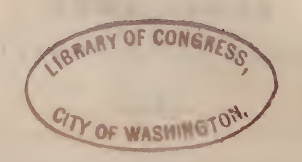
ORDEN DE LOS LIBROS

DEL

NUEVO TESTAMENTO

CON EL NUMERO DE SUS CAPITULOS.

7th Ed.—Span.



EL

SANTO EVANGELIO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

SEGUN

SAN MATEO.

CAPITULO I.

Genealogía de Jesucristo, su concepcion por obra del Espíritu Santo, y su nacimiento.

GENEALOGIA de Jesucristo
hijo de David, hijo de Abra-
ham.
2 Abraham engendró á Isaac.
Isaac engendró á Jacob. Jacob
engendró á Judas, y á sus her-
manos.
3 Judas engendró de Thamar á
Pharés, y á Zara. Pharés en-
gendró á Esron. Esron engendró
á Aram.
4 Aram engendró á Aminadab.
Aminadab engendró á Naasson
Naasson engendró á Salmon.
5 Salmon engendró de Rahab a
Booz. Booz engendró de Ruth á
Obed. Obed engendró á Jessé.
Jessé engendró al rey David.
6 El rey David engendró á Sa-
lomon de la que fué *mujer* de
Urías.
7 Salomon engendró á Roboam.
Roboam engendró á Abias. Abi-
as engendró á Asá.
8 Asá engendró á Josaphat.
Josaphat engendró á Joram. Jo-
ram engendró á Ozías.
9 Ozías engendró á Joatham.
Joatham engendró á Achâz.
Achâz engendró á Ezechîas.
10 Ezechîas engendró á Manas-
sés. Manassés engendró á Amon.
Amon engendró á Josías.
11 Josías engendró á Jechôní-
as, y á sus hermanos cerca del
tiempo de la transportacion á
Babilonia.
12 Y despues de la transporta-
cion á Babilonia: Jechônías en-
gendró á Salathiel. Salathiel en-
gendró á Zorobabel.
13 Zorobabel engendró á Abiud.
Abiud engendró á Eliacim. Eli-
acim engendró á Azor.
14 Azor engendró á Sadoc. Sa-
doc engendró á Achîm. Achîm
engendró á Eliud.
15 Eliud engendró á Eleazar.
Eleazar engendró á Mathan.
Mathan engendró á Jacob.
16 Y Jacob engendró á Josef, el
esposo de María, de la cual nació
Jesus, por sobrenombre CRISTO.
17 Así son catorce todas las ge-
neraciones desde Abraham hasta
David: y las de David hasta la
transportacion á Babilonia ca-
torce generaciones: y tambien
catorce las generaciones desde la
transportacion á Babilonia hasta
Cristo.
18 ¶ Pero el nacimiento de
Cristo fué de esta manera: Es-
tando desposada su madre María

con Josef, antes que hubiesen estado juntos, se halló que habia concebido en su seno del Espíritu Santo.

19 Mas Josef su esposo, siendo, como era, justo, y no queriendo infamarla, resolvió dejarla secretamente.

20 Estando él en este pensamiento, hé aquí que un ángel del Señor le apareció en sueños, diciendo: Josef hijo de David, no tengas recelo en recibir á María tu esposa; porque lo que ha sido concebido en ella, lo ha sido por obra del Espíritu Santo.

21 Asi que parirá un hijo á quien pondrás por nombre Jesus: pues él es el que ha de salvar á su pueblo de sus pecados.

22 Todo lo cual se hizo en cumplimiento de lo que prenunció el Señor por el profeta, que dice:

23 Sabed que una vírgen concebirá y parirá un hijo, á quien pondrán por nombre Emmanuel, que traducido significa, Dios con nosotros.

24 Con eso Josef, al despertarse, hizo lo que le mandó el ángel del Señor, y recibió á su esposa.

25 Y no la conoció hasta que ella dió á luz á su hijo primogénito, á quien puso el nombre de Jesus.

CAPITULO II.

Adoracion de los magos: huida de Jesus á Egipto: cruel muerte de los inocentes: Jesus, María y Josef vuelven de Egipto.

HABIENDO pues nacido Jesus en Bethlehem de Judá, reinando Herodes, hé aquí que unos magos vinieron del oriente á Jerusalem,

2 Preguntando: ¿Dónde está el nacido rey de los Judíos? porque nosotros vimos en oriente su estrella, y hemos venido con el fin de adorarle.

3 Oyendo esto el rey Herodes, turbóse, y con él toda Jerusalem.

4 Y convocando á todos los príncipes de los sacerdotes, y á los escribas del pueblo, les preguntaba en dónde habia de nacer el Cristo.

5 A lo cual ellos respondieron: en Bethlehem de Judá: Que asi está escrito en el profeta:

6 Y tú, Bethlehem tierra de Judá, no eres ciertamente la menor entre las Capitales de Judá; porque de tí saldrá el Caudillo que ha de regir á mi pueblo de Israél.

7 Entonces Herodes llamando en secreto á los magos, averiguó cuidadosamente de ellos el tiempo en que la estrella les apareció:

8 Y encaminándolos á Bethlehem, les dijo: Id, é informáos puntualmente de lo que hay de ese niño; y en habiéndole hallado, dádme aviso, para ir yo tambien á adorarle.

9 Luego que oyeron esto al rey, partieron: y hé aquí que la estrella, que habian visto en oriente, iba delante de ellos, hasta que llegando sobre el sitio en que estaba el niño, se paró.

10 A la vista de la estrella se regocijaron en estremo.

11 Y entrando en la casa, hallaron al niño con María su madre,

y postrándose le adoraron, y
abiertos sus cofres, le ofrecieron
presentes de oro, incienso y mirra.
12 Y habiendo recibido en sue-
ños aviso para que no volviesen
á Herodes, regresaron á su pais
por otro camino.
13 Despues que ellos partieron,
un ángel del Señor apareció en
sueños á Josef diciéndole: Le-
vántate, toma al niño, y á su
madre, y huye á Egipto, y estáte
allí hasta que yo te avise; Por-
que Herodes ha de buscar al niño.
para matarle.
14 Levantándose Josef tomó al
niño y á su madre de noche, y se
retiró á Egipto,
15 Donde se mantuvo hasta la
muerte de Herodes; de suerte
que se cumplió lo que dijo el
Señor por boca del profeta: Yo
llamé del Egipto á mi hijo.
16 Entretanto Herodes, viéndo-
se burlado de los magos, se irritó
sobremanera, y mandó matar á
todos los niños, que había en
Bethlehem y en toda su comarca,
de dos años, y de dos años abajo,
conforme al tiempo que habia
averiguado de los magos.
17 Vióse cumplido entonces lo
que predijo el profeta Jeremías
diciendo:
18 En Ramá se oyeron las vo-
ces, muchos lloros y alaridos:
Raquel que llora sus hijos, sin
querer consolarse, porque ya no
existen.
19 Luego despues de la muerte
de Herodes, un ángel del Señor
apareció en sueños á Josef en
Egipto,
20 Diciéndole: Levántate, y
toma al niño, y á su madre, y
véte á la tierra de Israél; porque
ya han muerto los que atentaban
á la vida del niño.
21 Josef levantándose, tomó al
niño, y á su madre, y vino á
tierra de Israél.
22 Mas oyendo que Archêlao
reinaba en Judea en lugar de su
padre Herodes, temió ir allá; y
avisado en sueños, retiróse á
tierra de Galilea.
23 Y vino á morar en una ciu-
dad llamada Nazaret; cumplién-
dose de este modo el dicho de los
profetas: Será llamado Nazare-
no.

CAPITULO III.

El precursor Juan bautiza predicando é intimando el arrepentimiento: bautiza é Jesus, quien es dado á conocer por Hijo unigénito de Dios.

EN aquella temporada se dejó
ver Juan Bautista predican-
do en el desierto de Judea,
2 Y diciendo: arrepentíos, por-
que está cerca el reino de los
cielos.
3 Este Juan es aquel de quien
se dijo por el profeta Isaías: La
voz del que clama en el desier-
to: Preparad el camino del Se-
ñor: haced derechas sus sendas.
4 Traía Juan un vestido de pe-
los de camello, y un cinto de
cuero á sus lomos; y la comida
suya eran langostas y miel sil-
vestre.
5 Iban pues á él las gentes de
Jerusalem, y de toda la Judea, y
de toda la ribera del Jordan;
6 Y recibian de él el bautismo
en el Jordan, confesando sus pe-
cados.

7 Pero como viese venir á su
bautismo muchos de los fariseos
y saduceos, díjoles: ¡ O raza de
víboras! ¿ quién os ha enseñado
á huir de la ira venidera?
8 Haced pues convenientes fru-
tos de arrepentimiento.
9 Y dejáos de decir interior-
mente: Tenemos por padre á
Abraham; porque yo os digo que
poderoso es Dios para hacer que
nazcan de estas mismas piedras
hijos á Abraham.
10 Mirad que ya la segur está
aplicada á la raiz de los árboles.
Y todo árbol que no produce buen
fruto, será cortado, y echado al
fuego.
11 Yo á la verdad os bautizo
con agua para *moveros* al arre-
pentimiento; pero el que ha de
venir despues de mí, es mas po-
deroso que yo, y no soy yo digno
siquiera de llevarle las sandalias:
él es quien ha de bautizaros en
el Espíritu Santo y en el fuego.
12 El tiene en sus manos el
bieldo, y limpiará perfectamente
su era, y meterá su trigo en el
granero, mas quemará la paja en
un fuego inestinguible.
13 ¶ Por este tiempo vino Je-
sus de Galilea al Jordan en bus-
ca de Juan, para ser de él bauti-
zado.
14 Juan empero se resistia á
ello, diciendo: ¿ Yo debo ser
bautizado por tí, y tú vienes á
mí?
15 A lo cual respondió Jesus,
diciendo: Déjame hacer ahora;
que así es como conviene que
nosotros cumplamos toda justicia.
Entonces le dejó.
16 Al instante pues que Jesus
salió del agua bautizado, se le
abrieron los cielos, y vió al Es-
píritu de Dios bajar á manera de
paloma, y posar sobre él.
17 Y oyóse una voz del cielo
que decia: Este es mi querido
Hijo, en quien tengo puesta toda
mi complacencia.

CAPITULO IV.

Jesucristo ayuna y es tentado: vuelve á Galilea y establece su residencia en Capharnaum: empieza á predicar y á juntar discípulos, y es seguido de mucha gente.

EN aquella sazon Jesus fué
conducido por el Espíritu al
desierto para que fuese tentado
por el diablo.
2 Y despues de haber ayunado
cuarenta dias con cuarenta no-
ches, tuvo hambre.
3 Entonces acercándose el ten-
tador le dijo: Si eres el Hijo de
Dios, dí que esas piedras se con-
viertan en panes.
4 Mas Jesus le respondió: Es-
crito está: No de solo pan vive
el hombre, sino de toda palabra
que sale de la boca de Dios.
5 Despues de esto le transportó
el diablo á la santa ciudad, y le
puso sobre la almena del templo,
6 Y le dijo: Si eres el Hijo de
Dios échate de aquí abajo. Pues
está escrito: Que te ha encomen-
dado á sus ángeles, los cuales te
tomarán en sus manos, para que
tu pié no tropiece contra alguna
piedra.
7 Replicóle Jesus: Tambien es-
tá escrito: No tentarás al Señor
tu Dios.
8 Todavía le subió el diablo á

un monte muy encumbrado: y
mostróle todos los reinos del
mundo, y la gloria de ellos,
9 Y le dijo: Todas estas cosas
te daré, si postrándote delante
de mí me adorares.
10 Respondióle entonces Jesus:
Apártate de ahí Satanás: Porque está escrito: Adorarás al
Señor Dios tuyo, y á él solo servirás.
11 Con eso le dejó el diablo; y
hé aquí que se acercaron los ángeles, y le servian.
12 ¶ Oyendo despues Jesus que
Juan habia sido encarcelado, retiróse á Galilea:
13 Y dejando la ciudad de Nazaret, fué á morar en Capharnaum, ciudad marítima, en los
confines de Zabulon y Nephthalím:
14 Con que vino á cumplirse lo
que dijo el profeta Isaías:
15 El pais de Zabulon, y el
pais de Nephthalím, camino de
la mar, á la otra parte del Jordan, la Galilea de los Gentiles,
16 Este pueblo que yacía en
las tinieblas, ha visto una luz
grande: una luz ha venido á
iluminar á los que habitaban en
la region de las sombras de la
muerte.
17 Desde entonces empezó Jesus
á predicar, y decir: Arrepentíos,
porque está cerca el reino de los
cielos.
18 ¶ Caminando Jesus por la
ribera del mar de Galilea, vió á
dos hermanos, Simon, llamado
Pedro, y Andres su hermano,
echando la red en el mar, (pues
eran pescadores)
19 Y les dijo: Seguidme á mí,
y yo haré que vengais á ser pescadores de hombres.
20 Al instante los dos, dejadas
las redes, le siguieron.
21 Pasando mas adelante, vió
á otros dos hermanos, Santiago
hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, recomponiendo sus redes
en la barca con Zebedeo su padre,
y los llamó.
22 Ellos tambien al punto, dejando la barca y el padre, le siguieron.
23 E iba Jesus recorriendo toda
la Galilea, enseñando en sus sinagogas, y predicando el evangelio *ó buena nueva* del reino, y
sanando toda dolencia, y toda
enfermedad en los del pueblo.
24 Con lo que corrió su fama
por toda la Siria, y presentábanle
todos los que estaban enfermos, y
acosados de varios males y dolores, los endemoniados, los lunáticos, los paralíticos; y los curaba.
25 E íbale siguiendo una gran
muchedumbre de gentes de Galilea, y Decápoli, y Jerusalem,
y Judea, y de la otra parte del
Jordan.

CAPITULO V.

Sermon de Jesucristo en el monte: comienza con las ocho bienaventuranzas. Los apóstoles son la sal y la luz de la tierra. Dice que no vino á destruir la Ley sino á cumplirla. Sobre las palabras injuriosas, la reconciliacion, adulterio del corazon, escándalos, indisolubilidad del matrimonio, juramento, paciencia, amor de los enemigos, perfeccion cristiana.

MAS viendo Jesus este gentío,
se subió á un monte, donde

habiéndose sentado, se le acercaron sus discípulos;
2 Y abriendo su boca, los adoctrinaba diciendo:
3 Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.
4 Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.
5 Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.
6 Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.
7 Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.
8 Bienaventurados los de limpio corazon, porque ellos verán á Dios.
9 Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.
10 Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.
11 Bienaventurados sereis cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros.
12 Alegráos y regocijáos, porque es muy grande vuestra recompensa en los cielos: del mismo modo persiguieron á los profetas que ha habido antes de vosotros.
13 Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se hace insípida, ¿con qué se le volverá el sabor? Para nada sirve ya, sino para ser arrojada y pisada de las gentes.
14 Vosotros sois la luz del mundo. No se puede encubrir una ciudad edificada sobre un monte:
15 Ni se enciende la luz para ponerla debajo de un celemin, sino sobre un candelero, á fin de que alumbre á todos los de la casa.
16 Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.
17 No penseis que yo he venido á destruir la ley, ni los profetas: no he venido á destruirla, sino á darle su cumplimiento:
18 Porque con toda verdad os digo, que antes faltarán el cielo y la tierra, que deje de cumplirse perfectamente cuanto contiene la ley, hasta una sola jota ó ápice de ella.
19 Y así el que violare uno de estos mandamientos por mínimos que *parezcan*, y enseñare á los hombres á hacer lo mismo, será tenido por el mas pequeño en el reino de los cielos; pero el que los guardare y enseñare, ese será tenido por grande en el reino de los cielos.
20 Porque yo os digo, que si vuestra justicia no es mas llena y mayor que la de los escribas y fariseos, no entrareis en el reino de los cielos.
21 Habeis oido que se dijo á vuestros mayores: No matarás; y que quien matare, será sujeto á juicio.
22 Yo os digo mas: quienquiera que tome ojeriza con su hermano sin causa, merecerá que el juez le condene. Y el que le llamare

raca, merecerá que le condene el
concilio. Mas quien le llamare
fatuo, será reo del fuego del in-
fierno.
23 Por tanto, si al tiempo de
presentar tu ofrenda en el altar,
allí te acuerdas que tu hermano
tiene alguna queja contra tí,
24 Deja allí mismo tu ofrenda
delante del altar, y ve primero á
reconciliarte con tu hermano; y
despues volverás para presentar
tu ofrenda.
25 Compónte luego con tu con-
trario, mientras estás con él en el
camino; no sea que te ponga en
manos del juez, y el juez te en-
tregue en las del alguacil, y te
metan en la cárcel.
26 Asegúrote de cierto, que de
allí no saldrás, hasta que pagues
el último maravedí.
27 Habeis oido que se dijo á
vuestros mayores: No cometerás
adulterio.
28 Yo os digo mas: cualquiera
que mirare á una mujer con mal
deseo hácia ella, ya adulteró en
su corazon.
29 Que si tu ojo derecho es para
tí una ocasion de pecar, sácale y
arrójale fuera de tí; pues mejor
te está el perder uno de tus
miembros, que no que todo tu
cuerpo sea arrojado al infierno.
30 Y si es tu mano derecha la
que te sirve de escándalo, córta-
la y tírala lejos de tí; pues me-
jor te está que perezcar uno de
tus miembros, que no el que
vaya todo tu cuerpo al infierno.
31 Háse dicho: Cualquiera que
despidiere á su mujer, déle libe-
lo de repudio.
32 Péro yo os digo: que cual-
quiera que despidiere á su mujer,
si no es por causa de adulterio,
la espone á ser adúltera; y el
que se casare con la repudiada
es asimismo adúltero.
33 Tambien habeis oido que se
dijo á vuestros mayores: No ju-
rarás en falso; antes bien cum-
plirás al Señor tus juramentos.
34 Yo os digo mas, que de nin-
gun modo jureis; ni por el cielo,
pues es el trono de Dios;
35 Ni por la tierra, pues es la
peana de sus piés; ni por Jeru-
salem, porque es la ciudad del
gran rey:
36 Ni tampoco jurareis por
vuestra cabeza, pues no está en
vuestra mano el hacer blanco ó
negro un solo cabello.
37 Sea pues vuestro modo de
hablar, sí, sí: ó no, no: que lo
que pasa de esto, de mal princi-
pio proviene.
38 Habeis oido que se dijo: Ojo
por ojo, y diente por diente.
39 Yo empero os digo, que no
hagais resistencia al agravio;
antes si alguno te hiriere en la
mejilla derecha, vuélvele tam-
bien la otra:
40 Y al que quiere armarte
pleito para quitarte la túnica,
alárgale tambien la capa:
41 Y con quien te forzare á ir
cargado mil pasos, vé dos mil.
42 Al que te pide, dále; y no
tuerzas tu rostro al que pretende
de tí algun préstamo.
43 Habeis oido que fué dicho:
Amarás á tu prójimo, y tendrás
odio á tu enemigo.
44 Más yo os digo: Amad á

vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian,

45 Para que seais hijos de vuestro Padre celestial, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores.

46 Porque si no amais sino á los que os aman, ¿qué premio habeis de tener? ¿no lo hacen así aun los publicanos?

47 Y si no saludais á otros que á vuestros hermanos, ¿qué tiene eso de particular? por ventura ¿no hacen tambien eso los publicanos?

48 Sed pues vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.

CAPITULO VI.

Prosigue Jesus enseñando; y trata de la limosna, de la oracion, del ayuno: dice que no debemos atesorar para este mundo sino para el cielo: que nuestra intencion debe ser recta: que no se puede servir á Dios y al mundo; y hace ver la confianza que debemos tener en la Providencia divina.

GUARDAOS bien de hacer vuestras obras buenas en presencia de los hombres, con el fin de que os vean: de otra manera no recibireis galardon de vuestro Padre, que está en los cielos.

2 Y así cuando das limosna, no quieras publicarla á son de trompeta, como hacen los hipócritas en las sinagogas, y en las calles, á fin de ser honrados de los hombres. En verdad os digo, que ya recibieron su recompensa.

3 Mas tú cuando das limosna, haz que tu mano izquierda no perciba lo que hace tu derecha,

4 Para que tu limosna quede oculta, y tu Padre, que ve lo oculto, te recompensará publicamente.

5 Asimismo cuando orais, no habeis de ser como los hipócritas, que *de propósito* se ponen á orar de pié en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres: en verdad os digo, que ya recibieron su recompensa.

6 Tú, al contrario, cuando hubieres de orar, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora en secreto á tu Padre, y tu Padre, que ve lo secreto, te premiará publicamente.

7 En la oracion no *afecteis* hablar mucho, como hacen los gentiles, que se imaginan haber de ser oidos á fuerza de palabras.

8 No querais pues imitarlos; que bien sabe vuestro Padre lo que habeis menester, antes de pedírselo.

9 Ved pues cómo habeis de orar: Padre nuestro, que estás en los cielos: santificado sea el tu nombre.

10 Venga el tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así tambien en la tierra.

11 El pan nuestro de cada dia dánosle hoy.

12 Y perdónanos nuestras deudas, asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores.

13 Y no nos dejes caer en la tentacion; mas líbranos de mal. Porque á tí es á quien pertenece

el reino, y el poder, y la gloria
en los siglos de los siglos. Amen.
14 Porque si perdonais á los
hombres las ofensas que cometen,
tambien vuestro Padre celestial
os perdonará vuestros pecados.
15 Pero si vosotros no perdonais
á los hombres, tampoco vuestro
Padre os perdonará los pecados.
16 Cuando ayuneis, no os pongais
caritristes, como los hipócritas
que desfiguran sus rostros,
para mostrar á los hombres que
ayunan. En verdad os digo, que
ya recibieron su galardon.
17 Tú, al contrario, cuando
ayunas, perfuma tu cabeza, y
lava tu cara,
18 Para que no conozcan los
hombres que ayunas, sino únicamente
tu Padre, que está en lo
escondido; y tu Padre, que ve
lo secreto, te dará la recompensa
publicamente.
19 No querais amontonar tesoros
para vosotros en la tierra,
donde el orin, y la polilla los
consumen; y donde los ladrones
los desentierran, y roban.
20 Atesorad mas bien para vosotros
tesoros en el cielo, donde no
hay orin, ni polilla que los consuman;
ni tampoco ladrones que
los desentierren y roben.
21 Porque donde está tu tesoro,
allí está tambien tu corazon.
22 Antorcha de tu cuerpo son
tus ojos. Si tu ojo fuere sencillo,
todo tu cuerpo estará iluminado.
23 Mas si tienes malo tu ojo,
todo tu cuerpo estará oscurecido.
Que si lo que debe ser luz en tí
es tinieblas, las mismas tinieblas
¿ cuán grandes serán ?
24 Ninguno puede servir á dos
señores; porque ó tendrá aversion
al uno, y amor al otro, ó si
se sujeta al primero, mirará con
desden al segundo. No podeis
servir á Dios y á las riquezas.
25 En razon de esto os digo:
no os acongojeis por el cuidado
de hallar que comer para sustentar
vuestra vida, ó de donde sacareis
vestidos para cubrir vuestro
cuerpo. Qué ! ¿ no vale mas
la vida que el alimento, y el
cuerpo que el vestido ?
26 Mirad las aves del cielo,
como no siembran, ni siegan, ni
tienen graneros, y vuestro Padre
celestial las alimenta. ¿ Pues
no valeis vosotros mucho mas
que ellas ?
27 Y ¿ quién de vosotros á fuerza
de discurrir puede añadir un
codo á su estatura ?
28 Y acerca del vestido, ¿ á qué
propósito inquietaros ? Contemplad
los lirios del campo cómo
crecen: ellos no labran, ni tampoco
hilan.
29 Sin embargo yo os digo, que
ni Salomon en medio de toda su
gloria se vistió como uno de estos
lirios.
30 Pues si una yerba del campo,
que hoy es, y mañana se echa
en el horno, Dios asi la viste:
¿ cuánto mas á vosotros, hombres
de poca fé ?
31 Asi que no vayais diciendo
acongojados: ¿ Dónde hallaremos
que comer y beber ? ¿ Dónde
hallaremos con que vestirnos ?
32 Como hacen los paganos,
los cuales andan tras todas estas
cosas; que bien sabe vuestro

Padre la necesidad que de ellas
teneis.
33 Asi que, buscad primero el
reino de Dios y su justicia, y to-
das las demas cosas se os darán
por añadidura.
34 No andeis pues acongojados
por el dia de mañana; que el
dia de mañana harto cuidado
traerá por sí; bástale á cada dia
su propio afan.

CAPITULO VII.

Concluye Jesus su sermon admirable: advierte que no se debe juzgar mal del prójimo; y que no deben darse á los indignos las cosas santas: habla de la oracion y perseverancia en ella: de la caridad: de cuan estrecho es el camino del cielo: de los falsos profetas: de que por los frutos se conoce el árbol; y del edificio fundado sobre peña, ó sobre arena.

NO juzgueis *á los demas*, si
quereis no ser juzgados.
2 Porque con el mismo juicio
que juzgáreis, habeis de ser juz-
gados; y con la misma medida
con que midiereis, sereis medidos
vosotros.
3 Mas tú ¿con qué cara te
pones á mirar la mota en el ojo
de tu hermano, y no reparas en
la viga que está dentro del tuyo?
4 O ¿cómo dices á tu hermano:
Deja que yo saque esa pajita de
tu ojo, mientras tú mismo tienes
una viga en el tuyo?
5 Hipócrita, saca primero la
viga de tu ojo, y entonces verás
como has de sacar la mota del
ojo de tu hermano.
6 No deis á los perros las cosas
santas, ni echeis vuestras perlas
á los cerdos, no sea que las hue-
llen con sus piés, y se vuelvan
contra vosotros y os despeda-
cen.
7 Pedid, y se os dará: buscad,
y hallareis: llamad, y os abri-
rán.
8 Porque todo aquel que pide,
recibe: y el que busca, halla;
y al que llama, se le abrirá.
9 ¿Hay por ventura alguno en-
tre vosotros que, pidiéndole pan
un hijo suyo, le dé una piedra?
10 ¿O que si le pide un pez, le
dé una culebra?
11 Pues si vosotros, siendo ma-
los, sabeis dar buenas cosas á
vuestros hijos, ¿cuánto mas vues-
tro Padre celestial dará cosas
buenas á los que se las pidan?
12 Y así haced vosotros con los
demas hombres todo lo que de-
seais que hagan ellos con voso-
tros. Porque esta es la Ley, y
los Profetas.
13 Entrad por la puerta angos-
ta, porque la puerta ancha, y el
camino espacioso son los que
conducen á la perdicion, y son
muchos los que entran por ahí.
14 ¡Oh qué angosta es la puer-
ta y cuán estrecha la senda que
conduce á la vida! ¡y qué pocos
son los que atinan con ella!
15 Guardáos de los falsos profe-
tas, que vienen á vosotros dis-
frazados con pieles de ovejas;
mas por dentro son lobos vora-
ces:
16 Por sus frutos los conocereis.
¿Acaso se cogen uvas de los
espinos, ó higos de los abrojos?
17 Asi es que todo árbol bueno
produce buenos frutos, y todo
árbol malo da frutos malos.
18 Un árbol bueno no puede

dar frutos malos, ni un árbol malo darlos buenos.
19 Todo árbol, que no da buen fruto, será cortado, y echado al fuego.
20 Por sus frutos pues los podreis conocer.
21 No todo aquel que me dice: ¡Oh Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial.
22 Muchos me dirán en aquel dia: ¡Señor, Señor! ¿pues no hemos nosotros profetizado en tu nombre, y lanzado en tu nombre los demonios, y hecho muchos milagros en tu nombre?
23 Mas entonces yo les protestaré: Jamas os he conocido: apartáos de mí, operarios de la maldad.
24 Por tanto, cualquiera que escucha estas mis instrucciones, y las practica, será semejante á un hombre cuerdo que fundó su casa sobre piedra,
25 Y cayeron las lluvias, y los rios salieron de madre, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra la tal casa; mas no fué destruida, porque estaba fundada sobre piedra.
26 Pero cualquiera que oye estas mis instrucciones, y no las pone por obra, será semejante á un insensato que fabricó su casa sobre arena:
27 Cayeron las lluvias, y los rios salieron de madre, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa, la cual se desplomó, y su ruina fué grande.
28 Al fin, habiendo Jesus concluido este razonamiento, los pueblos que le oian no acababan de admirar su doctrina;
29 Porque su modo de instruirlos era con cierta autoridad, y no á la manera de los escribas de ellos.

CAPITULO VIII.

Jesus cura á un leproso, al criado de un Centurion, y á la suegra de San Pedro: sosiega el mar alborotado; y sana endemoniados.

HABIENDO bajado Jesus del monte, le fué siguiendo una gran muchedumbre de gente.
2 En esto, viniendo á él un leproso, le adoraba, diciendo: Señor, si tú quieres puedes limpiarme.
3 Y Jesus estendiendo la mano, le tocó, diciendo: Quiero: queda limpio. Y al instante quedó curado de su lepra.
4 Y Jesus le dijo: Mira que no lo digas á nadie; pero ve á presentarte al sacerdote, y ofrece el don que Moisés ordenó, para que les sirva de testimonio.
5 Y al entrar en Capharnaum, le salió al encuentro un centurion, y le rogaba,
6 Diciendo: Señor, un criado mio está postrado en mi casa, paralítico, y padece muchísimo.
7 Dícele Jesus: Yo iré, y le curaré.
8 Y le replicó el centurion: Señor, no soy yo digno de que tú entres en mi casa; pero mándalo con tu palabra, y quedará curado mi criado.
9 Pues aun yo, que no soy mas que un hombre sujeto á otros, co-

mo tengo soldados á mi mando,
digo al uno: Marcha, y él marcha:
y al otro: Ven, y viene; y
á mi criado. Haz esto, y lo hace.
10 Al oir esto Jesus, mostró
grande admiracion, y dijo á los
que le seguian: En verdad os
digo que ni aun en medio de Israél
he hallado fé tan grande.
11 Así yo os declaro, que vendrán
muchos del Oriente y del
Occidente, y estarán á la mesa
con Abraham, Isaac, y Jacob en
el reino de los cielos:
12 Mientras que los hijos del
reino serán echados fuera á las
tinieblas: allí será el llanto, y
el crujir de dientes.
13 Despues dijo Jesus al centurion:
Véte, y sucédate conforme
has creido. Y en aquella hora
misma quedó sano el criado.
14 ¶ Habiendo despues Jesus
ido á casa de Pedro, vió á la suegra
de este en cama con calentura:
15 Y tocándole la mano, se le
quitó la calentura: se levantó,
y se puso á servirlos.
16 Venida la tarde, le trajeron
muchos endemoniados, y con su
palabra echaba los espíritus, y
curó á todos los dolientes:
17 Verificándose con eso lo que
predijo el profeta Isaías diciendo:
El mismo ha cargado con
nuestras dolencias, y ha tomado
sobre sí nuestras enfermedades.
18 ¶ Viéndose Jesus cercado de
mucha gente, dispuso pasar á la
ribera opuesta del lago;
19 Y acercándose á él cierto escriba,
le dijo: Maestro, yo te seguiré
adonde quiera que fueres.
20 Y Jesus le respondió: Las
raposas tienen madrigueras, y
las aves del cielo nidos; mas el
Hijo del hombre no tiene sobre
qué reclinar la cabeza.
21 Otro de sus discípulos le dijo:
Señor, permíteme que primero
vaya á dar sepultura á mi
padre.
22 Mas Jesus le respondió: Sígueme
tú, y deja que los muertos
entierren á sus muertos.
23 Entró pues en una barca
acompañado de sus discípulos:
24 Y hé aquí que se levantó
una tempestad tan recia en el
mar, que las ondas cubrian la
barca; mas Jesus estaba durmiendo.
25 Y acercándose á él sus discípulos,
le despertaron, diciendo:
Señor, sálvanos, que perecemos.
26 Díceles Jesus: ¿De qué temeis,
oh hombres de poca fé?
Entonces puesto en pié habló con
imperio á los vientos y al mar;
y siguióse una gran bonanza.
27 De lo cual asombrados todos
los que estaban allí, se decian:
¿Quién es este, á quien los vientos
y el mar obedecen?
28 Desembarcado en la otra ribera
del lago en el pais de los
Gerasenos, fueron al encuentro
de él, saliendo de los sepulcros,
dos endemoniados tan furiosos
que nadie osaba transitar por
aquel camino.
29 Y luego empezaron á gritar,
diciendo: ¿Qué tenemos nosotros
contigo, oh Jesus Hijo de
Dios? ¿Has venido acá con el
fin de atormentarnos antes de
tiempo?

30 A bastante distancia de allí
habia una gran piara de cerdos
paciendo.
31 Y los demonios le rogaban
de esta manera: Si nos echas de
aquí, envíanos á esa piara de
cerdos.
32 Y él les dijo: Id. Y ha-
biendo ellos salido entraron en
los cerdos: y hé aquí que toda
la piara corrió impetuosamente
á despeñarse por un derrumba-
dero en el mar, y quedaron aho-
gados en las aguas.
33 Los porqueros echaron á
huir, y llegados á la ciudad, lo
contaron todo, y en particular
lo de los endemoniados.
34 Al punto toda la ciudad sa-
lió en busca de Jesus: y al ver-
le, le suplicaron que se retirase
de su pais.

CAPITULO IX.

Confirma Jesus su doctrina con nuevos milagros: curacion de un paralítico: vocacion de S. Mateo: libra de un flujo de sangre á una mujer: resucita á la hija de Jairo: cura á dos ciegos y á un endemoniado mudo. Blasfemias de los fariseos: parábola de la mies y de los trabajadores.

Y SUBIENDO en la barca, vol-
vió á pasar el lago, y vino
á la ciudad de su residencia.
2 Cuando hé aquí que le pre-
sentaron un paralítico postrado
en un lecho. Y al ver Jesus su
fé dijo al tullido: Ten confian-
za, hijo, que perdonados te son
tus pecados.
3 A lo que ciertos escribas di-
jeron luego para consigo: Este
blasfema.
4 Mas Jesus viendo sus pensa-
mientos, dijo: ¿Por qué pensais
mal en vuestros corazones?
5 ¿Qué cosa es mas fácil, el de-
cir: Se te perdonan tus pecados,
ó el decir: Levántate y anda?
6 Pues para que sepais que el
Hijo del hombre tiene en la tier-
ra potestad de perdonar pecados,
levántate (dijo al mismo tiempo
al paralítico) toma tu lecho, y
véte á tu casa.
7 Y levantóse, y fuése á su casa.
8 Lo cual viendo las gentes,
quedaron poseidas de temor, y
dieron gloria á Dios, por haber
dado tal potestad á los hombres.
9 Partido de aquí Jesus, vió á
un hombre sentado al banco de
las alcabalas, llamado Mateo, y
le dijo: sígueme. Y él levan-
tándose, le siguió.
10 Y sucedió que estando Jesus
á la mesa en la casa, vinieron
muchos publicanos y gentes de
mala vida, que se pusieron á la
mesa á comer con él, y con sus
discípulos.
11 Y al verlo los fariseos, de-
cian á los discípulos de Jesus:
¿Cómo es que vuestro Maestro
come con publicanos y pecado-
res?
12 Mas Jesus oyéndolo, les di-
jo: No los que están sanos, si-
no los enfermos necesitan de mé-
dico.
13 Id pues á aprender lo que
significa: Misericordia quiero y
no sacrificio: pues no he venido
á llamar justos á arrepentimien-
to, sino pecadores.
14 Entonces se presentaron á
Jesus los discípulos de Juan, y
le dijeron: ¿Cuál es el motivo

por qué, ayunando frecuente-
mente nosotros y los fariseos, tus
discípulos no ayunan?
15 Respondióles Jesus: ¿Aca-
so los amigos del esposo pueden
andar aflijidos mientras el espo-
so está con ellos? Y vendrá el
tiempo en que les será arrebata-
do el esposo, y entonces ayuna-
rán.
16 Nadie echa un remiendo de
paño nuevo á un vestido viejo;
de otra suerte rasga lo nuevo
parte de lo viejo, y se hace
mayor la rotura.
17 Ni tampoco echan el vino
nuevo en pellejos viejos; por-
que si esto se hace revienta el
pellejo, y el vino se derrama, y
piérdense los cueros. Pero el
vino nuevo échanlo en pellejos
nuevos, y así se conserva lo uno
y lo otro.
18 En esta conversacion estaba,
cuando llegó un hombre princi-
pal, y adorándole, le dijo: Señor,
mi hija acaba de morir; pero
ven, impon tu mano sobre ella,
y vivirá.
19 Levantándose Jesus, le iba
siguiendo con sus discípulos;
20 Cuando hé aquí que una
mujer, que hacia ya doce años
que padecia un flujo de sangre,
vino por detrás, y tocó el ruedo
de su vestido.
21 Porque decia ella entre sí:
Con que pueda solamente tocar
su vestido, me veré curada.
22 Mas volviéndose Jesus, y
mirándola, dijo: Hija, ten con-
fianza, tu fé te ha curado. En
efecto, desde aquel punto quedó
curada la mujer.
23 Venido Jesus á la casa de
aquel hombre principal, y vien-
do á los tañedores de flautas, y
el alboroto de la gente, decia:
24 Retiráos, pues no está muer-
ta la niña, sino dormida. Y ha-
cian burla de él.
25 Mas echada fuera la gente,
entró, y la tomó de la mano. Y
la niña se levantó.
26 Y divulgóse el suceso por to-
do aquel pais.
27 ¶ Partiendo Jesus de aquel
lugar, le siguieron dos ciegos,
gritando, y diciendo: hijo de
David, ten compasion de noso-
tros.
28 Luego que llegó á casa, se le
presentaron los ciegos. Y Jesus
les dijo: ¿Creeis que yo puedo
hacer eso que me pedís? Dí-
cenle: Sí, Señor.
29 Entonces les tocó los ojos,
diciendo: Segun vuestra fé, así
os sea hecho.
30 Y se les abrieron los ojos:
mas Jesus les conminó, diciendo:
mirad que nadie lo sepa.
31 Ellos sin embargo al salir
de allí, lo publicaron por toda
la comarca.
32 Salidos estos, le presentaron
un mudo, endemoniado.
33 Y arrojado el demonio, habló
el mudo, y las gentes se llenaron
de admiracion, y decian: Jamas
se ha visto cosa semejante en
Israél.
34 Los fariseos al contrario de-
cian: Por arte del príncipe de los
demonios espele los demonios.
35 Y Jesus iba recorriendo to-
das las ciudades y villas, ense-
ñando en sus sinagogas, y predi-

cando el evangelio del reino, y
curando toda dolencia, y toda
enfermedad en el pueblo.
36 Y al ver aquellas gentes, se
compadecia de ellas, porque esta-
ban mal paradas, y dispersas, co-
mo ovejas sin pastor.
37 Sobre lo cual dijo á sus dis-
cípulos: La mies es verdadera-
mente mucha; mas los obreros
pocos.
38 Rogad pues al dueño de la
mies, que envie á su mies opera-
rios.

CAPITULO X.

Mision de los doce Apóstoles: potestad de hacer milagros, é instrucciones que les dió Jesus.

DESPUES de esto, habiendo
convocado á sus doce discí-
pulos, les dió potestad para lan-
zar los espíritus inmundos, y cu-
rar toda especie de dolencias, y
enfermedades.
2 Los nombres de los doce após-
toles son estos. El primero, Si-
mon, por sobrenombre Pedro, y
Andres su hermano, Santiago hi-
jo de Zebedeo, y Juan su her-
mano.
3 Felipe y Bartolomé, Tomas y
Mateo el publicano, Santiago hi-
jo de Alfeo, y Lebeo, por sobre-
nombre Tadeo.
4 Simon el Cananeo, y Judas Is-
cariote, el mismo que le vendió.
5 A estos doce envió Jesus, dán-
doles las siguientes instruccio-
nes: No vayais á tierra de Gen-
tiles, ni tampoco entreis en po-
blaciones de Samaritanos:
6 Mas id antes en busca de las
ovejas perdidas de la casa de Is-
raél.
7 Id y predicad, diciendo: Que
se acerca el reino de los cielos.
8 Curad enfermos, limpiad le-
prosos, resucitad muertos, lan-
zad demonios: dad gratuitamen-
te lo que gratuitamente os ha
sido dado.
9 No lleveis oro, ni plata, ni co-
bre alguno en vuestros bolsillos:
10 Ni alforja para el viage, ni
mas de una túnica y un calzado,
ni tampoco palo; porque el que
trabaja merece que le sustenten.
11 En cualquiera ciudad ó al-
dea en que entráreis, informáos
quien hay en ella digno de alo-
jaros, y permaneced en su casa
hasta vuestra partida.
12 Al entrar en la casa, salu-
dádla;
13 Que si la casa lo merece,
vendrá vuestra paz á ella; mas
si no lo merece, vuestra paz se
volverá con vosotros.
14 Caso que no quieran recibi-
ros, ni escuchar vuestras pala-
bras, en saliendo fuera de la tal
casa ó ciudad, sacudid el polvo
de vuestros piés.
15 En verdad os digo que So-
doma y Gomorra serán tratadas
con menos rigor en el dia del
juicio, que no la tal ciudad.
16 Mirad que yo os envío como
ovejas en medio de lobos. Por
tanto sed prudentes como ser-
pientes, y sencillos como palo-
mas.
17 Recatáos empero de los hom-
bres; Pues os delatarán á los
tribunales, y os azotarán en sus
sinagogas:
18 Y por mi causa sereis con-
ducidos ante los gobernadores y

los reyes, para dar testimonio de
mí á ellos, y á los Gentiles.
19 Si bien cuando os hicieren
comparecer, no os dé cuidado el
cómo ó lo que habeis de hablar:
porque os será dado en aquella
misma hora lo que hayais de
decir:
20 Puesto que no sois vosotros
quien ha de hablar entonces, si-
no el Espíritu de vuestro Padre,
el cual hablará en vosotros.
21 Entonces un hermano entre-
gará á su hermano á la muerte,
y el padre al hijo; y los hijos se
levantarán contra los padres, y
los harán morir:
22 Y vosotros vendreis á ser
odiados de todos por causa de mi
nombre; pero quien perseverare
hasta el fin, este se salvará.
23 Entretanto, cuando en una
ciudad os persigan, huid á otra.
En verdad os digo, que no acaba-
reis las ciudades de Israél, antes
que venga el Hijo del hombre.
24 No es el discípulo mas que
su maestro, ni el siervo mas que
su amo:
25 Baste al discípulo el ser co-
mo su maestro, y al criado como
su amo. Si al padre de familias
le han llamado Beelzebú: ¿cuán-
to mas á sus domésticos?
26 Pero por eso no les tengais
miedo. Porque nada está encu-
bierto, que no se haya de des-
cubrir; ni oculto, que no se haya
de saber.
27 Lo que os digo en tinieblas,
decidlo en la luz; y lo que os
digo al oido, predicadlo desde los
terrados.
28 No temais á los que matan
el cuerpo, y no pueden matar el
alma; temed antes al que puede
destruir alma y cuerpo en el in-
fierno.
29 ¿No es asi que dos pá-
jaros se venden por un cuarto;
y no obstante ni uno de ellos
caerá en tierra sin que lo dis-
ponga vuestro Padre?
30 Hasta los cabellos de vues-
tra cabeza están todos contados.
31 No teneis pues que temer:
valeis vosotros mas que muchos
pájaros.
32 En suma: á todo aquel que
me confesare delante de los hom-
bres, yo tambien le confesaré de-
lante de mi Padre, que está en
los cielos:
33 Mas á quien me negare de-
lante de los hombres, yo tambien
le negaré delante de mi Padre,
que está en los cielos.
34 No teneis que pensar que yo
haya venido á traer la paz á la
tierra: no he venido á traer la
paz, sino una espada.
35 Pues he venido á separar
al hijo de su padre, y á la hija
de su madre, y á la nuera de su
suegra:
36 Y los enemigos del hombre
serán las personas de su misma
casa.
37 Quien ama al padre ó á la
madre mas que á mí, no merece
ser mio; y quien ama al hijo ó
á la hija mas que á mí, tampoco
merece ser mio.
38 Y quien no carga con su
cruz y me sigue, no es digno de
mí.
39 Quien halla su vida, la
perderá; y quien perdiere su

vida por amor mio, la volverá á
hallar.
40 Quien á vosotros recibe, á
mí me recibe; y quien á mi me
recibe, recibe á aquel que me ha
enviado á mí.
41 El que recibe á un profeta
en atencion á que es profeta, re-
cibirá premio de profeta; y el
que recibe á un justo en atencion
á que es justo, tendrá galardon
de justo.
42 Y cualquiera que diere de
beber á uno de estos pequeñuelos
un vaso de agua fresca solamen-
te por razon de ser discípulo mio,
os doy mi palabra, que no per-
derá su recompensa.

CAPITULO XI.

Juan Bautista envía dos de sus discípulos á Jesus; lo que con esta ocasion dijo Jesus sobre Juan á sus oyentes: ciudades incrédulas: el yugo del Señor es suave.

COMO hubiese Jesus acabado
de dar estas instrucciones á
sus doce discípulos, partió de
allí para enseñar y predicar en
las ciudades de ellos.
2 Pero Juan habiendo en la
prision oido las obras de Cristo,
envió dos de sus discípulos á
preguntarle:
3 ¿Eres tú el que ha de venir,
ó debemos esperar á otro?
4 A lo que Jesus les respondió:
Id y contad á Juan lo que ha-
beis oido y visto.
5 Los ciegos ven, los cojos an-
dan, los leprosos quedan limpios,
los sordos oyen, los muertos re-
sucitan, se anuncia el evangelio
á los pobres:
6 Y bienaventurado aquel que
no tomáre de mí ocasion de es-
cándalo.
7 Luego que se fueron estos,
empezó Jesus á hablar de Juan,
y dijo al pueblo: ¿Qué es lo
que salisteis á ver en el desierto?
¿una caña que á todo viento se
mueve?
8 Decidme si nó, ¿qué salisteis
á ver? ¿á un hombre vestido
con lujo y afeminacion? Ya sa-
beis que los que visten así, en
palacios de reyes están.
9 En fin, ¿qué salisteis á ver?
¿un profeta? Eso sí, yo os lo
aseguro, y aun mucho mas que
profeta.
10 Pues él es de quien está es-
crito: Mira que yo envio mi
ángel ante tu faz, el cual irá de-
lante de tí disponiéndote el ca-
mino.
11 En verdad os digo, que no
ha salido á luz entre los hijos de
mujeres alguno mayor que Juan
Bautista: si bien el que es me-
nor en el reino de los cielos, es
superior á él.
12 Y desde el tiempo de Juan
Bautista hasta el presente, el
reino de los cielos se alcanza á
viva fuerza, y los que la hacen
son los que lo arrebatan.
13 Porque todos los profetas y
la ley anunciaron lo porvenir
hasta Juan.
14 Y si quereis entenderlo, él
mismo es aquel Elías que debia
venir.
15 El que tiene oidos para oir,
óigalo.
16 Mas ¿á quién compararé yo
esta raza de hombres? Es seme-
jante á los muchachos sentados

en la plaza, que dando voces á
sus compañeros,
17 Dicen: Os hemos entonado
cantares alegres, y no habeis bai-
lado: cantares lúgubres, y no
habeis llorado.
18 Asi es que vino Juan que no
come, ni bebe, y dicen: Está po-
seido del demonio.
19 Ha venido el Hijo del hom-
bre que come, y bebe, y dicen:
Hé aquí un gloton, y un vinoso,
amigo de publicanos, y gentes de
mala vida. Pero la sabiduría
ha sido justificada por sus hijos.
20 Entonces comenzó á recon-
venir á las ciudades donde se
habian hecho muchísimos de sus
milagros, porque no se habian
arrepentido.
21 ¡Ay de tí Corozain! ¡ay
de tí Bethsaida! que si en Tiro
y en Sidon se hubiesen hecho
los milagros que se han obrado
en vosotras, tiempo ha que se
hubieran arrepentido, y cubierto
de ceniza y de cilicio.
22 Por tanto os digo, que Tiro
y Sidon serán menos rigorosa-
mente tratadas en el dia del
juicio, que vosotras.
23 Y tú Capharnaum, que es-
tás ensalzada hasta el cielo, se-
rás, sí, abatida hasta el infierno;
porque, si en Sodoma se hubiesen
hecho los milagros que en tí,
subsistiera aun hoy dia.
24 Por eso te digo, que el pais
de Sodoma en el dia del juicio
será con menos rigor que tú casti-
gado.
25 ¶ Por aquel tiempo esclamo
Jesus diciendo: Yo te glorifico,
Padre, Señor de cielo y tierra,
porque has tenido encubiertas
estas cosas á los sabios y pru-
dentes, y las has revelado á los
pequenuelos.
26 Sí, Padre, por haber sido de
tu agrado que fuese así.
27 Todas las cosas las ha pues-
to mi Padre en mis manos. Pero
nadie conoce al Hijo, sino el
Padre; ni conoce ninguno al
Padre, sino el Hijo, y aquel á
quien el Hijo hubiere querido
revelarle.
28 Venid á mí todos los que
andais agoviados con trabajos, y
cargas, que yo os aliviaré.
29 Tomad mi yugo sobre voso-
tros, y aprended de mí, que soy
manso, y humilde de corazon; y
hallareis el reposo para vuestras
almas.
30 Porque suave es mi yugo, y
ligero el peso mio.

CAPITULO XII.

Defiende Jesucristo á sus discípulos de la murmuracion de los fariseos con motivo de la observancia del sábado: cura á uno que tenia seca la mano; y á un endemoniado mudo y ciego. Habla del pecado contra el Espiritu Santo. Milagro de Jonás. Ninivitas. Reina del mediodia.

POR aquel tiempo, pasando Je-
sus en el dia de sábado por
unos sembrados, sus discípulos
teniendo hambre, empezaron á
coger espigas, y comer.
2 Y viéndolo los fariseos, le
dijeron: Mira que tus discípulos
hacen lo que no es lícito hacer
en sábado.
3 Pero él les respondió: ¿No
habeis leido lo que hizo David,
cuando él y los que le acompa-

ñaban se vieron acosados de la
hambre?
4 ¿Cómo entro en la casa de
Dios, y comió los panes de la
proposicion, que no era lícito
comer ni á él ni á los suyos, sino
á solos los sacerdotes?
5 ¿O no habeis leido en la ley,
cómo los sacerdotes en el templo
profanan el sábado, y con todo
eso no pecan?
6 Pues yo os digo, que aquí
está uno que es mayor que el
templo.
7 Que si vosotros supiéseis bien
lo que significa: Misericordia
quiero, y no sacrificio: jamas
hubiérais condenado á los ino-
centes.
8 Porque el Hijo del hombre es
dueño aun del sábado.
9 ¶ Habiendo partido de allí,
entró en la sinagoga de ellos,
10 Donde se hallaba un hom-
bre que tenia seca una mano; y
por tener de qué acusarle, pre-
guntaron á Jesus, si era lícito
curar en dia de sábado.
11 Mas él les dijo: ¿Qué hom-
bre habrá entre vosotros, que
tenga una oveja, y si esta cae
en una fosa en dia de sábado,
no la levante y saque fuera?
12 ¿Pues cuánto mas vale un
hombre que una oveja? Luego
es lícito el hacer bien en dia de
sábado.
13 Entonces dijo al hombre:
estiende esa mano. Estiróla, y
quedó tan sana como la otra.
14 Mas los fariseos en saliendo,
se juntaron para urdir tramas
contra él, y perderle.
15 Pero Jesus entendiendo esto,
se retiró: y muchos le siguieron,
y á todos ellos los curó,
16 Previniéndoles que no le die-
sen á conocer.
17 Con lo cual se cumplió la
profecía de Isaías, que dice:
18 Ved ahí el siervo mio, á
quien yo tengo elegido, el ama-
do mio, en quien mi alma se ha
complacido plenamente. Pondré
sobre él mi espíritu, y anunciará
la justicia á las naciones.
19 No contenderá, no voceará,
ni oirá ninguno su voz en las
plazas:
20 No quebrará la caña cascada,
ni acabará de apagar la mecha
que aun humea, hasta que haga
triunfar la justicia:
21 Y en su nombre pondrán las
Naciones su esperanza.
22 ¶ Fuéle á la sazon traido
un endemoniado, ciego, y mudo,
y le curó, de modo que aquel
comenzó á hablar y ver.
23 Con lo que todo el pueblo
quedó asombrado, y decia: ¿Es
este tal vez el Hijo de David?
24 Pero los fariseos oyéndolo,
decian: Este no lanza los demo-
nios sino por obra de Beelzebú,
príncipe de los demonios.
25 Entonces Jesus penetrando
sus pensamientos, díjoles: Todo
reino dividido en facciones con-
trarias, será desolado: y ninguna
ciudad ó casa dividida en bandos
subsistirá.
26 Y si Satanás echa fuera á
Satanás, es contrario á sí mismo:
¿cómo pues ha de subsistir su
reino?
27 Que si yo lanzo los demonios
en nombre de Beelzebú, vuestros

hijos ¿ en qué nombre los echan ? Por tanto esos mismos serán vuestros jueces.
28 Mas si yo echo los demonios en virtud del Espíritu de Dios, síguese por cierto que ya el reino de Dios ha llegado á vosotros.
29 O si no, decidme : ¿ cómo es posible que uno entre en casa de algun hombre valiente, y le robe sus bienes, si primero no ata bien al valiente ? entonces podrá saquearle la casa.
30 El que no está por mí, contra mí está ; y el que conmigo no recoge, desparrama.
31 Por lo cual os declaro : Que cualquier pecado y cualquier blasfemia se perdonará á los hombres ; pero la blasfemia contra el Espíritu no se les perdonará.
32 Asimismo á cualquiera que hablare contra el Hijo del hombre, se le perdonará ; pero á quien hablare contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este, ni en el siglo venidero.
33 O haced el árbol bueno, y bueno su fruto, ó haced el árbol malo y malo su fruto : ya que por el fruto se conoce el árbol.
34 ¡ O raza de víboras ! ¿ cómo es posible que vosotros hableis cosa buena, siendo, como sois, malos ? puesto que de la abundancia del corazon habla la boca.
35 El hombre bueno del buen fondo de su corazon saca buenas cosas, y el hombre malo de su mal fondo saca cosas malas.
36 Yo os digo, que de cualquiera palabra ociosa, que hablaren los hombres, han de dar cuenta en el dia del juicio.
37 Porque por tus palabras habrás de ser justificado, y por tus palabras, condenado.
38 Entonces algunos de los escribas y fariseos le hablaron, diciendo : Maestro, quisiéramos verte hacer algun milagro.
39 Mas él les respondio : Esta raza mala y adúltera pide un prodigio ; pero no se le dará, sino el prodigio de Jonás profeta.
40 Porque asi como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres dias, y tres noches ; asi el Hijo del hombre estará tres dias y tres noches en el seno de la tierra.
41 Los naturales de Ninive se levantarán en el dia del juicio contra esta raza de hombres, y la condenarán : por cuanto ellos se arrepintieron, oida la predicacion de Jonás. Y con todo, el que está aquí es mas que Jonás.
42 La reina del mediodia hará de acusadora en el dia del juicio contra esta raza de hombres, y la condenará : por cuanto vino de los estremos de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomon, y con todo, aquí teneis quien es mas que Salomon.
43 Cuando el espíritu inmundo ha salido de algun hombre, anda por lugares áridos, buscando reposo, y no le halla.
44 Entonces dice : Tornaréme á mi casa, de donde he salido. Y volviendo á ella la encuentra desocupada, bien barrida, y alhajada.
45 Con eso va, y toma consigo

otros siete espíritus peores que él, y entrando habitan allí: con que viene á ser el postrer estado de aquel hombre mas lastimoso que el primero. Así ha de acontecer á esta raza de hombres perversísima.

46 Todavía estaba él platicando al pueblo, y hé aquí su madre y sus hermanos estaban fuera, que le querian hablar.

47 Por lo que uno le dijo: Mira que tu madre y tus hermanos están allí fuera preguntando por tí.

48 Pero él respondiendo al que se lo decia, replicó: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?

49 Y mostrando con la mano á sus discípulos: Estos, dijo, son mi madre, y mis hermanos.

50 Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

CAPITULO XIII.

Predica Jesus en parábolas, y descífraselas á los apóstoles: parábola del sembrador, del grano de mostaza, de la levadura, del tesoro escondido, de la perla preciosa, de la red llena de peces. El profeta sin honor en su patria.

EN aquel dia saliendo Jesus de casa, fué y sentóse á la orilla del mar.

2 Y se juntó al rededor de él un concurso tan grande de gentes, que le fué preciso entrar en una barca y tomar asiento en ella; y todo el pueblo estaba en la ribera:

3 Al cual habló de muchas cosas por medio de parábolas, diciendo: Salió una vez cierto sembrador, á sembrar.

4 Y al esparcir los granos, algunos cayeron cerca del camino, y vinieron las aves del cielo, y se los comieron.

5 Otros cayeron en pedregales, donde habia poca tierra: y luego brotaron, por estar muy someros en la tierra:

6 Mas nacido el sol se quemaron, y se secaron, porque casi no tenian raices.

7 Otros granos cayeron entre espinas, y crecieron las espinas, y los sofocaron.

8 Otros en fin cayeron en buena tierra, y dieron fruto, donde ciento por uno, donde sesenta, y donde treinta.

9 Quien tenga oidos para oir, oiga.

10 Acercándose despues sus discípulos, le preguntaban: ¿Por qué causa les hablas por parábolas?

11 El cual les respondió: Porque á vosotros se os ha dado el conocer los misterios del reino de los cielos; mas á ellos no se les ha dado.

12 Siendo cierto que al que tiene, dársele ha aun mas; mas al que no tiene, le quitarán aun lo que tiene.

13 Por eso les hablo por parábolas; porque ellos viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden.

14 Con que viene á cumplirse en ellos la profecía de Isaías, que dice: Oireis con vuestros oidos, y no entendereis; y vereis con vuestros ojos, mas no discerníreis.

15 Porque ha endurecido este

pueblo su corazon, y ha cerrado
sus oidos, y tapado sus ojos, á
fin de no ver con ellos, ni oir con
los oidos, ni comprender con el
corazon, por miedo de que, con-
virtiéndose, yo le dé la salud.
16 Dichosos vuestros ojos por-
que ven, y dichosos vuestros
oidos porque oyen.
17 Pues en verdad os digo, que
muchos profetas y justos ansia-
ron ver lo que vosotros estais
viendo, y no lo vieron; y oir lo
que ois, y no lo oyeron.
18 ¶ Escuchad ahora la pará-
bola del sembrador.
19 A cualquiera que oye la
palabra del reino y no la entien-
de, viene el mal espíritu y le ar-
rebata aquello que se habia sem-
brado en su corazon: esto es lo
sembrado junto al camino.
20 Lo sembrado en tierra pe-
dregosa representa á aquel que
oye la palabra, y por el pronto
la recibe con gozo:
21 Mas no tiene interiormente
raiz, sino que dura poco; y en
sobreviniendo la tribulacion y
persecucion por causa de la pala-
bra, luego le sirve esta de escán-
dalo.
22 Lo sembrado entre espinas
representa á aquel que oye la
palabra; mas los cuidados de
este siglo y el engaño de las ri-
quezas, la sofocan, y queda in-
fructuosa.
23 Al contrario, lo sembrado en
buena tierra representa al que
oye la palabra de Dios, y la me-
dita, y produce fruto, parte ciento
por uno, parte sesenta, y parte
treinta.
24 ¶ Otra parábola les propuso,
diciendo: El reino de los cielos
es semejante á un hombre, que
sembró buena simiente en su
campo.
25 Pero al tiempo de dormir los
hombres, vino cierto enemigo
suyo, y sembró zizaña en medio
del trigo, y se fué.
26 Estando ya el trigo en yer-
ba, y apuntando la espiga, des-
cubrióse asimismo la zizaña.
27 Entonces los criados del pa-
dre de familias acudieron á él, y
le dijeron: Señor, ¿no sembraste
buena simiente en tu campo?
Pues ¿cómo tiene zizaña?
28 Respondióles: Algun ene-
migo mio la habrá sembrado.
Replicaron los criados: ¿Quieres
que vayamos á cogerla?
29 A lo que respondió: No,
porque no suceda que arrancando
la zizaña, arranqueis juntamente
con ella el trigo.
30 Dejad crecer uno y otro has-
ta la siega, que al tiempo de la
siega yo diré á los segadores:
Coged primero la zizaña, y ha-
ced gavillas de ella para el fue-
go, y meted despues el trigo en
mi granero.
31 ¶ Propúsoles otra parábola
diciendo: El reino de los cielos es
semejante al grano de mostaza,
que tomó un hombre y sembró
en su campo,
32 El cual es á la vista menu-
dísimo entre todas las semillas;
mas en creciendo, viene á ser
mayor que todas las legumbres,
y hácese árbol, de forma que las
aves del cielo bajan, y posan en
sus ramas.

33 Y añadió esta otra parábo-
la. El reino de los cielos es
semejante á la levadura, que co-
gió una mujer y mezcló con tres
satos de harina, hasta que toda
la masa quedó fermentada.
34 Todas estas cosas dijo Jesus
al pueblo por parábolas, sin las
cuales no *solia* predicarles:
35 Cumpliéndose lo que habia
dicho el profeta: Abriré mi bo-
ca para hablar con parábolas,
publicaré cosas que han estado
ocultas desde la creacion del
mundo.
36 Entonces Jesus, despedido
el auditorio, volvió á casa, y ro-
deándole sus discípulos le dije-
ron: Esplícanos la parábola de
la zizaña sembrada en el cam-
po.
37 El cual les respondió: El
que siembra la buena simiente
es el Hijo del hombre.
38 El campo es el mundo. La
buena simiente son los hijos del
reino. La zizaña los hijos del
maligno *espíritu*.
39 El enemigo que la sembró
es el diablo. La siega es el fin
del siglo. Los segadores son los
ángeles.
40 Y asi como se recoge la zi-
zaña y se quema en el fuego, asi
sucederá al fin de este siglo.
41 Enviará el Hijo del hombre
á sus ángeles, y quitarán de su
reino todos los escándalos, y á
cuantos obran la maldad:
42 Y los arrojarán en el horno
del fuego. Allí será el llanto y
el crugir de dientes.
43 Al mismo tiempo los justos
resplandecerán como el sol en el
reino de su Padre. El que tiene
oidos para oir, oígalo.
44 ¶ Es tambien semejante el
reino de los cielos á un tesoro
escondido en un campo, que si lo
halla un hombre, lo encubre, y
gozoso del hallazgo va, y vende
todo cuanto tiene, y compra
aquel campo.
45 El reino de los cielos es asi-
mismo semejante á un mercader,
que busca perlas finas.
46 Y viniéndole á las manos
una de gran valor, va, y vende
todo cuanto tiene, y la compra.
47 Tambien es semejante el
reino de los cielos á una red, que
echada en el mar allega todo
género de peces:
48 La cual, en estando llena,
sácanla los pescadores, y senta-
dos en la orilla, van escogiendo
los buenos y los meten en sus
cestos, y arrojan los de mala
calidad.
49 Así sucederá al fin del siglo:
saldrán los ángeles, y separarán
á los malos de entre los justos,
50 Y arrojarlos han en el horno
de fuego: allí será el llanto, y
el crugir de dientes.
51 Jesus les dijo ¿Habeis en-
tendido bien todas estas cosas?
Sí, Señor, le respondieron.
52 Y él añadió: Por eso todo
escriba instruido en lo que mira
al reino de los cielos, es seme-
jante á un padre de familias, que
va sacando de su repuesto cosas
nuevas y cosas antiguas.
53 Concluido que hubo Jesus
estas parábolas, partió de allí.
54 Y pasando á su patria, se
puso á enseñar en las sinagogas

de sus naturales, de tal manera que no cesaban de maravillarse, y se decian: ¿ De dónde le ha venido á este tal sabiduría, y tales milagros?
55 Por ventura ¿ no es el hijo del carpintero? ¿ Su madre no es la que se llama María? ¿ No son sus hermanos Santiago, Joses, Simon y Judas?
56 ¿ Y sus hermanas no viven todas entre nosotros? Pues ¿ de dónde le vendrán á este todas esas cosas?
57 Y estaban escandalizados de él. Jesus empero les dijo: No hay profeta sin honra, sino en su patria, y en la propia casa.
58 En consecuencia hizo aquí muy pocos milagros, á causa de su incredulidad.

CAPITULO XIV.

Muerte de Juan Bautista: milagro de los cinco panes: Jesus camina y hace caminar á San Pedro sobre las olas del mar; y sana á todos los enfermos que se le presentan ó tocan su vestido.

POR aquel tiempo Herodes el tetrarca oyó lo que la fama publicaba de Jesus:
2 Y dijo á sus cortesanos: Este es Juan el Bautista, que ha resucitado de entre los muertos, y por eso resplandece en él tanto poder.
3 Es de saber que Herodes prendió á Juan, y atado le metió en la cárcel por causa de Herodías, mujer de su hermano Felipe.
4 Porque Juan le decia: No te es lícito tenerla por mujer.
5 Y Heródes bien queria hacerle morir, pero no se atrevia por temor del pueblo; porque todos tenian á Juan por un profeta.
6 Mas en la celebridad del cumpleaños de Herodes, salió á bailar la hija de Herodías en medio del concurso; y gustó tanto á Herodes,
7 Que la prometió con juramento darla cualquiera cosa que le pidiese.
8 Con eso ella, prevenida antes por su madre, Dáme aquí, dijo, en una fuente la cabeza de Juan Bautista.
9 Contristóse el rey: sin embargo en atencion al juramento, y á los convidados, mandó dársela.
10 Y así envió á degollar á Juan en la cárcel.
11 En seguida fué traida su cabeza en una fuente, y dada á la muchacha, que se la presentó á su madre.
12 Acudieron despues sus discípulos á recoger el cuerpo, y le enterraron, y fueron á dar la noticia á Jesus.
13 Jesus pues habiendo oido aquello, retiróse de allí por mar á un sitio despoblado: mas entendiéndolo las gentes, salieron de sus ciudades, siguiéndole á pié.
14 Y Jesus al salir viendo tan gran gentío, se movió á lástima, y curó á sus enfermos.
15 Al caer de la tarde, sus discípulos se llegaron á él, diciendo: El lugar es desierto, y ya es tarde: despacha esas gentes para que vayan á las poblaciones á comprar que comer.

16 Pero Jesus les dijo: No tie-
nen necesidad de irse; dadles
vosotros de comer.
17 A lo que respondieron: no
tenemos aquí mas de cinco pa-
nes y dos peces.
18 Díjoles él: Traédmelos acá.
19 Y habiendo mandado sentar
á todos sobre la yerba, tomó los
cinco panes y los dos peces, y
levantando los ojos al cielo los
bendijo, y partió, y dió los panes
á los discípulos, y los discípulos
los dieron á la gente.
20 Y todos comieron, y se sa-
ciaron, y de lo que sobró reco-
gieron doce canastos llenos de
pedazos.
21 El número de los que co-
mieron fué de cinco mil hombres,
sin contar mujeres y niños.
22 ¶ Inmediatamente despues
Jesus obligó á sus discípulos á
embarcarse, é ir á esperarle al
otro lado del lago, mientras que
despedia la gente.
23 Y despedida esta, se subió
solo á orar en un monte, y entra-
da la noche, se mantuvo allí solo:
24 Entretanto la barca estaba
ya en medio del mar, batida re-
ciamente de las olas, porque el
viento era contrario.
25 Cuando ya era la cuarta ve-
la de la noche, vino Jesus hácia
ellos caminando sobre el mar.
26 Y viéndole los discípulos ca-
minar sobre el mar, se conturba-
ron, y dijeron: Es una fantas-
ma: Y llenos de miedo comen-
zaron á gritar.
27 Al instante Jesus les habló,
diciendo: Cobrad ánimo: soy
yo, no tengais miedo.
28 Y Pedro respondió: Señor,
si eres tú, mándame ir hácia tí
sobre las aguas.
29 Y él le dijo: Ven. Y Pedro
bajando de la barca, iba cami-
nando sobre el agua para llegar
á Jesus.
30 Pero viendo la fuerza del
viento, se atemorizó; y empe-
zando á hundirse, dió voces di-
ciendo: Señor, sálvame.
31 Al punto Jesus, estendiendo
la mano, le asió, y le dijo: Hom-
bre de poca fé, ¿por qué has ti-
tubeado?
32 Y luego que subieron á la
barca, calmó el viento
33 Mas los que dentro estaban,
se acercaron á él y le adoraron,
diciendo: Verdaderamente eres
tú el Hijo de Dios.
34 Atravesado luego el lago,
arribaron á tierra de Gennesa-
ret.
35 Y habiéndole conocido los
moradores de ella, luego envia-
ron aviso por todo aquel territo-
rio, y le trajeron todos los enfer-
mos:
36 Y le pedian por gracia el
tocar solamente la orla de su
vestido. Y todos cuantos la to-
caron, quedaron sanos.

CAPITULO XV.

Condena Jesus las tradiciones humanas opuestas á los preceptos divinos. Cura á la hija de la Cananea que da muestras de grande fé; y da de comer en el desierto á una gran muchedumbre de gente con siete panes y algunos peces.

EN esta sazon ciertos escribas
y fariseos que habian llega-
do de Jerusalem, le dijeron:
2 ¿Por qué motivo tus discípu-

los traspasan la tradicion de los antiguos, no lavándose las manos cuando comen?
3 Y él les respondió: ¿Y por qué vosotros mismos traspasais el mandamiento de Dios por seguir vuestra tradicion?
4 Dios tiene dicho: Honra al padre y á la madre: y tambien: Quien maldijere á padre ó á madre, sea condenado á muerte.
5 Mas vosotros decis: Cualquiera que dijere al padre ó á la madre: todo aquello con que yo pudiera asistirte es ofrenda consagrada á Dios, que por tanto redundará en provecho tuyo,
6 Ya no tiene obligacion de honrar á su padre ó á su madre: con lo que habeis echado por tierra el mandamiento de Dios por vuestra tradicion.
7 ¡Hipócritas! con razon profetizó de vosotros Isaías, diciendo:
8 Este pueblo se acerca á mí de boca, y me honra con los labios; pero su corazon está lejos de mí.
9 En vano me honran, enseñando como doctrinas los mandamientos de los hombres.
10 Y habiendo llamado á sí al pueblo, les dijo: Escuchadme, y atended:
11 No lo que entra por la boca, es lo que mancha al hombre; sino lo que sale de la boca, eso es lo que le mancha.
12 Entonces acercándose sus discípulos, le dijeron: ¿No sabes que los fariseos se han escandalizado de esto que acaban de oir?
13 Mas Jesus respondió: Toda planta que mi Padre celestial no ha plantado, arrancada será de raiz.
14 Dejadlos: ellos son unos ciegos que guian á otros ciegos; y si un ciego se mete á guiar á otro ciego, entrambos caen en la hoya.
15 Aquí Pedro tomando la palabra le dijo: Esplícanos esa parábola.
16 A que Jesus respondió: ¡Cómo! ¿tambien vosotros estais aun con tan poco conocimiento?
17 ¿Pues no conoceis que todo cuanto entra en la boca pasa de allí al vientre, y se echa en lugares secretos?
18 Mas lo que sale de la boca, del corazon sale; y eso es lo que mancha al hombre:
19 Porque del corazon salen los malos pensamientos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias.
20 Estas cosas sí que manchan al hombre; mas el comer sin lavarse las manos, eso no le mancha.
21 ¶ Partido de aquí Jesus, retiróse hácia el pais de Tiro y de Sidon.
22 Cuando hé aquí que una mujer cananea, venida de aquel territorio, empezó á dar voces, diciendo: Señor, hijo de David, ten lástima de mí: mi hija es cruelmente atormentada del demonio.
23 Jesus no le respondió palabra. Y sus discípulos acercán-

dose intercedian diciéndole: Des-
páchala á fin de que se vaya,
porque viene gritando tras noso-
tros.
24 A lo que Jesus respondiendo
dijo: Yo no soy enviado sino á
las ovejas perdidas de la casa de
Israél.
25 No obstante ella se llegó, y
le adoró, diciendo: Señor, so-
córreme.
26 El cual le dió por respues-
ta: No es justo tomar el pan de
los hijos, y echarle á los perros.
27 Mas ella dijo: Es verdad,
Señor; pero los perritos comen
de las migajas que caen de la
mesa de sus amos.
28 Entonces Jesus respondien-
do, le dice: ¡Oh mujer! grande
es tu fé; hágase conforme tú lo
deseas. Y en la hora misma su
hija quedó curada.
29 ¶ De allí pasó Jesus á la
ribera del mar de Galilea; y
subiendo á un monte, sentóse
allí.
30 Y se llegaron á él muchas
gentes, trayendo consigo cojos,
ciegos, mudos, baldados y otros
diferentes enfermos; y los pu-
sieron á los piés de Jesus, y
curólos:
31 Por manera que las gentes
estaban asombradas, viendo ha-
blar á los mudos, sanar á los
baldados, andar á los cojos, y
ver á los ciegos: y glorificaban
al Dios de Israél.
32 Mas Jesus, convocados sus
discípulos, dijo: Me causan com-
pasion estas gentes, porque tres
dias hace ya que perseveran en
mi compañia, y no tienen que
comer: y no quiero despedirlos
en ayunas, no sea que desfa-
llezcan en el camino.
33 Pero sus discípulos le res-
pondieron: ¿Cómo podremos ha-
llar en este lugar desierto bas-
tantes panes para saciar á tanta
gente?
34 Jesus les dijo: ¿Cuántos
panes teneis? Respondieron:
Siete, con algunos pececillos.
35 Entonces mandó á la gente
que se sentase en tierra.
36 Y él, cogiendo los siete
panes, y los peces, dadas las
gracias, los partió y dió á sus
discípulos, y los discípulos los
repartieron al pueblo.
37 Y comieron todos, y queda-
ron satisfechos. Y de los peda-
zos que sobraron, llenaron siete
espuertas.
38 Los que comieron eran cua-
tro mil hombres, sin contar las
mujeres y los niños.
39 Con eso, despedida la gente,
entró en la barca, y pasó al ter-
ritorio de Magdala.

CAPITULO XVI.

Fariseos y saduceos confundidos: corrupcion de su doctrina: confesion de San Pedro, que poco despues es justamente reprendido.

AQUI vinieron á encontrarle
los fariseos y saduceos; y
para tentarle, le pidieron que les
hiciese ver algun prodigio del
cielo.
2 Mas él les respondió: Cuan-
do va llegando la noche decis:
Hará buen tiempo, porque está
el cielo arrebolado.
3 Y por la mañana: Tempes-
tad habrá hoy, porque el cielo

está arrebolado y cubierto. ¡ Hi-
pócritas ! ¿ Conque sabeis adi-
vinar por el aspecto del cielo ;
y no podeis conocer las señales
de estos tiempos ?
4 Esta generacion mala y adúl-
tera pide un prodigio ; mas no se
le dará sino el prodigio del pro-
feta Jonás. Y dejándolos se fué.
5 Sus discípulos habiendo veni-
do de la otra parte del lago se
olvidaron de tomar pan.
6 Y Jesus les dijo : Estad aler-
ta y guardáos de la levadura de
los fariseos y saduceos.
7 Mas ellos pensativos decian
para consigo : porque no hemos
traido pan, lo dice.
8 Lo que conociendo Jesus, dijo :
Hombres de poca fé, ¿ qué andais
discurriendo dentro de vosotros,
porque no habeis traido pan ?
9 ¿ Todavía estais sin conoci-
miento, sin acordaros de los cin-
co panes repartidos entre cinco
mil hombres, y de cuántos ces-
tos os quedaron ?
10 ¿ Ni de los siete panes para
cuatro mil hombres, y cuántas
espuertas recogisteis ?
11 ¿ Cómo no conoceis que no
por el pan os he dicho : Guardá-
os de la levadura de los fariseos
y saduceos ?
12 Entonces entendieron que
no quiso decir que se guardasen
de la levadura que se pone en el
pan, sino de la doctrina de los
fariseos y saduceos.
13 ¶ Viniendo despues Jesus
al territorio de Cesarea de Fi-
lipo, preguntó á sus discípulos :
¿ Quién dicen los hombres que
soy yo, el Hijo del hombre ?
14 Respondieron ellos : Unos
dicen que Juan Bautista, otros
Elías, otras Jeremías, ó alguno
de los profetas.
15 Díceles Jesus : ¿ Y vosotros
quién decis que soy yo ?
16 Tomando la palabra Simon
Pedro dijo : Tú eres el Cristo, el
Hijo de Dios vivo.
17 Y Jesus respondiendo, le
dijo : Bienaventurado eres, Si-
mon hijo de Joná : porque no te
ha revelado eso la carne y san-
gre, sino mi Padre, que está en
los cielos.
18 Y yo te digo que tú eres
Pedro, y que sobre esta piedra
edificaré mi iglesia, y las puer-
tas del infierno no prevalecerán
contra ella.
19 Y á tí te daré las llaves del
reino de los cielos Y todo lo
que atares sobre la tierra, será
tambien atado en los cielos : y
todo lo que desatares sobre la
tierra, será tambien desatado en
los cielos.
20 Entonces mandó á sus dis-
cípulos que á nadie dijesen que
él era Jesus el Cristo.
21 Y desde luego comenzó Je-
sus á manifestar á sus discípulos
que convenia que fuese él á Jeru-
salem, y que allí padeciese mu-
cho de parte de los ancianos, y
de los príncipes de los sacerdotes,
y de los escribas, y que fuese
muerto, y que resucitase al ter-
cer dia.
22 Tomándole a parte Pedro,
trataba de increparle diciendo :
¡ Ah Señor ! de ningun modo :
no, no ha de verificarse eso en tí.
23 Pero vuelto dijo á Pedro :

Quítateme de delante Satanás,
que me escandalizas; porque no
entiendes las cosas que son de
Dios, sino las de los hombres.
24 Entonces dijo Jesus á sus
discípulos: Si alguno quiere ve-
nir en pos de mí, niéguese á sí
mismo, y cargue con su cruz, y
sígame.
25 Pues quien quisiere salvar su
vida, la perderá: mas quien per-
diere su vida por amor de mí, la
encontrará.
26 Porque ¿de qué le sirve al
hombre el ganar todo el mundo,
si pierde su alma? O ¿con qué
cambio podrá el hombre resca-
tarla?
27 Ello es que el Hijo del hom-
bre ha de venir revestido de la
gloria de su Padre, acompañado
de sus ángeles: y entonces dará
á cada cual conforme á sus obras.
28 En verdad os digo, que hay
aquí algunos que no han de mo-
rir antes que vean al Hijo del
hombre aparecer en su reino.

CAPITULO XVII.

Transfiguracion de Jesus: curacion de un lunático endemoniado: Jesus paga el tributo por sí y por Pedro con una moneda milagrosamente hallada.

SEIS dias despues tomó Jesus
consigo á Pedro, y á Santia-
go, y á Juan su hermano; y su-
biendo con ellos solos á un alto
monte,
2 Se transfiguró en su presen-
cia. De modo que su rostro se
puso resplandeciente como el sol,
y sus vestidos brillantes como la
luz.
3 Y al mismo tiempo les apare-
cieron Moisés y Elías conversan-
do con él.
4 Entonces Pedro tomando la
palabra, dijo á Jesus: Señor,
bueno es estarnos aquí: si te
parece, formemos tres pabello-
nes, uno para tí, otro para Moi-
sés, y otro para Elías.
5 Todavía estaba Pedro hablan-
do, cuando una nube resplande-
ciente vino á cubrirlos. Y al
mismo instante resonó desde la
nube una voz que decia: Este
es mi querido Hijo, en quien ten-
go todas mis complacencias: á
él habeis de escuchar.
6 A cuya voz los discípulos
cayeron sobre su rostro en tier-
ra, y quedaron poseidos de un
grande espanto.
7 Mas Jesus se llegó á ellos, los
tocó, y les dijo: Levantáos, y no
tengais miedo.
8 Y alzando los ojos, no vieron
á nadie sino á solo Jesus.
9 Y al bajar del monte, les puso
Jesus precepto, diciendo: No di-
gais á nadie lo que habeis visto,
hasta tanto que el Hijo del hom-
bre haya resucitado de entre los
muertos.
10 Sobre lo cual le preguntaron
los discípulos: ¿Pues cómo di-
cen los escribas que debe venir
primero Elías?
11 A esto Jesus les respondió:
En efecto, Elías ha de venir, y
entonces restablecerá todas las
cosas:
12 Pero yo os declaro que Elías
ya vino, y no le conocieron, sino
que hicieron con él todo cuanto
quisieron. Asi tambien harán
ellos padecer al Hijo del hombre.

13 Entonces entendieron los discípulos que les habia hablado de Juan Bautista.

14 Llegado al lugar donde le aguardaban las gentes, vino un hombre y se arrodilló ante él, diciendo:

15 Señor, ten compasion de mi hijo, porque es lunático, y padece mucho; pues muy á menudo cae en el fuego, y frecuentemente en el agua.

16 Y le he presentado á tus discípulos, y no han podido curarle.

17 Jesus en respuesta dijo: ¡Oh raza incrédula y perversa! ¿hasta cuándo he de vivir con vosotros? ¿hasta cuándo habré de sufriros? Traédmele acá.

18 Y Jesus amenazó al demonio, que salió del muchacho; y este quedó curado desde aquel momento.

19 Entonces los discípulos hablaron á parte á Jesus, y le dijeron: ¿Por qué causa no hemos podido nosotros echarle?

20 Respondióles Jesus: Porque teneis poca fé. Pues ciertamente os aseguro que si tuviereis fé, como un granito de mostaza, podreis decir á ese monte: Trasládate de aquí allá, y se trasladará, y nada os será imposible.

21 Y ademas que esta casta no sale, sino mediante la oracion, y el ayuno.

22 Mientras estaban ellos en Galilea, díjoles Jesus: El Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de los hombres.

23 Y le matarán, y resucitará al tercer dia. Con lo cual los discípulos se afligieron sobremanera.

24 Habiendo llegado á Capharnaum, se acercaron á Pedro los recaudadores del tributo de las dos dracmas, y le dijeron: ¡Qué! ¿No paga vuestro Maestro las dos dracmas?

25 Sí por cierto, respondió. Y habiendo entrado en casa, se le anticipó Jesus diciendo: ¿Qué te parece, Simon? Los reyes de la tierra ¿de quién cobran tributo ó censo? ¿de sus hijos, ó de los estraños?

26 De los estraños, dijo él. Replicó Jesus: Luego los hijos están exentos.

27 Con todo eso, por no escandalizarlos, ve al mar y tira el anzuelo, y coge el primer pez que saliere, y abriéndole la boca, hallarás una pieza de cuatro dracmas: tómala, y dásela por mí, y por tí.

CAPITULO XVIII.

Doctrina de Jesus sobre la humildad, sobre el pecado de escándalo, y sobre la correccion fraterna. Parábola del buen pastor. Sobre la potestad de perdonar pecados: compasion con los pecadores: y perdon de los enemigos. Parábola de los diez mil talentos.

EN esta misma ocasion se acercaron los discípulos á Jesus, y le hicieron esta pregunta: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?

2 Y Jesus, llamando á sí á un niño, le colocó en medio de ellos,

3 Y dijo: En verdad os digo, que si no os volveis y haceis semejantes á los niños, no entrareis en el reino de los cielos.

4 Cualquiera pues que se humillare como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos.

5 Y el que acogiere á un niño tal en nombre mio, á mí me acoge.

6 Mas á quien escandalizare á uno de estos parvulillos, que creen en mí, mejor le seria que le colgasen del cuello una de esas piedras de molino que mueve un asno, y así fuese sumergido en el profundo del mar.

7 ¡ Ay del mundo por razon de los escándalos ! Porque si bien es forzoso que haya escándalos ; sin embargo ¡ ay de aquel hombre que causa el escándalo !

8 Que si tu mano ó tu pié te es ocasion de escándalo, córtalos y arrójalos de tí : pues mas te vale entrar en la vida manco ó cojo, que con dos manos ó dos piés ser precipitado al fuego eterno.

9 Y si tu ojo es para tí ocasion de escándalo, sácale y tírale lejos de tí : mejor te es entrar en la vida con un solo ojo, que tener dos ojos y ser arrojado al fuego del infierno.

10 Mirad que no desprecieis á alguno de estos pequeñitos ; porque os hago saber que sus ángeles en los cielos están siempre viendo la cara de mi Padre celestial.

11 Y ademas el Hijo del hombre ha venido á salvar lo que se habia perdido.

12 Si un hombre tiene cien ovejas, y una de ellas se hubiere descarriado, ¿ qué os parece que hará entonces ? ¿ no dejará las noventa y nueve y se irá á los montes en busca de la que se ha descarriado ?

13 Y si por dicha la encuentra, en verdad os digo que ella sola le causa mayor complacencia que las noventa y nueve que no se le han perdido.

14 Asi que, no es la voluntad de vuestro Padre, que está en los cielos, el que perezca uno solo de estos pequeñitos.

15 Que si tu hermano pecare contra tí, ve y corrígele estando á solas con él : si te escucha, habrás ganado á tu hermano :

16 Si no hiciere caso de tí, todavía válete de una ó dos personas, á fin de que todo sea confirmado con la autoridad de dos ó tres testigos.

17 Y si no los escuchare, díselo á la iglesia : pero si ni á la iglesia oyere, mírale como á un gentil y á un publicano.

18 Os empeño mi palabra, que todo lo que atáreis sobre la tierra, será atado en el cielo : y todo lo que desatáreis sobre la tierra, será desatado en el cielo.

19 Os digo mas : que si dos de vosotros se unieren entre sí sobre la tierra para pedir algo, sea lo que se fuere, les será otorgado por mi Padre que está en los cielos,

20 Porque donde dos ó tres se hallan congregados en mi nombre, allí me hallo yo en medio de ellos.

21 En esta sazon acercándose á él Pedro, le dijo ; Señor, ¿ cuántas veces deberé perdonar á mi hermano cuando pecare contra mí ? ¿ hasta siete veces ?

22 Respondióle Jesus : No te

digo yo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

23 Por esto el reino de los cielos viene á ser semejante á un rey que quiso tomar cuentas á sus criados.

24 Y habiendo empezado á tomarlas, le fué presentado uno que le debia diez mil talentos.

25 Y como este no tuviese con qué pagar, mandó su Señor que fuesen vendidos él, y su mujer, y sus hijos con toda su hacienda, y se pagase así la deuda.

26 Entonces el criado, arrojándose á sus piés, le rogaba diciendo: ten un poco de paciencia, que yo te lo pagaré todo.

27 Movido á compasion el Señor de aquel criado, le dió por libre, y le perdonó la deuda.

28 Mas apenas salió este criado de su presencia, encontró á uno de sus compañeros que le debia cien denarios; y agarrándole por la garganta le ahogaba, diciéndole: Paga lo que me debes.

29 El compañero, arrojándose á sus piés, le rogaba diciendo: Ten un poco de paciencia conmigo, que yo te lo pagaré todo.

30 El empero no quiso, sino que fué y le hizo meter en la cárcel hasta que el compañero le pagase lo que le debia.

31 Al ver los otros criados sus compañeros lo que pasaba, se contristaron por estremo, y fueron á contar á su Señor todo lo sucedido.

32 Entonces le llamó su Señor, y le dijo: ¡O criado inicuo! yo te perdoné toda la deuda porque me lo suplicaste.

33 ¿No era pues justo que tú tambien tuvieses compasion de tu compañero, como yo la tuve de tí?

34 E irritado el Señor le entregó en manos de los verdugos, hasta tanto que se satisficiera la deuda toda por entero.

35 Así de esta manera se portará mi Padre celestial con vosotros, si cada uno no perdonare de corazon á su hermano.

CAPITULO XIX.

Enseña Jesus que el matrimonio es indisoluble; habla de la dificultad de salvarse los ricos; y del premio de los que renuncian por amor de él á todas las cosas.

HABIENDO concluido Jesus estos discursos, partió de Galilea, y vino á los términos de Judea, del otro lado del Jordan,

2 A donde le siguieron gran muchedumbre de gentes, y curó allí á sus enfermos.

3 Y se llegaron á él los fariseos para tentarle, y le dijeron: ¿Es lícito á un hombre repudiar á su mujer por cualquier causa?

4 Jesus en respuesta les dijo: ¿No habeis leido que aquel que al principio crió al linage humano, criólos varon y hembra,

5 Y dijo: Por tanto dejará el hombre á su padre y á su madre, y unirse ha con su mujer, y serán dos en una sola carne?

6 Así que ya no son dos, sino una sola carne. Lo que Dios pues ha unido, no lo desuna el hombre.

7 Pero ¿por qué, replicaron ellos, mando Moisés dar libelo de repudio y despedirla?

8 Díjoles Jesus: A causa de la
dureza de vuestro corazon os
permitió Moisés repudiar á vues-
tras mujeres; mas desde el prin-
cipio no fué así.
9 Asi pues os declaro que cual-
quiera que despidiere á su mujer,
sino en caso de adulterio, y se ca-
sare con otra, este tal comete adul-
terio; y que quien se casare con
la divorciada tambien le comete.
10 Dícenle sus discípulos: Si
tal es la condicion del hombre
con respecto á su mujer, no es
bueno casarse.
11 Jesus les respondió: todos
no reciben estas palabras, mas
solo aquellos á quienes es dado.
12 Porque hay unos eunucos
que nacieron tales del vientre de
sus madres; hay eunucos que
fueron castrados por los hom-
bres; y eunucos hay que se cas-
traron á sí mismos por amor del
reino de los cielos. Aquel que
puede ser capaz de eso, séalo.
13 ¶ En esta sazon le presen-
taron unos niños para que pusiese
sobre ellos las manos, y orase.
Mas los discípulos los reñian.
14 Jesus por el contrario les di-
jo: Dejad á los niños, y no les
estorbeis el venir á mí; porque
de los que son como ellos es el
reino de los cielos.
15 Y habiéndoles impuesto las
manos partió de allí.
16 Acercósele entonces un hom-
bre que le dijo: Maestro bueno,
¿qué obras buenas debo hacer
para conseguir la vida eterna?
17 Jesus le respondió: ¿Por
qué me llamas bueno? Dios so-
lo es el bueno. Por lo demas, si
quieres entrar en la vida, guar-
da los mandamientos.
18 Díjole él, ¿qué mandamien-
tos? Respondio Jesus: No ma-
tarás: No cometerás adulterio:
No hurtarás: No levantarás fal-
so testimonio:
19 Honra á tu padre y á tu ma-
dre; y Ama á tu prójimo como
á tí mismo.
20 Dícele el jóven: Todos esos
los he guardado desde mi juven-
tud, ¿qué mas me falta?
21 Respondióle Jesus: Si quie-
res ser perfecto, anda, y vende
cuanto tienes, y dáselo á los po-
bres, y tendrás un tesoro en el
cielo: ven despues, y sígueme.
22 Habiendo oido el jóven estas
palabras, se retiro entristecido:
y era que tenia muchas posesio-
nes.
23 Jesus dijo entonces a sus dis-
cípulos: En verdad os digo, que
dificilmente un rico entrará en
el reino de los cielos.
24 Y aun os digo mas: Es mas
fácil el pasar un camello por el
ojo de una aguja, que entrar un
rico en el reino de Dios.
25 Oidas estas proposiciones,
los discipulos estaban muy ma-
ravillados, diciendo: segun esto
¿Quién podrá salvarse?
26 Pero Jesus mirándolos, les
dijo: Para los hombres es esto
imposible: mas para Dios todas
las cosas son posibles.
27 Tomando entonces Pedro la
palabra, dijole: Bien ves que
nosotros hemos abandonado to-
das las cosas, y te hemos segui-
do: ¿cuál será pues nuestra re-
compensa?

28 Mas Jesus les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se siente en el solio de su magestad, vosotros tambien os sentareis sobre doce solios, y juzgareis á las doce tribus de Israél.

29 Y cualquiera que haya dejado casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó esposa, ó hijos, ó heredades por causa de mi nombre, recibirá cien veces mas, y heredará la vida eterna.

30 Mas muchos que son los últimos serán los primeros; y los primeros, los últimos.

CAPITULO XX.

Parábola de los obreros llamados á trabajar en la viña. Jesus predice su muerte y resurreccion. Responde á la pretension de la madre de los hijos de Zebedeo. Da vista á dos ciegos.

PORQUE el reino de los cielos se parece á un padre de familias, que al romper el dia salió á alquilar jornaleros para su viña,

2 Y ajustándose con ellos en un denario por dia, envióles á su viña.

3 Saliendo despues cerca de la hora de tercia, se encontró con otros que estaban mano sobre mano en la plaza,

4 Y díjoles: Andad tambien vosotros á mi viña, y os daré lo que sea justo, y ellos fueron.

5 Otras dos veces salió á eso de la hora de sesta y de la hora de nona, é hizo lo mismo.

6 Finalmente salió cerca de la hora undécima, y vió á otros que estaban todavia sin hacer nada, y les dijo: ¿ Cómo os estais aquí ociosos todo el dia?

7 Respondiéronle: Es que nadie nos ha alquilado. Díjoles: pues id tambien vosotros á mi viña, y recibireis lo que sea justo.

8 Puesto el sol, dijo el dueño de la viña á su mayordomo: Llama á los trabajadores, y págales el jornal, empezando desde los postreros y acabando en los primeros.

9 Venidos pues los que habian ido cerca de la hora undécima, recibieron un denario cada uno.

10 Cuando al fin llegaron los primeros, se imaginaron que les darian mas: pero no obstante estos recibieron igualmente cada uno su denario.

11 Y al recibirle murmuraban contra el padre de familias,

12 Diciendo: Estos últimos no han trabajado mas que una hora, y los has igualado con nosotros, que hemos soportado el peso del dia, y el calor.

13 Mas él por respuesta dijo á uno de ellos: Amigo, yo no te hago agravio: ¿no te ajustaste conmigo en un denario?

14 Toma pues lo que es tuyo, y véte: yo quiero dar á este, bien que sea el último, tanto como á tí.

15 ¿ Acaso no puedo yo hacer lo que quiero de lo que es mio? ¿ ó ha de ser tu ojo malo, porque yo soy bueno?

16 De esta suerte los postreros serán primeros, y los primeros,

postreros: porque muchos son los
llamados, mas pocos los escogi-
dos.
17 Subiendo Jesus á Jerusalem,
en el camino tomó á parte á sus
doce discípulos, y les dijo:
18 Mirad que vamos á Jerusa-
lem, donde el Hijo del hombre
ha de ser entregado á los prínci-
pes de los sacerdotes y á los es-
cribas, y le condenarán á muerte;
19 Y le entregarán á los Gen-
tiles para que sea escarnecido, y
azotado, y crucificado, mas él re-
sucitará al tercer dia.
20 Entonces la madre de los hi-
jos de Zebedeo se acerca á él con
sus hijos, y le adora, manifestan-
do querer pedirle alguna gracia.
21 Jesus le dijo: ¿Qué quie-
res? Y ella le respondió: Dis-
pon que estos dos hijos mios ten-
gan asiento en tu reino, uno á tu
derecha, y otro á tu izquierda.
22 Mas Jesus les dió por res-
puesta: No sabeis lo que os pe-
dis. ¿Podeis beber el cáliz que
yo tengo de beber, y ser bautiza-
dos con el bautismo, con que yo
soy bautizado? Dícenle: Bien
podemos.
23 Replicóles: Mi cáliz sí que
le bebereis, y con el bautismo con
que yo he de ser bautizado, lo
sereis tambien vosotros; pero el
asiento á mi diestra ó siniestra no
me toca concederle á vosotros, si-
no que será para aquellos á quie-
nes le ha destinado mi Padre.
24 Entendiendo esto los otros
diez, se indignaron contra los dos
hermanos.
25 Mas Jesus los convocó á sí, y
les dijo: No ignorais que los prín-
cipes de los Gentiles avasallan á
sus pueblos, y que sus magnates
los dominan con imperio.
26 No ha de ser así entre voso-
tros: sino que quien aspirare á
ser mayor entre vosotros, debe
ser vuestro criado:
27 Y el que quiera ser entre
vosotros el primero, ha de ser
vuestro siervo:
28 Al modo que el Hijo del hom-
bre no ha venido á ser servido,
sino á servir, y á dar su vida
para redencion de muchos.
29 Al salir de Jericó, le fué si-
guiendo gran multitud de gentes;
30 Y hé aquí que dos ciegos
sentados á la orilla del camino,
habiendo oido decir que pasaba
Jesus, comenzaron á gritar, di-
ciendo; ¡Señor! ¡hijo de David!
ten misericordia de nosotros.
31 Mas las gentes los reñian
para que callasen. Ellos no ob-
stante alzaban mas el grito, di-
ciendo: ¡Señor! ¡hijo de David!
ten misericordia de nosotros.
32 Paróse á esto Jesus, y lla-
mándolos, les dijo: ¿Qué quereis
que os haga?
33 Señor, le respondieron ellos,
que se abran nuestros ojos.
34 Movido Jesus á compasion,
tocó sus ojos. Y en el mismo
instante vieron, y se fueron en
pos de él.

CAPITULO XXI.

Jesus entra en Jerusalem aclamado por Mesías: echa del templo á los que estaban allí vendiendo: maldice á una higuera; y confunde á sus émulos con parábolas y razones.

ACERCANDOSE á Jerusa-
lem, luego que llegaron á

Bethphage, al Monte de los olivos, despachó Jesus á dos discípulos,
2 Diciéndoles: Id á esa aldea,
que se ve en frente de vosotros,
y sin mas diligencia encontrareis
una asna atada, y su pollino con
ella: desatádlos, y traédmelos:
3 Que si alguno os dijere algo,
respondedle que los ha menester
el Señor: y al punto os los dejará llevar.
4 Todo esto sucedió en cumplimiento de lo que dijo el Profeta:
5 Decid á la hija de Sion: mira
que viene á tí tu rey lleno de
mansedumbre, sentado sobre una
asna y su pollino, hijo de la que
está acostumbrada al yugo
6 Fuéronse los discípulos, é hicieron lo que les habia mandado
Jesus.
7 Y trajeron el asna, y el pollino: y los aparejaron con sus
vestidos: y le hicieron sentar
encima.
8 Y una gran muchedumbre de
gentes tendian por el camino sus
vestidos: otros cortaban ramos
de los árboles, y los ponian por
donde habia de pasar:
9 Y tanto las gentes que iban
delante, como las que venian detras, clamaban, diciendo: Hosanna al hijo de David: bendito
sea el que viene en nombre del
Señor: Hosanna en lo mas alto
de los cielos.
10 Entrado que hubo así en Jerusalem, se conmovió toda la ciudad, diciendo: ¿Quién es este?
11 A lo que respondian las
gentes: Este es Jesus, el profeta
de Nazaret de Galilea.
12 Habiendo entrado Jesus en
el templo de Dios, echó fuera de
él á todos los que vendian allí y
compraban: y derribó las mesas
de los cambiantes, y las sillas de
los que vendian palomas:
13 Y les dijo: Escrito está:
Mi casa será llamada casa de
oracion; mas vosotros la teneis
hecha una cueva de ladrones.
14 Al mismo tiempo se llegaron
á él en el templo varios ciegos, y
cojos: y los curó.
15 Pero los príncipes de los sacerdotes y los escribas, al ver las
maravillas que hacia, y á los
niños que le aclamaban en el
templo, diciendo: Hosanna al
hijo de David: se indignaron,
16 Y le dijeron: ¿Oyes tú lo
que dicen estos? Jesus les respondió: Sí por cierto: ¡pues
qué! ¿no habeis leido jamas:
De la boca de los infantes y niños
de pecho es de donde sacaste la
perfecta alabanza?
17 Y dejándolos, se salió de la
ciudad y pasó á Bethania, en
donde se quedó aquella noche.
18 La mañana siguiente, volviendo á la ciudad, tuvo hambre.
19 Y viendo una higuera junto
al camino, se acercó á ella; á la
cual, no hallando en ella sino
hojas, dijo: Nunca jamas nazca
de tí fruto. Y la higuera quedó
luego seca.
20 Lo que viendo los discípulos,
se maravillaron, y decian: ¡Cómo se ha secado en un instante
la higuera!
21 Y respondiendo Jesus, les
dijo: En verdad os digo, que si
teneis fé, y no andais vacilando,

no solamente hareis esto de la
higuera, sino que aun cuando
digais á ese monte, Arráncate, y
arrojate al mar, así se hará.
22 Y todo cuanto pidiereis en
la oracion, como tengais fé, lo
alcanzareis.
23 Llegado al templo, se acercaron á él cuando estaba enseñando, los príncipes de los sacerdotes, y los ancianos del pueblo,
y le preguntaron: ¿Con qué
autoridad haces estas cosas? ¿Y
quién te ha dado tal potestad?
24 Respondióles Jesus: Yo tambien quiero haceros una pregunta: y si me respondeis á ella, os
diré luego con qué autoridad hago
estas cosas.
25 ¿El bautismo de Juan de
dónde era? ¿del cielo, ó de los
hombres? Mas ellos discurrian
para consigo, diciendo: Si respondemos, del cielo, nos dirá:
¿Pues por qué no habeis creido
en él?
26 Si respondemos, de los hombres, tenemos que temer al pueblo: porque todos miraban á
Juan como á un profeta.
27 Por tanto contestaron á Jesus, diciendo: No lo sabemos.
Replicóles él en seguida: Pues
ni yo tampoco os diré con qué
autoridad hago estas cosas.
28 ¿Mas qué os parece? Un
hombre tenia dos hijos, y llamando al primero, le dijo: Hijo, ve
hoy á trabajar en mi viña.
29 Y él respondió: No quiero.
Pero despues, arrepentido, fué.
30 Llamando al segundo, le dijo lo mismo, y aunque este respondió: Voy, señor, no fué:
31 ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? El primero,
dijeron ellos. Y Jesus prosiguió:
En verdad os digo, que los publicanos y las rameras os precederan en el reino de Dios.
32 Por cuanto vino Juan á vosotros por las sendas de la justicia,
y no le creisteis; al mismo tiempo que los publicanos y las rameras le creyeron: mas vosotros,
ni con ver esto, os movisteis
despues á arrepentimiento para
creer en él.
33 Escuchad otra parábola:
Erase un padre de familias, que
plantó una viña, y la cercó de
vallado, y cavando hizo en ella
un lagar, edificó una torre, arrendóla despues á ciertos labradores, y se ausentó á un pais
lejano.
34 Venida ya la sazon de los
frutos, envió sus criados á los
renteros, para que percibiesen
el fruto de ella.
35 Mas los renteros, acometiendo á los criados, apalearon al
uno, mataron al otro, y al otro
le apedrearon.
36 Segunda vez envió nuevos
criados en mayor número que los
primeros, y los trataron de la
misma manera.
37 Por último les envió su hijo,
diciendo para consigo: A mi
hijo por lo menos le respetarán.
38 Pero los renteros al ver al
hijo, dijeron entre sí: Este es el
heredero, venid, matémosle, y
nos alzaremos con su herencia.
39 Y agarrándole le echaron
fuera de la viña, y le mataron.
40 Ahora bien, en volviendo el

dueño de la viña, ¿qué hará á
aquellos labradores?
41 Hará, dijeron ellos, que esta
gente tan mala perezca misera-
blemente; y arrendará su viña
á otros labradores, que le paguen
los frutos á sus tiempos.
42 ¿Pues no habeis jamas leido
en las Escrituras, les añadió Je-
sus: La piedra que desecharon los
fabricantes, esa misma vino á ser
la clave del ángulo? El Señor
es el que ha hecho esto, y es una
cosa admirable á nuestros ojos.
43 Por lo cual os digo, que os
será quitado á vosotros el reino
de Dios, y dado á gentes que
rindan frutos de él.
44 Ello es, que quien cayere
sobre esta piedra, se hará pe-
dazos: y ella hará añicos á aquel
sobre quien cayere.
45 Oidas estas parábolas de
Jesus, los príncipes de los sacer-
dotes y los fariseos entendieron
que hablaba por ellos.
46 Y queriendo prenderle, tu-
vieron miedo al pueblo; porque
era mirado como un profeta.

CAPITULO XXII.

Parábola del rey que convidó á las bodas de su hijo. Si debe pagarse el tributo al César. Doctrina sobre la resurreccion. Amor de Dios y del prójimo. Cristo hijo y señor de David.

ENTRETANTO Jesus, prosi-
guiendo la plática, les ha-
bló de nuevo por parábolas,
diciendo:
2 Con respecto al reino de los
cielos acontece lo que á cierto
rey, que celebró las bodas de su
hijo,
3 Y envió sus criados á llamar
á los convidados á las bodas,
mas estos no quisieron venir.
4 Segunda vez despachó nuevos
criados, con órden de decir de
su parte á los convidados: Ten-
go dispuesto el banquete, he he-
cho matar mis terneros y demas
animales cebados, y todo está á
punto: venid pues á las bodas.
5 Mas ellos no hicieron caso;
antes bien se marcharon, quien
á su granja, y quien á su trá-
fico:
6 Los demas cogieron á los cria-
dos, y despues de haberlos llena-
do de ultrages, los mataron.
7 Lo cual oido por el rey, montó
en cólera, y enviando sus tropas,
acabó con aquellos homicidas, y
abrasó su ciudad.
8 Entonces dijo á sus criados:
Las prevenciones para las bodas
están hechas, mas los convida-
dos no eran dignos de asistir á
ellas:
9 Id pues á las salidas de los
caminos, y á todos cuantos en-
contreis, convidadlos á las bo-
das.
10 Al punto los criados salien-
do á los caminos, reunieron á
cuantos hallaron, malos y bue-
nos; de suerte que la sala de las
bodas se llenó de convidados.
11 Entrando despues el rey á
ver los convidados, reparó allí
en un hombre que no iba con
vestido de boda.
12 Y díjole: Amigo, ¿cómo
has entrado tú aquí sin vestido
de boda? Pero él enmudeció.
13 Entonces dijo el rey á sus
ministros: Atado de piés y ma-

nos, quitadle de aquí, y arrojadle
fuera á las tinieblas; donde no
habrá sino llanto, y crujir de
dientes.
14 Tan cierto es que muchos
son los llamados, y pocos los es-
cogidos.
15 Entonces los fariseos se re-
tiraron á tratar entre sí cómo
podrian sorprenderle en lo que
hablase.
16 Y le enviaron sus discípulos
con algunos Herodianos, que le
dijeron: Maestro, sabemos que
eres veraz, y que enseñas el ca-
mino de Dios conforme á la pura
verdad, sin respeto á nadie: por-
que no miras á la apariencia de
las personas:
17 Dínos pues qué te parece,
¿Es ó no es lícito pagar tributo
á César?
18 A lo cual Jesus, conociendo
su malicia, respondió: ¿Por qué
me tentais, hipócritas?
19 Enseñadme la moneda con
que se paga el tributo. Y ellos
le mostraron un denario.
20 Y Jesus les dijo: ¿De quién
es esta imágen, y esta inscrip-
cion?
21 Respóndenle: De César.
Entonces les replicó: Pues dad
á César lo que es de César, y á
Dios lo que es de Dios.
22 Con cuya respuesta queda-
ron admirados, y dejándole se
fueron.
23 ¶ Aquel mismo dia vinie-
ron los saduceos, que niegan la
resurreccion, á proponerle este
caso:
24 Maestro, Moisés ordenó que
si alguno muere sin hijos, el her-
mano se case con su mujer, para
dar sucesion á su hermano.
25 Es el caso que habia entre
nosotros siete hermanos. Casa-
do el primero, vino á morir, y no
teniendo sucesion, dejó su mujer
á su hermano.
26 Lo mismo acaeció al segun-
do, y al tercero, hasta el séptimo.
27 Y despues de todos ellos mu-
rió la mujer.
28 Ahora pues, asi que llegue
la resurreccion, ¿de cuál de los
siete ha de ser mujer, supuesto
que lo fué de todos?
29 A lo que Jesus les respon-
dió: Muy errados andais, por no
entender las Escrituras, ni el
poder de Dios.
30 Porque despues de la resur-
reccion ni los hombres tomarán
mujeres, ni las mujeres tomarán
maridos: sino que serán como
los ángeles de Dios en el cielo.
31 Mas tocante á la resurrec-
cion de los muertos ¿no habeis
leido las palabras que Dios os
tiene dichas:
32 Yo soy el Dios de Abraham,
el Dios de Isaac y el Dios de Ja-
cob? Dios no es Dios de muer-
tos, sino de vivos.
33 Lo que habiendo oido el
pueblo, estaba asombrado de su
doctrina.
34 ¶ Pero los fariseos, informa-
dos de que habia tapado la boca
á los saduceos, se mancomuna-
ron:
35 Y uno de ellos, doctor de la
ley, le preguntó para tentarle:
36 Maestro, ¿cuál es el man-
damiento principal de la ley?
37 Respondióle Jesus: Amarás

al Señor Dios tuyo de todo tu
corazon, y con toda tu alma, y
con toda tu mente.
38 Este es el máximo y primer
mandamiento.
39 El segundo, semejante á él,
es: Amarás á tu prójimo como
á tí mismo.
40 De estos dos mandamientos
depende toda la ley y los profe-
tas.
41 Estando aquí juntos los fa-
riseos, Jesus les hizo esta pre-
gunta:
42 ¿Qué os parece á vosotros
del Cristo? ¿De quién es hijo?
Dícenle: de David.
43 Replicóles: ¿Pues cómo Da-
vid en espíritu le llama su Se-
ñor, cuando dice:
44 Dijo el Señor á mi Señor:
siéntate á mi diestra, mientras
tanto que yo pongo á tus enemi-
gos por peana de tus piés?
45 Pues si David le llama su
Señor, ¿cómo cabe que sea hijo
suyo?
46 A lo cual nadie pudo res-
ponderle una palabra; ni hubo
quien desde aquel dia osase ha-
cerle mas preguntas.

CAPITULO XXIII.

Condena Jesus el rigor estremado de los fariseos en la doctrina que enseñan al pueblo: habla de su hipocresía y soberbia: de las falsas esplicaciones que dan á la ley: de la muerte violenta de los profetas; y de la ruina de Jerusalem.

ENTONCES dirigiendo Jesus
su palabra al pueblo, y á sus
discípulos,
2 Les dijo: Los escribas y los
fariseos están sentados en la cá-
tedra de Moisés.
3 Practicad pues, y haced todo
lo que os dijeren; pero no ar-
regleis vuestra conducta por la
suya, porque ellos dicen y no ha-
cen.
4 El hecho es que van liando
cargas pesadas, é insoportables, y
las ponen sobre los hombros de los
demas cuando ellos no quieren
ni aplicar el dedo para moverlas.
5 Todas sus obras las hacen
con el fin de ser vistos de los
hombres: por lo mismo llevan
las filacterias mas anchas, y mas
largas las franjas.
6 Aman tambien los primeros
asientos en los banquetes, y las
primeras sillas en las sinagogas,
7 Y el ser saludados en la pla-
za, y que los hombres les den el
título de Rabí.
8 Vosotros por el contrario no
habeis de querer ser saludados
Rabí; porque el Cristo es vues-
tro único Maestro, y todos voso-
tros sois hermanos.
9 Tampoco habeis de llamar á
nadie sobre la tierra padre: pues
uno solo es vuestro Padre, el cual
está en los cielos.
10 Ni debeis de ser llamados
maestros; porque el Cristo es
vuestro único Maestro.
11 El mayor entre vosotros, ha
de ser siervo vuestro.
12 Que quien se ensalzare será
humillado, y quien se humillare
será ensalzado.
13 ¶ Pero ¡ay de vosotros es-
cribas y fariseos hipócritas! que
cerrais el reino de los cielos á
los hombres: porque ni vosotros
entrais, ni dejais entrar á los que
entrarian.

14 ¡ Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas ! que devorais las casas de las viudas, y con simulacion haceis pretesto de largas oraciones : por eso recibireis sentencia mucho mas rigorosa.

15 ¡ Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas ! porque andais girando por mar y tierra, para ganar un prosélito ; y despues de ganado, le haceis digno del infierno dos veces mas que vosotros.

16 ¡ Ay de vosotros guias ciegos ! que decis: El jurar uno por el templo no es nada ; mas quien jura por el oro del templo, está obligado.

17 ¡ Necios y ciegos ! ¿ qué vale mas, el oro, ó el templo que santifica al oro ?

18 Y si alguno jura por el altar, no importa ; mas quien jurare por la ofrenda puesta sobre él, se hace deudor.

19 ¡ Necios y ciegos ! ¿ Qué vale mas, la ofrenda, ó el altar que santifica la ofrenda ?

20 Cualquiera pues que jura por el altar, jura por él, y por todas las cosas que se ponen sobre él.

21 Y quien jura por el templo, jura por él, y por aquel que le habita.

22 Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios, y por aquel que está en él sentado.

23 ¡ Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas ! que pagais diezmo de la yerba-buena, y del eneldo, y del comino, y habeis abandonado las cosas mas esenciales de la ley, la justicia, la misericordia y la fé ! Estas debierais observar, sin omitir aquellas.

24 ¡ Oh guias ciegos ! que colais un mosquito, y os tragais un camello.

25 ¡ Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas ! que limpiais por defuera la copa y el plato ; y por dentro están llenos de rapacidad é inmundicia.

26 ¡ Fariseo ciego ! limpia primero por dentro la copa y el plato, si quieres que lo de afuera sea limpio.

27 ¡ Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas ! porque sois semejantes á los sepulcros blanqueados, los cuales por afuera parecen hermosos á los hombres, mas por dentro están llenos de huesos de muertos, y de todo género de podredumbre.

28 Asi tambien vosotros en el esterior os mostrais justos á los hombres ; mas en el interior estais llenos de hipocresía, y de iniquidad.

29 ¡ Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas ! que fabricais los sepulcros de los profetas, y adornais los monumentos de los justos,

30 Y decis : Si hubiéramos vivido en tiempo de nuestros padres, no hubiéramos sido sus cómplices en la muerte de los profetas.

31 Con lo que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de los que mataron á los profetas.

32 Acabad pues de llenar la medida de vuestros padres.

33 ¡ Serpientes, raza de víboras !
¿ cómo evitareis el ser condena-
dos al fuego del infierno ?
34 Porque hé aquí que yo voy
á enviaros profetas, y sabios, y
escribas, y de ellos matareis á
unos, crucificareis á otros, á otros
azotareis en vuestras sinagogas,
y los andareis persiguiendo de
ciudad en ciudad ;
35 Para que recaiga sobre vos-
otros toda la sangre inocente der-
ramada sobre la tierra, desde la
sangre del justo Abel hasta la
sangre de Zacarías hijo de Bara-
quías, á quien matasteis entre el
templo y el altar.
36 En verdad os digo, que to-
das estas cosas vendrán á caer
sobre esta generacion.
37 ¡ Jerusalem ! ¡ Jerusalem !
que matas á los profetas, y ape-
dreas á los que á tí son enviados,
¿ cuántas veces quise recoger á
tus hijos, como la gallina recoge
á sus pollitos bajo las alas, y tú
no lo has querido ?
38 Hé aquí que vuestra casa va
á quedar desierta.
39 Y así os digo : que no me
vereis mas, hasta que digais :
Bendito sea el que viene en
nombre del Señor.

CAPITULO XXIV.

Predice Jesus la ruina de Jerusalem y del templo, y anuncia á sus discípulos lo que sucederia durante la promulgacion del evangelio, y en su segunda venida. Les encarga que estén siempre en vela para que la segunda venida no los coja desprevenidos.

SALIDO Jesus del templo, iba
ya andando, cuando se lle-
garon á él sus discípulos, á fin de
hacerle reparar en la fábrica del
templo.
2 Pero él les dijo : ¿ Veis todo
eso ? Pues yo os digo de cierto,
que no quedará aquí piedra so-
bre piedra, que no sea derribada.
3 Y estando sentado en el mon-
te del olivar, se llegaron los dis-
cípulos y le preguntaron en se-
creto : Dínos, ¿ cuándo sucederá
eso ? ¿ y cuál será la señal de tu
venida, y del fin del mundo ?
4 A lo que Jesus les respondió :
Mirad que nadie os engañe.
5 Porque muchos han de venir
en mi nombre, diciendo : Yo soy
el Cristo ; y seducirán á muchos.
6 Oireis asimismo noticias de
batallas, y rumores de guerras.
No hay que turbaros por eso ;
que si bien han de preceder estas
cosas, no es aun el término.
7 Es verdad que se armará na-
cion contra nacion, y un reino
contra otro reino, y habrá ham-
bres, y pestes, y terremotos en
varios lugares.
8 Empero todo esto no es mas
que el principio de los males.
9 En aquel tiempo sereis entre-
gados para ser puestos en los tor-
mentos, y os darán la muerte ; y
sereis aborrecidos de todas las
gentes por causa de mi nombre.
10 Con lo que muchos padece-
rán entonces escándalo, y se ha-
rán traicion unos á otros, y se
odiarán recíprocamente.
11 Y aparecerá un gran núme-
ro de falsos profetas que perver-
tirán á mucha gente.
12 Y por la inundacion de los
vicios, se resfriará la caridad de
muchos.

13 Mas el que perseverare hasta el fin, ese se salvará.
14 Entretanto se predicará este Evangelio del reino en todo el mundo, en testimonio para todas las naciones, y entonces vendrá el fin.
15 Segun esto, cuando viereis que está establecida en el lugar santo la abominacion desoladora que predijo el profeta Daniel (quien lea esto, nótelo bien):
16 En aquel trance los que moren en Judea, huyan á los montes;
17 Y el que esté en el terrado, no baje á sacar cosa de su casa,
18 Y el que se halle en el campo, no vuelva á coger su ropa.
19 ¡ Pero ay de las que estén en cinta ó criando en aquellos dias !
20 Rogad pues por que vuestra huida no sea en invierno ó en sábado:
21 Porque será tan terrible la tribulacion entonces, que no la hubo semejante desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamas.
22 Y á no acortarse aquellos dias, ninguno se salvaria ; mas abreviarse han por amor de los escogidos.
23 En tal tiempo, si alguno os dice : el Cristo está aquí ó allí, no le creais.
24 Porque aparecerán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes maravillas y prodigios; por manera que aun los escogidos (si posible fuera) caerian en error.
25 Ya veis que os lo he predicho.
26 Así aunque os digan: Hé aquí que está en el desierto, no vayais allá ; ó bien ; Mirad que está en la parte mas retirada de la casa, no lo creais.
27 Porque como el relámpago sale del Oriente, y se deja ver hasta el Occidente, asi será el advenimiento del Hijo del hombre.
28 *Y* donde quiera que se hallare el cuerpo, allí se juntarán las águilas.
29 Pero luego despues de la tribulacion de aquellos dias, el sol se oscurecerá, la luna no alumbrará, y las estrellas caerán del cielo, y las potestades de los cielos temblarán.
30 Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre, á cuya vista todos los pueblos de la tierra prorumpirán en llantos ; y verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes del cielo con gran poder, y magestad.
31 El cual enviará sus ángeles, que á voz de trompeta *sonora* congregarán á sus escogidos de las cuatro partes del mundo, desde un horizonte del cielo hasta el otro.
32 Tomad esta comparacion sacada del árbol de la higuera: cuando sus ramas están ya tiernas, y brotan las hojas, conoceis que el verano está cerca :
33 Pues asi tambien, cuando vosotros viereis todas estas cosas, tened por cierto que ya está para llegar, que está á la puerta.
34 Lo que os aseguro es que no se acabará esta generacion, hasta que se cumpla todo eso.

35 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no fallarán.

36 Mas en órden al dia y á la hora nadie lo sabe, ni aun los ángeles del cielo, sino solo mi Padre.

37 Lo que sucedió en los dias de Noé, eso mismo sucederá en la venida del Hijo del hombre:

38 Porque asi como en los dias anteriores al diluvio proseguian los hombres comiendo y bebiendo, casándose y casando á sus hijos, hasta el dia mismo de la entrada de Noé en el arca,

39 Y no entendieron hasta que vino el diluvio, y los arrebató á todos; así sucederá en la venida del Hijo del hombre.

40 Entonces de dos hombres que se hallarán juntos en el campo, uno será tomado, y otro dejado:

41 Estarán dos mujeres moliendo en un molino, y la una será tomada, y la otra dejada.

42 Velad pues vosotros, ya que no sabeis á qué hora ha de venir vuestro Señor.

43 Estad ciertos, que si un padre de familias supiera á qué hora le habia de asaltar el ladron, estaria seguramente en vela, y no dejaria minar su casa.

44 Pues asimismo estad vosotros igualmente apercibidos; porque á la hora que menos penseis, ha de venir el Hijo del hombre.

45 ¿Quién pensais que es el siervo fiel, y prudente, constituido por su Señor sobre su familia, para repartir á cada uno el alimento á su tiempo?

46 Bienaventurado el tal siervo, á quien, cuando venga su Señor, le hallare cumpliendo así.

47 En verdad os digo, que le encomendará toda su hacienda.

48 Pero si este siervo fuere malo, y dijere en su corazon: Mi amo no viene tan presto:

49 Y empezare á maltratar á sus consiervos, y á comer y beber con los que se embriagan,

50 Vendrá el amo del tal siervo en el dia que no espera, y á la hora que menos piensa,

51 Y le echará, y le dará la pena que á los hipócritas: allí será el llorar, y el crujir de dientes.

CAPITULO XXV.

Parábolas de las diez vírgenes, y de los talentos; en las que Jesus manda estar en vela y ejercitar las buenas obras, para que no seamos condenados en su segunda venida y último juicio.

ENTONCES el reino de los cielos será semejante á diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo.

2 De las cuales cinco eran prudentes, y cinco necias:

3 Pero las cinco necias, al coger sus lámparas, no se proveyeron de aceite.

4 Al contrario, las prudentes junto con las lámparas llevaron aceite en sus vasijas.

5 Como el esposo tardase en venir, se adormecieron todas, y *se* quedaron dormidas.

6 Mas llegada la media noche se oyó una voz que gritaba: Mirad que viene el esposo, salidle al encuentro.

7 Al punto se levantaron todas

aquellas vírgenes, y aderezaron
sus lámparas.
8 Entonces las necias dijeron á
las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan.
9 Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que este que tenemos no baste para nosotras y para vosotras, mejor es que vayais á los que le venden, y compreis el que os falta.
10 Mientras iban estas á comprarle, vino el esposo, y las que estaban preparadas, entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta.
11 Al cabo vinieron tambien las otras vírgenes, diciendo: ¡ Señor, Señor! ábrenos.
12 Pero él respondió, y dijo: En verdad os digo que yo no os conozco.
13 Asi que, velad vosotros, ya que no sabeis ni el dia, ni la hora en que el Hijo del hombre ha de venir.
14 Pues en cuanto á él sucede lo que á un hombre que yéndose á lejas tierras, convocó á sus criados, y les entregó sus bienes,
15 Dando á uno cinco talentos, á otro dos, y uno solo á otro; á cada uno segun su capacidad, y marchóse inmediatamente.
16 El que recibió cinco talentos fué, y negociando con ellos, sacó de ganancia otros cinco.
17 De la misma suerte, aquel que habia recibido dos, ganó otros dos.
18 Mas el que recibió uno, fué é hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor.
19 Pasado mucho tiempo, volvió el amo de dichos criados, y llamólos á cuentas.
20 Llegando el que habia recibido cinco talentos, presentóle otros cinco diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, hé aquí otros cinco mas, que he ganado.
21 Respondióle su amo: Muy bien, siervo bueno, y leal; ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: ven á tomar parte en el gozo de tu señor.
22 Llegóse despues el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me diste, aquí te traigo otros dos, que he granjeado con ellos.
23 Díjole su amo: Muy bien, siervo bueno y fiel, pues has sido fiel en pocas cosas, yo te confiaré muchas mas: ven á participar del gozo de tu señor.
24 Por último llegando el que habia recibido un talento, dijo: Señor, yo sé que eres un hombre de recia condicion, que siegas donde no has sembrado, y recoges donde no has esparcido:
25 Y así, temiendo, me fuí y escondí tu talento en tierra: aquí tienes lo que es tuyo.
26 Pero su amo le replicó y dijo: ¡ Oh siervo malo y perezoso! tú sabias que yo siego donde no siembro, y recojo donde nada he esparcido;
27 Pues por eso mismo debias haber dado á los banqueros mi dinero, para que yo á la vuelta recobrase mi caudal con los intereses.
28 Ea pues, quitadle aquel ta-

lento, y dádselo al que tiene diez
talentos:
29 Porque á quien tiene, dár-
sele ha, y estará abundante:
mas á quien no tiene, quitará-
sele aun aquello que tiene.
30 Ahora bien, á ese siervo inú-
til arrojadle á las tinieblas de
á fuera: allí será el llorar y el
crujir de dientes.
31 Cuando venga pues el Hijo
del hombre con toda su magestad,
y acompañado de todos sus ánge-
les, sentarse ha entonces en el
trono de su gloria:
32 Y hará comparecer delante
de sí á todas las naciones, y se-
parará á los unos de los otros,
como el pastor separa las ovejas
de los cabritos;
33 Poniendo las ovejas á su dere-
cha, y los cabritos á la izquierda.
34 Entonces el rey dirá á los
que estarán á su derecha: Venid,
benditos de mi Padre, á tomar
posesion del reino, que os está
preparado desde el principio del
mundo.
35 Porque yo tuve hambre, y
me disteis de comer: tuve sed, y
me disteis de beber: era pere-
grino, y me hospedasteis:
36 Estando desnudo, me cubris-
teis: enfermo, y me visitasteis:
encarcelado, y vinisteis á verme.
37 A lo cual los justos le respon-
derán diciendo: Señor, ¿cuán-
do te vimos nosotros hambriento,
y te dimos de comer; sediento,
y te dimos de beber?
38 ¿Cuándo te hallamos de
peregrino, y te hospedamos;
desnudo, y te vestimos?
39 O ¿cuándo te vimos enfer-
mo, ó en la cárcel, y fuimos á
visitarte?
40 Y el rey en respuesta les
dirá: En verdad os digo, siem-
pre que lo hicisteis con alguno
de estos mis mas pequeños her-
manos, conmigo lo hicisteis.
41 Al mismo tiempo dirá á los
que estarán en la izquierda:
Apartáos de mí, malditos, al
fuego eterno, que fué destinado
para el diablo, y sus ángeles.
42 Porque tuve hambre, y no
me disteis de comer; sed, y no
me disteis de beber;
43 Era peregrino, y no me re-
cogisteis; desnudo, y no me ves-
tisteis; enfermo y encarcelado,
y no me visitasteis.
44 A lo que replicarán tambien
los malos: ¡Señor! ¿cuándo te
vimos hambriento, ó sediento,
ó peregrino, ó desnudo, ó enfer-
mo, ó encarcelado, y dejamos de
asistirte?
45 Entonces les responderá:
Os digo en verdad: siempre que
dejasteis de hacerlo con alguno
de estos pequeños, dejasteis de
hacerlo conmigo.
46 Y estos irán al eterno su-
plicio, y los justos á la vida
eterna.

CAPITULO XXVI.

Cena de Jesus en Bethania, donde una mujer derrama sobre él bálsamo. Cena del cordero pascual en Jerusalem, en la cual habla de la traicion de Judas. Institucion de la Eucaristía. Prision de Jesus, y sentencia contra él del Sinedrio. Negacion y penitencia de San Pedro.

Y SUCEDIO que despues de
haber concluido Jesus todos

estos razonamientos, dijo á sus
discípulos :
2 Bien sabeis que de aquí á dos
dias debe celebrarse la Pascua,
y que el Hijo del hombre será
entregado á muerte de cruz.
3 Al mismo tiempo se juntaron
los príncipes de los sacerdotes, y
los magistrados del pueblo en el
palacio del sumo pontífice, que
se llamaba Caifás:
4 Y tuvieron consejo como apo-
derarse con maña de Jesus, y
hacerle morir.
5 Y de miedo de que se alboro-
tara el pueblo, decian: No con-
viene que se haga esto durante
la fiesta.
6 ¶ Estando Jesus en Bethania,
en casa de Simon el leproso,
7 Se llegó á él una mujer con
un vaso de alabastro, lleno de
ungüento de gran precio, y der-
ramóle sobre la cabeza de Jesus,
el cual estaba á la mesa.
8 Los discípulos al ver esto, lo
llevaron muy á mal diciendo:
¿A qué fin ese desperdicio,
9 Cuando se pudo vender esto
en mucho precio, y darse á los
pobres ?
10 Lo cual entendiendo Jesus,
les dijo : ¿Por qué molestais á
esta mujer, siendo buena, como
es, la obra que ha hecho con-
migo ?
11 Pues á los pobres los teneis
siempre á mano; mas á mí no
me teneis siempre,
12 Y derramando ella sobre mi
cuerpo este bálsamo, lo ha hecho
para mi sepultura.
13 En verdad os digo, que do
quiera que se predique este Evan-
gelio, en todo el mundo, se cele-
brará tambien en memoria suya
lo que acaba de hacer.
14 Entonces Judas Iscariote,
uno de los doce, fué á verse con
los príncipes de los sacerdotes,
15 Y les dijo: ¿Qué quereis
darme, y yo le pondré en vues-
tras manos? Y se convinieron
con él en treinta monedas de
plata.
16 Y desde entonces andaba
buscando coyuntura para hacer
la traicion.
17 El primer dia de los ázimos,
acudieron los discípulos á Jesus
y le preguntaron: ¿Dónde quie-
res que te dispongamos la cena
de la Pascua?
18 Jesus les respondió: Id á la
ciudad en casa de tal persona,
y dadle este recado: El Maestro
dice: mi tiempo se acerca, voy
á celebrar en tu casa la Pascua
con mis discípulos.
19 Hicieron pues los discípulos
lo que Jesus les ordenó, y prepa-
raron la Pascua.
20 Al caer de la tarde, púsose
á la mesa con sus doce discípu-
los.
21 Y estando comiendo, dijo:
En verdad os digo que uno de
vosotros me hará traicion.
22 Y ellos, afligidos sobremane-
ra, empezaron cada uno de por
sí á preguntar: ¡Señor! ¿soy
acaso yo?
23 Y él en respuesta dijo: El
que mete conmigo su mano en el
plato, ese es el traidor.
24 En cuanto al Hijo del hom-
bre, él se marcha, conforme está
escrito de él; pero ¡ay de aquel

hombre, por quien el Hijo del
hombre será entregado: bueno
le fuera al tal si no hubiese ja-
mas nacido!
25 Y tomando la palabra Judas,
que era el que le entregaba, dijo:
¿Soy quizá yo, Maestro? Y res-
pondióle: Tú lo has dicho.
26 Mientras estaban cenando,
tomó Jesus el pan, y le bendijo,
y partió, y diósele á sus discípu-
los, diciendo: Tomad, y comed,
este es mi cuerpo.
27 Y tomando el cáliz dió gra-
cias, y diósele, diciendo: Bebed
todos de él;
28 Porque esto es mi sangre del
nuevo testamento, la cual será
derramada por muchos para re-
mision de los pecados.
29 Y os declaro que no beberé
ya mas desde ahora de este fru-
to de la vid, hasta el dia en que
le beba con vosotros nuevo en el
reino de mi Padre.
30 Y dicho un himno, salieron
hácia el monte de los olivos.
31 Entonces díceles Jesus: To-
dos vosotros padecereis escánda-
lo por ocasion de mí esta noche.
Por cuanto está escrito: Heriré
al pastor, y se descarriarán las
ovejas del rebaño.
32 Mas en resucitando, yo iré
delante de vosotros á Galilea.
33 Pedro respondiendo, le dijo:
Aun cuando todos se escandali-
zaren por tu causa, nunca jamas
me escandalizaré yo.
34 Replicóle Jesus: Pues yo te
aseguro con toda verdad, que esta
misma noche antes que cante el
gallo, me negarás tres veces.
35 A lo que dijo Pedro: Aun-
que me sea forzoso el morir con-
tigo, yo no te negaré. Eso mis-
mo protestaron todos los discípu-
los.
36 ¶ Entretanto llegó Jesus con
ellos á una granja llamada Geth-
semaní, y les dijo: Sentáos aquí,
mientras yo voy mas allá, y ha-
go oracion.
37 Y llevándose consigo á Pe-
dro y á los dos hijos de Zebedeo,
empezó á entristecerse y angus-
tiarse.
38 Y les dijo entonces: Mi al-
ma siente angustias mortales;
aguardad aquí, y velad conmigo.
39 Y adelantándose algunos pa-
sos, se postró en tierra caido so-
bre su rostro, orando, y diciendo:
Padre mio, si es posible, no me
hagas beber este cáliz; pero no
obstante no se haga lo que yo
quiero, sino lo que tú.
40 Volvió despues á sus discí-
pulos, y los halló durmiendo, y
dijo á Pedro: ¿Es posible que
no hayais podido velar una hora
conmigo?
41 Velad, y orad para no caer
en la tentacion. Que si bien el
espíritu está pronto, mas la carne
es flaca.
42 Volvióse de nuevo por se-
gunda vez, y oró diciendo: Pa-
dre mio, si no puede pasar este
cáliz sin que yo le beba, hágase
tu voluntad.
43 Dió despues otra vuelta, y
encontrólos dormidos; porque
sus ojos estaban cargados.
44 Y dejándolos, se retiró aun
á orar por tercera vez, repitien-
do las mismas palabras.
45 En seguida volvió á sus dis-

cípulos, y les dijo: Dormid ahora
y descansad: hé aquí que llegó
ya la hora, y el Hijo del hombre
va luego á ser entregado en
manos de los pecadores.
46 Levantáos, vamos: ya llega
aquel que me ha de entregar.
47 Aun no habia acabado de
decir esto, cuando llegó Judas,
uno de los doce, seguido de gran
multitud de gentes armadas con
espadas y con palos, que venian
enviadas por los príncipes de los
sacerdotes, y ancianos del pue-
blo.
48 El traidor les habia dado
esta seña: Aquel á quien yo be-
sare, ese es, aseguradle.
49 Acercándose pues luego á
Jesus, dijo: Dios te guarde, Maes-
tro. Y le besó.
50 Díjole Jesus: ¡Oh amigo!
¿á qué has venido aquí? Llegá-
ronse entonces los demas, y echa-
ron mano de Jesus, y le pren-
dieron.
51 Y hé aquí que uno de los
que estaban con Jesus, tirando
de la espada, hirió á un criado
del príncipe de los sacerdotes,
cortándole una oreja.
52 Entonces Jesus le dijo:
Vuelve tu espada á la vaina;
porque todos los que se sirvie-
ren de la espada, á espada mo-
rirán.
53 ¿Piensas que no puedo acu-
dir á mi Padre, y pondrá en el
momento á mi disposicion mas
de doce legiones de ángeles?
54 Mas ¿cómo se cumplirán
las Escrituras, segun las cuales
conviene que suceda así?
55 ¶ En aquella hora dijo Je-
sus á aquel tropel de gentes:
Como contra un ladron habeis
salido con espadas y con palos
á prenderme: cada dia estaba
sentado entre vosotros enseñán-
doos en el templo, y nunca me
prendisteis.
56 Verdad es que todo esto ha
sucedido para que se cumplan
las Escrituras de los profetas.
Entonces todos los discípulos,
abandonándole, huyeron.
57 Y los que prendieron á Jesus
le condujeron á casa de Caifás,
que era sumo pontífice, donde
los escribas y los ancianos esta-
ban congregados.
58 Y Pedro le iba siguiendo
de lejos, hasta llegar al palacio
del sumo pontífice. Y habiendo
entrado, se estaba sentado con
los sirvientes, para ver el pa-
radero.
59 Los príncipes, pues, de los
sacerdotes, y todo el concilio an-
daban buscando algun falso tes-
timonio contra Jesus, para con-
denarle á muerte:
60 Y no le hallaban, como
quiera que muchos falsos testi-
gos se hubiesen presentado. Por
último aparecieron dos falsos
testigos,
61 Y dijeron: Este dijo: Yo
puedo destruir el templo de Dios,
y reedificarle en tres dias.
62 Entonces, poniéndose en
pié el sumo sacerdote, le dijo:
¿No respondes nada? ¿Qué es
eso que estos deponen contra
ti?
63 Pero Jesus permanecía en
silencio. Y díjole el sumo sacer-
dote: Yo te conjuro de parte de

Dios vivo, que nos digas si tú
eres el Cristo, el Hijo de Dios.
64 Respondióle Jesus: Tú lo
has dicho: Y aun os declaro
que vereis de ahora en adelante
á este Hijo del hombre sentado
á la diestra de la potestad, y
venir sobre las nubes del cielo.
65 A tal respuesta, el sumo
sacerdote rasgó sus vestiduras,
diciendo: Blasfemado ha: ¿qué
necesidad tenemos ya de testi-
gos? Vosotros mismos acabais de
oir la blasfemia.
66 ¿Qué os parece? A lo que
respondieron ellos diciendo: Reo
es de muerte.
67 ¶ Luego empezaron á escu-
pirle en la cara y á maltratarle
á puñadas, y otros le daban bofe-
tadas,
68 Diciendo: Cristo, profetíza-
nos, ¿quién es el que te ha he-
rido?
69 Mientras tanto Pedro estaba
sentado fuera en el atrio, y acer-
cándose á él una criada, le dijo:
Tambien tú andabas con Jesus
el Galiléo.
70 Pero él lo negó en presencia
de todos, diciendo: Yo no sé de
qué me hablas.
71 Y saliendo él al pórtico, le
miró otra criada, y dijo á los que
allí estaban: Este tambien se
hallaba con Jesus Nazareno.
72 Y negó segunda vez afir-
mando con juramento: No co-
nozco á tal hombre.
73 Poco despues se acercaron
los circunstantes, y dijeron á Pe-
dro: Seguramente eres tú tam-
bien de ellos: porque tu misma
habla te descubre.
74 Entonces empezó á echar
sobre sí imprecaciones, y á ju-
rar que no habia conocido á tal
hombre. Y al momento cantó el
gallo.
75 Con lo que se acordó Pedro
de la proposicion que Jesus le
habia dicho: Antes de cantar el
gallo, renegarás de mí tres veces.
Y saliéndose fuera, lloró amar-
gamente.

CAPITULO XXVII.

Judas se ahorca. Jesus es azotado, escarnecido, crucificado y blasfemado. Prodigios que sucedieron en su muerte: es sepultado, y su sepulcro sellado, y custodiado.

VENIDA la mañana, todos los
príncipes de los sacerdotes
y los ancianos del pueblo tuvie-
ron consejo contra Jesus, para
hacerle morir.
2 Y le condujeron atado, y en-
tregaron al presidente Poncio Pi-
lato.
3 Entonces Judas, el que le ha-
bia entregado, viendo á Jesus
sentenciado, arrepentido de lo
hecho, devolvió las treinta mone-
das de plata á los príncipes de
los sacerdotes, y á los ancianos,
4 Diciendo: Yo he pecado, pues
he vendido la sangre inocente.
A lo que dijeron ellos: A noso-
tros ¿qué nos importa? viéras-
lo tú.
5 Mas él arrojando el dinero en
el templo, se fué, y echándose un
lazo al cuello, se ahorcó.
6 Pero los príncipes de los sa-
cerdotes, recogidas las monedas,
dijeron: No es lícito meterlas en
el tesoro, siendo como son precio
de sangre.

7 Y habiéndolo tratado en consejo, compraron con ellas el campo de un alfarero, para sepultura de los estrangeros.
8 Por lo cual se llamó dicho campo, Hacéldama, esto es, campo de sangre, y así se llama hoy dia.
9 Con lo que vino á cumplirse lo que predijo el profeta Jeremías, que dice: Recibido han las treinta monedas de plata, precio del puesto en venta, segun que fué valuado por los hijos de Israél:
10 Y empleáronlas en la compra del campo de un alfarero, como me lo ordenó el Señor.
11 Fué pues Jesus presentado ante el presidente, y el presidente le interrogó, diciendo: ¿Eres tú el rey de los Judíos? Respondióle Jesus: Tú lo dices.
12 Y por mas que le acusaban los príncipes de los sacerdotes, y los ancianos, nada respondia.
13 Por lo que Pilato le dijo: ¿No oyes de cuántas cosas te acusan?
14 Pero él á nada contestó de cuanto le dijo; por manera que el presidente quedó en estremo maravillado.
15 Acostumbraba el presidente conceder por razon de la fiesta la libertad de un reo, á eleccion del pueblo:
16 Y teniendo á la sazon en la cárcel á uno muy famoso, llamado Barrabas,
17 Preguntó Pilato á los que habian concurrido: ¿A quién quereis que os suelte, á Barrabas, ó á Jesus, que es llamado el Cristo?
18 Porque sabia bien que se le habian entregado por envidia.
19 Y estando él sentado en su tribunal le envió á decir su mujer: No te mezcles en las cosas de ese justo: porque son muchas las congojas que hoy he padecido en sueños por su causa.
20 Entretanto los príncipes de los sacerdotes, y los ancianos indujeron al pueblo á que pidiese la libertad de Barrabas, y la muerte de Jesus.
21 Asi es que preguntándoles el presidente, y diciendo: ¿A quién de los dos quereis que os suelte? respondieron ellos: á Barrabas.
22 Replicóles Pilato: ¿Pues que he de hacer de Jesus, llamado el Cristo? Dicen todos: sea crucificado.
23 Y el presidente: Pero ¿qué mal ha hecho? Mas ellos comenzaron á gritar mas diciendo: Sea crucificado.
24 Con lo que viendo Pilato que nada adelantaba, antes bien que cada vez crecia el tumulto, mandando traer agua, se lavó las manos á vista del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo: allá os lo veais vosotros.
25 A lo cual respondiendo todo el pueblo, dijo: Recaiga su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos.
26 Entonces les soltó á Barrabas: y á Jesus, despues de haberle hecho azotar, le entregó en sus manos para que fuese crucificado.
27 En seguida los soldados del

presidente, cogiendo á Jesus y
poniéndole en el pretorio, junta-
ron al rededor de él la cohorte *ó*
compañía toda entera:
28 Y desnudándole, le cubrie-
ron con un manto de grana;
29 Y entretejiendo una corona
de espinas, se la pusieron sobre
la cabeza, y una caña en la ma-
no derecha. Y con la rodilla
hincada en tierra, le escarnecian,
diciendo: Dios te salve, rey de
los Judíos.
30 Y escupiéndole, tomaban la
caña, y le herian en la cabeza.
31 Y despues que se mofaron
de él, le quitaron el manto, y
habiéndole puesto otra vez sus
propios vestidos, le sacaron á
crucificar.
32 Al salir encontraron á un
hombre natural de Cyrene, lla-
mado Simon, al cual obligaron
á que cargase con la cruz de
Jesus.
33 Y llegados al lugar que se
llama Gólgotha, esto es, lugar de
un cráneo.
34 Allí le dieron á beber vino
mezclado con hiel. Mas él, ha-
biéndolo probado, no quiso be-
berlo.
35 Despues que le hubieron
crucificado, repartieron entre sí
sus vestidos, echando suertes:
con esto se cumplió la profecía
que dice: Repartieron entre sí
mis vestidos, y sortearon mi tú-
nica.
36 Y sentándose le guardaban.
37 Pusiéronle tambien sobre la
cabeza la causa de su condena-
cion escrita *así:* ESTE ES JESUS
EL REY DE LOS JUDIOS.
38 Al mismo tiempo fueron cru-
cificados con él dos ladrones:
uno á la diestra, y otro á la si-
niestra.
39 Y los que pasaban por allí
le blasfemaban meneando la ca-
beza,
40 Y diciendo: Ola, tú que der-
ribas el templo de Dios, y en tres
dias le reedificas, sálvate á tí
mismo: si eres el Hijo de Dios,
desciende de la cruz.
41 De la misma manera tam-
bien los príncipes de los sacerdo-
tes, á una con los escribas y los
ancianos, insultándole, decian:
42 A otros ha salvado, y no
puede salvarse á sí mismo: si
es el rey de Israél, baje ahora
de la cruz, y creeremos en él:
43 El pone su confianza en
Dios: pues si Dios le ama, líbre-
le ahora, ya que él mismo decia:
Yo soy el Hijo de Dios.
44 Y eso mismo le echaban en
cara aun los ladrones que esta-
ban crucificados en su compañía.
45 Mas desde la hora de sesta
hasta la hora de nona quedó to-
da la tierra cubierta de tinieblas.
46 Y cerca de la hora de nona
esclamó Jesus con una gran voz,
diciendo: Eli, Eli, lama sabac-
thani? esto es: Dios mio, Dios
mio, ¿por qué me has desampa-
rado?
47 Lo que oyendo algunos de los
circunstantes, decian: A Elías
llama este.
48 Y luego corriendo uno de
ellos tomó una esponja, empapó-
la en vinagre, y puesta en la pun-
ta de una caña, dábasela á chu-
par.

49 Los otros decian: Dejad,
veamos si viene Elías á librarle.
50 Entonces Jesus, clamando
de nuevo con una voz grande,
entregó su espíritu.
51 Y al momento el velo del
templo se rasgó en dos partes
de alto á bajo, y la tierra tem-
bló, y se partieron las piedras,
52 Y los sepulcros se abrieron,
y los cuerpos de muchos santos,
que habian muerto, resucitaron.
53 Y saliendo de los sepulcros
despues de la resurreccion de Je-
sus, vinieron á la ciudad santa,
y se aparecieron á muchos.
54 Entretanto el centurion y
los que con él estaban guardan-
do á Jesus, visto el terremoto, y
las cosas que sucedian, se llena-
ron de grande temor, y decian:
Verdaderamente este hombre era
Hijo de Dios.
55 Estaban tambien allí á lo
lejos muchas mujeres, que ha-
bian seguido á Jesus desde Ga-
lilea para cuidar de su asisten-
cia:
56 De las cuales eran María
Magdalena, y María madre de
Santiago y de Joses, y la madre
de los hijos de Zebedeo.
57 Siendo ya tarde, compare-
ció un hombre rico natural de
Arimathéa, llamado Josef, el
cual era tambien discípulo de
Jesus.
58 Este se presentó á Pilato, y
le pidió el cuerpo de Jesus, el
cual mandó Pilato que se le en-
tregase.
59 Josef pues, tomando el cuer-
po, envolvióle en una sábana
limpia,
60 Y le colocó en un sepulcro
suyo que habia hecho abrir en
una peña, el cual no habia ser-
vido todavía; y arrimando una
gran piedra, cerró la puerta del
sepulcro, y fuése.
61 Estaban allí María Magda-
lena, y la otra María, sentadas
en frente del sepulcro.
62 Al dia siguiente, que era el
de despues de la preparacion,
acudieron juntos á Pilato los
príncipes de los sacerdotes y los
fariseos,
63 Diciendo: Señor, nos hemos
acordado que aquel impostor, es-
tando todavía en vida, dijo: Des-
pues de tres dias resucitaré.
64 Manda pues que se guarde
el sepulcro hasta el tercero dia:
porque no vayan quizá de noche
sus discípulos, y le hurten, y di-
gan á la plebe: Ha resucitado
de entre los muertos: y sea el
postrer error mas pernicioso que
el primero.
65 Respondióles Pilato: Ahí
teneis la guardia, id, y ponedla
como os parezca.
66 Con eso yendo allá, asegu-
raron bien el sepulcro, sellando
la piedra, y poniendo guardas.

CAPITULO XXVIII.

Resurreccion de Jesus: su aparicion á las santas mujeres: aparécese tambien á los apóstoles, y les promete su proteccion.

AVANZADA ya la noche del
sábado, al amanecer el pri-
mer dia de la semana, vino Ma-
ría Magdalena, con la otra Ma-
ría, á visitar el sepulcro.
2 A este tiempo se sintió un
gran terremoto, porque bajó del

cielo un ángel del Señor: y llegándose removió la piedra, y sentóse encima.
3 Su semblante era como el relámpago, y su vestidura como la nieve.
4 De lo cual quedaron los guardas tan aterrados, que estaban como muertos.
5 Mas el ángel, dirigiéndose á las mujeres, les dijo: Vosotras no teneis que temer; que bien sé que venis en busca de Jesus, que fué crucificado:
6 Ya no está aquí, porque ha resucitado, segun predijo. Venid, y mirad el lugar donde estaba sepultado el Señor.
7 Y ahora id sin deteneros á decir á sus discípulos que ha resucitado; y hé aquí que va delante de vosotros á Galilea: allí le vereis: ya os lo prevengo de antemano.
8 Ellas salieron al instante del sepulcro con miedo y con gozo grande, y fueron corriendo á dar la nueva á los discípulos.
9 Cuando hé aquí que Jesus les sale al encuentro, diciendo: Dios os guarde; y acercándose ellas, abrazaron sus piés, y le adoraron.
10 Entonces Jesus les dice: No temais: id, avisad á mis hermanos para que vayan á Galilea, que allí me verán.
11 Mientras ellas iban, algunos de los guardas vinieron á la ciudad, y contaron á los príncipes de los sacerdotes todo lo que habia pasado.
12 Y congregados estos con los ancianos, teniendo su consejo, dieron una grande cantidad de dinero á los soldados,
13 Con esta instruccion: Habeis de decir: Estando nosotros durmiendo, vinieron de noche sus discípulos, y le hurtaron.
14 Que si eso llegare á oidos del presidente, nosotros le aplacaremos, y os sacaremos á paz y á salvo.
15 Ellos, recibido el dinero, hicieron segun estaban instruidos; y esta voz ha corrido entre los Judíos, hasta el dia de hoy.
16 Mas los once discípulos partieron para Galilea, al monte que Jesus les habia señalado.
17 Y allí al verle le adoraron: si bien algunos tuvieron sus dudas.
18 Entonces Jesus acercándose les habló en estos términos: A mí se me ha dado toda potestad en el cielo, y en la tierra:
19 Id pues, é instruid á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo:
20 Enseñándolas á observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos que yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos. Amen.

EL SANTO EVANGELIO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

SEGUN

SAN MARCOS.

CAPITULO I.

Predicacion y bautismo de San Juan. Jesus despues de bautizado en el Jordan, y tentado en el desierto, comienza á predicar el Evangelio en Galilea. Vocacion de San Pedro y de otros discípulos. Jesucristo obra varios milagros.

PRINCIPIO del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.

2 Conforme á lo que se halla escrito en los profetas: Hé aquí que despacho yo mi ángel ante tu presencia, el cual irá delante de tí preparándote el camino.

3 La voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, hacedle rectas las sendas.

4 Estaba Juan en el desierto bautizando, y predicando el bautismo del arrepentimiento para la remision de los pecados.

5 Y acudia á él todo el pais de Judea, y todas las gentes de Jerusalem; y, confesando sus pecados, recibian de su mano el bautismo en el rio Jordan.

6 Andaba Juan vestido de pelos de camello, y traía un ceñidor de cuero á la cintura, sustentándose de langostas y miel silvestre.

7 Y predicaba diciendo: en pos de mí viene uno que es mas poderoso que yo, ante el cual no soy digno de postrarme para desatar la correa de sus zapatos.

8 Yo os he bautizado con agua, mas él os bautizará con el Espíritu Santo.

9 ¶ Por estos dias fué cuando vino Jesus desde Nazaret de Galilea, y Juan le bautizó en el Jordan.

10 Y luego al salir del agua, vió abrirse los cielos, y al Espíritu descender en forma de paloma, y posar sobre él mismo.

11 Y se oyó esta voz del cielo: Tú eres el Hijo mio querido: en tí es en quien me estoy complaciendo.

12 Luego despues el Espíritu le arrebató al desierto,

13 Donde se mantuvo cuarenta dias y cuarenta noches. Allí fué tentado de Satanas; y moraba entre las fieras, y los ángeles le servian.

14 Pero despues que Juan fué puesto en la cárcel, vino Jesus á la Galilea, predicando el Evangelio del reino de Dios,

15 Y diciendo: Se ha cumplido ya el tiempo, y el reino de Dios está cerca: arrepentíos, y creed al Evangelio.

16 En esto, pasando por la ribera del mar de Galilea, vió á Simon y á su hermano Andres, echando las redes al mar, (pues eran pescadores,)

17 Y díjoles Jesus: Seguidme,
y yo haré que vengais á ser
pescadores de hombres.
18 Y ellos prontamente, aban-
donadas las redes, le siguieron.
19 Habiendo pasado un poco
mas adelante, vió á Santiago
hijo de Zebedeo, y á Juan su her-
mano, ambos asimismo en la
barca componiendo las redes.
20 Llamólos luego; y ellos de-
jando á su padre Zebedeo en la
barca con los jornaleros, se fue-
ron en pos de él.
21 Entraron despues en Ca-
pharnaum; y Jesus comenzó
luego en los sábados á enseñar
al pueblo en la sinagoga.
22 Y se maravillaban de su doc-
trina: porque su modo de ense-
ñar era como de persona que tiene
autoridad, y no como los escribas.
23 Habia en la sinagoga un
hombre poseido del espíritu in-
mundo, el cual esclamó,
24 Diciendo: Déjanos. ¿Qué
tenemos nosotros que ver conti-
go? ¡oh Jesus Nazareno! ¿has
venido á perdernos? ya sé quien
eres, el Santo de Dios.
25 Mas Jesus le conminó, di-
ciendo: Enmudece, y sal de ese
hombre.
26 Entonces el espíritu inmun-
do, agitándole, y dando un gran-
de alarido, salió de él.
27 Y quedaron todos atónitos,
tanto que se preguntaban unos
á otros: ¿Qué es esto? ¿qué
nueva doctrina es esta? El
manda con imperio aun á los es-
píritus inmundos, y le obedecen.
28 Con esto creció luego su fa-
ma por toda la Galilea.
29 ¶ Asi que salieron de la
sinagoga, fueron con Santiago
y Juan á casa de Simon y de
Andres.
30 Hallábase la suegra de Si-
mon en cama con calentura, y
habláronle luego de ella.
31 Y acercándose, la tomó por
la mano y la levantó: y al ins-
tante la dejó la calentura, y se
puso á servirlos.
32 Por la tarde, puesto ya el
sol, le trajeron todos los enfer-
mos, y endemoniados:
33 Y toda la ciudad se habia
juntado delante de la puerta.
34 Y curó á muchas personas
afligidas de varias dolencias, y
lanzó á muchos demonios, sin
permitirles decir que sabian
quien era.
35 Por la mañana muy de ma-
drugada salió fuera á un lugar
solitario, y hacia allí oracion.
36 Pero Simon y los que esta-
ban con él fueron á buscarle.
37 Y habiéndole hallado, le di-
jeron, Todos te andan buscando.
38 A lo cual respondió: Va-
mos á las aldeas, y ciudades
vecinas, para predicar tambien
en ellas; porque para eso he
venido.
39 Iba pues predicando en sus
sinagogas y por toda la Galilea,
y espelia los demonios.
40 Vino tambien á él un lepro-
so á pedirle favor: é hincándose
de rodillas, le dijo: Si tú quie-
res, puedes curarme.
41 Jesus compadeciéndose de
él, estendió la mano, y tocán-
dole, le dice: Quiero: Sé cu-
rado.

42 Y acabando Jesus de decir
esto, al instante desapareció del
hombre la lepra, y quedó cu-
rado.
43 Y Jesus le despachó luego,
conminándole,
44 Y diciéndole; Mira que no
lo digas á nadie; pero ve, y pre-
séntate al príncipe de los sacer-
dotes, y ofrece por tu curacion lo
que tiene Moisés ordenado, para
que esto les sirva de testimonio.
45 Mas aquel hombre, asi que
se fué, comenzó á hablar *de su*
curacion, y á publicarla por to-
das partes, de modo que ya no
podia Jesus entrar manifiesta-
mente en la ciudad, sino que an-
daba fuera por lugares solitarios,
y acudian á él de todas partes.

CAPITULO II.

Cura Jesus á un paralítico en prueba de su potestad de perdonar pecados. Llama al apostolado á Leví ó Mateo, cobrador de tributos; y reprime con su doctrina el orgullo é hipocresía de los fariseos.

AL cabo de algunos dias vol-
vió á entrar en Capharna-
um, y corrió la voz de que
estaba en una casa.
2 A ella acudieron tantos, que
no cabian ni aun cerca de la
puerta, y él les anunciaba la pa-
labra.
3 Entonces llegaron unos con-
duciendo á cierto paralítico, que
llevaban entre cuatro.
4 Y no pudiendo presentársele
por causa del gentío, descubrie-
ron el techo por la parte en don-
de estaba: y por la abertura des-
colgaron la camilla en que yacía
el paralítico.
5 Viendo Jesus la fé de aquellos
hombres, dijo al paralítico: Hijo,
tus pecados te son perdonados.
6 Estaban allí sentados algu-
nos de los escribas, y decian en
su interior:
7 ¿Qué es lo que este habla?
Este blasfema. ¿Quién puede
perdonar pecados, sino solo Dios?
8 Mas como Jesus penetrase al
momento esto mismo que interior-
mente pensaban, díceles: ¿Qué
andais revolviendo esos pensa-
mientos en vuestros corazones?
9 ¿Qué es mas fácil, decir al
paralítico: Tus pecados te son
perdonados: ó decir: Levántate,
toma tu camilla, y camina?
10 Pues para que sepais que el
Hijo del hombre tiene potestad
en la tierra de perdonar pecados,
Levántate (dijo al paralítico),
11 Yo te lo digo: coge tu cami-
lla, y véte á tu casa.
12 Y al instante se puso en pié,
y cargando con su camilla, se
marchó á vista de todo el mundo,
de forma que todos estaban pas-
mados, y dando gloria á Dios de-
cian: Jamas habíamos visto cosa
semejante.
13 Otra vez salió hácia el mar:
y todas las gentes se iban en pos
de él, y las adoctrinaba.
14 Al paso vió á Leví, hijo de
Alfeo, sentado á la mesa de los
tributos, y díjole: Sígueme. Y
levantándose le siguió.
15 Aconteció despues, estando
á la mesa en casa de este, que
muchos publicanos y pecadores
se pusieron á ella con Jesus y
sus discípulos; porque eran no
pocos los que le seguian.

16 Mas los escribas y fariseos al ver que comia con publicanos y pecadores, decian á los discípulos de Jesus: ¿Cómo es que vuestro Maestro come y bebe con publicanos y pecadores?

17 Habiéndolo oido Jesus les dijo: Los que están buenos no necesitan de médico, sino los que están enfermos: asi, yo no he venido á llamar al arrepentimiento á los justos, sino á los pecadores.

18 ¶ Siendo tambien los discípulos de Juan y los fariseos *muy* dados al ayuno, vinieron á preguntarle: ¿No nos dirás por qué razon ayunando los discípulos de Juan y los de los fariseos, no ayunan tus discípulos?

19 Respondióles Jesus: ¿Cómo es posible que los compañeros en las bodas ayunen, ínterin que el esposo está en su compañía? Mientras que tienen consigo al esposo, no pueden ellos ayunar.

20 Tiempo vendrá en que les quitarán al esposo; y entonces será cuando ayunen.

21 Nadie cose un retazo de paño nuevo en un vestido viejo: de otra suerte el remiendo nuevo rasga lo viejo, y se hace mayor la rotura

22 Tampoco echa nadie vino nuevo en cueros viejos: porque romperá el vino los cueros, y se derramará el vino, y los cueros se perderán. Por tanto el vino nuevo en pellejos nuevos debe meterse.

23 ¶ En otra ocasion, caminando el Señor por los sembrados un dia de sábado, sus discípulos andando empezaron á coger espigas.

24 Sobre lo cual le decian los fariseos: ¿Cómo es que hacen lo que no es lícito en sábado?

25 Y él les respondió: ¿No habeis vosotros jamas leido lo que hizo David, en la necesidad en que se vió, cuando se halló acosado de hambre, así él como los que le acompañaban?

26 ¿Cómo entró en la casa de Dios en tiempo de Abiatar, príncipe de los sacerdotes, y comió los panes de la proposicion, de que no era lícito comer, sino á los sacerdotes, y dió de ellos á los que le acompañaban?

27 Y añadióles: El sábado se hizo por el hombre, y no el hombre por el sábado.

28 En fin, el Hijo del hombre aun del sábado es dueño.

CAPITULO III.

Jesus cura á un hombre que tenia una mano seca: es seguido de muchos pueblos: elige á los doce apóstoles, y responde con admirable mansedumbre á los dicterios y blasfemias de los escribas.

OTRA vez entró Jesus en la sinagoga, y hallábase en ella un hombre que tenia seca una mano.

2 Y le estaban acechando si le curaria en dia de sábado, para acusarle.

3 Y dijo al hombre que tenia seca la mano: Pónte en medio.

4 Y á ellos les dice: ¿Es lícito en sábado el hacer bien, ó mal? ¿salvar la vida, ó quitarla? Mas ellos callaban.

5 Entonces mirándolos con in-

dignacion, y deplorando la ceguedad de su corazon, dice al hombre: Estiende esa mano. Estendióla, y quedóle sana como la otra.
6 Pero los fariseos saliendo de allí, se juntaron luego en consejo contra él con los Herodianos, sobre la manera de perderle.
7 Y Jesus con sus discípulos se retiró hácia la mar: y le fué siguiendo mucha gente de Galilea y de Judea,
8 Y de Jerusalem, y de la Idumea, y del otro lado del Jordan: tambien los comarcanos de Tiro y de Sidon, en gran multitud, vinieron á verle, oyendo las cosas que hacia.
9 Y dijo á sus discípulos que le tuviesen dispuesta una barquilla, para que el tropel de la gente no le oprimiese.
10 Pues curando, como curaba, á muchos, echábanse á porfía encima de él, á fin de tocarle todos los que tenian males.
11 Y los espíritus inmundos, al verle se postraban delante de él, y gritaban diciendo: tú eres el Hijo de Dios.
12 Mas él los apercibia con graves amenazas para que no le descubriesen.
13 ¶ Subiendo despues Jesus á un monte, llamó á sí á aquellos que le plugo, los cuales llegaron á él.
14 Y escogió á doce para tenerlos consigo, y enviarlos á predicar:
15 Dándoles potestad de curar enfermedades, y de espeler demonios:
16 A saber: Simon, á quien puso el nombre de Pedro:
17 Santiago hijo de Zebedeo, y Juan hermano de Santiago, á quienes apellidó Boanerges, esto es, Hijos del trueno:
18 Andres, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomas, Santiago hijo de Alfeo, Tadeo, y Simon el Cananeo,
19 Y Judas Iscariote, el mismo que le vendió. De aquí vinieron á la casa.
20 Y concurrió de nuevo tal tropel de gente, que ni siquiera podian tomar alimento.
21 ¶ Pero cuando los suyos oyeron *esto*, salieron para recogerle; porque decian que habia perdido el juicio.
22 Al mismo tiempo los escribas, que habian bajado de Jerusalem, no dudaban decir: Está poseido de Beelzebú, y así por arte del príncipe de los demonios es como lanza los demonios.
23 Mas habiéndolos convocado, les decia con estos símiles: ¿Cómo puede Satanas espeler á Satanas?
24 Pues si un reino se divide en partidos contrarios, es imposible que subsista el tal reino.
25 Y si una casa está desunida en contrarios partidos, la tal casa no puede quedar en pié.
26 Conque si Satanas se levanta contra sí mismo, está en discordia, y no puede durar, antes tiene *cerca su* fin.
27 Ninguno puede entrar en la casa del valiente para robarle sus alhajas, si primero no ata bien

al valiente, despues sí que podrá
saquear la casa.
28 En verdad os digo, que to-
dos los pecados se perdonarán á
los hijos de los hombres, y aun
las blasfemias que dijeren:
29 Pero el que blasfemare con-
tra el Espíritu Santo, no tendrá
jamas perdon, sino que será reo
de eterna condenacion.
30 Por cuanto decian, que esta-
ba poseido del espíritu inmundo.
31 ¶ Entretanto llegan su ma-
dre y hermanos: y quedándose
fuera, enviaron á llamarle.
32 Estaba mucha gente sentada
al rededor de él, cuando le di-
cen: Mira que tu madre, y tus
hermanos ahí fuera te buscan.
33 A lo que respondió, dicien-
do: ¿Quién es mi madre, y mis
hermanos?
34 Y dando una mirada á los
que estaban sentados al rededor
de él, dijo: Ved aquí á mi ma-
dre, y á mis hermanos.
35 Porque cualquiera que hi-
ciere la voluntad de Dios, ese es
mi hermano, y mi hermana, y mi
madre.

CAPITULO IV.

Parábola del sembrador, y su esplicacion. La luz sobre el candelero. Semilla que nace y crece durmiendo el que la sembró. Otra parábola del grano de mostaza. Tempestad en el mar apaciguada de repente.

OTRA vez se puso á enseñar
cerca del mar: y acudió tan-
ta gente, que le fué preciso subir
en una barca y sentarse en ella
dentro del mar, estando todo el
auditorio en tierra á la orilla.
2 Y les enseñaba muchas cosas
usando de parábolas, y decíales
en su doctrina:
3 Escuchad: haced cuenta que
salió un sembrador á sembrar.
4 Y al esparcir el grano, parte
cayó junto al camino, y vinieron
las aves del cielo, y le comieron.
5 Parte cayó sobre pedregales,
donde habia poca tierra: y lue-
go nació, por no poder profundi-
zar en ella:
6 Mas saliendo el sol, se agos-
tó: y como no tenia raices, secóse.
7 Otra parte cayó entre espinas:
y las espinas crecieron, y le aho-
garon, y así no dió fruto.
8 Finalmente, parte cayó en bue-
na tierra: y dió fruto erguido, y
abultado; cual á treinta por uno,
cual á sesenta, y cual á ciento.
9 Y decíales: Quien tiene oidos
para oir, escuche.
10 ¶ Estando despues á solas,
le preguntaron los que estaban
á su rededor con los doce *acerca*
de la parábola.
11 Y él les decia: A vosotros
se os ha concedido el saber el
misterio del reino de Dios: pero
á los que son estraños, todo se
les anuncia en parábolas:
12 De modo que viendo, vean,
y no reparen: y oyendo, oigan,
y no entiendan: por miedo de
que lleguen á convertirse, y de
que se les perdonen los pecados.
13 Despues les dijo: ¿Con que
vosotros no entendeis esta pará-
bola? ¿pues cómo entendereis
todas las demas?
14 El sembrador, es el que siem-
bra la palabra.
15 Los sembrados junto al ca-

mino, son aquellos en que se
siembra la palabra, y luego que
la han oido, viene Satanas, y se
lleva la palabra sembrada en sus
corazones.
16 A ese modo los sembrados
en pedregales son aquellos que
oida la palabra, desde luego la
reciben con gozo:
17 Mas no tienen raiz en sí, y
así duran muy poco: y luego que
viene alguna tribulacion ó per-
secucion por causa de la palabra,
al instante se escandalizan.
18 Los otros sembrados entre
espinas son los que oyen la pa-
labra;
19 Pero los afanes del siglo, y
la ilusion de las riquezas, y los
demas apetitos á que dan entra-
da, ahogan la palabra, y viene á
quedar infructuosa.
20 Los sembrados en fin en bue-
na tierra son los que oyen la pa-
labra, y la reciben, y dan fruto,
quien á treinta por uno, quien á
sesenta, y quien á ciento.
21 Decíales tambien: ¿Por ven-
tura se trae una luz para poner-
la debajo de algun celemin, ó de-
bajo de la cama? ¿no es para
ponerla sobre un candelero?
22 Nada pues hay secreto, que
no haya de manifestarse: ni cosa
alguna encubierta, que no haya
de publicarse.
23 Quien tiene oidos para oir,
escuche.
24 Decíales igualmente: Aten-
ded á lo que vais á oir. La mis-
ma medida que hiciereis *servir*
para los demas, *servirá* para
vosotros, y aun á vosotros que
entendeis se os dará con creces.
25 Porque al que tiene, se le
dará: y el que no tiene, se-
rá privado aun de aquello que
tiene.
26 Decia asimismo: El reino
de Dios viene á ser á manera de
un hombre que echa la simiente
en la tierra.
27 Y ya duerma, ya vele noche
y dia, el grano va brotando, y
creciendo sin que el hombre se-
pa cómo.
28 Porque la tierra de suyo pro-
duce primero el trigo en yerba,
luego la espiga, y por último el
grano lleno en la espiga.
29 Y despues que está el fruto
maduro, inmediatamente se le
echa la hoz, porque llegó ya el
tiempo de la siega.
30 Y proseguía diciendo: ¿A
qué cosa compararemos el reino
de Dios? ¿ó con qué parábola le
representaremos?
31 Es como el granito de mos-
taza, que cuando se siembra en
la tierra, es la mas pequeña en-
tre las simientes que hay en
ella:
32 Mas despues de sembrado,
sube y se hace mayor que todas
las legumbres, y echa ramas tan
grandes, que las aves del cielo
pueden reposar debajo de su
sombra.
33 Con muchas parábolas se-
mejantes á esta les predicaba la
palabra, conforme á la capacidad
de los oyentes:
34 Y no les hablaba sin pará-
bolas: bien es verdad que apar-
te se lo descifraba todo á sus dis-
cípulos.
35 ¶ En aquel mismo dia, sien-

do ya tarde, les dijo: Pasemos á
la ribera de enfrente.
36 Y despidiendo al pueblo, es-
tando como estaba en la barca,
se hicieron con él á la vela, y le
iban acompañando otros barcos.
37 Levantóse entonces una gran
tempestad de viento, que arrojaba
las olas en la barca, de manera
que ya esta se llenaba de agua.
38 Entre tanto él estaba dur-
miendo en la popa sobre un ca-
bezal. Despiértanle pues, y le
dicen: Maestro, ¿no se te da na-
da que perezcamos?
39 Y él levantándose amenazó
al viento, y dijo á la mar: Calla
tú, sosiégate. Y calmó el vien-
to: y sobrevino una grande bo-
nanza.
40 Entonces les dijo: ¿De qué
temeis? ¿cómo no teneis fé toda-
vía?
41 Y quedaron sobrecogidos de
grande espanto, diciéndose unos
á otros: ¿Quién es este á quien
aun el viento y la mar prestan
obediencia?

CAPITULO V.

Jesus espele los demonios de un hombre, y les permite entrar en una piara de cerdos. Sana á una mujer de un envejecido flujo de sangre; y resucita á la hija de Jairo.

PASARON despues al otro la-
do del lago al territorio de
los Gadarenos.
2 Apenas desembarcado, le sa-
lió al encuentro un hombre po-
seido de un espíritu inmundo sa-
lido de los sepulcros,
3 El cual tenia su morada en
ellos, y no habia quien pudiese
refrenarle, ni aun con cadenas:
4 Pues muchas veces aherroja-
do con grillos y cadenas, habia
roto estas, y despedazado aque-
llos, sin que nadie pudiese do-
marle:
5 Y andaba siempre dia y no-
che por los montes y por los
sepulcros, gritando, é hiriéndose
con piedras.
6 Este pues viendo de lejos á
Jesus, corrió á él, y le adoró:
7 Y clamando en alta voz dijo:
¿Qué tengo yo que ver contigo,
Jesus Hijo del altísimo Dios? en
nombre del mismo Dios te conju-
ro que no me atormentes.
8 Porque le decia: Sal, espíri-
tu inmundo, de ese hombre.
9 Y preguntóle: ¿Cuál es tu
nombre? Y él respondió: Mi
nombre es Legion, porque somos
muchos.
10 Y suplicábale con ahinco
que no le echase de aquel pais.
11 Estaba paciendo en la falda
del monte vecino una gran piara
de cerdos.
12 Y todos los espíritus le ro-
gaban, diciendo: Envíanos á los
cerdos para que vayamos y este-
mos dentro de ellos.
13 Y Jesus se lo permitió al ins-
tante. Y saliendo los espíritus
inmundos, entraron en los cer-
dos: y con grande violencia la
piara, al pié de dos mil, corrió á
precipitarse en el mar, en donde
se ahogaron.
14 Los que los guardaban se
huyeron, y trajeron las nuevas
á la ciudad, y á las alquerías.
Las gentes salieron á ver lo
acontecido:
15 Y llegando adonde estaba

Jesus, ven sentado, vestido, y en
su sano juicio al que antes era
atormentado del demonio y tenia
la legion: y quedaron espantados.
16 Los que se habian hallado
presentes les contaron lo que habia
sucedido al endemoniado, y
el azar de los cerdos.
17 Y comenzaron á rogarle que
se retirase de sus términos.
18 Y al ir Jesus á embarcarse,
se puso á suplicarle el que habia
sido atormentado del demonio,
que le admitiese en su compañía:
19 Mas Jesus no le admitió, sino
que le dijo: Véte á tu casa,
y anuncia á los tuyos la gran
merced que te ha hecho el Señor,
y la misericordia que ha
usado contigo.
20 Fuése aquel hombre, y empezó
á publicar por Decápoli
cuantos beneficios habia recibido
de Jesus: y todos quedaban
maravillados.
21 Habiendo pasado Jesus otra
vez con el barco á la opuesta orilla,
concurrió gran muchedumbre
de gente á su encuentro; y estando
en la ribera del mar,
22 Vino en busca de él uno de
los gefes de la sinagoga, llamado
Jairo, el cual, luego que le
vió, se arrojó á sus piés,
23 Y con muchas instancias le
hacia esta súplica: Mi hija está
á los últimos: ven, y pon sobre
ella tu mano para que sane, y
viva.
24 Fuése Jesus con él, y en su
seguimiento mucho tropel de
gente que le apretaba.
25 En esto una mujer que padecia
flujo de sangre doce años
hacia,
26 Y habia sufrido mucho en
manos de varios médicos, y gastado
toda su hacienda sin el menor
alivio, antes lo pasaba peor,
27 Oida la fama de Jesus, se
llegó por detrás entre la muchedumbre
de gente, y tocó su ropa,
28 Diciendo para consigo: Como
llegue á tocar su vestido, sanaré.
29 Y luego al punto cesó su
flujo de sangre, y ella percibió
en su cuerpo que estaba ya curada
de su enfermedad.
30 Al mismo tiempo Jesus, conociendo
la virtud que habia salido
de él, vuelto á los circunstantes,
dijo: ¿Quién ha tocado
mi vestido?
31 A lo que respondieron los discípulos:
¿Estás viendo la gente
que te comprime por todos lados,
y dices: ¿Quién me ha tocado?
32 Mas proseguia mirando á todos
lados, para distinguir á la
que habia hecho esto.
33 Entonces la mujer, sabiendo
lo que habia esperimentado en
sí misma, medrosa, y temblando,
se acercó, y postrándose á sus
piés, le confesó toda la verdad.
34 El entonces le dijo: Hija,
tu fé te ha curado: véte en paz,
y queda libre de tu mal.
35 Estando aun hablando, llegaron
de casa del gefe de la sinagoga
á decirle á este: Murió
tu hija: ¿para qué cansar mas
al Maestro?
36 Mas Jesus, oyendo lo que decian,
dijo al gefe de la sinagoga:
No temas: ten fé solamente.

37 Y no permitió que le siguiese ninguno, fuera de Pedro, y Santiago, y Juan, el hermano de Santiago.

38 Llegados que fueron á casa del gefe de la sinagoga, ve la confusion, y los grandes lloros y alaridos de aquella gente.

39 Y entrando, les dice: ¿De qué os afligis tanto, y llorais? la muchacha no está muerta, sino dormida.

40 Y se burlaban de él. Pero Jesus, haciéndolos salir á todos fuera, tomó consigo al padre y á la madre de la muchacha, y á los que estaban con él, y entró á donde la muchacha yacía.

41 Y tomándola de la mano, le dice: Talitha cumi; es decir, Muchacha, levántate, yo te lo mando.

42 Inmediatamente se puso en pié la muchacha, y echó á andar, pues tenia ya doce años: con lo que quedaron poseidos del mayor asombro.

43 Pero Jesus les mandó muy estrechamente que nadie lo supiera: y dijo que diesen de comer á la muchacha.

CAPITULO VI.

Jesus obra pocos milagros en su patria, castigando así su incredulidad. Mision de los apóstoles. Prision y muerte de Juan Bautista. Milagro de los cinco panes y dos peces. Jesus anda sobre las aguas: y cura á muchos enfermos.

PARTIDO de aquí, se fué á su patria: y le seguian sus discípulos:

2 Llegado el sábado, comenzó á enseñar en la sinagoga: y muchos de los oyentes admirados de su sabiduría, decian: ¿De dónde á este todas estas cosas? ¿y qué sabiduría es esta que se le ha dado? ¿y de dónde tantas maravillas como obra?

3 ¿No es este aquel artesano, hijo de María, hermano de Santiago, y de Joses, y de Judas, y de Simon? ¿y sus hermanas no moran aquí entre nosotros? Y estaban escandalizados de él.

4 Mas Jesus les decia: Cierto que ningun profeta está sin honor sino en su patria, en su casa, y en su parentela.

5 Por lo cual no podia obrar allí milagro alguno; curó solamente algunos pocos enfermos imponiéndoles las manos:

6 Y admirábase de la incredulidad de aquellas gentes, y andaba predicando por todas las aldeas del contorno.

7 Y habiendo convocado á los doce, comenzó á enviarlos de dos en dos, dándoles potestad sobre los espíritus inmundos.

8 Y les mandó que nada se llevasen para el camino, sino el solo báculo; no alforja, no pan, ni dinero en el cinto.

9 Pero que calzasen sandalias, y que no vistiesen dos túnicas.

10 Advertíales asimismo: Donde quiera que tomáreis casa, continuad en ella, hasta salir del lugar:

11 Y si cualquiera os desechare, y no quisiere escucharos, retirándoos de allí, sacudid el polvo de vuestros piés, en testimonio contra ellos. En verdad os digo que en el dia del juicio los de Sodoma y de Gomorra serán tra-

tados con menos rigor que los de
aquel lugar.
12 De esta suerte salieron á
predicar á todos que se arrepin-
tiesen.
13 Y lanzaban muchos demo-
nios, y ungian á muchos enfer-
mos con óleo, y *los* sanaban.
14 ¶ Oyendo estas cosas el rey
Herodes (pues se habia hecho
célebre el nombre de Jesus) de-
cia: Sin duda que Juan Bau-
tista ha resucitado de entre los
muertos: y por eso se ostentan
en él *tantas* maravillas.
15 Otros decian: No es sino
Elías. Otros empero: Este es
un profeta, ó como uno de los
profetas.
16 Mas Herodes, habiendo oido
esto, dijo: Este es aquel Juan á
quien yo mandé cortar la cabeza,
el cual ha resucitado de entre
los muertos.
17 ¶ Porque el dicho Herodes
habia enviado á prender á Juan,
y le aherrojó en la cárcel por
amor de Herodías, mujer de su
hermano Filipo, con la cual se
habia casado.
18 Porque Juan decia á Herodes:
No te es lícito tener por mujer á
la que lo es de tu hermano.
19 Por eso Herodías le armaba
asechanzas: y deseaba quitarle
la vida, pero no podia conseguir-
lo;
20 Porque Herodes, sabiendo
que Juan era un varon justo y
santo, le temia y miraba con res-
peto, y hacia muchas cosas, y
le oia con gusto.
21 Mas en fin llegó un dia fa-
vorable, en que, por la fiesta del
nacimiento de Herodes, convidó
este á cenar á los grandes *de su
corte*, y á los primeros capitanes
de sus tropas, y á la gente prin-
cipal de Galilea:
22 Entró la hija de Herodías,
bailó, y agradó tanto á Herodes
y á los convidados, que dijo el
rey á la muchacha: Pídeme
cuanto quisieres, que te lo daré:
23 Y le añadió con juramento:
Sí: te daré todo lo que me pi-
das, aunque sea la mitad de mi
reino.
24 Y habiendo ella salido, di-
jo á su madre: ¿Qué pediré?
Respondióle: La cabeza de Juan
Bautista.
25 Y volviendo al instante á to-
da prisa á donde estaba el rey,
le hizo esta demanda: Quiero
que me des luego en un plato la
cabeza de Juan Bautista.
26 El rey se puso triste; mas
en atencion al juramento, y á los
que estaban con él á la mesa,
no quiso disgustarla:
27 Sino que, enviando uno de
su guardia, mandó traer la ca-
beza de Juan. Cortóle pues la
cabeza en la cárcel,
28 Y trájola en un plato, y se
la entregó á la muchacha, que se
la dió á su madre.
29 Lo cual sabido, vinieron los
discípulos de Juan, y cogieron su
cuerpo y le dieron sepultura.
30 ¶ Los apóstoles, pues, reu-
niéndose con Jesus, le dieron
cuenta de todo lo que habian
hecho y enseñado.
31 Y él les dijo: Venid á reti-
raros conmigo en un lugar soli-
tario, y reposareis un poquito.

Porque eran tantos los yentes y
vinientes, que ni aun tiempo de
comer les dejaban.
32 Embarcándose pues, partie-
ron ocultamente á un lugar de-
sierto.
33 Mas como al irse los vieron
y observaron muchos, de todas
las ciudades acudieron por tier-
ra á aquel sitio, y llegaron antes
que ellos.
34 En desembarcando vió Jesus
una gran multitud, de la que se
compadeció, porque andaban co-
mo ovejas sin pastor, y se puso
á instruirlos en muchas cosas.
35 Pero haciéndose ya muy tar-
de, se llegaron á él sus discípu-
los, y le dijeron: Este es un lu-
gar desierto, y ya es tarde:
36 Despáchalos, á fin de que
vayan á las alquerías y aldeas
cercanas á comprar que comer:
37 Mas él les respondió: Dád-
les vosotros de comer. Y ellos
le replicaron: Vamos pues, y
gastemos doscientos denarios pa-
ra comprar pan, si es que les he-
mos de dar de comer.
38 Díjoles Jesus: ¿Cuántos pa-
nes teneis? Id, y miradlo. Ha-
biéndolo visto, le dicen: Cinco,
y dos peces.
39 Entonces les mandó que hi-
ciesen sentar á todos sobre la
yerba verde divididos en cuadri-
llas.
40 Así se sentaron repartidos
en cuadrillas de ciento en ciento,
y de cincuenta en cincuenta.
41 Despues, tomados los cinco
panes, y los dos peces, levantan-
do los ojos al cielo, los bendijo,
y partió los panes, y diólos á sus
discípulos, para que se los distri-
buyesen: igualmente repartió
los dos peces entre todos.
42 Y todos comieron, y se sa-
ciaron.
43 Y de lo que sobró recogieron
doce canastos llenos de pedazos
de pan, y de los peces.
44 Y los que comieron de los
panes fueron cerca de cinco mil
hombres.
45 ¶ Inmediatamente obligó á
sus discípulos á subir en la barca,
para que pasasen antes que él al
otro lado del lago hácia Betsaida,
mientras él despedia al pueblo.
46 Asi que le despidió, retiróse
á orar en el monte.
47 Venida la noche, la barca
estaba en medio del mar, y él
solo en tierra.
48 Desde donde viéndolos re-
mar con gran fatiga (por cuanto
el viento les era contrario) á eso
de la cuarta vela de la noche vi-
no hácia ellos caminando sobre
el mar: é hizo ademan de pasar
adelante.
49 Mas ellos, como le vieron
caminar sobre el mar, pensaron
que era alguna fantasma, y le-
vantaron el grito.
50 Porque todos le vieron, y se
asustaron. Pero les habló lue-
go, y dijo: Buen ánimo, soy yo,
no teneis que temer.
51 Y se metió con ellos en la
barca, y echóse el viento. Con
lo cual quedaron mucho mas
asombrados:
52 Y es que no habian hecho
reflexion sobre el milagro de los
panes: porque su corazon esta-
ba ofuscado.

53 Atravesado pues el lago, arribaron á tierra de Genezaret, y abordaron allí.
54 Apenas desembarcaron, cuando luego fué conocido.
55 Y recorriendo toda aquella comarca, empezaron á sacar en camillas á todos los enfermos, llevándolos adonde oían que paraba.
56 Y do quiera que llegaba, fuesen aldeas, ó ciudades, ó alquerías, ponian los enfermos en las calles, suplicándole que les dejase tocar siquiera el ruedo de su vestido. Y todos cuantos le tocaban, quedaban sanos.

CAPITULO VII.

Jesus reprende la hipocresía y supersticiones de los fariseos. Fé grande de la Cananea, por la cual libra del demonio á su hija. Cura á un hombre sordo y mudo.

ACERCARONSE á Jesus los fariseos, y algunos de los escribas venidos de Jerusalem.
2 Y habiendo observado que algunos de sus discípulos comian con manos inmundas, esto es, sin habérselas lavado, se lo vituperaron.
3 Porque los fariseos, como todos los Judíos, nunca comen sin lavarse muchas veces las manos, siguiendo la tradicion de sus mayores:
4 Y si han estado en la plaza, no se ponen á comer sin lavarse primero: y hay otras muchas cosas, que han recibido y las guardan, como las purificaciones de los vasos, de las jarras, de los utensilios de metal, y de los lechos:
5 Preguntábanle, pues, los escribas y fariseos: ¿Por qué razon tus discípulos no se conforman con la tradicion de los antiguos, sino que comen sin lavarse las manos?
6 Mas Jesus les dió esta respuesta: ¡Oh hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías en lo que dejó escrito: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazon está lejos de mí:
7 En vano pues me honran, enseñando como doctrinas, las ordenanzas de los hombres.
8 Porque vosotros, dejando el mandamiento de Dios, observais con escrupulosidad la tradicion de los hombres en lavatorios de jarros, y de vasos, y en otras muchas cosas semejantes que haceis.
9 Y añadíales: Bellamente destruis el precepto de Dios, por observar vuestra tradicion.
10 Porque Moisés dijo: Honra á tu padre, y á tu madre. Y: Quien maldijere al padre, ó á la madre, muera sin remedio.
11 Vosotros al contrario decis: Con tal que uno diga á su padre ó á su madre, Corban es (esto es, don consagrado) todo aquello con que yo pudiera asistirte,
12 Queda con esto desobligado de hacer mas á favor de su padre, ó de su madre:
13 Aboliendo así la palabra de Dios por vuestra tradicion, inventada por vosotros mismos: y á este tenor haceis otras muchas cosas.
14 Entonces, llamando de nuevo al pueblo, les decia: Escuchadme todos, y entended:
15 Nada de afuera que entra

en el hombre puede hacerle in-
mundo, mas las cosas que proce-
den del hombre, esas son las que
dejan mácula en el hombre.
16 Si hay quien tenga oidos
para oir *esto*, óigalo.
17 ¶ Despues que se hubo reti-
rado de la gente y entrado en ca-
sa, sus discípulos le preguntaron
la significacion de esta parábola.
18 Y él les dijo: ¡Qué! ¿tam-
bien vosotros teneis tan poca in-
teligencia? ¿Pues no compren-
deis que todo lo que de afuera
entra en el hombre no es capaz
de contaminarle:
19 Supuesto que nada de esto
entra en su corazon, sino que va
al vientre, de donde sale para ir
al lugar escusado, con lo que los
alimentos pierden lo que tienen
de impuro?
20 Mas las cosas, decia, que
salen del hombre, esas son las
que manchan al hombre.
21 Porque de lo interior del co-
razon del hombre es de donde
proceden los malos pensamientos,
los adulterios, las fornicaciones,
los homicidios,
22 Los hurtos, las avaricias, las
malicias, los fraudes, las desho-
nestidades, la envidia, la blasfe-
mia, la soberbia, la estupidez.
23 Todos estos vicios proceden
del interior, y ellos son los que
manchan al hombre.
24 ¶ Partiendo de aquí se diri-
gió hácia los confines de Tiro y
de Sidon: y habiendo entrado
en una casa, deseaba que nadie
supiese que estaba allí, mas no
pudo encubrirse.
25 Porque luego que lo supo
una mujer, cuya hija estaba po-
seida del espíritu inmundo, en-
tró, y se arrojó á sus piés.
26 Era esta mujer Griega, y de
orígen, Sirofenicia; y le suplica-
ba que lanzase de su hija al de-
monio.
27 Díjole Jesus: Aguarda que
primero se sacien los hijos: que
no parece bien hecho el tomar el
pan de los hijos, para echarle á
los perros.
28 A lo que replicó ella, y le di-
jo: Es verdad, Señor, pero á lo
menos los cachorrillos comen de-
bajo de la mesa las migajas de
los hijos.
29 Díjole entonces Jesus: Por
eso que has dicho véte, que ya
el demonio salió de tu hija.
30 Y habiendo vuelto á su casa,
halló á la muchacha reposando
sobre la cama, y libre ya del de-
monio.
31 ¶ Dejando Jesus otra vez los
confines de Tiro y de Sidon se
fué hácia el mar de Galilea, atra-
vesando el territorio de Decápoli.
32 Y presentáronle un hombre
sordo y tartamudo, suplicándole
que pusiese sobre él su mano.
33 Y apartándole Jesus de la
gente, le metió los dedos en las
orejas: y con la saliva le tocó
la lengua:
34 Y alzando los ojos al cielo,
arrojó un suspiro, y díjole: Eph-
phetha, que quiere decir, abríos.
35 Y al momento se le abrieron
los oidos, y se le soltó el impedi-
mento de la lengua, y hablaba
claramente.
36 Y mandóles que no lo dije-
ran á nadie. Pero cuanto mas

se lo mandaba, con tanto mayor
empeño lo publicaban:
37 Y tanto mas crecia su admi-
racion, y decian: Todo lo ha he-
cho bien: él ha hecho que los
sordos oigan, y que hablen los
mudos.

CAPITULO VIII.

Milagro de los siete panes. Jesus instruye á sus discípulos. Da vista á un ciego. Pedro le confiesa por Mesías. Les revela su pasion y muerte: reprende á Pedro; y los anima á llevar la cruz.

POR aquellos dias habiéndose
juntado otra vez un gran con-
curso de gentes, y no teniendo
que comer, convocados sus dis-
cípulos, les dijo:
2 Me da compasion esta multi-
tud de gentes: porque hace ya
tres dias que están conmigo, y
no tienen que comer:
3 Y si los envío á sus casas en
ayunas, desfallecerán en el ca-
mino: pues algunos de ellos han
venido de lejos.
4 Respondiéronle sus discípu-
los: Y ¿cómo podrá nadie en
esta soledad procurarles pan en
abundancia?
5 El les preguntó: ¿Cuántos
panes teneis? Respondieron:
Siete.
6 Entonces mandó á la gente
que se sentara en tierra. Y to-
mando los siete panes, dando
gracias, los partió, y dábaselos
á sus discípulos para que los dis-
tribuyesen entre la gente, y los
repartieron.
7 Tenian ademas algunos pe-
cecillos: bendíjolos tambien, y
mandó distribuirlos.
8 Y comieron hasta saciarse, y
de las sobras recogieron siete es-
puertas,
9 Siendo al pié de cuatro mil
los que habian comido: en se-
guida Jesus los despidió.
10 E inmediatamente, embar-
cándose con sus discípulos, pasó
al territorio de Dalmanuta;
11 Donde salieron los fariseos,
y empezaron á disputar con él,
pidiéndole, con el fin de tentarle,
algun prodigio del cielo.
12 Mas Jesus, suspirando en
su interior, dijo: ¿Por qué pedi-
rá esta raza de hombres un pro-
digio? En verdad os digo, que á
esa gente no se le dará prodigio.
13 Y dejándolos, se embarcó
otra vez, pasando á la ribera
opuesta.
14 Habíanse olvidado los dis-
cípulos de hacer provision de
pan, y no tenian mas que un so-
lo pan consigo en la barca.
15 Y los amonestaba, diciendo:
Estad alerta, y guardáos de la
levadura de los fariseos, y de la
levadura de Herodes.
16 Mas ellos discurriendo en-
tre sí, se decian uno á otro: En
verdad que no hemos tomado
pan.
17 Lo cual habiendo conocido
Jesus, les dijo: ¿Qué andais dis-
curriendo sobre que no teneis
pan? ¿todavía estais sin cono-
cimiento ni inteligencia? ¿aun
está oscurecido vuestro cora-
zon?
18 ¿Tendreis siempre los ojos
sin ver, y los oidos sin percibir?
¿Ni os acordais,
19 De cuando repartí cinco pa-

nes entre cinco mil hombres: cuántos cestos llenos de las sobras recogisteis entonces? Dícenle: Doce.
20 Pues cuando los siete panes entre cuatro mil: ¿cuántas espuertas sacasteis de los fragmentos? Dícenle: Siete.
21 ¿Y cómo es, *pues*, les añadió, que todavía no entendeis?
22 ¶ Habiendo llegado á Betsaida, presentáronle un ciego, suplicándole que le tocase.
23 Y él, cogiéndole por la mano, le sacó fuera de la aldea: y echándole saliva en los ojos, puestas sobre él las manos, le preguntó si veía algo.
24 El ciego, abriendo los ojos, dijo: Veo á los hombres, como si fuesen árboles, que andan.
25 Púsole segunda vez las manos sobre los ojos, y le hizo mirar hácia arriba: y recobró la vista, de suerte que los veia claramente á todos.
26 Con lo que le remitió á su casa, diciendo: No entres en el lugar, ni de él lo digas á nadie.
27 ¶ Desde allí partió Jesus con sus discípulos por las aldeas de Cesarea de Filipo: y en el camino les hizo esta pregunta: ¿Quién dicen los hombres que soy yo?
28 Respondiéronle: Quien dice que Juan Bautista, quien Elías, y otros en fin que eres uno de los profetas.
29 Díceles entonces: ¿Y vosotros quién decis que soy yo? Pedro respondiendo, le dice: Tú eres el Cristo.
30 Y les prohibió rigorosamente el decir esto de él á ninguno.
31 Y comenzó á declararles como convenia que el Hijo del hombre padeciese mucho, y fuese desechado por los ancianos, y por los príncipes de los sacerdotes, y por los escribas, y que fuese muerto, y que resucitase despues de tres dias.
32 Y hablaba de esto muy claramente. Pedro entonces tomándole aparte, comenzó á reprenderle.
33 Pero Jesus vuelto contra él, y mirando á sus discípulos, reprendió ásperamente á Pedro, diciendo: Quítateme de delante, Satanas, porque no sabes las cosas de Dios, sino las de los hombres.
34 ¶ Despues convocando al pueblo con sus discípulos, les dijo: si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo: y cargue con su cruz, y sígame.
35 Pues quien quisiere salvar su vida, la perderá: mas quien perdiere su vida por amor de mí y del Evangelio, la pondrá en salvo.
36 Por cierto ¿de qué le servirá á un hombre el ganar el mundo entero, si pierde su alma?
37 ¿O qué recompensa dará un hombre por su alma?
38 Ello es que de quien se avergonzare de mí y de mi doctrina, en medio de esta nacion adúltera y pecadora, se avergonzará igualmente el Hijo del hombre, cuando venga en la gloria de su Padre, acompañado de los santos ángeles.

CAPITULO IX.

Transfiguracion de Jesus, quien cura despues á un endemoniado mudo. Poder de la fé, de la oracion, y del ayuno. Instruye á sus discípulos en la humildad, y en los daños que acarrea el pecado de escándalo.

Y LES añadió: En verdad os
digo que algunos de los pre-
sentes no morirán sin que vean
llegar el reino de Dios en su
magestad.
2 Seis dias despues tomó Jesus
consigo á Pedro, y á Santiago, y
á Juan: y condújolos solos á un
elevado monte, en lugar aparta-
do, y se transfiguró en presencia
de ellos.
3 De forma que sus vestidos
aparecieron resplandecientes, y
de un candor estremado como la
nieve, tan blancos que no hay
lavandero en el mundo que así
pudiese blanquearlos.
4 Y se les aparecieron Elías y
Moisés, que estaban conversando
con Jesus.
5 Y Pedro, tomando la palabra,
dijo á Jesus: ¡Oh Maestro!
bueno será quedarnos aquí: ha-
gamos tres pabellones, uno para
Tí, otro para Moisés, y otro para
Elías.
6 Porque él no sabia lo que se
decia, por estar sobrecogidos del
pasmo.
7 En esto se formó una nube
que los cubrió: y salió de esta
nube una voz que decia: Este
es mi Hijo carísimo: escuchadle.
8 Y mirando luego á todas par-
tes, no vieron consigo á nadie
mas que á solo Jesus.
9 El cual, asi como bajaban
del monte, les ordenó que á nin-
guno contasen lo que habian vis-
to: sino cuando el Hijo del hom-
bre hubiese resucitado de entre
los muertos.
10 Y guardaron la palabra
consigo, bien que andaban dis-
curriendo entre sí qué sería lo de
resucitar de entre los muertos.
11 Y le preguntaron: ¿Pues
cómo dicen los escribas, que ha
de venir primero Elías?
12 Y él les respondió: Elías
ha de venir antes, y restablecerá
entonces todas las cosas: y, como
está escrito del Hijo del hombre,
este ha de padecer mucho, y ser
vilipendiado.
13 Si bien os digo que Elías ha
venido ya (y han hecho con él
todo lo que les plugo) segun es-
taba de él escrito.
14 Al llegar á donde estaban sus
discípulos, viólos rodeados de una
gran multitud de gente, y á los
escribas disputando con ellos.
15 Y todo el pueblo luego que
vió á Jesus, se llenó de asombro,
y de pavor, y acudieron *todos*
corriendo á saludarle.
16 Y él preguntó á los escribas:
¿sobre qué altercabais con ellos?
17 A lo que respondiendo uno
de la multitud, dijo: Maestro,
yo he traido á tí un hijo mio po-
seido de cierto espíritu mudo:
18 El cual donde quiera que le
toma, le tira contra el suelo, y le
hace echar espuma por la boca, y
crujir los dientes, y que se vaya
secando: pedí á tus discípulos
que le lanzasen, y no han podido.
19 Jesus, dirigiendo á todos la
palabra, les dijo: ¡Oh gente in-
crédula! ¿hasta cuándo habré

de estar entre vosotros? ¿hasta
cuándo habré yo de sufriros?
traédmele á mí.
20 Trajéronsele. Y apenas vió
á Jesus, cuando el espíritu empe-
zó á atormentar al muchacho,
quien tirándose contra el suelo,
se revolcaba echando espumara-
jos.
21 Jesus preguntó á su padre:
¿cuánto tiempo hace que le suce-
de esto? Desde la niñez, respon-
dió:
22 Y muchas veces le ha preci-
pitado *el demonio* en el fuego, y
en el agua, á fin de acabar con
él: pero si puedes algo, socórre-
nos, compadecido de nosotros.
23 A lo que Jesus le dijo: Si
tú puedes creer, todo es posible
para el que cree.
24 Y luego el padre del mu-
chacho, bañado en lágrimas, es-
clamó diciendo: ¡Oh Señor! Yo
creo: ayuda tú mi incredulidad.
25 Viendo Jesus el tropel de
gente que iba acudiendo, amenazó
al espíritu inmundo, diciéndole:
Espíritu mudo y sordo, yo te lo
mando, sal de este mozo: y no
vuelvas mas á entrar en él.
26 Y dando un gran grito, y
atormentándole mucho, salió de
él, dejándole como muerto, de
suerte que muchos decian: Está
muerto.
27 Pero Jesus cogiéndole de la
mano, le ayudó á alzarse, y se
levantó el mozo.
28 Entrado que hubo en la ca-
sa, sus discípulos le preguntaban
á solas: ¿Por qué motivo noso-
tros no le hemos podido lanzar?
29 Respondióles: Esta raza por
ningun medio puede salir, sino
con oracion, y ayuno.
30 Y habiendo marchado de
allí, atravesaron la Galilea: y no
queria darse á conocer á nadie.
31 Entretanto iba instruyendo
á sus discípulos, y les decia: El
Hijo del hombre será entregado
en manos de los hombres, que le
darán la muerte, y despues de
muerto, resucitará al tercer dia.
32 Ellos empero no compren-
dian esto que les decia, ni se
atrevian á preguntárselo.
33 En esto llegaron á Caphar-
naum. Y estando ya en casa,
les preguntó: ¿De qué íbais tra-
tando en el camino?
34 Mas ellos callaban: y es
que habian tenido en el camino
una disputa entre sí, sobre quien
de ellos era el mayor.
35 Entonces Jesus sentándose,
llamó á los doce, y les dijo: Si
alguno pretende ser el primero,
hágase el último de todos, y el
siervo de todos.
36 Y cogiendo á un niño le pu-
so en medio de ellos: y despues
de abrazarle, díjoles:
37 Cualquiera que acogiere á
uno de estos niños por amor mio,
á mí me acoge: y cualquiera que
me acoge, no tanto me acoge á
mí, como al que me ha enviado.
38 Tomando *despues* Juan la
palabra, le dijo: Maestro, hemos
visto á uno que andaba lanzando
los demonios en tu nombre, que
no es de nuestra compañía, y
se lo prohibimos porque no nos
sigue.
39 No hay para qué prohibírse-
lo, respondió Jesus: puesto que

ninguno que haga milagros en mi nombre, podrá luego hablar mal de mí.
40 Que quien no es contrario vuestro, de vuestro partido es.
41 Y cualquiera que os diere un vaso de agua en mi nombre, atento á que sois de Cristo, en verdad os digo, que no será defraudado de su recompensa.
42 Y á todo aquel que escandalizare á alguno de estos pequeñitos que creen en mí, mucho mejor le fuera que le ataran al cuello una piedra de molino, y le echáran al mar.
43 Que si tu mano te es ocasion de escándalo, córtala: mas te vale el entrar manco en la vida, que tener dos manos é ir al infierno, al fuego inestinguible:
44 En donde el gusano que los roe, nunca muere, y el fuego nunca se apaga.
45 Y si tu pié te es ocasion de pecado, córtale: mas te vale entrar cojo en la vida que tener dos piés y ser arrojado al infierno, al fuego inestinguible:
46 Donde el gusano que los roe nunca muere, y el fuego nunca se apaga.
47 Y si tu ojo te sirve de escándalo, arráncale: mas te vale entrar tuerto en el reino de Dios, que tener dos ojos y ser arrojado al fuego del infierno:
48 Donde el gusano que los roe nunca muere, y el fuego jamas se apaga.
49 Porque cada cual será salado con fuego; asi como todas las víctimas deben ser de sal rociadas.
50 La sal es buena: mas si la sal perdiere su sabor, ¿con qué la sazonareis? Tened en vosotros sal, y guardad la paz entre vosotros.

CAPITULO X.

Enseña Jesus la indisolubilidad del matrimonio; los peligros de las riquezas, y el premio de los que dejan todas las cosas por seguirle. Avisa de nuevo á sus discipulos que debia morir, y resucitar. Reprende á la peticion de los hijos de Zebedeo; é inculca otra vez la humildad. Da la vista al ciego Bartiméo.

Y PARTIENDO de allí llegó á los confines de Judea al otro lado del Jordan: donde concurrieron de nuevo al rededor de él las gentes: y se puso otra vez á enseñarlas, como tenia de costumbre.
2 Vinieron entonces á él unos fariseos, y le preguntaban por tentarle: Si es lícito al marido repudiar á su mujer.
3 Pero él en respuesta les dijo: ¿Qué os mandó Moisés?
4 Ellos dijeron: Moisés permitió repudiarla, precediendo escritura legal del repudio.
5 A los cuales replicó Jesus: En vista de la dureza de vuestro corazon os dejó mandado eso.
6 Pero al principio de la creacion, macho y hembra los hizo Dios.
7 Por cuya razon dejará el hombre á su padre y á su madre, y juntarse ha con su mujer:
8 Y los dos no compondrán sino una sola carne. De manera que ya no son dos, sino una sola carne.
9 No separe pues el hombre, lo que Dios ha juntado.

10 Despues en casa le tocaron otra vez sus discípulos el mismo punto.

11 Y él les inculcó: Cualquiera que desechare á su mujer, y tomare otra, comete adulterio contra ella.

12 Y si la mujer se aparta de su marido, y se casa con otro, es adúltera.

13 Como le presentasen unos niños para que los tocase, los discípulos reñian á los que venian á presentárselos.

14 Lo que advirtiendo Jesus, lo llevó muy á mal, y les dijo: Dejad que vengan á mí los niños, y no se lo estorbeis: porque de los que se asemejan á ellos es el reino de Dios.

15 En verdad os digo, que quien no recibiere como niño el reino de Dios, no entrará en él.

16 Y estrechándolos entre sus brazos, y poniendo sobre ellos las manos, los bendecia.

17 Asi que salió para ponerse en camino, vino corriendo uno, y arrodillado á sus piés, le preguntó: ¡Oh buen Maestro! ¿qué debo yo hacer para heredar la vida eterna?

18 Jesus le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino solo Dios.

19 Ya sabes los mandamientos: No cometer adulterio, No matar, No hurtar, No decir falso testimonio, No defraudar, Honrar padre y madre.

20 A esto respondió él, y le dijo: Maestro, todas esas cosas he observado desde mi mocedad.

21 Y Jesus, mirándole de hito en hito, mostró quedar prendado de él, y le dijo: Una cosa te falta aun: anda, vende cuanto tienes, y dálo á los pobres, que así tendrás un tesoro en el cielo: y ven despues, carga con la cruz y sígueme.

22 A esta propuesta entristecido el *jóven*, fuése muy afligido, pues tenia muchos bienes.

23 Y echando Jesus una ojeada al rededor de sí, dijo á sus discípulos: ¡Oh cuán dificilmente los acaudalados entrarán en el reino de Dios!

24 Los discípulos quedaron pasmados al oir tales palabras. Pero Jesus volviendo á hablar, añadió: ¡Hijitos mios, cuán dificil cosa es, que los que ponen su confianza en las riquezas, entren en el reino de Dios!

25 Mas fácil es el pasar un camello por el ojo de una aguja, que el entrar un rico en el reino de Dios.

26 Con esto subia de punto su asombro, y se decian unos á otros: ¿Quién podrá pues salvarse?

27 Pero Jesus, fijando en ellos la vista, les dijo: A los hombres es esto imposible, mas no á Dios: pues para Dios todas las cosas son posibles.

28 Aquí Pedro tomando la palabra, le dijo: Por lo que hace á nosotros, bien ves que hemos renunciado todas las cosas, y seguídote.

29 A lo que Jesus respondiendo, dijo: Pues yo os aseguro que nadie hay que haya dejado casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó mujer, ó hijos, ó he-

redades, por amor de mí, y del
Evangelio,
30 Que ahora mismo en este
siglo no reciba el cien doblado:
casas, y hermanos, y hermanas,
y madres, é hijos, y heredades,
con persecuciones: y en el siglo
venidero la vida eterna.
31 Pero muchos de los primeros,
serán los últimos; y muchos
de los últimos, serán los
primeros.
32 ¶ Continuaban su viage subiendo
á Jerusalem: y Jesus se
les adelantaba, y estaban sus
discípulos como atónitos: y le
seguian llenos de temor. Y tomando
aparte de nuevo á los doce,
comenzó á repetirles lo que
habia de sucederle.
33 Nosotros, vamos, como veis, á
Jerusalem, donde el Hijo del hombre
será entregado á los príncipes
de los sacerdotes, y á los escribas,
que le condenarán á muerte,
y le entregarán á los gentiles:
34 Y le escarnecerán, y le azotarán,
y le escupirán, y le quitarán
la vida, y al tercer dia resucitará.
35 Entonces se acercan á él Santiago
y Juan hijos de Zebedeo, y
le hacen esta peticion: Maestro,
quisiéramos que nos concedieses
todo cuanto te pidiéremos.
36 Díjoles él: ¿Qué cosa deseais
que os conceda?
37 Concédenos, respondieron,
que en tu gloria nos sentemos
el uno á tu diestra, y el otro á
tu siniestra.
38 Mas Jesus les replicó: No
sabeis lo que pedis: ¿podeis beber
el cáliz que yo bebo; y ser
bautizados con el bautismo con
que yo soy bautizado?
39 Respondiéronle: Sí que podemos.
Pues tened por cierto,
les dijo Jesus, que bebereis el
cáliz que yo bebo; y sereis bautizados
con el bautismo con que
yo soy bautizado:
40 Pero eso de sentarse á mi
diestra, ó á mi siniestra, no está
en mi arbitrio el darlo á vosotros,
sino á quienes se ha destinado.
41 Entendiendo los diez dicha
demanda, dieron muestras de
indignacion contra Santiago, y
Juan.
42 Mas Jesus llamándolos á sí,
les dijo: Bien sabeis que los que
tienen la autoridad de mandar á
las naciones, las tratan con imperio:
y que sus príncipes ejercen
sobre ellas poder.
43 No debe ser lo mismo entre
vosotros, sino que quien quisiere
hacerse mayor, ha de ser vuestro
criado:
44 Y quien quisiere ser entre
vosotros el primero, debe hacerse
siervo de todos.
45 Porque aun el Hijo del hombre
no vino á que le sirviesen,
sino á servir, y á dar su vida por
la redencion de muchos.
46 ¶ Despues de esto llegaron á
Jericó; y al partir de Jericó con
sus discípulos, seguido de muchísima
gente, Bartiméo el ciego, hijo
de Timéo, estaba sentado junto
al camino pidiendo limosna.
47 El cual, habiendo oido que
era Jesus Nazareno, comenzó á
dar voces, diciendo: Jesus, hijo
de David, ten misericordia de mí.
48 Y reñíanle muchos para que

callara. Sin embargo él alzaba
mucho mas el grito: hijo de David,
ten compasion de mí.
49 Parándose entonces Jesus, le
mandó llamar. Y le llamaron
diciéndole: Ea, buen ánimo: levántate,
que te llama.
50 El cual, arrojando su capa,
al instante se puso en pié, y vino
á él.
51 Y Jesus le dijo: ¿Qué quieres
que te haga? El ciego le
respondió: Maestro, que yo vea.
52 Y Jesus: Anda, que tu fé te
ha curado. Y de repente vió, y
le iba siguiendo por el camino.

CAPITULO XI.

Entrada triunfante de Jesus en Jerusalem. Maldicion de la higuera. Los negociantes echados del templo. Poder de la fé. Perdon de los enemigos. Los príncipes de los sacerdotes confundidos.

CUANDO iban acercándose á
Jerusalem, al llegar junto á
Betphage y á Bethania, cerca del
monte de las Olivas, despacha
dos de sus discípulos,
2 Y les dice: Id á ese lugar,
que teneis enfrente, y luego al
entrar en él, hallareis atado un
jumentillo, en el cual nadie ha
montado hasta ahora: desatadle,
y traedle.
3 Y si alguien os dijere: ¿Qué
haceis? responded que el Señor
le ha menester: y al instante os
le dejará traer acá.
4 Luego que fueron hallaron el
pollino atado fuera delante de
una puerta, en una encrucijada,
y le desataron.
5 Y algunos de los que estaban
allí les dijeron: ¿Qué haceis?
¿por qué desatais ese pollino?
6 Los discípulos respondieron
conforme á lo que Jesus les habia
mandado y los otros se le dejaron
llevar.
7 Y trajeron el pollino á Jesus:
y habiéndole aparejado con los
vestidos de ellos, montó Jesus
en él.
8 Muchos en seguida tendieron
sus vestidos en el camino: y
otros cortaban ramas de los árboles,
y las esparcian por donde
habia de pasar.
9 Y tanto los que iban delante,
como los que seguian detrás, le
aclamaban diciendo: Hosanna:
¡Bendito sea el que viene en
nombre del Señor!
10 Bendito sea el reino de nuestro
padre David que viene en
nombre del Señor. Hosanna en
las alturas.
11 Y entró Jesus en Jerusalem,
y en el templo; y despues de
haber observado por una y otra
parte todas las cosas, siendo ya
tarde, se salió á Bethania con
los doce:
12 ¶ Al otro dia asi que salieron
de Bethania, tuvo hambre.
13 Y como viese á lo lejos una
higuera con hojas, encaminóse
allá por ver si encontraba en ella
alguna cosa; y llegando, nada
encontró sino follage: porque
no era tiempo de higos.
14 Y hablando á la higuera,
dijo: Nunca jamas coma ya nadie
fruto de tí. Lo cual oyeron
sus discípulos.
15 Llegan pues á Jerusalem.
Y habiendo Jesus entrado en el
templo, comenzó á echar fuera á
los que vendian y compraban en

él: y derribó las mesas de los
cambistas, y los asientos de los
que vendian palomas.
16 Y no permitia que nadie
transportase mueble alguno por
el templo.
17 Y los instruía, diciendo:
¿Por ventura no está escrito:
Mi casa será llamada de todas
las gentes casa de oracion? Pe-
ro vosotros habeis hecho de ella
una guarida de ladrones.
18 Sabido esto por los escribas
y los príncipes de los sacerdotes,
andaban trazando el modo de
quitarle la vida; porque le te-
mian, viendo que todo el pueblo
estaban maravillado de su doc-
trina.
19 Asi que se hizo tarde, se sa-
lió de la ciudad.
20 ¶ Y la mañana siguiente
vieron al pasar, que la higuera
se habia secado de raiz.
21 Con lo cual acordándose Pe-
dro, le dijo: Maestro, mira como
la higuera que maldijiste se ha
secado.
22 Y Jesus tomando la palabra,
les dijo: Tened confianza en
Dios.
23 En verdad os digo, que cual-
quiera que dijere á este monte:
Quítate de ahí, y échate al mar:
no vacilando en su corazon, sino
creyendo que cuanto dijere se ha
de hacer, así lo conseguirá.
24 Por tanto os aseguro, que to-
das cuantas cosas pidiéreis en la
oracion, tened fé de conseguirlas,
y se os concederán.
25 Mas al poneros á orar, si te-
neis algo contra alguno, perdo-
nadle, á fin de que vuestro Padre
que está en los cielos, tambien
os perdone vuestros pecados.
26 Que si no perdonais vosotros,
tampoco vuestro Padre celestial
os perdonará vuestras culpas.
27 ¶ Volvieron pues otra vez á
Jerusalem. Y paseándose Jesus
por el templo, lléganse á él los
príncipes de los sacerdotes, y los
escribas, y los ancianos:
28 Y le dicen: ¿Con qué auto-
ridad haces estas cosas? ¿y quién
te ha dado á tí potestad de hacer
lo que haces?
29 Y respondiendo Jesus, les di-
jo: Yo tambien os haré una pre-
gunta: respondedme á ella pri-
mero, y despues os diré con qué
autoridad hago estas cosas.
30 El bautismo de Juan, ¿era
del cielo, ó de los hombres? Res-
pondedme.
31 Ellos discurrian para consigo,
diciendo entre sí: Si decimos que
del cielo, dirá: Pues ¿por qué
no le creísteis?
32 Si decimos que de los hom-
bres, debemos temer al pueblo:
pues todos creían que Juan ha-
bia sido verdadero profeta.
33 Y así respondieron á Jesus,
diciendo: No lo sabemos. En-
tonces Jesus les replicó: Pues
ni yo tampoco os diré con qué
autoridad hago estas cosas.

CAPITULO XII.

Parábola de la viña plantada y arrendada. Convence Jesus á los fariseos y saduceos, redarguyéndolos. Sobre pagar el tributo al César; y sobre la resurreccion de los muertos. Cristo, Señor de David: Soberbia de los escribas: Ofrenda ténue de la viuda, preferida á todas las grandes oblaciones de los ricos.

EN seguida comenzó á hablarles por parábolas: Un hombre plantó una viña, y la ciñó con cercado, y cavando hizo en ella un lagar, y fabricó una torre, y arrendóla á ciertos labradores, y marchóse lejos de su tierra.
2 A su tiempo despachó un criado á los renteros, para cobrarles del fruto de la viña.
3 Mas ellos agarrándole le hirieron, y le despacharon con las manos vacías.
4 Segunda vez les envió otro criado: y á este le tiraron piedras y le descalabraron, y le despidieron cargándole de oprobios.
5 Tercera vez envió á otro, al cual mataron: tras este otros muchos: y de ellos á unos los hirieron, y á otros les quitaron la vida.
6 Por último, envióles un hijo único que tenia, y á quien amaba tiernamente, diciendo: Respetarán á mi hijo.
7 Pero los viñadores se dijeron unos á otros: Este es el heredero: venid, matémosle, y será nuestra la heredad.
8 Y asiendo de él, le mataron, arrojándole fuera de la viña.
9 ¿Qué hará pues el dueño de la viña? Vendrá, y perderá á aquellos renteros, y dará la viña á otros.
10 ¿No habeis leido este lugar de la Escritura: La piedra que desecharon los que edificaban, vino á ser la principal piedra del ángulo:
11 El Señor es el que hizo eso, y es cosa maravillosa á nuestra vista?
12 En la hora maquinaban como prenderle: porque bien conocieron que á ellos habia enderezado la parábola: mas temieron al pueblo, y dejándole se marcharon.
13 ¶ Pero le enviaron algunos fariseos, y Herodianos, para sorprenderle en alguna espresion.
14 Los cuales vinieron y dijéronle: Maestro, nosotros sabemos que eres hombre veraz, y que no atiendes á respetos humanos: porque no miras la calidad de las personas, sino que enseñas el camino de Dios en verdad: ¿es lícito pagar tributo á César, ó nó?
15 ¿Le pagaremos, ó no le pagaremos? Jesus penetrando su hipocresia, díjoles: ¿Para qué venís á tentarme? dadme á ver un denario.
16 Presentáronselo, y él les dice: ¿De quién es esta imágen, y esta inscripcion? Respondiéronle: de César.
17 Entonces replicó Jesus y díjoles: Pagad pues á César lo que es de César; y á Dios lo que es de Dios. Con cuya respuesta los dejó maravillados.
18 ¶ Vinieron despues á encontrarle los saduceos, que niegan la resurreccion: y le propusieron esta cuestion:
19 Maestro, Moisés nos dejó escrito, que si el hermano de uno muere, dejando á su mujer sin hijos, este se case con la viuda, para que no falte á su hermano descendencia.
20 Esto supuesto, eran siete hermanos: el mayor se casó, y vino á morir sin hijos.

21 Con eso el segundo se casó
con la viuda, pero murió tam-
bien sin dejar sucesion. Del
mismo modo el tercero.
22 En suma, los siete sucesi-
vamente se casaron con ella:
y ninguno tuvo hijos. Al cabo
murió la mujer la última de to-
dos.
23 Ahora pues en el dia de la
resurreccion, cuando resuciten,
¿de cuál de estos será mujer?
porque ella lo fué de todos siete.
24 Jesus en respuesta les dijo:
¿No veis que habeis caido en er-
ror, por no entender las Escritu-
ras, ni el poder de Dios?
25 Porque cuando hayan resu-
citado de entre los muertos, ni los
hombres tomarán mujeres, ni las
mujeres maridos, sino que serán
como los ángeles que están en
los cielos.
26 Ahora sobre que los muer-
tos hayan de resucitar, ¿no ha-
beis leido en el libro de Moisés,
como Dios hablando con él en la
zarza, le dijo: Yo soy el Dios de
Abraham, y el Dios de Isaac, y
el Dios de Jacob?
27 No es Dios de muertos, sino
de vivos. Luego estais vosotros
en un grande error.
28 ¶ Uno de los escribas, que
habia oido esta disputa, viendo
lo bien que les habia respondi-
do, se acercó, y le preguntó cual
era el primero de todos los man-
damientos.
29 Y Jesus le respondió: El
primero de todos los mandamien-
tos es este: Escucha, ó Israél,
el Señor Dios tuyo, es el solo
Dios:
30 Y amarás al Señor Dios tuyo
con todo tu corazon, y con toda
tu alma, y con toda tu mente, y
con todas tus fuerzas. Este es
el mandamiento primero.
31 El segundo semejante al
primero es: Amarás á tu próji-
mo como á tí mismo. No hay
otro mandamiento que sea ma-
yor que estos.
32 Y el escriba le dijo: Maes-
tro, has dicho bien, y con toda
verdad, que Dios es uno solo, y
que no hay otro fuera de él.
33 Y que el amarle de todo co-
razon, y con todo el espíritu, y
con toda el alma, y con todas las
fuerzas: y al prójimo como á sí
mismo, vale mas que todos los
holocaustos, y sacrificios.
34 Viendo Jesus que habia res-
pondido sabiamente, díjole: No
estás lejos del reino de Dios. Y
ya nadie osaba hacerle mas pre-
guntas.
35 ¶ Y enseñando y razonando
Jesus en el templo, decia: ¿Có-
mo dicen los escribas que el Cris-
to es hijo de David?
36 Siendo así que el mismo Da-
vid *inspirado* del Espíritu Santo,
dice: Dijo el Señor á mi Señor,
siéntate á mi diestra, hasta tan-
to que yo haya puesto á tus ene-
migos por tarima de tus piés.
37 Pues si David le llama su
Señor, ¿por dónde ó cómo es su
hijo? Y el numeroso auditorio
le oía con gusto.
38 Y decíales en sus instruccio-
nes: Guardáos de los escribas,
que hacen gala de pasearse con
vestidos rozagantes, y de ser sa-
ludados en la plaza,

39 Y de ocupar las primeras sillas en las sinagogas, y los primeros asientos en los convites:
40 Que devoran las casas de las viudas pretestando hacer largas oraciones; estos tendrán mayor condenacion.
41 ¶ Estando Jesus sentado frente del arca de las ofrendas, estaba mirando como la gente echaba dinero en ella, y muchos ricos echaban grandes cantidades.
42 Vino tambien una viuda pobre, la cual metió dos pequeñas monedas, que hacen un maravedí,
43 Y entonces convocando á sus discípulos, les dijo: En verdad os digo que esta pobre viuda ha echado mas en el arca, que todos los otros.
44 Por cuanto los demas han echado algo de lo que les sobraba: pero esta ha dado de su misma pobreza todo lo que tenia, todo su sustento.

CAPITULO XIII.

Profecías de la destruccion de Jerusalem, y de la segunda venida de Jesus, con las señales que precederán.

AL salir del templo, díjole uno de sus discípulos: ¡ Maestro, mira qué piedras, y qué fábrica!
2 Jesus le dió por respuesta: ¿Ves todos esos magníficos edificios? Pues serán de tal modo destruidos, que no quedará piedra sobre piedra.
3 Y estando sentado en el Monte del olivar de cara al templo, le preguntaron aparte Pedro, y Santiago, y Juan, y Andres:
4 Dínos, ¿cuándo sucederá eso? y ¿qué señal habrá de que todas estas cosas están á punto de cumplirse?
5 Jesus tomando la palabra, les habló de esta manera: Mirad que nadie os engañe:
6 Porque muchos vendrán arrogándose mi nombre, y diciendo: yo soy, y seducirán á muchos.
7 Cuando oyereis alarmas y rumores de guerras, no os turbeis por eso: porque si bien han de suceder estas cosas, mas no será aun el fin.
8 Puesto que se armará nacion contra nacion, y reino contra reino, y habrá terremotos en varias partes, y hambres y tumultos. Y esto será el principio de los dolores.
9 Entretanto estad sobre aviso en órden á vuestras mismas personas. Por cuanto habeis de ser llevados á los concilios, y azotados en las sinagogas, y presentados por causa de mí ante los gobernadores y reyes, para que esto sirva de testimonio contra ellos.
10 Mas primero debe ser predicado el Evangelio á todas las naciones.
11 Cuando pues *llegare el caso de que* os lleven para entregaros, no discurrais de antemano lo que habeis de hablar, ni premediteis: sino hablad lo que os será inspirado en aquel trance: porque no sois vosotros los que hablais, sino el Espíritu Santo.
12 Entonces el hermano entregará á la muerte al hermano, y

el padre al hijo: y se levantarán
los hijos contra los padres, y les
quitarán la vida.
13 Y vosotros sereis aborrecidos
de todo el mundo por causa de mi
nombre. Mas quien estuviere
firme hasta el fin, este será salvo.
14 Cuando empero viereis la
abominacion de la desolacion,
de que habló el profeta Daniel,
establecida donde menos debiera
(el que lea esto, haga reflexion)
entonces los que moran en Judea, huyan á los montes;
15 Y el que se encuentre en el
terrado, no baje á casa, ni entre
á sacar de ella cosa alguna:
16 Y el que esté en el campo,
no torne atrás á tomar su vestido.
17 Mas ¡ay de las preñadas, y
de las que crien en aquellos dias!
18 Rogad pues, para que no
suceda vuestra huida en el invierno.
19 Porque serán tales las tribulaciones de aquellos dias, cuales
no se han visto desde que Dios
crió el mundo, hasta el presente,
ni se verán.
20 Y si el Señor no hubiese abreviado aquellos dias, no se salvaria hombre alguno: mas en
gracia de los escogidos, que él se
eligió, los ha abreviado.
21 Entonces si alguno os dijere: Vé aquí el Cristo, ó véle allí,
no le creais.
22 Porque se levantarán falsos
cristos y falsos profetas, los cuales darán señales, y prodigios para seducir, si ser pudiese, á los
mismos escogidos.
23 Por tanto, vosotros estad sobre aviso: ya veis que os lo he
predicho todo.
24 Y en aquellos dias, pasada
esta tribulacion, el sol se oscurecerá, y la luna no alumbrará:
25 Y las estrellas del cielo caerán, y las potestades que hay en
los cielos se estremecerán.
26 Entonces se verá venir al
Hijo del hombre sobre las nubes
con gran poder, y gloria.
27 El cual enviará luego sus
ángeles, y congregará á sus escogidos de las cuatro partes del
mundo, desde el último cabo de
la tierra, hasta la estremidad del
cielo.
28 ¶ Aprended ahora una comparacion *tomada* de la higuera.
Cuando ya sus ramos retoñecen,
y brotan las hojas, conoceis que
está cerca el verano:
29 Pues asi tambien cuando vosotros veais que acontecen estas
cosas, sabed que está cerca, está
ya á la puerta.
30 En verdad os digo, que no
pasará esta generacion, sin que
se hayan cumplido todas estas
cosas.
31 El cielo y la tierra faltarán,
pero no faltarán mis palabras.
32 Mas en cuanto al dia y á la
hora nadie sabe nada, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino
el Padre.
33 Estad pues alerta, velad, y
orad, ya que no sabeis cuando
será el tiempo.
34 A la manera de un hombre,
que saliendo á un viage largo dejó su casa, y señaló á cada uno de
sus criados lo que debia hacer,
y mandó al portero que velase.

35 Velad pues; porque no sa-
beis cuando vendrá el dueño de
la casa; si á la tarde, ó á la me-
dia noche, ó al canto del gallo,
ó al amanecer:
36 No sea que viniendo de re-
pente, os encuentre dormidos.
37 En fin, lo que á vosotros os
digo, á todos lo digo: Velad.

CAPITULO XIV.

Principio de la pasion de Jesus. Ultima cena, é institucion de la Eucaristía. Oracion en el huerto. El Señor es presentado á Caifás. Negacion de San Pedro.

DOS dias despues era la Pas-
cua, cuando comienzan los
Azimos: y los príncipes de los
sacerdotes, y los escribas anda-
ban trazando como prender á Je-
sus con engaño, y quitarle la
vida.
2 Mas no ha de ser, decian, en
la fiesta, porque no se amotine
el pueblo.
3 Hallándose Jesus en Betha-
nia en casa de Simon el leproso,
estando á la mesa, entró una mu-
jer con un vaso de alabastro lle-
no de ungüento, hecho de la es-
piga del nardo, de mucho precio,
y quebrando el vaso, derramó el
bálsamo sobre la cabeza de Jesus.
4 Entonces algunos de los pre-
sentes irritados interiormente,
decian: ¿A qué fin desperdiciar
ese ungüento,
5 Siendo así que se podia ven-
der en mas de trescientos dena-
rios, y dar el dinero á los pobres?
Con cuyo motivo bramaban con-
tra ella.
6 Mas Jesus les dijo: Dejadla
en paz ¿por qué la molestais?
La obra que ha hecho conmigo
es buena:
7 Pues que á los pobres los te-
neis siempre con vosotros, y po-
deis hacerles bien cuando qui-
siereis: mas á mí no me tendreis
siempre.
8 Ella ha hecho cuanto estaba
en su mano: se ha anticipado á
embalsamar mi cuerpo para la
sepultura.
9 En verdad os digo, que do
quiera que se predicare este
Evangelio por todo el mundo,
se contará tambien en memoria
de esta mujer lo que acaba de
hacer.
10 ¶ Entonces Judas Iscariote
uno de los doce, salió á verse con
los sumos sacerdotes, para entre-
garles á Jesus.
11 Los cuales cuando le oyeron,
se holgaron mucho, y prometie-
ron darle dinero. Y él ya no
buscaba sino ocasion oportuna
para entregarle.
12 ¶ El primer dia pues de los
Azimos en que sacrificaban el
cordero pascual, dícenle los dis-
cípulos: ¿Adónde quieres que
vayamos á prepararte la cena de
la Pascua?
13 Y Jesus envió á dos de ellos,
diciéndoles: Id á la ciudad, y
encontrareis á un hombre que
lleva un cántaro de agua, se-
guidle:
14 Y en donde quiera que en-
trare, decid al amo de la casa,
el Maestro dice: ¿Dónde está la
sala en que he de celebrar la
cena de la Pascua con mis dis-
cípulos?
15 Y él os mostrará una pieza

de comer grande, bien mueblada: preparadnos allí lo necesario.
16 Fueron pues los discípulos, y llegando á la ciudad, hallaron todo lo que les habia dicho, y dispusieron las cosas para la Pascua.
17 Puesto ya el sol, fué Jesus allá con los doce.
18 Y estando á la mesa, y comiendo, dijo Jesus: En verdad os digo, que uno de vosotros, que come conmigo, me hará traicion.
19 Comenzaron entonces ellos á contristarse, y á decirle uno despues de otro: ¿ Seré yo acaso?
20 El les respondió: Es uno de los doce, que mete conmigo la mano en el plato.
21 Verdad es que el Hijo del hombre se va, como está escrito de él: pero ¡ ay de aquel hombre, por quien el Hijo del hombre será entregado! Mejor sería para el tal hombre, el no haber nacido.
22 ¶ Durante la mesa, tomó Jesus pan, y bendiciéndole le partió, y diósele, y les dijo: Tomad, este es mi cuerpo.
23 Y tomando el cáliz, dando gracias se le alargó: y bebieron todos de él.
24 Y díjoles: Esta es mi sangre del nuevo testamento, la cual será derramada por muchos.
25 En verdad os digo, que de hoy mas no beberé de este fruto de la vid, hasta el dia en que le beba nuevo en el reino de Dios.
26 Y dicho el himno, salieron hácia el Monte del olivar.
27 Díjoles aun Jesus: Todos os escandalizareis por ocasion de mí esta noche, segun está escrito: Heriré al pastor, y se descarriarán las ovejas.
28 Pero en resucitando me hallaré antes que vosotros en Galilea.
29 Pedro le dijo entonces: Aun cuando fueres para todos los demas un objeto de escándalo, no lo serás para mí.
30 Jesus le replicó: En verdad te digo, que tú, hoy mismo en esta noche, antes de la segunda vez que cante el gallo, tres veces me has de negar.
31 El no obstante se afirmaba mas y mas en lo dicho, añadiendo: Aunque me sea forzoso el morir contigo, yo no te negaré. Y lo mismo decian todos los demas.
32 En esto llegan á la granja llamada Gethsemaní. Y dice á sus discípulos: Sentáos aquí mientras que yo hago oracion.
33 Y llevándose consigo á Pedro, y á Santiago, y á Juan, comenzó á atemorizarse y angustiarse.
34 Y díjoles: Mi alma siente angustias de muerte: aguardad aquí, y estad en vela.
35 Y apartándose un poco adelante, se postró en tierra: y suplicaba que, si ser pudiese, se alejase de él aquella hora:
36 ¡ Oh Padre, Padre *mio!* decia, todas las cosas te son posibles, aparta de mí este cáliz; mas no sea lo que yo quiero, sino lo que tú.
37 Viene despues, y hállalos dormidos. Y dice á Pedro: ¿ Simon, tú duermes? ¿ aun no has podido velar una hora?

38 Velad, y orad para que no
caigais en la tentacion. El es-
píritu á la verdad está pronto;
pero la carne es flaca.
39 Fuése otra vez á orar, repi-
tiendo las mismas palabras.
40 Y habiendo vuelto, los en-
contró de nuevo dormidos, (por-
que sus ojos estaban cargados) y
no sabian qué responderle.
41 Al fin vino tercera vez, y
les dijo: Ea, dormid y reposad
.....basta ya: la hora es llegada:
y ved aquí que el Hijo del hom-
bre va á ser entregado en manos
de los pecadores.
42 Levantáos de aquí, y vamos;
que ya el traidor está cerca.
43 ¶ Estando todavía hablan-
do, llega Judas Iscariote, uno de
los doce, acompañado de mucha
gente, armada con espadas y con
garrotes, enviada por los prínci-
pes de los sacerdotes, por los es-
cribas, y por los ancianos.
44 El traidor les habia dado
una seña, diciendo: aquel á
quien yo besaré, él es, prendedle,
y conducidle con cautela.
45 Así al punto que llegó,
acercándose á Jesus, le dijo:
¡Maestro, Maestro! y besóle.
46 Ellos entonces echaron ma-
no á Jesus, y le aseguraron.
47 Entretanto uno de los cir-
cunstantes desenvainando la es-
pada, hirió á un criado del sumo
sacerdote, y le cortó una oreja.
48 Jesus, empero, tomando la
palabra, les dijo: ¿Como si yo
fuese algun ladron, habeis salido
á prenderme con espadas y con
garrotes?
49 Todos los dias estaba entre
vosotros enseñando en el templo,
y no me prendisteis. Pero es
necesario que se cumplan las
Escrituras.
50 Entonces sus discípulos
abandonándole, huyeron todos.
51 Pero cierto mancebo le iba
siguiendo, envuelto solamente
con una sábana sobre sus carnes:
y le cogieron.
52 Mas él soltando la sábana,
desnudo se escapó de ellos.
53 Jesus fué conducido á casa
del sumo sacerdote, donde se
juntaron todos los sacerdotes, y
los escribas, y los ancianos.
54 Pedro como quiera le fué
siguiendo á lo lejos, hasta den-
tro del palacio del sumo sacer-
dote, donde se sentó al fuego
con los criados, y estaba calen-
tándose.
55 Mientras tanto los príncipes
de los sacerdotes, con todo el
concilio, andaban buscando con-
tra Jesus algun testimonio, para
condenarle á muerte, y no lo
hallaban.
56 Porque dado que muchos
atestiguaban falsamente contra
él, los tales testimonios no esta-
ban acordes.
57 Comparecieron *en fin* algu-
nos que alegaban contra él falso
testimonio, diciendo:
58 Nosotros le oimos decir: Yo
destruiré este templo, hecho de
mano *de hombres*, y en tres dias
fabricaré otro sin obra de mano
alguna.
59 Pero tampoco en este testi-
monio estaban acordes.
60 Entonces el sumo sacerdote
levantándose en medio del con-

greso, interrogó á Jesus, diciéndole: ¿No respondes nada? ¿Qué es lo que estos deponen contra tí?
61 Jesus empero callaba, y nada respondia. Interrogóle el sumo sacerdote nuevamente, y le dijo: ¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?
62 A esto le respondió Jesus: Yo soy: y vereis al Hijo del hombre sentado á la diestra de la potestad *de Dios*, y venir sobre las nubes del cielo.
63 Al punto el sumo sacerdote rasgando sus vestiduras, dice: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos?
64 Vosotros mismos habeis oido la blasfemia: ¿qué os parece? Y todos ellos le condenaron por reo de muerte.
65 Y luego empezaron algunos á escupirle, y tapándole la cara, dábanle golpes, diciéndole: Profetiza; y los ministrlıes le daban de bofetadas.
66 ¶ Entretanto, hallándose Pedro abajo en el patio, vino una de las criadas del sumo sacerdote:
67 Y viendo á Pedro que se estaba calentando, clavados en él los ojos, le dice: Tú tambien andabas con Jesus Nazareno.
68 Mas él lo negó, diciendo: Ni le conozco, ni sé lo que me dices. Y saliéndose Pedro fuera al zaguan cantó el gallo.
69 Reparando de nuevo en él la criada, empezó á decir á los circunstantes: Sin duda este es de aquellos.
70 Mas él lo negó segunda vez. Un poquito despues los que estaban allí decian nuevamente à Pedro: Seguramente tú eres de ellos, pues eres tambien Galiléo, y tu lenguage semejante al suyo.
71 Aquí comenzó á echarse maldiciones, y á asegurar con juramento: Yo no conozco á ese hombre de que hablais.
72 Y al instante cantó el gallo la segunda vez. Con lo que se acordó Pedro de la palabra que Jesus le habia dicho: Antes de cantar el gallo por segunda vez, tres veces me habrás ya negado. Y comenzó á llorar.

CAPITULO XV.

Jesus es presentado á Pilato, azotado, coronado de espínas, y crucificado entre dos ladrones. Prodigios que suceden en su muerte; y cómo fué sepultado.

Y LUEGO que amaneció, habiéndose juntado para deliberar los sumos sacerdotes, con los ancianos y los escribas, y todo el consejo, ataron á Jesus, y le condujeron y entregaron á Pilato.
2 Pilato le preguntó: ¿Eres tú el rey de los Judíos? A que Jesus respondiendo, le dijo: Tú lo dices:
3 Y como los príncipes de los sacerdotes le acusaban en muchos puntos, á que el nada respondía,
4 Pilato volvió nuevamente á interrogarle, diciendo: ¿No respondes nada? mira de cuántas cosas te acusan.
5 Jesus empero nada mas contestó, de modo que Pilato estaba maravillado.
6 Solia él, por razon de la fies-

ta, conce erles la libertad de uno
de los presos, cualquiera que el
pueblo pidiese.
7 Entre estos habia uno llama-
do Barrabás, el cual estaba preso
con otros sediciosos, por haber en
cierto motin cometido un homi-
cidio.
8 Y como el pueblo acudiese á
esta sazon á pedirle *la gracia* que
siempre les otorgaba,
9 Pilato les respondió, diciendo:
¿ Quereis que os suelte al rey de
los Judíos ?
10 Porque sabia que los prínci-
pes de los sacerdotes se le habian
entregado por envidia.
11 Mas los pontífices instigaron
al pueblo á que pidiese mas bien
la libertad de Barrabas.
12 Pilato de nuevo les habló, y
les dijo: ¿ Pues qué quereis que
haga del que llamais rey de los
Judíos ?
13 Y ellos volvieron á gritar:
crucifícale.
14 Y les decia: ¿ Pues qué mal
es el que ha hecho ? Mas ellos
gritaban con mayor fuerza: Cru-
cifícale.
15 Al fin Pilato deseando con-
tentar al pueblo, les soltó á Bar-
rabas ; y á Jesus, despues de ha-
berle hecho azotar, se le entregó
para que fuese crucificado.
16 Los soldados le llevaron en-
tonces al patio del pretorio, y
reuniéndose allí toda la cohorte,
17 Vístenle de púrpura, y le
ponen una corona de espínas en-
tretejidas.
18 Comenzaron en seguida á
saludarle, diciendo: ¡ Salve, oh
rey de los Judíos !
19 Al mismo tiempo le herian
en la cabeza con una caña: y es-
cupíanle, é hincando las rodillas
le adoraban.
20 Despues de haberse así mo-
fado de él, le desnudaron de la
púrpura, y volviéndole á poner
sus vestidos, le condujeron afue-
ra para crucificarle.
21 Al paso obligaron á un hom-
bre que venia del campo, llama-
do Simon Cireneo, padre de Ale-
jandro y de Rufo, á que llevase
la cruz de Jesus.
22 Y de esta suerte le conduje-
ron al lugar llamado Gólgotha,
que quiere decir lugar de un
craneo.
23 Allí le daban á beber vino
mezclado con mirra: mas él no
quiso beberle.
24 Y despues de haberle cru-
cificado, repartieron sus ropas,
echando suertes sobre la parte
que habia de llevar cada uno.
25 Era ya la hora de tercia
cuando le crucificaron.
26 Y estaba escrita la causa de
su sentencia con este letrero:
EL REY DE LOS JUDIOS.
27 Crucificaron tambien con él
á dos ladrones, uno á su derecha,
y otro á su izquierda.
28 Con lo que se cumplió la
Escritura, que dice: Y fué con-
tado en la clase de los malhe-
chores.
29 Los que iban y venian blas-
femaban de él, meneando sus
cabezas, y diciendo: ¡ Ola ! tú
que destruyes el templo, y que
le reedificas en tres dias,
30 Sálvate á tí mismo, bajando
de la cruz.

31 De la misma manera, mofándose de él los príncipes de los sacerdotes, con los escribas, se decian el uno al otro: A otros ha salvado, y no puede salvarse á sí mismo.
32 El Cristo, el rey de Israél descienda ahora de la cruz, para que seamos testigos de vista, y le creamos. Tambien los que estaban crucificados con él le ultrajaban.
33 Y á la hora de sesta, se cubrió toda la tierra de tinieblas hasta la hora de nona.
34 Y á la hora de nona esclamó Jesus, diciendo en alta voz: ¿ Eloi, Eloi, lamma sabacthani? que significa: ¿ Dios mio, Dios mio, por qué me has desamparado?
35 Oyéndolo algunos de los circunstantes, decian: Ved como llama á Elías.
36 Y corriendo uno de ellos, empapó una esponja en vinagre, y revolviéndola en la punta de una caña, dábale á beber, diciendo: Dejad, y veremos si viene Elías á descolgarle.
37 Mas Jesus dando un gran grito espiró.
38 Y el velo del templo se rasgó en dos partes, de arriba abajo.
39 Y el centurion, que estaba allí presente, viendo que habia espirado con gran clamor, dijo: Verdaderamente que este hombre era Hijo de Dios.
40 Habia tambien allí varias mujeres que estaban mirando de lejos: entre las cuales estaba María Magdalena, y María madre de Santiago el menor, y de Joses, y Salomé;
41 Las cuales cuando estaba en Galilea, le seguian, y le asistian; y tambien otras muchas, que juntamente con él habian subido á Jerusalem.
42 Al caer el sol (por ser aquel dia la parasceve, que precede al sábado).
43 Fué Josef de Arimatea persona ilustre, y senador, el cual esperaba tambien el reino de Dios, y entró denodadamente á Pilato, y pidió el cuerpo de Jesus.
44 Pilato, admirándose de que tan pronto hubiese muerto, hizo llamar al centurion, y le preguntó si efectivamente era muerto.
45 Y habiéndole asegurado que sí el centurion, dió el cuerpo á Josef.
46 Josef, comprada una sábana, bajó á Jesus de la cruz, y le envolvió en la sábana, y le puso en un sepulcro abierto en una peña, y arrimando una piedra, dejó cerrada la entrada.
47 Entretanto María Magdalena y María madre de Joses estaban observando donde le ponian.

CAPITULO XVI.

Resurreccion de Jesus: aparécese á la Magdalena, y á los discípulos y apóstoles; y envía á estos á bautizar y á predicar el Evangelio. Su ascension á los cielos.

Y PASADO el sábado, María Magdalena, y María madre de Santiago, y Salomé compraron aromas para ir á embalsamar á Jesus.
2 Y partiendo muy de madru-

gada el primer dia de la semana,
llegaron al sepulcro, salido ya
el sol.
3 Y se decian una á otra:
¿Quién nos quitará la piedra de
la entrada del sepulcro?
4 Mas echando la vista, repa-
raron que la piedra estaba apar-
tada, la cual realmente era muy
grande.
5 Y entrando en el sepulcro,
vieron á un jóven sentado al la-
do derecho, vestido de un blanco
ropage, y se quedaron pasma-
das.
6 Pero él les dijo: No teneis
que asustaros: vosotras venis á
buscar á Jesus Nazareno, que
fué crucificado: ya resucitó, no
está aqui, mirad el lugar donde
le pusieron.
7 Pero id, y decid á sus discí-
pulos, y á Pedro, que él irá de-
lante de vosotros á Galilea: don-
de le vereis, segun que os tiene
dicho.
8 Ellas saliendo del sepulcro,
echaron á huir, como sobrecogi-
das que estaban de pavor y es-
panto: y á nadie dijeron nada.
Tal era su pasmo.
9 ¶ Jesus habiendo resucitado
de mañana, el primer dia de la
semana, se apareció primeramen-
te á María Magdalena, de la cual
habia lanzado siete demonios.
10 Y Magdalena fué á dar las
nuevas á los que habian andado
con él, que no cesaban de gemir
y llorar.
11 Los cuales al oirla decir que
Jesus vivía, y que ella le habia
visto, no la creyeron.
12 Despues de esto se apareció
bajo otro aspecto á dos de ellos,
que iban de camino á una casa
de campo.
13 Los que viniendo luego, tra-
jeron á los demas la nueva: pe-
ro ni tampoco estos los creyeron.
14 En fin apareció á los once
cuando estaban á la mesa: y les
dió en rostro con su incredulidad
y dureza de corazon; porque no
habian creido á los que le habian
visto resucitado.
15 Por último les dijo: Id por
todo el mundo: predicad el
Evangelio á todas las criaturas.
16 El que creyere, y fuere bau-
tizado, se salvará: pero el que
no creyere, será condenado.
17 A los que creyeren, acom-
pañarán estos milagros: En mi
nombre lanzarán los demonios:
hablarán nuevas lenguas:
18 Manosearán las serpientes:
y si algun licor venenoso bebie-
ren, no les hará daño: pondrán
las manos sobre los enfermos, y
quedarán estos curados.
19 Así el Señor despues de ha-
berles hablado, fué elevado al
cielo, y está *allí* sentado á la
diestra de Dios.
20 Y sus discípulos fueron, y
predicaron en todas partes, co-
operando el Señor, y confirmando
su doctrina con los milagros que
la acompañaban. Amen.

EL SANTO EVANGELIO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

SEGUN

SAN LUCAS.

CAPITULO I.

El ángel Gabriel anuncia el nacimiento de San Juan el Precursor, y de Jesus el Hijo de Dios. Visita María á Santa Elisabeth. Cántico de la Vírgen. Nacimiento de San Juan. Cántico de Zacarías. Los prodigios que antes y despues sucedieron.

YA que muchos han emprendido ordenar la narracion de los sucesos que se han cumplido entre nosotros:

2 Conforme nos los tienen referidos aquellos mismos que desde el principio han sido testigos de vista y ministros de la palabra;

3 Parecióme tambien á mí, despues de haberme informado de todo exactamente desde su primer orígen, escribírtelos por su órden, oh dignísimo Teófilo,

4 A fin de que conozcas la verdad de lo que se te ha enseñado.

5 ¶ Siendo Herodes rey de Judea, hubo un sacerdote llamado Zacarías, de la clase de Abía, cuya mujer, llamada Elisabeth, era del linage de Aaron.

6 Ambos eran justos á los ojos de Dios, guardando, como guardaban, todos los mandamientos y leyes del Señor irreprehensiblemente,

7 Y no tenian hijos, porque Elisabeth era estéril, y ambos de avanzada edad.

8 Sucedió pues, que ejerciendo él las funciones del sacerdocio delante de Dios, en órden de su clase,

9 Le cupo en suerte, segun el estilo que habia entre los sacerdotes, entrar en el templo del Señor, á ofrecer el incienso:

10 Y todo el concurso del pueblo estaba orando de parte de afuera durante la oblacion del incienso.

11 Entonces se le apareció á Zacarías un ángel del Señor, puesto en pié á la derecha del altar del incienso.

12 Con cuya vista se estremeció Zacarías, y quedó sobrecogido de espanto.

13 Mas el ángel le dijo: No temas, Zacarías, pues tu oracion ha sido oida: y tu mujer Elisabeth te parirá un hijo, á quien pondrás por nombre Juan:

14 El cual será para tí objeto de gozo y de júbilo, y muchos se regocijarán en su nacimiento:

15 Porque ha de ser grande en la presencia del Señor. No beberá vino ni cosa que pueda embriagar, y será lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre:

16 Y convertirá á muchos de
los hijos de Israél al Senor Dios
suyo:
17 Delante del cual ira él, re-
vestido del espíritu y de la vir-
tud de Elías: para convertir los
corazones de los padres hácia los
hijos, y los incrédulos á la pru-
dencia de los justos, á fin de pre-
parar al Señor un pueblo per-
fecto.
18 Pero Zacarías respondió al
ángel: ¿Por dónde podré yo cer-
tificarme de eso? porque yo soy
viejo, y mi mujer de edad muy
avanzada.
19 El ángel replicándole dijo:
Yo soy Gabriel, que asisto ante
el trono de Dios, de quien he
sido enviado á hablarte, y á tra-
erte esta feliz nueva.
20 Y desde ahora quedarás mu-
do, y no podrás hablar, hasta el
dia en que sucedan estas cosas,
por cuanto no has creido á mis
palabras, las cuales se cumplirán
á su tiempo.
21 Entretanto estaba el pueblo
esperando á Zacarías, y mara-
villándose de que se detuviese
tanto en el templo.
22 Salido en fin, no podia ha-
blarles palabra, de donde cono-
cieron que habia tenido en el
templo alguna vision. El pro-
curaba esplicarse por señas, y
permaneció mudo.
23 Cumplidos los dias de su
ministerio, volvió á su casa:
24 Poco despues Elisabeth su
esposa concibió, y se estuvo ocul-
ta cinco meses, diciendo:
25 Esto ha hecho el Señor con-
migo, ahora que ha tenido á bien
borrar mi oprobio de delante de
los hombres.
26 ¶ Estando ya Elisabeth en
su sesto mes, envió Dios al ángel
Gabriel á Nazaret, ciudad de Ga-
lilea,
27 A una vírgen desposada con
cierto varon de la casa de David,
llamado Josef, y el nombre de la
vírgen era María.
28 Y habiendo entrado el ángel
adonde ella estaba, le dijo: Dios
te salve ¡Oh tú, favorecida en
gracia! el Señor es contigo:
bendita tú eres entre las mu-
jeres.
29 Al oir tales palabras la vír-
gen se turbó, y púsose á conside-
rar qué significaría una tal sa-
lutacion.
30 Mas el ángel le dijo: ¡oh
María! no temas, porque has ha-
llado gracia en los ojos de Dios:
31 Sábete que has de concebir
en tu seno, y parirás un hijo, á
quien pondrás por nombre Jesus.
32 Este será grande, y será lla-
mado Hijo del Altísimo, al cual
el Señor Dios dará el trono de su
padre David:
33 El reinará en la casa de Ja-
cob eternamente, y su reino no
tendrá fin.
34 Pero María dijo al ángel:
¿Cómo ha de ser eso? pues yo
no conozco varon alguno.
35 El ángel en respuesta le di-
jo: El Espíritu Santo descenderá
sobre tí, y la virtud del Altísimo
te cubrirá con su sombra. Por
cuya causa lo santo que de tí na-
cerá, será llamado Hijo de Dios.
36 Y ahí tienes á tu parienta
Elisabeth, que en su vejez ha

concebido tambien un hijo: y la
que se llamaba estéril, hoy cuen-
ta ya el sesto mes:
37 Porque para Dios nada es
imposible.
38 Entonces dijo María: Hé
aquí la esclava del Señor, hága-
se en mí segun tu palabra. Y
en seguida el ángel se retiró de
su presencia.
39 ¶ Por aquellos dias partió
María, y se fué apresuradamen-
te á las montañas, á una ciudad
de Judá:
40 Y habiendo entrado en la
casa de Zacarías, saludó á Eli-
sabeth.
41 Lo mismo fué oir Elisabeth
la salutacion de María, que la
criatura dió saltos de placer en
su vientre: y Elisabeth se sintió
llena del Espíritu Santo:
42 Y esclamando en alta voz,
dijo: Bendita tú eres entre las
mujeres, y bendito es el fruto de
tu vientre.
43 Y ¿de dónde á mí tanto bien
que venga la madre de mi Señor
á visitarme?
44 Pues lo mismo fué penetrar
la voz de tu salutacion en mis
oidos, que dar saltos de júbilo la
criatura en mi vientre.
45 ¡Oh bienaventurada tú, que
has creido! porque se cumplirán
las cosas que se te han dicho de
parte del Señor.
46 Entonces María dijo: Mi
alma glorifica al Señor,
47 Y mi espíritu está traspor-
tado de gozo en el Dios salvador
mio.
48 Porque ha puesto los ojos en
la bajeza de su esclava: por
tanto ya desde ahora me llama-
rán bienaventurada todas las
generaciones.
49 Porque ha hecho en mí co-
sas grandes aquel que es todo
poderoso, cuyo nombre es santo;
50 Y cuya misericordia, de ge-
neracion en generacion sobre los
que le temen.
51 Hizo alarde del poder de su
brazo: deshizo las miras del co-
razon de los soberbios.
52 Derribó del solio á los pode-
rosos, y ensalzó á los humildes.
53 Colmó de bienes á los ham-
brientos: y á los ricos los despi-
dió sin nada.
54 Acordándose de su miseri-
cordia, acogió á Israél su siervo;
55 Segun la promesa que hizo
á nuestros padres, á Abraham y
á su descendencia por los siglos
de los siglos.
56 Y detúvose María con Eli-
sabeth cosa de tres meses: y se
volvió á su casa.
57 ¶ Entretanto llegó el tiem-
po de su alumbramiento á Elisa-
beth, quien dió á luz un hijo.
58 Supieron sus vecinos y pa-
rientes la gran misericordia que
Dios le habia hecho, y se congra-
tulaban con ella.
59 El dia octavo vinieron á la
circuncision del niño, y llamá-
banle Zacarías, del nombre de su
padre.
60 Pero su madre, oponiéndose,
dijo: No por cierto, sino que se
ha de llamar Juan.
61 Dijéronle: ¿No ves que na-
die hay en tu familia que tenga
ese nombre?
62 Al mismo tiempo pregunta-

ban por señas al padre del niño
cómo queria que este se llamase.
63 Y él pidiendo la tablilla de
escribir, escribió así: Juan es
su nombre. Lo que llenó á todos
de admiracion.
64 Y al mismo punto recobró el
habla, y el uso de la lengua, y
empezó á bendecir á Dios.
65 Con lo que un temor se apo-
deró de todas las gentes comar-
canas: y divulgáronse todos es-
tos sucesos por todo el pais de
las montañas de Judea:
66 Y cuantos los oían, los me-
ditaban en su corazon, dicién-
dose: ¿Quién pensais ha de ser
este niño? Y la mano del Señor
estaba con él.
67 Ademas de que Zacarías, su
padre, quedó lleno del Espíritu
Santo, y profetizó, diciendo:
68 Bendito sea el Señor Dios de
Israél, porque ha visitado, y re-
dimido á su pueblo,
69 Y nos ha suscitado un eo-
deroso Salvador en la casa de
David, su siervo;
70 Segun lo tenia anunciado
por boca de sus santos profetas,
que han florecido en todos los
siglos pasados:
71 Para librarnos de nuestros
enemigos, y de las manos de to-
dos aquellos que nos aborrecen:
72 Ejerciendo su misericordia
con nuestros padres, y teniendo
presente su alianza santa;
73 El juramento con que juró á
nuestro padre Abraham,
74 Que nos otorgaría, el que
libertados de las manos de nues-
tros enemigos, le sirviésemos sin
temor,
75 Con santidad y justicia, ante
su acatamiento, todos los dias de
nuestra vida.
76 Y tú ¡oh niño! tú serás
llamado el profeta del Altísimo:
porque irás delante del Señor á
preparar sus caminos,
77 Enseñando la ciencia de la
salvacion á su pueblo, para el
perdon de sus pecados,
78 Por las entrañas misericor-
diosas de nuestro Dios, que ha
hecho que ese sol naciente nos
visite de lo alto,
79 Para alumbrar á los que
yacen en las tinieblas y en la
sombra de la muerte: para en-
derezar nuestros pasos por el ca-
mino de la paz.
80 Mientras tanto el niño iba
creciendo, y se fortalecía en el
espíritu: y habitó en los desier-
tos hasta el tiempo en que de-
bia darse á conocer á Israél.

CAPITULO II.

Jesus nace en Bethlehem: es manifestado por los ángeles á los pastores; y circuncidado al octavo dia: cántico y profecía de Simeon. Jesus á los doce años disputa en el templo con los doctores de la ley. Vive en Nazaret, sujeto á sus padres.

POR aquellos dias se promul-
gó un edicto de César Augus-
to, mandando empadronar á todo
el mundo.
2 Este primer empadronamien-
to fué hecho, siendo Cirenio go-
bernador de la Siria.
3 Y todos iban á empadronarse,
cada cual á la ciudad de su
estirpe.
4 Josef pues, como era de la
casa y familia de David, vino
desde Nazaret ciudad de Gali-

lea, á la ciudad de David, llamada Bethlehem, en Judea,
5 Para empadronarse con María, su esposa, la cual estaba en cinta.
6 Y sucedió que hallándose allí, le llegó la hora del parto.
7 Y parió á su hijo primogénito, y envolvióle en pañales, y recostóle en un pesebre: porque no hubo lugar para ellos en el meson.
8 Estaban velando en aquellos contornos unos pastores, y haciendo centinela de noche sobre su grey,
9 Cuando de improviso un ángel del Señor apareció junto á ellos, y cercólos con su resplandor la claridad de Dios, lo cual los llenó de sumo temor.
10 Díjoles entonces el ángel: No teneis que temer: pues vengo á daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo:
11 Y es, que hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo, el Señor.
12 Y sírvaos de seña, que hallareis al niño envuelto en pañales, y reclinado en un pesebre.
13 Al punto mismo se dejó ver con el ángel un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando á Dios, y diciendo:
14 Gloria á Dios en lo mas alto, y paz en la tierra, buena voluntad para con los hombres.
15 ¶ Luego que los ángeles se apartaron de ellos para el cielo, los pastores se decian unos á otros: Vamos hasta Bethlehem, y veamos esto que acaba de suceder, y que el Señor nos ha manifestado.
16 Fueron pues á toda priesa, y hallaron á María, y á Josef, y al niño reclinado en el pesebre.
17 Y viéndole, publicaron cuanto se les habia dicho de este niño.
18 Y todos los que supieron el suceso, se maravillaron de lo que los pastores les habian contado.
19 María empero conservaba todas estas cosas dentro de sí, repasándolas en su corazon.
20 En fin los pastores se volvieron, no cesando de alabar y glorificar á Dios por todas las cosas que habian oido y visto, segun se les habia anunciado.
21 Llegado el dia octavo en que debia ser circuncidado el niño, le fué puesto por nombre Jesus, nombre que le puso el ángel antes que fuese concebido.
22 ¶ Cumplido asimismo el tiempo de la purificacion de la madre, segun la ley de Moisés, llevaron al niño á Jerusalem, para presentarle al Señor,
23 Como está escrito en la ley del Señor: Todo varon que nazca el primero, será consagrado al Señor:
24 Y para presentar la ofrenda de un par de tórtolas, ó dos palominos, como está ordenado en la ley del Señor:
25 Habia á la sazon en Jerusalem un hombre justo, y temeroso de Dios, llamado Simeon, el cual esperaba la consolacion de Israél, y el Espíritu Santo moraba en él.
26 Tambien el Espíritu Santo le habia revelado, que no habia

de morir antes de ver al Cristo
del Señor.
27 Así vino inspirado al templo. Y al entrar con el niño
Jesus sus padres, para practicar
con él lo prescrito por la ley:
28 Tomándole Simeon en sus
brazos, bendijo á Dios, diciendo:
29 Ahora, Señor, despides en paz
á tu siervo, segun tu promesa.
30 Porque ya mis ojos han visto tu salud;
31 La cual tienes destinada
para que, á la vista de todos
los pueblos,
32 Sea luz que ilumine á los
Gentiles, y la gloria de tu pueblo de Israél.
33 Su padre y su madre escuchaban con admiracion las cosas
que de él se decian.
34 Simeon bendijo á entrambos,
y dijo á María su madre: Mira,
este que ves está destinado para
ruina, y para resurreccion de
muchos en Israél, y para ser el
blanco de la contradiccion;
35 A fin de que sean manifestados los pensamientos de los
corazones de muchos: en cuanto á tí una espada traspasará tu
propia alma.
36 ¶ Vivia entonces una profetisa llamada Anna, hija de Phanuel de la tribu de Aser: que
era ya de edad muy avanzada;
y la cual, desde la flor de ella,
vivió con su marido siete años.
37 Y habíase mantenido viuda
hasta los ochenta y cuatro de su
edad, no saliendo del templo, y
sirviendo dia y noche con ayunos y oraciones.
38 Esta pues, sobreviniendo á
la misma hora, alababa igualmente al Señor: y hablaba de
él á todos los que esperaban la
redencion de Israél.
39 Y cumplidas todas las cosas
ordenadas en la ley del Señor,
regresaron á Galilea, á su ciudad
de Nazaret.
40 Entretanto el niño iba creciendo, y fortaleciéndose en espíritu, lleno de sabiduría: y la
gracia de Dios estaba en él.
41 ¶ Iban sus padres todos los
años á Jerusalem por la fiesta
solemne de la Pascua.
42 Y siendo el niño ya de doce
años cumplidos, habiendo subido á Jerusalem segun solian en
aquella solemnidad,
43 Acabados aquellos dias,
cuando ya se volvian, se quedó
el niño Jesus en Jerusalem, sin
que sus padres lo advirtiesen.
44 Antes bien persuadidos de
que venia con alguno de los de
su comitiva, anduvieron la jornada entera buscándole entre los
parientes, y conocidos.
45 Mas como no le hallasen,
retornaron á Jerusalem, en busca suya.
46 Y al cabo de tres dias, le hallaron en el templo, sentado en
medio de los doctores, á quienes
ora escuchaba, ora preguntaba.
47 Y cuantos le oían quedaban
pasmados de su sabiduría y de
sus respuestas.
48 Al verle pues sus padres,
quedaron maravillados: Y su
madre le dijo: Hijo, ¿por qué
te has portado así con nosotros?
Mira como tu padre y yo angustiados te hemos andado buscando.

49 Y él les respondió: ¿Cómo
es que me buscábais? ¿No sa-
bíais que yo debo emplearme en
las cosas que miran al servicio
de mi Padre?
50 Mas ellos no comprendieron
el sentido de su respuesta.
51 Despues se fué con ellos á
Nazaret, y les estaba sumiso. Y
su madre conservaba todas estas
cosas en su corazon.
52 Jesus entretanto crecia en
sabiduría, en edad, y en gracia
delante de Dios y de los hombres.

CAPITULO III.

Predicacion y bautismo de San Juan: Va Jesus á ser bautizado, y prodigios que suceden. Genealogía de Jesus.

EL año decimoquinto del im-
perio de Tiberio César, go-
bernando Poncio Pilato la Judea,
siendo Herodes tetrarca de la Ga-
lilea, y su hermano Filipo tetrar-
ca de Ituréa y de la provincia de
Trachonite, y Lisanias tetrarca
de Abilina,
2 Hallándose sumos sacerdotes
Annás y Caifás: el Señor hizo
entender su palabra á Juan, hijo
de Zacarías, en el desierto.
3 El cual vino por toda la ribe-
ra del Jordan, predicando el bau-
tismo del arrepentimiento para
la remision de los pecados,
4 Como está escrito en el Li-
bro de las palabras del profeta
Isaías: la voz de uno que clama
en el desierto: Preparad el ca-
mino del Señor: enderezad sus
sendas:
5 Todo valle sea terraplenado:
todo monte, y cerro allanado: y
los caminos torcidos serán ende-
rezados, y los escabrosos igua-
lados:
6 Y verán todos los hombres la
salud de Dios.
7 Y decia Juan á las gentes
que venian á recibir su bautis-
mo: ¡Oh raza de víboras! ¿quién
os ha enseñado á huir de la ira
venidera?
8 Haced frutos convenientes de
arrepentimiento, y no andeis di-
ciendo: Tenemos á Abraham
por padre; porque yo os digo,
que de estas piedras puede ha-
cer Dios nacer hijos á Abraham.
9 La segur está ya puesta á la
raiz de los árboles. Asi que,
todo árbol que no da buen fruto,
será cortado, y arrojado al fuego.
10 Y preguntándole las gentes,
¿Qué es lo que debemos pues
hacer?
11 Les respondia diciendo: El
que tiene dos vestidos, dé al que
no tiene ninguno; y haga otro
tanto el que tiene que comer.
12 Vinieron asimismo publica-
nos á ser bautizados, y le dije-
ron: Maestro ¿y nosotros qué
debemos hacer?
13 Respondióles: No exijais
mas de lo que os está ordenado.
14 Preguntábanle tambien los
soldados: ¿Y nosotros qué hare-
mos? A estos dijo: No causeis
estorsion á nadie, ni useis de
fraude: y contentáos con vues-
tras pagas.
15 Como el pueblo estaba en
espectacion, sospechaba que qui-
zá Juan era el Cristo, y preva-
leciendo esta sospecha en los co-
razones de todos,
16 Juan la rebatió, diciendo

públicamente: Yo en verdad os
bautizo con agua; pero está pa-
ra venir otro mas poderoso que
yo, al cual no soy yo digno de
desatar la correa de los zapatos:
él os bautizará con el Espíritu
Santo, y con el fuego.
17 Tomará en su mano el biel-
do, y limpiará su era, metiendo
despues el trigo en su granero, y
quemando la paja en un fuego
inestinguible.
18 Muchas otras cosas ademas
de estas anunciaba al pueblo en
las exhortaciones que le hacia.
19 Y como reprendiese al te-
trarca Herodes por razon de He-
rodías mujer de su hermano, y
con motivo de todos los males
que habia hecho,
20 Anadió tambien Herodes á
todos ellos, el de poner á Juan
en la cárcel.
21 ¶ En el tiempo en que con-
curria todo el pueblo á recibir el
bautismo, habiendo sido tambien
Jesus bautizado, y estando en ora-
cion, sucedió el abrirse el cielo:
22 Y bajar sobre él el Espíritu
Santo en forma corporal como
una paloma: y se oyó del cielo
esta voz; Tú eres mi hijo ama-
do, en tí tengo puestas todas mis
delicias.
23 Entonces comenzaba Jesus
á ser como de treinta años, hijo,
segun se creía, de Josef, el cual
fué hijo de Helí, que lo fué de
Mathat.
24 Este fué hijo de Leví, que
lo fué de Melchi, que lo fué de
Jánne, que lo fué de Josef.
25 Josef fué hijo de Mathathias,
que lo fué de Amós, que lo fué
de Nahum, que lo fué de Heslí,
que lo fué de Nagge.
26 Este fué hijo de Mahath,
que lo fué de Mathathias, que lo
fué de Semei, que lo fué de Jo-
sef, que lo fué de Judas.
27 Judas fué hijo de Joanna,
que lo fué de Resa, que lo fué
de Zorobabél, que lo fué de Sala-
thiel, que lo fué de Nerí.
28 Nerí fué hijo de Melchî, que
lo fué de Addi, que lo fué de
Cosan, que lo fué de Elmodan,
que lo fué de Her.
29 Este fué hijo de Joses, que
lo fué de Eliezer, que lo fué de
Jorim, que lo fué de Mathat, que
lo fué de Leví.
30 Leví fué hijo de Simeon, que
lo fué de Judas, que lo fué de
Josef, que lo fué de Jonán, que
lo fué de Eliakin.
31 Este lo fué de Melea, que
lo fué de Mena, que lo fué de
Mathatha, que lo fué de Nathan,
que lo fué de David.
32 David fué hijo de Jessé, que
lo fué de Obed, que lo fué de
Booz, que lo fué de Salmon, que
lo fué de Naasson.
33 Naasson fué hijo de Amina-
dab, que lo fué de Aram, que lo
fué de Esrom, que lo fué de Pha-
rés, que lo fué de Judas.
34 Judas fué hijo de Jacob, que
lo fué de Isaac, que lo fué de
Abraham, que lo fué de Thare,
que lo fué de Nachor.
35 Nachor fué hijo de Sarug,
que lo fué de Ragau, que lo fué
de Phaleg, que lo fué de Heber,
que lo fué de Salé.
36 Salé fué hijo de Cainan, que
lo fué de Arphaxad, que lo fué

de Sem, que lo fué de Noé, que lo fué de Lamech.

37 Lamech fué hijo de Mathusalé, que lo fué de Henoch, que lo fué de Jared, que lo fué de Malaleel, que lo fué de Cainan.

38 Cainan fué hijo de Henós, que lo fué de Seth, que lo fué de Adam, el cual lo fué de Dios.

CAPITULO IV.

Ayuno y tentacion de Jesucristo en él desierto. Predica en Nazaret. Va á Capharnaum donde libra á un energúmeno: cura á la suegra de San Pedro; y hace otros muchos milagros.

JESUS pues, lleno de Espíritu Santo, partió del Jordan: y fué conducido por el Espiritu al desierto,

2 Donde estuvo cuarenta dias, y era tentado del diablo. En cuyos dias no comió nada: y al cabo de ellos tuvo hambre.

3 Por lo que le dijo el diablo: Si tú eres el Hijo de Dios, dí á esta piedra que se convierta en pan.

4 Respondióle Jesus: Escrito está: No vive de solo pan el hombre, sino de todo lo que Dios dice.

5 Entonces el diablo le condujo á un elevado monte, y le puso á la vista en un instante todos los reinos de la redondez de la tierra.

6 Y díjole: Yo te daré todo este poder y la gloria de estos reinos: porque se me han dado á mí, y los doy á quien quiero.

7 Si tú quieres pues adorarme, serán todos tuyos.

8 Jesus en respuesta le dijo: apártate de mí Satanas, porque escrito está: adorarás al Señor Dios tuyo, y á él solo servirás.

9 Y llevóle á Jerusalem, y púsole sobre el pináculo del templo, y díjole: Si tú eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo.

10 Porque está escrito que mandó á sus ángeles que te guarden:

11 Y que te lleven en sus manos, para que no tropiece tu pié contra alguna piedra.

12 Jesus le replicó: Dicho está tambien: No has de tentar al Señor Dios tuyo.

13 Acabadas todas estas tentaciones, el diablo se retiró de él, hasta el tiempo.

14 ¶ Entonces Jesus por impulso del Espíritu retornó á Galilea, y corrió luego su fama por toda la comarca.

15 El ensenaba en sus sinagogas, y era honrado de todos.

16 Habiendo ido á Nazaret donde se habia criado, entró, segun su costumbre, el dia de sábado en la sinagoga, y se levantó para leer.

17 Fuéle dado el Libro del profeta Isaías. Y en abriéndole, halló el lugar donde está escrito:

18 El Espíritu del Señor sobre mí: por lo cual me ha ungido, y me ha enviado á evangelizar á los pobres, á curar á los que tienen el corazon contrito, á anunciar libertad á los cautivos, y á los ciegos vista, á soltar á los que están oprimidos.

19 A promulgar el año agradable del Señor.

20 Y arrollado el libro, entregósele al ministro, y sentóse.

Todos en la sinagoga tenian fijos
en él los ojos.
21 Y comenzo diciendo: La es-
critura que acabais de oir, hoy
se ha cumplido para vosotros
que la oís.
22 Y todos le daban testimonio,
y estaban pasmados de las pala-
bras de gracia, que salian de sus
labios, y decian: ¿ No es este el
hijo de Josef?
23 Díjoles él. Sin duda que
me aplicareis aquel refran: Mé-
dico, cúrate á tí mismo: todas
las grandes cosas que hemos oido
que has hecho en Capharnaum,
hazlas tambien aquí en tu pa-
tria.
24 Mas añadió luego: En ver-
dad os digo, que ningun profeta
es bien recibido en su patria
25 Por cierto os digo, que mu-
chas viudas habia en Israél en
tiempo de Elías, cuando el cielo
estuvo sin llover tres años, y
seis meses, siendo grande la
hambre por toda la tierra:
26 Y á ninguna de ellas fué
enviado Elías, sino que lo fué á
una mujer viuda en Sarepta,
territorio de Sidon.
27 Habia asimismo muchos le-
prosos en Israél en tiempo del
profeta Eliséo: y ninguno de
ellos fué curado, sino Naaman
natural de Siria.
28 Al oir estas cosas, todos en
la sinagoga montaron en cólera.
29 Y levantándose, le arrojaron
fuera de la ciudad: y condu-
jéronle hasta la cima del monte,
sobre el cual estaba su ciudad
edificada, con ánimo de despe-
ñarle.
30 Pero Jesus, pasando por me-
dio de ellos, iba su camino.
31 Y bajó á Capharnaum, ciu-
dad de Galilea, donde enseñaba
al pueblo en los dias de sábado.
32 Y estaban asombrados de su
doctrina, porque su predicacion
era con autoridad.
33 Hallábase en la sinagoga
cierto hombre poseido de un de-
monio inmundo, el cual gritó con
grande voz,
34 Diciendo: Déjanos en paz:
¿ qué tenemos nosotros que ver
contigo, oh Jesus Nazareno?
¿ has venido á esterminarnos? *ya*
sé quien eres, el Santo de Dios.
35 Mas Jesus, increpándole le
dijo: Enmudece, y sal de ese
hombre. Y el demonio, habién-
dole arrojado al suelo en medio,
salió de él, sin hacerle daño al-
guno.
36 Con lo que todos se atemo-
rizaron, y conversando unos con
otros, decian: ¿ Qué palabra es
esta? El manda con autoridad
y poderío á los espíritus inmun-
dos, y van fuera?
37 Con esto se iba esparciendo
la fama de su nombre por todo
aquel pais.
38 ¶ Y saliendo Jesus de la si-
nagoga, entró en casa de Simon.
Hallábase la suegra de Simon
con una fuerte calentura: y su-
plicáronle por su alivio.
39 Y él acercándose á la enfer-
ma, increpó á la calentura, que
la dejó libre: y levantándose
entonces mismo de la cama, se
puso la enferma á servirlos.
40 Puesto el sol, todos los que
tenian enfermos de varias dolen-

cias, se los traían. Y él los curaba con poner sobre cada uno las manos.
41 De muchos salian los demonios gritando y diciendo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios: y con amenazas les prohibia decir que sabian que él era el Cristo.
42 Y partiendo luego que fué de dia, se fué á un lugar desierto, y las gentes le anduvieron buscando, y no pararon hasta encontrarle: y hacian por detenerle, no queriendo que se apartase de ellos.
43 Mas él les dijo: Es necesario que yo predique tambien á otras ciudades el Evangelio del reino de Dios: pues para eso he sido enviado.
44 Y así andaba predicando en las sinagogas de Galilea.

CAPITULO V.

Predica Jesus desde la barca de San Pedro: pesca milagrosa de este. Curacion de un leproso y de un paralítico. Vocacion de San Mateo. Por qué no ayunaban los discípulos de Jesus.

SUCEDIO pues, que hallándose Jesus junto al lago de Genezaret, las gentes se agolpaban al rededor de él para oir la palabra de Dios.
2 En esto vió dos barcas á la orilla del lago: cuyos pescadores habian bajado, y estaban lavando las redes.
3 Subiendo pues en una de ellas, la cual era de Simon, pidió á este que la desviase un poco de tierra. Y sentándose dentro, predicaba desde la barca al numeroso concurso.
4 Acabada la plática, dijo á Simon: Guia mar adentro, y echad vuestras redes para pescar.
5 Replicóle Simon: Maestro, toda la noche hemos estado fatigándonos y nada hemos cogido: no obstante sobre tu palabra echaré la red.
6 Y habiéndolo hecho, recogieron tan grande cantidad de peces, que la red se rompia.
7 Por lo que hicieron señas á los compañeros de la otra barca, que viniesen y les ayudasen. Vinieron luego, y llenaron tanto las dos barcas, que faltó poco para que se hundiesen.
8 Lo que viendo Simon Pedro, se arrojó á los piés de Jesus diciendo: Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador.
9 Y es que el asombro se habia apoderado, así de él como de todos los demas que con él estaban, á vista de la pesca que acababan de hacer:
10 Lo mismo que sucedia á Santiago y á Juan, hijos de Zebedeo, compañeros de Simon. Entonces Jesus dijo á Simon: No tienes que temer: de hoy en adelante serán hombres los que has de pescar.
11 Y ellos, sacando las barcas á tierra, dejadas todas las cosas, le siguieron.
12 ¶ Estando en una de aquellas ciudades, hé aquí un hombre todo cubierto de lepra, el cual asi que vió á Jesus, postróse rostro por tierra, y le rogaba diciendo: Señor, si tú quieres, puedes limpiarme.

13 Y Jesus, estendiendo la ma-
no, le tocó diciendo: Quiero:
Sé limpio. Y de repente desa-
pareció de él la lepra:
14 Y le mandó que á nadie lo
contase: pero, anda, *le dijo*, pre-
séntate al sacerdote, y lleva la
ofrenda por tu curacion, segun
lo ordenado por Moisés, á fin de
que les sirva de testimonio.
15 Sin embargo su fama se es-
tendia cada dia mas: por mane-
ra que los pueblos acudian en
tropas á oirle, y á ser curados de
sus enfermedades.
16 Mas no por eso dejaba él de
retirarse á la soledad, y de ha-
cer oracion.
17 ¶ Estaba Jesus un dia sen-
tado enseñando, y estaban asi-
mismo sentados allí varios fari-
seos y doctores de la ley, que
habian venido de todos los luga-
res de Galilea y de Judea, y de
la ciudad de Jerusalem; y la
virtud del Señor se manifestaba
en sanar á los enfermos.
18 Cuando hé aquí que llegan
unos hombres que traían en una
camilla á un paralítico: y hacian
diligencias por meterle dentro, y
ponérsele delante.
19 Y no hallando por donde in-
troducirle á causa del gentió, su-
bieron sobre el terrado, y abierto
el techo le descolgaron con la ca-
milla al medio delante de Jesus.
20 El cual viendo la fé de ellos
dijo: ¡Oh hombre! tus pecados
te son perdonados.
21 Entonces los escribas, y fa-
riseos empezaron á pensar, di-
ciendo para consigo: ¿Quién es
este, que así blasfema? ¿Quién
puede perdonar pecados, sino
solo Dios?
22 Mas Jesus, que conoció sus
pensamientos, respondiendo, les
dijo: ¿Qué es lo que andais re-
volviendo en vuestros corazones?
23 ¿Qué es mas fácil, decir:
Tus pecados te son perdonados;
ó decir: Levántate, y anda?
24 Pues para que sepais que el
Hijo del hombre tiene potestad en
la tierra de perdonar pecados, le-
vántate (dijo al paralítico), yo te
lo mando, carga con tu camilla,
y véte á tu casa.
25 Y levantándose al punto á
vista de todos, cargó con la ca-
milla en que yacía: y marchóse
á su casa dando gloria á Dios.
26 Con lo cual todos quedaron
pasmados, y glorificaban á Dios.
Y penetrados de temor, decian:
Hoy sí que hemos visto cosas ma-
ravillosas.
27 ¶ Despues de esto, saliendo
afuera, vió á un publicano lla-
mado Leví, sentado al banco de
los tributos, y díjole: Sígueme.
28 Y Leví, abandonándolo todo,
se levantó, y le siguió.
29 Dióle Leví despues un gran
convite en su casa: al cual asis-
tió un grandísimo número de pub-
licanos, y de otros que los acom-
pañaban á la mesa.
30 De lo cual murmuraban los
fariseos y los escribas de los Ju-
díos, diciendo á los discípulos de
Jesus: ¿Cómo es que comeis y
bebeis con publicanos, y con pe-
cadores?
31 Pero Jesus, tomando la pala-
bra, les dijo: Los sanos no necesi-
tan de médico, sino los enfermos.

32 No son los justos, sino los pecadores á los que he venido yo á llamar á arrepentimiento.

33 Todavía le preguntaron ellos: ¿Y de qué proviene que los discípulos de Juan ayunan á menudo, y oran, como tambien los de los fariseos, al paso que los tuyos comen y beben?

34 A lo que les respondió el: ¿Por ventura podreis vosotros hacer ayunar á los compañeros del esposo, mientras está con ellos el esposo?

35 Pero tiempo vendrá en que les será quitado el esposo, y entonces será cuando ayunarán.

36 Poníales tambien esta comparacion: Nadie á un vestido viejo le echa un remiendo de paño nuevo: porque, fuera de que el retazo nuevo rasga lo viejo, no cae bien el remiendo nuevo en el vestido viejo.

37 Tampoco echa nadie vino nuevo en cueros viejos: de otra suerte el vino nuevo hará reventar los cueros, y se derramará el vino, y echaránse á perder los cueros:

38 Sino que el vino nuevo se debe echar en cueros nuevos, y así entrambas cosas se conservan.

39 Del mismo modo, ninguno que acaba de beber vino añejo, quiere inmediatamente del nuevo, porque dice: Mejor es el añejo.

CAPITULO VI.

Jesus defiende á sus discípulos, y redarguye á los escribas y fariseos sobre la observancia del sábado; nombra los doce apóstoles: cura enfermos; y predica aquel admirable sermon en que declara los fundamentos de la ley nueva.

ACONTECIO tambien en el sábado segundo-primero, que pasando Jesus por unos sembrados, sus discípulos arrancaban espigas, y estregándolas entre las manos, comian los granos.

2 Algunos de los fariseos les decian: ¿Por qué haceis lo que no es lícito en sábado?

3 Y Jesus, tomando la palabra les respondió: ¡Pues qué! ¿No habeis leido vosotros lo que hizo David, cuando él, y los que le acompañaban padecieron hambre:

4 Cómo entró en la casa de Dios, y tomó los panes de la proposicion, y comió, y dió de ellos á sus compañeros: siendo así que á nadie se permite el comerlos sino á solos los sacerdotes?

5 Y añadióles: El Hijo del hombre es dueño aun del sábado mismo.

6 ¶ Sucedió que entró otro sábado en la sinagoga, y púsose á enseñar. Hallábase allí un hombre, que tenia seca la mano derecha.

7 Y los escribas y fariseos estaban acechando á Jesus, á ver si curaria en sábado, para tener de que acusarle.

8 Pero Jesus, que calaba sus pensamientos, dijo al que tenia seca la mano: Levántate, y pónte en medio. Levantóse y se puso en medio.

9 Díjoles entonces Jesus: Tengo que haceros una pregunta: ¿Es lícito en los dias de sábado hacer bien ó mal? ¿salvar á un hombre la vida ó quitársela?

10 Y dando una mirada á todos

al rededor dijo al hombre: Estiende tu mano. Estendióla, y la mano quedó sana como la otra.
11 Mas ellos llenos de furor, conferenciaban entre sí, qué podrian hacer contra Jesus.
12 ¶ Por este tiempo se retiró á orar en un monte, y pasó toda la noche haciendo oracion á Dios.
13 Asi que fué de dia, llamó á sus discípulos: y escogió doce entre ellos (á los cuales dió el nombre de apóstoles:)
14 Simon, á quien puso el sobrenombre de Pedro, y Andres su hermano, Santiago, y Juan, Felipe y Bartolomé,
15 Mateo, y Tomas, Santiago hijo de Alfeo, y Simon, llamado el Zelador,
16 Judas *hermano* de Santiago, y Judas Iscariote, que fué el traidor.
17 Y al bajar con ellos, se paró en un llano, juntamente con la compañía de sus discípulos, y de un grande gentío de toda la Judea, y de Jerusalem, y del pais marítimo de Tiro y de Sidon, que habian venido á oirle, y á ser curados de sus dolencias.
18 Asimismo los molestados de los espíritus inmundos, eran curados.
19 Y todo el gentío procuraba tocarle: porque salia de él una virtud que daba la salud á todos.
20 Entonces levantando los ojos hácia sus discípulos, decia: Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios.
21 Bienaventurados los que ahora teneis hambre: porque sereis saciados. Bienaventurados los que ahora llorais: porque reireis.
22 Bienaventurados sereis cuando los hombres os aborrezcan, y os separen de sí, y os afrenten, y abominen de vuestro nombre como maldito, por causa del Hijo del hombre.
23 Alegráos en aquel dia, y saltad de gozo: porque os está reservada en el cielo una grande recompensa: tal era el trato que daban sus padres á los profetas.
24 Mas ¡ay de vosotros los ricos! porque ya teneis vuestro consuelo.
25 ¡Ay de vosotros los que andais hartos! porque sufrireis hambre. ¡Ay de vosotros los que ahora reís! porque os lamentareis y llorareis.
26 ¡Ay de vosotros cuando los hombres os aplaudieren! que así lo hacian sus padres con los falsos profetas.
27 Ahora bien, á vosotros que escuchais digo yo: Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen.
28 Bendecid á los que os maldicen, y orad por los que os calumnian.
29 A quien te hiriere en una mejilla, preséntale asimismo la otra. Y á quien te quitare la capa, no le impidas que se te lleve aun la túnica.
30 A todo el que te pida, dále: y al que te roba tus cosas, no se las demandes.
31 Tratad á los hombres de la misma manera que quisiérais que ellos os tratasen á vosotros.
32 Y si amais á los que os

aman, ¿qué mérito es el vuestro? porque tambien los pecadores aman á quien los ama á ellos.
33 Y si haceis bien á los que bien os hacen: ¿qué mérito es el vuestro? puesto que aun los pecadores hacen lo mismo.
34 Y si prestais á aquellos de quienes esperais recibir; ¿qué mérito teneis? pues tambien los malos prestan á los malos, á trueque de recibir de ellos otro tanto.
35 Empero vosotros amad á vuestros enemigos: haced bien, y prestad, sin esperanza de recibir nada por ello: y será grande vuestra recompensa, y sereis hijos del Altísimo, porque él es bueno, aun para con los ingratos y malos.
36 Sed pues misericordiosos, asi como tambien vuestro Padre es misericordioso.
37 No juzgueis, y no sereis juzgados: no condeneis, y no sereis condenados. Perdonad, y sereis perdonados.
38 Dad, y se os dará: y se os echará en el seno una buena medida, apretada, y bien colmada, hasta que se derrame. Porque con la misma medida con que midiéreis á los demas, se os medirá á vosotros.
39 Proponíales asimismo esta semejanza: ¿Por ventura puede un ciego guiar á otro ciego? ¿no caerán ambos en el hoyo?
40 No es el discípulo superior al maestro: pero todo discípulo será perfecto, como sea semejante á su maestro.
41 Mas tú, ¿por qué miras la mota en el ojo de tu hermano, no reparando en la viga que tienes en el tuyo?
42 O ¿cómo dices á tu hermano: Hermano, deja que te quite esa mota del ojo, cuando tú mismo no echas de ver la viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y despues podrás ver como has de sacar la mota del ojo de tu hermano.
43 ¶ Porque no es árbol bueno el que da malos frutos: ni árbol malo el que da frutos buenos.
44 Pues cada árbol por su fruto se conoce: Que no se cojen higos de los espinos: ni de las zarzas, racimos de uvas.
45 El hombre bueno del buen tesoro de su corazon saca cosas buenas: asi como el mal hombre las saca malas del mal tesoro. Porque de la abundancia del corazon habla la boca.
46 ¿Por qué pues me estais llamando, Señor, Señor, y no haceis lo que yo digo?
47 Quiero mostraros á quien es semejante cualquiera que viene á mí, y escucha mis palabras, y las practica:
48 Es semejante á un hombre que fabricando una casa, cavó muy hondo, y puso los cimientos sobre peña: venida despues una inundacion, el rio descargó contra la casa, y no pudo derribarla, porque estaba fundada sobre peña.
49 Pero aquel que escucha mis palabras, y no las practica, es semejante á un hombre que fabricó su casa sobre tierra, sin *poner* cimiento: contra la cual

descargó el rio, y luego cayó la
casa, siendo grande su ruina.

CAPITULO VII.

*Sana Jesus al criado del centurion.
Resucita al hijo de la viuda de
Nain. Responde á los mensageros
de Juan Bautista. Increpa á los
Judíos, y los compara á niños que
juegan. Una mujer le unge los piés.
Parábola de los dos deudores.*

CONCLUIDA toda su plática
al pueblo que le escuchaba,
entró en Capharnaum.
2 Hallábase allí á la sazon un
centurion que tenia enfermo y á
la muerte á un criado, á quien
estimaba mucho.
3 Habiendo oido hablar de Je-
sus, envióle algunos de los an-
cianos de los Judíos, á suplicarle
que viniese á curar á su criado.
4 Ellos pues llegados que fue-
ron á Jesus, le rogaban con gran-
de empeño, diciendo: merece que
le hagas este favor:
5 Porque es afecto á nuestra
nacion, y nos ha fabricado una
sinagoga.
6 Iba pues Jesus con ellos. Y
estando ya cerca de la casa, el
centurion le envió á decir por sus
amigos: Señor, no te tomes esa
molestia, que no merezco yo que
tú entres dentro de mi morada:
7 Por cuya razon tampoco me
tuve por digno de salir en perso-
na á buscarte: pero dí tan solo
una palabra, y sanará mi criado:
8 Pues aun yo, que soy un ofi-
cial subalterno, como tengo sol-
dados á mis órdenes, digo á este
ve, y va; y al otro ven, y viene;
y á mi criado haz esto, y lo hace.
9 Asi que Jesus oyó esto, que-
dó admirado: y vuelto á las mu-
chas gentes que le seguian, dijo:
En verdad os digo, que ni aun en
Israél he hallado fé tan grande.
10 Vueltos á casa los enviados,
hallaron sano al criado que ha-
bia estado enfermo.
11 ¶ Sucedió luego al dia si-
guiente que iba Jesus camino de
la ciudad llamada Nain: y con
él iban varios de sus discípulos,
y mucho gentío.
12 Y cuando estaba cerca de la
puerta de la ciudad, hé aquí que
sacaban á enterrar á un difunto,
hijo único de su madre, la cual
era viuda: é iba con ella grande
acompañamiento de personas de
la ciudad.
13 Asi que la vió el Señor, mo-
vido á compasion, le dijo: No
llores.
14 Acercóse, y tocó el féretro;
y los que le llevaban se pararon.
Dijo entonces: Mancebo, yo te
lo mando, levántate.
15 Y luego se incorporó el di-
funto, y comenzó á hablar. Y
Jesus le entregó á su madre.
16 Con esto quedaron todos pe-
netrados de temor: y glorificaban
á Dios, diciendo: Un gran pro-
feta ha aparecido entre nosotros,
y Dios ha visitado á su pueblo.
17 Y esparcióse la fama de es-
te milagro por toda la Judea, y
por todas las regiones circunve-
cinas.
18 De todas estas cosas infor-
maron á Juan sus discípulos.
19 Y Juan llamando á dos de
ellos, envióles á Jesus para que le
hiciesen esta pregunta: ¿Eres
tú aquel que ha de venir, ó debe-
mos esperar á otro?

20 Llegados á él los tales, le
dijeron: Juan el Bautista nos ha
enviado á tí para preguntarte:
¿Eres tú aquel que ha de venir,
ó debemos esperar á otro?
21 (En la misma hora curó Je-
sus á muchos de sus enferme-
dades y llagas, y de espíritus
malignos, y dió vista á muchos
ciegos).
22 Respondióles pues diciendo:
Id y contad á Juan las cosas que
habeis oido y visto: como los cie-
gos ven, los cojos andan, los le-
prosos quedan limpios, los sordos
oyen, los muertos resucitan, á los
pobres se les anuncia el Evan-
gelio:
23 Y bienaventurado aquel que
no se escandalizare por mi causa.
24 ¶ Asi que hubieron partido
los enviados de Juan, Jesus se
dirigió al numeroso auditorio, y
hablóles de Juan en esta forma:
¿Qué salisteis á ver en el desier-
to? ¿alguna caña sacudida del
viento?
25 ¿O qué es lo que salisteis á
ver? ¿algun hombre vestido de
ropas delicadas? Ya sabeis que
los que visten preciosas ropas y
viven en delicias, en palacios de
reyes están.
26 En fin ¿qué salisteis á ver?
¿un profeta? Sí, ciertamente,
yo os lo digo; y aun mas que
profeta:
27 El es de quien está escrito:
Mira que yo envío delante de tí
mi ángel, el cual irá preparán-
dote el camino.
28 Por lo que os digo: Entre
los nacidos de mujeres ningun
profeta es mayor que Juan Bau-
tista: si bien aquel que es el mas
pequeño en el reino de Dios, es
mayor que él.
29 Todo el pueblo que le oía,
y los publicanos justificaron á
Dios, recibiendo el bautismo de
Juan.
30 Pero los fariseos y doctores
de la ley despreciaron contra sí
mismos el designio de Dios, no ha-
biendo recibido dicho bautismo.
31 Y dijo el Señor: ¿A quién
diré que es semejante esta raza
de hombres? y ¿á quién se pa-
recen?
32 Parécense á los muchachos
sentados en la plaza, que parlan
con los de enfrente, y les dicen:
Os cantamos al son de la flauta,
y no habeis danzado: entonamos
lamentaciones, y no habeis llo-
rado.
33 Vino Juan Bautista, que ni
comia pan, ni bebia vino, y ha-
beis dicho: Está endemoniado.
34 Ha venido el Hijo del hom-
bre, que come, y bebe, y decis:
Hé aquí un hombre voraz, y be-
bedor, amigo de publicanos y de
pecadores.
35 Mas la sabiduría ha sido
justificada por todos sus hijos.
36 ¶ Rogóle uno de los fariseos
que fuera á comer con él. Y ha-
biendo entrado en casa del fari-
seo, se puso á la mesa.
37 Cuando hé aquí que una
mujer de la ciudad, que era pe-
cadora, luego que supo que se
habia puesto á la mesa en casa
del fariseo, trajo un vaso de ala-
bastro lleno de ungüento;
38 Y arrimándose por detrás á
sus piés, lloraba, y comenzó á

bañárselos con sus lágrimas, y
los limpiaba con los cabellos de
su cabeza y los besaba, y derra-
maba sobre ellos el ungüento.
39 Lo que viendo el fariseo que
le habia convidado, decia para
consigo: Si este hombre fuera
profeta, bien conoceria quien, y
que tal es la mujer que le está
tocando; que es una pecadora.
40 Jesus respondiendo, dícele:
Simon, una cosa tengo que de-
cirte. Dí, Maestro, respondió él.
41 Cierto acreedor tenia dos
deudores: el uno le debia qui-
nientos denarios, y el otro cin-
cuenta.
42 No teniendo ellos con qué
pagar, perdonó á entrambos la
deuda. ¿Cuál de ellos, le ama-
rá mas?
43 Respondió Simon: Hago jui-
cio que aquel á quien se perdonó
mas. Y díjole Jesus: Has juz-
gado rectamente.
44 Y volviéndose hácia la mu-
jer, dijo á Simon: ¿Ves á esta
mujer? Yo entré en tu casa, y
no me has dado agua con que se
lavaran mis piés: mas esta ha
bañado mis piés con sus lágri-
mas, y los ha enjugado con sus
cabellos.
45 Tú no me has dado el óscu-
lo; pero esta desde que llegó no
ha cesado de besar mis piés.
46 Tú no has ungido con óleo
mi cabeza: y esta ha derramado
sobre mis piés ungüento.
47 Por todo lo cual te digo:
Que le son perdonados sus mu-
chos pecados, porque ha amado
mucho: que ama menos aquel
á quien menos se le perdona.
48 En seguida dijo á la mujer:
Perdonados te son tus pecados.
49 Y luego los convidados em-
pezaron á decir interiormente:
¿Quién es este, que tambien
perdona pecados?
50 Mas él dijo á la mujer: Tu
fé te ha salvado: véte en paz.

CAPITULO VIII.

Parábola del sembrador. Luz sobre el candelero. Ejerce Jesus su imperio sobre el mar, sobre los demonios, sobre una enfermedad incurable; y sobre la muerte, resucitando á la hija de Jairo.

ALGUN tiempo despues anda-
ba Jesus por las ciudades y
aldeas predicando, y anunciando
el reino de Dios: acompañado de
los doce,
2 Y de algunas mujeres, que
habian sido libradas de los es-
píritus malignos, y curadas de
varias enfermedades: de María,
por sobrenombre Magdalena, de
la cual habia echado siete demo-
nios.
3 Y de Juana, mujer de Chûsa
mayordomo de Herodes, y de
Susana, y de otras muchas, que
le asistian con sus bienes.
4 En ocasion de un grandísimo
concurso de gentes, que de las
ciudades acudian presurosas á
él, dijo esta parábola:
5 Salió un sembrador á sembrar
su simiente: y al esparcirla,
parte cayó á lo largo del cami-
no, donde fué pisoteada, y la
comieron las aves del cielo.
6 Parte cayó sobre un pedre-
gal: y luego que nació, secóse
por falta de humedad.
7 Parte cayó entre espinas, y

creciendo al mismo tiempo las espinas con ella, sofocáronla.
8 Parte finalmente cayó en buena tierra: y habiendo nacido dió fruto á ciento por uno. Dicho esto esclamó en alta voz: El que tenga oidos para escuchar, atienda.
9 Preguntábanle sus discípulos, cuál era el sentido de esta parábola.
10 A los cuales respondió *así:* A vosotros se os ha concedido el entender el misterio del reino de Dios, mientras á los demas, en parábolas: de modo que viendo no echen de ver, y oyendo no entiendan.
11 Ahora bien, el sentido de la parábola es este: La semilla es la palabra de Dios.
12 Los granos sembrados junto al camino significan aquellos que la escuchan; pero viene luego el diablo, y se la saca del corazon, para que no crean y se salven.
13 Los sembrados en un pedregal, son aquellos que, oida la palabra, recíbenla con gozo; pero no echa raices en ellos: y así creen por una temporada, y al tiempo de la tentacion vuelven atrás.
14 La semilla caida entre espinas, son los que la escucharon, pero con los cuidados, y las riquezas y delicias de la vida, al cabo la sofocan, y nunca llega á dar fruto.
15 En fin, la que cae en buena tierra, denota aquellos que con un corazon bueno y muy sano oyen la palabra de Dios y la conservan, y mediante la paciencia dan fruto sazonado.
16 Ninguno despues de encender una antorcha la tapa con una vasija, ni la mete debajo de la cama: sino que la pone sobre un candelero, para que dé luz á los que entran.
17 Porque nada hay oculto, que no deba ser descubierto: ni escondido, que no haya de ser conocido y publicado.
18 Por tanto mirad de qué manera oís; pues á quien tiene, dársele ha: y al que no tiene, aun aquello mismo que cree tener, se le quitará.
19 ¶ Entretanto vinieron á encontrarle su madre y hermanos, y no pudieron acercarse á él á causa del gentío:
20 Avisóselo uno, diciéndole: Tu madre y tus hermanos están allá fuera, que te quieren ver.
21 Pero él dióle esta respuesta: Mi madre y mis hermanos son aquellos que escuchan la palabra de Dios, y la practican.
22 ¶ Un dia sucedió que habiéndose embarcado con sus discípulos, les dijo: Pasemos al otro lado del lago. Partieron pues.
23 Y mientras ellos iban navegando, se durmió Jesus, al tiempo que un viento recio alborotó las olas, de manera que llenándose de agua la barca, corrian riesgo.
24 Con esto llegándose á él le despertaron, diciendo: Maestro, Maestro, que perecemos. Y puesto él en pié, amenazó al viento, y á la tormenta, que cesaron luego, y siguióse la calma.

25 Entonces les dijo: ¿Dónde
está vuestra fé? Mas ellos lle-
nos de temor se decian con asom-
bro unos á otros: ¿Quién dire-
mos que es este, que así da ór-
denes á los vientos y al mar, y
le obedecen?
26 Arribaron en fin al pais de
los Gadarenos, que está en la
ribera opuesta á la Galilea.
27 Luego que saltó á tierra, le
salió al encuentro de la ciudad
un hombre, ya de muchos tiem-
pos atrás endemoniado, que ni
sufria ropa encima, ni moraba en
casa, sino en las cuevas sepul-
crales.
28 Este pues, asi que vió á
Jesus, se postró delante de él,
y le dijo á grandes gritos: ¿Qué
tengo yo que ver contigo, Jesus,
hijo del Dios Altísimo? ruégote
que no me atormentes.
29 Y es que Jesus mandaba al
espíritu inmundo que saliese de
aquel hombre: porque hacia mu-
cho tiempo que estaba de él apo-
derado el espíritu; y por mas
que ataban al hombre con cade-
nas, y le ponian grillos, rompía
este las prisiones, y acosado del
demonio huía á los desiertos.
30 Jesus le preguntó: ¿Cuál
es tu nombre? Y él respondió:
Legion: porque eran muchos los
demonios entrados en él.
31 Y le suplicaban estos que no
les mandase ir al abismo.
32 Andaba por allí una gran
piara de cerdos paciendo en el
monte: con esta ocasion le pe-
dian que les permitiera entrar en
ellos. Y se lo permitió.
33 Salieron pues del hombre
los demonios, y entraron en los
cerdos: y de repente toda la pia-
ra corrió á arrojarse por un pre-
cipicio al lago, y se ahogó.
34 Viendo esto los que los guar-
daban, echaron á huir, y fuéronse
á llevar la nueva á la ciudad, y
por los cortijos:
35 De donde salieron las gentes
á ver lo que habia sucedido: y
viniendo á Jesus, hallaron al
hombre, de quien habian salido
los demonios, sentado á sus piés,
vestido, y en su sano juicio, y
quedaron espantados.
36 Contáronles asimismo los
que habian estado presentes, de
qué manera habia sido librado
de la legion.
37 Entonces todos los Gadare-
nos á una le suplicaron que se
retirase de su pais; por hallarse
sobrecogidos de grande espanto.
Subiendo pues Jesus en la barca,
se volvió.
38 Pedíale aquel hombre de
quien habian salido los demo-
nios, que le llevase en su com-
pañía: pero Jesus le despidió,
diciendo:
39 Vuélvete á tu casa, y cuen-
ta las maravillas que Dios ha
obrado á favor tuyo. Y fuése
por toda la ciudad, publicando
los grandes beneficios que Jesus
le habia hecho.
40 ¶ Habiendo regresado Jesus,
salió el pueblo á recibirle: por-
que todos estaban esperándole.
41 Entonces se le presentó un
gefe de la sinagoga llamado Jai-
ro: el cual se postró á sus piés,
suplicándole que viniese á su
casa,

42 Porque tenia una hija única de cerca de doce años de edad, que se estaba muriendo. Al ir pues allá, y hallándose apretado del tropel de las gentes,
43 Sucedió que cierta mujer enferma, doce años hacía, de un flujo de sangre, la cual habia gastado en médicos toda su hacienda, sin que ninguno hubiese podido curarla,
44 Se acercó por detrás, y le tocó la orla del vestido: y al instante mismo paró el flujo de sangre.
45 Y dijo Jesus: ¿Quién es el que me ha tocado? Escusándose todos, dijo Pedro con sus compañeros: Maestro, un tropel de gentes te comprime, y sofoca, y preguntas: ¿Quién me ha tocado?
46 Pero Jesus replicó: Alguno me ha tocado; pues yo he sentido salir de mí virtud.
47 En fin, viéndose la mujer descubierta, llegóse temblando, y echándose á sus piés, declaró en presencia de todo el pueblo la causa por qué le habia tocado, y como al momento habia quedado sana.
48 Y Jesus le dijo: Hija, ten ánimo, tu fé te ha curado: véte en paz.
49 Aun estaba hablando, cuando vino uno á decir al gefe de la sinagoga: Tu hija ha muerto, no tienes que cansar ya al Maestro.
50 Pero Jesus, asi que lo oyó, dijo al padre de la niña: No temas, basta que creas, y ella vivirá.
51 Llegado á la casa, no permitió entrar con él á nadie, sino á Pedro, y á Santiago, y á Juan, y al padre, y madre de la niña.
52 Entretanto lloraban todos y plañian á la niña. Mas él dijo: No lloreis, pues la niña no está muerta, sino dormida.
53 Y se burlaban de él, sabiendo bien que estaba muerta.
54 Jesus pues echando fuera á todos la cogió de la mano, y dijo en alta voz: Niña, levántate.
55 Y volvió el alma al cuerpo, y se levantó al instante la niña. Y Jesus mandó que le diesen de comer.
56 Y quedaron sus padres llenos de asombro, á los cuales mandó que á nadie dijesen lo que habia sucedido.

CAPITULO IX.

Mision y poder de los apóstoles. Multiplicacion de los panes y peces. Confesion de Pedro. Transfiguracion de Jesus. Lunático curado. Pasion predicha. Disputa de los apóstoles sobre la primacía. Celo indiscreto de los hijos de Zebedeo. Hombre que quiere seguir á Jesucristo.

HABIENDO convocado á los doce apóstoles, les dió poder, y autoridad sobre todos los demonios, y virtud de curar enfermedades.
2 Y enviólos á predicar el reino de Dios, y á dar la salud á los enfermos.
3 Y díjoles: No lleveis nada para el viage, ni palo, ni alforjas, ni pan, ni dinero, ni tengais dos túnicas.
4 En cualquiera casa que entráreis, permaneced allí, y no la dejeis hasta vuestra partida.

5 Y donde nadie os recibiere, al salir de la ciudad, sacudid aun el polvo de vuestros piés en testimonio contra ellos.

6 Habiendo pues partido, iban de lugar en lugar, anunciando el Evangelio, y curando enfermos por todas partes.

7 Entretanto oyó Herodes el tetrarca, todo lo que hacia Jesus, y no sabia á que atenerse, porque unos decian: Sin duda que Juan ha resucitado:

8 Algunos, no; sino que ha aparecido Elías: otros, en fin, que uno de los profetas antiguos habia resucitado.

9 Y decia Herodes: A Juan yo le corté la cabeza: ¿Quién será pues este de quien tales cosas oigo? Y buscaba como verle.

10 ¶ Los apóstoles á la vuelta, contaron á Jesus todo cuanto habian hecho: y él tomándolos consigo aparte se retiró á un lugar desierto, del territorio de Betsaida.

11 Lo que sabido por los pueblos, se fueron tras él: y recibiólos Jesus, y les hablaba del reino de Dios, y daba salud á los que carecian de ella.

12 Empezaba á caer el dia. Por lo que acercándose los doce le dijeron: Despacha ya á estas gentes, para que vayan á buscar alojamiento, y hallen que comer en las villas, y aldeas del contorno: pues aquí estamos en un desierto.

13 Respondióles Jesus: Dadles vosotros de comer. Pero ellos replicaron: No tenemos mas de cinco panes, y dos peces: á no ser que quieras que vayamos nosotros á comprar víveres para toda esta gente.

14 Pues eran como unos cinco mil hombres. Entonces dijo á sus discípulos: Hacedlos sentar por cuadrillas de cincuenta en cincuenta.

15 Así lo ejecutaron, y los hicieron sentar á todos.

16 Y habiendo él tomado los cinco panes, y los dos peces, levantando los ojos al cielo, los bendijo, los partió, y los distribuyó á los discípulos, para que los sirviesen á la gente.

17 Y comieron todos, y se saciaron; y de lo que les sobró, se sacaron doce cestos de pedazos.

18 ¶ Sucedió tambien un dia, que habiéndose retirado á hacer oracion, teniendo consigo á sus discípulos, preguntóles: ¿Quién dicen las gentes que soy yo?

19 Ellos le respondieron: Juan el Bautista, otros que Elías, otros en fin, uno de los antiguos profetas que ha resucitado.

20 Y vosotros, replicó Jesus, ¿quién decís que soy yo? Respondió Pedro: El Cristo de Dios.

21 Pero él los apercibió con amenazas, que á nadie dijesen eso;

22 Y añadió: Porque conviene que el Hijo del hombre padezca mucho, y sea condenado por los ancianos, y los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y sea muerto, y resucite al tercer dia.

23 Asimismo decia á todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo, y

lleve su cruz cada dia, y sígame.
24 Pues quien quisiere salvar
su vida la perderá: cuando al
contrario el que perdiere su vida
por amor de mí, la salvará.
25 ¿Y qué adelanta el hombre
con ganar todo el mundo, si es
á costa suya, y perdiéndose á sí
mismo?
26 Porque de quien se avergonzare de mí, y de mis palabras,
de ese tal se avergonzará el Hijo
del hombre, cuando venga en su
magestad, y en la de su Padre,
y de los santos ángeles.
27 Os aseguro con verdad, que
algunos hay aquí presentes, que
no morirán sin que hayan visto
el reino de Dios.
28 Sucedió pues, que cerca de
ocho dias despues de dichas estas palabras, tomó consigo á Pedro, y á Juan, y á Santiago, y
subió á un monte á orar.
29 Y mientras estaba orando,
apareció diversa la figura de su
semblante: y su vestido se volvió blanco y refulgente.
30 Y viéronse de repente dos
varones que conversaban con él:
los cuales eran Moisés, y Elías,
31 Que aparecieron en forma
gloriosa: y hablaban del fin de
él, que estaba para verificarse
en Jerusalem.
32 Mas Pedro, y sus compañeros, se hallaban cargados de
sueño: y despertando vieron la
gloria de Jesus, y á los dos varones que le acompañaban.
33 Y asi que estos iban á despedirse de él, díjole Pedro: Maestro, bien estamos aquí: hagamos
tres tiendas, una para Tí, otra
para Moisés, y otra para Elías:
no sabiendo lo que se decia.
34 Mas en tanto que esto hablaba, formóse una nube que los
cubrió: y viéndolos entrar en esta
nube, quedaron aterrados.
35 Y salió de la nube una voz
que decia: Este es el Hijo mio
querido, escuchadle.
36 Y oida esta voz, se halló Jesus solo. Y ellos guardaron silencio, y á nadie dijeron por entonces nada de lo que habian visto.
37 Al dia siguiente, cuando bajaban del monte, les salió al camino gran multitud de gente;
38 Y en medio de ella un hombre clamó, diciendo: Maestro,
mira, te ruego, á mi hijo, que es
el único que tengo:
39 Y un espíritu le toma, y de
repente da alaridos, y le agita
hasta hacerle arrojar espuma, y
con dificultad se aparta de él
despues de desgarrarle.
40 He rogado á tus discípulos
que echen este espíritu, mas no
han podido.
41 Jesus entonces, tomando la
palabra, dijo: ¡Oh generacion
incrédula, y perversa! ¿hasta
cuándo he de estar con vosotros,
y sufriros? Trae aquí á tu hijo.
42 Al acercarse, le tiró el demonio contra el suelo, y le maltrataba; pero Jesus, habiendo
increpado al espíritu inmundo,
curó al mozo, y volvióle á su
padre.
43 Con lo que todos quedaron
pasmados del gran poder de Dios; y mientras que todo el mundo no cesaba de admirar las co-

sas que hacia, él dijo á sus discípulos:
44 Penetren estas palabras en
vuestros oidos; porque el Hijo
del hombre está para ser entregado en manos de los hombres.
45 Pero ellos no entendieron
este dicho; y les era tan oscuro,
que nada comprendieron; y temian preguntarle sobre lo dicho.
46 Y les vino al pensamiento
cuál de ellos seria el mayor.
47 Pero Jesus, leyendo los afectos de su corazon, tomó de la
mano á un niño, le puso junto á sí,
48 Y les dijo: Cualquiera que
recibiere á este niño en mi nombre, á mí me recibe; y cualquiera que me recibe á mí, recibe
al que me ha enviado. Y así,
aquel que es el menor entre vosotros, ese será grande.
49 Entonces Juan tomando la
palabra, dijo: Maestro, hemos
visto á uno lanzar los demonios
en tu nombre, pero se lo hemos
vedado, porque no anda con nosotros en tu seguimiento.
50 Díjole Jesus: No se lo prohibais: porque quien no está
contra nosotros, por nosotros está.
51 ¶ Y cuando se acercaba el
tiempo de su elevacion, se puso en
camino, mostrando un semblante
decidido para ir á Jerusalem.
52 Y despachó á algunos delante de sí; los cuales habiendo partido entraron en una ciudad de
Samaritanos á prepararle *hospedage:*
53 Mas no quisieron recibirle
estos, porque daba á conocer que
iba á Jerusalem.
54 Viendo esto sus discípulos
Santiago y Juan, dijeron: ¿Quieres que, como hizo Elías, mandemos que llueva fuego del cielo
y los devore?
55 Pero Jesus vuelto á ellos los
reprendió, diciendo: No sabeis á
qué espíritu perteneceis.
56 El Hijo del hombre no ha
venido para perder á los hombres,
sino para salvarlos. Y con esto
se fueron á otra aldea.
57 Mientras iban andando su
camino, hubo un hombre que le
dijo: Yo te seguiré á donde quiera que fueres.
58 Pero Jesus le respondió:
Las raposas tienen guaridas, y
las aves del cielo nidos: mas el
Hijo del hombre no tiene donde
reclinar su cabeza.
59 A otro empero le dijo Jesus:
Sígueme: mas este respondió:
Señor, permíteme que vaya antes, y dé sepultura á mi padre.
60 Replicóle Jesus: Deja á los
muertos sepultar á sus muertos:
pero tú vé, y anuncia el reino de
Dios.
61 Y otro le dijo: Yo te seguiré Señor, pero primero permíteme
ir á despedirme de los que tengo
en mi casa.
62 Respondióle Jesus: Ninguno que despues de haber puesto
su mano en el arado vuelve los
ojos atrás, es apto para el reino
de Dios.

CAPITULO X.

Instruccion y mision de los setenta discípulos. Ciudades impenitentes. Parábola del samaritano. Marta y María hospedan á Jesus.

DESPUES de esto eligió el Señor otros setenta, á los cua-

les envió delante de sí, de dos en
dos, por todas las ciudades, y
lugares adonde habia de ir él
mismo.
2 Y les decia: La mies á la
verdad es mucha, mas los traba-
jadores pocos. Rogad pues al
dueño de la mies que envíe obre-
ros á su mies.
3 Id: Hé aquí que yo os envío
como á corderos entre lobos.
4 No lleveis bolsillo, ni alforja,
ni zapatos, ni os pareis á saludar
á nadie por el camino.
5 Al entrar en cualquiera casa,
decid ante todas cosas: La paz
sea en esta casa:
6 Que si en ella estuviere el
hijo de la paz, descansará vues-
tra paz sobre él: donde nó, vol-
veráse á vosotros.
7 Y perseverad en aquella mis-
ma casa, comiendo y bebiendo
de lo que tengan: pues el que
trabaja, merece su recompensa.
No andeis pasando de casa en
casa.
8 En cualquiera ciudad que
entráreis, y os hospedaren, comed
lo que os pusieren delante:
9 Y curad á los enfermos que
en ella hubiere, y decidles: El
reino de Dios está cerca de voso-
tros.
10 Pero si en la ciudad donde
hubiereis entrado, no quisiesen
recibiros, saliendo á las plazas,
decid:
11 Hasta el polvo que se nos
ha pegado de vuestra ciudad, lo
sacudimos contra vosotros: mas
sin embargo sabed que el reino
de Dios está cerca de vosotros.
12 Yo os aseguro, que Sodoma
será tratada en el dia aquel con
menos rigor que la tal ciudad.
13 ¡ Ay de tí Corozain! ¡ ay
de tí Betsaida! porque si en Ti-
ro y en Sidon se hubiesen hecho
los milagros que se han hecho en
vosotras, tiempo ha que se hu-
bieran arrepentido, cubiertas de
cilicio, y yaciendo sobre la ce-
niza.
14 Por eso Tiro y Sidon serán
juzgadas con mas clemencia que
vosotras.
15 Y tú, oh Capharnaum, que
te has levantado hasta el cielo,
serás abatida hasta el infierno.
16 El que os escucha á vosotros,
me escucha á mí: y el que os
desprecia á vosotros, á mí me
desprecia. Y quien á mí me
desprecia, desprecia á aquel que
me ha enviado.
17 ¶ Regresaron despues los
setenta discípulos llenos de gozo,
diciendo: Señor, hasta los demo-
nios mismos se sujetan á nosotros
por la virtud de tu nombre.
18 A lo que les respondió: Yo
estaba viendo á Satanas caer del
cielo á manera de relámpago.
19 Vosotros veis que os he dado
potestad de hollar serpientes, y
escorpiones, y todo el poder del
enemigo: de suerte que nada
podrá haceros daño:
20 Con todo eso, no tanto ha-
beis de gozaros porque se os rin-
den los espíritus, cuanto porque
vuestros nombres están escritos
en los cielos.
21 En aquel mismo punto Jesus
se regocijó en espíritu, y dijo:
Yo te alabo, Padre, Señor del
cielo y de la tierra, porque has

encubierto estas cosas á los sabios y prudentes, y descubiértolas á los pequeñuelos. Así es ¡oh Padre! porque así fué tu beneplácito.

22 El Padre ha puesto en mi mano todas las cosas. Y nadie conoce quien es el Hijo, sino el Padre; ni quien es el Padre, sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo quisiere revelarlo.

23 Y vuelto á sus discípulos, dijo: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis.

24 Pues os aseguro que muchos profetas, y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; como tambien oir las cosas que vosotros oís, y no las oyeron.

25 ¶ Levantóse entonces un doctor de la ley, y díjole con el fin de tentarle: Maestro ¿qué debo yo hacer para heredar la vida eterna?

26 Díjole Jesus: ¿Qué es lo que se halla escrito en la ley? ¿qué es lo que en ella lees?

27 Respondió él: Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazon, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente: y al prójimo como á tí mismo.

28 Replicóle Jesus: Bien has respondido: haz eso, y vivirás.

29 Mas él, queriendo dar á entender que era justo, preguntó á Jesus: ¿Y quién es mi prójimo?

30 Entonces Jesus tomando la palabra, dijo: Bajaba un hombre de Jerusalem á Jericó, y cayó en manos de ladrones, que le despojaron, le cubrieron de heridas, y se fueron, dejándole medio muerto.

31 Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote: y aunque le vió, pasóse de largo.

32 Igualmente un Levita, á pesar de que se halló vecino al sitio, y vió lo sucedido, tiró á otro lado.

33 Pero un pasagero de nacion Samaritano, llegóse á donde estaba: y viéndole movióse á compasion.

34 Y acercándose, vendó sus heridas, bañándolas con aceite, y vino: y subiéndole en su cabalgadura, le condujo á una venta, y cuidó de él.

35 Al dia siguiente al partirse sacó dos denarios, y dióselos al mesonero, diciéndole: Cuídame este hombre; y todo lo que gastares de mas, yo te lo abonaré á mi vuelta.

36 ¿Quién de estos tres te parece haber sido prójimo del que cayó en manos de los ladrones?

37 Aquel, respondió el doctor, que usó con él de misericordia. Pues anda, díjole Jesus, y haz tú otro tanto.

38 ¶ Prosiguiendo Jesus su viage, entró en cierta aldea, donde una mujer, por nombre Marta, le hospedó en su casa:

39 Tenia esta una hermana llamada María, la cual sentada tambien á los piés del Señor escuchaba su palabra.

40 Mientras tanto Marta andaba muy afanada en disponer todo lo que era menester: por lo cual se presentó y dijo: ¿Señor, no reparas que mi hermana me

ha dejado sola en las faenas
de la casa? díle pues que me
ayude.
41 Pero el Señor le dió esta
respuesta: Marta, Marta, tú te
afanas, y acongojas en muchísi-
mas cosas;
42 Y á la verdad que una sola
cosa es necesaria. María ha es-
cogido la mejor suerte, de que
jamas será privada.

CAPITULO XI.

De la oracion dominical. Perseve-rancia en orar. Demonio mudo. Blasfemias de los Judíos. Parábola del valiente armado. Reprende Jesus á los fariseos y doctores de la ley.

UN dia estando Jesus orando
en cierto lugar, acabada la
oracion, díjole uno de sus discí-
pulos: Señor, enséñanos á orar,
como enseñó tambien Juan á sus
discípulos.
2 Y Jesus les respondió: Cuando
os pongais á orar, habeis de de-
cir: Padre nuestro, que estás en
los cielos, sea santificado tu nom-
bre. Venga á nos tu reino. Há-
gase tu voluntad como en los
cielos así tambien en la tierra.
3 El pan nuestro cotidiano dá-
nosle cada dia.
4 Y perdónanos nuestros peca-
dos, puesto que tambien nosotros
perdonamos á nuestros deudores.
Y no nos dejes caer en tentacion;
mas líbranos del maligno.
5 Díjoles tambien: Si alguno
de vosotros tuviere un amigo, y
fuese á él á media noche, y le
dijere: Amigo, préstame tres
panes,
6 Porque otro amigo mio aca-
ba de llegar de viage á mi casa,
y no tengo nada que darle;
7 Aunque aquel desde adentro
le responda: No me molestes, la
puerta está ya cerrada, y mis
chicuelos están como yo acosta-
dos, no puedo levantarme á dár-
telos:
8 Yo os aseguro que cuando no
se levantare á dárselos por razon
de su amistad, á lo menos por li-
brarse de su impertinencia se le-
vantará al fin, y le dará cuantos
hubiere menester.
9 Así os digo yo: Pedid, y se
os dará: buscad, y hallareis: lla-
mad, y se os abrirá.
10 Porque todo aquel que pide,
recibe: y quien busca, halla: y
al que llama, se le abrirá.
11 Que si entre vosotros un
hijo pide pan á su padre, ¿acaso
le dará una piedra? O si pide
un pez, ¿le dará en lugar de un
pez una sierpe?
12 O si pide un huevo ¿por
ventura le dará un escorpion?
13 Pues si vosotros, siendo ma-
los como sois, sabeis dar cosas
buenas á vuestros hijos: ¿cuán-
to mas vuestro Padre que está
en los cielos dará el Espíritu
Santo á los que se le piden?
14 ¶ *Otro dia* estaba Jesus lan-
zando un demonio, el cual era
mudo. Y asi que hubo echado
al demonio, habló el mudo, y to-
das las gentes quedaron admira-
das.
15 Mas algunos dijeron: Por
arte de Beelzebú, príncipe de
los demonios, echa él los demo-
nios.
16 Y otros por tentarle, le pe-

dian que les hiciese ver algun
prodigio del cielo.
17 Pero Jesus penetrando sus
pensamientos, les dijo: Todo rei-
no dividido en partidos contrari-
os quedará destruido, y una casa
dividida en facciones camina á
su ruina.
18 Si pues Satanas está tam-
bien dividido contra sí mismo,
¿cómo ha de subsistir su reino?
ya que decís vosotros que yo lan-
zo los demonios por arte de Beel-
zebú.
19 Y si yo lanzo los demonios
por virtud de Beelzebú: ¿por
virtud de quién los lanzan vues-
tros hijos? Por tanto ellos mis-
mos serán vuestros jueces.
20 Pero si yo lanzo los demo-
nios con el dedo de Dios: es evi-
dente que ha llegado ya el reino
de Dios á vosotros.
21 Cuando un hombre valiente,
armado, guarda la entrada de su
casa, todas las cosas están segu-
ras.
22 Pero si otro mas valiente que
él asaltándole le vence, le desar-
mará de todos sus arneses, en que
confiaba, y repartirá sus despojos.
23 Quien no está por mí, está
contra mí: y quien no recoge
conmigo, desparrama.
24 Cuando un espíritu inmun-
do ha salido de un hombre, se
va por lugares áridos, buscando
lugar donde reposar, y no ha-
llándole dice: Me volveré á mi
casa de donde salí.
25 Y viniendo á ella, la halla
barrida, y bien adornada.
26 Entonces va, y toma consigo
á otros siete espíritus peores que
él, y entrando en esta casa fijan
en ella su morada. Con lo que
el último estado de aquel hom-
bre viene á ser peor que el pri-
mero.
27 ¶ Estando diciendo estas
cosas, hé aquí que una mujer le-
vantando la voz de en medio del
pueblo, esclamó: Bienaventura-
do el vientre que te llevó, y los
pechos que te alimentaron.
28 Pero Jesus respondió: Bie-
naventurados mas bien los que
escuchan la palabra de Dios, y
la ponen en práctica.
29 Como concurriesen las tur-
bas comenzó á decir: Esta raza
es una raza perversa: ellos pi-
den un prodigio, y no se les dará
otro prodigio que el del profeta
Jonás.
30 Pues á la manera que Jonás
fué un prodigio para los Ninivi-
tas, así el Hijo del hombre lo
será para los de esta raza.
31 La reina del Mediodia se le-
vantará en el dia del juicio con-
tra los hombres de esta nacion, y
los condenará: por cuanto ella
vino del cabo del mundo á escu-
char la sabiduría de Salomon:
y ved aquí uno superior á Salo-
mon.
32 Los habitantes de Nínive
comparecerán tambien en el dia
del juicio contra esta nacion, y
la condenarán: por cuanto ellos
se arrepintieron á la predicacion
de Jonás y ved aquí uno que es
superior á Jonás.
33 ¶ Nadie enciende una can-
dela, para ponerla en un lugar
escondido, ni debajo de un cele-
min: sino sobre un candelero,

para que los que entran vean la
luz.
34 Antorcha de tu cuerpo son
tus ojos. Si tu ojo estuviere puro,
todo tu cuerpo será alumbrado:
mas si estuviere dañado, tambien
tu cuerpo estará lleno de tinie-
blas.
35 Cuida pues de que la luz
que hay en tí, no sea tinieblas.
36 Porque si tu cuerpo estuvie-
re todo iluminado, sin tener parte
alguna oscura, todo lo demas
será luminoso, y como antorcha
luciente te alumbrará.
37 ¶ Asi que acabó de hablar,
un fariseo le convidó á comer en
su casa, y entrando Jesus en ella,
púsose á la mesa.
38 Entonces el fariseo, discur-
riendo consigo mismo, comenzó
á decir; ¿por qué no se habrá
lavado antes de comer?
39 Mas el Señor le dijo: Voso-
tros ¡ oh fariseos! teneis cuidado
en limpiar el esterior de las co-
pas y de los platos: pero el in-
terior de vuestro corazon está
lleno de rapiña y de maldad.
40 ¡ Oh necios! ¿no sabeis que
quien hizo lo de afuera, hizo asi-
mismo lo de adentro?
41 Sobre todo, dad limosna de
lo vuestro, y con eso todas las
cosas estarán lipimas en órden á
vosotros.
42 Mas ¡ Ay de vosotros, fari-
seos, que pagais el diezmo de la
yerba buena, y de la ruda, y de
toda suerte de legumbres, y no
haceis caso de la justicia y de la
caridad de Dios! Estas son las
cosas que debíais practicar, sin
omitir aquellas.
43 ¡ Ay de vosotros, fariseos,
que apeteceis los primeros asien-
tos en las sinagogas, y ser salu-
dados en público!
44 ¡ Ay de vosotros, escribas y
fariseos, hipócritas, que sois co-
mo los sepulcros que están encu-
biertos, y que son desconocidos de
los hombres que pasan por en-
cima de ellos!
45 Entonces uno de los doctores
de la ley le dijo: Maestro, ha-
blando así, tambien nos afrentas
á nosotros.
46 Mas él respondió: ¡ Ay de
vosotros igualmente, doctores de
la ley: porque echais á los hom-
bres cargas que no pueden so-
portar, y vosotros ni con el dedo
las tocais!
47 ¡ Ay de vosotros que fa-
bricais mausoleos á los profetas,
despues que vuestros mismos pa-
dres los mataron!
48 En verdad que dais á cono-
cer que aprobais los atentados de
vuestros padres: porque si ellos
los mataron, vosotros edificais
sus sepulcros.
49 Por eso tambien dijo la sa-
biduría de Dios: Yo les enviaré
profetas y apóstoles, y matarán
á unos, y perseguirán á otros:
50 Para que á esta raza se le
pida cuenta de la sangre de todos
los profetas, que ha sido derra-
mada desde la creacion del mun-
do acá,
51 Desde la sangre de Abel has-
ta la sangre de Zacarías, muerto
entre el altar y el templo. Sí:
yo os lo digo: á esta raza de
hombres se le pedirá de ello
cuenta.

52 ¡ Ay de vosotros, doctores de la ley, que os habeis reservado la llave de la ciencia ! Vosotros mismos no habeis entrado, y aun á los que iban á entrar se lo habeis impedido.

53 Diciéndoles todas estas cosas, los escribas y los fariseos empezaron á contradecirle fuertemente, y á importunarle para que hablase sobre muchas materias ;

54 Armándole asechanzas, y tirando á sonsacarle alguna palabra de que poder acusarle.

CAPITULO XII.

Levadura de los fariseos. No temer sino á Dios. Rico del siglo. No inquietarse sobre comida y vestido. Tesoro y corazon en el cielo. Administrador fiel y prudente. Siervo violento é infiel. Jesus vino á poner fuego sobre la tierra.

ENTRETANTO, habiéndose juntado al rededor de Jesus tanto concurso de gentes que se atropellaban unos á otros, empezó á decir á sus discípulos primeramente : Guardáos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía.

2 Mas nada es oculto que no se haya de manifestar : ni secreto, que al fin no se sepa.

3 Asi es que lo que dijisteis á oscuras, se dirá en la luz del dia : y lo que hablasteis al oido en las alcobas, se pregonará sobre los terrados.

4 A vosotros empero, que sois mis amigos, os digo yo : No tengais miedo de los que matan el cuerpo, y esto hecho, ya no pueden hacer mas.

5 Yo quiero mostraros á quien habeis de temer : temed al que, despues de quitar la vida, puede arrojar al infierno : á este es, os repito, á quien habeis de temer.

6 ¿ No es verdad que cinco pajarillos se venden por dos cuartos, y con todo ni uno de ellos es olvidado de Dios ?

7 Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. Por tanto no teneis que temer : mas valeis vosotros que muchos pajarillos.

8 Os digo pues, que á cualquiera que me confesare delante de los hombres, tambien el Hijo del hombre le confesará delante de los ángeles de Dios :

9 Al contrario, quien me negare ante los hombres, será negado ante los ángeles de Dios.

10 Si alguno habla contra el Hijo del hombre, este pecado se le perdonará : pero no habrá perdon para quien blasfemare contra el Espíritu Santo.

11 Cuando os conduzcan á las sinagogas, y á los magistrados y potestades, no paseis cuidado de lo qué, ó cómo habeis de responder ó alegar.

12 Porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel trance lo que debeis decir.

13 Entonces le dijo uno del auditorio : Maestro, díle á mi hermano que me dé la parte que me toca de la herencia.

14 Pero Jesus le respondió : ¡ Oh hombre ! ¿ quién me ha constituido á mí juez, ó repartidor entre vosotros ?

15 Con esta ocasion les dijo : Estad alerta, y guardáos de toda

avaricia: que no depende la vida
del hombre de la abundancia de
los bienes que él posee.
16 Y en seguida les propuso
esta parábola: Un hombre rico
tuvo una estraordinaria cosecha
de frutos en su heredad:
17 Y discurria para consigo,
diciendo: ¿Qué haré, que no
tengo sitio capaz para encerrar
mis granos?
18 Al fin dijo: Haré esto:
derribaré mis graneros, y con-
struiré otros mayores, donde al-
macenaré todos mis productos y
mis bienes,
19 Con lo que diré á mi alma:
¡Oh alma mia! ya tienes mu-
chos bienes de repuesto para
muchísimos años: descansa, co-
me, bebe, y dáte buena vida.
20 Pero le dijo Dios: ¡Insen-
sato! esta misma noche han de
exigir de tí la entrega de tu
alma: ¿de quién será cuanto
has almacenado?
21 Esto es lo que sucede al
que atesora para sí, y no es rico
á los ojos de Dios.
22 Y despues dijo á sus discí-
pulos: Por eso os digo: No an-
deis inquietos en órden á vues-
tra vida, sobre lo que comereis,
ni en órden á vuestro cuerpo
sobre qué vestireis.
23 Mas importa la vida que la
comida, y el cuerpo que el ves-
tido.
24 Reparad en los cuervos:
ellos no siembran, ni siegan, ni
tienen despensa, ni granero, sin
embargo Dios los alimenta. Aho-
ra bien, ¿cuánto mas valeis vos-
otros que las aves?
25 Y ¿quién de vosotros, por
mucho que discurra, puede acre-
centar su estatura de un codo?
26 Pues si ni aun para las co-
sas mas pequeñas teneis poder,
¿á qué fin inquietaros por las
demas?
27 Contemplad las azucenas
como crecen: no trabajan, ni
tampoco hilan: no obstante os
digo, que ni Salomon con toda su
magnificencia estuvo jamas ves-
tido como una de estas flores.
28 Pues si á la yerba que hoy
está en el campo, y mañana se
echa en el horno, Dios así la vis-
te, ¡cuánto mas á vosotros, hom-
bres de poquísima fé!
29 Asi que, no esteis acongoja-
dos cuando buscais de comer, ó
de beber: ni tengais suspenso é
inquieto vuestro ánimo:
30 Las gentes del mundo son
las que van afanadas tras de esas
cosas. Bien sabe vuestro Padre
que de ellas necesitais.
31 Antes bien, buscad el reino
de Dios: que todo lo demas se
os dará por añadidura.
32 No teneis vosotros que temer,
pequeñito rebaño, porque ha sido
del agrado de vuestro Padre da-
ros el reino.
33 Vended lo que poseeis, y dad
limosna. Hacéos unas bolsas
que no se echen á perder; un te-
soro en el cielo que jamas se ago-
ta: adonde no llegan los ladro-
nes, ni roe la polilla.
34 Porque donde está vuestro
tesoro, allí tambien estará vues-
tro corazon.
35 Estad con vuestras ropas
ceñidas á la cintura, y tened en

vuestras manos las luces ya en-
cendidas;
36 Sed semejantes á los criados
que aguardan á su amo cuando
vuelve de las bodas; á fin de
abrirle prontamente, luego que
llegue, y llame á la puerta.
37 Dichosos aquellos siervos á
los cuales el amo al venir encuen-
tre así velando: en verdad os di-
go, que arregazándose él su ves-
tido, los hará sentar á la mesa,
y se pondrá á servirlos.
38 Y si viene á la segunda vela,
ó viene á la tercera, y los halla
así prontos, dichosos son tales
criados.
39 Tened esto por cierto, que
si el padre de familias supiera á
que hora habia de venir el ladron,
estaria ciertamente velando, y no
dejaria que le horadasen su casa.
40 Así vosotros estad siempre
prevenidos: porque á la hora
que menos penseis, vendrá el
Hijo del hombre.
41 Preguntóle entonces Pedro:
Señor, ¿dices por nosotros esta
parábola, ó por todos igualmente?
42 Respondió el Señor: ¿Quién
piensas que es aquel administra-
dor fiel, y prudente, á quien su
amo constituyó mayordomo de su
familia, para distribuir á cada
uno á su tiempo la medida de
trigo correspondiente?
43 Dichoso el tal siervo, si su
amo á la vuelta le halla ejecu-
tando así su deber.
44 En verdad os digo, que le
dará la superintendencia de to-
dos sus bienes.
45 Mas si dicho criado dijere
en su corazon: Mi amo no pien-
sa en venir tan presto: y empe-
zare á maltratar á los criados, y
á las criadas, y á comer, y á be-
ber, y á embriagarse:
46 Vendrá el amo del tal sier-
vo en el dia que menos le espera
este, y en la hora que él no sabe,
y le separará el amo, y darle ha
el pago debido á los infieles.
47 Asi es que aquel siervo que,
habiendo conocido la voluntad
de su amo, no obstante ni puso
en órden las cosas, ni se portó
conforme queria su Señor, reci-
birá muchos azotes:
48 Mas el que sin conocerla,
hizo cosas que de suyo merecen
castigo, recibirá menos. Porque
se pedirá cuenta de mucho á
aquel á quien mucho se entregó:
y á quien se han confiado muchas
cosas, mas cuenta le pedirán.
49 ¶ Yo he venido á poner fue-
go en la tierra, ¿y qué he de
querer si ya está encendido?
50 Con un bautismo tengo de
ser yo bautizado: ¡oh, y cómo
estoy angustiado hasta que se
vea cumplido!
51 ¿Pensais que he venido á
poner paz en la tierra? No, sino
desunion: así os lo declaro.
52 De suerte que desde ahora
en adelante habrá en una misma
casa cinco entre sí desunidos, tres
contra dos, y dos contra tres:
53 El padre estará contra el
hijo, y el hijo contra el padre, la
madre contra la hija, y la hija
contra la madre, la suegra contra
la nuera, y la nuera contra la
suegra.
54 Decia tambien al pueblo:
En viendo una nube que se le-

vanta del ocaso, al instante decís: Tempestad tenemos: y así sucede.
55 Y cuando veis que sopla el aire de mediodía, decís: Hará calor: y le hace.
56 Hipócritas, si sabeis pronosticar por los varios aspectos del cielo y de la tierra, ¿cómo no conoceis este tiempo?
57 O ¿cómo por vosotros mismos no discernís lo que es justo?
58 Cuando vas junto con tu contrario ante el magistrado, haz en el camino todo lo posible por librarte de él, no sea que te lleve al juez, y el juez te entregue al alguacil, y el alguacil te meta en la cárcel.
59 Porque yo te aseguro que de ella no saldrás, hasta que hayas pagado el último maravedí.

CAPITULO XIII.

Del castigo que amenaza á los que no se arrepienten. Higuera estéril. Curacion de la mujer encorvada. Parábolas del grano de mostaza, y de la levadura. Corto número de los que se salvan. Pasion predicha, Jerusalem homicida de los profetas.

EN este mismo tiempo vinieron algunos, y contaron á Jesus lo que habia sucedido á unos Galiléos, cuya sangre mezcló Pilato con la de los sacrificios que ellos ofrecian.
2 Sobre lo cual les respondió Jesus: ¿Pensais que aquellos Galiléos eran entre todos los demas de Galilea los mayores pecadores, porque fueron castigados de esta suerte?
3 Os aseguro que no: y si vosotros no os arrepintiereis, todos perecereis igualmente.
4 Como tambien, aquellos diez y ocho hombres, sobre los cuales cayó la torre de Siloé, y los mató: ¿pensais que fuesen los mas culpados de todos los moradores de Jerusalem?
5 Os digo que no: y si vosotros no os arrepintiereis, todos perecereis igualmente.
6 Y añadióles esta parábola: Un hombre tenia plantada una higuera en su viña, y vino á ella en busca de fruto, y no le halló.
7 Por lo que dijo al viñador: Ya ves que hace tres años que vengo á buscar fruto en esta higuera, y no le hallo: Córtala pues: ¿para qué ha de ocupar terreno en valde?
8 Pero él respondió: Señor, déjala todavía este año, y cavaré al rededor de ella, y le echaré estiércol,
9 A ver si así dará fruto: cuando no, entonces la harás cortar.
10 ¶ Enseñando Jesus un dia de sábado en la sinagoga,
11 Hé aquí que vino una mujer, que por espacio de diez y ocho años tenia un espíritu de enfermedad: y andaba encorvada, sin poder enderezarse.
12 Como la viese Jesus, llamóla á sí, y le dijo: Mujer, libre quedas de tu achaque.
13 Puso sobre ella las manos, y enderezóse al momento la enferma, y daba gracias y alabanzas á Dios.
14 El gefe de la sinagoga, indignado de que Jesus hiciera esta cura en sábado, dijo al pueblo:

Seis dias hay destinados al trabajo: en esos podeis venir á curaros, y no en el sábado.
15 Mas el Señor, dirigiéndole á él la palabra, dijo: ¡ Hipócrita ! ¿ cada uno de vosotros no suelta su buey ó su asno del pesebre, aunque sea sábado, y los lleva á abrevar?
16 Y á esta hija de Abraham, á quien ha tenido atada Satanas por espacio de diez y ocho años, ¿ no será permitido desatarla de estos lazos en dia de sábado?
17 Y á estas palabras quedaron avergonzados todos sus contrarios: y todo el pueblo se complacia en sus gloriosas acciones.
18 Decia tambien Jesus: ¿ A qué cosa es semejante el reino de Dios, ó con qué podré compararle?
19 Es semejante á un grano de mostaza, que tomó un hombre y le sembró en su huerta, el cual fué creciendo, hasta hacerse un árbol grande: de suerte que las aves del cielo posaban en sus ramas.
20 Y volvió á repetir: ¿ A qué cosa diré que se asemeja el reino de Dios?
21 Es semejante á la levadura, que tomó una mujer y la revolvió en tres medidas de harina, hasta que hubo fermentado toda la masa.
22 E iba enseñando por las ciudades, y aldeas, de camino para Jerusalem.
23 Y uno le preguntó: Señor, ¿ es verdad que son pocos los que se salvan? El en respuesta dijo á los oyentes:
24 Esforzáos á entrar por la puerta angosta: porque os aseguro que muchos buscarán como entrar, y no podrán.
25 Y despues que el padre de familias se hubiere levantado, y cerrado la puerta, empezareis, estando fuera, á llamar á la puerta diciendo: Señor, Señor, ábrenos: y él os responderá: No sé de donde sois:
26 Entonces alegareis á favor vuestro: Nosotros hemos comido, y bebido contigo, y tú predicaste en nuestras plazas.
27 Y él os repetirá: No sé de donde sois. Apartáos de mí todos vosotros, artífices de la maldad.
28 Allí será el llanto, y el rechinar de dientes: cuando veais á Abraham, y á Isaac, y á Jacob, y á todos los profetas en el reino de Dios, mientras vosotros sois arrojados fuera.
29 Vendrán tambien del Oriente y del Occidente, del Norte, y del Mediodia, y se pondrán á la mesa en el convite del reino de Dios.
30 Y ved aquí que los que son los últimos serán los primeros, y los que son primeros serán los últimos.
31 ¶ En el mismo dia vinieron algunos fariseos á decirle: Sal de aquí, y retírate á otra parte, porque Herodes quiere matarte.
32 Y les respondió: Andad, y decid de mi parte á ese raposo: Sábete que aun he de lanzar demonios, y sanar enfermos el dia de hoy y el de mañana, pero al tercer dia soy finado.

33 No obstante, así hoy, como mañana, y pasado mañana conviene que yo siga mi camino; porque no cabe que un profeta pierda la vida fuera de Jerusalem.

34 ¡Oh Jerusalem, Jerusalem, que matas á los profetas, y apedreas á los que á tí son enviados! ¿cuántas veces quise recoger á tus hijos, á la manera que el ave cubre su nidada debajo de sus alas, y tú no has querido?

35 Hé aquí que vuestra morada va á quedar desierta. Y os declaro que ya no me vereis mas, hasta que llegue el dia en que digais: Bendito sea el que viene en nombre del Señor.

CAPITULO XIV.

Hidrópico curado en sábado. Parábola de la gran cena. El que quiere seguir á Jesus debe llevar su cruz. Sal hecha insípida.

Y SUCEDIO que habiendo entrado Jesus en casa de uno de los principales fariseos á comer en un dia de sábado, le estaban estos acechando.

2 Y hé aquí que se puso delante de él un hombre hidrópico.

3 Y Jesus vuelto á los doctores de la ley, y á los fariseos, les preguntó: ¿Es lícito curar en dia de sábado?

4 Mas ellos callaron. Y Jesus habiendo tomado al hidrópico, le curó, y despachóle.

5 Dirigiéndose despues á ellos, les dijo: ¿Quién de vosotros, si su asno ó su buey cae en algun pozo, no le sacará luego, aunque sea dia de sábado?

6 Y no sabian qué responder á esto.

7 Notando entonces que los convidados iban escogiendo los primeros puestos en la mesa, les propuso esta parábola, y dijo:

8 Cuando fueres convidado á bodas, no te pongas en el primer puesto, porque no haya quizá otro convidado de mas distincion que tú;

9 Y sobreviniendo el que á tí y á él os convidó, te diga: Haz lugar á este: y entonces con sonrojo te veas precisado á ponerte el último:

10 Antes bien, cuando fueres convidado, véte á poner en el último lugar: para que, cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube mas arriba. Lo que te acarreará honor á vista de los demas convidados:

11 Asi es que cualquiera que se ensalza, será humillado: y quien se humilla, será ensalzado.

12 Decia tambien al que le habia convidado: Tú cuando das comida, ó cena, no convides á tus amigos, ni á tus hermanos, ni á los parientes, ó vecinos ricos: no sea que tambien ellos te conviden á tí, y te sirva esto de recompensa:

13 Sino que cuando hagas un convite, has de convidar á los pobres, y á los tullidos, y á los cojos, y á los ciegos:

14 Y serás afortunado, porque no pueden pagártelo: pues serás recompensado en la resurreccion de los justos.

15 Habiendo oido esto uno de

los convidados, le dijo: ¡ Oh bie-
naventurado aquel que tenga
parte en el convite del reino de
Dios !
16 Mas Jesus le respondió: Un
hombre dispuso una gran cena, y
convidó á mucha gente.
17 A la hora de cenar envió
un criado á decir á los convida-
dos que viniesen, pues ya todo
estaba dispuesto.
18 Y empezaron todos, como
de concierto, á escusarse. El
primero le dijo: He comprado
una granja, y necesito salir á
verla: ruégote que me des por
escusado.
19 El segundo dijo: He com-
prado cinco yuntas de bueyes, y
voy á probarlas: dáme, te ruego,
por escusado.
20 Otro dijo: Acabo de casar-
me, y así no puedo ir allá.
21 Habiendo vuelto el criado
refirió todo esto á su amo. Irri-
tado entonces el padre de fami-
lias, dijo á su criado: Sal luego
á las plazas y barrios de la ciu-
dad: y tráeme acá cuantos po-
bres, y lisiados, y cojos, y ciegos
hallares.
22 Dijo despues el criado: Se-
ñor, se ha hecho lo que mandas-
te, y aun sobra lugar.
23 Respondióle el amo: Sal á
los caminos y cercados: é impe-
le á los que halles á que vengan,
para que se llene mi casa.
24 Pues os protesto que ningu-
no de los que antes fueron con-
vidados ha de probar mi cena.
25 ¶ Yendo con Jesus gran mul-
titud de gentes, vuelto á ellas
les dijo:
26 Si alguno de los que me si-
guen no aborrece á su padre y
madre, y á la mujer, y á los hijos,
y á los hermanos y hermanas, y
aun á su vida misma, no puede
ser mi discípulo.
27 Y el que no carga con su cruz,
y no me sigue, tampoco puede
ser mi discípulo.
28 Porque ¿quién de vosotros
queriendo edificar una torre, no
echa primero despacio sus cuen-
tas, para ver si tiene el caudal
necesario con que acabarla;
29 No le suceda que, despues de
haber echado los cimientos, y no
pudiendo concluirla, todos los
que lo vean, comiencen á burlar-
se de él,
30 Diciendo: Ved ahí un hom-
bre que comenzó á edificar, y no
pudo rematar?
31 O ¿cuál es el rey que ha-
biendo de hacer guerra contra
otro rey, no considera primero
despacio, si podrá con diez mil
hombres hacer frente al que con
veinte mil viene contra él?
32 Que si no puede, despachan-
do una embajada, cuando está el
otro todavía lejos, le ruega con
la paz.
33 Asi pues cualquiera de vos-
otros que no renuncia todo lo
que posee, no puede ser mi discí-
pulo.
34 La sal es buena; pero si la
sal se desvirtúa, ¿con qué será
sazonada?
35 Nada vale ni para la tierra,
ni para servir de estiércol; asi
es que se arroja fuera. Quien
tiene oidos para escuchar, atien-
da.

CAPITULO XV.

Parábolas de la oveja descarriada: de la dracma perdida, y del hijo pródigo para confusion de los fariseos presuntuosos, y aliento de los pecadores arrepentidos.

SOLIAN todos los publicanos y pecadores acercarse á Jesus para oirle.
2 Y los fariseos y escribas murmuraban de eso diciendo: Mirad como se familiariza con los pecadores, y come con ellos.
3 Entonces les propuso esta parábola:
4 ¿Quién hay de vosotros que teniendo cien ovejas, y habiendo perdido una de ellas, no deje las noventa y nueve en el desierto, y no vaya en busca de la que se perdió, hasta encontrarla?
5 En hallándola se la pone sobre los hombros muy gozoso:
6 Y llegado á casa, convoca á sus amigos y vecinos, diciéndoles: Regocijáos conmigo, porque he hallado la oveja mia, que se me habia perdido.
7 Os digo, que á este modo habrá mas fiesta en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos, que no tienen necesidad de arrepentimiento.
8 O ¿qué mujer, teniendo diez dracmas, si pierde una, no enciende luz, y barre bien la casa, y lo registra todo, hasta dar con ella?
9 Y en hallándola, convoca á sus amigas y vecinas, diciendo: Alegráos conmigo, que ya he hallado la dracma que habia perdido.
10 Así os digo yo, que harán fiesta los ángeles de Dios por un pecador que se arrepienta.
11 Añadió tambien: Un hombre tenia dos hijos,
12 De los cuales el mas mozo dijo á su padre: Padre, dáme la parte de la herencia que me toca. Y el padre repartió entre los dos la hacienda.
13 No se pasaron muchos dias que aquel hijo mas mozo, recogidas todas sus cosas, se marchó á un pais muy remoto, y allí malbarató todo su caudal, viviendo disolutamente.
14 Despues que lo gastó todo, sobrevino una grande hambre en aquel pais, y comenzó á padecer necesidad el mozo.
15 De resultas púsose á servir á un morador de aquella tierra, el cual le envió á su granja á guardar cerdos.
16 Allí deseaba henchir su vientre de las mondaduras que comian los cerdos: y nadie se las daba.
17 Y volviendo en sí, dijo: ¡Ay, cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo estoy aquí pereciendo de hambre!
18 Yo me levantaré é iré á mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo, y delante de tí:
19 Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo: trátame como á uno de tus jornaleros.
20 Con esta resolucion se puso en camino para la casa de su padre. Estando todavía lejos el hijo, avistóle su padre, y movido á misericordia, corrió á su en-

cuentro, le echó los brazos al cuello, y le besó.
21 Díjole el hijo: Padre, yo he pecado contra el cielo, y delante de tí, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.
22 Mas el padre dijo á sus criados: Presto, traed aquí luego el vestido mas precioso, y ponédsele, ponedle un anillo en el dedo, y calzadle las sandalias:
23 Y traed un ternero cebado, matadle, y comamos, y celebremos un banquete:
24 Pues que este hijo mio estaba muerto, y ha resucitado; habíase perdido, y ha sido hallado. Y con eso dieron principio al banquete.
25 Hallábase á la sazon el hijo mayor en el campo: y á la vuelta, estando ya cerca de su casa, oyó el concierto de música y el baile:
26 Y llamó á uno de los criados, y preguntóle qué venia á ser aquello:
27 El cual le respondió: Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha mandado matar un becerro cebado, por haberle recobrado en buena salud.
28 El entonces indignóse, y no queria entrar. Salió pues su padre afuera, y empezó á instarle con ruegos.
29 Pero él le replicó diciendo: Es bueno que tantos años ha que te sirvo, sin haberte jamas desobedecido en cosa alguna que me hayas mandado, y nunca me has dado un cabrito para merendar con mis amigos:
30 Y ahora que ha venido este hijo tuyo, el cual ha consumido tu hacienda con meretrices, luego has hecho matar para él un becerro cebado.
31 Hijo, respondió el padre, tú siempre estás conmigo, y todos los bienes mios son tuyos:
32 Mas era muy justo el tener un banquete, y regocijarnos, por cuanto este tu hermano habia muerto, y ha resucitado; estaba perdido, y se ha hallado.

CAPITULO XVI.

Parábola del mayordomo tramposo. Nadie puede servir á Dios y á las riquezas. Indisolubilidad del matrimonio. Del rico avariento, y del pobre Lázaro.

DECIA tambien Jesus á sus discípulos: Erase un hombre rico, que tenia un mayordomo: del cual por la voz comun vino á entender que le habia disipado sus bienes.
2 Llamóle pues, y díjole: ¿Qué es esto que oigo de tí? dáme cuenta de tu administracion: porque no quiero que en adelante cuides de mi hacienda.
3 Entonces el mayordomo dijo entre sí: ¿Qué haré, pues mi amo me quita la administracion de sus bienes? yo no soy bueno para cavar, y de mendigar me avergüenzo.
4 Pero ya sé lo que he de hacer, para que, cuando sea removido de mi mayordomía, halle yo personas que me reciban en su casa.
5 Llamando pues á los deudores de su amo, á cada uno de por sí, dijo al primero: ¿Cuánto debes á mi amo?

6 Respondió: Cien barriles de
aceite. Díjole: Toma tu obliga-
cion, siéntate, y haz al instante
otra de cincuenta.
7 Dijo despues á otro: ¿Y tú
cuánto debes? Respondió: Cien
coros de trigo. Díjole: Toma
tu obligacion, y escribe otra de
ochenta.
8 El amo alabó á este mayor-
domo infiel de que hubiese sabido
portarse sagazmente: porque los
hijos de este siglo son en su ge-
neracion mas sagaces que los hi-
jos de la luz.
9 Así os digo yo: Grangeáos
amigos con las riquezas de ini-
quidad: para que, cuando ven-
gais á menos, seais recibidos en
las moradas eternas.
10 Quien es fiel en lo poco, tam-
bien lo es en lo mucho: y quien
es injusto en lo poco, tambien lo
es en lo mucho.
11 Si en las falsas riquezas no
habeis sido fieles: ¿quién os fia-
rá las verdaderas?
12 Y si en lo ageno no fuisteis
fieles: ¿quién pondrá en vuestras
manos lo propio vuestro?
13 Ningun criado puede servir
á dos amos: porque ó aborrecerá
al uno, y amará al otro: ó se
aficionará al primero, y no hará
caso del segundo: no podeis ser-
vir á Dios, y á las riquezas.
14 Estaban oyendo todo esto los
fariseos, que eran avarientos, y se
burlaban de él.
15 Mas Jesus les dijo: Voso-
tros os vendeis por justos delante
de los hombres: pero Dios conoce
vuestros corazones: porque lo
que parece sublime á los ojos
humanos, á los de Dios es abo-
minable.
16 La ley y los profetas hasta
Juan: despues acá el reino de
Dios es anunciado, y todos se es-
fuerzan á *entrar* en él.
17 Mas fácil es que perezcan el
cielo y la tierra, que el que deje
de cumplirse un solo ápice de la
ley.
18 ¶ Cualquiera que repudia á
su mujer, y se casa con otra, co-
mete adulterio: y comételo tam-
bien el que se casa con la repu-
diada por su marido.
19 ¶ Hubo cierto hombre rico,
que se vestía de púrpura y de
lino finísimo: y tenia cada dia
espléndidos banquetes.
20 Al mismo tiempo vivia un
mendigo, llamado Lázaro, el cual,
cubierto de llagas, yacia á la
puerta de aquel,
21 Deseando saciarse con las
migajas que caían de la mesa del
rico; pero los perros venian, y
lamíanle las llagas.
22 Sucedió pues que murió dicho
mendigo, y fué llevado por los
ángeles al seno de Abraham.
Murió tambien el rico, y fué se-
pultado.
23 Y cuando estaba en los tor-
mentos en el infierno, levantan-
do los ojos vió á lo lejos á Abra-
ham, y á Lázaro en su seno:
24 Y esclamó diciendo: Padre
Abraham, compadécete de mí, y
envíame á Lázaro, para que mo-
jando la punta de su dedo en
agua, me refresque la lengua,
pues me abraso en estas llamas.
25 Respondióle Abraham: Hijo,
acuérdate que recibiste bienes

durante tu vida, y Lázaro al contrario males: y así este ahora es consolado, y tú atormentado:
26 Fuera de que, entre nosotros y vosotros hay fijado de por medio un grande abismo: de suerte que los que de aquí quisieran pasar á vosotros, no podrian, ni tampoco de ahí pasar acá.
27 Ruégote pues, ¡oh padre! replicó el rico, que le envies á casa de mi padre:
28 Donde tengo cinco hermanos, á fin de que los aperciba, y no les suceda á ellos el venir tambien á este lugar de tormentos.
29 Replicóle Abraham: Tienen á Moisés, y á los profetas: escúchenlos.
30 No, dijo él, ¡oh padre Abraham! pero si alguno de entre los muertos fuere á ellos, se arrepentirán.
31 Respondióle Abraham: Si á Moisés y á los profetas no escuchan; aun cuando uno de los muertos resucite, tampoco le darán crédito.

CAPITULO XVII.

Enseña Jesus á sus discípulos cuan malo es el escándalo: que se deben perdonar las injurias: que todos somos siervos inútiles. Cura á diez leprosos; y trata de su segunda venida.

DIJO tambien á sus discípulos: Imposible es que no sucedan escándalos: pero ¡ay de aquel que los causa!
2 Menos mal seria para él que le echasen al cuello una piedra de molino, y le arrojasen al mar, que no que él escandalizará á uno de estos pequeñitos.
3 Id pues con cuidado: Si tu hermano peca contra tí, repréndele; y si se arrepiente, perdónale.
4 Que si siete veces al dia te ofendiere, y siete veces al dia volviere á tí, diciendo: Pésame; perdónale.
5 ¶ Entonces los apóstoles dijeron al Señor: Auméntanos la fé.
6 Y el Señor les dijo: si tuviereis fé tan grande como un granito de mostaza, direis á ese sicómoro: Arráncate de raiz, y trasplántate en el mar: y os obedecerá.
7 ¿Quién hay entre vosotros que teniendo un criado de labranza, ó pastor, luego que vuelve este del campo le diga: Ven, pónte á la mesa:
8 Y que al contrario no le diga: Dispónme la cena, y sírveme mientras yo como y bebo, que despues comerás tú y beberás?
9 ¿Por ventura el amo se tendrá por obligado al tal criado, de que hizo lo que le mandó? No por cierto.
10 Así tambien vosotros, despues que hubiereis hecho todas las cosas que se os han mandado, habeis de decir: Somos siervos inútiles: hemos hecho lo que teníamos obligacion de hacer.
11 ¶ Caminando Jesus hácia Jerusalem, atravesaba Samaria y Galilea.
12 Y estando para entrar en una poblacion, le salieron al encuentro diez leprosos, los cuales se pararon á lo lejos:

13 Y levantaron la voz, diciendo: Jesus Maestro, ten misericordia de nosotros.
14 Luego que Jesus los vió, les dijo: Id, mostráos á los sacerdotes. Y cuando iban quedaron curados.
15 Uno de ellos, apenas echó de ver que estaba limpio, volvió atrás, glorificando á Dios á grandes voces,
16 Y postróse á los piés de Jesus, pecho por tierra, dándole gracias: y este era un Samaritano.
17 Jesus dijo entonces: ¡ Pues qué ! ¿ No son diez los curados ? ¿ y los nueve dónde están ?
18 No ha habido quien volviese á dar á Dios la gloria, sino este estrangero.
19 Despues le dijo: Levántate, véte: que tu fé te ha salvado.
20 ¶ Preguntado por los fariseos: ¿ Cuando vendrá el reino de Dios? les dió por respuesta: El reino de Dios no ha de venir con aparato que se haga notar:
21 Ni se dirá: Véle aquí ó véle allí. Antes tened por cierto que ya el reino de Dios está en medio de vosotros.
22 Tambien dijo á sus discípulos: Tiempo vendrá en que deseareis ver uno de los dias del Hijo del hombre, y no le vereis.
23 Entonces os dirán: Mírale aquí, mírale allí. No vayais tras ellos, ni los sigais.
24 Porque como el relámpago brilla y se deja ver de un cabo del cielo á otro: así se dejará ver el Hijo del hombre en el dia suyo.
25 Mas es menester que primero padezca muchos tormentos, y sea desechado de esta nacion.
26 Lo que acaecio en el tiempo de Noé, igualmente acaecera en el dia del Hijo del hombre.
27 Comian y bebian: casábanse, y celebraban bodas, hasta el dia en que Noé entró en el arca: y sobrevino entonces el diluvio, que acabo con todos.
28 Como tambien lo que sucedio en los dias de Lot: comian y bebian: compraban. y vendian: hacian plantios, y edificaban casas:
29 Mas el dia que salió Lot de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, que los abrasó á todos:
30 De esta manera será el dia en que se manifestará el Hijo del hombre.
31 En aquella hora, quien se hallare en el terrado, y tuviere sus muebles dentro de casa, no entre á cogerlos; ni tampoco quien esté en el campo, vuelva atrás.
32 Acordáos de la mujer de Lot.
33 Todo aquel que quisiere salvar su vida, la perderá; y quien la perdiere, la conservará.
34 Una cosa os digo: en aquella noche dos estarán en un mismo lecho; el uno será tomado, y el otro dejado:
35 Estarán dos mujeres moliendo juntas; la una será tomada, y la otra dejada:
36 Habrá dos hombres en el mismo campo; el uno será tomado, y el otro dejado.
37 ¿ Dónde, Señor, replicaron ellos, será esto? Jesus les res-

pondió: do quiera que esté el cuerpo, allá se reunirán las águilas.

CAPITULO XVIII.

Parábolas de la viuda, y del mal juez, y del fariseo, y del publicano. Jesus recibe amorosamente á los niños. Da consejos de perfeccion. Muestra el peligro de las riquezas; y cura al ciego de Jericó.

PROPUSOLES tambien esta parábola, para hacer ver que conviene orar perseverantemente y no desfallecer,
2 Diciendo: En cierta ciudad habia un juez, que ni tenia temor de Dios, ni respeto á hombre alguno.
3 Vivia en la misma ciudad una viuda, la cual solia ir á él, diciendo: Hazme justicia de mi contrario.
4 Mas el juez en mucho tiempo no quiso hacérsela. Pero despues dijo para consigo: Aunque yo no temo á Dios, ni respeto á hombre;
5 Con todo, porque me molesta esta viuda, le haré justicia, á fin de que no venga de contínuo á importunarme.
6 Ved, añadió el Señor, lo que dijo ese juez inicuo:
7 Y ¿Dios dejará de hacer justicia á sus escogidos que claman á él dia y noche? ¿y ha de sufrir que se los oprima?
8 Os aseguro que no tardará en vengarlos. Pero cuando viniere el Hijo del hombre, ¿os parece que hallará fé sobre la tierra?
9 ¶ Dijo asimismo á ciertos hombres, que presumian de justos, y despreciaban á los demas, esta parábola:
10 Dos hombres subieron al templo á orar: el uno era fariseo, y el otro publicano.
11 El fariseo puesto en pié, oraba en su interior de esta manera: ¡Oh Dios! yo te doy gracias de que no soy como los demas hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros: ni tampoco, como este publicano:
12 Ayuno dos veces á la semana: pago los diezmos de todo lo que poseo.
13 El publicano, al contrario, puesto allá lejos, ni aun los ojos osaba levantar al cielo: sino que se daba golpes de pecho, diciendo: Dios mio, ten misericordia de mí, que soy un pecador.
14 Os declaro pues, que este volvió á su casa justificado, mas bien que el otro: porque todo aquel que se ensalza, será humillado: y el que se humilla, será ensalzado.
15 Y traíanle tambien algunos niños, para que los tocase. Lo cual viendo los discípulos, lo impedian con ásperas palabras.
16 Mas Jesus llamando á sí los niños dijo: Dejad venir á mí los niños, y no se lo vedeis: porque de tales como estos es el reino de Dios.
17 En verdad os digo, que quien no recibiere el reino de Dios como un niño, no entrará en él.
18 ¶ Y un hombre principal le hizo esta pregunta: Buen Maestro, ¿qué deberé yo hacer á fin de heredar la vida eterna?

19 Respondióle Jesus: ¿Por
qué me llamas bueno? nadie es
bueno sino solo Dios.
20 Tú sabes los mandamientos:
No cometerás adulterio: No ma-
tarás: No hurtarás: No dirás
falso testimonio: Honra á tu pa-
dre, y madre.
21 Dijo él: Todos esos manda-
mientos los he guardado desde
mi mocedad.
22 Lo cual oyendo Jesus, le
dijo: Todavía te falta una cosa:
vende todos tus haberes, y dálos
á los pobres, y tendrás un tesoro
en el cielo: y despues ven, y
sígueme.
23 Al oir esto, entristecióse;
porque era sumamente rico.
24 Y Jesus, viéndole sobreco-
gido de tristeza, dijo: ¡Oh cuán
dificultosamente los adinerados
entrarán en el reino de Dios!
25 Porque mas fácil es á un
camello el pasar por el ojo de
una aguja, que á un rico el en-
trar en el reino de Dios.
26 Y dijeron los que le escu-
chaban: ¿Pues quién podrá sal-
varse?
27 Respondióles Jesus: Lo que
es imposible á los hombres, á
Dios es posible.
28 Entonces dijo Pedro: Bien
ves que nosotros hemos dejado
todas las cosas, y seguídote.
29 Díjoles Jesus: En verdad os
digo, ninguno hay que haya de-
jado casa, ó padres, ó hermanos,
ó esposa, ó hijos, por amor del
reino de Dios,
30 El cual no reciba mucho
mas en este siglo, y en el veni-
dero la vida eterna.
31 ¶ Despues tomando Jesus
aparte á los doce, les dijo: Ya
veis que subimos á Jerusalem,
donde se cumplirán todas las
cosas que fueron escritas por los
profetas acerca del Hijo del
hombre:
32 Porque será entregado en
manos de los Gentiles, y escar-
necido, y maltratado, y escu-
pido:
33 Y despues que le hubieren
azotado, le darán la muerte, y
al tercer dia resucitará.
34 Pero ellos ninguna de estas
cosas comprendieron, antes era
este un lenguage desconocido
para ellos, ni entendian la sig-
nificacion de las palabras dichas.
35 ¶ Y al acercarse á Jericó,
estaba un ciego sentado á la
orilla del camino, pidiendo li-
mosna.
36 Y sintiendo el tropel de la
gente que pasaba, preguntó qué
novedad era aquella.
37 Dijéronle que Jesus Naza-
reno pasaba por allí de camino.
38 Y se puso á gritar: Jesus,
hijo de David, ten piedad de mí.
39 Los que iban delante le re-
prendian para que callase. Pero
él levantaba mucho mas el gri-
to: Hijo de David, ten piedad
de mí.
40 Paróse entonces Jesus, y
mandó traerle á su presencia.
Y cuando le tuvo ya cerca, pre-
guntóle,
41 Diciendo: ¿Qué quieres que
te haga? Señor, respondió él:
que yo tenga vista.
42 Díjole Jesus: Ténla; tu fé
te ha salvado.

43 Y al instante vió, y le se-
guia celebrando las grandezas
de Dios. Y todo el pueblo, cuan-
do vió esto, alabó á Dios.

CAPITULO XIX.

Zaqueo, publicano. Parábola del hombre noble. Jesus, entrando en Jerusalem como en triunfo, predice y llora su ruina, en medio de los aplausos del pueblo. Negociantes echados del templo.

HABIENDO Jesus entrado en
Jericó, atravesaba por la
ciudad.
2 Y hé aquí que un hombre
rico, llamado Zaqueo, principal
entre los publicanos,
3 Hacia diligencias para cono-
cer á Jesus de vista: y no pu-
diendo á causa del gentío, por
ser de muy pequeña estatura,
4 Se adelantó corriendo, y su-
bióse sobre un sicómoro para
verle; porque habia de pasar
por allí.
5 Llegado que hubo Jesus á
aquel lugar, alzando los ojos le
vió, y díjole: Zaqueo, baja lue-
go: porque conviene que yo me
hospede hoy en tu casa.
6 El bajó á toda priesa, y le
recibió gozoso.
7 Todo el mundo, al ver esto,
murmuraba diciendo que Jesus
se habia ido á hospedar en casa
de un hombre de mala vida.
8 Mas Zaqueo puesto en pre-
sencia del Señor, le dijo: Señor,
la mitad de mis bienes doy á los
pobres: y si he defraudado en
algo á alguno, le restituyo cua-
tro tantos mas.
9 Jesus le respondió: hoy ha
sido dia de salvacion para esta
casa: pues que tambien este es
hijo de Abraham.
10 Porque el Hijo del hombre
ha venido á buscar, y á salvar
lo que habia perecido.
11 ¶ Mientras escuchaban es-
tas cosas los circunstantes, aña-
dió una parábola, atento á que
se hallaba vecino á Jerusalem,
y á que las gentes creían que
luego se habia de manifestar el
reino de Dios.
12 Dijo pues: Un hombre de
ilustre nacimiento marchóse á
una region remota para reci-
bir un reino, y volverse des-
pues.
13 Con cuyo motivo, convoca-
dos diez de sus criados, dióles
diez marcos de plata, diciéndo-
les: Negociad con ellos hasta
mi vuelta.
14 Es de saber que sus conciu-
dadanos le aborrecian: y así
despacharon tras de él embaja-
dores, diciendo: No queremos á
ese por nuestro rey.
15 Pero habiendo vuelto de re-
cibir el reino, mandó luego lla-
mar á los criados, á quienes ha-
bia dado su dinero, para infor-
marse de lo que habia negocia-
do cada uno.
16 Vino pues el primero, y di-
jo: Señor, tu marco ha rendido
diez marcos.
17 Respondióle: Bien está,
buen criado, ya que en esto
poco has sido fiel, tendrás man-
do sobre diez ciudades.
18 Llegó el segundo, y dijo:
Señor, tu marco ha dado de ga-
nancia cinco marcos.
19 Dijo asimismo á este: Tú

tendrás tambien el gobierno de
cinco ciudades.
20 Vino otro, y dijo: Señor,
aquí tienes tu marco de plata,
el cual he guardado envuelto en
un pañuelo:
21 Porque tuve miedo de tí,
por cuanto eres hombre de un
natural austero: tomas lo que
no has depositado, y siegas lo
que no has sembrado.
22 Dícele el amo: ¡oh mal
siervo! por tu propia boca te
condeno: sabías que yo soy un
hombre austero, que me llevo lo
que no deposité, y siego lo que
no he sembrado:
23 ¿Pues cómo no pusiste mi
dinero en el banco, para que yo
en volviendo lo recobrase con los
intereses?
24 Por lo que dijo á los asis-
tentes: Quitadle el marco, y
dádsele al que tiene diez marcos.
25 Replicáronle: Señor, que
tiene diez marcos.
26 Pues yo os declaro, que á
todo aquel que tiene dársele ha:
pero al que no tiene, aun lo que
tiene se le ha de quitar.
27 Pero en órden á aquellos ene-
migos mios, que no me han que-
rido por rey, conducidlos acá, y
quitadles la vida en mi presencia.
28 ¶ Despues de haber dicho
Jesus estas cosas, prosiguió su
viage á Jerusalem, é iba él de-
lante de todos.
29 Y estando cerca de Beth-
phage y de Bethania, junto al
monte llamado de los Olivos, des-
pachó á dos de sus discípulos,
30 Diciéndoles: Id á esa aldea
de enfrente, donde al entrar ha-
llareis un pollino atado, en que
ningun hombre ha montado ja-
mas: desatadle, y traedle.
31 Que si alguno os pregun-
tare: ¿Por qué le desatais? le
direis así: Porque el Señor le
ha menester.
32 Fueron pues los enviados:
y hallaron el pollino, de la mis-
ma manera que les habia dicho.
33 En el acto de desatarle, les
dijeron los dueños de él: ¿Por
qué desatais ese pollino?
34 A lo que respondieron ellos:
porque le ha menester el Señor.
35 Condujéronsele pues, y e-
chando las ropas de ellos sobre
el pollino, hicieron montar enci-
ma á Jesus.
36 Mientras él iba pasando,
las gentes tendian sus vestidos
por el camino.
37 Pero estando ya cercano á
la bajada del monte de los Oli-
vos, un gran número de discí-
pulos, transportados de gozo, co-
menzaron á alabar á Dios en
alta voz por todos los prodigios
que habian visto,
38 Diciendo: ¡Bendito sea el
rey que viene en nombre del
Señor: paz en el cielo, y gloria
en las alturas!
39 Con esto algunos de los fa-
riseos que iban entre la gente le
dijeron; Maestro, reprende á tus
discípulos.
40 Respondióles él: En verdad
os digo, que si estos callan, las
mismas piedras darán voces.
41 Al llegar cerca de Jerusa-
lem, poniéndose á mirar esta
ciudad, derramó lágrimas sobre
ella,

42 Diciendo: ¡ Ah ! si conocie-
ses tambien tú, por lo menos en
este tu dia, lo que puede atraerte
la paz ! mas ahora está todo ello
oculto á tus ojos.
43 Pues vendrán dias sobre tí,
en que tus enemigos te circun-
valarán, y te rodearán, y te es-
trecharán por todas partes:
44 Y te arrasarán con los hijos
tuyos, que tendrás encerrados
dentro de tí, y no dejarán en tí
piedra sobre piedra: por cuanto
has desconocido el tiempo de tu
visitacion.
45 ¶ Y habiendo entrado en el
templo, comenzó á echar fuera
á los que vendian y compraban
en él,
46 Diciéndoles: Escrito está:
Mi casa es casa de oracion; mas
vosotros la teneis hecha una
cueva de ladrones.
47 Y enseñaba todos los dias
en el templo. Pero los prínci-
pes de los sacerdotes, y los escri-
bas, y los principales del pueblo
buscaban como quitarle la vida.
48 Y no hallaban medio de
obrar contra él; porque todo el
pueblo estaba con la boca abier-
ta escuchándole.

CAPITULO XX.

Jesus confunde á los sacerdotes y escribas. Parábola de los viñadores. Piedra angular. Tributo al César. Resurreccion de los muertos. Jesucristo hijo y Señor de David. Soberbia y avaricia de los escribas.

EN uno de estos dias, estando
él en el templo instruyendo
al pueblo, y anunciándole el
Evangelio, vinieron de manco-
mun los príncipes de los sacer-
dotes y los escribas con los ancia-
nos,
2 Y le hicieron esta pregunta:
Dínos, ¿con qué autoridad haces
estas cosas? ¿ó quién es el que
te ha dado esa potestad?
3 Pero Jesus, por respuesta, les
dijo á ellos: Tambien yo quiero
haceros una pregunta. Respon-
dedme:
4 El bautismo de Juan ¿era
del cielo, ó de los hombres?
5 Mas ellos discurrian entre sí,
diciendo: Si respondemos, que
del cielo, nos dirá: Pues ¿por
qué no habeis creido en él?
6 Y si decimos, de los hombres,
el pueblo todo nos apedreará:
teniendo por cierto, como tiene,
que Juan era un profeta.
7 Y así contestaron no saber de
donde fuese.
8 Entonces Jesus les dijo:
Tampoco yo quiero deciros con
qué autoridad hago estas cosas.
9 ¶ Luego comenzó á decir al
pueblo esta parábola: Un hom-
bre plantó una viña, y arrendó-
la á ciertos viñadores: y él se
ausentó lejos de allí por una
larga temporada.
10 A su tiempo envió un cria-
do á los renteros, para que le
diesen de los frutos de la viña:
mas ellos, despues de haberle
herido, le despacharon sin nada.
11 Envió de nuevo otro criado.
Pero á este tambien, despues de
herirle, y llenarle de baldones,
le despidieron sin nada.
12 Envióles todavía otro: y á
éste tambien le hirieron y echa-
ron fuera.
13 Dijo entonces el dueño de la

viña: ¿Qué haré yo? enviaré á
mi hijo querido: quizá, cuando
le vean, le tendrán respeto.
14 Mas luego que los colonos
le avistaron, discurrieron entre
sí, diciendo: Este es el herede-
ro, matémosle, á fin de que la
heredad quede por nuestra.
15 Y habiéndole arrojado fue-
ra de la viña, le mataron. ¿Qué
hará pues con ellos el dueño de
la viña?
16 Vendrá, y perderá á estos
colonos, y dará su viña á otros.
Oido esto, le dijeron: No lo per-
mita Dios.
17 Pero Jesus mirándolos, di-
jo: ¿Pues qué quiere decir lo
que está escrito: La piedra que
desecharon los arquitectos, esa
misma vino á ser la principal
piedra del ángulo?
18 Todo aquel que cayere so-
bre la dicha piedra, se estrella-
rá: y aquel sobre quien ella
cayere, quedará hecho añicos.
19 Entonces los príncipes de
los sacerdotes, y los escribas,
quisieron prenderle en aquella
misma hora: porque bien cono-
cieron que contra ellos se diri-
gia la parábola propuesta; mas
temieron al pueblo.
20 Entretanto, como andaban
acechándole, enviaron espías,
que hiciesen de virtuosos, para
cogerle en alguna palabra, á fin
de entregarle á la jurisdiccion y
potestad del gobernador.
21 Así le propusieron una cues-
tion en estos términos: Maes-
tro, bien sabemos que tú hablas,
y enseñas lo que es justo: y que
no andas con respetos humanos,
sino que enseñas el camino de
Dios segun la verdad:
22 ¿Nos es lícito á nosotros el
pagar tributo á César, ó no?
23 Mas Jesus, conociendo su
malicia, les dijo: ¿Para qué ve-
nís á tentarme?
24 Mostradme un denario. ¿De
quién es la imágen, é inscrip-
cion que tiene? Respóndenle:
de César.
25 Díjoles entonces: Pagad
pues á César lo que es de Cé-
sar; y á Dios lo que es de Dios.
26 Y no pudieron reprender su
respuesta delante del pueblo:
antes bien, admirados de ella,
callaron.
27 ¶ Llegaron despues algunos
de los Saduceos, los cuales nie-
gan la resurreccion, y le propu-
sieron este caso:
28 Maestro, Moisés nos dejó
escrito que si el hermano de al-
guno, estando casado, viene á
morir sin hijos, este se case con
la viuda, y dé sucesion á su her-
mano.
29 Eran pues siete hermanos:
el primero tomó mujer, y murió
sin hijos.
30 El segundo se casó con la
viuda, y murió tambien sin de-
jar hijos.
31 Con lo que se desposó con
ella el tercero. Eso mismo hi-
cieron todos los siete, y sin tener
sucesion fallecieron.
32 En fin la última de todos
murió la mujer.
33 Esto supuesto, en la resur-
reccion ¿de cuál de los siete ha
de ser mujer, ya que todos siete
tuvieron por muier á la misma?

34 Respondióles Jesus: Los hijos de este siglo contraen matrimonios recíprocamente:
35 Pero entre los que serán juzgados dignos del otro siglo, y de la resurreccion de entre los muertos, ni los hombres tomarán mujeres, ni las mujeres maridos:
36 Porque ya no podrán morir otra vez, siendo iguales á los ángeles, é hijos de Dios, siéndolo de la resurreccion.
37 Por lo demas, que los muertos hayan de resucitar, Moisés lo declaró en la zarza, cuando llamó al Señor, el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob.
38 Claro está que no es Dios de muertos, sino de vivos: porque para él todos viven.
39 Entonces algunos de los escribas, tomando la palabra, le dijeron: Maestro, bien has respondido.
40 Y de allí adelante ya no se atrevieron á preguntarle nada.
41 El empero les replicó: ¿Cómo dicen que el Cristo es hijo de David,
42 Siendo así que David mismo en el libro de los Salmos dice: Dijo el Señor á mi Señor: siéntate á mi diestra,
43 Hasta tanto que yo ponga á tus enemigos por tarima de tus piés?
44 Pues si David le llama su Señor: ¿cómo puede ser hijo suyo?
45 Despues, oyéndolo todo el pueblo, dijo á sus discípulos:
46 Guardáos de los escribas, que hacen pompa de pasearse con vestidos rozagantes, y gustan de ser saludados en las plazas, y de ocupar las primeras sillas en las sinagogas, y los primeros puestos en los convites:
47 Que devoran las casas de las viudas, fingiendo hacer larga oracion. Estos serán condenados con mayor rigor.

CAPITULO XXI.

De la ofrenda que hizo una pobre viuda. Prediccion de la ruina del templo. Señales que precederán á la destruccion de Jerusalem, y á la segunda venida de Jesus.

ESTANDO Jesus mirando hácia el gazofilacio, vió á varios ricos que iban echando en él sus ofrendas.
2 Y vió asimismo á una pobrecita viuda, la cual echaba dos pequeñas monedas.
3 Entonces dijo: En verdad os digo, que esta pobre viuda ha echado mas que todos.
4 Por cuanto todos estos han ofrecido á Dios parte de lo que les sobra; pero esta de su misma pobreza ha dado lo que tenia, y necesitaba para su sustento.
5 Como algunos dijesen del templo que estaba fabricado de hermosas piedras, y adornado de dones, replicó:
6 Dias vendrán, en que todo esto que veis será destruido de tal suerte, que no quedará piedra sobre piedra, que no sea demolida.
7 Preguntáronle ellos: Maestro, ¿cuándo será eso, y qué señal habrá de que tales cosas están próximas á suceder?

8 Jesus les respondió: Mirad
que no os dejeis engañar: porque
muchos vendrán en mi nombre,
diciendo: Yo soy; y ya ha lle-
gado el tiempo: guardáos pues
de seguirlos.
9 Antes cuando sintiereis ru-
mor de guerras, y sediciones, no
querais alarmaros: es verdad
que primero han de acaecer es-
tas cosas, mas no por eso será
luego el fin.
10 Luego añadióles: Se levan-
tará un pueblo contra otro pue-
blo, y un reino contra otro reino.
11 Y habrá grandes terremotos
en varias partes, y hambres, y
pestilencias, y aparecerán en el
cielo cosas espantosas, y prodi-
gios estraordinarios.
12 Pero antes que sucedan to-
das estas cosas se apoderarán de
vosotros, y os perseguirán, y os
entregarán á las sinagogas, y á
las cárceles, y os llevarán á los
reyes y gobernadores, por causa
de mi nombre:
13 Lo cual os servirá de testi-
monio.
14 Por consiguiente, imprimid
en vuestros corazones *la máxi-
ma de* que no debeis discurrir de
antemano como habeis de res-
ponder:
15 Pues yo os daré boca, y sa-
biduría, á que no podrán resis-
tir, ni contradecir todos vues-
tros contrarios.
16 Y sereis entregados por vues-
tros mismos padres, y hermanos,
y parientes, y amigos, y harán
morir *á muchos* de vosotros:
17 De suerte que sereis odiados
de todos por amor de mí:
18 No obstante, ni un cabello
de vuestra cabeza se perderá.
19 Mediante vuestra paciencia
poseed vuestras almas.
20 Mas cuando viereis á Jeru-
salem estar cercada de ejércitos,
entonces tened por cierto que su
desolacion está cerca:
21 Entonces los que se hallen
en Judea, huyan á las montañas:
los que habiten en medio de ella
retírense: y los que estén en los
contornos, no entren.
22 Porque dias de venganza
son estos, en que se han de cum-
plir todas las cosas como están
escritas.
23 Pero ¡ay de las que es-
tén en cinta, ó criando en
aquellos dias! pues este pais se
hallará en grandes angustias,
y la ira descargará sobre este
pueblo.
24 Parte morirán á filo de es-
pada: parte serán llevados cau-
tivos á todas las naciones, y Je-
rusalem será hollada por los
Gentiles: hasta tanto que los
tiempos de las naciones acaben
de cumplirse.
25 Veránse empero fenómenos
prodigiosos en el sol, la luna y
las estrellas, y en la tierra esta-
rán consternadas las gentes y
perplejas, bramando el mar y las
olas:
26 Secándose los hombres de
temor, y de sobresalto, por las
cosas que han de sobrevenir á
todo el universo: porque las
virtudes de los cielos se conmo-
verán.
27 Y entonces será cuando ve-
rán al Hijo del hombre venir

sobre una nube con grande poder, y magestad.
28 Como quiera, vosotros, al ver que comienzan á suceder estas cosas, abrid los ojos, y alzad la cabeza, porque vuestra redencion se acerca.
29 Y propúsoles esta comparacion: Reparad en la higuera, y en los demas árboles:
30 Cuando ya empiezan á brotar, conoceis vosotros mismos que está cerca el verano.
31 Asi tambien vosotros, en viendo la ejecucion de estas cosas, entended que el reino de Dios está cerca.
32 Os empeño mi palabra, que no se acabará esta generacion, hasta que todo lo dicho se cumpla.
33 El cielo y la tierra se mudarán, pero mis palabras no faltarán.
34 Velad pues sobre vosotros mismos, no suceda que se ofusquen vuestros corazones con la glotonería, y embriaguez, y los cuidados de esta vida, y os sobrecoja de repente aquel dia:
35 Que será como un lazo que sorprenderá á todos los que moran sobre la superficie de toda la tierra.
36 Velad pues, orando en todo tiempo, á fin de merecer el evitar todos estos males venideros, y comparecer *con confianza* ante el Hijo del hombre.
37 ¶ Estaba Jesus entre dia enseñando en el templo: y saliendo á la noche, la pasaba en el monte llamado de los Olivos.
38 Y todo el pueblo acudia muy de madrugada al templo para oirle.

CAPITULO XXII.

Traicion de Judas. Cena pascual é institucion de la Eucaristia. Disputa de la primacía entre los apóstoles. Predice Jesus la negacion de San Pedro. Oracion y agonías de Jesus en el huerto. Su prendimiento y ultrages en casa del Pontífice.

ACERCABASE ya la fiesta de los Azimos, que es la que se llama Pascua:
2 Y los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, andaban trazando el modo de dar la muerte á Jesus: mas temian al pueblo.
3 Entretanto Satanas se apoderó de Judas, por sobrenombre Iscariote, uno de los doce,
4 El cual se fué á tratar con los príncipes de los sacerdotes, y con los gefes militares, de la manera de ponerle en sus manos.
5 Ellos se holgaron, y concertáronse con él en cierta suma de dinero.
6 Obligóse Judas; y buscaba oportunidad para entregarle sin tumulto.
7 Llegó entretanto el dia de los Azimos, en el cual se habia de sacrificar el cordero pascual.
8 Jesus pues envió á Pedro, y á Juan, diciéndoles: Id á prepararnos lo necesario para celebrar la pascua.
9 Dijeron ellos: ¿Dónde quieres que lo dispongamos?
10 Respondióles: Asi que entreis en la ciudad, encontrareis un hombre que lleva un cántaro de agua: seguidle hasta la casa en que entre:

11 Y direis al padre de fa-
milias de ella: El Maestro te
envía á decir: ¿Dónde está la
pieza en que yo he de comer el
cordero pascual con mis discí-
pulos?
12 Y él os enseñará una sala
grande aderezada: preparad allí
lo necesario.
13 Idos que fueron, lo hallaron
todo como les habia dicho, y dis-
pusieron la pascua.
14 Llegada la hora, púsose á la
mesa con los doce apóstoles:
15 Y les dijo: Ardientemente
he deseado comer este cordero
pascual con vosotros, antes de mi
pasion.
16 Porque yo os digo, que ya
no le comeré otra vez, hasta que
tenga su cumplimiento en el
reino de Dios.
17 Y tomando el cáliz dió gra-
cias y dijo: Tomad, y distribuid-
le entre vosotros:
18 Porque os aseguro que ya no
beberé del zumo de la vid, hasta
que llegue el reino de Dios.
19 ¶ Y tomó el pan, dió gracias,
le partió, y diósele, diciendo:
Este es mi cuerpo, el cual se da
por vosotros: haced esto en me-
moria mia.
20 Del mismo modo tomó el cá-
liz, despues que hubo cenado,
diciendo: Este cáliz es el nuevo
testamento en mi sangre, que se
derramará por vosotros.
21 Con todo, hé aquí que la
mano del que me hace traicion
está conmigo en la mesa.
22 Verdad es que el Hijo del
hombre, segun está decretado,
va su camino: pero ¡ay de
aquel hombre que le ha de hacer
traicion!
23 Inmediatamente comenza-
ron á preguntarse unos á otros,
quien de ellos podia ser el que
tal hiciese.
24 ¶ Suscitóse ademas entre
los mismos una contienda sobre
quien de ellos seria reputado el
mayor.
25 Mas Jesus les dijo: Los
reyes de las naciones las tratan
con imperio: y los que tienen
autoridad sobre ellas, son lla-
mados bienhechores.
26 No habeis de ser así voso-
tros: antes bien el mayor de en-
tre vosotros, sea como el menor:
y el que tiene la precedencia,
como el sirviente.
27 Porque ¿quién es mayor, el
que está sentado á la mesa, ó el
que sirve? ¿no es claro que
quien está á la mesa? No obs-
tante, yo estoy en medio de vos-
otros como un sirviente.
28 Vosotros sois los que cons-
tantemente habeis perseverado
conmigo en mis tentaciones:
29 Por eso yo os delego el reino,
como mi Padre me le delegó á mí.
30 Para que comais, y bebais á
mi mesa en mi reino: y os sen-
teis sobre tronos, para juzgar á
las doce tribus de Israél.
31 Dijo tambien el Señor: Si-
mon, Simon, mira que Satanas
va tras de vosotros para zaran-
dearos, como el trigo:
32 Mas yo he rogado por tí á
fin de que tu fé no perezca: y tú
cuando te conviertas, confirma á
tus hermanos.
33 Señor, respondió él, yo estoy

pronto á ir contigo á la cárcel y
aun á la muerte.
34 Pero Jesus le replicó: Yo te
digo ¡ oh Pedro ! que no cantará
hoy el gallo, antes que tú nie-
gues tres veces haberme cono-
cido.
35 Díjoles despues: Quando os
envié sin bolsillo, sin alforja, y
sin zapatos, por ventura ¿ os fal-
tó alguna cosa? Nada, respon-
dieron ellos.
36 Pues ahora, prosiguió Jesus,
el que tiene bolsillo, llévele, y
tambien alforja: y el que no tie-
ne espada, venda su túnica, y
cómprela.
37 Porque yo os digo, que es
necesario que se cumpla en mí
todavía esto que está escrito: El
ha sido contado entre los malhe-
chores. Pues las cosas que de
mí fueron prenunciadas, tienen
su cumplimiento.
38 Ellos salieron con decir:
Señor, hé aquí dos espadas. Pe-
ro Jesus les respondio: Basta.
39 ¶ Salió pues Jesus y se fué
segun costumbre hácia el monte
de los Olivos. Siguiéronle asi-
mismo sus discípulos.
40 Y llegado que fué allí, les
dijo: Orad para que no caigais
en tentacion.
41 Y apartándose de ellos como
la distancia de un tiro de piedra,
hincadas las rodillas, hacia ora-
cion,
42 Diciendo: Padre, si es de tu
agrado, aleja de mí este cáliz:
No obstante, no se haga mi vo-
luntad, sino la tuya.
43 En esto se le apareció un
ángel del cielo, confortándole.
44 Y entrando en agonia, oraba
con mayor intension: y vínole
un sudor como de gotas de sangre,
que chorreaba hasta el suelo.
45 Y levantándose de la ora-
cion, y viniendo á sus discípu-
los, hallólos dormidos por causa
de la tristeza.
46 Y díjoles: ¿ Por qué dormís?
levantáos, y orad, para no caer
en tentacion.
47 Estando todavía con la pa-
labra en la boca, sobrevino un
tropel de gente, delante de la
cual iba uno de los doce, llama-
do Judas, que se arrimó á Jesus
para besarle.
48 Y Jesus le dijo: ¡ Oh Judas!
¿ con un beso entregas al Hijo
del hombre?
49 Viendo los que acompaña-
ban á Jesus lo que iba á suceder,
le dijeron: Señor, ¿ heriremos
con la espada?
50 Y uno de ellos hirió á un
criado del príncipe de los sacer-
dotes, y le cortó la oreja dere-
cha.
51 Pero Jesus tomando la pala-
bra, dijo: Dejadlo hasta aquí.
Y habiendo tocado la oreja del
herido, le curó.
52 Dijo despues Jesus á los
príncipes de los sacerdotes, y á
los prefectos del templo, y á los
ancianos que venian contra él:
¡ Habeis salido armados con es-
padas y garrotes como contra
un ladron!
53 Aunque cada dia estaba con
vosotros en el templo, nunca me
habeis echado la mano: mas es-
ta es la hora vuestra, y el poder
de las tinieblas.

54 En seguida prendiendo á Jesus, le condujeron á casa del sumo sacerdote: y Pedro le iba siguiendo á lo lejos.
55 Encendido fuego en medio del atrio, y sentándose todos al rededor, estaba tambien Pedro entre ellos.
56 Al cual como una criada le viese sentado á la lumbre, mirándole, dijo: Tambien este andaba con aquel.
57 Mas Pedro lo negó, diciendo: Mujer, no le conozco.
58 De allí á poco mirándole otro, dijo: Sí, tú tambien eres de aquellos. Mas Pedro le respondió: ¡oh hombre! no lo soy.
59 Pasada como una hora, otro distinto aseguraba lo mismo, diciendo. No hay duda, este estaba tambien con él: porque es igualmente de Galilea.
60 A lo que Pedro respondió: Hombre, yo no entiendo lo que dices. E inmediatamente estando todavía él hablando cantó el gallo.
61 Y volviéndose el Señor dió una mirada á Pedro. Y Pedro se acordó de la palabra que el Señor le habia dicho: antes que cante el gallo, tres veces me negarás:
62 Y habiéndose salido afuera lloró amargamente.
63 Mientras tanto los que tenian á Jesus, se mofaban de él, y le golpeaban.
64 Y habiéndole vendado los ojos, le daban bofetones, y le preguntaban, diciendo: Adivina, ¿quién es el que te ha herido?
65 Y repetian otros muchos dicterios, blasfemando contra él.
66 Luego que fué de dia, se congregaron los ancianos del pueblo, y los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y haciéndole comparecer en su concilio, le dijeron:
67 Si tu eres el Cristo, dínoslo. Respondióles: si os lo dijere no me creereis.
68 Y si yo os hiciere alguna pregunta, no me respondereis, ni me dejareis ir.
69 Pero despues de ahora el Hijo del hombre estará sentado á la diestra del poder de Dios.
70 Dijeron entonces todos: ¿Luego tú eres Hijo de Dios? Respondíoles él: Vosotros decís, que yo lo soy.
71 Y replicaron ellos: ¿Qué necesitamos ya buscar otros testigos, cuando nosotros mismos lo hemos oido de su propia boca?

CAPITULO XXIII.

Jesucristo es acusado delante de Pilato: enviado á Herodes: pospuesto á Barrabas: entregado á los Judíos: crucificado é insultado. Título de la cruz. Del buen ladron. Tinieblas. Muerte del Señor. Confesion del centurion, y sepultura de Jesus.

Y LEVANTANDOSE todo aquel congreso, le llevaron á Pilato.
2 Y comenzaron á acusarle, diciendo: A este le hemos hallado pervirtiendo á nuestra nacion: y vedando pagar los tributos á César, y diciendo que él es el Cristo, Rey.
3 Pilato pues le interrogó, diciendo: ¿Eres tú el rey de los Judíos? A lo cual respondió Jesus: Tú lo dices.

4 Pilato dijo á los príncipes de los sacerdotes, y al pueblo: Yo no hallo delito alguno en este hombre.
5 Pero ellos insistian mas y mas, diciendo: Tiene alborotado al pueblo con la doctrina que va sembrando por toda la Judea, desde la Galilea, donde comenzó, hasta aquí.
6 Pilato oyendo Galilea, preguntó si era Galileo.
7 Y cuando entendió que era de la jurisdiccion de Herodes, remitióle al mismo Herodes, que en aquellos dias se hallaba tambien en Jerusalem.
8 Herodes holgóse sobremanera de ver á Jesus: porque hacia mucho tiempo que deseaba verle, por las muchas cosas que habia oido de él, y con esta ocasion esperaba verle hacer algun milagro.
9 Hízole pues muchas preguntas, pero él no le respondió palabra.
10 Entretanto los príncipes de los sacerdotes, y los escribas persistian obstinadamente en acusarle.
11 Mas Herodes con sus soldados le despreció: y para burlarse de él, le hizo vestir de una ropa blanca, y le volvió á enviar á Pilato.
12 Con lo cual se hicieron amigos aquel mismo dia Herodes y Pilato, que antes estaban entre sí enemistados.
13 Habiendo pues Pilato convocado á los príncipes de los sacerdotes, y á los magistrados, juntamente con el pueblo,
14 Les dijo: Vosotros me habeis presentado este hombre como alborotador del pueblo, y hé aquí que habiéndole yo interrogado en presencia vuestra, ningun delito he hallado en él de los que le acusais.
15 Pero ni tampoco Herodes: puesto que os remití á él, y por el hecho se ve que no le juzgó digno de muerte.
16 Por tanto, despues de castigado, le dejaré libre.
17 (Tenia Pilato que dar libertad á un reo cuando llegaba la celebridad de la fiesta.)
18 Y todo el pueblo á una voz clamó, diciendo: Quítale á este la vida, y suéltanos á Barrabas:
19 (El cual por una sedicion levantada en la ciudad y por un homicidio, habia sido puesto en la cárcel.)
20 Hablóles nuevamente Pilato, con deseo de libertar á Jesus.
21 Pero ellos se pusieron á gritar, diciendo: Crucifícale, crucifícale.
22 El no obstante por tercera vez les dijo: ¿Pues qué mal ha hecho este? yo no hallo en él delito ninguno de muerte: asi que, despues de castigarle, le daré por libre.
23 Mas ellos insistian con grandes clamores pidiendo que fuese crucificado: y prevaleció la gritería del pueblo y de los príncipes de los sacerdotes.
24 Al fin Pilato se resolvió á otorgar su demanda.
25 En consecuencia dió libertad, como ellos pedian, al que por causa de homicidio y sedicion habia sido encarcelado: y

á Jesus le abandonó al arbitrio
de ellos.
26 Al conducirle, echaron ma-
no de un tal Simon natural de
Cyrene, que venia del campo: y
le cargaron la cruz para que la
llevara en pos de Jesus.
27 Seguíale gran muchedumbre
de pueblo, y de mujeres: las
cuales le lloraban, y plañian.
28 Pero Jesus vuelto á ellas,
les dijo: Hijas de Jerusalem, no
lloreis por mí, llorad por voso-
tras mismas, y por vuestros hi-
jos.
29 Porque presto vendrán dias
en que se diga: Dichosas las es-
tériles, y dichosos los vientres
que no concibieron, y los pechos
que no dieron de mamar.
30 Entonces comenzarán á de-
cir á los montes: Caed sobre
nosotros; y á los collados: Se-
pultadnos.
31 Pues si al árbol verde le
tratan de esta manera, ¿en el
seco qué se hará?
32 Eran tambien conducidos
con Jesus á la muerte otros dos,
facinerosos.
33 Llegados que fueron al lu-
gar llamado Calvario, allí le
crucificaron; y con él á los la-
drones, uno á la diestra, y otro
á la izquierda.
34 Entretanto Jesus decia: Pa-
dre perdónalos, porque no saben
lo que hacen. Y ellos ponién-
dose á repartir entre sí los ves-
tidos de él, los sortearon.
35 El pueblo lo estaba mirando,
y á una con él los principales ha-
cian befa de Jesus, diciendo: A
otros ha salvado, sálvese pues á
sí mismo, si él es el Cristo, el
escogido de Dios.
36 Insultábanle no menos los
soldados, los cuales se acercaban
á él, y presentándole vinagre,
37 Le decian: Si tú eres el rey
de los Judíos, pónte en salvo.
38 Estaba colocado sobre la
cabeza de Jesus un letrero escri-
to en Griego, en Latin, y en He-
breo, que decia: ESTE ES EL
REY DE LOS JUDIOS.
39 Y uno de los ladrones que
estaban crucificados, blasfemaba
contra Jesus, diciendo: Si tú
eres el Cristo, sálvate á tí mis-
mo, y á nosotros.
40 Mas el otro le reprendia, di-
ciendo: ¡Cómo! ¿Ni aun tú
temes á Dios, estando como estás
en el mismo suplicio?
41 Y nosotros á la verdad esta-
mos en él justamente, pues pa-
gamos la pena merecida por
nuestros delitos: pero este nin-
gun mal ha hecho.
42 Decia despues a Jesus: Se-
ñor, acuérdate de mí, cuando
vengas á tu reino.
43 Y Jesus le dijo: En verdad
te digo, que hoy estarás conmigo
en el paraiso.
44 Era ya casi la hora de ses-
ta, y las tinieblas cubrieron toda
la tierra hasta la hora de nona.
45 El sol se obscureció: y el
velo del templo se rasgó por
medio.
46 Entonces Jesus clamando
con una voz muy grande, dijo:
Padre, en tus manos encomien-
do mi espíritu. Y diciendo esto,
espiró.
47 Asi que vió el centurion lo

que acababa de suceder, glorificó á Dios, diciendo: Verdaderamente era este un hombre justo.
48 Y todo aquel concurso de los que se hallaban presentes á este espectáculo, considerando lo que habia pasado, se volvian dándose golpes de pecho.
49 Estaban al mismo tiempo todos los conocidos de Jesus, y las mujeres que le habian seguido desde Galilea, observando de lejos estas cosas.
50 Y hé aquí que *habia* un senador llamado Josef, varon virtuoso, y justo:
51 (El mismo no habia consentido en los designios y obras de ellos) era oriundo de Arimathéa, ciudad de los Judíos: era tambien de aquellos que esperaban el reino de Dios.
52 Este se presentó á Pilato, y le pidió el cuerpo de Jesus.
53 Y habiéndole descolgado, le envolvió en una sábana, y le colocó en un sepulcro abierto en una peña, en donde ninguno hasta entonces habia sido sepultado.
54 Era aquel el dia que llamaban parasceve, é iba ya á entrar el sábado.
55 Las mujeres que habian seguido á Jesus desde Galilea, miraron el sepulcro, y observaron la manera con que habia sido depositado el cuerpo de Jesus.
56 Y al volverse, hicieron prevencion de aromas, y bálsamos: bien que durante el sábado se mantuvieron quietas segun el mandamiento.

CAPITULO XXIV.

Jesus resucita. Van al sepulcro las santas mujeres. Incredulidad de los apóstoles. Discípulos que van á Emmaús. Aparécese á los apóstoles, les promete el Espíritu Santo, y sube á los cielos.

MAS el primer dia de la semana muy de mañana fueron al sepulcro, y con ellas algunas otras mujeres, llevando los aromas que tenian preparados:
2 Y encontraron apartada la piedra del sepulcro.
3 Pero habiendo entrado, no hallaron al cuerpo del Señor Jesus.
4 Y quedando muy consternadas con este motivo, hé aquí que se aparecieron junto á ellas dos personages con vestiduras resplandecientes.
5 Y quedando ellas llenas de espanto, y con el rostro inclinado á tierra, les dijeron estos: ¿Para qué andais buscando entre los muertos al que está vivo?
6 No está aquí, sino que resucitó: acordáos de lo que os previno, cuando estaba todavía en Galilea,
7 Diciendo: Conviene que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y crucificado, y que al tercer dia resucite.
8 Ellas en efecto se acordaron de las palabras de Jesus.
9 Y volviendo del sepulcro, anunciaron todas estas cosas á los once, y á todos los demas.
10 Las que refirieron esto á los apóstoles eran María Magdalena,

y Juana, y María madre de Santiago, y las otras sus compañeras.
11 Si bien estas nuevas las miraron ellos como un desvarío: y no las creyeron.
12 Pedro no obstante fué corriendo al sepulcro: y habiéndose inclinado vió la mortaja sola allí en el suelo, y se volvió admirando para consigo el suceso.
13 ¶ En este mismo dia dos de ellos iban á una aldea llamada Emmaús, distante de Jerusalem el espacio de sesenta estadios.
14 Y conversaban entre sí de todas las cosas que habian acontecido.
15 Mientras así discurrian y conferenciaban recíprocamente, el mismo Jesus juntándose con ellos caminaba en su compañía:
16 Mas sus ojos estaban como deslumbrados para que no le reconociesen.
17 Díjoles pues: ¿Qué conversacion es esa que, caminando, llevais entre los dos, y por qué estais tristes?
18 Uno de ellos, llamado Cleopas, respondiendo le dijo: ¿Tú solo eres estrangero en Jerusalem, y no sabes lo que ha pasado en ella estos dias?
19 Replicó él: ¿Qué? Lo de Jesus Nazareno, respondieron, el cual fué un profeta, poderoso en obras y en palabras, á los ojos de Dios y de todo el pueblo:
20 Y como los príncipes de los sacerdotes y nuestros gefes le entregaron para que fuese condenado á muerte, y le han crucificado:
21 Mas nosotros esperábamos que él era el que habia de redimir á Israél: y no obstante, despues de todo esto, hé aquí que estamos ya en el tercer dia despues que acaecieron dichas cosas.
22 Bien es verdad que algunas mujeres de entre nosotros nos han sobresaltado, porque antes de ser de dia fueron al sepulcro,
23 Y, no habiendo hallado su cuerpo, volvieron, diciendo habérseles aparecido unos ángeles, los cuales les han asegurado que está vivo.
24 Con eso algunos de los nuestros han ido al sepulcro, y hallado ser cierto lo que las mujeres dijeron: pero á Jesus no le han encontrado.
25 Entonces les dijo él: ¡Oh necios, y tardos de corazon para creer todo lo que anunciaron los profetas!
26 ¡Pues qué! ¿por ventura no era conveniente que el Cristo padeciese todas estas cosas, y entrase así en su gloria?
27 Y empezando por Moisés, y discurriendo por todos los profetas, les interpretaba en todas las Escrituras los lugares que hablan de él.
28 En esto llegaron cerca de la aldea á donde iban: y él hizo ademan de pasar adelante.
29 Mas le detuvieron por fuerza, diciendo: Quédate con nosotros, porque ya es tarde, y va ya el dia de caida. Entró pues para quedarse con ellos.
30 Y estando juntos á la mesa, tomó el pan, y le bendijo, y habiéndole partido se le dió.

31 Con lo cual se les abrieron
los ojos, y le conocieron: mas él
desapareció de su vista.
32 Entonces se dijeron uno á
otro: ¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazon, mientras nos hablaba por el camino, y nos esplicaba las Escrituras?
33 Y levantándose al punto regresaron á Jerusalem, donde hallaron congregados á los once, y á otros de su séquito,
34 Que decian: El Señor ha resucitado realmente, y se ha aparecido á Simon.
35 Ellos por su parte contaban lo que les habia sucedido en el camino: y como le habian conocido al partir el pan.
36 Mientras estaban hablando de estas cosas, se presentó Jesus en medio de ellos, y les dijo: La paz sea con vosotros.
37 Ellos empero atónitos, y atemorizados, se imaginaban ver á algun espíritu.
38 Y Jesus les dijo: ¿De qué os asustais, y por qué dais lugar en vuestro corazon á tales pensamientos?
39 Mirad mis manos, y mis piés, yo mismo soy: palpad, y considerad que un espíritu no tiene carne, ni huesos, como vosotros veis que yo tengo.
40 Dicho esto, mostróles las manos, y los piés.
41 Mas como ellos aun no lo acabasen de creer, estando como estaban, fuera de sí de gozo y de admiracion, les dijo: ¿Teneis aquí algo de comer?
42 Ellos le presentaron un pedazo de pez asado, y un panal de miel.
43 Tomólo, y comió delante de ellos.
44 Díjoles en seguida: Ved ahí lo que os decia, cuando estaba aun con vosotros, que era necesario que se cumpliese todo cuanto está escrito de mí en la ley de Moisés, y en los profetas, y en los salmos.
45 Entonces les abrió el entendimiento para que entendiesen las Escrituras:
46 Y les dijo: Así estaba ya escrito, y así era necesario que el Cristo padeciese, y que resucitase de entre los muertos al tercero dia:
47 Y que en nombre suyo se predicase el arrepentimiento, y el perdon de los pecados á todas las naciones, empezando por Jerusalem.
48 Vosotros sois testigos de estas cosas.
49 Y yo voy á enviaros lo que mi Padre os ha prometido: entretanto permaneced en la ciudad de Jerusalem, hasta que seais revestidos de la fortaleza de lo alto.
50 ¶ Despues los sacó afuera, camino de Bethania: y levantando las manos les echó su bendicion.
51 Y mientras los bendecia, se fué separando de ellos y elevando al cielo.
52 Y habiéndole adorado, regresaron á Jerusalem con gran júbilo:
53 Y estaban de contínuo en el templo, alabando y bendiciendo á Dios. Amen.

EL SANTO EVANGELIO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

SEGUN

SAN JUAN.

CAPITULO I.

Generacion eterna del Verbo. Su encarnacion. Testimonio de Juan Bautista. Primera vocacion de los primeros discípulos.

EN el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios.
2 El estaba en el principio con Dios.
3 Por él fueron hechas todas las cosas: y sin él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas.
4 En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres:
5 Y esta luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la han recibido.
6 Hubo un hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan.
7 Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, á fin de que por medio de él todos creyesen:
8 No era él la luz, sino enviado para dar testimonio de la luz.
9 Era la luz verdadera, que alumbra á todo hombre que viene á este mundo.
10 En el mundo estaba, y el mundo fué por él hecho, y el mundo no le conoció.
11 Vino á lo suyo, y los suyos no le recibieron.
12 Pero á todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles poder de llegar á ser hijos de Dios:
13 Los cuales no nacen de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino que nacen de Dios.
14 Y el Verbo se hizo carne, y habitó en medio de nosotros, (y nosotros hemos visto su gloria, gloria como del unigénito del Padre,) lleno de gracia y de verdad.
15 De él da testimonio Juan, y clama, diciendo: Hé aquí aquel de quien yo os decia: El que ha de venir despues de mí, ha sido preferido á mí: por cuanto era antes que yo.
16 De la plenitud de este hemos participado todos nosotros, y una gracia por *otra* gracia.
17 Porque la ley fué dada por Moisés, mas la gracia y la verdad fueron traidas por Jesucristo.
18 A Dios nadie le ha visto jamas: El Hijo unigénito, existente en el seno del Padre, él mismo es quien le ha hecho conocer.
19 ¶ Y hé aquí el testimonio que dió Juan, cuando los Judíos le enviaron de Jerusalem sacerdotes y levitas, para preguntarle: ¿Tú quién eres?

20 El confesó, y no negó: an-
tes protestó: Yo no soy el Cristo.
21 ¿Pues quién eres? le dije-
ron: ¿Eres tú Elías? Y dijo:
No lo soy. ¿Eres tú el Profe-
ta? Respondió: No.
22 ¿Pues quién eres tú, le di-
jeron, para que podamos dar al-
guna respuesta á los que nos
han enviado? ¿Qué dices de tí
mismo?
23 Yo soy, dijo, la voz del que
clama en el desierto: Endere-
zad el camino del Señor: como
lo tiene dicho el profeta Isaías.
24 Y los enviados eran de los
fariseos.
25 Y le preguntaron, diciendo:
¿Pues cómo bautizas, si tú no
eres el Cristo, ni Elías, ni el
Profeta?
26 Respondióles Juan, dicien-
do: Yo bautizo con agua: pero
en medio de vosotros está uno, á
quien no conoceis.
27 El es el que ha de venir
despues de mí, el cual ha sido
preferido á mí, y á quien yo no
soy digno de desatar la correa de
su zapato.
28 Todo esto sucedió en Bethá-
bera, á la otra parte del Jordan,
donde Juan estaba bautizando.
29 Al dia siguiente vió Juan á
Jesus que venía á encontrarle, y
dijo: Hé aquí el cordero de Dios,
ved aquí al que quita los peca-
dos del mundo.
30 Este es aquel de quien yo
dije: En pos de mí viene un
varon, el cual ha sido preferido
á mí: por cuanto era antes que
yo:
31 Yo no le conocia; pero yo
he venido á bautizar con agua,
para que él sea reconocido en
Israél.
32 Y dió Juan este testimonio,
diciendo: Yo he visto al Espí-
ritu descender del cielo como una
paloma, y reposar sobre él.
33 Yo antes no le conocia, mas
el que me envió á bautizar con
agua, me dijo: Aquel sobre
quien vieres que baja el Espí-
ritu, y reposa sobre él, ese es
el que bautiza con el Espíritu
Santo.
34 Yo le he visto: y por eso
doy testimonio de que él es el
Hijo de Dios.
35 Al dia siguiente otra vez
estaba Juan allí con dos de sus
discípulos.
36 Y viendo á Jesus que pasa-
ba, dijo: Hé aquí el cordero de
Dios.
37 Los dos discípulos al oirle
hablar así, se fueron en pos de
Jesus.
38 Y volviéndose Jesus, y vien-
do que le seguian, díjoles: ¿Qué
buscais? Respondieron ellos:
Rabbi, (que quiere decir Maes-
tro) ¿dónde habitas?
39 Díceles: Venid y lo vereis.
Fueron pues, y vieron donde ha-
bitaba, y se quedaron con él
aquel dia: era entonces como la
hora de las diez.
40 Uno de los dos que habian
oido lo que dijo Juan, y seguido
á Jesus, era Andres, hermano de
Simon Pedro.
41 El primero á quien Andres
halló fué Simon su hermano, y
le dijo: Hemos hallado al Me-
sías: (que quiere decir el Cristo,)

42 Y le llevó á Jesus. Y Jesus le miró, y dijo: Tú eres Simon hijo de Jona: Tú serás llamado Cefas: que quiere decir piedra.
43 Al dia siguiente determinó Jesus encaminarse á Galilea, y encontró á Felipe, y díjole: Sígueme.
44 Era Felipe de Betsaida, patria de Andres, y de Pedro.
45 Felipe halló á Nathanael, y le dijo: Hemos encontrado á aquel de quien escribió Moisés en la ley, y los Profetas, á Jesus de Nazaret, el hijo de Josef.
46 Respondióle Nathanael: ¿Acaso de Nazaret puede salir cosa buena? Dícele Felipe: Ven, y lo verás.
47 Vió Jesus venir hácia él á Nathanael, y de este dijo: Hé aquí un verdadero Israelita, en quien no hay engaño.
48 Dícele Nathanael: ¿De dónde me conoces? Respondióle Jesus: Antes que Felipe te llamase, yo te ví cuando estabas debajo de la higuera.
49 Al oir esto Nathanael, le dijo: ¡Oh Maestro! tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israél.
50 Replicóle Jesus: Por haberte dicho que te ví debajo de la higuera, crees: mayores cosas que estas verás.
51 Y le añadió: En verdad, en verdad os digo, que vereis abierto el cielo, y á los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre.

CAPITULO II.

Bodas de Caná, donde Jesus convierte el agua en vino. Arroja con un azote á los negociantes del templo. Anuncia su resurreccion. Obra varios milagros.

TRES dias despues se celebraron unas bodas en Caná de Galilea: en ellas se hallaba la madre de Jesus.
2 Fué tambien convidado á las bodas Jesus con sus discípulos.
3 Y como viniese á faltar el vino, dijo á Jesus su madre: No tienen vino.
4 Respondióle Jesus: Mujer, ¿Qué tengo yo que hacer contigo? aun no es llegada mi hora.
5 Dijo su madre á los sirvientes: Haced lo que él os dijere.
6 Estaban allí seis hidrias de piedra, destinadas para las purificaciones de los Judíos: en cada una de las cuales cabian dos ó tres cántaras.
7 Díjoles Jesus: Llenad de agua aquellas hidrias. Y llenáronlas hasta arriba.
8 Díceles despues Jesus: Sacad ahora, y llevadle al maestre-sala. Hiciéronlo así.
9 Apenas probó el maestre-sala el agua convertida en vino, como él no sabia de donde era, bien que lo sabian los sirvientes que la habian sacado, llamó al esposo,
10 Y le dijo: Todos sirven al principio el vino mejor; y cuando los convidados han bebido ya á satisfaccion, sacan el mas flojo: tú al contrario has reservado el buen vino para lo último.
11 Así en Caná de Galilea hizo Jesus el primero de sus milagros, con que manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él.
12 Despues de esto pasó á Capharnaum con su madre, sus hermanos, y sus discípulos, en donde se detuvieron pocos dias.

13 Estaba ya cerca la Pascua
de los Judíos, y Jesus subió á
Jerusalem:
14 Y encontrando en el templo
gentes que vendian bueyes, y
ovejas, y palomas, y á los cam-
bistas sentados *en sus mesas*,
15 Habiendo formado de cuer-
das como un azote, los echó á
todos del templo, juntamente con
las ovejas, y bueyes, y derramó
por el suelo el dinero de los
cambistas, derribando las mesas.
16 Y á los que vendian palo-
mas, les dijo; Quitad eso de
aquí, y no querais hacer de la
casa de mi Padre una casa de
tráfico.
17 Entonces se acordaron sus
discípulos que está escrito: El
celo de tu casa me tiene consu-
mido:
18 Pero los Judíos se dirigieron
á él, y le preguntaron: ¿Qué
señal nos das de tu autoridad
para hacer estas cosas?
19 Respondióles Jesus: Des-
truid este templo, y yo en tres
dias le reedificaré.
20 Los Judíos le dijeron: Cua-
renta y seis años se han gastado
en la edificacion de este templo,
¿y tú le has de levantar en tres
dias?
21 Mas él les hablaba del tem-
plo de su cuerpo.
22 Así, cuando hubo resucitado
de entre los muertos, sus discí-
pulos hicieron memoria de que él
les habia dicho esto, y creyeron
á la Escritura, y á las palabras
de Jesus.
23 En el tiempo pues que es-
tuvo en Jerusalem con motivo
de la fiesta de la pascua, creye-
ron muchos en su nombre, vien-
do los milagros que hacia.
24 Pero Jesus no se fiaba de
ellos, porque los conocia á todos,
25 Y no necesitaba que nadie
le diera testimonio acerca de
hombre alguno: porque sabia él
mismo lo que hay dentro de ca-
da hombre.

CAPITULO III.

Instruye Jesus á Nicodemo. Juan Bautista desengaña á sus discípulos del concepto errado que formaban sobre su bautismo, y sobre el bautismo y la persona de Jesus. Declara que Jesucristo es el esposo, y él su amigo.

HABIA un hombre de los fa-
riseos, llamado Nicodemo,
varon principal entre los Judíos,
2 El cual fué de noche á Jesus,
y le dijo: Maestro, nosotros co-
nocemos que eres un maestro
enviado de Dios; porque ningu-
no puede hacer los milagros que
tú haces, á no tener á Dios con-
sigo.
3 Respondióle Jesus: Pues en
verdad, en verdad te digo, que
quien no naciere de nuevo, no
puede ver el reino de Dios.
4 Dícele Nicodemo: ¿Cómo
puede nacer un hombre, siendo
viejo? ¿puede acaso volver otra
vez al seno de su madre para
renacer?
5 En verdad, en verdad te di-
go, respondió Jesus, que quien
no renaciere del agua y del Es-
píritu, no puede entrar en el
reino de Dios.
6 Lo que ha nacido de la carne,
carne es: mas lo que ha nacido
del Espíritu, es espíritu.

7 Por tanto no estrañes que te
haya dicho : Os es preciso nacer
otra vez.
8 Pues el viento sopla donde
quiere : y tú oyes su sonido,
mas no sabes de donde sale, ó á
donde va : eso mismo sucede al
que nace del Espíritu.
9 Preguntóle Nicodemo : ¿ Có-
mo puede hacerse esto ?
10 Respondióle Jesus : ¿ Y tú
eres maestro en Israél, y no en-
tiendes estas cosas ?
11 En verdad, en verdad te
digo, que nosotros no hablamos
sino lo que sabemos, y no ates-
tiguamos sino lo que hemos vis-
to, y vosotros no admitís nuestro
testimonio.
12 Si os he hablado de cosas de
la tierra, y no me creeis : ¿ có-
mo me creereis si os hablo de
cosas del cielo ?
13 Ello es así que nadie subió
al cielo, sino aquel que ha des-
cendido del cielo, el Hijo del
hombre, que está en el cielo.
14 Al modo que Moisés en el
desierto levantó en alto la ser-
piente ; asi tambien es menester
que el Hijo del hombre sea le-
vantado en alto,
15 Para que todo aquel que
crea en él, no perezca, sino que
logre la vida eterna.
16 Pues amó tanto Dios al
mundo, que dió á su Hijo uni-
génito : á fin de que todos los
que creen en él no perezcan,
sino que vivan vida eterna.
17 Porque no envió Dios su
Hijo al mundo para condenar el
mundo, sino para que por él el
mundo se salve.
18 Quien cree en él, no es con-
denado : pero quien no cree, ya
tiene hecha la condena: por lo
mismo que no cree en el nombre
del Hijo unigénito de Dios.
19 Este juicio consiste, en que
la luz vino al mundo, y los
hombres amaron mas las tinie-
blas, que la luz : por cuanto sus
obras eran malas.
20 Pues quien obra mal, abor-
rece la luz, y no se acerca á ella,
para que no sean reprendidas
sus obras :
21 Al contrario, quien obra se-
gun la verdad, se acerca á la luz,
á fin de que sus obras se vean,
como que han sido hechas segun
Dios.
22 ¶ Despues de esto se fué Je-
sus con sus discípulos á la Ju-
dea : y allí moraba con ellos, y
bautizaba.
23 Juan asimismo proseguia
bautizando en Enon, junto á Sa-
lim : porque allí habia mucha
abundancia de aguas, y concur-
rian las gentes, y eran bautiza-
das :
24 Que todavía Juan no habia
sido puesto en la cárcel.
25 Con esta ocasion se suscitó
una disputa entre los discípulos
de Juan, y los Judíos acerca de
la purificacion.
26 Y acudieron á Juan, y le di-
jeron : Maestro, aquel que estaba
contigo á la otra parte del Jor-
dan, de quien diste testimonio,
hé aquí que se ha puesto á bau-
tizar, y todos se van á él.
27 Pero Juan les respondió, y
dijo : No puede el hombre recibir
nada, si no le es dado del cielo.

28 Vosotros mismos me sois testigos de que he dicho: Yo no soy el Cristo: sino que he sido enviado delante de él.

29 El esposo es aquel que tiene la esposa: mas el amigo del esposo, que está para asistirle y atenderle, se llena de gozo con oir la voz del esposo. Mi gozo pues es completo.

30 Conviene que él crezca, y que yo mengüe.

31 El que ha venido de lo alto, es superior á todos. Quien trae su orígen de la tierra, á la tierra pertenece, y de la tierra habla. El que ha venido del cielo, es superior á todos.

32 Y atestigua cosas que ha visto y oido: y nadie presta fé á su testimonio.

33 Mas quien ha adherido á lo que él atestigua, testifica que Dios es verídico.

34 Porque este á quien Dios ha enviado, habla las mismas palabras que Dios: pues Dios no le ha dado su Espíritu con medida.

35 El Padre ama al Hijo, y ha puesto todas las cosas en manos de él.

36 Aquel que cree en el Hijo, tiene vida eterna: pero quien no da crédito al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él.

CAPITULO IV.

Conversion de la Samaritana, y de muchos Samaritanos. Instruccion que con este motivo da el Señor á sus discípulos. Cura milagrosamente al hijo de un señor principal.

LUEGO que entendió el Señor que los fariseos habian sabido que él juntaba mas discípulos, y bautizaba mas que Juan,

2 (Si bien Jesus mismo no bautizaba, sino sus discípulos)

3 Dejó la Judea, y partióse otra vez á Galilea:

4 Debia por tanto pasar por Samaria.

5 Llegó pues á la ciudad de Samaria, llamada Sichâr, vecina á la heredad, que Jacob dió á su hijo Josef.

6 Aquí estaba la fuente de Jacob. Jesus pues cansado del camino, sentóse así sobre el brocal de este pozo. Era ya cerca de la hora de sesta.

7 Vino una mujer samaritana á sacar agua. Díjole Jesus: Dáme de beber.

8 (Entre tanto sus discípulos habian ido á la ciudad á comprar de comer.)

9 Pero la mujer samaritana le respondió: ¿Cómo tú siendo Judío, me pides de beber á mí, que soy samaritana? Porque los Judíos no comunican con los Samaritanos.

10 Díjole Jesus en respuesta: Si tú conocieras el don de Dios, y quien es el que te dice: Dáme de beber: tú le hubieras pedido á él, y él te hubiera dado agua viva.

11 Dícele la mujer: Señor, tú no tienes con que sacarla, y el pozo es profundo: ¿dónde tienes pues esa agua viva?

12 ¿Eres tú por ventura mayor que nuestro padre Jacob, que nos dió este pozo, del cual bebió él mismo, y sus hijos, y sus ganados?

13 Respondióle Jesus: Cual-

quiera que bebe de esta agua,
tendrá otra vez sed:
14 Pero quien bebiere del agua
que yo le daré, nunca jamas
volverá á tener sed: antes el
agua que yo le daré, vendrá á
ser dentro de él un manantial
de agua que manará hasta la
vida eterna.
15 La mujer le dijo: Señor,
dáme de esa agua, para que no
tenga yo mas sed, ni haya de
venir aquí á sacar agua.
16 Pero Jesus le dijo: Anda,
llama á tu marido, y vuelve acá.
17 Respondió la mujer: Yo no
tengo marido. Dícele Jesus:
Tienes razon en decir que no
tienes marido:
18 Porque cinco maridos has
tenido: y el que ahora tienes,
no es marido tuyo: en eso ver-
dad has dicho.
19 Díjole la mujer: Señor, yo
veo que tú eres un profeta.
20 Nuestros padres adoraron
en este monte, y vosotros decís
que en Jerusalem está el lugar
donde se debe adorar.
21 Respóndele Jesus: Mujer,
créeme á mí, ya llega el tiempo
en que ni en este monte, ni en
Jerusalem adorareis al Padre.
22 Vosotros adorais lo que no
conoceis: pero nosotros adora-
mos lo que conocemos, porque
la salud procede de los Judíos.
23 Pero ya llega el tiempo, ya
estamos en él, cuando los ver-
daderos adoradores adorarán al
Padre en espíritu y en verdad.
Porque tales son los adoradores
que el Padre busca.
24 Dios es espíritu; y por lo
mismo los que le adoran, en es-
píritu y verdad deben adorarle.
25 Dícele la mujer: Sé que es-
tá para venir el Mesías (esto es,
el Cristo): cuando venga pues,
él nos lo declarará todo.
26 Y Jesus le responde: Ese
soy yo, que hablo contigo.
27 En esto llegaron sus discípu-
los: y estrañaban que hablase
con aquella mujer. No obstante
nadie le dijo: ¿Qué le pregun-
tas, ó por qué hablas con ella?
28 Entretanto la mujer, dejando
allí su cántaro, se fué á la ciu-
dad, y dijo á las gentes:
29 Venid y vereis á un hombre,
que me ha dicho todo cuanto yo
he hecho. ¿Será quizá este el
Cristo?
30 Con eso salieron de la ciu-
dad, y vinieron á encontrarle.
31 Entretanto instábanle los
discípulos diciendo: Maestro,
come.
32 Díceles él: Yo tengo para
alimentarme un manjar que vos-
otros no sabeis.
33 Decíanse pues los discípulos
unos á otros: ¿Si le habrá trai-
do alguno de comer?
34 Jesus les dijo: Mi comida
es hacer la voluntad del que me
ha enviado, para dar cumpli-
miento á su obra.
35 ¿No decís vosotros: Dentro
de cuatro meses estaremos en la
siega? Pues ahora os digo yo:
Alzad vuestros ojos, tended la
vista por los campos, y ved ya
las mieses blancas, y á punto de
segarse.
36 Aquel que siega recibe su
jornal, y recoge frutos para la

vida eterna: á fin de que igualmente se gocen así el que siembra como el que siega.
37 Y en esta ocasion se verifica aquel refran: Uno es el que siembra, y otro el que siega.
38 Yo os he enviado á vosotros á segar lo que no labrasteis: otros hicieron la labranza, y vosotros habeis entrado en sus labores.
39 El hecho fué que muchos Samaritanos de aquella ciudad creyeron en él, por las palabras de la mujer, que aseguraba: Me ha dicho todo cuanto yo hice.
40 Y venidos á él los Samaritanos, le rogaron que se quedase allí. Y se detuvo dos dias en aquella ciudad.
41 Con lo que fueron muchos mas los que creyeron en él por haber oido sus discursos.
42 Y decian á la mujer: Ya no creemos por lo que tú has dicho: pues nosotros mismos le hemos oido, y hemos conocido que este es verdaderamente el Cristo, el Salvador del mundo.
43 ¶ Pasados pues dos dias salió de allí: y prosiguió su viage á Galilea.
44 Porque el mismo Jesus habia atestiguado, que un profeta no es mirado con veneracion en su patria.
45 Asi que llegó á Galilea, fué recibido de los Galiléos, porque habian visto todas las cosas que habia hecho en Jerusalem durante la fiesta: pues tambien ellos habian concurrido á celebrarla.
46 Y fué Jesus nuevamente á Caná de Galilea, donde habia convertido el agua en vino. Habia un señor de la corte, que tenia un hijo enfermo en Capharnaum.
47 Este señor, habiendo oido decir que Jesus venia de Judea á Galilea, fué á encontrarse con él, y le suplicó que bajase á curar á su hijo, que estaba muriéndose.
48 Pero Jesus le respondió: Vosotros si no veis milagros y prodigios no creeis.
49 Instábale el de la corte: Ven, Señor, antes que muera mi hijo.
50 Dícele Jesus: Anda, que tu hijo está bueno. Creyó aquel hombre á la palabra que Jesus le dijo, y se puso en camino.
51 Yendo ya hácia su casa, le salieron al encuentro los criados, con la nueva de que el hijo estaba ya bueno.
52 Preguntóles á qué hora habia sentido la mejoría. Y le respondieron: Ayer á las siete le dejó la calentura.
53 Reflexionó el padre que aquella era la hora misma en que Jesus le dijo: Tu hijo está bueno; y así creyó él, y toda su familia.
54 Este fué el segundo milagro que hizo Jesus, despues de haber vuelto de Judea á Galilea.

CAPITULO V.

Jesus cura al paralítico de la piscina. Los Judíos le calumnian por este milagro; y el Señor alega contra ellos á su favor testimonios irrefragables.

DESPUES de esto siendo la fiesta de los Judíos, partió Jesus á Jerusalem.

2 Hay en Jerusalem cerca de la puerta de las ovejas, una piscina llamada en hebréo Bethesda, la cual tiene cinco pórticos.

3 En ellos pues yacia una gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, aguardando el movimiento de las aguas.

4 Pues un ángel descendia en cierto tiempo á la piscina, y agitaba el agua. Y el primero que despues de movida el agua entraba en la piscina, quedaba sano de cualquiera enfermedad que tuviese.

5 Allí estaba un hombre, que se hallaba enfermo treinta y ocho años hacía.

6 Como Jesus le viese tendido, y conociese que estaba ya este hombre de mucho tiempo enfermo, dícele: ¿Quieres ser curado?

7 Señor, respondió el doliente, no tengo una persona que me meta en la piscina, asi que el agua está agitada: por lo cual mientras yo voy, ya otro ha bajado antes.

8 Dícele Jesus: Levántate, coge tu camilla, y anda.

9 De repente se halló sano este hombre: y cogió su camilla, é iba caminando. Era aquel un dia de sábado.

10 Por lo que decian los Judíos al que habia sido curado: Hoy es sábado, no te es lícito llevar la camilla.

11 Respondióles: El que me ha curado, ese mismo me ha dicho: Toma tu camilla, y anda.

12 Preguntáronle entonces: ¿Quién es ese hombre que te ha dicho: Toma tu camilla, y anda?

13 Mas el que habia sido curado, no sabia quien era ese, porque Jesus se habia retirado del tropel de gentes que allí habia.

14 Hallóle despues Jesus en el templo, y le dijo: Bien ves como has quedado curado: no peques pues en adelante, para que no te suceda alguna cosa peor.

15 Aquel hombre fué, y declaró á los Judíos, que Jesus era quien le habia curado.

16 Pero estos por lo mismo perseguian á Jesus, y procuraban darle muerte, por cuanto hacia tales cosas en sábado.

17 Entonces Jesus les dijo: Mi Padre hasta ahora está obrando, y yo obro.

18 Mas por esto mismo, con mayor empeño andaban tramando los Judíos el quitarle la vida: porque no solamente violaba el sábado, sino que decia que Dios era Padre suyo, haciéndose igual á Dios.

19 Por lo cual tomando la palabra, les dijo: En verdad, en verdad os digo, que no puede hacer el Hijo por sí cosa alguna, fuera de lo que viere hacer al Padre: porque todo lo que este hace, lo hace igualmente el Hijo.

20 Porque como el Padre ama al Hijo, le comunica todas las cosas que hace: y le manifestará obras mayores que estas, de suerte que quedeis asombrados.

21 ¶ Pues asi como el Padre resucita á los muertos, y les da vida, del mismo modo el Hijo da vida á los que quiere.

22 Ni el Padre juzga á nadie:
sino que todo el poder de juzgar
le dió al Hijo,
23 Con el fin de que todos hon-
ren al Hijo, de la manera que
honran al Padre: que quien al
Hijo no honra, tampoco honra al
Padre que le ha enviado.
24 En verdad, en verdad os di-
go, que quien escucha mi pala-
bra, y cree á aquel que me ha
enviado, tiene la vida eterna, y
no incurre en sentencia de con-
denacion, sino que ha pasado de
muerte á vida.
25 En verdad, en verdad os di-
go, que viene tiempo, y estamos
ya en él, en que los muertos oi-
rán la voz del Hijo de Dios: y
aquellos que la escucharen vi-
virán.
26 Porque asi como el Padre
tiene en sí mismo la vida, así
tambien ha dado al Hijo el tener
la vida en sí mismo.
27 Y le ha dado la potestad de
juzgar en cuanto es Hijo del
hombre.
28 No teneis que admiraros de
esto, pues vendrá tiempo en que
todos los que están en los sepul-
cros oirán su voz:
29 Y saldrán los que hicieron
buenas obras, á resucitar para
la vida; pero los que las hicie-
ron malas, resucitarán para ser
condenados.
30 No puedo yo de mí mismo
hacer cosa alguna. Yo senten-
cio segun oigo; y mi sentencia
es justa: porque no pretendo ha-
cer mi voluntad, sino la del Pa-
dre que me ha enviado.
31 ¶ Si yo doy testimonio de
mí mismo, mi testimonio no es
verdadero.
32 Otro hay que da testimonio
de mí: y sé que es testimonio
verdadero el que da de mí.
33 Vosotros enviasteis á pre-
guntar á Juan: y él dió testi-
monio á la verdad.
34 Bien que yo no he menester
testimonio de hombre: sino que
digo esto para vuestra salvacion.
35 Juan era una antorcha que
ardia, y brillaba. Y vosotros
por un breve tiempo quisisteis
mostrar regocijo á vista de su
luz.
36 Pero yo tengo un testimonio
superior al testimonio de Juan.
Porque las obras que el Padre
me puso en las manos para que
las ejecutase, estas mismas obras
que yo hago, dan testimonio en
mi favor de que me ha enviado
el Padre:
37 Y el Padre que me ha en-
viado, él mismo ha dado testimo-
nio de mí: vosotros *empero* no
habeis oido jamas su voz, ni
visto su semblante.
38 Ni teneis impresa su pala-
bra dentro de vosotros, pues no
creeis á quien él ha enviado.
39 Escudriñad las Escrituras,
puesto que creeis hallar en ellas
la vida eterna: ellas son las que
están dando testimonio de mí:
40 Y con todo no quereis venir
á mí para alcanzar la vida.
41 Yo no me pago de la fama
de los hombres.
42 Pero yo os conozco, que el
amor de Dios no habita en vos-
otros.
43 *Pues* yo vine en nombre de

mi Padre, y no me recibís: si
otro viniere de su propia autori-
dad, á este le recibireis.
44 Y ¿ cómo es posible que me
creais, vosotros que andais men-
digando alabanzas unos de otros,
y no procurais aquella gloria
que de solo Dios procede?
45 No penseis que yo os he de
acusar ante el Padre: vuestro
acusador es Moisés, en quien
vosotros confiais.
46 Porque si creyeseis á Moisés,
me creeriais tambien á mí, pues
de mí escribió él.
47 Pero si no creeis lo que él
escribió: ¿ cómo habeis de creer
lo que yo os digo?

CAPITULO VI.

Multiplica Jesus los panes. Huye de los que le querian hacer rey. Camina sobre las olas del mar. Enseña el misterio de la Eucaristía. Predice la traicion de Judas.

DESPUES de esto pasó Jesus
al otro lado del mar de Ga-
lilea, que es el de Tiberiades:
2 Y como le siguiese una gran
muchedumbre de gentes, porque
veían los milagros que hacia con
los enfermos:
3 Subióse á un monte, y sen-
tóse allí con sus discípulos.
4 Acercábase ya la Pascua, que
es la fiesta de los Judíos.
5 Habiendo pues Jesus levan-
tado los ojos, y viendo venir há-
cia él á un grandísimo gentío,
dijo á Felipe: ¿ Dónde compra-
remos panes para dar de comer
á toda esa gente?
6 Mas esto lo decía para pro-
barle: pues bien sabia él mismo
lo que habia de hacer.
7 Respondióle Felipe: Doscien-
tos denarios de pan no bastan
para que cada uno de ellos tome
un bocado.
8 Dícele uno de sus discípu-
los, Andres, hermano de Simon
Pedro:
9 Aquí está un muchacho, que
tiene cinco panes de cebada, y
dos peces: mas ¿ qué es esto pa-
ra tanta gente?
10 Pero Jesus dijo: Haced sen-
tar á esas gentes. El sitio esta-
ba cubierto de yerba. Sentá-
ronse pues al pié de cinco mil
hombres.
11 Jesus entonces tomó los pa-
nes: y despues de haber dado
gracias, repartiólos entre los dis-
cípulos, y estos entre los que
estaban sentados: y lo mismo
hizo con los peces, dando á todos
cuanto querian.
12 Despues que quedaron sa-
ciados, dijo á sus discípulos:
Recoged los pedazos que han so-
brado, para que no se pierdan.
13 Hiciéronlo así, y llenaron
doce cestos de los pedazos que
habian sobrado de los cinco pa-
nes de cebada, despues que todos
hubieron comido.
14 Visto el milagro que Je-
sus habia hecho, decian aque-
llos hombres: Este sin duda es
el profeta que ha de venir al
mundo.
15 Por lo cual, conociendo Je-
sus que habian de venir para
llevársele por fuerza, y levan-
tarle por rey, huyó él solo otra
vez al monte.
16 Siendo ya tarde, sus discí-
pulos bajaron á la orilla del mar.

17 Y habiendo entrado en un barco, iban atravesando el mar hácia Capharnaum: era ya noche cerrada, y Jesus no se habia juntado con ellos.
18 Entretanto el mar, soplando un viento muy recio, se hinchaba.
19 Despues de haber remado como unos veinte y cinco ó treinta estadios, ven venir á Jesus andando sobre las olas, y acercarse á la nave, y se asustaron.
20 Mas él les dijo: Soy yo, no teneis que temer.
21 Recibiéronle pues gustosos consigo á bordo: y la barca tocó luego en el sitio á donde se dirigian.
22 Al dia siguiente, aquel gentío que se habia quedado en la otra parte del mar, advirtió que allí no habia mas de una barca, y que Jesus no se habia metido en ella con sus discípulos, sino que estos habian marchado solos.
23 (A la sazon arribaron de Tiberiades otras barcas, cerca del lugar en que habian comido el pan, despues de haber dado gracias el Señor).
24 Pues como viese la gente que Jesus no estaba allí, ni tampoco sus discípulos, entraron en dichos barcos, y dirigiéronse á Capharnaum en busca de Jesus.
25 Y habiéndole hallado á la otra parte del lago, le preguntaron: Maestro, ¿cuándo viniste acá?
26 Jesus les respondió, y dijo: En verdad, en verdad os digo: que vosotros me buscais, no por los milagros que habeis visto, sino porque os he dado de comer con aquellos panes, hasta saciaros.
27 Trabajad para tener no el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna, el cual os le dará el Hijo del hombre: pues en este imprimió su sello el Dios Padre.
28 Preguntáronle luego ellos: ¿Qué hemos de hacer para ejecutar las obras de Dios?
29 Respondióles Jesus: La obra de Dios es, que creais en aquel que él os ha enviado.
30 Dijéronle: ¿Pues qué milagro haces tú para que nosotros veamos y creamos? ¿Qué obra haces tú?
31 Nuestros padres comieron el maná en el desierto, segun está escrito: Dióles á comer pan del cielo.
32 Respondióles Jesus: En verdad, en verdad os digo: Moisés no os dió pan del cielo, mi Padre es quien os da á vosotros el verdadero pan del cielo.
33 Porque pan de Dios es aquel que ha descendido del cielo, y que da la vida al mundo.
34 Dijéronle ellos: Señor, dános siempre ese pan.
35 A lo que Jesus respondió: Yo soy el pan de vida: el que viene á mí, no tendrá hambre: y el que cree en mí, no tendrá sed jamas.
36 Pero ya os lo he dicho, que vosotros me habeis visto, y no creeis.
37 Todos los que me da el Padre vendrán á mí: y al que viniere á mí, no le desecharé:

38 Pues he descendido del cie-
lo, no para hacer mi voluntad,
sino la voluntad de aquel que
me ha enviado.
39 Y la voluntad de mi Padre,
que me ha enviado, es que yo no
pierda ninguno de los que me ha
dado, sino que los resucite á to-
dos en el último dia.
40 Por tanto la voluntad del
que me ha enviado, es que todo
aquel que vé al Hijo y cree en
él, tenga vida eterna, y yo le
resucitaré en el último dia.
41 ¶ Los Judíos entonces co-
menzaron á murmurar de él,
porque habia dicho: Yo soy el
pan, que he descendido del cielo,
42 Y decian: ¿ No es este aquel
Jesus hijo de Josef, cuyo padre,
y cuya madre nosotros conoce-
mos? ¿ pues cómo dice él: Yo he
bajado del cielo?
43 Mas Jesus les respondió, y
dijo: No andeis murmurando
entre vosotros:
44 Nadie puede venir á mí, si
el Padre que me envió no le
atrae: y al tal le resucitaré yo
en el último dia.
45 Escrito está en los profetas:
Todos serán enseñados de Dios.
Cualquiera pues que ha escucha-
do al Padre, y ha aprendido de
él, viene á mí.
46 No porque algun hombre
haya visto al Padre, escepto el
que es de Dios: este sí que ha
visto al Padre.
47 En verdad, en verdad os
digo, que quien cree en mí, tiene
la vida eterna.
48 Yo soy el pan de vida.
49 Vuestros padres comieron el
maná en el desierto, y murie-
ron.
50 Este es el pan que desciende
del cielo, á fin de que quien co-
miere de él, no muera.
51 Yo soy el pan vivo, que he
descendido del cielo: quien co-
miere de este pan, vivirá eterna-
mente: y el pan que yo daré, es
mi carne que daré para la vida
del mundo.
52 Comenzaron entonces los
Judíos á altercar unos con otros,
diciendo: ¿ Cómo puede este dar-
nos á comer su carne?
53 Jesus empero les dijo: En
verdad, en verdad os digo, que
si no comiereis la carne del Hijo
del hombre, y no bebiereis su
sangre, no tendreis vida en voso-
tros.
54 Quien come mi carne, y
bebe mi sangre, tiene vida eter-
na: y yo le resucitaré en el úl-
timo dia.
55 Porque mi carne, verdadera-
mente es comida: y mi sangre,
es verdaderamente bebida.
56 Quien come mi carne, y
bebe mi sangre, en mí mora, y
yo en él.
57 Asi como el Padre viviente
me ha enviado, y yo vivo por el
Padre: así quien me come, tam-
bien él vivirá por mí.
58 Este es el pan que ha baja-
do del cielo. No como vuestros
padres, que comieron el maná, y
no obstante murieron. Quien
come este pan, vivirá eterna-
mente.
59 Estas cosas las dijo Jesus,
enseñando en la sinagoga de Ca-
pharnaum.

60 Y muchos de sus discípulos
habiéndolas oido, dijeron: Dura
es esta doctrina, ¿y quién puede
escucharla?
61 Mas Jesus sabiendo por sí
mismo, que sus discípulos mur-
muraban de esto, díjoles: ¿Esto
os escandaliza?
62 ¿Pues qué será si viereis al
Hijo del hombre subir á donde
antes estaba?
63 El espíritu es quien da la
vida: la carne de nada sirve:
las palabras que yo os he dicho,
espíritu y vida son.
64 Pero entre vosotros hay al-
gunos que no creen. Que bien
sabia Jesus desde el principio,
cuales eran los que no creían, y
quien le habia de entregar.
65 Así decia: Por esta causa
os he dicho que nadie puede ve-
nir á mí, si mi Padre no se lo
concediere.
66 Desde entonces muchos de
sus discípulos dejaron de seguir-
le: y ya no andaban con él.
67 Por lo que dijo Jesus á los
doce: ¿Y vosotros quereis tam-
bien retiraros?
68 Respondióle Simon Pedro:
Señor, ¿á quién iremos? tú tie-
nes palabras de vida eterna:
69 Y nosotros hemos creido, y
conocido que tú eres el Cristo, el
Hijo de Dios vivo.
70 Replicóles Jesus: ¡Pues
qué! ¿no soy yo el que os esco-
gí á todos doce: y con todo, uno
de vosotros es un diablo?
71 Decia esto por Judas Isca-
riote, hijo de Simon; que, no obs-
tante de ser uno de los doce, le
habia de vender.

CAPITULO VII.

Va Jesus á Jerusalem por la fiesta de los tabernáculos: enseña en el templo: prueba eficacísimamente la verdad de su mision y doctrina, y muda el corazon de los que venian á prenderle. Nicodemo le defiende.

DESPUES de esto andaba Je-
sus por Galilea, porque no
queria andar por la Judea, visto
que los Judíos procuraban su
muerte.
2 Mas estando próxima la fies-
ta de los Judíos, llamada de los
tabernáculos,
3 Sus hermanos le dijeron: Sal
de aquí, y véte á Judea, para
que tambien aquellos discípulos
tuyos vean las obras que haces.
4 Puesto que nadie hace las
cosas en secreto, si quiere ser
conocido: ya que haces tales co-
sas, dáte á conocer al mundo.
5 Porque aun sus hermanos no
creían en él.
6 Jesus pues les dijo: Mi tiem-
po no ha llegado todavía: el
vuestro siempre está á punto.
7 A vosotros no puede el mun-
do aborreceros: á mí sí que me
aborrece: porque yo demuestro
que sus obras son malas.
8 Vosotros id á esa fiesta, yo no
voy á ella todavía: porque mi
tiempo aun no se ha cumplido.
9 Dicho esto, él se quedó en
Galilea.
10 Pero despues que marcharon
sus hermanos él tambien se puso
en camino para ir á la fiesta, no
con publicidad, sino como en se-
creto.
11 Mas los Judíos en el dia de
la fiesta le buscaban, y decian:
¿En dónde está aquel?

12 Y era mucho lo que se susurraba de él entre el pueblo. Porque unos decian: Sin duda es hombre de bien. Otros al contrario; No, sino que trae embaucado al pueblo.

13 Pero nadie osaba en público hablar de él con libertad, por temor de los Judíos.

14 Como quiera hácia la mitad de la fiesta, subió Jesus al templo, y púsose á enseñar.

15 Y maravillábanse los Judíos, y decian: ¿Cómo sabe este letras, sin haber estudiado?

16 Respondióles Jesus; Mi doctrína no es mia, sino de aquel que me ha enviado.

17 Quien quisiere hacer la voluntad de este, conocerá si mi doctrina es de Dios, ó si yo hablo de mí mismo.

18 Quien habla de sí mismo, busca su propia gloria: mas el que busca la gloria del que le envió, ese es veraz, y no hay en él injusticia.

19 ¿Por ventura no os dió Moisés la ley, y con todo eso ninguno de vosotros observa la ley? ¿Por qué intentais matarme?

20 Respondió la gente, y dijo: Estás endemoniado: ¿quién es el que trata de matarte?

21 Jesus prosiguió diciéndoles: Yo hice una sola obra, y todos lo habeis estrañado;

22 Mientras que, habíendoos dado Moisés la circuncision, (no que traiga de él su orígen, sino de los patriarcas) no dejais de circuncidar al hombre aun en dia de sábado.

23 Pues si un hombre es circuncidado en sábado, para no quebrantar la ley de Moisés: ¿os habeis de indignar contra mí, porque he curado de todo á un hombre en dia de sábado?

24 No querais juzgar por las apariencias, sino juzgad por un juicio recto.

25 Comenzaron entonces á decir algunos de Jerusalem: ¿No es este á quien buscan para darle la muerte?

26 Y con todo vedle que habla públicamente, y no le dicen nada. ¿Si será que nuestros príncipes han conocido de cierto ser este el Cristo?

27 Pero este sabemos de donde es: mas cuando venga el Cristo nadie sabrá su orígen.

28 Entretanto, prosiguiendo Jesus en instruirlos, decia en alta voz en el templo: Vosotros me conoceis, y sabeis de donde soy: pero yo no he venido de mí mismo, sino que quien me ha enviado es veraz, al cual vosotros no conoceis.

29 Yo sí que le conozco: porque de él he salido, y él es el que me ha enviado.

30 Entonces buscaban como prenderle: mas nadie puso en él las manos, porque aun no era llegada su hora.

31 Entretanto muchos del pueblo creyeron en él, y decian: Cuando venga el Cristo, ¿hará por ventura mas milagros que los que hace este?

32 Oyeron los fariseos estas conversaciones que el pueblo tenia acerca de él: y así ellos, como los príncipes de los sacer-

dotes, despacharon ministros para prenderle.
33 Pero Jesus les dijo: Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo; despues voy á aquel que me ha enviado.
34 Vosotros me buscareis, y no me hallareis: y adonde yo voy á estar, vosotros no podeis venir.
35 Sobre lo cual dijeron los Judíos entre sí: ¿Adónde irá este, quo no le hayamos de hallar? ¿Querrá irse quizá á los dispersos entre las naciones, y predicar á los Gentiles?
36 ¿Qué es lo que ha querido decir con estas palabras: Me buscareis, y no me hallareis: y adonde yo voy á estar, no podeis venir vosotros?
37 ¶ En el último dia de la fiesta, que es el mas solemne, Jesus se puso en pié, y en alta voz decia: Si alguno tiene sed, venga á mí, y beba.
38 Del seno de aquel que cree en mí manarán, como dice la Escritura, rios de agua viva.
39 (Mas en esto hablaba del Espíritu que habian de recibir los que creyesen en él: pues aun no se habia comunicado el Espíritu Santo, porque Jesus todavía no estaba en su gloria.)
40 Muchos de aquella multitud, habiendo oido estos discursos de Jesus, decian: Este ciertamente es el profeta.
41 Este es el Cristo, decian otros. Mas algunos replicaban: ¿Por ventura el Cristo ha de venir de Galilea?
42 ¿No está claro en la Escritura que del linage de David, y del lugar de Bethlehem, donde David moraba, debe venir el Cristo?
43 Con esto hubo una division entre el pueblo acerca de él.
44 Habia entre la muchedumbre algunos que querian prenderle: pero nadie se atrevió á echar la mano sobre él.
45 Y así los ministros volvieron á los pontífices y fariseos; y estos les dijeron: ¿Cómo no le habeis traido?
46 Respondieron los ministros: Jamas hombre alguno ha hablado, como este hombre.
47 Dijéronles los fariseos: ¡Qué! ¿tambien vosotros habeis sido embaucados?
48 ¿Acaso alguno de los príncipes ó de los fariseos ha creido en él?
49 Pero ese populacho, que no entiende la ley, es maldito.
50 Entonces Nicodemo, aquel mismo que de noche vino á Jesus, y era uno de ellos, les dijo:
51 ¿Por ventura nuestra ley condena á nadie, sin haberle oido primero, y examinado su proceder?
52 Respondiéronle: ¿Eres acaso tú tambien Galiléo? Examina, y verás como no hay profeta originario de Galilea.
53 En seguida se retiró cada uno á su casa.

CAPITULO VIII.

Libra Jesus de la muerte á una mujer adúltera confundiendo á sus acusadores. Declara de varias maneras ser el Hijo de Dios, y el Mesías prometido; y responde con admirable mansedumbre á las blasfemias de los Judíos.

JESUS se retiró al monte de
los Olivos:
2 Y al romper el dia volvió al
templo; y como todo el pueblo
concurrió á él, sentándose se
puso á enseñarlos.
3 Entonces hé aquí que los es-
cribas y fariseos le trajeron una
mujer cogida en adulterio: y
poniéndola en medio,
4 Dijeron á Jesus: Maestro, es-
ta mujer acaba de ser sorprendi-
da en el acto de adulterio.
5 Moisés en la ley nos tiene
mandado apedrear á las tales.
Tú ¿qué dices á esto?
6 Lo cual preguntaban para
tentarle y poder acusarle. Pero
Jesus inclinóse hácia el suelo, y
con el dedo escribia en la tierra.
7 Mas como porfiasen ellos en
preguntarle, se enderezó, y les
dijo: El que de vosotros se ha-
lle sin pecado, tire contra ella el
primero la piedra.
8 Y volviendo á inclinarse otra
vez, continuaba escribiendo en
el suelo.
9 Mas, oida tal respuesta, y
acusados de su propia concien-
cia, se iban descabullendo uno
tras otro, comenzando por los
mas viejos, hasta los últimos, y
dejaron solo á Jesus, y á la mu-
jer que estaba en pié en medio.
10 Entonces Jesus enderezán-
dose, y no viendo á nadie mas
que á la mujer, le dijo: Mujer,
¿dónde están tus acusadores?
¿Nadie te ha condenado?
11 Ella respondió: Ninguno,
Señor. Y Jesus le dijo: Pues
tampoco yo te condenaré: anda,
y no peques mas en adelante.
12 Y volviendo Jesus á hablar
al pueblo, dijo: Yo soy la luz
del mundo: el que me sigue, no
camina á oscuras, sino que ten-
drá la luz de la vida.
13 Replicáronle los fariseos:
Tú das testimonio de tí mismo:
y tu testimonio no es verda-
dero.
14 Respondióles Jesus: Aun-
que yo doy testimonio de mí
mismo, mi testimonio es digno
de fé: porque yo sé de donde
soy venido, y adonde voy: pero
vosotros no sabeis de donde ven-
go, ni adonde voy.
15 Vosotros juzgais segun la
carne: pero yo no juzgo á na-
die:
16 Y cuando yo juzgo, mi jui-
cio es verdadero, porque no soy
yo solo, sino yo y el Padre que
me ha enviado.
17 En vuestra ley está escrito,
que el testimonio de dos perso-
nas es verdadero.
18 Yo soy el que doy testimo-
nio de mí mismo; y el Padre,
que me ha enviado, da tambien
testimonio de mí.
19 Decíanle á esto: ¿En dón-
de está tu Padre? Respondió
Jesus: Ni me conoceis á mí, ní
á mi Padre: si me conocierais
á mí, no dejaríais de conocer á
mi Padre.
20 Estas cosas las dijo Jesus
enseñando en el templo, en el
atrio del tesoro: y nadie le
prendió, porque aun no era lle-
gada su hora.
21 ¶ Díjoles Jesus en otra oca-
sion: Yo me voy, y vosotros me
buscareis, y vendreis á morir en

vuestro pecado. Adonde yo voy, no podeis venir vosotros.
22 A esto decian los Judíos: ¿Si querrá matarse á sí mismo, y por eso dice: Adonde yo voy, no podeis venir vosotros?
23 Y Jesus proseguía diciéndoles: Vosotros sois de acá abajo: yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo.
24 Con razon os he dicho que morireis en vuestros pecados: porque si no creyereis ser yo lo que soy, morireis en vuestros pecados.
25 Replicábanle: ¿Pues quién eres tú? Respondióles Jesus: Yo soy el mismo que os estoy diciendo desde el principio.
26 Muchas cosas tengo que decir, y condenar en cuanto á vosotros: como quiera, el que me ha enviado, es veraz: y yo hablo en el mundo las cosas que oí á él.
27 Ellos no comprendieron que él les hablaba del Padre.
28 Por tanto Jesus les dijo: Cuando habreis levantado en alto al Hijo del hombre, entonces conocereis quien soy yo, y que nada hago de mí mismo, sino que hablo lo que mi Padre me ha enseñado:
29 Y el que me ha enviado, está conmigo, y no me ha dejado solo: porque yo hago siempre lo que es de su agrado.
30 Cuando Jesus dijo estas cosas, muchos creyeron en él.
31 Decia pues á los Judíos que creían en él: Si perseveráreis en mi doctrina, sereis verdaderamente discípulos mios:
32 Y conocereis la verdad, y la verdad os hará libres:
33 Respondiéronle ellos: Nosotros somos descendientes de Abraham, y jamas hemos sido esclavos de nadie: ¿cómo pues dices tú que vendremos á ser libres?
34 Replicóles Jesus: En verdad, en verdad os digo: que todo aquel que comete pecado, es esclavo del pecado.
35 Es así que el esclavo no mora para siempre en la casa: el hijo sí que permanece siempre en ella:
36 Luego si el hijo os da libertad, sereis verdaderamente libres.
37 Yo sé que sois hijos de Abraham; pero tratais de matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros.
38 Yo hablo lo que he visto en mi Padre: vosotros haceis lo que habeis visto en vuestro padre.
39 Respondiéronle diciendo: Nuestro padre es Abraham. Si fuerais hijos de Abraham, les replicó Jesus, haríais las obras de Abraham.
40 Mas ahora pretendeis quitarme la vida, siendo yo un hombre que os he dicho la verdad que oí de Dios: no hizo eso Abraham.
41 Vosotros haceis lo que hizo vuestro padre. Ellos le replicaron: Nosotros no somos de raza de fornicadores: un solo padre tenemos, que es Dios.
42 A lo cual les dijo Jesus: Si Dios fuera vuestro padre, ciertamente me amaríais á mí: pues

yo nací de Dios, y he venido de
Dios: que no he venido de mí mis-
mo, sino que él me ha enviado.
43 ¿Por qué pues no entendeis
mi lenguage? Es porque no po-
deis sufrir mi doctrina.
44 Vosotros sois hijos del dia-
blo, y quereis satisfacer los de-
seos de vuestro padre: él fué
homicida desde el principio, y no
permaneció en la verdad: por-
que no está la verdad en él:
cuando dice mentira, habla de
su propio fondo, pues es menti-
roso, y padre de la mentira.
45 A mí empero no me creeis,
porque os digo la verdad.
46 ¿Quién de vosotros me con-
vencerá de pecado? Pues si os
digo la verdad, ¿por qué no me
creeis?
47 Quien es de Dios, escucha
las palabras de Dios. Por eso
vosotros no las escuchais, por-
que no sois de Dios.
48 A esto respondieron los Ju-
díos diciéndole: ¿No decimos
bien nosotros, que tú eres un Sa-
maritano, y que estás endemo-
niado?
49 Jesus les respondió; Yo no
estoy poseido del demonio: sino
que honro á mi Padre, y vosotros
me habeis deshonrado á mí.
50 Pero yo no busco mi gloria:
hay quien la promueva y quien
juzgue.
51 En verdad, en verdad os
digo: que quien observare mi
doctrina, no morirá jamas.
52 Dijeron los Judíos: Ahora
acabamos de conocer que estás
poseido de algun demonio. Abra-
ham murió, y murieron tambien
los profetas, y tú dices: Quien
observare mi doctrina, no mori-
rá jamas.
53 ¿Acaso eres tú mayor que
nuestro padre Abraham, el cual
murió? y los profetas murieron:
Tú ¿por quien te tienes?
54 Respondió Jesus: Si yo me
glorifico á mí mismo, mi gloria
no vale nada: es mi Padre el que
me glorifica, aquel de quien decís
vosotros que es vuestro Dios.
55 Vosotros empero no le habeis
conocido: yo sí que le conozco:
y si dijere que no le conozco,
seria como vosotros un mentiro-
so. Pero le conozco, y observo
sus palabras.
56 Abraham vuestro padre se
regocijó en que habia de ver mi
dia: vióle, y se llenó de gozo.
57 Los Judíos le dijeron: Aun
no tienes cincuenta años, ¿y
viste á Abraham?
58 Respondióles Jesus: En ver-
dad, en verdad os digo, que an-
tes que Abraham fuera criado,
yo existo.
59 Entonces, cogieron piedras
para tirárselas: mas Jesus se es-
condió, y salió del templo, pasan-
do por medio de ellos, y así se
marchó.

CAPITULO IX.

*Da vista Jesus á un ciego de naci-
miento. Murmuran los fariseos de
este milagro, y escomulgan al ciego,
que instruido por Jesus, cree en él,
y le adora.*

AL pasar vió Jesus á un hom-
bre ciego de nacimiento.
2 Y sus discípulos le pregun-
taron: Maestro, ¿qué pecados
son la causa de que este haya

nacido ciego, los suyos, ó los de
sus padres?
3 Respondió Jesus: No es por
culpa de este, ni de sus padres:
sino para que las obras de Dios
resplandezcan en él.
4 Conviene que yo haga las
obras de aquel que me ha enviado,
mientras dura el dia: viene
la noche, cuando nadie puede
trabajar.
5 Mientras estoy en el mundo,
yo soy la luz del mundo.
6 Asi que hubo dicho esto, escupió
en tierra, y formó lodo con
la saliva, y aplicóle sobre los
ojos del ciego,
7 Y díjole: Anda, y lávate en
la piscina de Siloé (palabra que
significa el Enviado). Fuése
pues, y lavóse allí, y volvió con
vista.
8 Por lo cual los vecinos, y los
que le habian visto antes ciego,
decian: ¿No es este aquel que
sentado allá, pedia limosna?
9 Este es, respondian algunos.
Y otros decian: Es alguno que
se le parece. Pero él decia: Sí
que soy yo.
10 Le preguntaban pues: ¿Cómo
se te han abierto los ojos?
11 Respondió: Aquel hombre
que se llama Jesus hizo lodo, le
aplicó á mis ojos, y me dijo: Vé
á la piscina de Siloé, y lávate
allí. Yo fuí, me lavé, y veo.
12 Preguntáronle: ¿Dónde está
ese? Respondió: No lo sé.
13 Llevaron pues á los fariseos
el que antes estaba ciego.
14 Y cuando Jesus formó el
lodo, y abrió los ojos al ciego,
era dia de sábado.
15 Nuevamente, pues, los fariseos
le preguntaban como habia
logrado la vista. El les respondió:
Puso lodo sobre mis ojos,
me lavé, y veo.
16 Sobre lo que decian algunos
de los fariseos: No es de Dios
este hombre, pues no guarda el
sábado. Otros empero decian:
¿Cómo un hombre pecador puede
hacer tales milagros? Y habia
division entre ellos.
17 Dicen pues otra vez al ciego:
Y tú ¿qué dices del que te
ha abierto los ojos? Respondió:
Que es un profeta.
18 Pero no creyeron los Judíos
que hubiese sido ciego, y recibido
la vista, hasta que llamaron
á sus padres:
19 Y les preguntaron: ¿Es este
vuestro hijo, de quien vosotros
decís que nació ciego? Pues
¿cómo vé ahora?
20 Sus padres les respondieron
diciendo: Sabemos que este es
hijo nuestro, y que nació ciego:
21 Pero cómo ahora vé, no lo
sabemos: ni tampoco sabemos
quien le ha abierto los ojos: preguntádselo
á él: edad tiene, él
dará razon de sí.
22 Esto dijeron sus padres por
temor de los Judíos; porque ya
estos habian decretado echar de
la sinagoga á cualquiera que reconociese
á Jesus por el Cristo.
23 Por eso sus padres dijeron:
Edad tiene, preguntádselo á él.
24 Llamaron pues otra vez al
hombre que habia sido ciego, y
dijéronle: Da gloria á Dios: nosotros
sabemos que ese hombre es
un pecador.

25 Mas él les respondió: Si es
pecador, yo no lo sé: solo sé que
yo antes era ciego, y ahora veo.
26 Replicáronle: ¿Qué hizo
él contigo? ¿Cómo te abrió los
ojos?
27 Respondióles: Os lo he di-
cho ya, y no lo habeis escucha-
do: ¿á qué fin quereis oirlo de
nuevo? ¿Si será que tambien
vosotros quereis haceros discí-
pulos suyos?
28 Entonces le llenaron de
maldiciones, y le dijeron: Tú
seas su discípulo: que nosotros
somos discípulos de Moisés.
29 Nosotros sabemos que á
Moisés le habló Dios: mas este
no sabemos de donde es.
30 Respondió aquel hombre, y
les dijo: Aquí está la maravilla,
que vosotros no sabeis de donde
es este, y con todo ha abierto
mis ojos:
31 Lo que sabemos es que Dios
no oye á los pecadores: sino que
aquel que honra á Dios y hace
su voluntad, este es á quien
Dios oye.
32 Desde que el mundo es
mundo no se ha oido jamas, que
alguno haya abierto los ojos de
un ciego de nacimiento.
33 Si este hombre no fuese de
Dios, no podria hacer nada.
34 Dijéronle en respuesta: Sa-
liste del vientre de tu madre en-
vuelto en pecados, ¿y tú nos das
lecciones? Y le arrojaron fuera.
35 Oyó Jesus que lo habian
echado fuera: y haciéndose en-
contradizo con él, le dijo: ¿Crees
tú en el Hijo de Dios?
36 Respondió él y dijo: ¿Quién
es, Señor, para que yo crea en
él?
37 Díjole Jesus: Le viste ya, y
es el mismo que está hablando
contigo.
38 Entonces dijo él: Creo Se-
ñor. Y le adoró.
39 Y añadió Jesus: Yo vine á
este mundo á ejercer juicio, para
que los que no ven vean; y los
que ven queden ciegos.
40 Oyeron esto algunos de los
fariseos, que estaban con él, y le
dijeron: ¡Pues qué! ¿nosotros
somos tambien ciegos?
41 Respondióles Jesus: Si fue-
rais ciegos, no tendríais pecado:
pero por lo mismo que decís:
Nosotros vemos, por eso vuestro
pecado persevera en vosotros.

CAPITULO X.

Parábola del buen pastor, y sus propiedades. Va Jesus al templo el dia de la dedicacion, y declara ser el Mesías. Los Judíos cogen piedras para tirárselas como á blasfemo, y se quedan con ellas en las manos á una razon suya.

EN verdad, en verdad os digo,
que quien no entra por la
puerta en el aprisco de las ove-
jas, sino que sube por otra parte,
el tal es un ladron, y salteador.
2 Mas el que entra por la puer-
ta, pastor es de las ovejas.
3 A este el portero le abre, y
las ovejas escuchan su voz, y
él llama por su nombre á las
ovejas propias, y las saca fuera.
4 Y cuando ha hecho salir sus
propias ovejas, va delante de
ellas: y las ovejas le siguen,
porque conocen su voz.
5 Mas á un estraño no le si-
guen, sino que huyen de él:

porque no conocen la voz de los
estraños.
6 Este símil les puso Jesus:
pero no entendieron lo que les
decia.
7 Por eso Jesus les dijo segun-
da vez: En verdad, en verdad
os digo, que yo soy la puerta de
las ovejas.
8 Todos los que hasta ahora
han venido, son ladrones, y sal-
teadores, y así las ovejas no los
han escuchado.
9 Yo soy la puerta. El que
por mí entrare, se salvará: y
entrará, y saldrá, y hallará pas-
tos.
10 El ladron no viene sino para
robar, y matar, y hacer estrago.
Mas yo he venido para que ten-
gan vida, y la tengan en mas
abundancia.
11 Yo soy el buen pastor. El
buen pastor sacrifica su vida por
sus ovejas.
12 Pero el mercenario, y el
que no es el pastor, de quien no
son propias las ovejas, en viendo
venir al lobo, desampara las
ovejas, y huye: y el lobo las ar-
rebata, y dispersa el rebaño.
13 El mercenario huye, por la
razon de que es asalariado, y no
cuida con interés las ovejas.
14 Yo soy el buen pastor: y
conozco mis ovejas, y las ovejas
mias me conocen á mí.
15 Asi como el Padre me cono-
ce á mí, así yo conozco al Pa-
dre: y doy mi vida por mis ove-
jas.
16 Tengo tambien otras ovejas,
que no son de este aprisco: las
cuales debo yo recoger, y oirán
mi voz, y habrá un solo rebaño,
y un solo pastor.
17 Por eso mi Padre me ama:
porque doy mi vida para tomar-
la otra vez.
18 Nadie me la arranca: sino
que yo la doy de mi propia vo-
luntad, y soy dueño de darla, y
dueño de recobrarla: este es el
mandamiento que recibí de mi
Padre.
19 Escitó este discurso una
nueva division entre los Judíos.
20 Decian muchos de ellos:
Está poseido del demonio, y ha
perdido el juicio: ¿por qué le
escuchais?
21 Otros decian: No son pala-
bras estas de quien está endemo-
niado: ¿por ventura puede el
demonio abrir los ojos de los cie-
gos?
22 ¶ Celebrábase en Jerusalem
la fiesta de la dedicacion, que
era en invierno.
23 Y Jesus se paseaba en el
templo, por el pórtico de Salo-
mon.
24 Rodeáronle pues los Judíos,
y le dijeron: ¿Hasta cuándo has
de traer suspensa nuestra alma?
si tú eres el Cristo, dínoslo
abiertamente.
25 Respondióles Jesus: Os lo
estoy diciendo, y no lo creeis:
las obras que yo hago en nom-
bre de mi Padre, esas están dan-
do testimonio de mí:
26 Mas vosotros no creeis, por-
que no sois de mis ovejas, así
como os dije.
27 Mis ovejas oyen la voz mia:
y yo las conozco, y ellas me si-
guen:

28 Y yo les doy la vida eterna: y no se perderán jamas, y ninguno las arrebatará de mis manos.
29 Pues mi Padre, que me las ha dado, es mayor que todos: y nadie puede arrebatarlas de mano de mi Padre.
30 Mi Padre y Yo somos una misma cosa.
31 Entonces los Judíos cogieron de nuevo piedras para apedrearle.
32 Díjoles Jesus: Muchas buenas obras he hecho delante de vosotros de parte de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreais?
33 Respondiéronle los Judíos: No te apedreamos por ninguna obra buena, sino por la blasfemia: y porque siendo tú, como eres, hombre, te haces Dios.
34 Replicóles Jesus: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois?
35 Pues si llamó dioses á aquellos á quienes habló Dios, y no puede faltar la Escritura:
36 ¿Cómo de mí, á quien ha santificado el Padre, y ha enviado al mundo, decís vosotros que blasfemo, porque he dicho, soy hijo de Dios?
37 Si no hago las obras de mi Padre, no me creais.
38 Pero si las hago, cuando no querais darme crédito á mí, dádsele á mis obras, á fin de que conozcais, y creais que el Padre está en mí, y yo en el Padre.
39 Quisieron entonces prenderle: mas él se escapó de entre sus manos.
40 Y se fué de nuevo á la otra parte del Jordan, á aquel lugar en donde primero estaba bautizando Juan: y permaneció allí.
41 Y acudieron muchos á él, y decian: Es cierto que Juan no hizo milagro alguno; mas todas cuantas cosas dijo de este, han salido verdaderas.
42 Y allí muchos creyeron en él.

CAPITULO XI.

Resurreccion de Lázaro. Consejo de los pontífices y fariseos, en que se resuelve la muerte de Jesus, y que debe morir un hombre por todos. Retírase Jesucristo á Ephrem, ciudad de Galilea.

ESTABA enfermo por este tiempo un hombre llamado Lázaro, vecino de Bethania, patria de María, y de Marta su hermana.
2 (Esta María es aquella misma que derramó sobre el Señor el ungüento, y le limpió los piés con sus cabellos: de la cual era hermano el Lázaro que estaba enfermo).
3 Las hermanas pues enviaron á decirle: Señor, mira que aquel á quien amas está enfermo.
4 Lo que oido por Jesus, díjoles: Esta enfermedad no es mortal, sino que está ordenada para gloria de Dios, con la mira de que por ella el Hijo de Dios sea glorificado.
5 Jesus tenia afecto á Marta, y á su hermana María, y á Lázaro.
6 Cuando oyó que este estaba enfermo, quedóse aun dos dias en el mismo lugar.
7 Despues de pasados estos, dijo á sus discípulos: Vamos otra vez á la Judea.
8 Dícenle sus discípulos: Maes-

tro, hace poco que los Judíos
querian apedrearte, y ¿ quieres
volver allá ?
9 Jesus les respondió : ¡ Pues
qué ! ¿ no son doce las horas del
dia ? El que anda de dia, no tro-
pieza, porque vé la luz de este
mundo :
10 Al contrario, quien anda de
noche, tropieza, porque no tiene
luz.
11 Esto dijo, y añadióles des-
pues: Nuestro amigo* Lázaro
duerme : mas yo voy á desper-
tarle del sueño.
12 A lo que dijeron sus discí-
pulos: Señor, si duerme, sanará.
13 Mas Jesus habia hablado de
la muerte : y ellos pensaban que
hablaba del sueño natural.
14 Entonces les dijo Jesus cla-
ramente : Lázaro ha muerto :
15 Y me alegro por vosotros de
no haberme hallado allí, á fin de
que creais. Pero vamos á él.
16 Entonces Tomas, por otro
nombre Dídimo, dijo á sus con-
discípulos : Vamos tambien nos-
otros, y muramos con él.
17 Llegó pues Jesus, y halló
que hacia ya cuatro dias que
Lázaro estaba sepultado.
18 (Distaba Bethania de Jerusa-
lem como unos quince estadios).
19 Y habian ido muchos de los
Judíos á consolar á Marta, y á
María de la muerte de su her-
mano.
20 Marta luego que oyó que Je-
sus venia, le salió á recibir, y
María se quedó en casa.
21 Dijo pues Marta á Jesus :
Señor, si hubieses estado aquí, no
hubiera muerto mi hermano :
22 Bien que estoy persuadida
de que ahora mismo te concede-
rá Dios cualquiera cosa que le
pidieres.
23 Dícele Jesus : Tu hermano
resucitará.
24 Respóndele Marta : Bien sé
que resucitará en la resurreccion,
en el último dia.
25 Díjole Jesus : Yo soy la re-
surreccion, y la vida : quien cree
en mí, aunque hubiere muerto
vivirá :
26 Y todo aquel que vive, y
cree en mí, no morirá jamas.
¿ Crees tú esto ?
27 Respondióle : ¡ Oh Señor !
sí que lo creo, y que tú eres el
Cristo, el Hijo de Dios, que has
venido á este mundo.
28 Dicho esto, fuése, y llamó
secretamente á María su her-
mana, diciéndole : Está aquí el
Maestro, y te llama.
29 Apenas ella oyó esto, se le-
vantó apresuradamente, y fué á
encontrarle :
30 Porque Jesus no habia en-
trado todavía en la aldea, sino
que aun estaba en aquel mismo
sitio en que Marta le habia sali-
do á recibir.
31 Por eso los Judíos que esta-
ban con María en la casa, y la
consolaban, viéndola levantarse
de repente, y salir fuera, la si-
guieron, diciendo : Esta va al se-
pulcro para llorar allí.
32 María pues, habiendo llega-
do adonde estaba Jesus, viéndole,
postróse á sus piés, y díjole : Se-
ñor, si hubieses estado aquí, no
habria muerto mi hermano.
33 Jesus, al verla llorar, y llo-

rar tambien los Judíos que habian venido con ella, gimió en su ánimo, y conturbóse á sí mismo,
34 Y dijo: ¿Dónde le pusisteis? Ven, Señor, le dijeron, y lo verás.
35 Entonces lloró Jesus.
36 Por lo que dijeron los Judíos: Mirad como le amaba.
37 Mas algunos de ellos dijeron: Pues este, que abrió los ojos de un ciego, ¿no podia hacer que Lázaro no muriese?
38 Mas Jesus gimiendo otra vez en sí mismo, fué al sepulcro, que era una gruta cerrada con una piedra.
39 Dijo Jesus: Quitad la piedra. Marta, hermana del difunto, le respondió: Señor, ya hiede, pues hace cuatro dias que está muerto.
40 Díjole Jesus: ¿No te he dicho que si creyeres, verás la gloria de Dios?
41 Quitaron pues la piedra del sitio en que yacia el difunto: y Jesus levantando los ojos al cielo, dijo: ¡Oh Padre! gracias te doy porque me has oido:
42 Bien que yo ya sabia que siempre me oyes; mas lo he dicho por razon de este pueblo que está al rededor de mí, con el fin de que crean que tú me has enviado.
43 Dicho esto, gritó con voz muy alta: Lázaro sal afuera.
44 Y al instante el que habia muerto salió fuera, ligado de piés y manos con fajas, y tapado el rostro con un sudario. Díjoles Jesus: Desatadle, y dejadle ir.
45 Con eso muchos de los Judíos que habian venido *á visitar* á María, y vieron lo que Jesus hizo, creyeron en él.
46 Mas algunos de ellos se fueron á los fariseos, y les contaron las cosas que Jesus habia hecho.
47 Entonces los pontífices y fariseos juntaron consejo, y dijeron: ¿Qué hacemos? este hombre hace muchos milagros.
48 Si le dejamos así, todos creerán en él: y vendrán los Romanos, y arruinarán nuestra ciudad, y la nacion.
49 En esto uno de ellos llamado Caifás, que era el pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros no entendeis nada,
50 Ni reflexionais que es conviene el que muera un solo hombre por el pueblo, y no perezca toda la nacion.
51 Mas esto no lo dijo de propio movimiento: sino que, como era pontífice en aquel año, profetizó que Jesus habia de morir por la nacion,
52 Y no solamente por la nacion, sino tambien para congregar en un *cuerpo* á los hijos de Dios, que estaban dispersos.
53 Y así desde aquel dia no pensaban sino en hallar medio de hacerle morir.
54 Por lo que Jesus ya no se dejaba ver en público entre los Judíos, antes bien se retiró á un territorio vecino al desierto, en la ciudad llamada Ephrem, donde moraba con sus discípulos.
55 Y como estaba próxima la Pascua de los Judíos, muchos de

aquel distrito subieron á Jerusalem antes de la Pascua, para purificarse.
56 Los cuales iban en busca de Jesus: y se decian en el templo unos á otros: ¿ Qué será que no ha venido á la fiesta?
57 Pero los pontífices y fariseos tenian ya dada órden de que, si alguno supiese donde Jesus estaba, le denunciase para hacerle prender.

CAPITULO XII.

Dan á Jesus en Bethania una cena, en medio de la cual María, hermana de Lázaro, derrama sobre los piés del Señor un bálsamo precioso. Maquinan los Judíos matar á Lázaro. Entrada triunfante de Jesus en Jerusalem. Algunos Gentiles quieren hablar con él; y con esta ocasion declara Jesus que hasta despues de muerto no hará fruto entre ellos. Creen muchos de los principales Judíos, pero no se atreven á manifestarlo por miedo de la sinagoga.

SEIS dias antes de la Pascua volvió Jesus á Bethania, en donde estaba Lázaro, el difunto que él habia resucitado de entre los muertos.
2 Aquí le dispusieron una cena: Marta servia, y Lázaro era uno de los que estaban á la mesa con él.
3 Y María tomó una libra de ungüento de nardo puro, y de gran precio, y ungió los piés de Jesus, y los enjugó con sus cabellos: y se llenó la casa de la fragancia del ungüento.
4 Por lo cual Judas Iscariote, hijo de Simon, uno de sus discípulos, aquel que le habia de entregar, dijo:
5 ¿ Por qué no se ha vendido este ungüento por trescientos denarios, para limosna de los pobres?
6 Esto dijo, no porque él pasase algun cuidado por los pobres, sino porque era ladron, y teniendo la bolsa, llevaba el dinero que se echaba en ella.
7 Pero Jesus respondió: Dejadla que lo emplee para el dia de mi sepultura.
8 Pues á los pobres los teneis siempre con vosotros: pero á mí no me teneis siempre.
9 Entretanto una gran multitud de Judíos, luego que supieron que Jesus estaba allí, vinieron, no solo por Jesus, sino tambien por ver á Lázaro, á quien habia resucitado de entre los muertos.
10 Por eso los príncipes de los sacerdotes deliberaron quitar tambien la vida á Lázaro,
11 Visto que muchos Judíos por causa de él se apartaban de ellos, y creian en Jesus.
12 ¶ Al dia siguiente una gran muchedumbre de gentes, que habian venido á la fiesta, habiendo oido que Jesus estaba para llegar á Jerusalem,
13 Cogieron ramos de palmas, y salieron á recibirle, gritando: Hosanna, bendito sea el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israél.
14 Halló Jesus un jumentillo, y montó en él, segun está escrito:
15 No tienes que temer, hija de Sion: mira á tu rey que viene sentado sobre un asnillo.

16 Los discípulos por entonces
no entendieron esto; mas cuan-
do Jesus hubo entrado en su glo-
ria, se acordaron de que tales
cosas estaban escritas de él, y
que ellos mismos las ejecutaron
en su persona.
17 Y la multitud de gentes,
que estaban con Jesus cuando
llamó á Lázaro del sepulcro, y
le resucitó de entre los muertos,
daba testimonio de ello.
18 Por esta causa salió la gente
á recibirle, por haber oido que
habia hecho este milagro.
19 En vista de lo cual dijéronse
unos á otros los fariseos: ¿Veis
como no adelantais nada? hé
aquí que todo el mundo se va en
pos de él.
20 Al mismo tiempo ciertos
Griegos, venidos entre los que
habian llegado para adorar en
el dia de la fiesta,
21 Se llegaron á Felipe, natu-
ral de Bethsaida en Galilea, y
le hicieron esta súplica: Señor,
deseamos ver á Jesus.
22 Felipe fué y lo dijo á An-
dres: y Andres y Felipe juntos
se lo dijeron á Jesus.
23 Pero Jesus les respondió,
diciendo: Venida es la hora en
que debe ser glorificado el Hijo
del hombre.
24 En verdad, en verdad os di-
go, que si el grano de trigo, des-
pues de echado en la tierra, no
muere, queda infecundo: pero
si muere, produce mucho fruto.
25 El que ama su vida, la per-
derá: mas el que aborrece su
vida en este mundo, la conserva
para la vida eterna.
26 El que me sirve, sígame:
que donde yo estoy, allí estará
tambien el que me sirve: y á
quien me sirviere, le honrará mi
Padre.
27 Pero ahora mi alma se ha
conturbado. Y ¿qué diré? ¡Oh
Padre! líbrame de esta hora.
Mas para eso mismo he venido
á esta hora.
28 ¡Oh Padre! glorifica tu
nombre. Al momento se oyó
del cielo esta voz: Le he glori-
ficado ya, y le glorificaré toda-
vía mas.
29 La gente que allí estaba, y
oyó esta voz, decia que aquello
habia sido un trueno. Otros de-
cian: Un ángel le ha hablado.
30 Jesus les respondió, y dijo:
Esta voz no ha venido por mí,
sino por vosotros.
31 Ahora vá á ser juzgado el
mundo: ahora el príncipe de este
mundo va á ser lanzado fuera.
32 Y cuando yo seré levantado
en alto de la tierra, todos los
atraeré á mí mismo:
33 (Esto lo decia para signifi-
car de qué muerte habia de mo-
rir).
34 Replicóle la gente: Noso-
tros sabemos por la ley, que el
Cristo debe vivir eternamente:
¿pues cómo dices que debe ser
levantado en alto el Hijo del
hombre? ¿Quién es ese Hijo
del hombre?
35 Respondióles Jesus: La luz
aun está un poco entre vosotros.
Caminad pues mientras teneis
luz, para que las tinieblas no os
sorprendan: que quien anda en-
tre tinieblas, no sabe á donde va.

36 Mientras teneis luz, creed en la luz, para que seais hijos de la luz. Estas cosas les dijo Jesus, y fué, y se escondió de ellos.
37 Mas sin embargo de haber hecho Jesus delante de ellos tantos milagros, no creían en él:
38 De suerte que vinieron á cumplirse las palabras que dijo el profeta Isaías: ¡Oh Señor! ¿quién ha creido á lo que oyó de nosotros? ¿y de quién ha sido conocido el brazo del Señor?
39 Por eso no podian creer, pues ya Isaías dijo tambien:
40 Cegó sus ojos, y endureció su corazon: para que con los ojos no vean, y no perciban en su corazon, ni se conviertan, ni yo los cure.
41 Esto dijo Isaías cuando vió su gloria, y habló de él.
42 No obstante hubo aun de los magnates muchos que creyeron en él: mas por temor de los fariseos no lo confesaban, para que no los echasen de la sinagoga.
43 Y así amaron mas la gloria de los hombres, que la gloria de Dios.
44 Jesus entonces alzó la voz, y dijo: Quien cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me ha enviado.
45 Y el que á mí me vé, vé al que me envió.
46 Yo que soy la luz, he venido al mundo, para que quien cree en mí, no permanezca entre las tinieblas.
47 Y si alguno oye mis palabras, y no las observa, yo no le doy la sentencia: pues no he venido á juzgar al mundo, sino á salvarle.
48 Quien me menosprecia, y no recibe mis palabras, tiene juez que le juzgue: la palabra que yo he predicado, esa será la que le juzgue en el último dia.
49 Puesto que yo no he hablado de mí mismo, sino que el Padre que me envió, el mismo me ordenó lo que debo decir, y cómo he de hablar.
50 Y yo sé que lo que él ha mandado es la vida eterna. Las cosas pues que yo hablo, las digo como el Padre me las ha dicho.

CAPITULO XIII.

Ultima cena del Señor. Lava los piés á sus discípulos. Descubre al discípulo amado quien es el traidor; y empieza la última plática que hizo á los apóstoles la noche de su prision, recomendándoles particularmente, entre otras cosas, la caridad, y prediciendo la negacion de Pedro.

VISPERA del dia solemne de la pascua, sabiendo Jesus que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos, que vivian en el mundo, los amó hasta el fin.
2 Y acabada la cena, cuando ya el diablo habia sugerido en el corazon de Judas Iscariote, hijo de Simon, el designio de entregarle:
3 Jesus, que sabia que el Padre le habia puesto todas las cosas en sus manos, y que como era venido de Dios, á Dios volvia,
4 Levántase de la mesa, y quí-

tase sus vestidos, y habiendo
tomado una toalla, se la ciñe.
5 Echa despues agua en un lebrillo, y pónese á lavar los piés
de los discípulos, y á limpiarlos
con la toalla que se habia ceñido.
6 Viene á Simon Pedro, y Pedro le dice: ¡ Señor! ¿tú lavarme á mí los piés?
7 Respondióle Jesus, y le dijo:
Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, lo entenderás despues.
8 Dícele Pedro: Jamas por jamas me lavarás tú á mí los piés.
Respondióle Jesus: Si yo no te
lavare, no tendrás parte conmigo.
9 Dícele Simon Pedro: Señor,
no solamente los piés, sino las
manos tambien, y la cabeza.
10 Jesus le dice: El que está
lavado, no necesita lavarse mas
que los piés, estando como está
todo limpio. Y vosotros limpios
estais, bien que no todos.
11 Que como sabia quien era el
que le habia de hacer traicion,
por eso dijo: No todos estais
limpios.
12 Despues en fin que les hubo
lavado los piés, y tomado otra
vez su vestido, puesto de nuevo
á la mesa, díjoles: ¿ Comprendeis lo que acabo de hacer con
vosotros?
13 Vosotros me llamais Maestro y Señor: y decís bien; porque lo soy.
14 Pues si yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los
piés, debeis tambien vosotros lavaros los piés uno á otro.
15 Porque ejemplo os he dado,
para que como yo he hecho con
vosotros, así lo hagais vosotros
tambien.
16 En verdad, en verdad os digo: que no es el siervo mas que
su amo, ni tampoco el enviado,
mayor que aquel que le envió.
17 Si comprendeis estas cosas,
sereis bienaventurados, como las
practiqueis.
18 No lo digo por todos vosotros: yo conozco á los que tengo escogidos: mas para que se
cumpla la Escritura: Uno que
come el pan conmigo, levantará
contra mí su calcañar.
19 Os lo digo desde ahora, antes que suceda: para que cuando sucediere, me reconozcais por
lo que soy.
20 En verdad, en verdad os
digo: Que quien recibe al que
yo enviare, á mí me recibe: y
quien á mí me recibe, recibe á
aquel que me ha enviado.
21 Habiendo dicho Jesus estas
cosas, se turbó en su espíritu, y
declaró y dijo: En verdad, en
verdad os digo: Que uno de
vosotros me hará traicion.
22 Entonces los discípulos mirábanse unos á otros, dudando de
quien hablaría.
23 Estaba uno de ellos, al cual
Jesus amaba, recostado á la mesa sobre el seno de Jesus.
24 A este discípulo, pues, Simon Pedro le hizo una seña, para que preguntase al Señor, de
quién hablaba.
25 El entonces, recostándose
sobre el pecho de Jesus, le dijo:
Señor, ¿ quién es?
26 Jesus le respondió: Es aquel

á quien yo daré pan mojado. Y habiendo mojado pan, se le dió á Judas Iscariote, *hijo* de Simon.

27 Y tras el bocado, se apoderó de él Satanas; Y Jesus le dijo: Lo que piensas hacer, hazlo cuanto antes.

28 Pero ninguno de los que estaban á la mesa entendió á qué fin se lo dijo.

29 Porque, como Judas tenia la bolsa, pensaban algunos que Jesus le hubiese dicho: Compra lo que necesitemos para la fiesta; ó que diese algo á los pobres.

30 El, luego que tomó el bocado, se salió; y era ya de noche.

31 Salido que hubo Judas, dijo Jesus: Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él.

32 Y si Dios queda glorificado en él, Dios igualmente le glorificará á él en sí mismo: y le glorificará muy presto.

33 Hijitos, por un poco de tiempo aun estoy con vosotros. Vosotros me buscareis: y asi como dije á los Judíos: Adonde yo voy, no podeis venir vosotros: eso mismo digo á vosotros ahora.

34 Un nuevo mandamiento os doy: Que os ameis unos á otros: y que del modo que yo os he amado á vosotros, asi tambien os ameis recíprocamente.

35 Por aquí conocerán todos que sois mis discípulos, si os teneis amor unos á otros.

36 Dícele Simon Pedro: Señor, ¿adónde te vas? Respondió Jesus: Adónde yo voy, tú no puedes seguirme ahora; pero me seguirás despues.

37 Pedro le dice: ¡Señor! ¿Por qué no puedo seguirte al presente? yo daré por tí mi vida.

38 Respondióle Jesus: ¿Tú darás la vida por mí? En verdad, en verdad te digo: No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces.

CAPITULO XIV.

Prosigue la plática de Jesus, interrumpida poco antes por la pregunta de Simon Pedro. Consuela á sus apóstoles: díceles que él es el camino, la verdad y la vida: y que está en el Padre, y el Padre en él. Promete enviarles el Espíritu Santo, y darles la paz; y les asegura la utilidad de su partida.

NO se turbe vuestro corazon. Pues creeis en Dios, creed tambien en mí.

2 En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones: que si no fuese así, os lo hubiera yo dicho. Yo voy á preparar lugar para vosotros.

3 Y cuando hubiere ido, y os hubiere preparado lugar, vendré otra vez, y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy, esteis tambien vosotros.

4 Que ya sabeis á donde voy, y sabeis asimismo el camino.

5 Dícele Tomas: Señor, no sabemos adónde vas: pues ¿cómo podemos saber el camino?

6 Respóndele Jesus: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida: nadie viene al Padre, sino por mí.

7 Si me hubieseis conocido á mí, hubierais sin duda conocido tambien á mi Padre: pero desde ahora le conoceis y ya le habeis visto.

8 Dícele Felipe: Señor, mués-
tranos el Padre, y eso nos basta.
9 Jesus le responde: Tanto
tiempo ha que estoy con voso-
tros: ¿y aun no me habeis co-
nocido? Felipe, quien me vé á
mí, vé tambien al Padre. ¿Pues
cómo dices tú: Muéstranos el
Padre?
10 ¿No creeis que yo estoy en
el Padre, y que el Padre está en
mí? Las palabras que yo os
hablo, no las hablo de mí mis-
mo. El Padre que está en mí,
él mismo hace las obras.
11 Creed que yo estoy en el
Padre, y que el Padre está en
mí: creedlo á lo menos por las
obras que yo hago.
12 En verdad, en verdad os di-
go, que quien cree en mí, ese hará
tambien las obras que yo hago, y
las hará todavía mayores: por
cuanto yo me voy al Padre.
13 Y cuanto pidiereis en mi
nombre, yo lo haré: á fin de que
el Padre sea glorificado en el
Hijo.
14 Si algo pidiereis en mi nom-
bre, yo lo haré.
15 Si me amais, observad mis
mandamientos.
16 Y yo rogaré al Padre, y os
dará otro Consolador, para que
esté con vosotros eternamente,
17 *A saber*, el Espíritu de ver-
dad, á quien el mundo no puede
recibir, porque no le vé, ni le co-
noce: pero vosotros le conoce-
reis, porque morará con vosotros,
y estará dentro de vosotros.
18 No os dejaré huérfanos: yo
volveré á vosotros.
19 Aun resta un poco de tiem-
po: despues el mundo ya no me
verá. Pero vosotros me veis:
porque yo vivo, y vosotros vivi-
reis.
20 Entonces conocereis vosotros
que yo estoy en mi Padre, y que
vosotros estais en mí, y yo en
vosotros.
21 Quien ha recibido mis man-
damientos, y los observa, ese es
el que me ama. Y el que me
ama será amado de mi Padre: y
yo le amaré, y yo mismo me ma-
nifestaré á él.
22 Dícele Judas, no el Isca-
riote: Señor, ¿qué causa hay
para que te hayas de manifestar
á nosotros, y no al mundo?
23 Jesus le respondió así:
Cualquiera que me ama, obser-
vará mi doctrina, y mi Padre le
amará, y vendremos á él, y ha-
remos mansion con él.
24 El que no me ama, no prac-
tica mi doctrina. Y la doctrina
que habeis oido, no es mia, sino
del Padre, que me ha enviado.
25 Estas cosas os he dicho, es-
tando con vosotros.
26 Mas el Consolador, el Espí-
ritu Santo, que mi Padre enviará
en mi nombre, os lo enseñará
todo, y os recordará cuantas co-
sas os tengo dichas.
27 La paz os dejo, la paz mia
os doy: no os la doy yo, como la
da el mundo. No se turbe vues-
tro corazon, ni se acobarde.
28 Oido habeis que os he dicho:
Me voy, y vuelvo á vosotros. Si
me amaseis, os alegraríais sin
duda por haberos yo dicho que
voy al Padre: porque el Padre
es mayor que yo.

29 Yo os lo digo ahora antes
que suceda, á fin de que cuando
sucediere, lo creais.
30 Ya no hablaré mucho con
vosotros, porque viene el prín-
cipe de este mundo, y no tiene
en mí cosa alguna.
31 Mas para que conozca el
mundo que yo amo al Padre, y
que cumplo con lo que me ha
mandado. Levantáos, y vamos
de aquí.

CAPITULO XV.

Prosigue la plática de Jesus. Dice que él es la vid; y los fieles los sarmientos. Recomienda y manda otra vez el amor. Escoge á sus discípulos para que den fruto, y los conforta contra las persecuciones del mundo. Hace ver que los Judíos son inescusables de su pecado.

YO soy la verdadera vid, y mi
Padre es el labrador.
2 Todo sarmiento que en mí no
lleva fruto, será por él cortado;
y todo aquel que diere fruto, será
podado para que dé mas fruto.
3 Ya vosotros estais limpios, en
virtud de la doctrina que os he
predicado.
4 Permaneced en mí, que yo
permaneceré en vosotros. Al
modo que el sarmiento no puede
de suyo producir fruto, si no está
unido con la vid, asi tampoco
vosotros, si no estais unidos con-
migo.
5 Yo soy la vid, vosotros los
sarmientos: quien está *unido*
conmigo, y yo con él, ese da mu-
cho fruto: porque sin mí nada
podeis hacer.
6 El que no permanece en mí,
será echado fuera como el sar-
miento, y se secará, y le cogerán,
y arrojarán al fuego, y arderá.
7 Si permaneceis en mí, y mis
palabras permanecen en voso-
tros, pedireis lo que quisiereis, y
se os otorgará.
8 Mi Padre queda glorificado en
que vosotros lleveis mucho fruto,
y seais discípulos mios.
9 Al modo que mi Padre me
amó, así os he amado yo. Per-
severad en mi amor.
10 Si observáreis mis precep-
tos, perseverareis en mi amor,
así como yo tambien he guarda-
do los preceptos de mi Padre, y
persevero en su amor.
11 Estas cosas os he dicho, á
fin de que os goceis con el gozo
mio, y vuestro gozo sea completo.
12 El precepto mio es, que os
ameis unos á otros, como yo os
he amado á vosotros.
13 Que nadie tiene amor mas
grande, que el que da su vida
por sus amigos.
14 Vosotros sois mis amigos, si
haceis lo que yo os mando.
15 Ya no os llamaré siervos,
pues el siervo no es sabedor de
lo que hace su amo. Mas á vos-
otros os he llamado amigos, por-
que os he hecho saber cuantas
cosas oí de mi Padre.
16 No me elegisteis vosotros á
mí: sino que yo os he elegido á
vosotros, y destinado para que
vayais, y hagais fruto, y vues-
tro fruto sea duradero: á fin de
que cualquiera cosa que pidie-
reis al Padre en mi nombre, os
la conceda.
17 Lo que os mando es, que os
ameis unos á otros.

18 Si el mundo os aborrece, sabed que primero que á vosotros me aborreció á mí.
19 Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya: pero como no sois del mundo, sino que os entresaqué yo del mundo, por eso el mundo os aborrece.
20 Acordáos de aquella sentencia mia, que os dije: No es el siervo mayor que su amo. Si me han perseguido á mí, tambien os han de perseguir á vosotros: como han practicado mi doctrina, del mismo modo practicarán la vuestra.
21 Pero todo esto lo ejecutarán con vosotros por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado.
22 Si yo no hubiera venido, y no les hubiera predicado, no tuvieran culpa: mas ahora no tienen escusa de su pecado.
23 El que me aborrece á mí, aborrece tambien á mi Padre.
24 Si yo no hubiera hecho entre ellos obras tales, cuales ningun otro ha hecho, no tendrian culpa: pero ahora ellos han visto, y con todo han aborrecido, no solo á mí, sino á mi Padre.
25 Mas viene á cumplirse la sentencia escrita en su ley: Me han aborrecido sin causa alguna.
26 Pero cuando viniere el Consolador, el Espíritu de verdad que procede del Padre, y que yo os enviaré de parte de mi Padre, él dará testimonio de mí:
27 Y vosotros dareis testimonio, puesto que desde el principio estais en mi compañía.

CAPITULO XVI.

Concluye Jesus la plática á sus apóstoles, previniéndolos contra las persecuciones que habian de padecer: les promete enviar al Espíritu Santo, que convencerá al mundo, y les enseñará á ellos todas las verdades; y que el Padre les concederá cuanto le pidan en su nombre. Predice finalmente que todos ellos huirán, y le abandonarán aquella noche.

ESTAS cosas os las he dicho para que no os escandaliceis.
2 Os echarán de las sinagogas: y aun va á venir tiempo en que quien os matare, se persuada hacer un obsequio á Dios.
3 Y os tratarán de esta suerte, porque no conocen al Padre, ni á mí.
4 Pero yo os he advertido estas cosas, con el fin de que cuando llegue la hora, os acordeis de que ya os las habia anunciado: y no os las dije al principio, porque yo estaba con vosotros.
5 Mas ahora me voy á aquel que me envió: y ninguno de vosotros me pregunta, ¿Adónde vas?
6 Porque os he dicho estas cosas, vuestro corazon se ha llenado de tristeza.
7 Mas yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya, porque si yo no me voy, el Consolador no vendrá á vosotros: pero si me voy, os le enviaré.
8 Y cuando él venga, convencerá al mundo en órden al pecado, en órden á la justicia, y en órden al juicio.
9 En órden al pecado, por cuanto no han creido en mí:
10 Respecto á la justicia; porque yo me voy al Padre, y ya no me vereis:

11 Y tocante al juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado.

12 Aun tengo otras muchas cosas que deciros: mas por ahora no podeis comprenderlas.

13 Cuando empero venga el Espíritu de verdad, él os enseñará todas las verdades; pues no hablará de sí mismo: sino que dirá todas las cosas que habrá oido, y os anunciará las venideras.

14 El me glorificará: porque recibirá de lo mio, y os lo anunciará.

15 Todo lo que tiene el Padre, es mio. Por eso he dicho que recibirá de lo mio, y os lo anunciará.

16 Dentro de poco ya no me vereis; mas poco despues, me volvereis á ver: porque me voy al Padre.

17 Entonces algunos de los discípulos se decian unos á otros: ¿Qué nos querrá decir con eso: Dentro de poco no me vereis: mas poco despues me volvereis á ver: porque me voy al Padre?

18 Decian pues: ¿Que es eso que dice: Dentro de poco? No entendemos lo que quiere decirnos.

19 Conoció Jesus que deseaban preguntarle, y díjoles: Vosotros estais preguntándoos unos á otros por qué habré dicho, Dentro de poco ya no me vereis: mas poco despues me volvereis á ver.

20 En verdad, en verdad os digo, que vosotros llorareis, y plañireis, mientras el mundo se regocijará: os contristareis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo.

21 La mujer en los dolores del parto, está poseida de tristeza, porque le vino su hora: mas una vez que ha dado á luz un infante, ya no se acuerda de su angustia, con el gozo de haber dado un hombre al mundo.

22 Así vosotros al presente á la verdad padeceis tristeza, pero yo volveré á visitaros, y vuestro corazon se alegrará: y nadie os quitará vuestro gozo.

23 Entonces no habreis de preguntarme cosa alguna. En verdad, en verdad os digo: que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo concederá.

24 Hasta ahora nada le habeis pedido en mi nombre: Pedidle, y recibireis, para que vuestro gozo sea completo.

25 Estas cosas os he dicho usando de parábolas. Va llegando el tiempo en que ya no os hablaré con parábolas, sino que abiertamente os anunciaré las cosas del Padre:

26 Entonces le pedireis en mi nombre: y no os digo que yo intercederé con mi Padre por vosotros:

27 Pues el mismo Padre os ama, porque vosotros me habeis amado, y creido que yo he salido de Dios.

28 Salí del Padre, y vine al mundo: ahora dejo el mundo, y otra vez voy al Padre.

29 Dícenle sus discípulos: Ahora sí que hablas claro, y no en proverbios:

30 Ahora conocemos que tú lo

sabes todo, y no has menester
que nadie te haga preguntas:
por donde creemos que has sali-
do de Dios.
31 Respondióles Jesus: ¡Qué!
¿Ahora creeis vosotros?
32 Pues sabed que viene el
tiempo, y ya llegó, en que sereis
esparcidos cada uno de vosotros
por su lado, y me dejareis solo:
si bien no estoy solo, porque el
Padre está conmigo.
33 Estas cosas os he dicho con
el fin de que tengais en mí la
paz. En el mundo tendreis gran-
des tribulaciones: pero tened
confianza: yo he vencido al
mundo.

CAPITULO XVII.

Afectuosa oracion de Jesus á su eterno Padre.

ESTAS cosas habló Jesus, y
levantando los ojos al cielo,
dijo: Padre, la hora es llegada,
glorifica á tu Hijo, para que tu
Hijo te glorifique á tí:
2 Pues que le has dado poder
sobre todo el linage humano, pa-
ra que dé la vida eterna á todos
los que le has señalado.
3 Y la vida eterna consiste en
conocerte á tí, solo Dios verda-
dero, y á Jesucristo, á quien tú
enviaste.
4 Yo por mí te he glorificado en
la tierra: tengo acabada la obra,
cuya ejecucion me encomendaste.
5 Ahora glorifícame tú ¡oh
Padre! en tí mismo, con aquella
gloria que tuve yo en tí, antes
que el mundo fuese.
6 Yo he manifestado tu nombre
á los hombres que me has dado
del mundo. Tuyos eran, y me
los diste, y ellos han guardado
tu palabra.
7 Ahora han conocido que to-
do lo que me diste, viene de tí:
8 Porque yo les dí las palabras
que tú me diste: y ellos las han
recibido, y han reconocido verda-
deramente que yo salí de tí, y han
creido que tú me has enviado.
9 Por ellos ruego yo: No ruego
por el mundo, sino por estos que
me diste: porque tuyos son:
10 Y todas mis cosas son tuyas,
como las tuyas son mias: y en
ellos he sido glorificado.
11 Yo ya no estoy mas en el
mundo, pero estos quedan en el
mundo, yo estoy de partida para
tí. ¡Oh Padre santo! guarda en
tu nombre á estos que tú me has
dado: á fin de que sean una mis-
ma cosa, asi como nosotros lo
somos.
12 Mientras estaba yo con ellos
en el mundo, yo los defendia en
tu nombre. Guardado he los
que tú me diste, y ninguno de
ellos se ha perdido, sino el hijo
de la perdicion, cumpliéndose así
la Escritura.
13 Mas ahora voy á tí: y digo
esto en el mundo, á fin de que
ellos tengan en sí mismos el go-
zo cumplido que tengo yo.
14 Yo les he dado tu palabra,
y el mundo los ha aborrecido,
porque no son del mundo, asi co-
mo yo tampoco soy del mundo.
15 No te pido que los saques
del mundo, sino que los preserves
del mal.
16 Ellos ya no son del mundo,
como ni yo tampoco soy del
mundo.

17 Santifícalos en la verdad. La palabra tuya es la verdad.
18 Asi como tú me has enviado al mundo, así yo los he enviado al mundo.
19 Y yo por amor de ellos me santifico á mí mismo: con el fin de que ellos sean santificados en la verdad.
20 Pero no ruego solamente por estos, sino tambien por aquellos que han de creer en mí por medio de su predicacion:
21 Para que todos sean una misma cosa: y que como tú ¡oh Padre! estás en mí, y yo en tí; así sean ellos una misma cosa en nosotros, para que crea el mundo que tú me has enviado.
22 Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean una misma cosa, como lo somos nosotros.
23 Yo estoy en ellos, y tú estás en mí, á fin de que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que tú me has enviado, y amádolos á ellos, como á mí me amaste.
24 ¡Oh Padre! yo deseo que aquellos que tú me has dado, estén conmigo allí mismo donde yo estoy: para que contemplen mi gloria, cual tú me la has dado: porque tú me amaste desde antes de la creacion del mundo.
25 ¡Oh Padre justo! el mundo no te ha conocido: yo sí que te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste.
26 Yo por mi parte les he dado, y daré á conocer tu nombre: para que el amor con que me amaste en ellos esté, y yo en ellos.

CAPITULO XVIII.

Prision de Jesus. Malchô es herido por Pedro. Huyen los apóstoles. Le niega Pedro. Interrogatorio que le hacen el sumo pontífice y el presidente Pilato.

DICHO esto, marchó Jesus con sus discípulos á la otra parte del torrente Cedron, donde habia un huerto, en el cual entró él con sus discípulos.
2 Judas, que le entregaba, estaba bien informado del sitio: porque Jesus solia retirarse muchas veces á él con sus discípulos.
3 Judas pues habiendo tomado una cohorte de soldados, y ministros de los pontífices y fariseos, fué allá con linternas y hachas, y con armas.
4 Y Jesus, que sabia todas las cosas que le habian de sobrevenir, salió á su encuentro, y les dijo: ¿A quién buscais?
5 Respondiéronle: A Jesus Nazareno. Díceles Jesus: Yo soy. Estaba tambien entre ellos Judas, el que le entregaba.
6 Apenas pues les dijo: Yo soy, retrocedieron, y cayeron en tierra.
7 Mas les preguntó Jesus segunda vez: ¿A quién buscais? Y ellos respondieron: A Jesus Nazareno.
8 Replicó Jesus: Ya os he dicho que yo soy: ahora bien, si me buscais á mí, dejad ir á estos.
9 Para que se cumpliese la palabra que habia dicho: Ninguno he perdido de los que tú me diste.
10 Entretanto Simon Pedro que

tenia una espada, la desenvainó,
é hirió á un criado del pontífice,
y le cortó la oreja derecha. Este
criado llamábase Malchô.
11 Pero Jesus dijo á Pedro:
Mete tu espada en la vaina. El
cáliz que me ha dado mi Padre,
¿he de dejar yo de beberle?
12 La cohorte pues de soldados,
el tribuno, y los ministros
de los Judíos prendieron á Jesus,
y le ataron:
13 De allí le condujeron primeramente
á casa de Annás,
porque era suegro de Caifás, que
era pontífice aquel año.
14 Caifás era el que habia dado
á los Judíos el consejo: Que
convenia que un solo hombre
muriese por el pueblo.
15 Iba siguiendo á Jesus Simon
Pedro, y otro discípulo, el cual
era conocido del pontífice, y así
entró con Jesus en el atrio del
pontífice,
16 Quedándose Pedro fuera en
la puerta. Por eso el otro discípulo,
conocido del pontífice, salió
y habló á la portera, y esta franqueó
á Pedro la entrada.
17 Entonces la criada portera
dice á Pedro: ¿No eres tú tambien
de los discípulos de este
hombre? El le respondió: No
lo soy.
18 Los criados y ministros estaban
en pié á la lumbre de carbon
que habian hecho, porque
hacia frio, y se calentaban: Pedro
asimismo estaba con ellos
calentándose.
19 Entretanto el pontífice se
puso á interrogar á Jesus sobre
sus discípulos, y doctrina.
20 A lo que respondió Jesus:
Yo he predicado públicamente
delante de todo el mundo: siempre
he enseñado en la sinagoga,
y en el templo, adonde concurren
todos los Judíos: y nada he
hablado en secreto.
21 ¿Qué me preguntas á mí?
Pregunta á los que han oido lo
que yo les he enseñado: pues
esos saben cuales cosas haya dicho
yo.
22 A esta respuesta, uno de los
ministros asistentes dió una bofetada
á Jesus, diciendo: ¿Así
respondes tú al pontífice?
23 Díjole á él Jesus: Si yo he
hablado mal, manifiesta lo malo
que he dicho: pero si bien, ¿por
qué me hieres?
24 Habíale enviado Annás atado
al pontífice Caifás.
25 Y estaba allí en pié Simon
Pedro, calentándose. Dijéronle
pues: ¿No eres tú tambien de
sus discípulos? El lo negó diciendo:
No lo soy.
26 Dícele uno de los criados del
pontífice, pariente de aquel cuya
oreja habia cortado Pedro: ¡Pues
qué! ¿no te ví yo en el huerto
con él?
27 Entonces negó Pedro otra
vez: y al punto cantó el gallo.
28 ¶ Llevaron despues á Jesus
desde casa de Caifás al pretorio.
Era de mañana: y ellos no entraron
en el pretorio por no contaminarse,
á fin de poder comer
la pascua.
29 Por eso Pilato salió afuera,
y les dijo: ¿Qué acusacion traeis
contra este hombre?
30 Respondieron, y dijéronle:

Si este no fuera malhechor, no
le hubiéramos puesto en tus ma-
nos.
31 Replicóles Pilato: Pues to-
madle vosotros, y juzgadle segun
vuestra ley. Los Judíos le dije-
ron: A nosotros no nos es per-
mitido matar á nadie.
32 Con lo que vino á cumplirse
lo que Jesus dijo, indicando el
género de muerte de que habia
de morir.
33 Pilato entonces entró de
nuevo en el pretorio, y llamó á
Jesus y le preguntó: ¿Eres tú
el rey de los Judíos?
34 Respondió Jesus: ¿Dices tú
eso de tí mismo, ó te lo han di-
cho de mí otros?
35 Replicó Pilato: ¡Qué! ¿aca-
so soy yo Judío? Tu nacion, y
los pontífices te han entregado á
mí: ¿qué has hecho tú?
36 Respondió Jesus: Mi reino
no es de este mundo: si de este
mundo fuera mi reino, sin duda
que mis ministros me habrian de-
fendido para que no cayese en
manos de los Judíos: mas ahora
mi reino no es de acá.
37 Replicóle á esto Pilato:
¿Conque tú eres rey? Respon-
dió Jesus: Tu lo dices: yo soy
rey. Yo para esto nací, y para
esto vine al mundo, para dar tes-
timonio de la verdad: todo aquel
que pertenece á la verdad, escu-
cha mi voz.
38 Dícele Pilato: ¿Qué es la
verdad? Y dicho esto, salió se-
gunda vez á los Judíos, y les
dijo: Yo ningun delito hallo en
este hombre.
39 Mas ya que teneis la cos-
tumbre de que os suelte un reo
por la Pascua: ¿quereis que os
ponga en libertad al rey de los
Judíos?
40 Entonces todos ellos volvie-
ron á gritar: No á ese, sino á
Barrabas. Y Barrabas era un
ladron.

CAPITULO XIX.

Pasion, muerte, y sepultura de Jesus.

TOMO entonces Pilato á Jesus,
y mandó azotarle.
2 Y los soldados formaron una
corona de espinas entretejidas, se
la pusieron á Jesus sobre la ca-
beza, y le vistieron un manto de
púrpura.
3 Y decian: Salve, ¡oh rey de
los Judíos! y dábanle de bofeta-
das.
4 Por tanto salió Pilato de nue-
vo afuera, y díjoles: Hé aquí
que os le saco fuera, para que
reconozcais que yo no hallo en
él delito ninguno.
5 Salió pues Jesus, llevando la
corona de espinas, y revestido
del manto de púrpura. Y les
dijo Pilato: Ved aquí al hombre.
6 Luego que los pontífices y sus
ministros le vieron, alzaron el
grito, diciendo: Crucifícale, cru-
cifícale. Díceles Pilato: To-
madle allá vosotros y crucifi-
cadle, que yo no hallo en él crí-
men.
7 Respondiéronle los Judíos:
Nosotros tenemos ley, y segun
nuestra ley debe morir, porque
se ha hecho Hijo de Dios.
8 Cuando Pilato oyó esta acu-
sacion, se llenó mas de temor.
9 Y volviendo á entrar en el

pretorio, dijo á Jesus: ¿De dónde
eres tú? Mas Jesus no le respondió palabra.
10 Por lo que Pilato le dice: ¿A mí no me hablas? pues ¿no sabes que está en mi mano el crucificarte, y en mi mano está el soltarte?
11 Respondió Jesus: no tendrias poder alguno sobre mí, si no te fuera dado de arriba. Por tanto quien á tí me ha entregado, mayor pecado tiene.
12 Desde aquel punto Pilato buscaba como libertarle. Pero los Judíos daban voces diciendo: Si sueltas á ese, no eres amigo de César; puesto que cualquiera que se hace rey, se declara contra César.
13 Pilato oyendo estas palabras, sacó á Jesus afuera: y sentóse en su tribunal, en el lugar dicho Pavimento de piedra, y en hebréo Gabbatha.
14 Era entonces *el dia de* la preparacion de la pascua, cerca de la hora sesta, y dijo á los Judíos: Ved aquí á vuestro rey.
15 Ellos empero gritaban: Quita, quita, crucifícale. Díceles Pilato: ¿A vuestro rey tengo yo de crucificar? Respondieron los pontífices: No tenemos rey, sino á César.
16 Entonces se le entregó para que le crucificasen. Apoderáronse pues de Jesus, y le sacaron fuera.
17 Y llevando él mismo á cuestas su cruz, fué caminando hácia el sitio llamado lugar de un craneo, y en hebréo Gólgotha:
18 Donde le crucificaron, y con él á otros dos, uno á cada lado, quedando Jesus en medio.
19 Escribió asimismo Pilato un letrero, y púsole sobre la cruz. En él estaba escrito: JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDIOS.
20 Este rótulo le leyeron muchos de los Judíos: porque el lugar en que fué Jesus crucificado estaba contiguo á la ciudad, y el título estaba en hebréo, en griego y en latin.
21 Entonces los pontífices de los Judíos decian á Pilato: No has de escribir: Rey de los Judíos: sino que él ha dicho: Yo soy el Rey de los Judíos.
22 Respondió Pilato: Lo escrito, escrito.
23 Entretanto los soldados, habiendo crucificado á Jesus, tomaron sus vestidos (de que hicieron cuatro partes, una para cada soldado) y la túnica: la cual era sin costura, y de un solo tejido de arriba abajo.
24 Por lo que dijeron entre sí: No la dividamos, mas echemos suertes para ver de quien será. Con lo que se cumplió la escritura que dice: Partieron entre sí mis vestidos, y sortearon mi túnica. Y esto es lo que hicieron los soldados.
25 Estaban al mismo tiempo junto á la cruz de Jesus su madre, y la hermana de su madre, María *mujer* de Cleophas, y María Magdalena.
26 Habiendo mirado pues Jesus á su madre, y al discípulo que él amaba, el cual estaba allí, dice á su madre: Mujer, hé ahí tu hijo.

27 Despues dice al discípulo: hé
ahí tu madre. Y desde aquel pun-
to encargóse de ella el discípulo.
28 Despues de esto, sabiendo Je-
sus que todas las cosas estaban
cumplidas, para que se cumpliese
la Escritura, dijo: Tengo sed.
29 Estaba puesto allí un vaso
lleno de vinagre. Ellos pues
empapando en vinagre una es-
ponja, y envolviéndola á un hi-
sopo, aplicáronsela á la boca.
30 Jesus luego que chupó el
vinagre, dijo: Todo está cumpli-
do. E inclinando la cabeza, en-
tregó su espíritu.
31 Como era dia de preparacion,
para que los cuerpos no queda-
sen en la cruz el sábado (porque
era aquel un sábado muy solem-
ne), suplicaron los Judíos á Pila-
to que se les quebrasen las pier-
nas á los crucificados, y los qui-
tasen de allí.
32 Vinieron pues los soldados,
y rompieron las piernas del pri-
mero, y del otro que habia sido
crucificado con él.
33 Mas al llegar á Jesus, como
le vieron ya muerto, no le que-
braron las piernas:
34 Sino que uno de los solda-
dos con la lanza le abrió el cos-
tado, y al instante salió sangre,
y agua.
35 Y quien lo vió, es el que lo
asegura, y su testimonio es ver-
dadero. Y él sabe que dice la
verdad, para que vosotros tam-
bien creais.
36 Pues estas cosas sucedieron,
en cumplimiento de la Escritura:
No le quebrareis ni un hueso.
37 Y del otro lugar de la Escri-
tura, que dice: Pondrán sus ojos
en aquel á quien traspasaron.
38 ¶ Despues de esto Josef na-
tural de Arimathéa, (que era dis-
cípulo de Jesus, bien que oculto
por miedo de los Judíos) pidió li-
cencia á Pilato para recoger el
cuerpo de Jesus; y Pilato se lo
permitió. Con eso vino, y se lle-
vó el cuerpo de Jesus.
39 Vino tambien Nicodemo,
(aquel mismo que en otra ocasion
habia ido de noche á encontrar
á Jesus,) trayendo consigo una
confeccion de mirra, y de aloé,
cosa de cien libras.
40 Tomaron pues el cuerpo de
Jesus, y le envolvieron en lien-
zos con los aromas, segun la cos-
tumbre de sepultar de los Judíos.
41 Habia en el lugar, donde
fué crucificado, un huerto: y en
el huerto un sepulcro nuevo,
donde hasta entonces ninguno
habia sido sepultado.
42 Como era la víspera del sá-
bado de los Judíos, y este sepul-
cro estaba cerca, pusieron allí á
Jesus.

CAPITULO XX.

Resurreccion de Jesus, y algunas de sus apariciones.

EL primer dia de la semana,
al amanecer, cuando toda-
vía estaba oscuro, fué María
Magdalena al sepulcro, y vió
quitada de él la piedra.
2 Y echó á correr, y fué á Si-
mon Pedro, y á aquel otro discí-
pulo amado de Jesus, y les dijo:
Se han llevado del sepulcro al
Señor, y no sabemos donde le
han puesto.
3 Entonces salió Pedro, y el

dicho discípulo, y encamináronse
al sepulcro.
4 Corrian ambos á la par, mas
este otro discípulo corrió mas
apriesa que Pedro, y llegó pri-
mero al sepulcro.
5 Y habiéndose inclinado, vió
los lienzos en el suelo, pero no
entró.
6 Llegó tras él Simon Pedro, y
entró en el sepulcro, y vió los
lienzos en el suelo.
7 Y el sudario que habian
puesto sobre la cabeza de Jesus,
no junto con los demas lienzos,
sino separado y doblado en otro
lugar.
8 Entonces el otro discípulo,
que habia llegado primero al se-
pulcro, entró tambien: y vió, y
creyó;
9 Porque aun no habian en-
tendido de la Escritura, que Je-
sus debia resucitar de entre los
muertos.
10 Con esto los discípulos se
volvieron otra vez á casa.
11 Entretanto María estaba
fuera llorando, cerca del sepul-
cro. Estando pues así llorando,
se inclinó á mirar al sepulcro:
12 Y vió á dos ángeles vestidos
de blanco, sentados, uno á la ca-
becera, y otro á los piés, donde
estuvo colocado el cuerpo de
Jesus.
13 Dijéronle ellos: ¿Mujer,
por qué lloras? Respondióles:
Porque se han llevado á mi Se-
ñor, y no sé donde le han puesto.
14 Dicho esto, volviéndose há-
cia atras, vió á Jesus en pié:
mas no conocia que fuese Jesus.
15 Dícele Jesus: Mujer, ¿por
qué lloras? ¿á quién buscas?
Ella suponiendo que seria el
hortelano, le dice: Señor, si tú
le has quitado, díme donde le
pusiste, y yo me le llevaré.
16 Dícele Jesus: María. Vol-
vióse ella y le dijo: Rabboni
(que quiere decir, Maestro).
17 Dícele Jesus: No me toques,
porque no he subido todavía á
mi Padre: mas vé á mis herma-
nos, y díles: Subo á mi Padre,
y vuestro Padre; á mi Dios, y
vuestro Dios.
18 Fué pues María Magdalena
á dar parte á los discípulos, *di-
ciendo:* He visto al Señor, y me
ha dicho esto y esto.
19 Aquel mismo dia primero de
la semana, siendo ya tarde, y
estando cerradas las puertas de
la casa, donde se hallaban reu-
nidos los discípulos por miedo
de los Judíos, vino Jesus, y apa-
reciéndose en medio de ellos, les
dijo: La paz sea con vosotros.
20 Dicho esto, mostróles las
manos, y el costado. Y llená-
ronse de gozo los discípulos con
la vista del Señor.
21 El cual les repitió: La paz
sea con vosotros. Como mi Pa-
dre me envió, así tambien os en-
vío á vosotros.
22 Dichas estas palabras, alen-
tó *hácia ellos:* y les dijo: Reci-
bid el Espíritu Santo:
23 Quedan perdonados los pe-
cados á aquellos á quienes los
perdonáreis: y quedan reteni-
dos, á los que se los retuviereis.
24 Tomas, empero, uno de los
doce, llamado Dídimo, no estaba
con ellos cuando vino Jesus.

25 Dijéronle despues los otros
discípulos: Hemos visto al Se-
ñor. Mas él les respondió: Si
yo no veo en sus manos la hen-
didura de los clavos, y no meto
mi dedo en el agujero que en
ellas hicieron, y mi mano en su
costado, no lo creeré.
26 Ocho dias despues, estaban
otra vez los discípulos en el mis-
mo lugar, y Tomas con ellos.
Vino Jesus estando cerradas las
puertas, y púsoseles en medio,
y dijo: La paz sea con voso-
tros.
27 Despues dice á Tomas: Me-
te aquí tu dedo, y registra mis
manos, y trae tu mano, y méte-
la en mi costado: y no seas in-
crédulo, sino fiel.
28 Respondió Tomas, y le dijo:
¡ Señor mio, y Dios mio!
29 Díjole Jesus: Tú has crei-
do ¡oh Tomas! porque me has
visto: bienaventurados aquellos
que sin haber visto han creido.
30 Muchos otros milagros hizo
tambien Jesus en presencia de
sus discípulos, que no están es-
critos en este libro.
31 Pero estos se han escrito con
el fin de que creais que Jesus es
el Cristo, el Hijo de Dios; y pa-
ra que creyendo, tengais vida en
su nombre.

CAPITULO XXI.

Aparécese Jesus á sus discípulos, estando ellos pescando. Hace á Pedro un encargo: le predice su martirio; y mortifica su curiosidad acerca de Juan.

DESPUES de esto Jesus se
apareció otra vez á los dis-
cípulos á la orilla del mar de
Tiberiades: y fué de esta ma-
nera:
2 Hallábanse juntos Simon Pe-
dro, y Tomas, llamado Dídimo,
y Nathanael, el cual era de Ca-
ná de Galilea, y los hijos de
Zebedeo, y otros dos de sus dis-
cípulos.
3 Díceles Simon Pedro: Voy á
pescar. Respóndenle ellos: Va-
mos tambien nosotros contigo.
Fueron pues, y entraron en la
barca, y aquella noche no cogie-
ron nada.
4 Venida la mañana, se apare-
ció Jesus en la ribera: pero los
discípulos no conocieron que fue-
se él.
5 Y Jesus les dijo: ¿Hijos, te-
neis algo que comer? Respon-
diéronle: No.
6 Díceles él: Echad la red á la
derecha del barco, y encontra-
reis. Echáronla pues; y ya no
podian sacarla por la multitud
de peces que habia.
7 Entonces el discípulo aquel á
quien Jesus amaba, dijo á Pe-
dro: Es el Señor. Simon Pedro
apenas oyó: Es el Señor; vis-
tióse la túnica (pues estaba des-
nudo,) y se echó al mar.
8 Los demas discípulos vinie-
ron en la barca, tirando de la
red con los peces, (pues no esta-
ban lejos de tierra, sino como
unos doscientos codos.)
9 Al saltar en tierra, vieron
preparadas brasas encendidas, y
un pez puesto encima, y pan.
10 Jesus les dijo: Traed acá
de los peces que acabais de co-
ger.
11 Subió Simon Pedro, y sacó

á tierra la red, llena de ciento
cincuenta y tres peces grandes.
Y en medio de ser tantos, no se
rompió la red.
12 Díceles Jesus: Vamos, al-
morzad. Y ninguno de los discí-
pulos osaba preguntarle: ¿Quién
eres tú? sabiendo que era el Se-
ñor.
13 Acércase pues Jesus, y to-
ma el pan, y se lo distribuye, y
lo mismo hace del pez.
14 Esta fué la tercera vez que
Jesus apareció á sus discípulos,
despues que resucitó de entre
los muertos.
15 Acabada la comida, dice
Jesus á Simon Pedro: Simon
hijo de Jonas, ¿me amas tú mas
que estos? Dícele: Sí Señor,
tú sabes que te amo. Dícele:
Apacienta mis corderos.
16 Segunda vez le dice: Simon
hijo de Jonas, ¿me amas? Res-
póndele: Sí Señor, tú sabes que
te amo. Dícele: Apacienta mis
ovejas.
17 Dícele tercera vez: Simon
hijo de Jonas, ¿me amas? Pe-
dro se contristó de que por ter-
cera vez le preguntase si le
amaba: y así respondió: Señor,
tú lo sabes todo: tú conoces que
yo te amo. Díjole Jesus: Apa-
cienta mis ovejas.
18 En verdad, en verdad te
digo, que cuando eras mas mozo,
tú mismo te ceñias el vestido, é
ibas adonde querias: mas en
siendo viejo, estenderás tus ma-
nos, y otro te ceñirá, y te condu-
cirá adonde tú no gustes.
19 Esto lo dijo para indicar
con qué género de muerte ha-
bia Pedro de glorificar á Dios.
Y despues de esto, añadió: Sí-
gueme.
20 Volviéndose Pedro vió venir
detrás al discípulo amado de Je-
sus, aquel que en la cena se re-
clinara sobre su pecho, y habia
preguntado: Señor, ¿quién es
el que te hará traicion?
21 Pedro pues, habiendo visto
á este discípulo, dijo á Jesus:
Señor, ¿qué será de este?
22 Respondióle Jesus: si yo
quiero que así se quede hasta
mi venida, ¿á tí qué te importa?
tú sígueme á mí.
23 Y de aquí se originó la voz
entre los hermanos, de que este
discípulo no morirá. Mas no le
dijo Jesus: No morirá: sino:
¿Si yo quiero que así se quede
hasta mi venida, á tí qué te im-
porta?
24 Este es aquel discípulo que
da testimonio de estas cosas, y
las ha escrito: y estamos ciertos
de que su testimonio es verda-
dero.
25 Muchas otras cosas hay
que hizo Jesus, que si se escri-
bieran una por una, me parece
que no cabrian en el mundo los
libros que se habrian de escribir.
Amen.

LOS HECHOS DE LOS APOSTOLES.

CAPITULO I.

Promesa del Espíritu Santo. Ascension del Señor. Eleccion de Matías para el apostolado.

HE hablado en mi primer discurso ¡ oh Teófilo ! de todo lo que comenzó Jesus á hacer y enseñar,
2 Hasta el dia en que fué recibido en el cielo, despues de haber instruido por el Espíritu Santo á los apóstoles, que él habia escogido :
3 A los cuales se habia manifestado tambien vivo despues de su pasion, dándoles muchas pruebas, apareciéndoseles en el espacio de cuarenta dias, y hablándoles de las cosas tocantes al reino de Dios.
4 Y habiéndolos reunido, les mandó que no partiesen de Jerusalem, sino que esperasen el cumplimiento de la promesa del Padre, la cual (dijo) oisteis de mi boca :
5 Pues Juan bautizó en verdad con el agua, mas vosotros habeis de ser bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos dias.
6 Entonces los que se hallaban presentes, le hicieron esta pregunta: Señor, ¿si será este el tiempo en que has de restituir el reino á Israél ?
7 A lo cual respondió Jesus: No os corresponde á vosotros el saber los tiempos y momentos que tiene el Padre reservados á su poder :
8 Recibireis, sí, la virtud del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, y me servireis de testigos en Jerusalem, y en toda la Judea, y Samaria, y hasta el cabo del mundo.
9 Dicho esto, se fué elevando á vista de ellos: hasta que una nube le encubrió á sus ojos.
10 Y estando mirando como iba subiéndose al cielo, hé aquí que aparecieron cerca de ellos dos personages con vestiduras blancas,
11 Los cuales les dijeron : Varones de Galilea ¿ por qué estais mirando al cielo ? este Jesus, que *separándose* de vosotros se ha subido al cielo, vendrá de la misma suerte que le acabais de ver subir allá.
12 Entonces se volvieron á Jerusalem, desde el monte llamado de los Olivos, que dista de Jerusalem el *espacio de* camino *que puede andarse* en sábado.
13 Y cuando entraron, subiéronse á una habitacion alta, donde tenian su morada Pedro, y Santiago, y Juan, y Andres, Felipe y Tomas, Bartolomé y Mateo, Santiago *hijo* de Alfeo, y Simon el Zelador, y Judas *hermano* de Santiago.
14 Todos los cuales, animados de un mismo espíritu, perseveraban juntos en oracion con las mujeres, y con María la madre de Jesus, y con los hermanos de este.

15 Por aquellos dias levantándose Pedro en medio de los hermanos (cuya junta era como de unas ciento y veinte personas) les dijo:
16 Hermanos, es preciso que se cumpla lo que tiene profetizado el Espíritu Santo por boca de David, acerca de Judas, que se hizo adalid de los que prendieron á Jesus:
17 Y el cual fué de nuestro número, y habia sido llamado á las funciones de nuestro ministerio.
18 Este adquirió un campo con el precio de su maldad, y habiéndose precipitado, reventó por medio, quedando esparcidas por tierra todas sus entrañas:
19 Cosa que es notoria á todos los habitantes de Jerusalem, por manera que aquel campo ha sido llamado en su propia lengua, Hacéldama, esto es, campo de sangre.
20 Así es que está escrito en el libro de los Salmos: Quede su morada desierta, y no haya quien habite en ella: y ocupe otro su episcopado.
21 Es necesario pues que de estos sugetos que han estado en nuestra compañía, todo el tiempo que Jesus, Señor nuestro, conversó entre nosotros,
22 Empezando desde el bautismo de Juan hasta el dia en que apartándose de nosotros se subió al cielo, se elija uno que sea, como nosotros, testigo de su resurreccion.
23 Con eso propusieron á dos, á Josef, llamado Barsabas, y por sobrenombre el Justo, y á Matías.
24 Y haciendo oracion dijeron: ¡Oh Señor! tú que ves los corazones de todos, muéstranos cual de estos dos has destinado
25 A ocupar el puesto de este ministerio y apostolado, del cual cayó Judas por su prevaricacion, para irse á su lugar.
26 Y echando suertes, cayó la suerte á Matías, con lo que fué agregado á los once apóstoles.

CAPITULO II.

Venida del Espíritu Santo. Primer sermon de San Pedro, y su fruto. Vida de los primeros fieles.

AL cumplirse pues el dia de Pentecostes, estaban todos juntos en un mismo lugar:
2 Cuando de repente sobrevino del cielo un ruido, como de viento impetuoso que soplaba, y llenó toda la casa donde estaban.
3 Al mismo tiempo les aparecieron unas como lenguas de fuego, que se repartieron y se asentaron sobre cada uno de ellos:
4 Entonces fueron llenados todos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en diversas lenguas, al modo que el Espíritu Santo les concedia pronunciar.
5 Hallábanse á la sazon en Jerusalem Judíos devotos, los cuales eran de todas las naciones del mundo.
6 Divulgado pues este suceso, acudió una gran multitud de ellos, y quedaron atónitos, al ver que todos oían á los apósto-

les hablar en la lengua de cada
uno.
7 Así pasmados todos y maravillados, se decian unos á otros: ¿Por ventura estos que hablan, no son todos Galiléos?
8 ¿Pues cómo es que los oimos cada uno de nosotros hablar nuestra lengua nativa?
9 Partos, Medos, y Elamitas, los moradores de Mesopotamia, de Judea, y de Capadocia, del Ponto, y del Asia,
10 Los de Frigia, de Panfilia, y del Egipto, los de la Libia, confinante con Cirene, y los que han venido de Roma, tanto Judíos, como prosélitos,
11 Los Cretenses y los Arabes: los oimos hablar en nuestras propias lenguas las maravillas de Dios.
12 Estando pues todos llenos de admiracion, y no sabiendo qué discurrir, se decian unos á otros: ¿Qué novedad es esta?
13 Pero algunos se mofaban de ellos diciendo: Estos sin duda están llenos de mosto.
14 Entonces Pedro presentándose con los once, levantó la voz y les habló de esta suerte: ¡Oh vosotros Judíos, y todos los demas que morais en Jerusalem! estad atentos á lo que voy á deciros, y escuchad bien mis palabras.
15 No están estos embriagados, como sospechais vosotros, pues no es mas que la hora tercia del dia:
16 Sino que se verifica lo que dijo el profeta Joel:
17 Sucederá en los postreros dias (dice Dios) que yo derramaré mi Espíritu sobre toda carne: y profetizarán vuestros hijos, y vuestras hijas: y vuestros jóvenes tendrán visiones, y vuestros ancianos, revelaciones en sueños.
18 Sí por cierto: yo derramaré mi Espiritu sobre mis siervos, y sobre mis siervas en aquellos dias, y profetizarán:
19 Yo haré que se vean prodigios arriba en el cielo, y portentos abajo en la tierra, sangre, y fuego, y torbellinos de humo.
20 El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que llegue el dia grande y glorioso del Señor.
21 Entonces todos los que hayan invocado el nombre del Señor, serán salvos.
22 ¡Oh hijos de Israél! escuchad estas palabras: A Jesus de Nazaret, hombre aprobado por Dios entre vosotros, con los milagros, maravillas y prodigios que por medio de él entre vosotros ha hecho, como tambien vosotros sabeis:
23 A este Jesus, dejado á vuestro arbitrio por determinado consejo y presciencia de Dios, vosotros le habeis hecho morir, clavándole en la cruz por mano de los impíos:
24 Pero Dios le ha resucitado, librándole de los dolores de la muerte, siendo, como era, imposible quedar él preso por ella.
25 Porque David decia de él: Tenia siempre presente al Señor ante mis ojos: pues está siempre á mi diestra, para que no esperimente yo ningun trastorno:

26 Por tanto se llenó de alegría mi corazon, y regocijóse mi lengua, y mi carne reposará en la esperanza.
27 Por que no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu Santo esperimente la corrupcion.
28 Me has dado á conocer las sendas de la vida, y colmarme has de gozo con tu presencia.
29 Varones hermanos, permitidme que os diga con toda libertad: el patriarca David muerto está, y fué sepultado: y su sepulcro se conserva entre nosotros hasta el dia de hoy.
30 Pero como era profeta, y sabia que Dios le habia prometido con juramento que de su descendencia segun la carne habia de suscitar á Cristo para sentarle sobre su trono:
31 Previéndolo, habló de la resurreccion de Cristo, cuya alma no fué detenida en el infierno, ni su carne padeció corrupcion.
32 Este Jesus es á quien Dios ha resucitado, de lo que todos nosotros somos testigos.
33 Ensalzado pues por la diestra de Dios, y habiendo recibido de su Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado á este, á quien vosotros estais viendo, y oyendo.
34 Porque no es David el que subió al cielo: antes bien él mismo dejó escrito: Dijo el Señor á mi Señor, siéntate á mi diestra,
35 Mientras á tus enemigos los pongo yo por tarima de tus piés.
36 Persuádase pues certísimamente toda la casa de Israél, que Dios ha constituido Señor y Cristo á este mismo Jesus, al cual vosotros habeis crucificado.
37 Oido este discurso, se compungieron de corazon, y dijeron a Pedro, y á los demas apóstoles: Pues hermanos ¿qué es lo que debemos hacer?
38 A lo que Pedro les respondió: Arrepentíos, y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para remision de vuestros pecados, y recibireis el don del Espíritu Santo.
39 Porque la promesa es para vosotros, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos llamare á sí el Señor Dios nuestro.
40 Otras muchísimas razones alegó, y los amonestaba, diciendo: Ponéos en salvo de entre esta generacion perversa.
41 Aquellos pues que recibieron su doctrina, fueron bautizados: y se añadieron aquel dia cerca de tres mil personas.
42 Y perseveraban todos en las instrucciones y en la comunion de los apóstoles, y en la fraccion del pan, y en la oracion.
43 Y toda la gente estaba sobrecogida de temor: porque eran muchos los prodigios, y milagros que hacian los apóstoles.
44 Los creyentes por su parte vivian unidos entre sí, y nada tenian que no fuese comun para todos ellos.
45 Vendian sus posesiones y demas bienes, y los repartian entre todos, segun la necesidad de cada uno.
46 Asistiendo asimismo cada

dia largos ratos al templo, unidos con un mismo espíritu, y partiendo el pan por las casas, tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazon,

47 Alabando á Dios, y haciéndose amar de todo el pueblo. Y el Señor añadia cada dia á la iglesia los que debian ser salvos.

CAPITULO III.

Un cojo de nacimiento, curado con la invocacion del nombre de Jesus. Segundo sermon de San Pedro, en que demuestra ser Jesus el Mesías prometido en la Ley.

SUBIAN *un dia* Pedro y Juan
al templo, á la oracion de la
hora de nona.
2 Y habia un hombre, cojo
desde el vientre de su madre, á
quien traían á cuestas y ponian
todos los dias á la puerta del
templo, llamada la Hermosa,
para pedir limosna á los que en-
traban en él.
3 Pues como este viese á Pedro
y á Juan que iban á entrar en
el templo, les rogaba que le die-
sen limosna.
4 Pedro entonces fijando con
Juan la vista en este pobre, le
dijo: Mira hácia nosotros.
5 El los miraba de hito en hito,
esperando que le diesen algo.
6 Mas Pedro le dijo: Plata ni
oro yo no tengo: pero te doy lo
que tengo: En el nombre de Je-
sucristo Nazareno levántate, y
camina.
7 Y cogiéndole de la mano de-
recha, le levantó, y al instante
se le consolidaron los piés, y los
tobillos.
8 Y dando un salto, se puso en
pié, y echó á andar: y entro con
ellos en el templo andando, y
saltando, y alabando á Dios.
9 Todo el pueblo le vió como
iba andando y loando á Dios.
10 Y como le conocian por
aquel mismo que solia estar sen-
tado á la limosna, en la puerta
Hermosa del templo, quedaron
espantados y fuera de sí con tal
suceso.
11 Asido pues él á Pedro y
á Juan, todo el pueblo, admi-
randose, vino corriendo hácia
ellos al lugar llamado pórtico de
Salomon.
12 Lo que viendo Pedro, habló
á la gente de esta manera: ¡ Oh
hijos de Israél! ¿ por qué os ma-
ravillais de esto, y por qué nos
estais mirando á nosotros, como
si por virtud ó piedad nuestra
hubiésemos hecho andar á este
hombre?
13 El Dios de Abraham, de
Isaac, y de Jacob, el Dios de
nuestros padres ha glorificado á
su Hijo Jesus, á quien vosotros
habeis entregado, y negado en
presencia de Pilato, juzgando
este que debia ser puesto en
libertad.
14 Mas vosotros renegasteis del
Santo y del Justo, y pedisteis
que se os hiciese gracia de un
homicida:
15 Disteis la muerte al autor
de la vida, pero Dios le ha resu-
citado de entre los muertos, y
nosotros somos testigos de su re-
surreccion.
16 Su poder es el que, mediante
la fé en su nombre, ha consoli-
dado á este que vosotros veis y

conoceis: de modo que la fé que de él proviene, es la que ha causado esta perfecta curacion delante de todos vosotros.
17 Ahora, hermanos, yo bien sé que hicisteis por ignorancia lo que hicisteis, como tambien vuestros gefes.
18 Si bien Dios ha cumplido de esta suerte lo prenunciado por la boca de todos los profetas, en órden á la pasion de Cristo.
19 Arrepentíos, y convertíos, á fin de que se borren vuestros pecados, para cuando vengan de la presencia del Señor los tiempos de consolacion,
20 Y envíe al mismo Jesucristo que os ha sido anunciado,
21 El cual es debido por cierto que se mantenga en el cielo, hasta los tiempos de la restauracion de todas las cosas, de que antiguamente Dios habló por boca de sus santos profetas.
22 Porque Moisés verdaderamente dijo á nuestros padres: El Señor Dios vuestro os suscitará de entre vuestros hermanos un profeta, como yo; á él habeis de oir en todo cuanto os diga.
23 Y sucedera que cualquiera que no oyere á aquel profeta, será esterminado del pueblo.
24 Y todos los profetas que desde Samuel en adelante han vaticinado, anunciaron estos dias.
25 Vosotros sois los hijos de los profetas, y de la alianza que hizo Dios con nuestros padres, diciendo á Abraham: En tu descendencia serán benditas todas las familias de la tierra.
26 A vosotros en primer lugar Dios resucitando á su Hijo Jesus, le ha enviado á llenaros de bendiciones, á fin de que cada uno se convierta de su maldad.

CAPITULO IV.

Los apóstoles, presos, y examinados sobre la curacion del tullido, confiesan la fé de Jesucristo. Se les manda que no prediquen. Crecen los fieles en número, y viven con perfecta union.

MIENTRAS ellos estaban hablando al pueblo, sobrevinieron los sacerdotes con el magistrado del templo, y los Saduceos,
2 Sentidos de que enseñasen al pueblo y predicasen en Jesus la resurreccion de los muertos:
3 Y habiéndose apoderado de ellos, los metieron en la cárcel hasta el dia siguiente: porque ya era tarde.
4 Entretanto muchos de los que habian oido la predicacion, creyeron: cuyo número llegó á cinco mil hombres.
5 Al dia siguiente se congregaron en Jerusalem los gefes, y los ancianos, y los escribas,
6 Con el pontífice Annás, y Caifás, y Juan, y Alejandro, y todos los que eran del linage sacerdotal.
7 Y haciendo comparecer en medio á los apóstoles, les preguntaron: ¿ Con qué potestad, ó en nombre de quién habeis hecho eso?
8 Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les respondió: Príncipes del pueblo, y vosotros ancianos,
9 Ya que en este dia se nos

pide razon del bien que hemos
hecho á un hombre tullido, y en
virtud de quien ha sido curado,
10 Declaramos á todos vosotros, y á todo el pueblo de Israél,
que la curacion se ha hecho en
nombre de Jesucristo Nazareno,
á quien vosotros crucificasteis,
y Dios ha resucitado. En virtud de tal nombre se presenta
sano ese hombre á vuestros ojos.
11 Esta es aquella piedra que
vosotros desechasteis al edificar,
la cual ha venido á ser la principal piedra del ángulo:
12 Fuera de él, no hay que
buscar la salvacion en ningun
otro: pues no se ha dado á los
hombres otro nombre debajo del
cielo, por el cual debamos salvarnos.
13 Viendo ellos la firmeza de
Pedro, y de Juan, constándoles
por otra parte que eran hombres
sin letras y del vulgo, estaban
llenos de admiracion, conociendo
que eran de los que habian estado con Jesus:
14 Por otra parte, al ver al
hombre que habia sido curado
estar con ellos en pié, nada podian replicar en contrario.
15 Mandáronles pues salir fuera de la junta, y comenzaron á
deliberar entre sí,
16 Diciendo: ¿Qué haremos
con estos hombres? el milagro
hecho por ellos es notorio á todos los habitantes de Jerusalem:
es tan evidente, que no podemos
negarle.
17 Pero á fin de que no se divulgue mas en el pueblo, apercibámosles que de aquí en adelante no hablen en este nombre
á persona viviente.
18 Por tanto llamándolos, les
intimaron que por ningun caso
hablasen, ni enseñasen en el
nombre de Jesus.
19 Mas Pedro y Juan respondieron á esto, diciéndoles: Juzgad vosotros si en la presencia
de Dios, es justo el obedeceros á
vosotros antes que á Dios:
20 Porque nosotros no podemos
menos de hablar lo que hemos
visto y oido.
21 Pero ellos con todo amenazándolos los despacharon, no
hallando arbitrio para castigarlos, por temor del pueblo, porque
todos daban gloria á Dios á causa de lo que habia sucedido.
22 Pues el hombre en quien se
habia obrado esta cura milagrosa, pasaba de cuarenta años.
23 Puestos ya en libertad, volvieron á los suyos, y les contaron cuantas cosas les habian dicho los príncipes de los sacerdotes y los ancianos.
24 Ellos al oirlo, levantaron
todos unánimes la voz á Dios, y
dijeron: Señor, tú eres el Dios
que hiciste el cielo, y la tierra,
el mar, y todo cuanto en ellos se
contiene:
25 El que por boca de David,
siervo tuyo, dijiste: ¿Por qué se
han alborotado las naciones, y
los pueblos han forjado empresas
vanas?
26 Armáronse los reyes de la
tierra, y los príncipes se coligaron contra el Señor, y contra su
Cristo.
27 Porque verdaderamente se

mancomunaron contra tu santo hijo Jesus, á quien ungiste, Herodes, y Poncio Pilato, con los Gentiles, y las tribus de Israél,

28 Para ejecutar lo que tu poder y providencia determinaron que se hiciese.

29 Ahora pues, Señor, mira sus amenazas, y da á tus siervos el predicar con toda confianza tu palabra,

30 Estendiendo tu mano para hacer curaciones, prodigios, y portentos en el nombre de Jesus, tu santo Hijo.

31 Acabada esta oracion, tembló el lugar en que estaban congregados: y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y anunciaban con firmeza la palabra de Dios.

32 Toda la multitud de los fieles tenia un mismo corazon, y una misma alma: ni habia entre ellos quien considerase como suyo lo que poseía, sino que tenian todas las cosas en comun.

33 Los apóstoles con gran valor daban testimonio de la resurreccion del Señor Jesus: y en todos habia gracia con abundancia.

34 Así es que no habia entre ellos persona necesitada: pues todos los que tenian posesiones ó casas, vendiéndolas, traían el precio de ellas,

35 Y le ponian á los piés de los apóstoles, el cual despues se distribuía segun la necesidad de cada uno.

36 De esta manera Joses, á quien los apóstoles pusieron el sobrenombre de Bernabé (esto es, Hijo de consolacion,) que era Levita, y natural de Chipre,

37 Vendió una heredad que tenia, y trajo el precio, y le puso á los piés de los apóstoles.

CAPITULO V.

Castigo de Ananías y Saphira. Los apóstoles, y en especial San Pedro, son de nuevo perseguidos y presos; y por consejo de Gamaliel son puestos en libertad, despues de ser azotados.

UN hombre llamado Ananías, con su mujer Saphira, vendió tambien un campo.

2 Y de acuerdo con ella, retuvo parte del precio: y trayendo el resto, púsole á los piés de los apóstoles.

3 Mas Pedro le dijo: Ananías, ¿cómo ha tentado Satanas tu corazon, para que mintieses al Espíritu Santo, reteniendo parte del precio de ese campo?

4 ¿Quién te quitaba el conservarle? Y aunque le hubieses vendido, ¿no estaba su precio á tu disposicion? ¿Pues á qué fin has urdido en tu corazon esta trampa? No mentiste á hombres, sino á Dios.

5 Al oir Ananías estas palabras, cayó en tierra y espiró. Con lo cual todos los que tal suceso supieron, quedaron en gran manera atemorizados.

6 En la hora misma vinieron unos mozos, y le sacaron y llevaron á enterrar.

7 No bien se pasaron tres horas, cuando su mujer entró, ignorante de lo acaecido.

8 Díjole Pedro: Díme mujer, ¿es así que vendisteis el campo por tanto? Sí, respondió ella, por ese precio le vendimos.

9 Entonces Pedro le dijo: ¿ Por qué os habeis concertado para tentar al Espíritu del Señor? Hé aquí á la puerta los que enterraron á tu marido, y ellos te llevarán á enterrar.
10 Al momento cayó á sus piés, y espiró. Entrando luego los mozos, encontráronla muerta, y sacándola, la enterraron al lado de su marido.
11 Lo que causó gran temor en toda la Iglesia, y en todos los que tal suceso oyeron.
12 Entretanto los apóstoles hacian muchos milagros, y prodigios entre el pueblo; (Y todos unidos en un mismo espíritu, se juntaban en el pórtico de Salomon.
13 De los otros ninguno osaba juntarse con ellos: pero el pueblo hacia de ellos grandes elogios.
14 Con esto se aumentaba mas y mas el número de los que creían en el Señor, así de hombres, como de mujeres.)
15 De suerte que sacaban á las calles á los enfermos, poniéndolos en camillas y lechos, para que pasando Pedro, su sombra tocase por lo menos en alguno de ellos.
16 Concurria tambien á Jerusalem mucha gente de las ciudades vecinas, trayendo enfermos y endemoniados: los cuales eran curados todos.
17 Alarmado con esto el príncipe de los sacerdotes, y los de su partido (que era la secta de los Saduceos) se mostraron llenos de indignacion:
18 Y prendiendo á los apóstoles, los metieron en la cárcel pública.
19 Mas el ángel del Señor abriendo por la noche las puertas de la cárcel, y sacándolos fuera, les dijo:
20 Id al templo, y puestos allí, predicad al pueblo la doctrina de esta vida.
21 Ellos, oido esto, entraron al despuntar el alba en el templo, y se pusieron á enseñar. Entretanto vino el pontífice, con los de su partido, convocaron el concilio y á todos los ancianos del pueblo de Israél, y enviaron por los presos á la cárcel.
22 Llegados los ministros, como no los hallasen en la cárcel, volvieron con la noticia,
23 Diciendo: La cárcel la hemos hallado muy bien cerrada, y á los guardas en centinela delante de las puertas: mas habiéndolas abierto, á nadie hemos hallado dentro.
24 Oidas tales nuevas, tanto el sumo sacerdote, como el magistrado del templo, y los príncipes de los sacerdotes, no podian atinar en qué vendría á parar aquello.
25 A este tiempo llegó uno y les dijo: Sabed que aquellos hombres que metisteis en la cárcel, están en el templo enseñando al pueblo.
26 Entonces el magistrado fué allá con sus ministros, y los condujo sin hacerles violencia: porque temian ser apedreados por el pueblo.
27 Conducidos que fueron, pre-

sentáronlos al concilio, y el sumo sacerdote los interrogó,

28 Diciendo: Nosotros os teníamos prohibido con mandato formal que enseñaseis en ese nombre: y ved que habeis llenado á Jerusalem de vuestra doctrina, y quereis hacernos responsables á nosotros de la sangre de ese hombre.

29 A lo cual respondiendo Pedro, y los apóstoles, dijeron: Es necesario obedecer á Dios, antes que á los hombres.

30 El Dios de nuestros padres ha resucitado á Jesus, á quien vosotros habeis hecho morir, colgándole en un madero.

31 A este ensalzó Dios con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar á Israél el arrepentimiento, y la remision de los pecados:

32 Nosotros somos testigos de estas verdades, y lo es tambien el Espíritu Santo, que Dios ha dado á los que le obedecen.

33 Oidas estas razones, se enfurecian, y trataban de matarlos.

34 Pero levantándose en el concilio un fariseo, llamado Gamaliel, doctor de la ley, hombre respetado de todo el pueblo, mandó que se retirasen afuera por un breve rato aquellos hombres.

35 Y entonces dijo á los del concilio: ¡Oh Israelitas! considerad bien lo que vais á hacer con estos hombres.

36 Sabeis que poco ha se levantó un tal Theudas, que se vendia por persona de importancia, al cual se asociaron cerca de cuatrocientos hombres: él fué muerto, y todos los que le creían se dispersaron, y redujeron á nada.

37 Despues de este se levantó Judas Galiléo en tiempo del empadronamiento, y arrastró tras sí muchos del pueblo: el tal pereció del mismo modo, y todos sus secuaces quedaron disipados.

38 Ahora pues os aconsejo que no os metais con esos hombres, y que los dejeis: porque si este designio, ó empresa es obra de hombres, ella misma se desvanecerá:

39 Pero si es cosa de Dios, no podreis destruirla, y os espondríais á ir contra Dios.

40 Todos adhirieron á este parecer, y llamando á los apóstoles, despues de haberlos hecho azotar, les intimaron que no hablasen mas, ni poco ni mucho, en el nombre de Jesus, y los dejaron ir.

41 Entonces los apóstoles se retiraron de la presencia del concilio muy gozosos, porque habian sido hallados dignos de sufrir aquel ultrage por el nombre de Jesus.

42 Y no cesaban todos los dias, en el templo y por las casas, de anunciar y de predicar á Jesucristo.

CAPITULO VI.

Eleccion de los siete diáconos: Esteban se señala entre todos: hace grandes milagros; y se levantan contra él muchos Judíos.

POR aquellos dias, creciendo el número de los discípulos,

se suscitó una queja de los Griegos contra los Hebréos, porque no se hacia caso de sus viudas en el servicio diario.

2 En atencion á esto, los doce convocando á todos los discípulos, les dijeron: No es justo que nosotros descuidemos la palabra de Dios, por tener cuidado de las mesas.

3 Por tanto, hermanos, nombrad de entre vosotros siete sugetos de buena fama, llenos del Espíritu Santo, y de inteligencia, á los cuales encarguemos este ministerio.

4 Y con esto podremos nosotros emplearnos enteramente en la oracion, y en la predicacion de la palabra.

5 Pareció bien esta propuesta á toda la asamblea: y así nombraron á Esteban, varon lleno de fé, y del Espíritu Santo, y á Felipe, y á Prochôro, á Nicanor y á Timon, á Parmenas y á Nicolas prosélito Antioqueno.

6 Presentáronlos á los apóstoles, los cuales, haciendo oracion, les impusieron las manos.

7 Entretanto la palabra de Dios iba creciendo, y multiplicóse sobremanera el número de los discípulos en Jerusalem: y sujetábanse tambien á la fé muchos de los sacerdotes.

8 Mas Esteban lleno de fé y de fortaleza, obraba grandes prodigios y milagros entre el pueblo.

9 Levantáronse pues algunos de la sinagoga llamada de los Libertinos, de los Cirenéos, de los Alejandrinos, de los Cilicianos y de los Asiáticos, y trabaron disputas con Esteban:

10 Pero no podian contrarestar á la sabiduría, y al espíritu con que hablaba.

11 Entonces sobornaron á algunos, que dijesen haberle oido proferir blasfemias contra Moisés, y contra Dios.

12 Con eso alborotaron á la plebe, y á los ancianos, y á los escribas: y echándose sobre él le arrebataron, y trajeron al concilio.

13 Y produjeron testigos falsos que afirmasen: Este hombre no cesa de proferir palabras de blasfemia contra el lugar santo, y contra la ley.

14 Pues nosotros le hemos oido decir: Que aquel Jesus Nazareno ha de destruir este lugar, y mudar las observancias que nos dejó ordenadas Moisés.

15 Entonces fijando en él los ojos todos los del concilio, vieron su rostro como el rostro de un ángel.

CAPITULO VII.

Razonamiento de San Esteban en el concilio de los Judíos; y su martirio.

DIJO entonces el príncipe de los sacerdotes: ¿Es esto así?

2 Respondió él: Varones hermanos, y padres, escuchadme: El Dios de la gloria apareció á nuestro padre Abraham cuando estaba este en Mesopotamia, primero que habitase en Charan,

3 Y le dijo: Sal de tu patria, y de tu parentela, y ven al pais que yo te mostraré.

4 Entonces salió de la Caldéa,

y vino á habitar en Charan. De
allí, muerto su padre, le hizo
pasar Dios á esta tierra, en don-
de ahora morais vosotros.
5 Y no le dió de ella en propie-
dad ni un palmo tan solamente:
prometióle, sí, darle la posesion
de dicha tierra, y despues de él
á sus descendientes; y eso que
á la sazon Abraham no tenia
hijos.
6 Predíjole tambien Dios: Que
sus descendientes morarían en
tierra estraña, y serian esclavi-
zados, y maltratados por espacio
de cuatrocientos años:
7 Si bien, dijo Dios, yo tomaré
venganza de la nacion, á la cual
servirán como esclavos: y al ca-
bo saldrán libres, y me servirán
á mí en este lugar.
8 Otorgóle despues la alian-
za de la circuncision: y así
Abraham habiendo engendrado
á Isaac, le circuncidó á los ocho
dias: Isaac tuvo á Jacob: y Ja-
cob, á los doce patriarcas.
9 Los patriarcas movidos de en-
vidia, vendieron á Josef para *ser
llevado á* Egipto: y Dios estaba
con él,
10 Y le libró de todas sus tri-
bulaciones, y le dió gracia y sa-
biduria delante de Faraon rey
de Egipto, el cual le constituyó
gobernador de Egipto, y de todo
su palacio.
11 Vino despues una hambre
general en todo el Egipto, y en
la tierra de Canaan, y la mise-
ria fué estrema: de suerte que
nuestros padres no hallaban de
qué alimentarse.
12 Pero habiendo sabido Jacob
que en Egipto habia trigo, envió
allá á nuestros padres por la pri-
mera vez:
13 Y en la segunda, Josef se
dió á conocer á sus hermanos, y
fué descubierto su linage á Fa-
raon.
14 Entonces Josef envió por su
padre, y por toda su parentela,
que era de setenta y cinco per-
sonas.
15 Bajó pues Jacob á Egipto,
donde vino á morir él, y tambien
nuestros padres.
16 Y fueron despues traslada-
dos á Sichêm, y colocados en el
sepulcro que Abraham compró
de los hijos de Hemor, padre de
Sichêm, por cierta suma de di-
nero.
17 Pero acercándose ya el tiem-
po de cumplirse la promesa, que
con juramento habia hecho Dios
á Abraham, el pueblo fué cre-
ciendo, y multiplicándose en
Egipto,
18 Hasta que reinó allí otro so-
berano, que no sabia nada de
Josef.
19 Este príncipe usando de una
artificiosa malicia contra nues-
tra nacion, persiguió á nuestros
padres, hasta obligarlos á aban-
donar sus niños, á fin de que no
se propagasen.
20 Por este mismo tiempo na-
ció Moisés, que fué muy hermo-
so, y el cual por tres meses fué
criado en casa de su padre.
21 Al fin, habiendo sido aban-
donado, le recogió la hija de Fa-
raon, y le crió como á hijo suyo.
22 Se le instruyó en todas las
ciencias de los Egipcios, y llegó

á ser varon poderoso, tanto en
palabras, como en obras.
23 Llegado á la edad de cuarenta años, le vino deseo de ir á
visitar á sus hermanos, los hijos
de Israél.
24 Y habiendo visto que uno de
ellos era injuriado, se puso de su
parte y le vengó, matando al
Egipcio que le injuriaba.
25 El estaba persuadido de que
sus hermanos conocerían que por
su medio les habia de dar Dios
libertad: mas ellos no lo entendieron.
26 Al dia siguiente se metió
entre unos que reñian, y exhortábalos á la paz, diciendo:
Hombres, vosotros sois hermanos, ¿pues por qué os maltratais
uno á otro?
27 Mas aquel que hacia el
agravio á su prójimo, le rempujó,
diciendo: ¿Quién te ha puesto á
tí por príncipe, y juez sobre nosotros?
28 ¿Quieres tú por ventura
matarme á mí, como mataste
ayer al Egipcio?
29 Al oir esto Moisés se ausentó: y retiróse á vivir como estrangero en el pais de Madian,
donde tuvo dos hijos.
30 Cuarenta años despues se le
apareció un ángel del Señor en
el desierto del monte Sina, entre
las llamas de una zarza que
ardia.
31 Maravillóse Moisés al ver
aquel espectáculo: y acercándose á contemplarle, oyó la voz
del Señor, que le decia:
32 Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el
Dios de Isaac, y el Dios de Jacob.
Despavorido entonces Moisés, no
osaba mirar.
33 Pero el Señor le dijo: Quítate de los piés el calzado: porque el lugar en que estás, es una
tierra santa.
34 Yo he visto y considerado la
afliccion del pueblo mio, que habita en Egipto, y he oido sus gemidos, y he descendido á librarle.
Ahora pues ven tú, y te enviaré
á Egipto.
35 Asi que á este Moisés,
á quien desecharon, diciendo:
¿Quién te ha constituido príncipe y juez? á este mismo envió
Dios para ser el caudillo y libertador de ellos, bajo la direccion
del ángel, que se le apareció en
la zarza.
36 Este mismo los libertó, haciendo prodigios y milagros en
la tierra de Egipto, y en el mar
Rojo, y en el desierto por espacio de cuarenta años.
37 Este es aquel Moisés, que
dijo á los hijos de Israél: Dios
os suscitará de entre vuestros
hermanos un profeta, como yo,
á este debeis obedecer.
38 Este es el que estuvo en la
iglesia en el desierto con el ángel, que le hablaba en el monte
Sina: es aquel que estuvo con
nuestros padres: el que recibió
las palabras de vida para comunicárnoslas.
39 A quien no quisieron obedecer nuestros padres: antes bien
le desecharon, y con su corazon
se volvieron á Egipto,
40 Diciendo á Aaron: Háznos
dioses que nos guien: ya que no

sabemos qué se ha hecho de ese
Moisés, que nos sacó de la tierra
de Egipto.
41 Y fabricaron despues un be-
cerro, y ofrecieron sacrificio á
este ídolo, y hacian regocijo ante
la hechura de sus manos.
42 Entonces Dios se retiró de
ellos, y los abandonó á que ado-
rasen la milicia del cielo, segun
se halla escrito en el libro de los
profetas: ¡Oh casa de Israél!
¿por ventura me has ofrecido
víctimas y sacrificios los cuaren-
ta años del desierto?
43 Y aun habeis conducido el
tabernáculo de Moloch, y el as-
tro de vuestro dios Rempham,
figuras que fabricasteis para ado-
rarlas. Pues yo os trasportaré
á Babilonia, y mas allá.
44 Tuvieron nuestros padres en
el desierto el tabernáculo del tes-
timonio, segun se lo ordenó Dios
á Moisés, diciéndole que le fa-
bricase segun el modelo que ha-
bia visto.
45 Y habiéndole recibido nues-
tros padres, le condujeron bajo la
direccion de Josué á la posesion
de las Naciones, que fué Dios
espeliendo delante de ellos, has-
ta el tiempo de David.
46 Este fué acepto á los ojos de
Dios, y pidió poder fabricar un
templo al Dios de Jacob.
47 Mas Salomon le edificó una
casa.
48 Si bien el Altísimo no habi-
ta en templos hechos de mano de
hombres, como dice el Profeta:
49 El cielo es mi trono, y la
tierra el estrado de mis piés.
¿Qué casa me habeis de edificar
vosotros? dice el Señor: ó ¿cuál
podrá ser lugar de mi descanso?
50 ¿Por ventura no hizo mi
mano todas estas cosas?
51 Hombres de dura cervíz, y
de corazon y oido incircuncisos,
vosotros resistis siempre al Espí-
ritu Santo: como fueron vues-
tros padres, así sois vosotros.
52 ¿A qué profeta no persiguie-
ron vuestros padres? Ellos son
los que mataron á los que pre-
nunciaban la venida del Justo,
que vosotros acabais de entre-
gar, y del cual habeis sido homi-
cidas:
53 Vosotros que recibisteis la
ley por ministerio de ángeles, y
no la habeis guardado.
54 Al oir tales cosas, ardian en
cólera sus corazones, y crujían
los dientes contra él.
55 Mas Esteban estando lleno
del Espíritu Santo, y fijando los
ojos en el cielo, vió la gloria de
Dios, y á Jesus que estaba á la
diestra de Dios.
56 Y dijo: Estoy viendo ahora
los cielos abiertos, y al Hijo del
hombre que está á la diestra de
Dios.
57 Entonces clamando ellos
con gran gritería se taparon los
oidos: y despues todos á una
arremetieron contra él.
58 Y arrojándole fuera de la
ciudad le apedrearon: y los tes-
tigos depositaron sus vestidos á
los piés de un mancebo, que se
llamaba Saulo.
59 Y apedreaban á Esteban, el
cual estaba orando, y diciendo:
Señor Jesus, recibe mi espíritu.
60 Y poniéndose de rodillas,

clamó en alta voz: Señor, no les hagas cargo de este pecado. Y dicho esto, durmió.

CAPITULO VIII.

Saulo persigue la Iglesia. Felipe el diácono hace mucho fruto en Samaria, adonde son enviados Pedro y Juan. Pecado cometido por Simon mago, que dió el nombre á la simonía. Felipe bautiza al eunuco de la reina Candace.

SAULO empero habia consentido en la muerte de Esteban. Levantóse por aquellos dias una gran persecucion contra la Iglesia de Jerusalem, y todos, menos los apóstoles, se desparramaron por varios distritos de Judea, y de Samaria.

2 Mas algunos hombres timoratos cuidaron de dar sepultura á Esteban, en cuyas exequias hicieron gran duelo.

3 Entretanto Saulo iba desolando la Iglesia, y entrándose por las casas, sacaba con violencia á hombres y mujeres, y los hacia meter en la cárcel.

4 Pero los que se habian dispersado andaban de un lugar á otro, predicando la palabra de Dios.

5 Entre ellos Felipe, habiendo llegado á la ciudad de Samaria, les predicaba á Cristo,

6 Y era grande la atencion con que el pueblo escuchaba los discursos de Felipe, oyéndole todos con el mismo fervor, y viendo los milagros que obraba.

7 Porque muchos espíritus inmundos salian de los espiritados, dando grandes gritos: y muchos paralíticos y cojos fueron curados.

8 Por lo cual se llenó de grande alegría aquella ciudad.

9 En ella habia ejercitado antes la magia un hombre llamado Simon, engañando á los Samaritanos, y persuadiéndoles que él era un gran personage:

10 Todos, grandes y pequeños, le escuchaban, y decian: Este es la virtud grande de Dios.

11 La causa de su adhesion á él, era porque ya hacia mucho tiempo que los traía infatuados con su arte mágica.

12 Pero luego que hubieron creido la palabra del reino de Dios, y del nombre de Jesucristo, que Felipe les anunciaba, se hacian bautizar hombres y mujeres.

13 Entonces creyó tambien el mismo Simon: y habiendo sido bautizado, seguia y acompañaba á Felipe. Y al ver los milagros y portentos grandísimos que se hacian, estaba atónito y lleno de asombro.

14 Sabiendo pues los apóstoles, que estaban en Jerusalem, que los Samaritanos habian recibido la palabra de Dios, les enviaron á Pedro y á Juan.

15 Estos en llegando, hicieron oracion por ellos á fin de que recibiesen el Espíritu Santo:

16 (Porque aun no habia descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente estaban bautizados en nombre del Señor Jesus.)

17 Entonces les imponian las manos, y recibian el Espíritu Santo.

18 Habiendo visto pues Simon,

que por la imposicion de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero,
19 Diciendo: Dádme tambien á mí esa potestad, para que cualquiera á quien imponga yo las manos, reciba el Espíritu Santo.
20 Mas Pedro le respondió: Perezca tu dinero contigo: pues has juzgado que se alcanzaba por dinero el don de Dios.
21 No tienes tú parte ni cabida en este ministerio: porque tu corazon no es recto á los ojos de Dios.
22 Por tanto arrepiéntete de esta perversidad tuya, y ruega de tal suerte á Dios, que te sea perdonado ese pensamiento de tu corazon.
23 Pues yo te veo lleno de amarguísima hiel, y arrastrando la cadena de la iniquidad.
24 Respondió Simon, y dijo: Rogad por mí vosotros al Señor, para que no venga sobre mí nada de lo que acabais de decir.
25 Ellos en fin, habiendo predicado, y dado testimonio de la palabra del Señor, regresaron á Jerusalem, anunciando el Evangelio en muchas aldeas de los Samaritanos.
26 ¶ Mas un ángel del Señor habló á Felipe, diciendo: Parte, y vé hácia el mediodia, por la via que lleva de Jerusalem á Gaza, la cual está desierta.
27 Partió luego Felipe, y se fué hácia allá. Y hé aquí que encuentra á un Etíope, eunuco, gran valido de Candace reina de los Etíopes, y superintendente de todos sus tesoros, el cual habia venido á Jerusalem á adorar á Dios:
28 Y á la sazon se volvia, sentado en su carruage, y leyendo el profeta Isaías.
29 Entonces dijo el Espíritu á Felipe: dáte prisa, y acércate á ese carruage.
30 Acercándose pues Felipe á toda prisa, oyó que iba el eunuco leyendo en el profeta Isaías, y le dijo: ¿Te parece á tí que entiendes lo que vas leyendo?
31 ¿Cómo lo he de entender, respondió él, si alguno no me lo esplica? Rogó pues á Felipe que subiese, y tomase asiento á su lado.
32 El pasage de la Escritura que iba leyendo, es este: Como oveja fué conducido al matadero: y como cordero que está sin balar en manos del que le trasquila, así él no abrió su boca.
33 En su humillacion su condenacion fué quitada. Su generacion ¿quién podrá declararla, puesto que su vida será cortada de la tierra?
34 A esto preguntó el eunuco á Felipe: Dime, te ruego, ¿de quién dice esto el profeta? ¿de sí mismo, ó de algun otro?
35 Entonces Felipe tomando la palabra, y comenzando por este testo de la Escritura, le evangelizó á Jesus.
36 Siguiendo su camino, llegaron á un parage en que habia agua, y dijo el eunuco: Aquí hay agua, ¿qué impedimento hay para que yo sea bautizado?

37 Ninguno, respondió Felipe,
si crees de todo corazon. A lo
que dijo el eunuco: Yo creo que
Jesucristo es el Hijo de Dios.
38 Y mandando parar el car-
ruage, bajaron ambos, Felipe y
el eunuco al agua, y Felipe le
bautizó.
39 Asi que salieron del agua,
el Espíritu del Señor arrebató á
Felipe, y no le vió mas el eunu-
co: el cual prosiguió su viage,
rebosando de gozo.
40 Felipe se halló en Azoto, y
fué anunciando el Evangelio á
todas las ciudades por donde pa-
saba, hasta que llegó á Cesaréa.

CAPITULO IX.

Conversion portentosa de Saulo. Predica luego en Damasco. Va á Jerusalem, y Bernabé le presenta á los apóstoles, que le envian á Tarso. San Pedro cura á un paralítico, y resucita en Joppe á Tabita.

MAS Saulo, que todavía no
respiraba sino amenazas y
muerte contra los discípulos del
Señor, se presentó al príncipe de
los sacerdotes,
2 Y le pidió cartas para Da-
masco dirigidas á las sinagogas,
para traer presos á Jerusalem á
cuantos hombres y mujeres ha-
llase de esta profesion.
3 Caminando pues á Damasco,
ya se acercaba á esta ciudad,
cuando de repente le cercó de
resplandor una luz del cielo.
4 Y cayendo en tierra, oyó una
voz que le decia: Saulo, Saulo,
¿por qué me persigues?
5 Y él respondió: ¿Quién eres
tú, Señor? Y el Señor le dijo:
Yo soy Jesus á quien tú persi-
gues: dura cosa es para tí el
dar coces contra el aguijon.
6 El entonces temblando, y
despavorido, dijo: Señor, ¿qué
quieres que haga? Y el Señor
le respondió: Levántate, y en-
tra en la ciudad, donde se te
dirá lo que debes hacer.
7 Los que venian acompañán-
dole estaban asombrados, oyen-
do, sí, una voz, pero sin ver á
nadie.
8 Levantóse Saulo del suelo, y
habiendo abierto los ojos, á na-
die veía. Por lo cual, lleván-
dole de la mano, le metieron en
Damasco.
9 Aquí se mantuvo tres dias
privado de la vista, y sin comer,
ni beber.
10 Estaba en Damasco un dis-
cípulo llamado Ananías, al cual
dijo el Señor en una vision:
¿Ananías? Y él respondió:
Aquí me teneis, Señor.
11 Levántate, le dijo el Señor,
y vé á la calle llamada Recta:
y busca en casa de Judas á un
hombre de Tarso llamado Saulo,
que ahora está en oracion,
12 Y ha visto en una vision
entrar á un hombre llamado Ana-
nías, é imponerle las manos para
que recobrase la vista.
13 Respondió empero Ananías:
Señor, he oido decir á muchos
que este hombre ha hecho gran-
des daños á tus santos en Jeru-
salem:
14 Y aun aquí está con pode-
res de los príncipes de los sacer-
dotes para prender á todos los
que invocan tu nombre.
15 Vé á encontrarle, le dijo el

Señor, que ese mismo es un instrumento elegido por mí, para llevar mi nombre delante de las naciones, y de los reyes, y de los hijos de Israél.
16 Y yo le haré ver cuantos trabajos tendrá que padecer por mi nombre.
17 Marchó pues Ananías, y entró en la casa, é imponiéndole las manos, le dijo: Saulo hermano, el Señor Jesus, que se te apareció en el camino que traías, me ha enviado para que recobres la vista, y quedes lleno del Espíritu Santo.
18 Al momento cayeron de sus ojos unas como escamas, y recobró la vista: y levantándose fué bautizado.
19 Y habiendo tomado despues alimento, recobró sus fuerzas. Estuvo algunos dias con los discípulos que habitaban en Damasco.
20 Y desde luego empezó á predicar en las sinagogas á Cristo, *afirmando* que este es el Hijo de Dios.
21 Todos los que le oían estaban pasmados, y decian: ¿ Pues no es este aquel mismo que perseguia en Jerusalem á los que invocaban este nombre, y que vino acá de propósito para conducirlos presos á los príncipes de los sacerdotes?
22 Saulo empero cobraba cada dia nuevo vigor y esfuerzo, y confundia á los Judíos que habitaban en Damasco, demostrándoles que Jesus es el Cristo.
23 Mucho tiempo despues, los Judíos se conjuraron de mancomun para quitarle la vida.
24 Fué advertido Saulo de sus asechanzas; y ellos á fin de matarle, tenian puestas centinelas dia y noche á las puertas.
25 En vista de lo cual los discípulos, tomándole una noche, le descolgaron por el muro, metido en un seron.
26 Así que llegó á Jerusalem, procuró unirse con los discípulos, mas todos se temian de él, no creyendo que fuese discípulo;
27 Hasta tanto que Bernabé tomándole consigo, le llevó á los apóstoles, y les contó como Saulo habia visto al Señor en el camino, y que le habia hablado, y con cuanta firmeza habia procedido en Damasco predicando en el nombre de Jesus.
28 Con eso vivia en Jerusalem, entrando y saliendo con ellos.
29 Predicaba tambien con libertad en el nombre del Señor Jesus y disputaba con los Griegos; pero ellos buscaban medio para matarle.
30 Lo que sabido por los hermanos, le condujeron á Cesaréa, y de allí le enviaron á Tarso.
31 Las Iglesias entretanto gozaban de paz por toda la Judea, y Galilea y Samaria, y edificábanse; y procediendo en el temor del Señor, llenas de los consuelos del Espíritu Santo, se iban multiplicando.
32 Sucedió por entonces, que visitando Pedro á todos los discípulos, vino á los santos que moraban en Lyda.
33 Aquí halló á un hombre llamado Eneas, que hacia ocho

años que estaba postrado en una
cama, por estar paralítico.
34 Díjole Pedro: Eneas, Je-
sucristo te cura: levántate, y
házte tú mismo la cama. Y al
momento se levantó.
35 Todos los que habitaban en
Lyda, y en Sarona le vieron, y
se convirtieron al Señor.
36 Habia tambien en Joppe
cierta discípula llamada Tabita,
que traducido es lo mismo que
Dorcas. Estaba esta enriqueci-
da de buenas obras, y de las li-
mosnas que hacia.
37 Mas acaeció en aquellos
dias que, cayendo enferma, mu-
rió. Y lavado su cadáver, la
pusieron en un aposento alto.
38 Como Lyda está cerca de
Joppe, oyendo los discípulos que
Pedro estaba allí, le enviaron
dos mensageros, suplicándole que
sin detencion pasase á verlos.
39 Púsose luego Pedro en ca-
mino con ellos. Llegado que
fué, condujéronle al aposento
alto: y se halló rodeado de todas
las viudas, que llorando le mos-
traban las túnicas y los vestidos
que Dorcas les hacia, mientras
que estaba entre ellas.
40 Entonces Pedro habiendo he-
cho salir á toda la gente, ponién-
dose de rodillas, hizo oracion:
y vuelto al cadáver, dijo: Tabi-
ta, levántate. Al instante abrió
ella los ojos, y viendo á Pedro,
se incorporó.
41 El cual dándole la mano, la
puso en pié. Y llamando á los
santos, y á las viudas, se la en-
tregó viva.
42 Lo que fué notorio en toda
la ciudad de Joppe: por cuyo
motivo muchos creyeron en el
Señor.
43 Con eso Pedro se hubo de
detener muchos dias en Joppe,
hospedado en casa de cierto Si-
mon curtidor.

CAPITULO X.

Bautiza Pedro á Cornelio el centurion, y á varios otros Gentiles parientes y amigos de este.

HABIA en Cesaréa un varon
llamado Cornelio, el cual
era centurion en una cohorte
llamada Itálica,
2 Hombre religioso, y temeroso
de Dios con toda su familia, y
que daba muchas limosnas al
pueblo, y hacia continua oracion
á Dios:
3 Este pues, á eso de la hora
de nona, en una vision vió clara-
mente á un ángel del Señor en-
trar en su aposento, y decirle,
Cornelio.
4 Y él mirándole, sobrecogido
de temor, dijo: ¿Qué es esto,
Señor? Respondióle: Tus ora-
ciones, y tus limosnas han subi-
do á la presencia de Dios para
memoria *de tí*.
5 Ahora pues envia algunos á
Joppe en busca de un tal Simon,
por sobrenombre Pedro:
6 El cual está hospedado en
casa de cierto Simon curtidor,
cuya casa está cerca del mar:
este te dirá lo que te conviene
hacer.
7 Luego que se retiró el ángel
que le hablaba, llamó á dos de
sus domésticos, y á un soldado
de los que estaban á sus órde-
nes, temeroso de Dios.

8 A los cuales, despues de habérselo confiado todo, los envió á Joppe.
9 El dia siguiente, mientras estaban ellos haciendo su viage, y acercándose á la ciudad, subió Pedro á lo alto de la casa cerca de la hora de sesta á hacer oracion.
10 Sintiendo hambre, quiso tomar alimento. Pero mientras se lo aderezaban, le sobrevino un éstasis,
11 Y en él vió el cielo abierto, y bajar cierta cosa como un mantel grande, que pendiente de sus cuatro puntas se descolgaba del cielo á la tierra,
12 En el cual habia todo género de cuadrúpedos de la tierra, y bestias salvages, y reptiles, y aves del cielo.
13 Y oyó una voz que le decia: Pedro, levántate, mata, y come.
14 Dijo Pedro: No haré tal, Señor, pues jamas he comido cosa impura, y manchada.
15 Replicóle la misma voz: Lo que Dios ha purificado, no lo llames tú impuro.
16 Esto se repitió por tres veces: y luego el mantel volvió á subirse al cielo.
17 Mientras estaba Pedro discurriendo entre sí qué significaria la vision que acababa de tener: hé aquí que los hombres que enviara Cornelio, preguntando por la casa de Simon, llegaron á la puerta.
18 Y habiendo llamado, preguntaron si estaba hospedado allí Simon, por sobrenombre Pedro.
19 Y mientras este estaba ocupado en discurrir sobre la vision, le dijo el Espíritu: Mira, ahí están tres hombres que te buscan.
20 Levántate luego, baja, y véte con ellos sin el menor reparo, porque yo los he enviado.
21 Habiendo pues Pedro bajado, é ido al encuentro de los mensageros, les dijo: Védme aquí: yo soy aquel á quien buscais: ¿cuál es el motivo de vuestro viage?
22 Ellos le respondieron: El centurion Cornelio, varon justo, y temeroso de Dios, estimado y tenido por tal de toda la nacion de los Judíos, recibió aviso de un santo ángel, para que te enviára á llamar á su casa, y escuchase lo que tú le digas.
23 Pedro entonces haciéndolos entrar, los hospedó consigo. Al dia siguiente partió con ellos, acompañándole tambien algunos de los hermanos de Joppe.
24 El dia despues entraron en Cesaréa. Cornelio por su parte, convocados sus parientes, y amigos mas íntimos, los estaba esperando.
25 Estando Pedro para entrar, le salió Cornelio á recibir, y postrándose á sus piés, le adoró.
26 Mas Pedro le levantó, diciendo: Alzate, que yo no soy mas que un hombre.
27 Y conversando con él, entró, y halló reunidas muchas personas,
28 Y les dijo: No ignorais qué cosa tan abominable sea para un Judío el trabar amistad, ó fami-

liarizarse con un estrangero: pero Dios me ha enseñado á no tener á ningun hombre por impuro ó manchado.

29 Por lo cual, luego que he sido llamado, he venido sin dificultad. Ahora os pregunto: ¿por qué motivo me habeis llamado?

30 A lo que respondió Cornelio: Cuatro dias hace hoy, que yo estaba ayunando á esta hora; y á la hora de nona estaba orando en mi casa cuando hé aquí que se me puso delante un personage vestido de blanco,

31 Y me dijo: Cornelio, tu oracion ha sido oida, y se ha hecho mencion de tus limosnas en la presencia de Dios.

32 Envia pues á Joppe, y haz venir á Simon, por sobrenombre Pedro, el cual está hospedado en casa de Simon el curtidor cerca del mar: él te hablará cuando haya llegado.

33 Al punto pues envié por tí: y tú has hecho bien en venir. Ahora pues todos nosotros estamos aquí en presencia de Dios, para escuchar cuanto Dios te haya mandado.

34 Entonces Pedro, dando principio á su discurso, habló de esta manera: Verdaderamente acabé de conocer que Dios no hace acepcion de personas:

35 Sino que en cualquiera nacion, el que le teme, y obra bien, es de su agrado.

36 El Verbo que Dios envió á los hijos de Israél, anunciándoles la paz por Jesucristo; este es el Señor de todos.

37 Vosotros sabeis lo que ha ocurrido en toda la Judea, habiendo principiado en Galilea, despues que predicó Juan el bautismo;

38 La manera con que Dios ungió con el Espíritu Santo, y su virtud á Jesus de Nazaret, el cual ha ido haciendo beneficios por todas partes por donde ha pasado, y ha curado á todos los que estaban bajo la opresion del demonio, porque Dios estaba con él.

39 Y nosotros somos testigos de todas las cosas que hizo en el pais de Judea, y en Jerusalem; al cual quitaron la vida colgándole en un madero.

40 Pero Dios le resucitó al tercer dia, y dispuso que se dejase ver,

41 No de todo el pueblo, sino de los predestinados de Dios para testigos, de nosotros, que hemos comido y bebido con él, despues que resucitó de entre los muertos.

42 Y nos mandó que predicásemos y testificásemos al pueblo, que él es el que está por Dios constituido juez de vivos y de muertos.

43 Del mismo testifican todos los profetas, que cualquiera que cree en él, recibirá en virtud de su nombre la remision de los pecados.

44 Estando aun Pedro diciendo estas palabras, descendió el Espíritu Santo sobre todos los que oían la plática.

45 Y los fieles circuncidados que habian venido con Pedro, quedaron pasmados, al ver que

la gracia del Espíritu Santo se derramaba tambien sobre los Gentiles;
46 Pues los oían hablar varias lenguas, y publicar las grandezas de Dios.
47 Entonces dijo Pedro: ¿Quién puede negar el agua del bautismo á los que, como nosotros, han recibido tambien al Espíritu Santo?
48 Asi que mandó bautizarlos en nombre del Señor: y le suplicaron que se detuviese con ellos algunos dias.

CAPITULO XI.

Disgústanse los hermanos de que Pedro hubiese tratado con los Gentiles; y él los satisface, contándoles el suceso. Propagacion del Evangelio en varias partes, sobre todo en Antioquía, á donde es enviado Bernabé, que conduce allí á Saulo.

SUPIERON los apóstoles, y los hermanos que estaban en Judea, que tambien los Gentiles habian recibido la palabra de Dios.
2 Vuelto pues Pedro á Jerusalem, le hacian por eso cargo los fieles circuncidados,
3 Diciendo: ¿Cómo has entrado en casa de personas incircuncisas, y has comido con ellas?
4 Pedro entonces empezó á esponerles toda la serie del suceso, en estos términos:
5 Estaba yo en la ciudad de Joppe en oracion, y ví en éstasis una vision de cierta cosa que iba descendiendo, á manera de un gran lienzo descolgado del cielo por las cuatro puntas, y llegó junto á mí.
6 Mirando con atencion, me puse á contemplarle, y le ví lleno de animales cuadrúpedos terrestres, de fieras, de reptiles, y volátiles del cielo.
7 Al mismo tiempo oí una voz que me decia: Pedro, levántate, mata, y come.
8 Yo respondí: De ningun modo Señor, porque no ha entrado jamas en mi boca cosa profana ó inmunda.
9 Mas la voz del cielo, hablándome segunda vez, me replicó: Lo que Dios ha purificado, no lo llames tú impuro.
10 Esto sucedió por tres veces: y luego todo aquel aparato fué retirado al cielo.
11 En aquel mismo punto llegaron á la casa en que estaba yo hospedado tres hombres, que eran enviados á mí de Cesaréa.
12 Y me dijo el Espíritu, que fuese con ellos, sin escrúpulo alguno. Vinieron asímismo estos seis hermanos que me acompañan, y entramos en casa de aquel hombre.
13 El cual nos contó, como habia visto en su casa á un ángel, que se le presentó y le dijo: Envía á Joppe, y haz venir á Simon, por sobrenombre Pedro,
14 Quien te dirá las cosas necesarias para tu salvacion, y la de toda tu familia.
15 Habiendo yo pues empezado á hablar, descendió el Espíritu Santo sobre ellos, como descendió al principio sobre nosotros.
16 Entonces me acordé de lo que decia el Señor: Juan á la verdad ha bautizado con agua,

mas vosotros sereis bautizados
con el Espíritu Santo.
17 Pues si Dios les dió á ellos
la misma gracia, y del mismo
modo que á nosotros, que hemos
creido en nuestro Señor Jesu-
cristo: ¿quién era yo, para opo-
nerme á Dios?
18 Oidas estas cosas, se aquie-
taron, y glorificaron á Dios, di-
ciendo: Luego tambien á los
Gentiles les ha concedido Dios el
arrepentimiento para alcanzar la
vida.
19 Entretanto los que se ha-
bian esparcido por la persecu-
cion suscitada con motivo de
Esteban, llegaron hasta Fenicia,
y Chipre, y Antioquía, predi-
cando el Evangelio únicamente
á los Judíos.
20 Entre ellos habia algunos
nacidos en Chipre, y en Cirene,
los cuales habiendo entrado en
Antioquía, conversaban asimis-
mo con los Griegos, anunciándo-
les al Señor Jesus.
21 Y la mano del Señor los
ayudaba: por manera que un
gran número de personas creyó,
y se convirtió al Señor.
22 Llegaron estas noticias á
oidos de la Iglesia de Jerusa-
lem: y enviaron á Bernabé á
Antioquía.
23 Llegado allá, y al ver la
gracia de Dios, se llenó de jú-
bilo: y exhortaba á todos á
permanecer en el Señor con un
corazon firme y constante:
24 Porque era Bernabé hombre
de bien, y lleno del Espíritu San-
to, y de fé. Y así fueron muchos
los que se agregaron al Señor.
25 De aquí partió Bernabé á
Tarso, en busca de Saulo.
26 Habiéndole hallado, le llevó
consigo á Antioquía, en cuya
Iglesia estuvieron empleados to-
do un año, é instruyeron á una
gran multitud de gentes: y aquí
en Antioquía fué donde los dis-
cípulos empezaron á llamarse
Cristianos:
27 Por estos dias vinieron de
Jerusalem ciertos profetas á An-
tioquía:
28 Uno de los cuales por nom-
bre Agabo, inspirado del Espíri-
tu, anunciaba que habia de ha-
ber una grande hambre por toda
la tierra, como en efecto la hubo
en tiempo de Claudio César.
29 Por cuya causa los discípu-
los determinaron contribuir cada
uno, segun sus facultades, con
alguna limosna para socorrer á
los hermanos habitantes en Ju-
dea:
30 Lo que hicieron efectiva-
mente, remitiendo las limosnas
á los ancianos por mano de Ber-
nabé y de Saulo.

CAPITULO XII.

Martirio de Santiago. Prision de San Pedro, y cómo fué puesto milagrosamente en libertad. Muerte desgraciada del rey Herodes.

POR este mismo tiempo el rey
Herodes se puso á perseguir
á algunos de la Iglesia.
2 Primeramente hizo degollar
á Santiago, hermano de Juan.
3 Despues, viendo que esto
complacia á los Judíos, deter-
minó tambien prender á Pedro.
Eran entonces los dias de los
Azimos.

4 Habiendo pues logrado prenderle, le metió en la cárcel, entregándole á la custodia de cuatro piquetes de soldados, de á cuatro hombres cada piquete, con el designio de presentarle al pueblo despues de la Pascua.
5 Mientras que Pedro estaba así custodiado en la cárcel, la Iglesia incesantemente hacia oracion á Dios por él:
6 Mas cuando iba ya Herodes á presentarle al público, aquella misma noche estaba durmiendo Pedro en medio de los soldados, atado con dos cadenas, y las guardias ante la puerta de la cárcel haciendo centinela,
7 Cuando de repente apareció un ángel del Señor, y una luz llenó de resplandor toda la cárcel: y tocando á Pedro en el lado, le despertó diciendo: Levántate presto. Y se le cayeron las cadenas de las manos.
8 Díjole asimismo el ángel: Cíñete, y cálzate tus sandalias. Hízolo así. Díjole mas: Toma tu ropa, y sígueme.
9 Salió pues, y le iba siguiendo, bien que no creía ser realidad lo que hacia el ángel; antes se imaginaba que era un sueño lo que veía.
10 Pasada la primera y la segunda guardia, llegaron á la puerta de hierro que sale á la ciudad: esta puerta se les abrió por sí misma. Salidos por ella, pasáron una calle, y luego desapareció de su vista el ángel.
11 Entonces Pedro vuelto en sí, dijo: Ahora sí que conozco que el Señor verdaderamente ha enviado á su ángel, y librádome de las manos de Herodes, y de la espectacion de todo el pueblo Judáico.
12 Y habiendo pensado lo que haria, se encaminó á casa de María madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde muchos estaban congregados en oracion.
13 Habiendo pues llamado al postigo de la puerta, una doncella llamada Rhodé salió á observar.
14 Y conocida la voz de Pedro, fué tanto su gozo, que, en lugar de abrir, corrió adentro con la nueva de que Pedro estaba á la puerta.
15 Dijéronle: Tú estás loca. Mas ella afirmaba que era cierto lo que decia. Ellos dijeron entonces: Sin duda será su ángel.
16 Pedro entretanto proseguía llamando á la puerta. Abriendo por último, le vieron, y quedaron asombrados.
17 Mas Pedro haciéndoles señas con la mano para que callasen, contóles como el Señor le habia sacado de la cárcel, y añadió: Haced saber esto á Santiago, y á los hermanos. Y partiendo de allí, se retiró á otra parte.
18 Luego que fué de dia, era grande la confusion entre los soldados, sobre qué se habria hecho de Pedro.
19 Herodes haciendo pesquisas de él, y no hallándole, hecha la sumaria á los de la guardia, mandólos llevar al suplicio; y despues se marchó de Judea á Cesaréa, en donde se quedó.

20 Estaba Herodes irritado contra los Tirios y Sidonios. Pero estos de comun acuerdo vinieron á presentársele, y ganado el favor de Blasto, camarero del rey, le pidieron la paz, pues aquel pais necesitaba de los socorros de Herodes.
21 Despues, en un dia señalado, Herodes vestido de trage real, se sentó en su trono, y les arengaba.
22 Todo el auditorio prorumpia en aclamaciones, diciendo: Esta es la voz de un Dios, y no de un hombre.
23 Mas en aquel mismo instante le hirió un ángel del Señor, por no haber dado á Dios la gloria: y roido de gusanos, espiró.
24 Entretanto la palabra de Dios crecia, y se propagaba.
25 Bernabé y Saulo, acabada su comision, volvieron de Jerusalem, habiendo traido consigo á Juan, por sobrenombre Marcos.

CAPITULO XIII.

Saulo y Bernabé enviados por el Espíritu Santo á predicar á los Gentiles. Conversion del Procónsul Sergio Paulo. San Pablo predica en Antioquía de Pisidia: convierte á muchos Gentiles, y abandona á los Judíos incrédulos.

HABIA en la Iglesia de Antioquía varios profetas y doctores, de cuyo número eran Bernabé y Simon, llamado el Negro, y Lucio de Cirene y Manaen, hermano de leche del tetrarca Herodes, y Saulo.
2 Mientras estaban ejerciendo su ministerio delante del Señor, y ayunando, díjoles el Espíritu Santo: Separadme á Saulo y á Bernabé para la obra á que los tengo destinados.
3 Y despues de haber ayunado y orado, les impusieron las manos, y los despidieron.
4 Ellos pues enviados así por el Espíritu Santo, fueron á Seleucia, desde donde navegaron á Chipre.
5 Y llegados á Salamina, predicaban la palabra de Dios en las sinagogas de los Judíos, teniendo consigo á Juan, que les ayudaba.
6 Recorrida toda la isla hasta Pafos, encontraron á cierto Judío, mago y falso profeta, llamado Barjesus,
7 El cual estaba en compañía del Procónsul Sergio Paulo, hombre de prudencia. Este Procónsul, habiendo hecho llamar á sí á Bernabé, y á Saulo, deseaba oir la palabra de Dios.
8 Pero Elimas, *ó* el mago (que eso significa su nombre) se les oponia, procurando apartar al Procónsul de *abrazar* la fé.
9 Mas Saulo, que tambien se llama Pablo, lleno del Espíritu Santo, clavando en él los ojos,
10 Le dijo: ¡Oh hombre lleno de toda suerte de fraudes y embustes, hijo del diablo, enemigo de toda justicia! ¿No cesarás nunca de trastornar los caminos rectos del Señor?
11 Pues mira: Desde ahora la mano del Señor descarga sobre tí, y quedarás ciego sin ver la luz del dia, hasta cierto tiempo. Y al momento densas tinieblas cayeron sobre sus ojos, y andaba buscando á tientas quien le diese la mano.

12 En la hora el Procónsul visto lo sucedido, abrazó la fé maravillándose de la doctrina del Señor.
13 Pablo, y sus compañeros, habiéndose hecho á la vela desde Pafos, aportaron á Perge de Panfilia. Aquí Juan apartándose de ellos, se volvió á Jerusalem.
14 Pablo empero y los demas, sin detenerse en Perge, llegaron á Antioquía de Pisidia; y entrando el sábado en la sinagoga, tomaron asiento.
15 Despues que se acabó la lectura de la ley, y de los profetas, los presidentes de la sinagoga envíaronles á decir: Hermanos, si teneis alguna cosa de edificacion que decir al pueblo, hablad.
16 Entonces Pablo, puesto en pié, y haciendo con la mano una señal pidiendo atencion, dijo: ¡ Oh Israelitas, y vosotros los que temeis á Dios, escuchad!
17 El Dios del pueblo de Israél eligió á nuestros padres, y engrandeció á este pueblo, mientras habitaban como estrangeros en Egipto, de donde los sacó con el poder soberano de su brazo,
18 Y sufrió despues sus costumbres por espacio de cuarenta años en el desierto.
19 Y destruidas siete naciones en la tierra de Canaan, les distribuyó por suerte las tierras de estas.
20 Despues de eso les dió jueces por espacio de unos cuatrocientos cincuenta años, hasta el profeta Samuel.
21 En cuyo tiempo pidieron rey: y dióles Dios á Saul hijo de Cis, de la tribu de Benjamin, por espacio de cuarenta anos:
22 Y removido este, les dió por rey á David, á quien abonó diciendo: He hallado á David hijo de Jessé, hombre conforme á mi corazon, que cumplirá todos mis preceptos.
23 Del linage de este ha hecho nacer Dios á Jesus, segun su promesa, para ser el Salvador de Israél.
24 Habiendo predicado Juan, antes de manifestarse la venida de aquel, el bautismo del arrepentimiento á todo el pueblo de Israél.
25 El mismo Juan al terminar su carrera, decia: Yo no soy el que vosotros imaginais, pero mirad, despues de mí viene uno, á quien no soy yo digno de desatar el calzado de sus piés.
26 Ahora pues hermanos mios, hijos de la prosapia de Abraham, á vosotros es, y á cualquiera que entre vosotros teme á Dios, á quienes es enviado este anuncio de la salvacion.
27 Porque los habitantes de Jerusalem y sus gefes, desconociendo á este Señor, y las profecías que se leen todos los sábados, con haberle condenado las cumplieron:
28 Cuando no hallando en él ninguna causa de muerte, pidieron á Pilato que se le quitase la vida.
29 Y despues de haber ejecutado todas las cosas que de él están escritas, descolgándole de la

cruz, lo pusieron en el sepulcro.
30 Mas Dios le resucitó de entre los muertos.
31 Y él se apareció durante muchos dias á aquellos que con él habian venido de Galilea á Jerusalem, los cuales están dando testimonio de él al pueblo.
32 Nosotros pues os anunciamos aquella promesa hecha á nuestros padres:
33 La cual ha cumplido Dios á nosotros sus hijos, resucitando á Jesus, en conformidad de lo que se halla escrito en el salmo segundo: Tú eres Hijo mio, yo te he engendrado hoy.
34 Y para manifestar que le ha resucitado de entre los muertos para nunca mas morir, dijo así: Os daré seguras las cosas santas de David.
35 Y por eso mismo dice en otro salmo: No permitirás que tu Santo esperimente la corrupcion.
36 Pues por lo que hace á David, sabemos que despues de haber servido en su tiempo á los designios de Dios, cerró los ojos: y fué sepultado con sus padres, y padeció la corrupcion.
37 Pero aquel á quien Dios ha resucitado de entre los muertos, no ha esperimentado ninguna corrupcion.
38 Ahora pues, hermanos mios, tened entendido que por medio de este se os ofrece la remision de los pecados:
39 Y de todas las manchas de que no habeis podido ser justificados en virtud de la ley mosaica, lo es todo aquel que en él cree.
40 Por tanto mirad no recaiga sobre vosotros lo que se halla dicho en los profetas:
41 Reparad burladores, llenáos de pavor, y quedad desolados: porque yo voy á ejecutar una obra en vuestros dias, obra que no acabareis de creer por mas que os la cuenten.
42 Al tiempo de salir los Judíos de la sinagoga, les suplicaban los Gentiles que al sábado siguiente se les hablase tambien del mismo asunto.
43 Despedido el auditorio, muchos de los Judíos, y de los prosélitos temerosos de Dios, siguieron á Pablo, y á Bernabé: los cuales los exhortaban á perseverar en la gracia de Dios.
44 El sábado siguiente casi toda la ciudad concurrió á oir la palabra de Dios.
45 Pero los Judíos viendo tanto concurso, se llenaron de envidia, y contradecian con blasfemias á todo lo que Pablo predicaba.
46 Entonces Pablo y Bernabé con gran entereza les dijeron: A vosotros debia ser primeramente anunciada la palabra de Dios: mas ya que la rechazais, y os juzgais vosotros mismos indignos de la vida eterna, de hoy en adelante nos vamos á los Gentiles:
47 Que así nos lo tiene ordenado el Señor: Yo te puse por lumbrera de las Naciones, para que sirvas á la salvacion hasta el cabo del mundo.
48 Los Gentiles, oido esto, se

regocijaban, y glorificaban la palabra del Señor: y creyeron todos los que estaban preordinados para la vida eterna.
49 Así la palabra del Señor se esparcia por todo aquel pais.
50 Los Judíos empero instigaron á varias mujeres devotas, y de distincion, y á los hombres principales de la ciudad, y levantaron una persecucion contra Pablo y Bernabé, y los echaron de su territorio.
51 Pero estos, sacudiendo contra ellos el polvo de sus piés, se fueron á Iconio.
52 Y los discípulos estaban llenos de gozo, y del Espíritu Santo.

CAPITULO XIV.

Lo que hicieron y padecieron Pablo y Bernabé en Iconio y otras ciudades de Licaonia, y visitando las Iglesias, al volverse á Antioquía de Siria.

ESTANDO ya en Iconio, entraron juntos en la sinagoga de los Judíos, y hablaron en tales términos, que se convirtío una gran multitud de Judíos y de Griegos.
2 Pero los Judíos que se mantuvieron incrédulos, conmovieron, y provocaron á ira los ánimos de los Gentiles contra los hermanos.
3 Sin embargo se detuvieron allí mucho tiempo, trabajando llenos de confianza en el Señor, que confirmaba la palabra de su gracia con los prodigios, y milagros que hacia por sus manos.
4 De suerte que la ciudad estaba dividida en dos bandos: unos estaban por los Judíos, y otros por los apóstoles.
5 Pero habiéndose amotinado los Gentiles y Judíos con sus gefes, para ultrajar á los apóstoles, y apedrearlos,
6 Ellos, sabido esto, se marcharon á Listra y Derbe, ciudades de Licaonia, y á toda la comarca.
7 Allí anunciaron el Evangelio.
8 Habia en Listra un hombre cojo desde su nacimiento, que por la debilidad de las piernas no habia andado en su vida.
9 Este oyó predicar á Pablo, el cual fijando en él los ojos, y viendo que el hombre tenia fé de que seria curado,
10 Le dijo en alta voz: Levántate y manténte derecho sobre tus piés. Y al instante saltó en pié, y echó á andar.
11 Las gentes viendo lo que Pablo acababa de hacer, levantaron el grito, diciendo en su idioma licaónico: Dioses son estos que han bajado á nosotros en figura de hombres.
12 Y daban á Bernabé el nombre de Júpiter, y á Pablo el de Mercurio, por cuanto era el que llevaba la palabra.
13 Ademas de eso el sacerdote de Júpiter, que estaba al entrar en la ciudad, trayendo toros adornados con guirnaldas delante de la puerta, intentaba, seguido del pueblo, ofrecer*les* sacrificios.
14 Lo cual apenas entendieron los apóstoles Bernabé y Pablo, rasgando sus vestidos rompieron por medio del gentío, clamando,

15 Y diciendo: Hombres, ¿qué
es lo que haceis? tambien somos
nosotros hombres como vosotros,
y sujetos á las mismas enferme-
dades, que venimos á predicaros
que, dejadas esas vanas deida-
des, os convirtais al Dios vivo,
que ha criado el cielo, la tierra,
el mar, y todo cuanto en ellos
se contiene:
16 Que si bien en los tiempos
pasados permitió que las nacio-
nes echasen cada cual por su
camino,
17 No dejó con todo de dar tes-
timonio de quien era, haciendo
beneficios desde el cielo, envian-
do lluvias, y buenos temporales
para los frutos, dándonos abun-
dancia de manjares, y llenando
de alegría nuestros corazones.
18 Aun diciendo tales cosas,
con dificultad pudieron recabar
del pueblo que no les ofreciese
sacrificio.
19 ¶ Despues sobrevinieron de
Antioquía y de Iconio ciertos
Judíos: y habiendo ganado al
populacho, apedrearon á Pablo,
y le sacaron arrastrando fuera
de la ciudad, dándole por muerto.
20 Mas amontonándose al re-
dedor de él los discípulos, levan-
tóse, y entró en la ciudad, y al
dia siguiente marchó con Berna-
bé á Derbe.
21 Y habiendo predicado en es-
ta ciudad el Evangelio, é instrui-
do á muchos, volvieron á Listra,
y á Iconio, y á Antioquía,
22 Para corroborar los ánimos
de los discípulos, y exhortarlos
á perseverar en la fé: haciéndo-
les entender que es preciso pasar
por medio de muchas tribulacio-
nes para entrar en el reino de
Dios.
23 En seguida, habiendo orde-
nado presbíteros en cada una de
las Iglesias, despues de oraciones
y ayunos, los encomendaron al
Señor, en quien habian creido.
24 Y atravesando la Pisidia,
vinieron á la Panfilia,
25 Y anunciada la palabra di-
vina en Perge, bajaron á Attalia:
26 Y desde aquí se embarcaron
para Antioquía, de donde los ha-
bian enviado, y encomendado á
la gracia de Dios para la obra,
que acababan de cumplir.
27 Luego de llegados, congrega-
ron la Iglesia, y refirieron cuán
grandes cosas habia hecho Dios
con ellos, y como habia abierto
la puerta de la fé á los Gentiles.
28 Y despues se detuvieron
bastante tiempo aquí con los dis-
cípulos.

CAPITULO XV.

Concilio de Jerusalem, en que los Gentiles convertidos son declarados exentos de la ley mosáica. Pablo se separa de Bernabé, por razon del discípulo Marcos.

ENTRE tanto algunos venidos
de Judea, andaban enseñan-
do á los hermanos: Que si no se
circuncidaban segun el rito de
Moisés, no podian salvarse.
2 Originóse de aquí una gran
contestacion de Pablo y Bernabé
contra ellos; mas se acordó que
Pablo, y Bernabé, y algunos
otros fuesen á Jerusalem á los
apóstoles y presbíteros sobre la
dicha cuestion.
3 Ellos pues siendo despacha-

dos por la Iglesia, iban atravesando por la Fenicia y la Samaria, contando la conversion de los Gentiles: con lo que llenaban de grande gozo á todos los hermanos.
4 Llegados á Jerusalem, fueron bien recibidos de la Iglesia, y de los apóstoles, y de los presbíteros, á quienes refirieron cuán grandes cosas habia Dios obrado por medio de ellos.
5 Pero que algunos de la secta de los fariséos, convertidos á la fé, se habian levantado, diciendo: Ser necesario circuncidar á los Gentiles, y mandarles observar la ley de Moisés.
6 Entonces los apóstoles, y los presbíteros se juntaron á examinar este punto.
7 Y despues de un maduro exámen, Pedro se levantó, y les dijo: Varones hermanos, bien sabeis que mucho tiempo hace fuí yo escogido por Dios entre nosotros, para que los Gentiles oyesen de mi boca la palabra evangélica, y creyesen.
8 Y Dios que penetra los corazones, dió testimonio de esto, dándoles el Espíritu Santo, del mismo modo que á nosotros.
9 Ni ha hecho diferencia entre ellos y nosotros, habiendo purificado con la fé sus corazones.
10 Pues ¿por qué ahora tentar á Dios, con imponer sobre la cerviz de los discípulos un yugo, que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido soportar?
11 Pues nosotros creemos salvarnos por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, asi como ellos.
12 Calló á esto toda la multitud, y se pusieron á escuchar á Bernabé, y á Pablo que contaban cuantas maravillas y prodigios habia obrado Dios por medio de ellos entre los Gentiles.
13 Despues que hubieron acabado, tomó Santiago la palabra, y dijo: Varones hermanos, escuchadme.
14 Simon ha manifestado como Dios desde el principio ha mirado propicio á los Gentiles, para escoger entre ellos un pueblo consagrado á su nombre.
15 Con esto tambien están conformes las palabras de los profetas, segun está escrito:
16 Despues de estas cosas yo volveré, y reedificaré el tabernáculo de David, que fué arruinado, y restauraré sus ruinas, y le levantaré:
17 Para que busquen al Señor los demas hombres, y todas las naciones en que ha sido invocado mi nombre, dice el Señor que hace estas cosas.
18 Desde la eternidad tiene conocida el Señor su obra.
19 Por lo cual yo juzgo que no se inquiete á los Gentiles que se convierten á Dios.
20 Sino que se les escriba que se abstengan de las inmundicias de los ídolos, y de la fornicacion, y de animales sofocados, y de la sangre.
21 Porque en cuanto á Moisés, ya de tiempos antiguos tiene en cada ciudad quien predique su doctrina en las sinagogas, donde se lee todos los sábados.
22 Entonces acordaron los após-

toles, y presbíteros con toda la
Iglesia, elegir algunas personas
de entre ellos, y enviarlas con
Pablo y Bernabé á Antioquía;
y así nombraron á Judas por so-
brenombre Bársabas, y á Silas,
sugetos principales entre los her-
manos,
23 Remitíendo por sus manos
esta carta: Los apóstoles, los
presbíteros, y los hermanos, á
nuestros hermanos convertidos
de la Gentilidad, que están en
Antioquía, Siria, y Cilicia, sa-
lud.
24 Por cuanto hemos sabido
que algunos que de nosotros
fueron ahí sin ninguna comi-
sion nuestra, alarmando vuestras
conciencias, y diciendo que se
debe ser circuncidado y guardar
la ley,
25 Habiéndonos congregado,
hemos resuelto, de comun acuer-
do, escoger algunas personas, y
enviároslas con nuestros carísi-
mos Bernabé, y Pablo,
26 Que son sugetos que han
espuesto sus vidas por el nombre
de nuestro Señor Jesucristo.
27 Os enviamos pues á Judas
y Silas, los cuales de palabra os
dirán tambien lo mismo.
28 Y es, que ha parecido al
Espíritu Santo, y á nosotros no
imponeros otra carga, fuera de
estas que son precisas:
29 Que os abstengais de man-
jares inmolados á los ídolos, y de
sangre, y de animal sofocado, y
de la fornicacion; de las cuales
cosas hareis bien en guardaros.
Dios os guarde.
30 Despachados pues de esta
suerte los enviados, llegaron á
Antioquía: y congregada la Igle-
sia, entregaron la carta,
31 Que fué leida con gran con-
suelo y alegría.
32 Judas y Silas por su parte,
siendo como eran tambien pro-
fetas, consolaron, y confortaron
con muchísimas reflexiones á los
hermanos.
33 Y habiéndose detenido allí
por algun tiempo, fueron remiti-
dos en paz por los hermanos á
los apóstoles.
34 Sin embargo pareció con-
veniente á Silas el quedarse
todavía allí.
35 ¶ Pablo y Bernabé se mantu-
vieron en Antioquía, enseñando,
y predicando con otros muchos
la palabra del Señor.
36 Mas pasados algunos dias,
dijo Pablo á Bernabé: Demos
una vuelta visitando á los her-
manos por todas las ciudades, en
que hemos predicado la palabra
del Señor, para ver el estado en
que se hallan.
37 Bernabé para esto queria
llevar tambien consigo á Juan,
por sobrenombre Marcos.
38 Pablo al contrario le repre-
sentaba, que no debian llevarle
consigo, pues que los habia de-
jado desde Panfilia, y no los ha-
bia acompañado en la obra.
39 Hubo pues tal disension en-
tre los dos, que se apartaron
uno de otro. Bernabé, tomando
consigo á Marcos, se embarcó
para Chipre.
40 Pablo eligiendo por su com-
pañero á Silas emprendió su
viage, despues de haber sido en-

comendado por los hermanos á la gracia de Dios.

41 Y discurrió por la Siria, y Cilicia, confirmando las Iglesias.

CAPITULO XVI.

Pablo en Listra toma consigo á Timotéo; y Lucas, el autor de este libro, se les junta en Troade, ó se manifiesta por primera vez estar en su compañía. Van á Macedonia; y en Filipos, donde se detuvieron antes, obran varios prodigios. Son azotados, y puestos en la cárcel. Conviértese el carcelero, y los magistrados les suplican que se vayan de la ciudad.

LLEGO Pablo á Derbe, y á Listra, donde se hallaba un discípulo llamado Timotéo, hijo de madre Judía convertida á la fé, y de padre Griego.

2 Los hermanos que estaban en Listra, y en Iconio hablaban con mucho elogio de este discípulo.

3 Pablo pues determinó llevarle en su compañía: y habiéndole tomado consigo le circuncidó, por causa de los Judíos que habia en aquellos lugares; porque todos sabian que su padre era Griego.

4 Conforme iban visitando las ciudades, recomendaban á los fieles la observancia de los decretos acordados por los apóstoles, y los presbíteros, que residian en Jerusalem.

5 Así las Iglesias se confirmaban en la fé, y se aumentaban en número cada dia.

6 Cuando hubieron atravesado la Frigia, y el pais de Galacia, les prohibió el Espíritu Santo predicar la palabra en el Asia.

7 Y habiendo ido á la Misia, intentaban pasar á Bitinia: pero tampoco se lo permitió el Espíritu.

8 Con eso, atravesada la Misia, bajaron á Troade,

9 Donde Pablo tuvo por la noche esta vision: Un hombre de Macedonia poniéndosele delante, le suplicaba y decia: Ven á Macedonia, y socórrenos.

10 Luego que tuvo esta vision, al punto dispusimos marchar á Macedonia, cerciorados de que el Señor nos llamaba á predicar el Evangelio á aquellas gentes.

11 Así embarcándonos en Troade, fuimos en derechura á Samotracia, y al dia siguiente á Nápoles:

12 Y de aquí á Filipos, que es una colonia, y la primera ciudad de aquella parte de Macedonia. En esta ciudad nos detuvimos algunos dias.

13 Un dia de sábado salimos fuera de la ciudad hácia la ribera del rio, donde se solía hacer la oracion; y habiéndonos sentado allí trabamos conversacion con varias mujeres, que habian concurrido.

14 Y una mujer llamada Lidia, que comerciaba en púrpura, natural de Thyatira, temerosa de Dios, estaba escuchando: y el Señor le abrió el corazon para que recibiese bien las cosas que Pablo decia.

15 Habiendo pues sido bautizada ella y su familia, nos hizo esta súplica: Si es que me teneis por fiel al Señor, venid, y hospedáos en mi casa. Y nos obligó á ello.

16 Sucedió que yendo nosotros á la oracion, nos salió al encuentro una moza, que estaba poseida del espíritu de divinacion, la cual proporcionaba una gran ganancia á sus amos haciendo de adivina.

17 Esta siguiendo detrás de Pablo, y de nosotros, gritaba diciendo: Estos hombres son siervos del Dios altísimo, que nos anuncian el camino de la salvacion.

18 Lo que continuó haciendo muchos dias. Al fin Pablo, no pudiendo ya sufrirlo, vuelto á ella, dijo al espíritu: Yo te mando en nombre de Jesucristo que salgas de esta muchacha. Y al punto salió.

19 Mas sus amos, viendo desvanecida la esperanza de la granjería que hacian con ella, prendiendo á Pablo y á Silas, los condujeron al juzgado ante los gefes de la ciudad:

20 Y presentándolos á los magistrados, dijeron: Estos hombres alborotan nuestra ciudad; son Judíos,

21 Y quieren introducir una manera de vida, que no nos es lícito abrazar, ni practicar, siendo como somos Romanos.

22 Al mismo tiempo la plebe acudió de tropel contra ellos: y los magistrados mandaron que, rasgándoles las túnicas, los azotasen con varas.

23 Y despues de haberles dado muchos azotes, los metieron en la cárcel, apercibiendo al carcelero para que los asegurase bien.

24 El cual recibida esta órden, los metió en un calabozo, con los piés en el cepo:

25 Mas á eso de media noche, puestos Pablo y Silas en oracion, cantaban alabanzas á Dios: y los demas presos los estaban escuchando,

26 Cuando de repente se sintió un gran terremoto, tal que se meneaban los cimientos de la cárcel. Y al instante se abrieron de par en par todas las puertas, y se les soltaron á todos las prisiones.

27 En esto despertando el carcelero, y viendo abiertas las puertas de la cárcel, desenvainando una espada iba á matarse, creyendo que se habian escapado los presos.

28 Entonces Pablo le gritó con grande voz, diciendo: No te hagas ningun daño, que todos sin faltar uno estamos aquí.

29 El carcelero entonces habiendo pedido luz, entró dentro, y estremecido se arrojó á los piés de Pablo y de Silas:

30 Y sacándolos afuera, les dijo: Señores, ¿qué debo hacer para salvarme?

31 Ellos le respondieron: Cree en el Señor Jesucristo, y te salvarás tú, y tu familia.

32 Y enseñáronle la doctrina del Señor á él, y á todos los de su casa.

33 El carcelero en aquella misma hora de la noche llevándolos consigo, les lavó las llagas: y recibió luego el bautismo así él, como toda su familia.

34 Y conduciéndolos á su habitacion, les sirvió una cena, rego-

cijándose con toda su familia de haber creido en Dios.

35 Luego que amaneció, los magistrados enviaron los alguaciles, con órden al carcelero para que pusiese en libertad á aquellos hombres.

36 El carcelero dió esta noticia á Pablo, diciendo: Los magistrados han ordenado que se os ponga en libertad: por tanto saliéndoos ahora, idos en paz.

37 Mas Pablo les dijo: Despues de habernos azotado públicamente sin ser condenados, y siendo ciudadanos romanos, nos metieron en la cárcel, ¿y ahora salen con soltarnos en secreto? No ha de ser así: sino que han de venir, y soltarnos ellos mismos.

38 Los alguaciles refirieron á los magistrados esta respuesta: los cuales al oir que eran Romanos comenzaron á temer:

39 Y así viniendo procuraron escusarse con ellos, y sacándolos de la cárcel les suplicaron que se fuesen de la ciudad.

40 Salidos pues de la cárcel, entraron en casa de Lidia: y habiendo visto á los hermanos los consolaron, y despues partieron.

CAPITULO XVII.

Pablo predica con mucho fruto en Tesalónica, y los Judíos le persiguen. Lo mismo sucede despues en Beréa. Disputa con ellos en Atenas, y con los filósofos; y se convierte entre otros Dionisio Areopagita, ó senador del Areopago.

Y HABIENDO pasado por Amfípolis, y Apolonia, llegaron á Tesalónica, donde habia una sinagoga de Judíos.

2 Pablo segun su costumbre vino á ellos, y por tres sábados disputó con ellos sobre las Escrituras,

3 Demostrando, y haciéndoles ver que habia sido necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de entre los muertos: y este Jesus, añadia, á quien yo os anuncio, es Cristo.

4 Algunos de ellos creyeron, y se unieron á Pablo, y á Silas, y tambien gran multitud de Griegos timoratos, y muchas matronas de distincion.

5 Pero los Judíos infieles, llevados de envidia, se valieron de algunos malos hombres de la ínfima plebe, y reuniendo gente, amotinaron la ciudad: y echáronse sobre la casa de Jason en busca de Pablo y de Silas, para presentarlos á la vista del pueblo.

6 Mas como no los hubiesen encontrado, trajeron por fuerza á Jason, y á algunos hermanos ante los magistrados de la ciudad, gritando: Esos que meten la confusion por todas partes, tambien han venido acá,

7 Y Jason los ha hospedado en su casa: todos estos son rebeldes á los edictos de César, diciendo que hay otro rey, el cual es Jesus.

8 La plebe y los magistrados de la ciudad, oyendo esto, se alborotaron.

9 Pero Jason y los otros, habiendo dado fianzas, fueron puestos en libertad.

10 Como quiera, los hermanos sin perder tiempo aquella noche

hicieron partir á Pablo y á Silas para Beréa. Los cuales luego que llegaron, entraron en la sinagoga de los Judíos.

11 Eran estos de mejor índole que los de Tesalónica, y recibieron la palabra con grande ansia y ardor, examinando todo el dia las Escrituras, para ver si era cierto lo que se les decia.

12 De suerte que muchos de ellos creyeron, como tambien muchas senoras Griegas de distincion, y no pocos hombres.

13 Mas como los Judíos de Tesalónica hubiesen sabido, que tambien en Beréa predicaba Pablo el Evangelio, acudieron allá alborotando, y amotinando al pueblo.

14 Entonces los hermanos dispusieron inmediatamente que Pablo se retirase hácia el mar, quedando Silas y Timotéo en Beréa.

15 Los que conducian á Pablo, le llevaron hasta Atenas, y recibido el encargo de decir á Silas y á Timotéo que viniesen á él cuanto antes, se despidieron.

16 Mientras que Pablo los estaba aguardando en Atenas, se agitaba interiormente su espíritu, considerando aquella ciudad entregada á la idolatría.

17 Por tanto disputaba en la sinagoga con los Judíos y las personas timoratas, y todos los dias en la plaza con los que allí se le ponian delante.

18 Tambien algunos filósofos de los Epicureos y de los Estóicos armaban con él disputas: y unos decian: ¿Qué quiere decir este charlatan? Y otros: Este parece que viene á anunciarnos nuevos dioses: porque les hablaba de Jesus, y de la resurreccion.

19 Al fin cogiendole, le llevaron al Areopago, diciendo: ¿Podremos saber qué doctrina nueva es esta que predicas?

20 Porque te hemos oido decir cosas que nunca habíamos oido: Y así deseamos saber á qué se reduce eso.

21 (Bien que todos los Atenienses, y los forasteros que allí vivian, en ninguna otra cosa se ocupaban, sino en decir, ó en oir algo de nuevo).

22 Puesto pues Pablo en medio del Areopago, dijo: Ciudadanos Atenienses, echo de ver que vosotros sois casi nimios en todas las cosas de religion.

23 Porque al pasar, mirando yo las estatuas de vuestros dioses, he encontrado tambien un altar con esta inscripcion: AL DIOS NO CONOCIDO. Pues ese Dios que vosotros adorais sin conocerle, es el que yo vengo á anunciaros.

24 El Dios que crió el mundo, y todas las cosas contenidas en él, siendo como es el Señor de cielo y tierra, no mora en templos fabricados por mano de hombre.

25 Ni necesita del servicio de las manos de los hombres, como si estuviese menesteroso de alguna cosa; antes bien él mismo está dando á todos la vida, y el aliento, y todas las cosas:

26 El es el que de una sola sangre ha hecho nacer todo el

linage de los hombres, para que habitasen la vasta estension de la tierra: el que ha determinado los tiempos que les estaban señalados, y fijado los límites de su habitacion;
27 Para que buscasen al Señor, por si rastreando, y como palpando, pudiesen por fortuna hallarle, como quiera que no está lejos de cada uno de nosotros.
28 Porque dentro de él vivimos, nos movemos, y existimos: y como algunos de vuestros poetas dijeron: Somos del linage del mismo Dios.
29 Siendo pues nosotros del linage de Dios, no debemos imaginar que el Ser Divino sea semejante al oro, á la plata, ó al marmol, de cuya materia ha hecho las figuras el arte, é industria humana.
30 Pero Dios, habiendo disimulado sobre los tiempos de tal ignorancia, intima ahora á los hombres que todos en todas partes se arrepientan.
31 Por cuanto tiene determinado el dia en que ha de juzgar al mundo con rectitud, por medio de aquel varon constituido por él, dando de esto á todos una prueba cierta, con haberle resucitado de entre los muertos.
32 Al oir mentar la resurreccion de los muertos, algunos se burlaron de él, y otros le dijeron: Te volveremos á oir otra vez sobre esto.
33 De esta suerte Pablo salió de en medio de aquellas gentes.
34 Sin embargo algunos se le juntaron, y creyeron, entre los cuales fué Dionisio el Areopagita, y cierta mujer llamada Dámaris, con algunos otros

CAPITULO XVIII.

El fruto que hizo San Pablo en Corinto, animado del Señor. Es acusado al Procónsul. Parte á Efeso, y vuelve á Jerusalem. Apolo en su ausencia predica con gran fervor y fruto á los Judíos.

DESPUES de esto Pablo, marchándose de Atenas, pasó á Corinto:
2 Y encontrando allí á un Judío, llamado Aquila, natural del Ponto, que poco antes habia llegado de Italia con su mujer Priscilla, (porque Claudio habia espelido de Roma á todos los Judíos), se juntó con ellos.
3 Y como era del mismo oficio, se hospedó con ellos, y trabajaba en su compañía: (el oficio de ellos era hacer tiendas).
4 Y todos los sábados disputaba en la sinagoga, y persuadia á los Judios, y á los Griegos.
5 Mas cuando Silas y Timotéo hubieron llegado de Macedonia, Pablo, impelido del Espíritu, testificaba con mas fuerza á los Judíos que Jesus era el Cristo.
6 Pero como estos le contradijesen, y prorumpiesen en blasfemias, sacudiendo sus vestidos, les dijo: Recaiga vuestra sangre sobre vuestra cabeza: yo estoy limpio. Desde ahora me voy á los Gentiles.
7 Saliendo pues de allí, entró en casa de uno llamado Justo, temeroso de Dios, cuya casa estaba contigua á la sinagoga.
8 Con todo Crispo, gefe de la

sinagoga, creyó en el Señor con
toda su familia: como tambien
muchos de los Corintios, oyendo
á Pablo creyeron, y fueron bautizados.
9 Entonces el Señor apareciéndose una noche á Pablo le dijo:
No tienes que temer, prosigue
predicando, y no dejes de hablar,
10 Pues que yo estoy contigo:
y nadie llegará á maltratarte,
porque es mia mucha gente de
esta ciudad.
11 Con esto se detuvo aquí año
y medio, predicándoles la palabra de Dios.
12 Pero siendo procónsul de
Achâya Gallion, los Judíos se
levantaron de mancomun contra
Pablo, y le llevaron á su tribunal,
13 Diciendo: Este persuade á
la gente que dé á Dios un culto
contrario á la ley.
14 Mas cuando Pablo iba á hablar, dijo Gallion á los Judíos:
Si se tratase de alguna injusticia, ó de algun enorme crímen,
seria razon, ¡ oh Judíos ! que yo
admitiese vuestra delacion.
15 Mas si estas con cuestiones
de palabras, y de nombres, y cosas de vuestra ley, allá os las
hayais, que yo no quiero meterme á Juez de esas cosas.
16 E hízolos salir de su tribunal.
17 Entonces acometiendo todos
los Griegos á Sóstenes, gefe de la
sinagoga, le maltrataban delante del tribunal: sin que Gallion
hiciese caso de nada de esto.
18 Y Pablo habiéndose aun detenido allí mucho tiempo, se despidió de los hermanos, y se embarcó para la Siria, (en compañía de Priscilla y de Aquila)
habiéndose hecho cortar el cabello en Cenchres, á causa de
un voto que habia hecho.
19 Arribó á Efeso, y dejó allí
á sus compañeros. Y entrando
él en la sinagoga, disputaba con
los Judíos.
20 Y aunque estos le rogaron
que se detuviese mas tiempo en
su compañía, no condescendió;
21 Antes bien se despidió de
ellos, diciéndoles: me es absolutamente necesario celebrar en
Jerusalem la fiesta próxima:
otra ver volveré á veros, si Dios
quiere. Con esto partió de Efeso.
22 Y desembarcando en Cesaréa, subió á saludar á la Iglesia, y en seguida tomó el camino
de Antioquía:
23 Donde habiéndose detenido
algun tiempo, partió despues, y
recorrió por su órden el pais de
la Galacia, y de la Frigia, confortando á todos los discípulos.
24 ¶ Entre tanto vino á Efeso
un Judío, llamado Apolo, natural de Alejandría, varon elocuente, y muy versado en las
Escrituras.
25 Estaba este instruido en el
camino del Señor: y predicaba
con fervoroso espíritu, y enseñaba exactamente todo lo perteneciente al Señor, aunque no
conocia mas que el bautismo de
Juan.
26 Apolo pues comenzó á predicar con toda libertad en la sinagoga: y habiéndole oido Aquila
y Priscilla, se le llevaron con-

sigo, é instruyéronle mas á fondo en el camino de Dios.

27 Mostrando despues él deseo de ir á la Achâya, los hermanos escribieron á los discípulos para que le diesen buena acogida. El cual llegado, sirvió de mucho provecho á los que habian creido por la gracia.

28 Porque con gran fervor redargüía á los Judíos en público, demostrando por las Escrituras, que Jesus era el Cristo.

CAPITULO XIX.

Vuelve Pablo á Efeso, y manda que se bautizen varios discípulos, que solamente habian recibido el bautismo de Juan: hace bajar sobre ellos el Espíritu Santo, y obra muchos milagros. Quémanse los malos libros; y Demetrio el platero mueve una sedicion contra el Apóstol.

MIENTRAS Apolo estaba en Corinto, Pablo, recorridas las provincias superiores, pasó á Efeso, y encontró algunos discípulos:

2 Y preguntóles: ¿Habeis recibido al Espíritu Santo despues que abrazasteis la fé? Mas ellos le respondieron: Ni siquiera hemos oido si hay Espíritu Santo.

3 ¿Pues con qué bautismo les replicó, fuisteis bautizados? Y ellos respondieron: Con el bautismo de Juan.

4 Dijo entonces Pablo: Juan en verdad bautizó al pueblo con bautismo de arrepentimiento, advirtiendo que creyesen en aquel que habia de venir despues de él, esto es, en Cristo Jesus.

5 Oido esto, se bautizaron en nombre del Señor Jesus.

6 Y habiéndoles Pablo impuesto las manos, descendió sobre ellos el Espíritu Santo, y hablaban varias lenguas, y profetizaban:

7 Eran en todos como unos doce hombres.

8 Pablo entrando despues en la sinagoga, predicó libremente por espacio de tres meses, disputando y procurando convencer en lo tocante al reino de Dios.

9 Mas como algunos endurecidos no creyesen, antes maldijesen las vias del Señor delante de la muchedumbre, apartándose de ellos, separó á los discípulos, y platicaba todos los dias en la escuela de un tal Tyranno.

10 Lo que practicó por espacio de dos años, de manera que todos los que habitaban en Asia, oyeron la palabra del Señor Jesus, así Judíos, como Griegos.

11 Y obraba Dios milagros estraordinarios por medio de Pablo:

12 Tanto que en aplicando solamente los pañuelos y ceñidores que habian tocado á su cuerpo á los enfermos, al momento las dolencias se les quitaban, y los espíritus malignos salian fuera.

13 Tentaron asimismo ciertos Judíos exorcistas que andaban girando de una parte á otra, el invocar sobre los espiritados el nombre del Señor Jesus, diciendo: Os conjuro por aquel Jesus, á quien Pablo predica.

14 Y habia siete hijos de un Judío llamado Sceva, príncipe de los sacerdotes, que hacian esto.

15 Pero el maligno espíritu res-

pondiendo, les dijo: Conozco á
Jesus, y sé quien es Pablo: mas
vosotros ¿quién sois?
16 Y al instante el hombre, que
estaba poseido de un pésimo de-
monio, se echó sobre ellos, y
apoderóse de ellos, y contra ellos
prevaleció de tal suerte que los
hizo huir de aquella casa des-
nudos y heridos.
17 Cosa que fué notoria á todos
los Judíos, y Griegos que habi-
taban en Efeso: y todos ellos
quedaron llenos de temor, y era
engrandecido el nombre del Se-
ñor Jesus.
18 Y muchos de los creyentes
venian á confesar, y á declarar
todo lo que habian hecho.
19 Muchos asimismo de los que
se habian dado al ejercicio de
vanas curiosidades, hicieron un
monton de sus libros, y los que-
maron á vista de todos: y va-
luados, se halló que montaban á
cincuenta mil denarios.
20 Así se iba propagando mas
y mas, y prevaleciendo la pala-
bra de Dios.
21 Concluidas estas cosas, re-
solvió Pablo por inspiracion ir á
Jerusalem, bajando por la Ma-
cedonia y Achâya, y decia:
Despues de haber estado allí, es
necesario que yo vaya tambien
á Roma.
22 Y habiendo enviado á Ma-
cedonia á dos de los que le ayu-
daban, Timotéo y Erasto, él se
quedó por algun tiempo en Asia.
23 Durante este tiempo fué
cuando acaeció un no pequeño
alboroto con ocasion de las vias
del Señor.
24 Pues cierto Demetrio, plate-
ro de oficio, fabricando de plata
templitos de Diana, daba no po-
co que ganar á los demas de este
oficio:
25 A los cuales, como á otros
que vivian de semejantes labo-
res, habiéndolos convocado, di-
jo: Amigos, bien sabeis que
nuestra ganancia depende de
esta industria:
26 Veis tambien, y oís como
ese Pablo, no solo en Efeso, sino
casi en toda el Asia, con sus
persuasiones ha trastornado á
mucha gente, diciendo: Que no
son dioses, los que se hacen con
las manos.
27 Por donde, no solo esta pro-
fesion nuestra correrá peligro de
ser desacreditada, sino que el
templo de la gran Diana perde-
rá toda su estimacion; y la ma-
gestad de aquella á quien toda
el Asia, y el mundo entero ado-
ra, caerá por tierra.
28 Oido esto, se enfurecieron,
y esclamaron, diciendo: Gran
Diana la de los Efesios.
29 Llenóse luego la ciudad de
confusion, y corrieron todos im-
petuosamente al teatro, arreba-
tando consigo á Gaio y á Aris-
tarco Macedonios, compañeros
de Pablo.
30 Queria este salir á presen-
tarse en medio del pueblo, mas los
discípulos no se lo permitieron.
31 Algunos tambien de los
principales del Asia, que eran
amigos suyos, enviaron á ro-
garle que no compareciese en el
teatro:
32 Por lo demas unos gritaban

una cosa, y otros otra: porque todo el concurso era un tumulto: y muchos de ellos no sabian á qué se habian juntado.

33 Entretanto un tal Alejandro, habiendo podido salir de entre el tropel, ayudado de los Judíos, pidiendo con la mano que tuviesen silencio, queria tomar la defensa de los discípulos ante el pueblo.

34 Mas luego que conocieron ser Judío, todos á una voz se pusieron á gritar por espacio de casi dos horas: Gran Diana la de los Efesios.

35 Al fin el secretario, habiendo sosegado el tumulto, les dijo: Varones Efesinos, ¿quién hay entre los hombres que ignore que la ciudad de Efeso está dedicada al culto de la gran diosa Diana y de su imágen, descendida de Júpiter?

36 Siendo pues esto tan cierto que nadie lo puede contradecir, es preciso que os sosegueis, y no procedais inconsideradamente.

37 Estos hombres que habeis traido aquí, ni son sacrílegos, ni blasfemadores de vuestra diosa.

38 Mas si Demetrio, y los artífices que le acompañan, tienen queja contra alguno, audiencia pública hay, y procónsules, acúsense unos á otros.

39 Y si teneis alguna otra pretension, podrá esta decidirse en legítimo Ayuntamiento;

40 De lo contrario estamos á riesgo de que se nos acuse de sediciosos por lo de este dia, no pudiendo alegar ninguna causa para justificar esta reunion.

41 Dicho esto, hizo retirar á todo el concurso.

CAPITULO XX.

Pablo, habiendo recorrido varios distritos de la Macedonia y Grecia, predica en Troade, donde resucita á Eutychô. En Mileto convoca á los presbíteros de Efeso, y les da saludables consejos y advertencias.

DESPUES que cesó el tumulto, convocando Pablo á los discípulos, se despidió de ellos, y puso en camino para Macedonia.

2 Recorridas aquellas tierras, y habiendo exhortado á los fieles con muchas pláticas, pasó á Grecia:

3 Donde permaneció tres meses; y estando él para navegar á Siria, le armaron los Judíos una emboscada: por lo cual tomó la resolucion de volverse por Macedonia.

4 Acompañáronle hasta el Asia Sopatro de Beréa, y los Tesalonicenses Aristarco, y Segundo, con Gayo de Derbe, y Timotéo: y asimismo Tychîcho y Tróphimo Asiaticos,

5 Los cuales habiéndose adelantado, nos esperaron en Troade:

6 Nosotros despues de los dias de los ázimos, nos hicimos á la vela desde Filipos, y en cinco dias nos juntamos con ellos en Troade, donde nos detuvimos siete dias.

7 Mas como el primer dia de la semana nos hubiésemos congregado para partir el pan, Pablo, que habia de marchar al dia siguiente, conferenciaba con los oyentes, y alargó la plática hasta la media noche.

8 Y en el cenáculo, donde estaban congregados, habia gran copia de luces.
9 Y sucedió que á un mancebo llamado Eutychô, estando sentado sobre una ventana, le sobrecogió un sueño muy pesado, mientras proseguía Pablo su largo discurso, y vencido al fin del sueño, cayó desde el tercer piso de la casa abajo, y le levantaron muerto.
10 Pero habiendo bajado Pablo, echóse sobre él, y abrazándole dijo: No os asusteis, pues está vivo.
11 Y subiendo luego otra vez, partió el pan, y habiendo comido, y platicado todavía con ellos hasta el amanecer, despues se marchó.
12 Al jovencito le lleváron vivo, con lo cual se consolaron en estremo.
13 Nosotros empero embarcándonos, navegamos á Asson, donde debíamos recibir á Pablo: que así lo habia dispuesto él mismo, queriendo andar aquel camino por tierra.
14 Habiéndonos pues alcanzado Pablo en Asson, le tomanos, y nos fuímos á Mitilene.
15 Desde allí haciéndonos á la vela, llegamos al dia siguiente delante de Chîo, al otro dia aportamos á Samos, y habiéndonos detenido en Trogilo, al dia siguiente desembarcamos en Mileto:
16 Porque Pablo se habia propuesto no tocar en Efeso, para que no le detuviesen en Asia: por cuanto se daba priesa con el fin de hallarse, si le fuese posible, el dia de Pentecostés en Jerusalem.
17 ¶ Desde Mileto envió á Efeso á llamar á los ancianos de la Iglesia.
18 Venidos que fueron, les dijo: Vosotros sabeis de qué manera me he portado todo el tiempo que he estado con vosotros, desde el primer dia que entré en el Asia,
19 Sirviendo al Señor con toda humildad, y entre lágrimas, en medio de las adversidades que me han sobrevenido por la conspiracion de los Judíos:
20 Como nada de cuanto os era provechoso, he omitido de anunciároslo, y enseñároslo en público, y por las casas,
21 Exhortando á los Judíos y Griegos á convertirse á Dios, y á creer en nuestro Señor Jesucristo.
22 Al presente constreñido del Espíritu yo voy á Jerusalem, sin saber las cosas que me han de acontecer allí:
23 Solamente puedo deciros que el Espíritu Santo en todas las ciudades me asegura y avisa: Que me aguardan cadenas, y tribulaciones.
24 Pero yo ninguna de estas cosas temo: ni me cuido de mi vida, siempre que de esta suerte concluya mi carrera, y cumpla el ministerio que he recibido del Señor Jesus, para predicar el Evangelio de la gracia de Dios.
25 Ahora bien, yo sé que ninguno de todos vosotros, por cuyas tierras he discurrido predicando el reino de Dios, me volverá á ver.

26 Por tanto os protesto en este dia, que yo no tengo la culpa de la perdicion de ninguno.

27 Pues que no he dejado de intimaros todos los designios de Dios.

28 Velad sobre vosotros, y sobre toda la grey, en la cual el Espíritu Santo os ha instituido obispos, para apacentar la Iglesia de Dios, que ha ganado él con su propia sangre.

29 Porque sé que despues de mi partida os han de asaltar lobos voraces, que destrocen el rebaño.

30 Y de entre vosotros mismos se levantarán hombres que sembrarán doctrinas perversas, con el fin de atraerse á sí discípulos.

31 Por tanto estad alerta, teniendo en la memoria, que por espacio de tres años no he cesado de dia ni de noche de amonestar con lágrimas á cada uno de vosotros.

32 Y ahora, hermanos, os encomiendo á Dios, y á la palabra de su gracia, á aquel que es poderoso para acabar de edificaros, y para haceros participar de *su* herencia con todos los santos.

33 Yo no he codiciado de nadie plata, ni oro, ni vestido.

34 Vosotros mismos sabeis que cuanto ha sido menester para mí, y para mis compañeros, todo me lo han suministrado estas manos.

35 Yo os he hecho ver en toda mi conducta, que trabajando de esta suerte, es como se debe sobrellevar á los flacos, y tener presentes las palabras del Señor Jesus, cuando dijo: Mucho mayor dicha es el dar, que el recibir.

36 Y despues que hubo hablado esto, se puso de rodillas, é hizo oracion con todos ellos.

37 Y un grande llanto se apoderó luego de todos: y arrojándose al cuello de Pablo, no cesaban de besarle,

38 Afligidos sobre todo por aquella palabra que habia dicho, que ya no verian mas su rostro. Y de esta manera le fueron acompañando hasta la nave.

CAPITULO XXI.

Viage de San Pablo á Jerusalem. El profeta Agabo le predice los trabajos que le han de suceder. Allí se purifica en el templo; y maltratado por los Judíos, le libra de sus manos el tribuno Lisias.

AL fin nos hicimos á la vela despues de habernos separado de ellos, y navegamos derechamente á Coos, y al dia siguiente á Rodas, y de allí á Pátara:

2 En donde habiendo hallado una nave que pasaba á Fenicia, nos embarcamos en ella y marchamos.

3 Y habiendo avistado á Chipre, dejándola á la izquierda, continuamos nuestro rumbo hácia la Siria, y arribamos á Tiro: en donde habia de dejar la nave su cargamento.

4 Habiendo encontrado aquí discípulos, nos detuvimos siete dias: estos discípulos decian á Pablo como inspirados que no subiese á Jerusalem.

5 Pero cumplidos aquellos dias, pusímonos en camino, acompa-

ñándonos todos con sus mujeres y niños hasta fuera de la ciudad : y puestos de rodillas en la ribera, hicimos oracion.
6 Despidiéndonos unos de otros, entramos en la nave : y ellos se volvieron á sus casas.
7 Y concluyendo nuestra navegacion, llegamos de Tiro á Tolemaida, donde saludamos á los hermanos, y nos detuvimos un dia con ellos.
8 Partiendo al siguiente los que estábamos con Pablo, llegamos á Cesaréa. Y entrando en casa de Felipe el evangelista, que era uno de los siete, nos hospedamos en ella.
9 Tenia este cuatro hijas vírgenes, profetisas.
10 Deteniéndonos aquí algunos dias, bajó de la Judea cierto profeta, llamado Agabo.
11 El cual viniendo á visitarnos, cogió el ceñidor de Pablo, y atándose con él los piés y las manos, dijo : Esto dice el Espíritu Santo : Así atarán los Judíos en Jerusalem al hombre, cuyo es este ceñidor, y entregarle han en manos de los Gentiles.
12 Lo que oido, rogábamos á Pablo, así nosotros, como los de aquel pueblo, que no pasase á Jerusalem.
13 A lo que respondió, y dijo : ¿Qué haceis con llorar, y afligir mi corazon? Porque yo estoy pronto, no solo á ser atado, sino tambien á morir en Jerusalem, por el nombre del Señor Jesus.
14 Y viendo que no podíamos persuadírselo, dejamos de instarle mas, y dijimos : Hágase la voluntad del Señor.
15 Pasados estos dias, nos dispusimos, y nos encaminamos hácia Jerusalem.
16 Vinieron tambien con nosotros algunos de los discípulos de Cesaréa, trayendo consigo un antiguo discípulo llamado Mnason, oriundo de Chipre, en cuya casa habíamos de hospedarnos.
17 Llegados á Jerusalem, nos recibieron los hermanos con gozo.
18 Al dia siguiente fué Pablo con nosotros á visitar á Santiago, y concurrieron todos los ancianos.
19 A quienes despues de haber saludado, les contaba una por una, las cosas que Dios habia hecho por su ministerio entre los Gentiles.
20 Ellos oido esto, glorificaban al Señor, y le dijeron : Ya ves, hermano, cuantos millares de Judíos hay, que han creido, y que todos muestran gran celo por la ley.
21 Ahora pues, estos han oido decir que tú enseñas á los Judíos que viven entre los Gentiles, á abandonar á Moisés : diciéndoles que no deben circuncidar á sus hijos, ni seguir las costumbres.
22 ¿Qué es pues lo que se ha de hacer? sin duda se reunirá toda esta multitud de gente : porque luego han de saber que has venido.
23 Por tanto haz esto que vamos á proponerte : aquí tenemos cuatro hombres, con obligacion de cumplir un voto.
24 Unido á estos, purifícate con

ellos, y hazles el gasto *en la ceremonia*, á fin de que se hagan la rasura de la cabeza: con eso sabrán todos, que lo que han oido de tí, es falso, antes bien que aun tú mismo continúas en observar la ley.
25 Por lo que hace á los Gentiles que han creido, ya les hemos escrito, que habiamos decidido que no observasen esas cosas, sino que se abstuviesen de manjares ofrecidos á los ídolos, y de sangre, y de animales sofocados, y de la fornicacion.
26 Pablo pues, tomando consigo aquellos hombres, se purificó al dia siguiente con ellos, y entró en el templo, haciendo saber cuando se cumplirian los dias de la purificacion, hasta que se hiciese la ofrenda por cada uno de ellos.
27 Estando para cumplirse los siete dias, los Judíos venidos de Asia, habiendo visto á Pablo en el templo, amotinaron todo el pueblo, y le prendieron,
28 Gritando: Favor, Israelitas! este es aquel hombre que, sobre andar enseñando á todos en todas partes, contra la nacion, contra la ley, y contra este lugar, ha introducido tambien á los Griegos en el templo, y profanado este lugar santo.
29 Y era que habian visto andar con él por la ciudad á Tróphimo de Efeso, al cual se imaginaron que Pablo habia llevado consigo al templo.
30 Con esto se conmovió toda la ciudad, y concurrió el pueblo. Y cogiendo á Pablo, le llevaron arrastrando fuera del templo, cuyas puertas fueron cerradas inmediatamente.
31 Mientras estaban tratando de matarle, fué avisado el tribuno de la cohorte, de que toda Jerusalem estaba alborotada.
32 Al punto marchó con los soldados, y centuriones, y corrió adonde estaban. Ellos al ver al tribuno, y á la tropa, cesaron de maltratar á Pablo.
33 Entonces llegando el tribuno le prendió, y mandóle asegurar con dos cadenas: y preguntaba quién era, y qué habia hecho.
34 Mas en aquel tropel de gente quien gritaba una cosa, y quien otra. Y no pudiendo averiguar lo cierto á causa del alboroto, mandó que le condujesen á la fortaleza.
35 Al llegar á las gradas, fué preciso que los soldados le llevasen en peso á causa de la violencia del pueblo.
36 Porque le seguia el gentío, gritando: Que muera.
37 Estando ya Pablo para entrar en la fortaleza, dijo al tribuno: ¿No podré hablarte dos palabras? A lo cual respondió el tribuno: ¿Sabes tú hablar en Griego?
38 ¿Pues no eres tú el Egipcio que dias pasados escitó una sedicion, y se llevó al desierto cuatro mil salteadores?
39 Díjole Pablo: Yo soy ciertamente Judío, ciudadano de Tarso en Cilicia, ciudad bien conocida. Suplícote pues que me permitas hablar al pueblo.
40 Y concediéndoselo el tribu-

no, Pablo poniéndose en pié sobre las gradas, hizo señal con la mano al pueblo, y siguiéndose á esto gran silencio, le habló así en lengua hebréa:

CAPITULO XXII.

Apología de San Pablo: furor contra él de los Judíos obstinados: y se declara ciudadano romano, queriendo el tribuno azotarle.

HERMANOS, y padres, oid mi defensa, que os propongo ahora.
2 (Al oír que les hablaba en lengua hebréa, redoblaron el silencio.)
3 Dijo pues: Yo soy Judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero educado en esta ciudad, en la escuela de Gamaliel, é instruido por él conforme á la verdad de la ley de nuestros padres, y lleno de celo por Dios, asi como al presente lo estais todos vosotros.
4 Yo perseguí de muerte á los de esta nueva doctrina, aprisionando y metiendo en la cárcel á hombres, y á mujeres,
5 Como me son testigos el sumo sacerdote, y todos los ancianos, de los cuales tomé asimismo cartas para los hermanos de Damasco, é iba allá para traer presos á Jerusalem á los que allí hubiese, á fin de que fuesen castigados.
6 Mas sucedió que, yendo de camino, y estando ya cerca de Damasco á hora de medio dia, de repente una luz copiosa del cielo me cercó con sus rayos:
7 Y cayendo en tierra, oí una voz que me decia: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?
8 Yo respondí: ¿Quién eres tú, Señor? Y me dijo: Yo soy Jesus Nazareno, á quien tú persigues.
9 Los que me acompañaban, aunque vieron la luz, y quedaron asombrados, no oyeron la voz del que hablaba conmigo.
10 Yo dije: ¿Qué haré, Señor? Y el Señor me respondió: Levántate, y vé á Damasco, donde se te dirá todo lo que debes hacer.
11 Y como el resplandor de aquella luz me hizo quedar ciego, los compañeros me condujeron por la mano hasta Damasco.
12 Aquí un cierto Ananías, varon religioso segun la ley, que tiene á su favor el testimonio de todos los Judíos, sus conciudanos,
13 Viniendo á mí, y poniéndoseme delante me dijo: Saulo hermano, recibe la vista. Y al punto le ví á él.
14 Dijo él entonces: El Dios de nuestros padres te ha predestinado, para que conocieses su voluntad, y vieses al Justo, y oyeses la voz de su boca:
15 Porque has de ser testigo suyo delante de todos los hombres, de las cosas que has visto, y oido.
16 Ahora pues ¿qué te detienes? Levántate, bautízate, y lava tus pecados, invocando el nombre del Señor.
17 Sucedió despues, que volviendo yo á Jerusalem, y estando orando en el templo, fuí arrebatado en éstasis,
18 Y le ví que me decia: Dáte

prisa, y sal luego de Jerusalem: porque estos no recibirán el testimonio que les dieres de mí.
19 Señor, respondí yo: ellos saben que yo soy el que andaba por las sinagogas, metiendo en la cárcel, y maltratando á los que creían en tí:
20 Y mientras se derramaba la sangre de tu testigo Esteban, yo me hallaba presente, consintiéndolo, y guardando la ropa de los que le mataban.
21 Pero él me dijo: Anda, que yo te quiero enviar lejos de aquí hácia los Gentiles.
22 Hasta esta palabra le estuvieron escuchando, mas aquí levantaron el grito diciendo: Quita del mundo á un tal hombre, que no es justo que viva.
23 Prosiguiendo ellos en sus alaridos, y echando de sí sus vestidos, y arrojando polvo al aire,
24 Ordenó el tribuno que le metiesen en la fortaleza, y que le diesen tormento de azotes, para descubrir por qué causa gritaban tanto contra él.
25 Ya que le hubieron atado con las correas, dijo Pablo al centurion que estaba presente: ¿Os es lícito á vosotros azotar á un ciudadano romano, y sobre quien no ha recaido sentencia?
26 El centurion, oido esto, fué al tribuno, y le dijo: Mira lo que haces; pues este hombre es ciudadano romano.
27 Llegándose entonces el tribuno á él, preguntóle: Díme, ¿eres tú Romano? Respondió él: Sí que lo soy.
28 A lo que replicó el tribuno: A mí me costó una gran suma de dinero este privilegio. Y Pablo dijo: Pues yo lo soy de nacimiento.
29 Al punto se apartaron de él los que iban á darle el tormento. Y el mismo tribuno entró en temor despues que supo que era ciudadano romano, aquel, á quien habia hecho atar.
30 Al dia siguiente queriendo cerciorarse del motivo por qué le acusaban los Judíos, le quitó las prisiones, y mandó juntar á los sacerdotes, con todo el sinedrio, y sacando á Pablo, le presentó en medio de ellos.

CAPITULO XXIII.

Pablo con sus palabras ocasiona una disputa con que se dividen los fariseos de los Saduceos. El tribuno Lisias le remite con escolta militar á Cesaréa, á Felix, gobernador romano, para librarle de una horrible conjuracion.

PABLO entonces fijos los ojos en el sinedrio les dijo: Varones hermanos, yo hasta el dia presente he observado tal conducta, que en la presencia de Dios nada me remuerde la conciencia.
2 En esto el príncipe de los sacerdotes Ananías mandó á sus ministros que le hiriesen en la boca.
3 Entonces le dijo Pablo: Herirte ha Dios á tí, pared blanqueada. ¿Tú estás sentado para juzgarme segun la ley, y contra la ley mandas herirme?
4 Los circunstantes le dijeron: ¿Cómo maldices tú al sumo sacerdote de Dios?
5 A esto respondió Pablo: Hermanos, no sabia que fuese el

príncipe de los sacerdotes. Porque escrito está: No maldecirás al príncipe de tu pueblo.
6 Sabiendo empero Pablo que parte de los que asistian eran Saduceos, y parte fariseos, esclamó en medio del sinedrio: Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseos, y por causa de mi esperanza de la resurreccion de los muertos es por lo que voy á ser condenado.
7 Desde que hubo proferido estas palabras, se suscitó discordia entre los fariseos y Saduceos, y se dividió la asamblea.
8 Porque los Saduceos dicen que no hay resurreccion, ni ángel, ni espíritu: cuando al contrario los fariseos confiesan ambas cosas.
9 Así que, fué grande la gritería que se levantó. Y puestos en pié algunos escribas del partido de los fariseos, porfiaban, diciendo: Nada de malo hallamos en este hombre: ¿quién sabe si le habló algun espíritu, ó ángel? No hagamos la guerra á Dios.
10 Y enardeciéndose mas la discordia, temeroso el tribuno de que despedazasen á Pablo, mandó bajar á los soldados, para que le quitasen de en medio de ellos, y le condujesen á la fortaleza.
11 A la noche siguiente se le apareció el Senor, y le dijo: Tén constancia: así como has dado testimonio de mí en Jerusalem, así conviene tambien que le des en Roma.
12 Venido el dia se juntaron algunos Judíos, é hicieron voto con imprecacion, de no comer ni beber hasta haber matado á Pablo.
13 Eran mas de cuarenta hombres los que se habian así conjurado:
14 Los cuales se presentaron á los príncipes de los sacerdotes, y á los ancianos, y dijeron: Nosotros nos hemos obligado con voto y grandes imprecaciones, á no probar bocado hasta que matemos á Pablo.
15 Ahora pues avisad al tribuno de parte del sinedrio, que haga conducir mañana á Pablo delante de vosotros, como que teneis que averiguar de él alguna cosa con mas certeza. Nosotros de nuestra parte estaremos prevenidos para matarle antes que llegue.
16 Mas como un hijo de la hermana de Pablo entendiese la trama, fué, y entró en la fortaleza, y dió aviso á Pablo.
17 Pablo llamando á uno de los centuriones, dijo: Lleva este mozo al tribuno, porque tiene que participarle cierta cosa.
18 El centurion tomándole consigo le condujo al tribuno, y dijo: Pablo el preso me ha pedido que traiga á tu presencia á este jóven, que tiene que comunicarte alguna cosa.
19 El tribuno cogiendo de la mano al mancebo, se retiró con él á solas, y le preguntó: ¿Qué es lo que tienes que comunicarme?
20 El respondió: Los Judíos han acordado el suplicarte que mañana conduzcas á Pablo al concilio, con pretesto de que

quieren examinarle mas individualmente de algun punto:

21 Pero tú no los creas, porque de ellos le tienen armadas asechanzas mas de cuarenta hombres, los cuales con grandes juramentos han hecho voto de no comer ni beber hasta que le maten: y ya están alerta, esperando que tú les concedas lo que piden.

22 El tribuno despidió al muchacho, mandándole que á nadie dijese que habia hecho aquella delacion.

23 Y llamando á dos centuriones, les dijo: Tened prevenidos para la hora tercia de la noche doscientos soldados, para que vayan á Cesaréa, y setenta de caballería, y doscientos lanceros:

24 Y preparad bagages para que lleven á Pablo, y le conduzcan sin peligro al gobernador Félix.

25 Despues escribió una carta, concebida en estos términos:

26 CLAUDIO Lisias al óptimo gobernador Félix, salud.

27 A ese hombre preso por los Judíos, y á punto de ser muerto por ellos, acudiendo con la tropa le libré, noticioso de que era ciudadano romano:

28 Y queriendo informarme del delito de que le acusaban, condújele á su sinedrio.

29 Allí averigüé que es acusado sobre cuestiones de su ley de ellos, pero que no ha cometido ningun delito digno de muerte ó de prision.

30 Y avisado despues de que le tienen urdidas asechanzas, te le envio á tí, previniendo tambien á sus acusadores que recurran á tí. Ten salud.

31 Los soldados pues segun la órden que se les habia dado, encargándose de Pablo, le condujeron de noche á la ciudad de Antipátrida.

32 Al dia siguiente dejando á los de á caballo para que le acompañasen, volviéronse los demas á la fortaleza.

33 Llegados que fueron á Cesaréa, presentaron la carta y el preso al gobernador.

34 Luego que leyó este la carta, preguntó á Pablo de qué provincia era, y oido que de Cilicia, dijo:

35 Te daré audiencia en viniendo tus acusadores. Entretanto mandó que le custodiasen en el pretorio de Herodes.

CAPITULO XXIV.

Respuesta convincente de Pablo á las acusaciones falsas de los Judíos. El gobernador Félix oye tambien á Pablo sobre la fé de Cristo; y viendo que no le ofrecia dinero, le reserva preso para su sucesor Porcio Festo.

AL cabo de cinco dias llegó el sumo sacerdote Ananías con algunos ancianos, y con un tal Tértulo orador, los cuales comparecieron ante el gobernador contra Pablo.

2 Citado Pablo, empezó su acusacion Tértulo, diciendo: Como por medio de tí, óptimo Félix, gozamos de una paz profunda, y con tu prevision remedias muchos desórdenes;

3 Nosotros lo reconocemos en

todas ocasiones y en todos lugares, y te tributamos toda suerte de acciones de gracias.

4 Mas por no molestarte demasiado, suplícote nos oigas por breves momentos segun tu humanidad.

5 Hemos hallado ser este un hombre pestilencial, que anda por todo el mundo metiendo en confusion y desórden á todos los Judíos, y es el caudillo de la sediciosa secta de los Nazarenos:

6 El cual ademas intentó profanar el templo, y por esto habiéndole preso quisimos juzgarle segun nuestra ley.

7 Pero sobreviniendo el tribuno Lisias, le arrancó á viva fuerza de nuestras manos,

8 Mandando que los acusadores recurriesen á tí: tú mismo, examinándole como juez, podrás reconocer la verdad de todas estas cosas de que le acusamos.

9 Los Judíos confirmaron por su parte lo dicho, atestiguando ser todo verdad.

10 Pablo, empero, (habiéndole hecho señal el gobernador para que hablase), lo hizo en estos términos: Sabiendo yo que ya hace muchos años que tú gobiernas esta nacion, emprendo con mas confianza el justificarme.

11 Bien puedes certificarte de que no ha mas de doce dias que llegué á Jerusalem, á fin de adorar.

12 Y nunca me han visto disputar con nadie en el templo, ni amotinando la gente en las sinagogas, ó en la ciudad:

13 Ni pueden alegarte prueba de cuantas cosas me acusan ahora.

14 Si bien confieso esto delante de tí, que siguiendo una doctrina, que ellos tratan de heregia, yo sirvo al Dios de mis padres, creyendo todas las cosas, que se hallan escritas en la ley y en los profetas:

15 Teniendo esperanza en Dios, como ellos tambien la tienen, de que ha de verificarse la resurreccion de los muertos, así de los justos, como de los pecadores.

16 Por lo cual procuro yo siempre conservar mi conciencia sin culpa delante de Dios, y delante de los hombres.

17 Ahora, despues de muchos años, vine á repartir limosnas y ofrendas á los de mi nacion.

18 Y estando en esto, es cuando algunos Judíos de Asia me han hallado purificado en el templo: mas no con reunion de pueblo, ni con tumulto.

19 Ellos son los que habian de comparecer delante de tí, y ser mis acusadores, si algo tenian que alegar contra mí:

20 Pero digan aquí estos mismos si, congregados en el sinedrio, han hallado en mí algun delito,

21 A no ser que lo sea una espresion, con que esclamé en medio de ellos, diciendo: Veo que por la resurreccion de los muertos me formais hoy vosotros causa.

22 Félix pues, que estaba bien informado de esta doctrina, difirió para otra ocasion el asunto,

diciendo: Cuando viniere el tribuno Lisias, os daré audiencia.
23 Entretanto mandó á un centurion que custodiara á Pablo, teniéndole con menos estrechez, y sin prohibir que los suyos entrasen á asistirle.
24 Algunos dias despues volviendo Félix, con su mujer Drusilla, la cual era Judía, llamó á Pablo, y le oyó esplicar la fé de Cristo.
25 Pero inculcando Pablo la doctrina de la justicia, de la castidad, y del juicio venidero, despavorido Félix le dijo: por ahora retírate, que á su tiempo yo te llamaré:
26 Y como esperaba que Pablo le daria dinero, á fin de que le libertase, por eso llamándole á menudo, conversaba con él.
27 Pasados dos años, Félix recibió por sucesor á Porcio Festo; y queriendo congraciarse con los Judíos dejó preso á Pablo.

CAPITULO XXV.

Lo que sucedió al Apóstol con el gobernador Festo, ante quien apela al César Festo le presenta al rey Agripa y á Berenice.

LLEGADO Festo á la provincia, tres dias despues subió á Jerusalem desde Cesaréa.
2 Presentáronsele luego el príncipe de los sacerdotes y los mas distinguidos entre los Judíos, para acusar á Pablo, con una peticion
3 En que le suplicaban por gracia que le mandase conducir á Jerusalem, tramando ellos una emboscada para asesinarle en el camino.
4 Mas Festo respondió, que Pablo estaria custodiado en Cesaréa, para donde iba á partir él cuanto antes.
5 Por tanto, los principales (dijo) de entre vosotros, vengan tambien, y acúsenle, si es reo de algun crímen.
6 No habiéndose pues detenido entre ellos mas que ocho ó diez dias, marchó á Cesaréa, y al dia siguiente sentándose en el tribunal, mandó comparecer á Pablo.
7 Luego que fué presentado, le rodearon los Judíos venidos de Jerusalem, acusándole de muchos y graves delitos, que no podian probar,
8 Y de los cuales se defendia Pablo, diciendo: En nada he pecado ni contra la ley de los Judíos, ni contra el templo, ni contra César.
9 Mas Festo queriendo congraciarse con los Judíos, respondiendo á Pablo, le dijo: ¿Quieres subir á Jerusalem, y ser allí juzgado ante mí?
10 Respondió Pablo: Yo estoy ante el tribunal de César, que es donde debo ser juzgado: tú sabes muy bien que yo no he hecho el menor agravio á los Judíos.
11 Que si en algo los he ofendido, ó he hecho alguna cosa por la que sea reo de muerte, no rehuso morir: pero si no hay nada de cuanto estos me imputan, ninguno tiene derecho para entregarme á ellos. Apelo á César.
12 Entonces Festo habiéndolo tratado con los de *su* consejo,

respondió: ¿A César has apelado? pues á César irás.
13 Pasados algunos dias, bajaron á Cesaréa el rey Agripa y Berenice á visitar á Festo.
14 Y habiéndose ambos detenido allí muchos dias, Festo habló al rey acerca de Pablo, diciendo: Aquí dejó Félix preso á un hombre,
15 Sobre el cual estando yo en Jerusalem, recurrieron á mí los príncipes de los sacerdotes, y los ancianos de los Judíos, pidiendo que fuese condenado.
16 Yo les respondí: Que los Romanos no acostumbran condenar á ningun hombre, antes que el acusado tenga presentes á sus acusadores, y lugar de defenderse para justificarse de los cargos.
17 Habiendo pues ellos concurrido acá sin dilacion alguna, al dia siguiente sentado yo en el tribunal, mandé traer al dicho hombre.
18 Compareciendo los acusadores, no le imputaban ningun crímen de los que yo sospechaba:
19 Solamente tenian con él no sé qué disputa tocante á su superstición, y sobre un cierto Jesus difunto, que Pablo afirmaba estar vivo.
20 Perplejo yo en una causa de esta naturaleza, le dije si queria ir á Jerusalem, y ser allí juzgado de estas cosas.
21 Mas interponiendo Pablo apelacion para que su causa se reservase al juicio de Augusto, dí órden para que se le mantuviese en custodia, hasta remitirle á César.
22 Entonces dijo Agripa á Festo: Desearia yo tambien oir á ese hombre. Mañana, respondió Festo, le oirás.
23 Con eso al dia siguiente, habiendo venido Agripa y Berenice, con mucha pompa, y entrando en la sala de la audiencia con los tribunos, y personas principales de la ciudad, fué Pablo traido por órden de Festo.
24 El cual dijo: rey Agripa, y todos vosotros que os hallais aquí presentes, ya veis á este hombre, contra quien todo el pueblo de los Judíos ha acudido á mí tanto en Jerusalem como aquí, representándome con grandes instancias y clamores que no debe vivir mas.
25 Mas yo he averiguado que nada ha hecho que mereciese la muerte. Pero habiendo él mismo apelado á Augusto, he determinado remitírsele.
26 Bien que como no tengo cosa cierta que escribir al Señor acerca de él, por esto le he hecho venir á vuestra presencia, mayormente ante tí, ¡oh rey Agripa! para que examinándole tenga yo algo que escribir.
27 Pues me parece cosa fuera de razon el remitir á un hombre preso, sin esponer los delitos de que se le acusa.

CAPITULO XXVI.

Pablo se justifica delante de Agripa, y cuenta por menor su conversion.

ENTONCES Agripa dijo á Pablo: Se te da licencia para hablar en tu defensa. Y luego

Pablo accionando con la mano
empezó así su apología.
2 Tengo á gran dicha ¡ oh rey
Agripa! el poder justificarme
ante tí en el dia de hoy, de to-
dos los cargos que me hacen los
Judíos.
3 Mayormente sabiendo tú to-
das las costumbres de los Judíos,
y las cuestiones que se agitan
entre ellos: por lo cual te supli-
co que me oigas con paciencia.
4 Y en primer lugar, por lo
que hace al tenor de vida, que
observé en Jerusalem, desde mi
juventud entre los de mi na-
cion, es bien notorio á todos los
Judíos:
5 Sabedores son desde mis pri-
meros años (si quieren confesar
la verdad) de que yo siguiendo
la secta mas exacta de nuestra
religion, viví cual fariseo.
6 Y ahora soy acusado en jui-
cio por la esperanza que tengo
de la promesa hecha por Dios
á nuestros padres:
7 Promesa cuyo cumplimiento
esperan nuestras doce tribus, sir-
viendo á Dios noche y dia. Por
esta esperanza, ¡ oh rey! soy
acusado yo de los Judíos.
8 ¡ Pues qué! ¿juzgais acaso
increible el que Dios resucite á
los muertos?
9 Yo por mí estaba persuadido
de que debia proceder hostilmen-
te contra el nombre de Jesus Na-
zareno:
10 Como ya lo hice en Jerusa-
lem, donde no solo metí á mu-
chos de los santos en las cárce-
les, con poderes que para ello
recibí de los príncipes de los
sacerdotes, sino que siendo con-
denados á muerte yo dí tambien
mi consentimiento.
11 Y andando con frecuencia
por todas las sinagogas, los obli-
gaba á fuerza de castigos á blas-
femar; y enfurecido mas contra
ellos, los iba persiguiendo hasta
en las ciudades estrangeras.
12 En este estado, yendo un
dia á Damasco con poderes y co-
mision de los príncipes de los
sacerdotes,
13 Siendo el medio dia, ví ¡ oh
rey! en el camino una luz del
cielo mas resplandeciente que el
sol, la cual con sus rayos me ro-
deó á mí, y á los que iban jun-
tamente conmigo.
14 Y habiendo todos nosotros
caido en tierra, oí una voz que
me decia en lengua hebréa: Sau-
lo, Saulo, ¿por qué me persi-
gues? duro empeño es para tí el
dar coces contra el aguijon.
15 Yo entonces respondí: ¿Quién
eres tú Señor? Y el Señor me
dijo: Yo soy Jesus, á quien tú
persigues.
16 Pero levántate, y pónte en
pié: pues para esto te he apare-
cido; á fin de constituirte minis-
tro, y testigo de las cosas que
has visto, y de otras con que
apareceré á tí de nuevo,
17 Para librarte de este pue-
blo, y de los Gentiles, á los cua-
les ahora te envio,
18 A abrirles los ojos, para que
se conviertan de las tinieblas á
la luz, y del poder de Satanas á
Dios, y con esto reciban la remi-
sion de sus pecados, y su parte
en la herencia de los que han

sido santificados mediante la fé
en mí.
19 Así que, ¡oh rey Agripa! no
fuí rebelde á la vision celestial:
20 Antes bien empecé á predi-
car primeramente á los que es-
tán en Damasco, y en Jerusa-
lem, y por todo el pais de Judea,
y despues á los Gentiles, que se
arrepintiesen, y se convirtiesen
á Dios, haciendo dignas obras de
arrepentimiento.
21 Por esta causa los Judíos
me prendieron, estando yo en el
templo, é intentaban matarme.
22 Pero ayudado del auxilio de
Dios, he perseverado hasta el dia
de hoy, testificando la verdad á
pequeños y á grandes, no predi-
cando otra cosa mas que lo que
los profetas y Moisés predijeron
que habia de suceder,
23 *Es á saber*, que Cristo habia
de padecer, y que seria el primero
que resucitaria de entre los muer-
tos, y habia de mostrar la luz á
este pueblo, y á los Gentiles.
24 Diciendo él esto en su de-
fensa, esclamó Festo: Pablo, tú
estás loco: las muchas letras te
han trastornado el juicio.
25 Y Pablo le respondió: No
deliro, óptimo Festo, sino que
hablo palabras de verdad, y de
cordura.
26 Que bien sabidas son del
rey estas cosas, y por lo mismo
hablo delante de él con tanta
confianza, bien persuadido de
que nada de esto ignora; puesto
que ninguna de las cosas mencio-
nadas se ha ejecutado en algun
rincon.
27 ¡Oh rey Agripa! ¿crees tú
en los profetas? Yo sé que crees
en ellos.
28 A esto Agripa respondió á
Pablo: Poco falta para que me
persuadas á hacerme Cristiano.
29 A lo que contestó Pablo:
Pluguiera á Dios, como deseo, que
no solamente faltara poco, sino
que no faltara nada para que tú
y todos cuantos me oyen llega-
seis á ser hoy tales, cual soy yo,
salvo estas cadenas.
30 Entonces se levantaron el
rey, y el gobernador, y Berenice,
y los que les hacian la corte.
31 Y habiéndose retirado apar-
te, hablaban entre sí, y decian:
Este hombre no ha hecho cosa
digna de muerte, ni de prision.
32 Y Agripa dijo á Festo: Si
no hubiese apelado á César, bien
se le pudiera poner en libertad.

CAPITULO XXVII.

Pablo navega para Roma conducido por el centurion Julio: la nave naufraga junto á una isla; pero todos se salvan.

LUEGO pues que se determinó
que navegasemos á Italia,
fué Pablo entregado con algunos
otros presos á un centurion de la
cohorte Augusta llamado Julio,
2 Embarcándonos en una nao
de Adrumeto, nos hicimos á la
vela, empezando á costear las
tierras de Asia, acompañándonos
siempre Aristarco Macedonio de
Tesalónica.
3 El dia siguiente arribamos á
Sídon; y Julio tratando á Pablo
con humanidad, le permitió salir
á visitar á los amigos, y proveer-
se de lo necesario.
4 Partidos de allí, fuimos bo-

gando por debajo de Chipre, por
ser contrarios los vientos.
5 Y habiendo atravesado el mar
de Cilicia y de Panfilia, aporta-
mos á Mira, ciudad de Licia:
6 Donde el centurion encon-
trando una nave de Alejandría
que pasaba á Italia, nos trasladó
á ella.
7 Y navegando por muchos dias
lentamente, y arribando con tra-
bajo en frente de Gnido, por es-
torbárnoslo el viento, costeamos
á Creta por *el cabo* Salmon:
8 Y doblado este con gran difi-
cultad, arribamos á un lugar lla-
mado Buenos-puertos, que está
cercano á la ciudad de Lasea.
9 Pero habiendo gastado mucho
tiempo, y no siendo desde enton-
ces segura la navegacion, por
haber pasado ya el ayuno, Pablo
los amonestaba,
10 Diciéndoles: Yo conozco,
amigos, que la navegacion será
muy peligrosa y de mucho per-
juicio, no solo para la nave y
cargamento, sino tambien para
nuestras vidas.
11 Pero el centurion daba mas
crédito al piloto y al patron del
barco, que á cuanto decia Pablo.
12 Mas como aquel puerto no
fuese á propósito para invernar,
la mayor parte fueron de parecer
que nos hiciésemos á la vela para
ir á tomar invernadero, por poco
que se pudiese, en Phenice, puer-
to de Creta opuesto al Abrego, y
al Nor-ueste.
13 Así pues soplando el Aus-
tro, figurándose ellos salir con su
intento, levantaron anclas, y fue-
ron costeando por Creta.
14 Pero á poco tiempo dió con-
tra la nave un viento tempestuo-
so, llamado Euroclidon.
15 Arrebatada la nave, y no
pudiendo resistir al torbellino,
éramos llevados á merced de los
vientos.
16 Arrojados hácia una isleta,
llamada Clauda, pudimos con
gran dificultad recoger el es-
quife.
17 El cual levantado, emplea-
ron todos los socorros, liando la
nave por debajo; y, temerosos
de dar en el banco de arena,
abajadas las velas, se dejaron
llevar.
18 Al dia siguiente, como nos
hallábamos furiosamente com-
batidos por la tempestad, echa-
ron al mar parte del carga-
mento:
19 Y tres dias despues arroja-
mos con nuestras propias manos
los aparejos de la nave.
20 Entretanto, habia muchos
dias que no se dejaban ver ni el
sol, ni las estrellas, y la borrasca
era continuamente tan furiosa,
que ya habiamos perdido todas
las esperanzas de salvarnos.
21 Entonces Pablo, como habia
ya mucho tiempo que nadie
habia tomado alimento, puesto
en medio de ellos, dijo: En
verdad, compañeros, que hubiera
sido mejor, creyéndome á mí, no
haber salido de Creta, y escusar
este desastre y pérdida.
22 Mas ahora os exhorto á
tener buen ánimo, pues ninguno
de vosotros se perderá, sino sola-
mente la nave.
23 Porque esta noche se me ha

aparecido un ángel del Dios de quien soy yo, y á quien sirvo,
24 Diciéndome: No temas, Pablo, tú sin falta has de comparecer ante César: y hé ahí que Dios te ha concedido las vidas de todos los que navegan contigo.
25 Por tanto, compañeros, tened buen ánimo: pues yo creo en Dios, que así será, como se me ha prometido.
26 Al fin hemos de venir á dar en cierta isla.
27 Mas llegada la noche del dia catorce, navegando nosotros por el mar Adriático, los marineros á eso de la media noche barruntaban hallarse á vista de tierra.
28 Por lo que tiraron la sonda, y hallaron veinte brazas de agua: y poco mas adelante, tiraron otra vez la sonda, y solo hallaron quince.
29 Entonces temiendo cayésemos en algun escollo, echaron por la popa cuatro áncoras, deseando viniese el dia.
30 Pero como los marineros, intentando escaparse de la nave, echasen al mar el esquife con el pretesto de ir á tirar las áncoras por la parte de proa,
31 Dijo Pablo al centurion, y á los soldados: Si estos hombres no permanecen en el navío, vosotros no podeis salvaros.
32 En la hora los soldados cortaron las amarras del esquife, y le dejaron perder.
33 Y al empezar á ser de dia, rogaba Pablo á todos que tomasen alimento, diciendo: Hace hoy catorce dias que estais aguardando sin comer, ni probar casi nada.
34 Por lo cual os ruego que tomeis algun alimento, porque este es necesario para vuestra conservacion: seguros de que no ha de perderse ni un cabello de la cabeza de ninguno de vosotros.
35 Dicho esto, tomando pan, dió gracias á Dios en presencia de todos: y partiéndole, empezó á comer.
36 Con eso animados todos, comieron tambien ellos.
37 Eramos los navegantes entre todos doscientas y setenta y seis personas.
38 Estando ya satisfechos aligeraban la nave, arrojando al mar el trigo.
39 Siendo ya dia claro, no reconocian la tierra: echaban sí de ver cierta ensenada que tenia playa, donde pensaban arrimar la nave, si pudiesen.
40 Alzadas pues las áncoras, se abandonaban á la corriente del mar, aflojando al mismo tiempo las cuerdas del timon: y alzada la vela del artimon para tomar el viento, se dirigian hácia la playa.
41 Mas tropezando en una lengua de tierra que tenia mar por ambos lados, encalló la nave: quedando inmovil la proa, fija en el fondo, mientras la popa iba abriéndose por la violencia de las olas.
42 Los soldados entonces deliberaron matar á los presos: temerosos de que alguno se escapase á nado.

43 Pero el centurion deseoso de salvar á Pablo, estorbó que lo hiciesen: y mandó que los que supiesen nadar, saltasen los primeros al agua, y saliesen á tierra.

44 A los demas parte los llevaron en tablas, y algunos sobre los deshechos que restaban del navío. Y así se verificó, que todas las personas salieron salvas á tierra.

CAPITULO XXVIII.

Prosigue Pablo su viaje desde Melita á Roma, en donde luego de llegado, convocando á los principales Judíos les da razon de su apelacion, y les predica á Jesucristo; lo cual sigue haciendo despues, por espacio de dos años, á cuantos iban á él.

SALVADOS del naufragio, conocieron entonces que aquella isla se llamaba Melita.

2 Los bárbaros por su parte nos trataron con mucha humanidad: porque encendida una hoguera, nos hospedaron á todos á causa de la lluvia que descargaba, y del frio.

3 Y habiendo recogido Pablo una porcion de sarmientos, y echádolos al fuego, saltó una víbora huyendo del calor, y le trabó de la mano.

4 Cuando los bárbaros vieron la víbora colgando de su mano, se decian unos á otros: Este hombre sin duda es algun homicida, pues que habiéndose salvado de la mar, la venganza no quiere que viva.

5 El empero sacudiendo la víbora en el fuego, no padeció daño alguno.

6 Los bárbaros al contrario se persuadian á que se hincharia, y de repente caeria muerto. Mas despues de aguardar largo rato, reparando que ningun mal le acontecia, mudando de opinion, decian que era un dios.

7 En aquellas cercanias tenia unas posesiones el príncipe de la isla, llamado Publio, el cual acogiéndonos benignamente nos hospedó por tres dias con mucha humanidad.

8 Y sucedió que, hallándose el padre de Publio muy acosado de fiebres y disenteria, entró Pablo á verle: y haciendo oracion, é imponiendo sobre él las manos, le curó.

9 Despues de este suceso, todos los que tenian enfermedades en aquella isla, acudian á él, y eran curados:

10 Por cuyo motivo nos hicieron muchas honras, y cuando nos embarcamos nos proveyeron de todo lo necesario.

11 Al cabo de tres meses, nos hicimos á la vela en una nave Alejandrina, que habia invernado en aquella isla, y tenia la divisa de Cástor y Pólux.

12 Y habiendo llegado á Siracusa, nos detuvimos allí tres dias.

13 Desde aquí haciendo un giro fuímos á Regio: y pasado un dia soplando el Sur, en el siguiente llegamos á Puzol;

14 Donde habiendo encontrado hermanos, nos instaron á que nos detuviésemos con ellos siete dias: y despues nos dirigimos á Roma.

15 Sabiendo nuestra venida los hermanos, salieron á recibirnos hasta el Foro Apio, y las Tres-

Tabernas. A los cuales habiendo
visto Pablo, dió gracias á Dios,
y cobró grande ánimo.
16 Llegados á Roma, el centu-
rion entregó los presos al pre-
fecto del pretorio; mas á Pablo
se le permitió el estar de por sí
en una casa con un soldado de
guardia.
17 Pasados tres dias convocó
Pablo á los principales de entre
los Judíos. Y luego que se jun-
taron, les dijo: Yo, varones her-
manos, sin haber hecho nada
contra el pueblo, ni contra el uso
de nuestros padres, fuí preso en
Jerusalem, y entregado en ma-
nos de los Romanos:
18 Los cuales despues que me
hicieron los interrogatorios, qui-
sieron ponerme en libertad, visto
que no hallaban en mí causa de
muerte.
19 Mas oponiéndose los Judíos,
me ví obligado á apelar á César,
pero no con el fin de acusar en
cosa alguna á los de mi nacion.
20 Por este motivo pues he pro-
curado veros, y hablaros, para que
sepais que por la esperanza de Is-
raél me veo atado con esta cadena.
21 A lo que respondieron ellos:
Nosotros ni hemos recibido car-
tas de Judea acerca de tí, ni
hermano alguno venido de allá
ha contado ó dicho mal de tí.
22 Mas deseamos saber cuales
son tus sentimientos, porque te-
nemos noticias de que esa sec-
ta halla contradiccion en todas
partes.
23 Y habiéndole señalado dia
para oirle, vinieron en gran nú-
mero á su alojamiento, á los
cuales predicaba el reino de
Dios desde la mañana hasta la
tarde, testificando, y probándoles
lo perteneciente á Jesus con la
ley de Moisés y con los profetas.
24 Unos creían las cosas que
decia: otros no las creían.
25 Y no estando acordes entre
sí, se iban saliendo, sobre lo cual
decia Pablo: ¡Oh con cuanta
razon habló el Espíritu Santo á
nuestros padres por el profeta
Isaías,
26 Diciendo: Vé á ese pueblo,
y díles: Oireis con vuestros oi-
dos, y no entendereis: y por
mas que vereis con vuestros ojos,
no percibireis!
27 Porque embotando este pue-
blo su corazon, ha obstruido tam-
bien sus oidos, y cerrado sus
ojos: de miedo que con ellos
vean, y oigan con sus oidos, y
entiendan con el corazon, y se
conviertan, y yo les dé la salud.
28 Por tanto tened entendido
todos vosotros, que á los Gen-
tiles es enviada esta salud de
Dios, y ellos la recibirán.
29 Dicho esto, se apartaron de
él los Judíos, teniendo grandes
debates entre sí.
30 Y Pablo permaneció por es-
pacio de dos años enteros en la
casa que habia alquilado, en
donde recibia á cuantos iban á
verle,
31 Predicando el reino de Dios,
y enseñando con toda libertad,
sin que nadie se lo prohibiese,
lo tocante á nuestro Señor Jesu-
cristo.

EPISTOLA DEL APOSTOL SAN PABLO A LOS

ROMANOS.

CAPITULO I.

La fé es necesaria para salvarse; porque sin ella nadie se justifica: y de la razon se abusa tanto que los preciados de sabios vienen á ser los mas viciosos.

PABLO siervo de Jesucristo,
apóstol por vocacion, escogi-
do para el Evangelio de Dios,
2 *Evangelio* que él habia pro-
metido anteriormente por sus
profetas en las santas Escritu-
ras,
3 Acerca de su Hijo Jesucristo
nuestro Señor, que le nació, se-
gun la carne, del linage de Da-
vid,
4 *Y* que fué predestinado Hijo
de Dios con poder, segun el es-
píritu de santificacion, por su
resurreccion de entre los muer-
tos:
5 Por el cual nosotros hemos
recibido la gracia y el apostola-
do para someter á la fé por la
virtud de su nombre á todas las
naciones,
6 Entre las cuales sois tambien
vosotros llamados por Jesucristo:
7 A todos aquellos que estais
en Roma, amados de Dios, y lla-
mados para santos: Gracia y paz
de Dios nuestro Padre, y del Se-
ñor Jesucristo.
8 Primeramente yo doy gracias
á mi Dios por Jesucristo acerca
de todos vosotros, de que vues-
tra fé es celebrada por todo el
mundo.
9 Dios, á quien sirvo con mi
espíritu en el Evangelio de su
Hijo, me es testigo de que con-
tinuamente hago memoria de
vosotros,
10 Pidiéndole siempre en mis
oraciones que, si es de su volun-
tad, me abra finalmente algun
camino favorable para ir á voso-
tros,
11 Porque deseo veros á fin
de comunicaros alguna gracia
espiritual con la que seais for-
talecidos:
12 Quiero decir, para que po-
damos consolarnos mútuamente
los unos á los otros por medio de
la fé, que es comun á vosotros y
á mí.
13 Mas no quiero, hermanos,
que dejeis de saber que muchas
veces me he propuesto hacer este
viage, para lograr tambien entre
vosotros algun fruto, asi como
entre las demas naciones: pero
hasta ahora no me ha sido posi-
ble.
14 Deudor soy igualmente á
Griegos y á Bárbaros, á sabios y
á ignorantes:
15 Así (por lo que á mí toca)
pronto estoy á predicar el Evan-
gelio, aun á los que vivís en
Roma.
16 Que no me avergüenzo yo

del Evangelio de Cristo: siendo él, como es, la virtud de Dios para salvar á todos los que creen: á los Judíos primeramente, y *despues* á los Griegos.
17 Y en el Evangelio es en donde se nos ha revelado la justicia de Dios por fé para fé; segun aquello que está escrito: El justo vive por la fé.
18 Se descubre tambien la ira de Dios que descargará del cielo sobre toda la impiedad é injusticia de aquellos hombres, que tienen aprisionada injustamente la verdad de Dios:
19 Puesto que les ha sido manifiesto lo que se puede conocer de Dios; porque Dios se lo ha manifestado.
20 Pues las cosas invisibles de Dios, aun su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles despues de la creacion del mundo, consideradas en las obras criadas: y así tales hombres no tienen disculpa.
21 Porque habiendo conocido á Dios, no le glorificaron como á Dios, ni le dieron gracias: sino que devanearon en sus discursos, y quedó su insensato corazon lleno de tinieblas:
22 Y mientras que se jactaban de sabios, pararon en ser unos necios;
23 Hasta llegar á cambiar la gloria de Dios incorruptible en un simulacro, imágen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos, de reptiles.
24 Por lo cual Dios los abandonó por los deseos de su corazon, á los vicios de la impureza: en tanto grado que deshonraron ellos mismos sus propios cuerpos:
25 Ellos que han colocado la mentira en el lugar de la verdad de Dios: dieron asimismo culto, y sirvieron á las criaturas en lugar de adorar al Criador, el cual es bendito por todos los siglos. Amen.
26 Por eso los entregó Dios á pasiones infames: pues sus mismas mujeres invirtieron el uso natural, en el que es contrario á la naturaleza.
27 Del mismo modo tambien los varones, desechado el uso natural de la hembra, se abrasaron en amores brutales de unos con otros, cometiendo torpezas nefandas varones con varones, y recibiendo en sí mismos la paga merecida de su obcecacion.
28 Pues como no quisieron reconocer á Dios, Dios los entregó á un réprobo sentido, de suerte que han hecho acciones indignas;
29 Quedando atestados de toda suerte de iniquidad, de fornicacion, de malicia, de avaricia, de perversidad: llenos de envidia, homicidas, pendencieros, fraudulentos, malignos, chismosos,
30 Infamadores, aborrecedores de Dios, ultrajadores, soberbios, altaneros, inventores de vicios, desobedientes á sus padres,
31 Irracionales, desgarrados, desamorados, desleales, sin misericordia.
32 Los cuales, conociendo el justo juicio de Dios, á saber, que los que tales cosas hacen son dignos de muerte, no solo las

hacen ellos mismos, sino que aprueban á los que las hacen.

CAPITULO II.

Demuéstrase que los Judíos son tanto y mas culpables por sus malas obras que los Gentiles. La verdadera circuncision es la del espíritu, ó la del entendimiento y de la voluntad.

POR donde tú eres inescusable, ¡oh hombre quienquiera que seas! que te metes á condenar á los demas: pues en lo que condenas á otro, te condenas á tí mismo, haciendo como haces aquellas mismas cosas que condenas.
2 Sabemos que Dios condena segun su verdad á los que cometen tales acciones.
3 Tú pues ¡oh hombre! que condenas á los que tales cosas hacen, y no obstante las haces, ¿piensas que podrás huir del juicio de Dios?
4 ¿O desprecias tal vez las riquezas de su bondad, y de su paciencia, y largo sufrimiento? ¿no reparas que la bondad de Dios te está llamando al arrepentimiento?
5 Tú al contrario, con tu dureza, y corazon impenitente, vas atesorándote ira para el dia de la venganza, y de la manifestacion del justo juicio de Dios,
6 El cual ha de pagar á cada uno segun sus obras:
7 *Dando* la vida eterna á los que, por medio de la perseverancia en las buenas obras, aspiran á la gloria, al honor, y á la inmortalidad:
8 Y derramando su cólera y su indignacion sobre los espíritus porfiados, que no se rinden á la verdad, sino que abrazan la injusticia.
9 Así que, tribulacion y angustias aguardan al alma de todo hombre que obra mal, del Judío primeramente, y *despues* del Griego:
10 Mas la gloria, el honor, y la paz serán de todo aquel que obra bien, del Judío primeramente, y asimismo del Griego:
11 Porque para con Dios no hay acepcion de personas.
12 Y así todos los que pecaron sin tener ley, perecerán sin ella: mas todos los que pecaron teniéndola, por ella serán juzgados;
13 (Que no son justos delante de Dios los que oyen la ley, sino los que la cumplen esos serán justificados.
14 Pues cuando los Gentiles, que no tienen ley, hacen por razon natural lo que manda la ley, estos tales no teniendo ley, son para sí mismos ley.
15 Y ellos hacen ver que lo que la ley ordena está escrito en sus corazones, como se lo atestigua su propia conciencia, y las diferentes reflexiones que en su interior ya los acusan, ya los defienden)
16 En aquel dia, en que Dios juzgará los secretos de los hombres, por medio de Jesucristo, segun mi Evangelio.
17 Mas tú llevas el renombre de Judío, y tienes puesta tu confianza en la ley, y te glorías de Dios,
18 Y conoces su voluntad, y amaestrado por la ley, disciernes lo que es mejor;

19 Tú te jactas de ser guia de ciegos, luz de los que están á oscuras,
20 Preceptor de gente ruda, maestro de niños, como quien tiene en la ley la pauta de la ciencia y de la verdad:
21 Y no obstante, tú que instruyes al otro, ¿no te instruyes á tí mismo? tú que predicas que no es lícito hurtar, ¿hurtas?
22 Tú que dices que no se ha de cometer adulterio, ¿le cometes? tú que abominas de los ídolos, ¿eres sacrílego?
23 Tú que te glorías en la ley, ¿con la violacion de la misma ley deshonras á Dios?
24 (Vosotros sois la causa, como dice la Escritura, de que sea blasfemado el nombre de Dios entre los Gentiles).
25 Por lo demas, la circuncision sirve, si observas la ley: pero si eres prevaricador de la ley, por mas que estés circuncidado, vienes á ser como un incircunciso.
26 Al contrario, si un incircunciso guarda los preceptos de la ley, por ventura, sin estar circuncidado, ¿no será reputado por circunciso?
27 Y el que por naturaleza es incircunciso, y guarda exactamente la ley, ¿no te condenará á tí, que con la letra y la circuncision eres prevaricador de la ley?
28 Porque no está en lo esterior el ser Judío: ni es circuncision la que esteriormente se hace en la carne:
29 Sino que Judío es aquel que lo es en su interior: asi como la verdadera circuncision es la del corazon, la que se hace en el espíritu, y no en la letra; la alabanza de la cual no es de los hombres, sino de Dios.

CAPITULO III.

En qué tienen la preferencia los Judíos sobre los Gentiles. Unos y otros están sujetos al yugo del pecado. No es la ley, sino la fé en Jesucristo la que los libra de él. Pero la fé no destruye la ley, sino que la perfecciona.

CUAL es pues la ventaja de los Judíos? ó ¿qué utilidad la de la circuncision?
2 *La ventaja* es grande de todos modos; y principalmente porque á ellos les fueron confiados los oráculos de Dios.
3 Porque si algunos de ellos no han creido, ¿su infidelidad frustrará por ventura la fidelidad de Dios?
4 Sin duda que no: antes bien, sea Dios reconocido veraz, y mentiroso todo hombre, segun está escrito: A fin de que tú seas reconocido fiel en tus palabras, y salgas vencedor en los juicios que de tí se hacen.
5 Mas si nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios, qué diremos? ¿No será Dios (hablo á lo humano) injusto en castigarnos?
6 Nada menos. Porque si así fuese ¿cómo seria Dios juez del mundo?
7 Pero si la verdad de Dios con ocasion de mi mentira se ha manifestado mas gloriosa: ¿por qué razon todavía soy yo condenado como pecador?

8 ¿Y por qué (como con una
insigne calumnia esparcen al-
gunos que nosotros decimos) no
hemos de hacer nosotros un mal,
á fin de que de él resulte un
bien? Los que dicen esto son
justamente condenados.
9 ¿Diremos pues que somos
mas dignos que los Gentiles?
No por cierto. Pues ya hemos
demostrado que así Judíos como
Griegos todos están sujetos al
pecado,
10 Segun aquello que dice la
Escritura: No hay uno que sea
justo:
11 No hay quien sea cuerdo,
no hay quien busque á Dios.
12 Todos se descarriaron, todos
se inutilizaron: no hay quien
obre bien, no hay siquiera uno.
13 Su garganta es un sepulcro
abierto, se han servido de sus
lenguas para urdir enredos: den-
tro de sus labios tienen veneno
de áspides:
14 Su boca está llena de mal-
dicion, y de amargura:
15 Son sus piés ligeros para ir
á derramar sangre:
16 La destruccion y calamidad
en todos sus caminos.
17 Y la senda de la paz nunca
la conocieron:
18 Ni tienen el temor de Dios
ante sus ojos.
19 Empero sabemos, que cuan-
tas cosas dice la ley, todas las
dirige á los que están bajo la
ley; á fin de que toda boca en-
mudezca, y todo el mundo se
reconozca reo delante de Dios:
20 Supuesto que delante de él
ningun hombre será justificado
por las obras de la ley: porque
por la ley se nos ha dado el co-
nocimiento del pecado.
21 Cuando ahora la justicia de
Dios sin la ley se nos ha hecho
patente, como que está atesti-
guada por la ley y los profetas.
22 Y la justicia de Dios por la
fé en Jesucristo, es para todos y
sobre todos los que creen en él:
pues no hay distincion alguna;
23 Porque todos pecaron, y es-
tán privados de la gloria de Dios.
24 Siendo justificados gratuita-
mente por la gracia del mismo,
en virtud de la redencion que
tienen en Cristo Jesus.
25 A quien Dios propuso para
ser propiciacion por medio de la
fé en su sangre, á fin de demos-
trar su justicia, perdonando los
pecados pasados, soportados por
Dios con tanta paciencia.
26 Con el fin, *digo*, de mani-
festar su justicia en el tiempo
presente: por donde se vea co-
mo él es justo en sí mismo, y
que justifica al que tiene la fé
de Jesus.
27 Ahora pues ¿dónde está el
motivo de gloriarse? Queda es-
cluido. ¿Por qué ley? ¿Por
la de las obras? No: sino por
la ley de la fé.
28 Así que, concluimos ser jus-
tificado el hombre por la fé sin
las obras de la ley.
29 ¿Es acaso Dios de los Ju-
díos solamente? ¿no es tambien
Dios de los Gentiles? Sí por
cierto, de los Gentiles tambien.
30 Porque uno es realmente el
Dios que justifica por medio de
la fé á los circuncidados, y que

con la fé justifica á los no circuncidados.
31 Luego nosotros, ¿ destruimos
la ley por la fé? No hay tal:
antes bien confirmamos la ley.

CAPITULO IV.

Con el ejemplo de Abraham prueba el Apóstol que Dios justifica al pecador, no en fuerza de obras ó virtudes humanas, sino de pura gracia por la fé que le infunde.

¿QUE diremos pues haber
logrado Abraham, padre
nuestro, segun la carne?
2 Ciertamente que si Abraham
fué justificado por las obras, él
tiene de que gloriarse, mas no
para con Dios.
3 Porque ¿qué es lo que dice
la Escritura? Creyó Abraham
á Dios; lo cual le fué imputado
á justicia.
4 Pues al que trabaja, el salario
no se le cuenta como una gracia,
sino como deuda.
5 Al contrario, al que no obra,
pero cree en aquel que justifica
al impio, se le reputa su fé por
justicia.
6 En este sentido David llama
bienaventurado al hombre á
quien Dios imputa la justicia
sin las obras, *diciendo:*
7 Bienaventurados aquellos
cuyas maldades son perdonadas,
y cuyos pecados están borrados.
8 Dichoso el hombre á quien
Dios no imputó culpa.
9 ¿Y esta dicha es solo para
los circuncisos? ¿no es tambien
para los incircuncisos? Acabamos de decir que la fé se reputó
á Abraham por justicia.
10 ¿Y cuándo se le reputó?
¿despues que fué circuncidado,
ó antes de serlo? no cuando fué
circuncidado, sino antes.
11 Y así él recibió la marca de
la circuncision, como un sello de
la justicia de la fé que tenia,
cuando era aun incircunciso:
para que fuese padre de todos
los que creen sin estar circuncidados, á quienes se les reputase
tambien por justicia:
12 Como asimismo padre de los
circuncidados, no solamente de
aquellos que han recibido la circuncision, sino de aquellos que
siguen tambien las huellas de la
fé que tenia nuestro padre Abraham, siendo aun incircunciso.
13 Y así no fué en virtud de la
ley, sino en virtud de la justicia
de la fé, la promesa hecha á
Abraham, ó á su posteridad, de
tener al mundo por herencia
suya.
14 Porque si los que pertenecen
á la ley son los herederos, inútil
fué la fé, y queda sin efecto la
promesa:
15 Porque la ley obra la cólera;
en lugar de que donde no hay
ley, no hay tampoco violacion de
la ley.
16 Fué, pues, por la fé; á fin
de que fuese por gracia, y para
que permanezca firme la promesa para toda su posteridad;
no solamente para los que han
recibido la ley, sino tambien
para aquellos que siguen la fé
de Abraham, que es el padre de
todos nosotros,
17 (Segun lo que está escrito:
Téngote constituido padre de
muchas gentes) delante de Dios,

en quien creyó, el cual da vida á los muertos, y llama á las cosas que no son, del mismo modo que á las que son:
18 Así habiendo esperado contra esperanza, él creyó que vendria á ser padre de muchas naciones, segun se le habia dicho: Tal será tu descendencia.
19 Y no desfalleció en la fé, ni atendió á su propio cuerpo ya desvirtuado, siendo ya de casi cien años, ni á que estaba estinguida en Sara la virtud de concebir.
20 No dudó él ni tuvo la menor desconfianza de la promesa de Dios, antes se fortaleció en la fé, dando á Dios la gloria:
21 Plenamente persuadido de que todo cuanto tiene prometido, es poderoso tambien para cumplirlo.
22 Y por eso le fué reputado por justicia.
23 Pero el habérsele reputado por justicia, no está escrito solo para él:
24 Sino tambien para nosotros, á quienes se ha de reputar, si creemos en aquel que resucitó de entre los muertos á Jesus Señor nuestro:
25 El cual fué entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificacion.

CAPITULO V.

Escelencias de la justificacion por la fé de Jesucristo, cuya gracia sobreabundante no como quiera quita los males del pecado, sino que nos colma de bienes inmensos.

JUSTIFICADOS pues por la fé, tenemos paz con Dios mediante nuestro Señor Jesucristo:
2 Por el cual asimismo, en virtud de la fé, tenemos cabida en esta gracia, en la cual permanecemos firmes, y nos gloriamos esperando la gloria de Dios.
3 Ni nos gloriamos solamente en esto, sino tambien en las tribulaciones: sabiendo que la tribulacion ejercita la paciencia:
4 La paciencia sirve para prueba, y la prueba para esperanza,
5 Esperanza que no burla: porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que se nos ha dado.
6 Porque Cristo, cuando aun estábamos nosotros sin fuerzas, murió por los impíos al tiempo señalado.
7 A la verdad apenas hay quien quisiese morir por un justo: tal vez se hallaria quien tuviese valor de dar su vida por un bienhechor.
8 Pero lo que hace brillar mas la caridad de Dios hácia nosotros, es que entonces mismo cuando éramos aun pecadores, murió Cristo por nosotros.
9 Luego mucho mas ahora estando justificados por su sangre, nos salvaremos por él de la ira.
10 Que si cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con él por la muerte de su Hijo: mucho mas estando ya reconciliados, nos salvará por él mismo vivo.
11 Y no tan solo eso, sino que tambien nos gloriamos en Dios por nuestro Señor Jesucristo, por

cuyo medio hemos obtenido ahora
la reconciliacion.
12 Por tanto así como por un
solo hombre entró el pecado en
este mundo, y por el pecado la
muerte; así tambien la muerte
pasó á todos los hombres, porque
todos pecaron.
13 Pues el pecado ha estado en
el mundo hasta el tiempo de la
ley: mas cuando no habia ley,
el pecado no se imputaba.
14 Con todo eso la muerte reinó
desde Adam hasta Moisés, aun
sobre aquellos que no pecaron
con una transgresion semejante
á la de Adam, el cual es figura
del que habia de venir.
15 Pero no ha sucedido en la
gracia, así como en el pecado:
porque si por el pecado de uno
solo murieron muchos: mucho
mas copiosamente se ha derramado
sobre muchos la gracia de
Dios, y el don por la gracia de un
solo hombre, que es Jesucristo.
16 Ni pasa lo mismo en este
don, que lo que vemos en el pecado.
Porque nosotros hemos
sido condenados en juicio por un
solo pecado: en lugar de que
somos justificados por la gracia
despues de muchos pecados.
17 Conque si por el pecado de
uno solo ha reinado la muerte
por un solo hombre, mucho mas
los que reciben la abundancia
de la gracia, y de los dones, y
de la justicia, reinarán en la vida
por un solo Jesucristo.
18 En conclusion, asi como el
delito de uno solo atrajo la condenacion
á todos los hombres: asi
tambien la justicia de uno solo
ha merecido á todos los hombres
la justificacion que da vida.
19 Pues á la manera que por
la desobediencia de un solo hombre,
fueron muchos constituidos
pecadores; así tambien por la
obediencia de uno solo, serán
muchos constituidos justos.
20 Es verdad que sobrevino la
ley para que abundase el pecado:
pero cuanto mas abundó el pecado,
tanto mas ha sobreabundado
la gracia:
21 A fin de que al modo que
reinó el pecado para dar la
muerte; así tambien reine la
gracia en virtud de la justicia
para dar la vida eterna, por
Jesucristo nuestro Señor.

CAPITULO VI.

Como deben los fieles perseverar en la gracia una vez recibida en el bautismo, haciendo nueva vida, y entregándose del todo á Dios.

¿QUE diremos pues? ¿ habremos
de permanecer en el
pecado para dar motivo á que la
gracia sea copiosa?
2 No lo permita Dios. Porque
estando ya muertos al pecado,
¿cómo hemos de vivir aun en él?
3 ¿No sabeis que cuantos hemos
sido bautizados en Jesucristo,
lo hemos sido en su muerte?
4 Por esto en el bautismo hemos
quedado sepultados con él
muriendo; á fin de que asi como
Cristo resucitó de muerte á vida
para gloria del Padre, asi tambien
procedamos nosotros con
nueva vida.
5 Que si hemos sido plantados
con él por conformidad á su
muerte, igualmente lo hemos de

ser por conformidad á su resurreccion:
6 Sabiendo esto, que nuestro hombre viejo fué crucificado juntamente con él, para que sea destruido el cuerpo del pecado, y ya no sirvamos mas al pecado.
7 Pues quien ha muerto, queda ya libre del pecado.
8 Y si nosotros hemos muerto con Cristo, creemos que viviremos tambien juntamente con él;
9 Sabiendo que Cristo resucitado de entre los muertos no muere ya otra vez, y que la muerte no tiene ya dominio sobre él.
10 Porque en cuanto al haber muerto, murió una sola vez por el pecado: mas en cuanto al vivir, vive para Dios.
11 Así vosotros considerad tambien que realmente estais muertos al pecado, y que vivis ya para Dios en Jesucristo Señor nuestro.
12 No reine pues el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcais á sus concupiscencias.
13 Ni tampoco abandoneis mas vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad: sino antes bien entregáos todos á Dios, como resucitados de muerte á vida: y ofreced á Dios vuestros miembros como instrumentos de justicia.
14 Porque el pecado no se enseñoreará ya de vosotros; pues no estais bajo el dominio de la ley, sino de la gracia.
15 ¡Mas qué! ¿pecaremos, ya que no estamos sujetos á la ley, sino á la gracia? No lo permita Dios.
16 ¿No sabeis que si os ofreceis por esclavos de alguno para obedecer á su imperio, quedais esclavos de aquel á quien obedeceis, bien sea del pecado para la muerte, bien sea de la obediencia para la justicia?
17 Pero, gracias á Dios, vosotros, aunque fuísteis siervos del pecado, habeis obedecido de corazon á la doctrina, á que habeis sido entregados.
18 Con lo que libertados del pecado, habeis venido á ser siervos de la justicia.
19 Hablo humanamente, en atencion á la flaqueza de vuestra carne; que asi como habeis empleado los miembros de vuestro cuerpo en servir á la impureza, y á la injusticia para cometer la iniquidad, así ahora los empleeis en servir á la justicia para santificaros.
20 Porque cuando erais esclavos del pecado, estuvisteis exentos de la justicia.
21 Mas ¿y qué fruto sacasteis entonces de aquellas cosas de que al presente os avergonzais? En verdad que la muerte es el fin de ellas.
22 Por el contrario, ahora habiendo quedado libres del pecado, y hechos siervos de Dios, cogeis vuestro fruto en santificacion, y por fin la vida eterna.
23 Porque el estipendio del pecado es la muerte: empero la vida eterna es una gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor.

CAPITULO VII.

Ventaja grandisima del hombre en el estado de la ley de gracia, comparado con el que tenia por razon del pecado. Combate la carne contra el espiritu.

¿IGNORAIS acaso, hermanos (ya que hablo con los que están instruidos en la ley), que la ley no domina sobre el hombre, sino mientras este vive?

2 Así es que una mujer casada está ligada por la ley al marido, mientras este vive: mas en muriendo su marido, queda libre de la ley que la ligaba al marido.

3 Por cuya razon será tenida por adúltera si, viviendo su marido, se junta con otro hombre: pero si el marido muere, queda libre del vínculo, y puede casarse con otro sin ser adúltera.

4 Así tambien vosotros, hermanos mios, quedasteis muertos á la ley en virtud del cuerpo de Cristo, para ser de otro, esto es, del que resucitó de entre los muertos, á fin de que nosotros produzcámos frutos para Dios.

5 Pues cuando vivíamos segun la carne, las pasiones de los pecados, con ocasion de la ley, mostraban su eficacia en nuestros miembros, haciendo que produjesen frutos de muerte.

6 Pero ahora estamos ya exentos de la ley, estando muertos á esta, que nos tenia ligados, para que sirvamos segun el nuevo espíritu, y no segun la letra antigua.

7 ¶ ¿Mas qué diremos? ¿Es la ley pecado? No digo tal: pero sí que no acabé de conocer el pecado, sino por medio de la ley: de suerte que yo no hubiera advertido la concupiscencia mia, si la ley no dijera: No codiciarás.

8 Mas el pecado, estimulado con ocasion del mandamiento, produjo en mí toda suerte de malos deseos. Porque sin la ley el pecado estaba muerto.

9 Yo tambien vivia en algun tiempo sin ley: mas así que sobrevino el mandamiento, revivió el pecado, y yo quedé muerto.

10 Con lo que aquel mandamiento, que debia servir para darme la vida, ha servido para darme la muerte.

11 Porque el pecado, tomando ocasion del mandamiento, me sedujo, y así por el mismo mandamiento me ha dado la muerte.

12 De manera que la ley es santa, y el mandamiento santo es, justo, y bueno.

13 Pero qué! ¿lo que es bueno me ha causado á mí la muerte? Nada menos; sino que el pecado, mostrando lo que es, me ha causado la muerte por medio de una cosa buena: de manera que por ocasion del mismo mandamiento, se ha hecho el pecado sobremanera maligno.

14 Porque bien sabemos que la ley es espiritual: pero yo soy carnal, vendido para ser esclavo del pecado.

15 Por lo que, yo mismo no apruebo lo que hago: pues no hago el bien que amo: sino antes el mal que aborrezco, ese hago.

16 Mas por lo mismo que hago lo que no amo, reconozco la ley como buena.

17 Y en este lance no tanto soy
yo el que obra aquello, cuanto
el pecado que habita en mí.
18 Que bien conozco que nada
de bueno hay en mí, quiero decir
en mi carne. Pues aunque hallo
en mí la voluntad para hacer el
bien, no hallo como cumplirla.
19 Por cuanto no hago el bien
que quiero; antes bien hago el
mal que no quiero.
20 Mas si hago lo que no quiero,
ya no lo ejecuto yo, sino el
pecado que habita en mí.
21 Y así me encuentro con la
ley de que, cuando quiero hacer
el bien, el mal reside en mí:
22 Pues me complazco en la ley
de Dios segun el hombre interior:
23 Mas hecho de ver otra ley
en mis miembros, la cual resiste
á la ley de mi espíritu, y me sojuzga
á la ley del pecado, que
está en mis miembros.
24 ¡Oh qué hombre tan infeliz
soy yo! ¿quién me libertará de
este cuerpo de muerte?
25 Gracias doy á Dios por Jesucristo,
Señor nuestro. Entretanto
yo mismo vivo sometido
por el espíritu á la ley de Dios;
y por la carne á la ley del pecado.

CAPITULO VIII.

Confirma lo dicho el Apóstol mucho mas copiosamente. Felicidad de los justos. Su alegría y esperanza; y como de todo sacan provecho, sin que nada les pueda separar del amor de Jesucristo.

DE consiguiente no hay ya condenacion
alguna para aquellos
que están en Jesucristo; los
cuales no andan segun la carne,
sino segun el espíritu.
2 Porque la ley del espíritu de
vida que está en Cristo Jesus
me ha libertado de la ley del
pecado y de la muerte.
3 Pues lo que era imposible
que la ley hiciese, estando como
estaba debilitada por la carne,
hízolo Dios cuando, habiendo enviado
á su Hijo revestido de una
carne semejante á la del pecado,
y por el pecado, condenó así al
pecado en la carne,
4 A fin de que la justificacion
de la ley tuviese su cumplimiento
en nosotros, que no vivimos
conforme á la carne, sino
conforme al espíritu.
5 Porque los que viven segun
la carne, tienen afecto á las cosas
que son de la carne: cuando
los que viven segun el espíritu,
gustan de las que son del espíritu.
6 La propension de la carne es
muerte; en lugar de que la propension
del espíritu, es vida y
paz:
7 Por cuanto la propension de
la carne es enemiga de Dios;
como que no está sumisa á la
ley de Dios, ni es posible que lo
esté.
8 Por donde los que están en
la carne, no pueden agradar á
Dios.
9 Pero vosotros no estais en la
carne, sino en el Espíritu: si es
que el Espíritu de Dios habita
en vosotros. Que si alguno no
tiene el Espíritu de Cristo, este
tal no es de Jesucristo.
10 Mas si Cristo está en vosotros,
aunque el cuerpo esté muerto
por razon del pecado, el espí-

ritu vive en virtud de la justificacion.
11 Y si el Espíritu de aquel, que resucitó á Jesus de la muerte, habita en vosotros, el mismo que ha resucitado á Cristo de la muerte, dará vida tambien á vuestros cuerpos mortales, en virtud de su Espíritu que habita en vosotros.
12 Asi que hermanos, somos deudores no á la carne, para vivir segun la carne.
13 Porque si viviereis segun la carne, morireis; mas si con el Espíritu haceis morir las obras de la carne, vivireis.
14 Pues los que son regidos por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios.
15 Porque no habeis recibido el espíritu de servidumbre para estar todavía con temor; sino que habeis recibido el Espíritu de adopcion de hijos, en virtud del cual clamamos: Abba, Oh Padre.
16 Porque el mismo Espíritu está dando testimonio á nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.
17 Y siendo hijos, somos tambien herederos: herederos de Dios, y coherederos con Cristo: con tal, no obstante, que padezcamos con él, á fin de que seamos con él glorificados.
18 A la verdad yo estoy persuadido de que los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera, que se ha de manifestar en nosotros.
19 Así las criaturas todas están aguardando con grande ansia la manifestacion de los hijos de Dios.
20 Porque se ven sujetas á la vanidad, no de grado, sino por causa de aquel que les puso tal sujecion; con la esperanza
21 De que serán tambien ellas mismas libertadas de la servidumbre de la corrupcion, para participar de la libertad y gloria de los hijos de Dios.
22 Porque sabemos que hasta ahora todas las criaturas están suspirando, y como en dolores de parto.
23 Y no solamente ellas, sino tambien nosotros mismos que tenemos las primicias del Espíritu, suspiramos en nuestro interior, aguardando la adopcion de hijos, la redencion de nuestro cuerpo.
24 Porque somos salvos en esperanza. Mas la esperanza que se vé no es esperanza: pues lo que uno ya vé, ¿como lo podrá esperar?
25 Si esperamos pues lo que no vemos todavía, lo aguardamos por medio de la paciencia.
26 Y ademas el Espíritu ayuda á nuestra flaqueza: pues no sabiendo nosotros siquiera qué hemos de pedir, ni como conviene hacerlo, el mismo Espíritu hace nuestras peticiones con gemidos que son inesplicables.
27 Pero aquel que penetra á fondo los corazones, conoce qué es lo que desea el Espíritu: el cual no pide nada por los santos, que no sea segun Dios.

28 Sabemos tambien nosotros
que todas las cosas contribuyen
al bien de los que aman á Dios,
esto es, de aquellos que él ha
llamado segun su decreto.
29 Pues á los que él tiene pre-
vistos, tambien los predestinó
para que fuesen hechos con-
formes á la imágen de su Hijo:
por manera que sea el mismo
Hijo el primogénito entre mu-
chos hermanos.
30 Y á estos que ha predesti-
nado, tambien los ha llamado: y
á quienes ha llamado, tambien
los ha justificado: y á los que
ha justificado, tambien los ha
glorificado.
31 Despues de esto ¿qué dire-
mos ahora? si Dios está por
nosotros, ¿quién, contra noso-
tros?
32 El que ni á su propio Hijo
perdonó, sino que le entregó por
todos nosotros: ¿cómo despues
de habérnosle dado, dejará de
darnos cualquiera otra cosa?
33 Y ¿quién puede acusar á
los escogidos de Dios? Dios es
el que los justifica.
34 ¿Quién osará condenarlos?
despues que Cristo no solamente
murió, sino que tambien resu-
citó, y está sentado á la diestra
de Dios, en donde asimismo in-
tercede por nosotros.
35 ¿Quién pues podrá separar-
nos del amor de Cristo? ¿*será*
la tribulacion? ¿ó la angustia?
¿ó la persecucion? ¿ó la ham-
bre? ¿ó la desnudez? ¿ó el
riesgo? ¿ó el cuchillo?
36 (Segun está escrito: Por tí
somos entregados cada dia en
manos de la muerte: somos tra-
tados como ovejas destinadas al
matadero).
37 Antes bien, de todas estas
cosas salimos mas que triun-
fantes por virtud de aquel que
nos amó.
38 Por lo cual estoy seguro de
que ni la muerte, ni la vida, ni
ángeles, ni principados, ni vir-
tudes, ni lo presente, ni lo veni-
dero,
39 Ni lo que hay de mas alto,
ni de mas profundo, ni otra nin-
guna criatura podrá jamas sepa-
rarnos del amor de Dios, que se
funda en Cristo Jesus, nuestro
Señor.

CAPITULO IX.

Que los verdaderos Israelitas, y los hijos verdaderos de Abraham son los que, llamados de Dios gratuita y misericordiosamente, se rinden á la fé de Jesucristo.

DIGO la verdad en Cristo, y
mi conciencia da testimonio
en presencia del Espíritu Santo,
de que no miento.
2 Estoy poseido de una pro-
funda tristeza, y de contínuo
dolor en mi corazon;
3 Pues deseaba yo mismo el
ser apartado de Cristo por amor
de mis hermanos, que son mis
deudos segun la carne,
4 Los cuales son los Israelitas,
de quienes es la adopcion de
hijos, y la gloria, y la alianza,
y la legislacion, y el culto, y las
promesas:
5 Cuyos padres son los mismos,
de quienes desciende tambien
Cristo segun la carne, el cual es
Dios bendito sobre todas las cosas
por siempre jamas. Amen.

6 Pero no por eso la palabra de
Dios deja de tener su efecto.
Porque no todos los descendien-
tes de Israél son Israelitas :
7 Ni todos los que son del
linage de Abraham, son por eso
hijos suyos; pues está dicho:
por Isaac se contará tu descen-
dencia :
8 Es decir, no los que son hijos
de la carne, estos son hijos de
Dios: sino los que son hijos de
la promesa, esos se cuentan por
descendientes.
9 Porque las palabras de la
promesa son estas: Por este mis-
mo tiempo vendré; y Sara tendrá
un hijo.
10 Mas no solamente esto, sino
que á Rebeca, cuando concibió
de Isaac, nuestro padre,
11 (Pues antes que los niños
naciesen, ni hubiesen hecho bien
ni mal alguno, á fin de que se
cumpliese el decreto de Dios en
la eleccion, no por las obras, sino
por el llamamiento)
12 Le fué dicho: El mayor ha
de servir al menor.
13 Como está escrito: He ama-
do á Jacob, y he aborrecido á
Esaú.
14 ¿Pues qué diremos á esto?
¿por ventura cabe en Dios in-
justicia? Nada menos.
15 Pues Dios dice á Moisés:
Usaré de misericordia con quien
me pluguiere usarla: y tendré
compasion de quien yo quisiere
tenerla.
16 Así que no es *obra* del que
quiere, ni del que corre, sino de
Dios que usa de misericordia.
17 Dice tambien á Faraon en
la Escritura: A este fin te le-
vanté, para mostrar en tí mi po-
der, y para que mi nombre sea
celebrado por toda la tierra.
18 De donde se sigue que con
quien quiere usa de misericordia,
y endurece al que quiere.
19 Pero tú me dirás: ¿Pues
cómo es que se queja? porque
¿quién ha resistido á su volun-
tad?
20 Mas, ¿quién eres tú, ¡oh
hombre! para reconvenir á Dios?
Un vaso de barro dice acaso al
que le labró: ¿Por qué me has
hecho así?
21 ¡Pues qué! ¿no tiene facul-
tad el alfarero sobre el barro,
para hacer de la misma masa un
vaso para usos honrosos, y otro
para usos viles?
22 ¿Y qué á tí, si Dios que-
riendo mostrar su enojo, y hacer
patente su poder, sufre con mu-
cha paciencia á los vasos de ira,
dispuestos para la perdicion,
23 A fin de manifestar las ri-
quezas de su gloria en los vasos
de misericordia, que él preparó
para la gloria,
24 Esto es, en nosotros, á quie-
nes ha llamado no solamente de
entre los Judíos, sino tambien de
entre los Gentiles?
25 Conforme á lo que dice por
Oseas: Llamaré pueblo mio, al
que no era mi pueblo: y amada,
á la que no era amada:
26 Y sucederá: Que en el mis-
mo lugar en que se les dijo:
Vosotros no sois mi pueblo, allí
serán llamados hijos de Dios
vivo.
27 Por otra parte Isaías escla-

ma con respecto á Israél: Aun
cuando el número de los hijos de
Israél fuese igual al de las are-
nas del mar, solo un resíduo de
ellos se salvará.
28 Porque consumará y abre-
viará el Señor su obra segun jus-
ticia: él hará una obra abrevia-
da sobre la tierra.
29 Y antes habia dicho el mis-
mo Isaías: Si el Señor de los
ejércitos no hubiese conservado
á algunos de nuestro linage, hu-
biéramos venido á quedar seme-
jantes á Sodoma y Gomorra.
30 Esto supuesto, ¿qué diremos
sino que los Gentiles, que no se-
guian la justicia, han abrazado
la justicia, aquella justicia que
viene de la fé;
31 Y que, al contrario, los Is-
raelitas que seguian la ley de la
justicia, no han llegado á la ley
de la justicia?
32 ¿Y por qué causa? Porque
no *la buscaron* por la fé, sino por
las obras de la ley. Y tropeza-
ron en la piedra de escándalo,
33 Segun aquello que está es-
crito: Mirad que yo voy á poner
en Sion una piedra de tropiezo,
y piedra de escándalo; pero nin-
guno de cuantos crean en él que-
dará confundido.

CAPITULO X.

Sin la fé de Jesucristo nadie puede salvarse: con ella, y no con las obras de la ley, se consigue la justificacion. Por eso es predicada en todo el mundo. Los Gentiles la abrazan, mientras que los Judíos permanecen en su incredulidad.

A LA verdad, hermanos, que
siento en mi corazon un
singular afecto á Israél, y pido
muy de veras á Dios su salva-
cion.
2 Yo les confieso, que tienen
zelo de las cosas de Dios, pero
no segun ciencia.
3 Porque no conociendo la jus-
ticia de Dios, y esforzándose á
establecer la suya propia, no se
han sujetado á Dios para recibir
su justicia.
4 Siendo así que el fin de la
ley es Cristo, para justificar á
todos los que creen.
5 Porque Moisés describe así la
justicia que viene de la ley: el
hombre que hiciere estas cosas
hallará la vida en ellas.
6 Mas la justicia que viene de
la fé se espresa así: No digas en
tu corazon: ¿Quién podrá subir
al cielo? esto es, para hacer que
Cristo descienda:
7 ¿O quién ha de bajar al abis-
mo? esto es, para sacar á vida
de entre los muertos á Cristo.
8 Mas ¿qué dice la Escritura?
Cerca está de tí la palabra: en
tu boca está y en tu corazon:
esta palabra es la palabra de la
fé que predicamos.
9 Pues si confesares con tu boca
al Señor Jesus, y creyeres en tu
corazon que Dios le ha resucita-
do de entre los muertos, serás
salvo.
10 Porque de corazon se cree
para justicia, y de boca se hace
confesion para salud.
11 Por esto dice la Escritura:
Ninguno de los que creen en él
será confundido.
12 Puesto que no hay distin-
cion de Judío y de Gentil: por
cuanto uno mismo es el Señor

de todos, rico para con todos
aquellos que le invocan.
13 Porque todo aquel que in-
vocare el nombre del Señor, será
salvo.
14 ¿Mas cómo le han de invo-
car, si no creen en él? O ¿cómo
creerán en él, si de él nada han
oido hablar? Y ¿como oirán
hablar de él, si no se les pre-
dica?
15 Y ¿cómo habrá predicado-
res si nadie los envia? segun
aquello que está escrito: ¡Qué
feliz es la llegada de los que
anuncian el Evangelio de la paz,
de los que anuncian los bienes!
16 Pero no todos obedecen al
Evangelio. Y por eso dijo Isaías:
¡Oh Señor! ¿quién ha creido lo
que nos ha oido?
17 Así que la fé proviene del
oir, y el oir depende de la pre-
dicacion de la palabra de Dios.
18 Pero pregunto: ¿Pues qué
no han oido ya? Sí ciertamen-
te: su voz ha resonado por toda
la tierra, y hanse oido sus pala-
bras hasta las estremidades del
mundo.
19 Mas, digo yo: ¿Será que
Israél no lo ha entendido?
Moisés es el primero á decir:
Yo he de provocaros á envidia
por un pueblo que no es pueblo,
y haré que una nacion insensata
venga á ser el objeto de vues-
tra indignacion.
20 Isaías levanta la voz, y dice:
Halláronme los que no me bus-
caban: descubríme claramente á
los que no preguntaban por mí.
21 Y, al contrario, dice á Israél:
Todo el dia tuve mis manos es-
tendidas á un pueblo incrédulo y
rebelde.

CAPITULO XI.

Con el escarmiento de los Judíos incrédulos amonesta el Apóstol á los Gentiles que no presuman de sí; y profetiza la general conversion de aquellos.

PUES, segun esto, digo yo:
¿Por ventura ha desechado
Dios á su pueblo? No por cier-
to. Porque yo mismo soy Israeli-
ta, del linage de Abraham, y de
la tribu de Benjamin:
2 No ha desechado Dios al pue-
blo suyo, al cual conoció en su
presciencia. ¿No sabeis voso-
tros lo que de Elías refiere la
Escritura: de qué manera di-
rige él á Dios sus quejas contra
Israél?
3 ¡Oh Señor! á tus profetas los
han muerto, demolieron tus al-
tares: y he quedado yo solo, y
atentan á mi vida.
4 Mas ¿qué le responde el orá-
culo divino? Héme reservado
siete mil hombres, que no han
doblado la rodilla delante de
Baal.
5 De la misma suerte pues en
este tiempo han sido reservados
algunos, segun la eleccion de la
gracia.
6 Y si por gracia, luego no por
obras: de otra suerte la gracia
no fuera gracia. Mas si por
obras, luego no por gracia: de
otra suerte las obras no fueran
obras.
7 ¿De aquí qué se infiere? que
lo que Israél buscaba, no lo ha
hallado: pero lo han hallado los
escogidos; habiéndose cegado to-
dos los demas:

8 Segun está escrito: Les ha
dado Dios hasta hoy dia, un es-
píritu de estupidez: ojos para no
ver, y oidos para no oir.
9 David dice tambien: Venga
á ser para ellos su mesa un lazo,
y una trampa, y una piedra de
escándalo, y una recompensa.
10 Obscurézcanse sus ojos de
tal modo que no vean: y haz
que sus espaldas estén cada vez
mas encorvadas.
11 ¶ Mas pregunto: ¿Están
caidos para no levantarse jamas?
No por cierto. Pero su caida ha
venido á ser una ocasion de sa-
lud para los Gentiles, á fin de
que estos los esciten á envidia.
12 Que si su delito ha venido
á ser la riqueza del mundo, y
el menoscabo de ellos la riqueza
de las naciones: ¿cuánto mas
lo será su plenitud?
13 Con vosotros hablo ¡oh Gen-
tiles! Ya que soy el apóstol de
las Gentes, honro mi ministe-
rio,
14 Para ver si de algun modo
puedo provocar á emulacion á
los de mi linage, y logro la sal-
vacion de algunos de ellos.
15 Porque si el haber sido ellos
desechados, ha sido la reconci-
liacion del mundo: ¿qué será
su restablecimiento, sino resur-
reccion de muerte á vida?
16 Porque si las primicias son
santas, lo es tambien la masa:
y si es santa la raiz, tambien las
ramas.
17 Que si algunas de las ramas
han sido cortadas, y si tú que no
eres mas que un acebuche, has
sido ingertado en lugar de ellas,
y hecho participante de la raiz
y del jugo del olivo,
18 No tienes de que gloriarte
contra las ramas. Y si te glo-
rías, sábete que no sustentas tú
á la raiz, sino la raiz á tí.
19 Pero las ramas, dirás tú,
han sido cortadas para ser yo in-
gerido.
20 Bien está: por su incredu-
lidad fueron cortadas. Tú em-
pero estás ahora firme por me-
dio de la fé: mas no te engrias,
antes bien vive con temor.
21 Porque si Dios no perdonó á
las ramas naturales, debes temer
que ni á tí tampoco te perdonará.
22 Considera pues la bondad y
la severidad de Dios: la severi-
dad para con aquellos que caye-
ron, y la bondad de Dios para
contigo, si perseverares en la
bondad: de lo contrario tú tam-
bien serás cortado.
23 Y todavía ellos mismos, si
no permanecieren en la incredu-
lidad, serán unidos á su tronco:
pues poderoso es Dios para inge-
rirlos de nuevo.
24 Porque si tú fuiste cortado
del natural acebuche, é ingerto
contra natura en la oliva cas-
tiza: ¿con cuánta mayor razon
serán aquellas ingertas en su
propio tronco, que son las ramas
naturales del mismo olivo?
25 Por tanto no quiero herma-
nos que ignoreis este misterio, á
fin de que no tengais sentimien-
tos presuntuosos de vosotros mis-
mos, *y es*, que la obcecacion ha
venido en parte á Israél, hasta
tanto que la plenitud de las na-
ciones haya entrado:

26 Entonces salvarse ha todo
Israél, segun está escrito: Sal-
drá de Sion el Libertador, que
desterrará de Jacob la impiedad.
27 Y esa será mi alianza con
ellos, cuando yo hubiere quitado
sus pecados.
28 Es verdad que en órden al
Evangelio son enemigos por oca-
sion de vosotros: mas con res-
pecto á la eleccion, son muy
amados por causa de los padres.
29 Pues los dones y vocacion
de Dios son inmutables.
30 Pues así como en otro tiem-
po vosotros no creíais en Dios, y
al presente habeis alcanzado mi-
sericordia por ocasion de la in-
credulidad de los Judíos:
31 Así tambien los Judíos están
al presente sumergidos en la in-
credulidad á fin de que, median-
te la misericordia que vosotros
habeis alcanzado, consigan tam-
bien ellos misericordia.
32 Porque Dios los ha envuelto
á todos en la incredulidad, para
ejercitar su misericordia con to-
dos.
33 ¡Oh profundidad de los te-
soros de la sabiduría y de la
ciencia de Dios: cuán incom-
prensibles son sus juicios, cuán
inapeables sus caminos!
34 Porque ¿quién ha conocido
la mente del Señor? O ¿quién
fué su consejero?
35 O ¿quién es el que le dió á
él primero, para que pretenda
ser por ello recompensado?
36 Todas las cosas son de él, y
todas son por él, y todas existen
en él: á él sea la gloria por
siempre jamas. Amen.

CAPITULO XII.

Da el Apóstol reglas de perfeccion á los fieles, conforme al estado de cada uno, y á los dones recibidos de Dios con la fé de Jesucristo; y dice que, siendo todos miembros de un mismo cuerpo, todos debemos trabajar en favor de toda la Iglesia, y amarnos mútuamente.

AHORA pues, hermanos, os
ruego por la misericordia
de Dios, que le ofrezcais vuestros
cuerpos como una hostia viva,
santa, y agradable á sus ojos,
que es el culto racional que
debeis ofrecerle.
2 Y no querais conformaros con
este siglo, antes bien transfor-
máos con la renovacion de vues-
tra mente: á fin de que esperi-
menteis cual es la voluntad de
Dios, cuan buena, agradable y
perfecta.
3 Por lo que os exhorto á todos
vosotros, por la gracia que me
ha sido dada, á que en vuestro
saber no os levanteis mas alto
de lo que debeis, sino que os
contengais dentro de los límites
de la moderacion, segun la me-
dida de fé que Dios ha repartido
á cada cual.
4 Porque así como en un solo
cuerpo tenemos muchos miem-
bros, mas no todos los miembros
tienen un mismo oficio:
5 Así nosotros aunque seamos
muchos, formamos en Cristo un
solo cuerpo, siendo todos recípro-
camente miembros los unos de
los otros.
6 Tenemos por tanto dones
diferentes, segun la gracia que
nos es concedida; por lo cual
el que ha recibido el don de

profecía, úsele en proporcion de
su fé,
7 El que ha sido llamado al
ministerio, dedíquese á su ministerio,
el que ha recibido el don
de enseñar, aplíquese á enseñar,
8 El que ha recibido el don de
exhortar, exhorte, el que reparte
limosna, déla con sencillez, el
que preside, sea con vigilancia,
el que hace obras de misericordia,
hágalas con alegría.
9 El amor sea sin fingimiento.
Tened horror al mal, y aplicáos
al bien:
10 Amándoos recíprocamente
con caridad fraternal: procurando
anticiparos unos á otros en
las señales de honor y de deferencia:
11 No seais flojos en cumplir
vuestro deber: sed fervorosos de
espíritu, acordándoos que el Señor
es á quien servís:
12 Alegráos con la esperanza:
sed sufridos en la tribulacion:
en la oracion contínuos:
13 Caritativos para aliviar las
necesidades de los santos: prontos
á ejercer la hospitalidad.
14 Bendecid á los que os persiguen:
bendecidlos, y no los
maldigais.
15 Alegráos con los que se alegran,
y llorad con los que lloran:
16 Sean vuestros sentimientos
recíprocos unos mismos: no blasonando
de cosas altas, sino acomodándoos
á lo que sea mas
humilde. No querais teneros
dentro de vosotros mismos por
sabios.
17 A nadie volvais mal por
mal: procurando hacer lo que
es bueno y honesto delante de
todos los hombres.
18 Vivid en paz, si ser puede,
y cuanto esté de vuestra parte,
con todos los hombres:
19 No os vengueis vosotros mismos,
queridos mios, sino dad lugar
á la cólera, pues está escrito:
A mí toca la venganza: yo haré
justicia, dice el Señor.
20 Antes bien si tu enemigo
tuviere hambre, dale de comer:
si tiene sed, dale de beber: que
con hacer eso, amontonarás ascuas
encendidas sobre su cabeza.
21 No te dejes vencer del mal;
mas procura vencer el mal con
el bien.

CAPITULO XIII.

Recomienda la sujecion á los superiores, y á las potestades civiles. El amor del prójimo es el compendio de la Ley. Imitacion de Jesucristo.

TODA persona esté sujeta á las
potestades superiores: porque
no hay potestad que no provenga
de Dios, y Dios es el que
ha establecido las que hay.
2 Por lo cual quien desobedece
á las potestades, á la ordenacion
de Dios desobedece. De consiguiente
los que tal hacen, ellos
mismos se acarrean la condenacion:
3 Mas los príncipes no son de
temer por las buenas obras que
se hagan, sino por las malas.
¿Quieres tú no tener que temer
de aquel que tiene el poder?
Pues obra bien, y merecerás de
él alabanza:
4 Porque es un ministro de Dios
para tu bien. Pero si obras mal,
tiembla: porque no en vano ciñe

la espada, siendo como es minis-
tro de Dios, para ejercer su jus-
ticia castigando al que obra mal.
5 Por tanto es necesario que le
esteis sujetos, no solo por la ira
sino tambien por obligacion de
conciencia.
6 Por esta misma razon pagais
los tributos: porque son minis-
tros de Dios, á quien en esto
mismo sirven.
7 Pagad pues á todos lo que se
les debe: al que se debe tributo,
el tributo: al que impuesto, el
impuesto: al que temor, temor:
al que honra, honra.
8 No tengais deuda con nadie,
sino la de amaros unos á otros:
puesto que quien ama al próji-
mo, tiene cumplida la ley.
9 Porque estos mandamientos:
No cometerás adulterio: No ma-
tarás: No robarás: No levanta-
rás falso testimonio: No codicia-
rás: y cualquier otro que haya,
están recopilados en esta espre-
sion: Amarás á tu prójimo como
á tí mismo.
10 El amor no sufre que se le
haga daño al prójimo. Y así el
amor es el cumplimiento de la
ley.
11 Reconozcamos pues este
tiempo, y que ya es hora de
despertarnos de nuestro letargo:
pues estamos mas cerca de nues-
tra salud, que cuando recibimos
la fé.
12 La noche está ya muy avan-
zada, y va á llegar el dia: deje-
mos pues las obras de las tinie-
blas, y revistámonos de las armas
de la luz.
13 Andemos con honestidad,
como se suele andar durante el
dia: no en comilonas, y borra-
cheras, no en deshonestidades, y
disoluciones, no en contiendas, y
envidias:
14 Mas revestíos de nuestro
Señor Jesucristo, y no os cuideis
de la carne para *servir á* sus
deseos.

CAPITULO XIV.

Los fuertes en la fé deben soportar á los flacos, y unos y otros se deben edificar mútuamente, evitando el escandalizarse, y considerando que Dios es el juez de todos.

TRATAD con caridad al que
es flaco en la fé, sin andar
en disputas de opiniones.
2 Porque tal hay que tiene por
lícito el comer de todo, mientras
el flaco no comerá sino legum-
bres.
3 El que come, no desprecie al
que no come: y el que no come,
no se meta en juzgar al que
come: pues que Dios le ha reci-
bido por suyo.
4 ¿ Quién eres tú, para juzgar
al que es siervo de otro? Si cae,
ó si se mantiene firme, esto per-
tenece á su amo: pero firme
se mantendrá, pues poderoso es
Dios para sostenerle.
5 Del mismo modo uno hace
diferencia entre dia y dia, al
paso que otro tiene todos los dias
por iguales: asegúrese cada uno
en su propia mente.
6 El que hace distincion de
dias, la hace para el Señor. Y
el que no hace distincion, para
el Señor no la hace. El que
come, para el Señor come, pues
da gracias á Dios. Y el que se
abstiene de ciertas viandas, por

respeto al Señor lo hace: y así
es que da gracias á Dios.
7 Como quiera que ninguno de
nosotros vive para sí, y ninguno
de nosotros muere para sí.
8 Porque si vivimos, para el
Señor vivimos, y si morimos,
para el Señor morimos. Ora
pues vivamos, ora muramos, del
Señor somos.
9 Pues á este fin murió Cristo,
y levantóse, y resucitó, para
adquirir dominio sobre vivos y
muertos.
10 Ahora bien, ¿por qué tú
condenas á tu hermano? ó ¿por
qué desprecias á tu hermano?
Pues todos hemos de comparecer
ante el tribunal de Cristo:
11 Como está escrito: Yo juro
por mí mismo, dice el Señor, que
ante mí se doblará toda rodilla,
y que toda lengua ha de confesar
á Dios.
12 Así que cada uno de nosotros
ha de dar cuenta á Dios de
sí mismo.
13 No nos juzguemos pues ya
mas unos á otros: juzgad sí en
no poner tropiezo, ó escándalo al
hermano.
14 Yo bien sé, y estoy seguro
en el Señor Jesus, que ninguna
cosa es de suyo inmunda, sino
que viene á ser inmunda, para
aquel que por tal la tiene.
15 Mas si por lo que comes tu
hermano se contrista, ya tu proceder
no es conforme á caridad.
No quieras por tu manjar perder
á aquel, por quien Cristo murió.
16 No se dé pues ocasion á que
de lo que hay bueno en vosotros
se blasfeme.
17 Que no consiste el reino de
Dios en el comer, ni en el beber;
sino en la justicia, en la paz, y
en el gozo del Espíritu Santo:
18 Y el que en esto sirve á
Cristo, agrada á Dios, y tiene
la aprobacion de los hombres.
19 En suma, procuremos las
cosas que contribuyen á la paz,
y observemos las que pueden
servir á nuestra mútua edificacion.
20 No quieras por un manjar
destruir la obra de Dios. A la
verdad que todas las viandas
son limpias: pero hace mal el
hombre que come de ellas con
escándalo.
21 Y hace bien en no comer
carne, y en no beber vino, ni en
tomar otra cosa por la cual su
hermano se ofende, ó se escandaliza,
ó se debilita.
22 ¿Tienes tú fé? ténla para
contigo delante de Dios. Dichoso
aquel que no es condenado por
sí mismo en aquello que resuelve.
23 Pero aquel que hace distincion
de viandas, si come, es condenado,
porque no obra por fé.
Y todo lo que no es segun la fé,
pecado es.

CAPITULO XV.

Concluye San Pablo su exhortacion con muestras de grande aprecio y afecto á los Romanos, y del vehemente deseo que tiene de ir á verlos de camino para España.

Y ASI nosotros como mas
fuertes, debemos soportar las
flaquezas de los menos firmes,
y no complacernos á nosotros
mismos.
2 Cada uno de nosotros procure

dar gusto á su prójimo en lo que es bueno para edificarle.
3 Que Cristo no buscó su propia satisfaccion, antes bien como está escrito: Los oprobios de los que te ultrajaban vinieron á descargar sobre mí.
4 Porque todas las cosas que han sido escritas anteriormente, para nuestra enseñanza se han escrito: á fin de que mediante la paciencia, y el consuelo de las Escrituras, tengamos esperanza.
5 Quiera el Dios de la paciencia, y de la consolacion, haceros la gracia de estar siempre unidos mútuamente en sentimientos segun Jesucristo.
6 A fin de que con un mismo espíritu, y una misma boca, glorifiqueis á Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo.
7 Por tanto soportáos recíprocamente, así como Cristo os ha soportado para gloria de Dios:
8 Digo pues que Jesucristo fué ministro para con los de la circuncision, á fin de que fuese reconocida la veracidad de Dios, en el cumplimiento de las promesas *hechas* á los padres;
9 Y para que los Gentiles alabasen á Dios por su misericordia, segun está escrito: Por eso publicaré entre las naciones tus alabanzas, y cantaré á la gloria de tu nombre.
10 Y en otro lugar: Alegráos, naciones, en compañia de su pueblo.
11 Y en otra parte: Alabad todas las Gentes al Señor, y ensalzadle los pueblos todos.
12 Asimismo dice Isaías: De la estirpe de Jessé nacerá aquel que ha de gobernar las naciones, y las naciones esperarán en él.
13 El Dios de la esperanza os colme de toda suerte de gozo, y de paz en vuestra fé, para que crezca vuestra esperanza siempre mas y mas, por la virtud del Espíritu Santo.
14 Por lo que hace á mí estoy bien persuadido, hermanos mios, de que estais llenos de bondad, llenos de toda sabiduría, y de que teneis todas las luces necesarias para instruiros los unos á los otros.
15 Con todo os he escrito esto ¡oh hermanos! y quizá con alguna mas libertad, solo para recordaros lo mismo que ya sabeis: segun la gracia, que me ha hecho Dios,
16 De ser ministro de Jesucristo entre las naciones: para suministrar el Evangelio de Dios, á fin de que la oblacion de los Gentiles le sea grata, estando santificada por el Espíritu Santo.
17 Tengo pues de que gloriarme en Jesucristo en lo tocante á Dios.
18 Porque no me atreveré á hablar sino de aquello que ha hecho Jesucristo por medio de mí para reducir á su obediencia á los Gentiles, con la palabra y con las obras;
19 Con la eficacia de los milagros y prodigios, y con la virtud del Espíritu de Dios: de manera que desde Jerusalem, girando á todas partes hasta el Illírico, lo he llenado todo del Evangelio de Cristo.

20 Por lo demas, he tenido cuidado de no predicar el Evangelio en los lugares en que era ya conocido el nombre de Cristo, por no edificar sobre fundamento de otro:

21 Mas, como está escrito: Aquellos que no tuvieron nuevas de él, le verán: y los que no le han oido, le entenderán.

22 Esta es la causa que me ha impedido muchas veces el ir á visitaros.

23 Pero ahora no teniendo ya motivo para detenerme mas en estos paises, y deseando muchos años hace ir á veros:

24 Cuando emprenda mi viage para España, iré á vosotros, porque espero al pasar visitaros, y ser encaminado por vosotros á aquella tierra, despues de haber gozado algun tanto de vuestra compañía.

25 Ahora estoy de partida para Jerusalem en servicio de los santos.

26 Porque la Macedonia y la Acaya han tenido á bien hacer una colecta para socorrer á los pobres de entre los santos de Jerusalem.

27 Así les ha parecido: y á la verdad obligacion les tienen. Porque si los Gentiles han sido hechos participantes de los bienes espirituales de los Judíos, deben tambien aquellos hacer participar á estos de sus bienes temporales.

28 Cumplido pues este encargo, y en habiéndoles asegurado este fruto, dirigiré por ahí mi camino á España.

29 Y sé de cierto que en llegando á vosotros, mi llegada será acompañada de una abundante bendicion del Evangelio de Cristo.

30 Entretanto, hermanos, os suplico por nuestro Senor Jesucristo, y por la caridad del Espíritu Santo, que me ayudeis con las oraciones que hagais á Dios por mí,

31 Para que sea librado de los incrédulos que hay en Judea, y la ofrenda de mi ministerio sea bien recibida de los santos en Jerusalem,

32 A fin de que pueda ir con alegria á veros, si es la voluntad de Dios, y recrearme con vosotros.

33 Entretanto el Dios de la paz sea con todos vosotros. Amen.

CAPITULO XVI.

Encomiendas y memorias, y último aviso de San Pablo á los fieles residentes en Roma.

OS recomiendo nuestra hermana Phebé, la cual está dedicada al servicio de la Iglesia de Cenchrêa:

2 Para que la recibais por amor del Señor como deben recibirse los santos, y le deis favor en cualquier negocio que necesitare de vosotros: pues ella lo ha hecho así con muchos, y en particular conmigo.

3 Saludad á Priscilla y á Aquila que trabajaron conmigo en servicio de Cristo Jesus:

4 Y los cuales por salvar mi vida espusieron sus cabezas: por lo que no solamente yo me reconozco agradecido, sino tambien

las iglesias todas de los Gentiles.
5 Y saludad con ellos á la
Iglesia de su casa. Saludad á
mi querido Epéneto, primicia de
la Acaya en Cristo.
6 Saludad á María, la cual ha
trabajado mucho por nosotros.
7 Saludad á Andrónico, y á
Junia mis parientes y comprisioneros, que son ilustres entre los apóstoles, y los cuales creyeron en Cristo antes que yo.
8 Saludad á Ampliato, mi muy
amado en el Señor.
9 Saludad á Urbano, coadjutor
nuestro en Cristo, y á mi amado
Estachìs.
10 Saludad á Apelles, probado
servidor de Cristo; y á los de la
familia de Aristóbolo.
11 Saludad á Herodion mi pariente. Saludad á los de casa de
Narciso, que creen en el Señor.
12 Saludad á Tryphena y á
Tryphosa, las cuales trabajan para el Señor. Saludad á nuestra carísima Pérsida, la cual ha
trabajado mucho por el Señor.
13 Saludad á Rufo escogido del
Señor, y á su madre, que tambien lo es mia.
14 Saludad á Asincrito, á Flegonte, á Hermas, á Patrobas, á Hermes, y á los hermanos que viven con ellos.
15 Saludad á Filólogo, y á Julia, á Neréo, y á su hermana, y á Olimpiade, y á todos los santos que están con ellos.
16 Saludáos unos á otros con
ósculo santo. A vosotros os saludan las Iglesias de Cristo.
17 Y os ruego, hermanos, que
os recateis de aquellos, que causan entre vosotros disensiones y escándalos contra la doctrina, que vosotros habeis aprendido; y evitad su compañía.
18 Pues los tales no sirven á
Jesucristo, Señor nuestro, sino á su propia sensualidad: y con palabras melosas, y con adulaciones, seducen los corazones de los sencillos.
19 Vuestra obediencia se ha
hecho célebre por todas partes. De lo cual me congratulo con vosotros; pero deseo que seais sabios en órden al bien, y sencillos en cuanto al mal.
20 El Dios de la paz quebrantará presto á Satanas debajo de vuestros piés. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros. Amen.
21 Os saluda Timotéo mi coadjutor, y Lucio, y Jason, y Sosipatro mis parientes.
22 Os saludo en el Señor yo
Tercio, que he sido el amanuense en esta carta.
23 Salúdaos Gayo, mi huesped,
y de la Iglesia toda. Salúdaos Erasto el tesorero de la ciudad, y el hermano Cuarto.
24 La gracia de nuestro Señor
Jesucristo sea con todos vosotros. Amen.
25 A aquel que es poderoso para fortaleceros segun mi Evangelio, y la predicacion de Jesucristo, conforme á la manifestacion del misterio escondido desde todos los siglos pasados,
26 Aunque ahora descubierto,
y por los oráculos de los profetas, conforme al decreto del Dios

eterno, hecho manifiesto á todos los pueblos, para que obedezcan á la fé;

27 A Dios, que es el solo sabio, á él la gloria por Jesucristo en todos los siglos. Amen.

EPISTOLA PRIMERA DEL APOSTOL S. PABLO A LOS

CORINTIOS.

CAPITULO I.

Exhórtalos á la union y concordia: les hace ver como confunde Dios la sabiduría y soberbia humana, y que la cruz de Cristo, que es una necedad y escándalo para los mundanos, es para los fieles sabiduría y salud.

PABLO, apóstol de Jesucristo por la vocacion y voluntad de Dios, y el hermano Sosthenes,
2 A la Iglesia de Dios, que está en Corinto, á los santificados por Cristo Jesus, llamados para santos; y á todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y de nosotros,
3 Gracia y paz de parte de Dios Padre nuestro, y de Jesucristo, nuestro Señor.
4 Continuamente estoy dando gracias á Dios por vosotros por la gracia de Dios, que se os ha dado en Jesucristo.
5 Porque en todo habeis sido enriquecidos por él, en todo don de palabra y de ciencia.
6 Habiéndose así verificado en vosotros el testimonio de Cristo:
7 De manera que nada os falte de gracia ninguna, á vosotros que estais esperando la manifestacion de Jesucristo nuestro Señor:
8 El cual os confortará todavía hasta el fin, para que seais hallados irreprensibles en el dia del advenimiento de Jesucristo Señor nuestro.
9 Porque Dios, por el cual habeis sido llamados á la compañía de su Hijo Jesucristo nuestro Señor, es fiel.
10 Mas os ruego encarecidamente, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos tengais un mismo lenguage, y que no haya entre vosotros cismas: antes bien vivais perfectamente unidos en un mismo pensar, y en un mismo sentir.
11 Porque he llegado á entender, hermanos mios, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas.
12 Quiero decir, que cada uno de vosotros toma partido diciendo: Yo soy de Pablo: yo de Apolo: yo de Cefas: yo de Cristo.
13 ¡Pues qué! ¿Cristo se ha dividido? ¿Y por ventura Pablo ha sido crucificado por vosotros? ¿ó habeis sido bautizados en el nombre de Pablo?

14 Doy gracias á Dios, de que á ninguno de vosotros he bautizado, sino á Crispo, y á Gayo:

15 Para que no pueda decir nadie que habeis sido bautizados en mi nombre.

16 Verdad es que bauticé tambien á la familia de Estefanas: por lo demas no me acuerdo haber bautizado á otro alguno que yo sepa.

17 Porque no me envió Cristo á bautizar, sino á predicar el Evangelio: y á predicarle, sin valerme para eso de la elocuencia de palabras, para que no se haga inútil la cruz de Cristo.

18 A la verdad que la predicacion de la cruz, parece una necedad á los ojos de los que se pierden: mas para los que se salvan, esto es, para nosotros, es la virtud de Dios.

19 Así está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la prudencia de los prudentes.

20 ¿En dónde están los sabios? ¿en dónde los escribas? ¿en dónde esos espíritus curiosos de este mundo? ¿No es verdad que Dios ha convencido de fátua la sabiduría de este mundo?

21 Porque ya que el mundo por medio de la ciencia no conoció á Dios en su sabiduría, plugo á Dios salvar á los que creyesen en él, por medio de la locura de la predicacion.

22 Así es que los Judíos por su parte piden milagros, y los Griegos por la suya quieren ciencia.

23 Mas nosotros predicamos á Cristo crucificado: lo cual para los Judíos es *motivo de* escándalo, y una locura para los Griegos:

24 Si bien para los que han sido llamados, tanto Judíos como Griegos, *es* Cristo la virtud de Dios, y la sabiduría de Dios:

25 Porque lo que parece una locura en Dios, es mayor sabiduría que la de los hombres: y lo que parece debilidad en Dios, es mas fuerte que los hombres.

26 Considerad si no, hermanos, quienes son los que han sido llamados de entre vosotros, como no sois muchos los sabios segun la carne, ni muchos los poderosos, ni muchos los nobles:

27 Sino que Dios ha escogido lo necio segun el mundo, para confundir á los sabios: y Dios ha escogido lo flaco del mundo, para confundir á los fuertes:

28 Y á las cosas viles y despreciables del mundo, y á aquellas que nada son, para destruir las que son,

29 A fin de que ninguna carne se jacte ante su acatamiento.

30 Y por el mismo Dios subsistis vosotros en Cristo Jesus, el cual fué constituido por Dios para nosotros sabiduría, y justicia, y santificacion y redencion;

31 A fin de que como está escrito: El que se gloría, gloríese en el Señor.

CAPITULO II.

Demuestra el Apóstol que su predicacion en Corinto no habia sido con pompa de palabras, ni aparato de ciencia humana, sino con la sabiduría aprendida en la escuela de Cristo crucificado, la cual solamente puede entenderse por medio del Espíritu de Dios.

YO pues, hermanos, cuando fuí á vosotros á predicaros el testimonio de Dios, no fuí con sublimes discursos, ni sabiduría.
2 Puesto que no me he preciado de saber otra cosa entre vosotros, sino á Jesucristo, y este crucificado.
3 Y mientras estuve entre vosotros, estuve siempre con mucha pusilanimidad, mucho temor, y en contínuo susto:
4 Y mi modo de hablar, y mi predicacion, no fué con palabras persuasivas de humano saber, sino con muestras sensibles de Espíritu y de poder,
5 Para que vuestra fé no estribe en saber de hombres, sino en el poder de Dios.
6 No obstante enseñamos sabiduría entre los perfectos; mas una sabiduría no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, los cuales son destruidos;
7 Sino que predicamos la sabiduría de Dios en misterio; sabiduría recóndita, la cual predestinó Dios antes de los siglos para gloria nuestra;
8 Sabiduría que ninguno de los príncipes de este siglo ha entendido; que si la hubiesen entendido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria:
9 Y de la cual está escrito: Ni ojo vió, ni oreja oyó, ni pasó á hombre por pensamiento cuales cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman.
10 A nosotros empero nos lo ha revelado Dios por medio de su Espíritu: pues el Espíritu todas las cosas penetra, aun las mas íntimas de Dios.
11 Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino solamente el espíritu del hombre, que está dentro de él? así es que las cosas de Dios nadie las ha conocido, sino el Espíritu de Dios.
12 Nosotros pues no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios: á fin de que conozcamos las cosas que Dios nos ha comunicado:
13 Las cuales por eso tratamos no con palabras estudiadas de humana ciencia, sino conforme nos enseña el Espíritu Santo, comparando lo espiritual á lo espiritual.
14 Porque el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, pues para él son una necedad: y no puede entenderlas, puesto que se han de discernir espiritualmente.
15 El hombre espiritual discierne de todo: y nadie puede á él discernirle.
16 Porque ¿quién conoce la mente del Señor, para darle instrucciones? Mas nosotros conocemos la mente de Cristo.

CAPITULO III.

Reprende á los que se apasionan por los predicadores del Evangelio, sin mirar al Señor cuyos ministros son, y cuya gracia es la que produce el fruto en las almas; y exhorta á que despreciando la vana sabiduría del mundo, se abracen con la sabia ignorancia del Evangelio.

Y ASI es, hermanos, que yo no he podido hablaros como á hombres espirituales, sino como

á carnales, como á niños en
Cristo.
2 Os he alimentado con leche,
y no con manjares sólidos, por-
que no érais todavía capaces de
ellos: y ni aun ahora lo sois,
3 Pues sois todavía carnales.
Porque habiendo entre vosotros
envidias y contiendas y discor-
dias: ¿no es claro que sois car-
nales, y procedeis como hom-
bres?
4 Pues diciendo uno: Yo soy
de Pablo: y el otro, Yo de Apo-
lo: ¿no estais mostrando ser aun
carnales?
5 Ahora bien ¿qué es Pablo, ó
qué es Apolo, sino unos ministros
de aquel en quien habeis creido,
y eso segun que á cada uno ha
concedido el Señor?
6 Yo planté, regó Apolo: pero
Dios es quien ha dado el crecer.
7 Y así, ni el que planta es al-
go, ni el que riega: sino Dios,
que es el que hace crecer.
8 Tanto el que planta, como el
que riega, vienen á ser una mis-
ma cosa. Pero cada uno recibi-
rá su propio salario á medida de
su trabajo.
9 Porque nosotros somos unos
coadjutores de Dios: vosotros
sois el campo que Dios cultiva,
sois el edificio que Dios fabrica.
10 Yo, segun la gracia que Dios
me ha dado, eché cual perito ar-
quitecto el cimiento del edificio:
otro edifica sobre él; pero mire
cada uno cómo alza la fábrica.
11 Pues nadie puede poner
otro fundamento, que el que ya
ha sido puesto, el cual es Jesu-
cristo.
12 Que si sobre tal fundamento
pone alguno oro, plata, piedras
preciosas, ó maderas, heno, ho-
jarasca,
13 La obra de cada uno ha de
manifestarse: por cuanto el dia
la dará á conocer, como quiera
que se ha de manifestar por
medio del fuego: y el fuego
mostrará cual sea la obra de
cada uno.
14 Si la obra de uno sobre-
puesta subsistiere, él recibirá la
paga.
15 Si la obra de otro se que-
mare, será suyo el daño: no obs-
tante él no dejará de salvarse;
si bien como por el fuego.
16 ¿No sabeis vosotros que sois
templo de Dios, y que el Espíritu
de Dios mora en vosotros?
17 Pues si alguno profanare el
templo de Dios, perderle ha Dios
á él. Porque el templo de Dios,
que sois vosotros, santo es.
18 Nadie se engañe á sí mis-
mo: si alguno de vosotros se
tiene por sabio segun el mundo,
hágase necio á fin de ser sabio.
19 Porque la sabiduría de este
mundo, es necedad delante de
Dios. Pues está escrito: Que
sorprende á los sabios en su pro-
pia astucia.
20 Y en otra parte: El Señor
penetra las ideas de los sabios,
y conoce la vanidad de ellas.
21 Por tanto nadie se gloríe en
los hombres, porque todas las
cosas son vuestras:
22 Sea Pablo, sea Apolo, sea
Cefas, el mundo, la vida, la
muerte, lo presente, lo futuro:
todo es vuestro.

23 Vosotros empero sois de Cristo, y Cristo es de Dios.

CAPITULO IV.

Oficio del verdadero apóstol, y estima que se merece. Sigue reprendiendo con singular energía y mansedumbre á los Corintios.

A NOSOTROS pues nos ha de considerar el hombre como unos ministros de Cristo, y dispensadores de los misterios de Dios.
2 Ahora bien, entre los dispensadores lo que se requiere es, que sean hallados fieles.
3 Por lo que á mí toca, muy poco se me da el ser juzgado por vosotros, ó en cualquier juicio humano: pues ni aun yo me atrevo á juzgar de mí mismo.
4 Porque si bien no me remuerde la conciencia de cosa alguna, no por eso me tengo por justificado: pues el que me juzga es el Senor.
5 Por tanto no querais juzgar antes de tiempo, hasta tanto que venga el Senor, el cual sacara á luz lo que esta en los escondrijos de las tinieblas, y descubrirá las intenciones de los corazones: y entonces cada cual será de Dios alabado.
6 Por lo demas, hermanos, todo esto lo he presentado en persona mia y en la de Apolo por amor vuestro: á fin de que aprendais en nosotros á no pensar de nadie fuera de lo que queda escrito, para que ninguno de vosotros se engria sobre el otro.
7 Porque ¿quién es el que te da la ventaja sobre otros? O ¿qué cosa tienes tú que no la hayas recibido? Y si lo que tienes lo has recibido, ¿de qué te jactas como si no lo hubieses recibido?
8 Hé aquí que vosotros estais ya satisfechos, héos aquí hechos ya ricos: sin nosotros estais reinando: y plegue á Dios que reineis, para que nosotros reinemos tambien con vosotros.
9 Pues yo para mí tengo que Dios á nosotros los apóstoles nos trata como á los últimos, como á los condenados á muerte: haciéndonos servir de espectáculo al mundo, á los ángeles, y á los hombres.
10 Nosotros somos *reputados como* unos necios por amor de Cristo, mas vosotros sois los prudentes en Cristo: nosotros flacos, vosotros fuertes: vosotros sois honrados, y nosotros viles.
11 Hasta la hora presente andamos sufriendo la hambre, la sed, la desnudez, los malos tratamientos, y no tenemos donde fijar nuestro domicilio.
12 Y nos afanamos trabajando con nuestras propias manos: nos maldicen y bendecimos: padecemos persecucion, y la sufrimos:
13 Nos ultrajan, y retornamos súplicas: somos en fin tratados, hasta el presente, como la basura del mundo, como la escoria de todos.
14 No os escribo estas cosas, porque quiera sonrojaros, sino que os amonesto como á hijos mios muy queridos.
15 Porque aun cuando tengais millares de ayos en Cristo, no teneis muchos padres: pues yo

soy el que os he engendrado en Cristo Jesus por medio del Evangelio.
16 Por tanto os ruego que seais imitadores mios.
17 Con este fin he enviado á vosotros á Timotéo, el cual es hijo mio carísimo, y fiel en el Señor: para que os informe de mi proceder en Cristo, y cómo enseño yo por todas partes en todas las Iglesias.
18 Algunos están tan engreidos, como si yo nunca hubiese de volver á vosotros.
19 Mas pronto pasaré á veros, si Dios quiere: y examinaré no las palabras de los que así andan hinchados, sino su poder.
20 Que no consiste el reino de Dios en palabras, sino en poder.
21 ¿Qué estimais mas? ¿que vaya á vosotros con la vara, ó con amor y espíritu de mansedumbre?

CAPITULO V.

Escomulga el Apóstol á un incestuoso, y exhorta á los de Corinto á que eviten el trato con los pecadores públicos.

ES ya una voz pública de que entre vosotros se cometen deshonestidades, y tales, cuales no se oyen ni aun entre Gentiles, hasta llegar alguno á abusar de la mujer de su própio padre.
2 Y con todo vosotros estais hinchados de orgullo: y no os habeis al contrario entregado al llanto, para que fuese quitado de entre vosotros el que ha cometido tal maldad
3 Por lo que á mí toca, aunque ausente de ahí con el cuerpo, mas presente en espíritu, ya he pronunciado, como presente, esta sentencia contra aquel que así pecó:
4 En nombre de nuestro Señor Jesucristo, uniéndose con vosotros mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesucristo,
5 Sea ese tal entregado á Satanas, para castigo de su cuerpo, á trueque de que su alma sea salva en el dia de nuestro Señor Jesus.
6 No es buena vuestra jactancia. ¿No sabeis que un poco de levadura aceda toda la masa?
7 Echad fuera la levadura añeja, para que seais una masa nueva, como que sois sin levadura. Porque Cristo, que es nuestro cordero pascual, ha sido inmolado.
8 Por tanto celebremos el convite, no con levadura añeja, ni con levadura de malicia y de maldad, sino con ázimos de sinceridad y de verdad.
9 Os escribí en una carta: No trateis con los deshonestos:
10 No *intenté* decir con los deshonestos de este mundo, ó con los avarientos, ó con los que viven de rapiña, ó con los idólatras: de otra suerte era menester que os salieseis de este mundo.
11 Mas ahora os he escrito que no trataseis con tales sugetos, quiero *decir*, que si aquel que se llama vuestro hermano, es deshonesto, ó avariento, ó idólatra, ó maldiciente, ó borracho, ó vive de rapiña: con este tal ni tomar bocado.

12 Pues ¿cómo podria yo meterme en juzgar á los que están fuera? ¿No son los que están dentro á quienes teneis derecho de juzgar?
13 A los de afuera Dios los juzgará. Vosotros empero apartad á ese mal hombre de vuestra compañia.

CAPITULO VI.

Contra los desórdenes de los pleitistas y de los deshonestos.

¿COMO alguno de entre vosotros, teniendo alguna diferencia con su hermano, se atreve á llamarle á juicio ante los inicuos, y no ante los santos?
2 ¿No sabeis que los santos han de juzgar á este mundo? Pues si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿no sereis dignos de juzgar de estas menudencias?
3 ¿No sabeis que hemos de ser jueces hasta de los ángeles? ¿cuánto mas de las cosas mundanas?
4 Si tuviereis pues pleitos sobre negocios de este mundo, tomad por jueces á los mas ínfimos de la Iglesia.
5 Dígolo para confusion vuestra: ¿Es posible que no ha de haber entre vosotros algun hombre inteligente, que pueda ser juez entre los hermanos;
6 Sino que ha de litigar hermano con hermano, y eso en el tribunal de los infieles?
7 Ya por cierto es una falta en vosotros el andar en pleitos unos contra otros. ¿Por qué no tolerais antes el agravio? ¿por qué antes no sufris el fraude?
8 Mas vosotros sois los que agraviais, y defraudais, y eso á vuestros propios hermanos.
9 ¿No sabeis que los injustos no poseerán el reino de Dios? No querais engañaros; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas,
10 Ni los ladrones, ni los avarientos, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los que viven de rapiña, han de poseer el reino de Dios.
11 Tales habeis sido algunos de vosotros: pero fuisteis lavados, fuisteis santificados, fuisteis justificados en el nombre de nuestro Señor Jesus, y por el Espíritu de nuestro Dios.
12 Si todo me es lícito, no todo me es conveniente: no porque todo me es lícito, me haré yo esclavo de ninguna cosa.
13 Las viandas son para el vientre, y el vientre para las viandas: mas Dios destruirá á aquel y á estas: el cuerpo empero no es para la fornicacion, sino para el Señor, como el Señor para el cuerpo.
14 Asi como Dios resucitó al Señor, nos resucitará tambien á nosotros por su virtud.
15 ¿No sabeis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿He de abusar yo de los miembros de Cristo, para hacerlos miembros de una prostituta? No lo permita Dios.
16 ¿O no sabeis que quien se junta con una prostituta, se hace un cuerpo con ella? Porque serán los dos (está dicho) una carne misma.

17 Al contrario quien está unido con el Señor, es un mismo espíritu.
18 Huid la fornicacion. Cualquier pecado que cometa el hombre, está fuera del cuerpo: pero el que fornica, contra su cuerpo peca.
19 Por ventura ¿no sabeis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vosotros, el cual habeis recibido de Dios, y que ya no sois de vosotros,
20 Puesto que fuísteis comprados á gran precio? Glorificad á Dios en vuestros cuerpos, y en vuestros espíritus, que son de Dios.

CAPITULO VII.

De las cargas del matrimonio, y de las ventajas de la virginidad. Aviso á las viudas.

EN órden á las cosas sobre que me habeis escrito; bueno es para el hombre el no tocar mujer:
2 Mas por evitar la fornicacion tenga cada uno su mujer, y cada una su marido.
3 No niegue el marido á la mujer lo que le debe: y compórtese del mismo modo la mujer con el marido.
4 Porque la mujer no es dueña de su cuerpo, sino que lo es el marido. Y asimismo el marido no es dueño de su cuerpo, sino que lo es la mujer.
5 No querais defraudaros el derecho recíproco, á no ser por algun tiempo de comun acuerdo, para dedicaros al ayuno y á la oracion: y despues volved á cohabitar, no sea que os tiente Satanas por vuestra incontinencia.
6 Esto lo digo por condescendencia, que no lo mando.
7 A la verdad quisiera que fueseis todos tales como yo mismo: mas cada uno tiene de Dios su propio don: quien de una manera, quien de otra.
8 Pero sí digo á las personas no casadas, y viudas: bueno les es si así permanecen, como tambien permanezco yo.
9 Mas si no tienen don de continencia, cásense: pues mas vale casarse, que abrasarse.
10 Pero á las personas casadas, mando no yo, sino el Señor, que la mujer no se separe del marido:
11 Que si se separa, no pase á otras nupcias, ó bien reconcilíese con su marido. Ni tampoco el marido repudie á su mujer.
12 Pero á los demas digo yo, no el Señor: Si algun hermano tiene por mujer á una infiel, y esta consiente en habitar con él, no la repudie.
13 Y si alguna mujer tiene por marido á un infiel, y este consiente en habitar con ella, no abandone á su marido:
14 Porque un marido infiel es santificado por la mujer fiel, y la mujer infiel santificada por el marido fiel: de lo contrario vuestros hijos serían amancillados, en vez de que ahora son santos.
15 Pero si el infiel se separa, sepárese; porque en tal caso ni nuestro hermano, ni nuestra hermana están sujetos á servidum-

bre: pues Dios nos ha llamado
á paz.
16 Porque ¿sabes tú, mujer, si
salvarás al marido? ¿y tú, marido,
sabes si salvarás á la mujer?
17 Pero proceda cada cual conforme
al don que Dios le ha repartido,
y segun el estado en que
Dios le llamó; y así es como lo
enseño en todas las Iglesias.
18 ¿Fué uno llamado siendo
circunciso? permanezca circunciso.
¿Fué otro llamado estando
incircunciso? no se haga circuncidar.
19 Nada importa el ser circuncidado,
y nada importa el no serlo:
lo que importa es la observancia
de los mandamientos de
Dios.
20 Manténgase pues cada uno
en el estado que tenia cuando
fué llamado.
21 ¿Fuiste llamado siendo siervo?
no te dé cuidado: mas si
pudieres ser libre, aprovecha la
ocasion.
22 Si bien aquel que siendo
esclavo es llamado en el Señor,
se hace liberto del Señor: y de
la misma manera aquel que es
llamado siendo libre, se hace esclavo
de Cristo.
23 Rescatados habeis sido á
gran costa, no querais haceros
esclavos de los hombres.
24 Cada uno, hermanos, permanezca
para con Dios en el
estado en que fué llamado.
25 ¶ En órden a las vírgenes
precepto del Señor yo no le tengo:
doy, sí, consejo, como quien
ha conseguido del Señor la misericordia
de ser fiel.
26 Juzgo pues que esto es ventajoso
á causa de las miserias
presentes: que es, *digo*, ventajoso
al hombre el permanecer
cual se halla.
27 ¿Estás ligado á una mujer?
no busques quedar desligado.
¿Estás sin tener mujer? no
busques el casarte.
28 Si te casares, no pecas. Y
si una doncella se casa, tampoco
peca; pero estos tales sufrirán
en su carne aflicciones, *que yo
quiero evitaros.*
29 Y lo que digo, hermanos, es:
Que el tiempo es corto: y así lo
que importa es que los que tienen
mujer, vivan como si no la tuviesen:
30 Y los que lloran, como si no
llorasen: y los que se huelgan,
como si no se holgasen: y los
que hacen compras, como si nada
poseyesen:
31 Y los que gozan del mundo,
como si no gozasen de él: porque
la forma de este mundo pasa.
32 Ahora bien, yo deseo que
vivais sin inquietudes. El que
no tiene mujer, anda solícito de
las cosas del Señor, y en como
ha de agradar al Señor.
33 Al contrario el que tiene
mujer, anda afanado en las cosas
del mundo, y en como ha de
agradar á la mujer.
34 Hay esta diferencia entre la
casada y la vírgen: la mujer no
casada piensa en las cosas del
Señor, para ser santa en cuerpo
y alma: mas la casada piensa
en las del mundo, y en como ha
de agradar al marido.
35 Por lo demas, yo digo esto

para provecho vuestro: no para
echaros un lazo, sino solamente
para exhortaros á lo que es conveniente, y á lo que habilita
para servir al Señor sin ningun
embarazo.
36 Mas si á alguno le parece
que es un deshonor á su vírgen
que pase la flor de la edad, y
juzga deber casarla, haga lo que
quisiere: no peca, si ella se casa.
37 Aunque por otra parte quien
ha hecho en su interior la firme
resolucion de conservar su vírgen, no teniendo necesidad, sino
pudiendo disponer en esto de su
voluntad, y así lo ha determinado en su corazon, este tal obra
bien.
38 En suma, el que da su hija
en matrimonio, obra bien: mas
el que no la da, obra mejor.
39 La mujer está ligada á la
ley mientras que vive su marido:
pero si su marido fallece, queda
libre: cásese con quien quiera,
con tal que sea segun el Señor.
40 Pero mucho mas dichosa
será si permaneciere así, segun
mi consejo: y pienso tambien
que tengo el Espíritu de Dios.

CAPITULO VIII.

Nadie ha de probar cosas ofrecidas á ídolos, si con eso causa escándalo: pues el que escandaliza á los flacos, peca contra Jesucristo.

ACERCA de las cosas sacrificadas á los ídolos, ya sabemos que todos nosotros tenemos
ciencia. Mas la ciencia hincha,
la caridad es la que edifica.
2 Que si alguno se imagina saber algo, todavía no sabe nada
como conviene saberse.
3 Pero el que ama á Dios, ese
es conocido de él.
4 En órden pues á comer de los
manjares ofrecidos á los ídolos,
sabemos que el ídolo es nada en
el mundo, y que no hay mas que
un solo Dios.
5 Pues aunque haya algunos
que se llamen dioses, ya en el
cielo, ya en la tierra, (y que así
se cuenten muchos dioses, y muchos señores):
6 Sin embargo para nosotros no
hay mas que un solo Dios, que
es el Padre, por el cual son todas
las cosas, y nosotros para él: y
no hay sino un solo Señor, que
es Jesucristo, por quien han sido
hechas todas las cosas, y nosotros por él.
7 Mas no en todos se halla este
conocimiento: sino que hay algunos que creyendo todavía que
el ídolo es alguna cosa, comen
bajo este concepto lo que se le
ha ofrecido: y así la conciencia
de estos, por ser débil, viene á
quedar contaminada.
8 El comer no es lo que nos
hace recomendables á Dios; pues
ni porque comamos, tendremos
ventaja alguna, ni porque no
comamos, desmereceremos en
nada.
9 Pero cuidad de que esta libertad que teneis, no sirva de tropiezo á los flacos.
10 Porque si alguno te vé á tí,
que estás mas instruido, puesto
á la mesa en un lugar dedicado
á los ídolos: ¿no es claro que el
que tiene su conciencia flaca, se
tentará á comer tambien de lo
sacrificado á los ídolos?

11 ¿Y habrá de perecer por tu ciencia ese hermano enfermo, por amor del cual murió Cristo?
12 Así sucede que pecando contra los hermanos, y llagando su conciencia poco firme, venís á pecar contra Cristo.
13 Por lo cual si lo que yo como escandaliza á mi hermano, no comeré en mi vida carne, por no escandalizar á mi hermano.

CAPITULO IX.

Como el Apóstol se privaba de hacer lo que podia lícitamente, por no desedificar á nadie; haciéndose todo para todos, y padeciendo mil trabajos, por ganar para Dios á todo el mundo.

¿NO soy yo apóstol? ¿No tengo yo libertad? ¿No he visto yo á Jesucristo Señor nuestro? ¿No sois vosotros obra mia en el Señor?
2 Y aun cuando para los otros no fuera apóstol, á lo menos lo sería para vosotros: siendo como sois el sello de mi apostolado en el Señor:
3 Ved ahí mi respuesta á aquellos que se meten á examinar mi conducta.
4 ¿Acaso no tenemos derecho de comer y de beber?
5 Por ventura ¿no tenemos tambien facultad de llevar en los viages una hermana, nuestra mujer, como los demas apóstoles, y los hermanos del Señor, y Cefas?
6 ¿O solo yo y Bernabé, no podemos abstenernos de trabajar?
7 ¿Quién milita jamas á sus espensas? ¿Quién planta una viña, y no come de su fruto? ¿Quién apacienta un rebaño, y no se alimenta de la leche del ganado?
8 ¿Y por ventura esto que digo es solamente un raciocinio humano? ¿O no dice la ley esto mismo?
9 Pues en la ley de Moisés está escrito. No pongas bozal al buey que trilla. ¿Será que Dios se cura de los bueyes?
10 ¿Acaso no dice esto por nosotros? Sí, por nosotros se han escrito estas cosas: porque la esperanza hace arar al que ara, y el que trilla lo hace con la esperanza de percibir el fruto.
11 Si nosotros hemos sembrado entre vosotros bienes espirituales, ¿será gran cosa que recojamos de vuestros bienes temporales?
12 Si otros participan de este derecho á lo vuestro, ¿por qué no mas bien nosotros? pero con todo no hemos hecho uso de esa facultad: antes bien todo lo sufrimos por no poner estorbo alguno al Evangelio de Cristo.
13 ¿No sabeis que los que sirven en el templo, se mantienen de lo que es del templo, y que los que sirven al altar, participan de las ofrendas?
14 Así tambien dejó el Señor ordenado que los que predican el Evangelio, vivan del Evangelio.
15 Mas yo de ninguna de estas cosas me he valido: ni ahora escribo esto, para que así se haga conmigo: porque tengo por mejor el morir, que el que alguno me haga perder esta gloria.
16 Como quiera que por pre-

dicar el Evangelio no tengo gloria: pues estoy por necesidad obligado á ello: y desventurado de mí, si no le predicare.
17 Por lo cual si lo hago de buena voluntad, premio aguardo: pero si por fuerza, no hago mas que cumplir con el cargo que tengo.
18 Pues ¿dónde está mi galardon? Está en predicar el Evangelio, sin ocasionar ningun gasto, para no abusar del derecho que tengo por la predicacion del Evangelio.
19 En verdad que estando libre de todos, de todos me he hecho siervo, para ganar mas.
20 Y así con los Judíos he vivido como Judío, para ganar á los Judíos: con los sujetos á la ley, como si yo estuviese sujeto á la ley, por ganar á los que á la ley vivian sujetos.
21 Asi como con los que no estaban sujetos á la ley *he vivido* como si yo tampoco lo estuviese (aunque tenia yo una ley con respecto á Dios, teniendo la de Cristo) á trueque de ganar á los que vivian sin ley.
22 Híceme flaco con los flacos, por ganar á los flacos. Híceme todo para todos, para por cualquier medio salvar á algunos.
23 Todo lo cual hago por amor del Evangelio, á fin de participar de sus promesas.
24 ¿No sabeis que los que corren en el estadio, si bien todos corren, uno solo se lleva el premio? Corred pues de tal manera que le ganeis.
25 Ello es que todos los que han de luchar, guardan en todo continencia: y no es sino para alcanzar una corona perecedera; al paso que nosotros la esperamos eterna.
26 Así que, yo voy corriendo, no como quien corre á la aventura: peleo, no como quien tira golpes al aire;
27 Sino que castigo mi cuerpo, y le esclavizo: no sea que habiendo predicado á otros, venga yo á ser reprobado.

CAPITULO X.

Propuestos los beneficios y los castigos de los Hebréos por sus ingratitudes, amonesta el Apóstol á los Corintios que se guarden de sus vicios, especialmente de todo resabio de idolatría, de la vana confianza, y de ofender al prójimo.

PORQUE no debeis de ignorar, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos bajo de la nube, y que todos pasaron el mar;
2 Y que todos bajo Moisés fueron bautizados en la nube, y en el mar:
3 Que todos comieron el mismo manjar espiritual,
4 Y todos bebieron la misma bebida espiritual: (porque ellos bebian de una piedra espiritual, que los iba siguiendo: la cual piedra era Cristo)
5 Pero la mayor parte de ellos desagradaron á Dios: y así quedaron muertos en el desierto.
6 Pues estos sucesos eran ejemplos para nosotros, á fin de que no nos abandonemos á malos deseos, como ellos se abandonaron:
7 No seais adoradores de los ídolos, como algunos de ellos:

segun está escrito: Sentóse el
pueblo á comer y á beber, y le-
vantáronse á retozar.
8 Ni forniquemos, como algu-
nos de ellos fornicaron, y mu-
rieron en un dia veinte y tres mil.
9 Ni tentemos á Cristo, como
hicieron algunos de ellos, los
cuales perecieron mordidos de
las serpientes.
10 Ni tampoco murmureis,
como algunos de ellos murmu-
raron, y fueron muertos por el
esterminador.
11 Todas estas cosas les suce-
dian como tipos, y están escritas
para escarmiento de nosotros,
que nos hallamos al fin de los
siglos.
12 Mire pues no caiga, el que
piensa estar firme.
13 No habeis tenido sino ten-
taciones humanas: pero fiel es
Dios, que no permitirá seais ten-
tados sobre vuestras fuerzas,
sino que con la misma tentacion
os dará salida para que podais
sosteneros.
14 En razon de esto, carísimos
mios, huid del culto de los ídolos:
15 Puesto que hablo con per-
sonas inteligentes, juzgad voso-
tros mismos de lo que digo.
16 El cáliz de bendicion que
bendecimos, ¿no es la comunion
de la sangre de Cristo? y el pan
que partimos ¿no es la partici-
pacion del cuerpo de Cristo?
17 Porque todos los que parti-
cipamos del mismo pan, bien
que muchos, venimos á ser un
solo pan, un solo cuerpo.
18 Considerad á los Israelitas
segun la carne: los que entre
ellos comen de las víctimas, ¿no
es así que tienen parte en el
altar?
19 ¿Mas qué? ¿digo yo que
el ídolo sea algo? ¿ó que lo sa-
crificado á los ídolos sea algo?
20 No, sino que las cosas que
sacrifican los Gentiles, las sacri-
fican á los demonios. y no á
Dios: y no quiero que tengais
ninguna sociedad con los demo-
nios:
21 No podeis beber el cáliz del
Señor, y el cáliz de los demo-
nios: no podeis tener parte en
la mesa del Señor, y en la mesa
de los demonios.
22 ¿Queremos irritar con zelos
al Señor? ¿Somos acaso mas
fuertes que él?
23 Todo me es lícito; pero no
todo es conveniente: todo me es
lícito, mas no todo es de edifica-
cion.
24 Nadie busque su propia sa-
tisfaccion, sino el bien del pró-
jimo.
25 Todo lo que se vende en
la plaza, comedlo, sin andar en
preguntas por motivo de con-
ciencia.
26 Porque del Señor es la tier-
ra, y todo lo que hay en ella.
27 Si algun infiel os convida,
y quereis ir, comed de todo lo
que os pongan delante, sin hacer
preguntas por razon de la con-
ciencia.
28 Mas si alguno dijere: Esto
ha sido sacrificado á los ídolos,
no lo comais, en atencion al que
os ha avisado, y á la conciencia:
porque del Señor es la tierra, y
todo lo que hay en ella.

29 A la conciencia digo, no la
tuya, sino la del otro. Pues ¿por
qué habia de ser juzgada mi libertad por la conciencia de otro?
30 Y si yo participo de esa
comida con accion de gracias
¿por qué habia de ser vituperado
por una cosa, por la cual ofrezco
gracias?
31 En fin, ora comais, ora bebais, ó hagais cualquiera otra
cosa, hacedlo todo á gloria de
Dios.
32 No deis motivo de escándalo
ni á los Judíos, ni á los Griegos,
ni á la Iglesia de Dios:
33 Al modo que yo tambien en
todo procuro complacer á todos,
no buscando mi utilidad particular, sino la de los demas, á fin
de que se salven.

CAPITULO XI.

Ordena que los hombres estén con la cabeza descubierta en la Iglesia, y las mujeres cubierta. Trata de la institucion de la sagrada Eucaristía, y reprende los desórdenes, que se cometian al tiempo de la sagrada comunion.

SED pues imitadores mios, así
como yo lo soy de Cristo.
2 Yo por mi parte os alabo,
hermanos, de que en todas cosas
os acordais de mí: y de que
guardais mis instrucciones, conforme os lo tengo enseñado.
3 Mas quiero que sepais que
Cristo es la cabeza de todo hombre: como el hombre es cabeza de
la mujer: y Dios lo es de Cristo.
4 Todo hombre que ora ó que
profetiza con la cabeza cubierta,
deshonra su cabeza.
5 Al contrario, mujer que ora
ó profetiza con la cabeza descubierta, deshonra su cabeza: siendo lo mismo que si se rapase.
6 Por donde si una mujer no se
cubre la cabeza, que se la rape
tambien: mas si es cosa fea á
una mujer el cortarse el pelo, ó
raparse, cubra su cabeza.
7 El varon en verdad no debe
cubrir su cabeza, pues él es la
imágen y gloria de Dios, mas la
mujer es la gloria del varon.
8 Que no fué el hombre formado de la hembra, sino la hembra del hombre.
9 Como ni tampoco fué el hombre criado para la hembra, sino
la hembra para el hombre.
10 Por tanto debe la mujer
traer sobre la cabeza la divisa
de la potestad *del marido* por
respeto á los ángeles.
11 Bien es verdad que ni el
varon en el Señor sin la mujer,
ni la mujer sin el varon.
12 Pues así como la mujer fué
formada del varon, así tambien
el varon nace de la mujer: y
todo por disposicion de Dios.
13 Sed jueces vosotros mismos:
¿es decente á la mujer hacer
oracion á Dios sin velo?
14 ¿No es así que la naturaleza misma os dicta, que no es
decente al hombre el dejar crecer su cabellera?
15 Al contrario, para la mujer
es decoroso el dejarse crecer el
pelo, porque los cabellos le son
dados á manera de velo para
cubrirse.
16 Pero si no obstante alguno
se muestra terco, nosotros no tenemos esa costumbre, ni la Iglesia de Dios.

17 En esto que yo os declaro no puedo alabaros: pues vuestras asambleas en lugar de seros útiles, os sirven de daño.

18 Primeramente oigo que al juntaros en la Iglesia, hay discordias entre vosotros; y en parte lo creo

19 Siendo, como es, forzoso que aun heregías haya entre vosotros, para que puedan ser reconocidos entre vosotros los que son aprobados.

20 Ahora pues, cuando vosotros os juntais, ya no es para celebrar la cena del Señor.

21 Porque cada uno se anticipa á tomar su propia cena para comerla. Y así sucede que los unos tienen hambre, mientras los otros comen con esceso.

22 ¿No teneis casas para comer y beber? ¿ó venís á profanar la Iglesia de Dios, y avergonzar á los que no tienen nada? ¿Qué os diré sobre eso? ¿Os alabaré? en eso no puedo alabaros.

23 Porque yo aprendí del Señor lo que tambien os tengo enseñado, y es que el Señor Jesus la noche misma en que habia de ser entregado, tomó el pan,

24 Y dando gracias le partió, y dijo: Tomad, y comed: este es mi cuerpo, que por vosotros es rompido: haced esto en memoria mia.

25 Y de la misma manera el cáliz, despues de haber cenado, diciendo: Este cáliz es el nuevo testamento en mi sangre: haced esto cuantas veces le bebiereis, en memoria mia.

26 Pues todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis este cáliz, anunciareis la muerte del Señor hasta que venga.

27 De manera que cualquiera que comiere este pan, ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, reo será del cuerpo, y de la sangre del Señor.

28 Por tanto examínese á sí mismo el hombre: y de esta suerte coma de aquel pan, y beba del cáliz.

29 Porque quien le come y bebe indignamente, come y bebe su propia condenacion, no haciendo discernimiento del cuerpo del Señor.

30 De aquí es que hay entre vosotros muchos enfermos y sin fuerzas, y muchos que duermen.

31 Que si nosotros nos juzgásemos á nosotros mismos ciertamente no seríamos juzgados.

32 Si bien cuando lo somos, el Señor nos corrige, con el fin de que no seamos condenados con este mundo.

33 Por lo cual, hermanos mios, cuando os reunís para esas comidas, esperáos unos á otros.

34 Si alguno tiene hambre, coma en casa: á fin de que el juntaros no sea para condenacion vuestra. Las demas cosas, yendo yo, las arreglaré.

CAPITULO XII.

De la variedad de dones que el Espíritu Santo distribuye entre los fieles para utilidad de la Iglesia. Es esta un solo cuerpo místico, cuyos miembros deben ayudarse mútuamente.

MAS en órden á los dones espirituales no quiero, hermanos, que esteis ignorantes.

2 Bien sabeis vosotros que cuando erais Paganos, os íbais en pos de los ídolos mudos segun erais conducidos.
3 Ahora pues yo os declaro que ningun hombre que habla inspirado de Dios, dice anatema á Jesus. Ni nadie puede confesar, que Jesus es el Señor, sino por el Espíritu Santo.
4 Hay, sí, diversidad de dones espirituales, mas el Espíritu es uno mismo:
5 Hay tambien diversidad de ministerios, mas el Señor es uno mismo:
6 Hay asímismo diversidad de operaciones; mas el mismo Dios es el que obra todas las cosas en todos.
7 Pero los dones del Espíritu que se manifiestan en cada uno, le son dados para utilidad de todos.
8 Así el uno recibe del Espíritu el hablar con sabiduría. otro recibe del mismo Espíritu el hablar con ciencia:
9 A este le da el mismo Espíritu fé: al otro la gracia de curar enfermedades por el mismo Espíritu:
10 A quien el hacer milagros, á quien profecía, á quien discrecion de espíritus, á quien don de hablar varios idiomas, á quien el de interpretar las lenguas.
11 Mas todas estas cosas las causa un solo y mismo Espíritu, repartiéndolas á cada uno segun quiere.
12 Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, y todos los miembros con ser muchos, son un solo cuerpo: así tambien Cristo.
13 A cuyo fin todos nosotros somos bautizados en un mismo Espíritu para componer un solo cuerpo, ya seamos Judíos, ya Gentiles, ya esclavos, ya libres: y todos hemos bebido un mismo Espíritu.
14 Que ni tampoco el cuerpo es un solo miembro, sino muchos.
15 Si dijere el pié: Pues que no soy mano, no soy del cuerpo: ¿dejará por eso de ser del cuerpo?
16 Y si dijere la oreja: Pues que no soy ojo, no soy del cuerpo: ¿dejará por eso de ser del cuerpo?
17 Si todo el cuerpo fuese ojo: ¿dónde estaría el oido? Si todo fuese oido: ¿dónde estaría el olfato?
18 Mas ahora ha puesto Dios en el cuerpo miembros, y los ha colocado en él como le plugo.
19 Que si todos fuesen un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo?
20 Por eso ahora, aunque los miembros sean muchos, el cuerpo es uno.
21 Ni puede decir el ojo á la mano: No he menester tu ayuda: ni la cabeza á los piés: No me sois necesarios.
22 Antes bien aquellos miembros que parecen los mas débiles del cuerpo, son los mas necesarios:
23 Y á los miembros del cuerpo que juzgamos mas viles, á estos ceñimos de mayor adorno; y cubrimos con mas honestidad aquellos que son menos honestos.

24 Al contrario nuestras partes honestas no han menester nada de eso: pero Dios ha puesto tal órden en todo el cuerpo, que se honra mas aquello que de ser honrado tiene mas necesidad;

25 A fin de que no haya division en el cuerpo, antes tengan los miembros la misma solicitud unos de otros.

26 Por donde si un miembro padece, todos los miembros con él padecen: y si un miembro es honrado, todos los miembros se gozan con él.

27 Vosotros pues sois el cuerpo de Cristo, y miembros entre otros miembros.

28 Así es que ha puesto Dios en la Iglesia unos en primer lugar apóstoles, en segundo lugar profetas, en el tercero doctores, luego *á los que tienen el don de hacer* milagros, despues *á los que tienen* gracia de curar, de socorrer *al prójimo*, *don de* gobierno, *de hablar* todo género de lenguas.

29 Por ventura ¿son todos apóstoles? ¿ó todos profetas? ¿ó todos doctores? ¿hacen todos milagros?

30 ¿Tienen todos la gracia de curar? ¿hablan todos lenguas? ¿interpretan todos?

31 Vosotros empero entre esos dones aspirad á los mejores. Yo voy pues á mostraros un camino todavía mas escelente.

CAPITULO XIII.

Descripcion de la caridad, y de sus propiedades.

CUANDO yo hablara todas las lenguas de los hombres, y el lenguage de los ángeles, si no tuviere caridad, vengo á ser como un metal que suena, ó campana que retiñe.

2 Y cuando tuviera el don de profecía, y penetrase todos los misterios, y poseyese toda la ciencia: cuando tuviera toda la fé, de manera que trasladase de una á otra parte los montes, no teniendo caridad, soy un nada.

3 Cuando yo distribuyese todos mis bienes para sustento de los pobres, y cuando entregara mi cuerpo á las llamas, si la caridad me falta, todo lo dicho no me sirve de nada.

4 La caridad es sufrida y bienhechora: la caridad no tiene envidia, no obra precipitadamente, no se ensoberbece,

5 No es desdeñosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal,

6 No se huelga de la injusticia, complácese sí en la verdad:

7 A todo se acomoda, lo cree todo, todo lo espera, y lo soporta todo.

8 La caridad nunca fenece; en lugar de que las profecías se terminarán, y cesarán las lenguas, y se acabará la ciencia.

9 Porque ahora nuestro conocimiento es imperfecto, é imperfecta la profecía.

10 Mas llegado que sea lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto.

11 *Así* cuando yo era niño, hablaba como niño, juzgaba como niño, discurría como niño; pero cuando fuí ya hombre hecho, dí de mano á las cosas de niño.

12 Al presente no vemos sino como en un espejo, bajo imágenes obscuras: pero entonces ve-

remos cara á cara. Yo no conozco ahora sino imperfectamente: mas entonces conoceré á la manera que soy yo conocido.
13 Ahora permanecen estas tres
cosas, la fé, la esperanza, y la caridad: pero de las tres la caridad es la mas escelente.

CAPITULO XIV.

El don de profecía se debe anteponer al don de lenguas. Del modo de usar bien de todos los dones. Dios es un Dios de paz, y no de discordias Las mujeres deben callar en la Iglesia.

CORRED para alcanzar la caridad, y codiciad dones espirituales, mayormente el de profecía.
2 Pues quien habla lenguas no
habla para los hombres, porque nadie le entiende, sino para Dios. Habla sí en espíritu cosas misteriosas.
3 Al paso que el que hace oficio
de profeta, habla con los hombres para edificacion, y para exhortarlos, y consolarlos.
4 Quien habla lenguas se edi-
fica á sí mismo: mas el que profetiza, edifica á la Iglesia.
5 Yo, sí, deseo que todos voso-
tros tengais el don de lenguas; pero mucho mas que tengais el de profecía: porque aquel que profetiza, es preferible al que habla lenguas, á no ser que tambien las interprete, á fin de que la Iglesia reciba utilidad.
6 Ahora bien. hermanos, si yo
fuere á vosotros hablando lenguas: ¿qué os aprovecharé, si no os hablo ó con la revelacion, ó con la ciencia, ó con la profecía, ó con la doctrina?
7 ¿No vemos aun en las cosas
inanimadas que producen sonidos, como la flauta, y el harpa, que si no forman tonos diferentes, no se puede saber lo que se toca con la flauta, ó el harpa?
8 Y si la trompeta no da un
sonido determinado, ¿quién es el que se preparará para el combate?
9 Así si la lengua que hablais
no es inteligible: ¿cómo se sabrá lo que decís? no hablareis sino al aire.
10 Hay en el mundo tantas
diferencias de voces; mas ninguna, sin su propia significacion.
11 Si yo pues ignoro el valor
de la voz, seré bárbaro para aquel á quien hablo: y el que me hable, será bárbaro para mí.
12 Por eso vosotros, ya que
sois codiciosos de estos dones espirituales, desead ser enriquecidos con ellos para edificacion de la Iglesia.
13 Y por lo mismo el que habla
una lengua, pida la gracia de interpretarla.
14 Que si yo hago oracion en
una lengua *desconocida*, mi espíritu ora; pero mi concepto queda sin fruto.
15 Pues ¿qué haré? Oraré
con el espíritu, y oraré tambien inteligiblemente: cantaré con el espíritu, pero cantaré tambien inteligiblemente.
16 Por lo demas si tú alabas
con el espíritu, el que está en la clase del sencillo pueblo, ¿cómo ha de decir Amen, al fin de tu accion de gracias? puesto que no entiende lo que tú dices:

17 No es que no sea buena tu
accion de gracias; sino que no
queda por ella edificado el otro.
18 Yo doy gracias á mi Dios,
de que hablo mas lenguas que
todos vosotros.
19 Pero en la Iglesia mas bien
quiero hablar cinco palabras de
modo que sea entendido, é ins-
truya tambien á los otros, que
diez mil palabras en lengua es-
traña.
20 Hermanos, no seais niños en
el uso de la razon, sed sí niños
en la malicia: pero en inteligen-
cia sed hombres hechos.
21 En la ley está escrito: Yo
hablaré en otras lenguas, y con
otros labios á este pueblo: y
ni aun así me creerán, dice el
Señor.
22 Así son las lenguas una
señal no para los fieles, sino para
los infieles: mas las profecías
no para los infieles, sino para los
fieles.
23 Ahora bien, si estando con-
gregada toda la Iglesia en un
lugar, y poniéndose todos á ha-
blar lenguas diferentes, entran
idiotas, ó bien infieles: ¿no dirán
que estais locos?
24 Mas al contrario, si profeti-
zando todos, entra un infiel ó un
idiota, de todos será convencido,
será juzgado de todos:
25 Los secretos de su corazon
se harán manifiestos, y por tanto
postrado sobre su rostro adorará
á Dios, confesando que verdade-
ramente Dios está en medio de
vosotros.
26 Pues ¿qué es lo que se ha
de hacer, hermanos? Si cuando
os congregais, uno de vosotros
tiene para hacer un salmo, otro
para instruir, este para hablar
lenguas, aquel para revelar al-
guna cosa, otro para interpretar:
hágase todo para edificacion.
27 Si han de hablar lenguas,
hablen dos solamente, ó cuando
mucho tres, y eso por turno, y
haya uno que esplique.
28 Y si no hubiere intérprete,
callen en la Iglesia, y hablen
consigo, y con Dios.
29 De los profetas hablen dos,
ó tres, y los demas disciernan.
30 Que si á otro estando sen-
tado le fuere revelado algo, calle
el primero.
31 Así podeis profetizar todos
uno despues de otro: á fin de
que todos aprendan, y todos sean
consolados:
32 Pues los espíritus proféticos
están sujetos á los profetas.
33 Porque Dios no es Dios de
desórden, sino de paz, como en
todas las Iglesias de los santos.
34 ¶ Las mujeres callen en las
Iglesias, porque no les es per-
mitido hablar allí, sino que de-
ben estar sumisas, como lo dice
tambien la ley.
35 Que si desean instruirse en
algun punto, pregúntenselo cuan-
do estén en casa á sus maridos:
pues es cosa indecente en una
mujer el hablar en la Iglesia.
36 Por ventura ¿tuvo de voso-
tros su origen la palabra de
Dios? ¿ó ha llegado á vosotros
solos?
37 Si alguno de vosotros se
tiene por profeta, ó por espiri-
tual, reconozca que las cosas

que os escribo son preceptos del Señor.
38 El que lo desconociere que lo desconozca.
39 En suma hermanos, codiciad el don de la profecía, y no estorbeis el de hablar lenguas.
40 Pero hágase todo con decoro, y con órden.

CAPITULO XV.

La fé y esperanza de nuestra futura resurreccion se confirman eficazmente por la resurreccion ya sucedida de Jesucristo. Descríbese el órden y modo de ella, y la naturaleza de los cuerpos resucitados.

AHORA, hermanos, os renuevo la memoria del Evangelio, que os he predicado, que vosotros recibisteis, en el cual estais firmes,
2 Y por el cual sois salvados, si le conservais de la manera que os le prediqué, porque de otra suerte en vano habriais abrazado la fé.
3 En primer lugar pues os he enseñado lo mismo que yo aprendí: que Cristo murió por nuestros pecados, conforme á las Escrituras:
4 Y que fué sepultado, y que resucitó al tercer dia, segun las Escrituras:
5 Y que se apareció á Cefas, y despues á los doce:
6 Posteriormente se dejó ver de mas de quinientos hermanos juntos: de los cuales, aunque han muerto algunos, la mayor parte viven todavía:
7 Se apareció tambien á Santiago, y despues á los apóstoles todos:
8 Finalmente despues de todos se me apareció tambien á mí, que vengo á ser como un abortivo:
9 Siendo, como soy, el menor de los apóstoles, que ni merezco ser llamado apóstol, pues que perseguí la Iglesia de Dios.
10 Mas por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido estéril en mí, antes he trabajado mas copiosamente que todos: pero no yo, sino la gracia de Dios *que estuvo* conmigo:
11 Así que tanto yo, como ellos, esto es lo que predicamos, y esto habeis creido vosotros.
12 Ahora bien, si se predica á Cristo como resucitado de entre los muertos, ¿cómo es que algunos de vosotros andan diciendo, que no hay resurreccion de muertos?
13 Pues si no hay resurreccion de muertos, tampoco resucitó Cristo.
14 Mas si Cristo no resucitó, luego vana es nuestra predicacion, y vana es tambien vuestra fé:
15 A mas de eso somos convencidos de testigos falsos respecto á Dios: por cuanto hemos testificado diciendo que Dios resucitó á Cristo, al cual no ha resucitado, si los muertos no resucitan.
16 Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó.
17 Y si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe, y todavía estais en vuestros pecados.
18 Por consiguiente, aun los que murieron en Cristo. son perdidos.
19 Si nosotros solo tenemos esperanza en Cristo mientras dura

esta vida, somos los mas desdichados de todos los hombres.
20 Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos, y ha venido á ser como las primicias de los difuntos:
21 Porque así como por un hombre *vino* la muerte, por un hombre *vino* tambien la resurreccion de los muertos.
22 Que así como en Adam mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados.
23 Cada uno empero por su órden: Cristo las primicias; despues los que son de Cristo, á su venida.
24 El fin vendrá despues, cuando hubiere entregado el reino á su Dios y Padre, cuando habrá destruido todo imperio, y toda potencia, y toda dominacion.
25 Pues debe reinar hasta que haya puesto á todos sus enemigos debajo de sus piés.
26 Y la muerte será el último enemigo destruido.
27 Porque sujetó todas las cosas bajo los piés de el. Mas cuando dice que todas las cosas le están sujetas, sin duda queda esceptuado aquel que se las sujetó todas.
28 Y cuando ya todas las cosas estuvieren sujetas á él, entonces el Hijo mismo quedará sujeto al que se las sujetó todas, á fin de que Dios lo sea todo en todos.
29 ¶ De otra manera ¿qué harán aquellos que se bautizan por los difuntos, si absolutamente los muertos no resucitan? ¿por qué pues se bautizan por los muertos?
30 ¿Y á qué fin á toda hora nos esponemos nosotros á tantos peligros?
31 No hay dia, hermanos, en que yo no muera por gloria de vosotros, que tengo en Jesucristo, nuestro Señor.
32 ¿De qué me sirve si como hombre he combatido en Efeso contra bestias, si no resucitan los muertos? comamos y bebamos, puesto que mañana moriremos.
33 No deis lugar á la seduccion: las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres.
34 Salid de vuestro letargo para abrazar la justicia, y guardáos del pecado: porque hay algunos que no conocen á Dios, dígolo para confusion vuestra.
35 Pero ¿de qué manera resucitarán los muertos? me dirá alguno: ó ¿con qué cuerpo vendrán?
36 ¡Necio! lo que tú siembras no recibe vida, si primero no muere.
37 Y al sembrar, no siembras el cuerpo que ha de nacer, sino el grano desnudo, por ejemplo, de trigo, ó de alguna otra especie.
38 Sin embargo Dios le da cuerpo segun quiere: y á cada una de las semillas, el cuerpo que es propio de ella.
39 No toda carne es la misma carne: sino que una es la carne de los hombres, otra la de las bestias, otra la de los peces, y otra la de las aves.
40 Hay asimismo cuerpos celestes, y cuerpos terrestres: pero

una es la hermosura de los celestes, y otra la de los terrestres.
41 Una es la claridad del sol, otra la claridad de la luna, y otra la claridad de las estrellas. Y aun hay diferencia en la claridad entre estrella y estrella:
42 Así tambien la resurreccion de los muertos. Lo que se sembró en corrupcion, resucitará incorruptible.
43 Lo que fué sembrado en vileza, resucitará en gloria: lo que fué sembrado en flaqueza, resucitará vigoroso:
44 Sembróse un cuerpo animal, resucitará un cuerpo espiritual. Porque así como hay cuerpo animal, le hay tambien espiritual.
45 Asi pues está escrito: el primer hombre Adam fué formado en alma viviente, el postrer Adam en espíritu vivificante.
46 Pero lo espiritual no es lo primero, sino lo animal: y en seguida lo espiritual.
47 El primer hombre, siendo de la tierra, es terreno: el segundo hombre, el Señor, es del cielo.
48 Así como el terreno, tales *han sido* tambien los terrenos: y así como el celestial, tales son tambien los celestiales.
49 Segun esto, así como hemos llevado la imágen del terreno, llevaremos tambien la imágen del celestial.
50 Digo esto hermanos: que la carne y sangre no pueden heredar el reino de Dios; ni la corrupcion heredará la incorruptibilidad.
51 Ved aquí un misterio que voy á declararos: á la verdad, no todos moriremos, mas todos seremos mudados,
52 En un momento, en un abrir de ojos, al son de la última trompeta: porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán en un estado incorruptible, y nosotros seremos mudados.
53 Porque es necesario que este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad: y que este cuerpo mortal sea revestido de inmortalidad.
54 Mas cuando este cuerpo corruptible haya sido revestido de incorruptibilidad, y este cuerpo mortal haya sido revestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra escrita: La muerte ha sido absorvida por la victoria.
55 ¿Dónde está ¡oh muerte! tu aguijon? ¿dó está ¡oh infierno! tu victoria?
56 Aguijon de la muerte es el pecado: al paso que la fuerza del pecado es la ley.
57 Pero gracias á Dios, que nos ha dado la victoria por nuestro Señor Jesucristo.
58 Asi que, amados hermanos mios, estad firmes, y constantes, trabajando siempre mas y mas en la obra del Señor, pues que sabeis que vuestro trabajo no quedará sin recompensa delante del Señor.

CAPITULO XVI.

Exhorta á los Corintios á que hagan la colecta de limosnas para los pobres de la Iglesia de Jerusalem, y les recomienda á Timotéo y á otros discípulos.

EN cuanto á las limosnas que se recogen para los santos,

practicadlo en la misma forma
que yo he ordenado á las Igle-
sias de Galacia.
2 El primer dia de la semana
cada uno de vosotros ponga apar-
te, y tenga en reserva lo que pu-
diese, segun Dios le hubiere pros-
perado, para que no se aguarde á
hacer las colectas á mi llegada.
3 En estando yo presente, á
aquellos sugetos que me hubie-
reis designado por cartas, los
enviaré á llevar vuestras libe-
ralidades á Jerusalem.
4 Que si la cosa mereciere que
yo tambien vaya, irán conmigo.
5 Yo pasaré á veros, despues
de haber atravesado la Macedo-
nia: pues tengo de pasar por
dicha provincia.
6 Y quizá me detendré con voso-
tros, y pasaré tambien el invier-
no, para que vosotros me lleveis
á do quiera que hubiere de ir.
7 Porque esta vez no quiero vi-
sitaros solamente de paso, antes
espero detenerme algun tiempo
entre vosotros, si el Señor me lo
permitiere.
8 En Efeso me quedaré hasta
Pentecostes.
9 Porque se me ha abierto una
puerta grande, y de mucha efi-
cacia; si bien los adversarios
son muchos.
10 Si va á veros Timotéo, pro-
curad que esté sin recelo entre
vosotros: pues trabaja, como yo,
en la obra del Señor.
11 Por tanto ninguno le tenga
en poco; y despachadle en paz,
para que venga á verse conmigo,
pues le estoy aguardando con los
hermanos.
12 En cuanto á nuestro herma-
no Apolo os hago saber, que le
he instado mucho para que fuese
á vosotros con *algunos de* los her-
manos: pero no ha creido con-
veniente hacerlo ahora; mas él
irá, cuando tuviere oportunidad.
13 Velad: estad firmes en la
fé, trabajad varonilmente, y sed
fuertes.
14 Todas vuestras cosas há-
ganse con caridad.
15 Ya conoceis, hermanos, la
familia de Estéphanas, que es
las primicias de la Acaya, y que
se consagraron al servicio de los
santos:
16 Os ruego que tengais mucha
deferencia á estos tales, y á to-
dos los que cooperan, y traba-
jan.
17 Yo me huelgo con el arribo
de Estéphanas, y de Fortunato,
y de Achâico: ellos son los que
han suplido vuestra falta:
18 Recreando así mi espíritu
como el vuestro. Mostrad pues
reconocimiento á tales personas.
19 Las Iglesias de Asia os sa-
ludan. Os saludan mucho en el
Señor Aquila, y Priscilla, con la
Iglesia de su casa.
20 Todos los hermanos os salu-
dan. Saludáos vosotros unos á
otros con ósculo santo.
21 La salutacion de mí, Pablo,
va de propio puño.
22 El que no ama á nuestro
Señor Jesucristo, sea anatema,
Maran Atha.
23 La gracia de nuestro Señor
Jesucristo sea con vosotros.
24 Mi amor con todos vosotros
en Cristo Jesus. Amen.

EPISTOLA SEGUNDA DEL APOSTOL S. PABLO A LOS

CORINTIOS.

CAPITULO I.

Escúsase el Apóstol de no haber ido antes á visitarlos; despues de haceries ver la sinceridad de su corazon y de su doctrina.

PABLO, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y Timotéo hermano, á la Iglesia de Dios establecida en Corinto, y á todos los santos existentes en toda la Acaya.

2 Dios Padre nuestro y el Señor Jesucristo os den gracia y paz.

3 Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias, y Dios de toda consolacion,

4 El cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos tambien nosotros consolar á los que se hallan en cualquier trabajo, con la misma consolacion, con que nosotros somos consolados por Dios.

5 Porque á medida que se aumentan en nosotros las aflicciones de Cristo, se aumenta tambien nuestra consolacion por Cristo.

6 Porque si somos atribulados, lo somos para vuestra consolacion y salud, la cual se perfecciona con el sufrimiento de las mismas penas que tambien sufrimos nosotros: si somos confortados, lo somos para consolacion y salvacion vuestra.

7 De suerte que nuestra esperanza es firme por lo tocante á vosotros: sabiendo que así como sois compañeros en las penas, así lo sereis tambien en la consolacion.

8 Pues no queremos, hermanos, que ignoreis la tribulacion que padecimos en el Asia, los males de que nos vimos abrumados, tan escesivos y tan superiores á nuestras fuerzas, que temimos por nuestra misma vida.

9 Pero *si* sentimos pronunciar allá dentro de nosotros el fallo de nuestra muerte, *fué* á fin de que no pusiésemos nuestra confianza en nosotros, sino en Dios, que resucita á los muertos:

10 El cual nos ha librado, y nos libra de tan grave muerte, y en quien confiamos que todavía nos ha de librar,

11 Ayudándonos vosotros tambien con vuestras oraciones, á fin de que muchos den gracias del beneficio que gozamos, ya que es para bien de muchas personas.

12 Porque toda nuestra gloria consiste en el testimonio que nos da la conciencia, de haber procedido en este mundo con sencillez de corazon y sinceridad delante de Dios, no con la prudencia de la carne, sino segun la gracia de Dios; y especialmente entre vosotros.

13 Porque no os escribimos otra
cosa, sino lo que habeis leido
y conocido; y espero que lo
reconocereis hasta el fin,
14 Pues ya en parte habeis
reconocido que nosotros somos
vuestra gloria, como vosotros la
nuestra, en el dia de nuestro
Señor Jesus.
15 Y con esta confianza quise
primero ir á visitaros, á fin de
que recibieseis una segunda gra-
cia:
16 Y pasar desde ahí á Mace-
donia, y volver otra vez desde
Macedonia á vosotros, y ser de
vosotros encaminado á Judea.
17 Habiendo pues sido esta mi
voluntad, ¿acaso he usado de
ligereza? ¿O las cosas que re-
suelvo, las resuelvo á gusto de
la carne, de modo que ya diga
Sí, ya No?
18 Mas Dios verdadero me es
testigo de que en la palabra que
os he anunciado, nada ha habido
del Sí y del No.
19 Porque Jesucristo Hijo de
Dios, que os hemos predicado
nosotros, *esto es*, yo, y Silvano, y
Timotéo, no es tal que se hallen
en él el Sí y el No, sino que en
él todo es un Sí invariable.
20 Pues todas cuantas promesas
hay de Dios, son Sí en él, y en él
Amen, para gloria de Dios por
nosotros.
21 Así Dios es el que á noso-
tros con vosotros nos confirma
en Cristo, y el que nos ha un-
gido:
22 El que asimismo nos ha
sellado, y dado la prenda del
Espíritu en nuestros corazones.
23 Por lo que á mí hace tomo
á Dios por testigo sobre mi alma,
que el no haber pasado todavía
á Corinto, ha sido para ser in-
dulgente con vosotros.
24 No porque dominemos en
vuestra fé, al contrario procura-
mos contribuir á vuestro gozo;
puesto que permaneceis firmes
por la fé.

CAPITULO II.

Manda restituir al incestuoso arrepentido á la comunion de la Iglesia; y con indulgencia paternal y autoridad apostólica en nombre de Cristo le alza la pena impuesta.

POR lo mismo he resuelto para
conmigo, no ir nuevamente
á veros en tristeza.
2 Porque si yo voy á contris-
taros, ¿quién despues me ha de
alegrar, sino vosotros mismos que
os hallaríais contristados por mí?
3 Y esta es la causa de haberos
escrito, para no tener, en llegan-
do, tristeza sobre tristeza por
aquellos mismos que debieran
causarme gozo: confiando en
que todos vosotros hallais vues-
tra alegría en la mia.
4 A la verdad que os escribí
en estremo afligido, con un co-
razon angustiado y con muchas
lágrimas: no para contristaros,
sino para haceros conocer el
amor tan singular que os tengo.
5 Que si alguno ha sido causa
de tristeza, no me la ha causado
sino en parte: para que no os
recargue á todos vosotros.
6 Bástale al tal esa correccion,
hecha por muchos.
7 Ahora por el contrario debeis
usar con él de indulgencia, y

consolarle, porque quizá con la
demasiada tristeza no acontezca
que ese tal se desanime.
8 Por lo cual os suplico que
ratifiqueis con él la caridad.
9 Que aun por eso os he escrito
para conocer por esperiencia,
si sois obedientes en todas las
cosas.
10 Lo que vosotros le concediereis
por indulgencia, yo se lo concedo
tambien: porque si yo mismo
uso de indulgencia, uso de
ella por amor vuestro en persona
de Cristo.
11 A fin de que Satanas no
consiga ventaja alguna sobre
nosotros: pues no ignoramos sus
maquinaciones.
12 Yo cuando vine á Troade á
predicar el Evangelio de Cristo,
en medio de haberme abierto el
Señor una entrada,
13 No tuvo sosiego mi espíritu,
porque no hallé á mi hermano
Tito, y así despidiéndome de
ellos, partí para Macedonia.
14 Pero gracias á Dios, que
siempre nos hace triunfar en
Cristo, y derrama por medio de
nosotros en todas partes el olor
del conocimiento de si mismo:
15 Porque nosotros somos el
buen olor de Cristo delante de
Dios, así para los que se salvan,
como para los que se pierden:
16 Para los unos olor mortífero
que les ocasiona la muerte; mas
para los otros olor vivificante que
les causa la vida. ¿Y quién
será idóneo para un tal ministerio?
17 Pero no somos nosotros como
muchos que adulteran la palabra
de Dios, sino que hablamos de
Cristo con sinceridad, como de
parte de Dios, y en la presencia
de Dios.

CAPITULO III.

Escelencia de la ley de gracia comparada con la ley escrita. El velo que cubre á los Judíos la inteligencia de las Escrituras, solamente se quita con la fé en Jesucristo.

¿EMPEZAMOS ya otra vez
á alabarnos á nosotros
mismos? ó ¿necesitamos (como
algunos) cartas de recomendacion
para vosotros, ó que vosotros nos
las deis?
2 Vosotros mismos sois nuestra
carta, escrita en nuestros corazones,
conocida y leida de todos
los hombres:
3 Manifestándose que vosotros
sois carta de Cristo, hecha por
nuestro ministerio, y escrita no
con tinta, sino con el Espíritu
de Dios vivo: no en tablas de
piedra, sino en las tablas de
carne del corazon.
4 Tal confianza tenemos en
Dios por Cristo:
5 No porque seamos suficientes
por nosotros mismos para concebir
algun pensamiento, como de
nosotros mismos: sino que nuestra
suficiencia viene de Dios:
6 El que asimismo nos ha hecho
idóneos ministros del nuevo
testamento; no de la letra, sino
del espíritu: porque la letra mata,
mas el espíritu vivifica.
7 Que si el ministerio de muerte,
grabado con letras sobre piedras,
fué tan glorioso que no podian
los hijos de Israél fijar la
vista en el rostro de Moisés por

el resplandor de su cara, el cual
no era duradero :
8 ¿ Cómo no ha de ser mas glo-
rioso el ministerio del Espíritu ?
9 Porque si el ministerio de
condenacion fué con tanta gloria,
mucho mas glorioso es el minis-
terio de la justicia.
10 Y aun lo que ha habido de
glorioso por aquel lado, no ha
sido una verdadera gloria, si se
compara con la escelente gloria
de este otro.
11 Porque si lo anulado estuvo
en gloria, lo que subsiste debe
ser mucho mas glorioso.
12 Teniendo pues tal esperan-
za, nosotros os hablamos con toda
libertad :
13 Y no hacemos como Moisés,
que ponia un velo sobre su ros-
tro, para que los hijos de Israél
no viesen el fin de lo que habia
de ser abolido.
14 Y así sus sentidos quedaron
embotados : porque hasta el dia
de hoy este mismo velo perma-
nece en la lectura del antiguo
testamento sin ser alzado : este
velo es quitado por Cristo.
15 Y aun hasta el dia de hoy
cuando leen á Moisés, cubre un
velo su corazon.
16 Pero en convirtiéndose al
Señor, se quitará el velo,
17 Porque el Señor es el Espí-
ritu : y donde está el Espíritu
del Señor, allí hay libertad.
18 Y así es que todos nosotros,
contemplando á cara descubierta
la gloria del Señor, somos trans-
formados en la misma imágen
de claridad en claridad, como
por el Espíritu del Señor.

CAPITULO IV.

La virtud y eficacia del Evangelio es mas admirable predicándole los apóstoles, hombres fragiles, y contínuamente atribulados. Conducta de San Pablo llena de sinceridad. Los apóstoles abrumados de trabajos, pero llenos de esperanza. Los males de esta vida son momentáneos ; los bienes de la otra, eternos.

POR lo cual teniendo nosotros
este ministerio, en virtud de
la misericordia que hemos alcan-
zado, no decaemos de ánimo,
2 Antes bien desechamos disi-
mulos vergonzosos, no procedien-
do con artificio, ni alterando la
palabra de Dios, sino haciéndo-
nos, ante Dios, recomendables á
todos los hombres por la mani-
festacion de la verdad.
3 Que si todavía nuestro Evan-
gelio está encubierto, es para los
que se pierden, para quienes está
encubierto :
4 Para esos incrédulos, cuyos
entendimientos ha cegado el dios
de este siglo, para que no les
alumbre la luz del Evangelio de
la gloria de Cristo, el cual es la
imágen de Dios.
5 Porque no nos predicamos á
nosotros mismos, sino á Cristo
Jesus el Señor, y nosotros siervos
vuestros por amor de Jesus :
6 Porque Dios, que dijo que la
luz saliese de en medio de las
tinieblas, él mismo ha hecho bri-
llar su claridad en nuestros co-
razones, á fin de que nosotros
podamos iluminar por medio del
conocimiento de la gloria de Dios,
segun que ella resplandece en
Jesucristo.
7 Mas este tesoro le llevamos

en vasos de barro; para que se reconozca que la grandeza del poder es de Dios, y no nuestra.
8 Nos vemos acosados de toda suerte de tribulaciones, pero no por eso perdemos el ánimo: nos hallamos en apuros, pero no desesperamos.
9 Somos perseguidos, mas no abandonados: abatidos, mas no perdidos:
10 Traemos siempre en nuestro cuerpo la mortificacion del Señor Jesus, á fin de que la vida de Jesus se manifieste tambien en nuestros cuerpos.
11 Porque nosotros, bien que vivimos, somos contínuamente entregados en manos de la muerte por amor de Jesus: para que la vida de Jesus se manifieste asimismo en nuestra carne mortal.
12 Así es que la muerte obra en nosotros, mas en vosotros la vida.
13 Pero teniendo un mismo espíritu de fé, segun está escrito: Creí, por eso hablé: nosotros tambien creemos, y por eso hablamos:
14 Estando ciertos de que quien resucitó al Señor Jesus, nos resucitará tambien á nosotros por Jesus, y nos presentará con vosotros.
15 Pues todas las cosas se hacen por causa de vosotros: á fin de que la gracia esparcida con abundancia, sirva á aumentar la gloria de Dios por medio de las acciones de gracias que le tributarán muchos.
16 Por lo cual no desmayamos: antes aunque en nosotros el hombre esterior se vaya desmoronando: sin embargo el interior se va renovando de dia en dia.
17 Porque las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente, nos producen el eterno peso de una sublime é incomparable gloria:
18 Y así no ponemos nosotros la mira en las cosas visibles, sino en las invisibles. Porque las que se ven, son transitorias; mas las que no se ven, son eternas.

CAPITULO V.

Como la tierra es un destierro, y el cielo nuestra patria. Por Jesucristo, juez de todos, somos reconciliados con Dios, siendo los apóstoles sus embajadores.

SABEMOS tambien, que si esta casa terrestre en que habitamos viene á destruirse, nos dará Dios en el cielo otra casa, no hecha de mano de hombre, y que durará eternamente.
2 Que aun por eso suspiramos, deseando la sobrevestidura de nuestra habitacion celestial:
3 Si es que fuéremos hallados vestidos, y no desnudos.
4 Así que mientras nos hallamos en este tabernáculo, gemimos agoviados: pues no querríamos vernos despojados sino ser revestidos; de manera que la vida absorva lo que hay de mortalidad en nosotros.
5 Y el que nos formó para esto mismo, es Dios, el cual nos ha dado su Espíritu por prenda.
6 Por esto siempre estamos llenos de confianza, y sabemos que

mientras habitamos en este cuerpo, estamos distantes del Señor:
7 (Porque caminamos por la fé, y no por la vista)
8 Mas teniendo tal confianza, preferimos el ser separados del cuerpo, á fin de gozar de la presencia del Señor.
9 Por esta razon todo nuestro conato consiste en hacernos agradables al Señor, ora habitemos en el cuerpo, ora salgamos de él;
10 Siendo como es forzoso, que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba el pago debido á las buenas, ó malas acciones, que habrá hecho mientras ha estado revestido de su cuerpo.
11 Sabiendo pues el temor que se debe al Señor, persuadimos á los hombres, y Dios conoce lo que somos. Y aun creo que tambien somos conocidos de vosotros, allá en vuestro interior.
12 No es esto repetiros nuestras alabanzas, sino daros ocasion de gloriaros en nuestra causa: para que tengais que responder á los que se glorían del esterior, y no en el corazon.
13 Pues nosotros si estáticos nos enagenamos, es por respeto á Dios: si nos moderamos, es por vosotros.
14 Porque la caridad de Cristo nos urge, al considerar que si uno murió por todos, luego es consiguiente que todos murieron:
15 Y que Cristo murió por todos, para que los que viven, no vivan ya para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos.
16 Por esta razon nosotros de ahora en adelante no conocemos á nadie segun la carne. Y si antes conocimos á Cristo en cuanto á la carne, mas ahora ya no le conocemos.
17 Por tanto, si alguno está en Cristo, él es una nueva criatura: acabóse lo que era viejo; todas las cosas vienen á ser nuevas.
18 Y todo viene de Dios, que nos ha reconciliado consigo por medio de Jesucristo: y á nosotros nos ha confiado el ministerio de la reconciliacion:
19 A saber, que Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo, no imputándoles á ellos sus delitos; y él nos ha encargado á nosotros el predicar la reconciliacion.
20 Somos pues embajadores en nombre de Cristo, y es Dios el que os exhorta por medio de nosotros. Os rogamos pues en nombre de Cristo, que os reconcilieis con Dios:
21 El cual por amor de nosotros ha tratado á aquel que no conocia el pecado, como si hubiese sido el pecado mismo, con el fin de que nosotros viniésemos á ser en él justicia de Dios.

CAPITULO VI.

El modo de proceder de los ministros evangélicos; y aviso á los fieles de no mezclarse con los infieles.

Y ASI nosotros como cooperadores, os exhortamos á no recibir en vano la gracia de Dios.
2 Pues él mismo dice: Al tiempo oportuno te oí, y en el dia de la salvacion te dí auxilio. Lle-

gado es ahora el tiempo favorable, llegado es ahora el dia de la salvacion:
3 Nosotros no damos á nadie motivo alguno de escándalo, para que no sea vituperado nuestro ministerio:
4 Antes bien portámonos en todas cosas, como deben portarse los ministros de Dios, con mucha paciencia en medio de tribulaciones, de necesidades, de angustias,
5 De azotes, de cárceles, de sediciones, de trabajos, de vigilias, de ayunos;
6 Con pureza, con doctrina, con longanimidad, con mansedumbre, con Espíritu Santo, con caridad sincera,
7 Con palabras de verdad, con fortaleza de Dios, con las armas de la justicia á la diestra, y á la siniestra;
8 En medio de honras y deshonras: de infamia, y de buena fama: tenidos por embaidores, siendo verídicos:
9 Por desconocidos, aunque muy conocidos: como moribundos, siendo así que vivimos: como castigados, mas no muertos:
10 Como melancólicos, estando siempre alegres: como menesterosos, siendo así que enriquecemos á muchos: como que nada tenemos, y todo lo poseemos.
11 Nuestra boca, ó Corintios, está abierta para vosotros, y nuestro corazon se ensancha.
12 No estais estrechos en nosotros: mas vuestras entrañas están cerradas.
13 Volvedme pues amor por amor: os hablo como á hijos, ensancháos tambien vosotros.
14 No querais unciros en yugo con los infieles. Porque ¿qué tiene que ver la justicia con la iniquidad? ¿Y qué compañia puede haber entre la luz y las tinieblas?
15 ¿O qué concordia entre Cristo y Belial? ¿O qué parte tiene el fiel con el infiel?
16 ¿O qué consonancia entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois templo de Dios vivo, segun aquello que dice Dios: Habitaré dentro de ellos, y en medio de ellos andaré, y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo.
17 Por lo cual salid vosotros de entre tales, y separáos, dice el Señor, y no tengais contacto con la inmundicia, que yo os acogeré.
18 Yo seré vuestro padre, y vosotros sereis mis hijos y mis hijas, dice el Señor todo-poderoso.

CAPITULO VII.

Muestras del amor entrañable entre San Pablo y los Corintios. La tristeza que les ocasionó les fué muy saludable.

TENIENDO pues, carísimos mios, tales promesas, purifiquémonos de cuanto mancha la carne y el espíritu, perfeccionando nuestra santificacion con el temor de Dios.
2 Dadnos cabida. Nosotros á nadie hemos injuriado, á nadie pervertido, á nadie hemos engañado.
3 No lo digo por tacharos á

vosotros: porque ya os dije antes de ahora que os tenemos en el corazon, prontos á morir, ó á vivir en vuestra compañía.
4 Grande es la confianza que de vosotros tengo, muchos los motivos de gloriarme en vosotros; estoy inundado de consuelo, reboso de gozo en medio de todas mis tribulaciones.
5 Pues desde que llegamos á Macedonia, no hemos tenido sosiego ninguno segun la carne, sino que hemos sufrido toda suerte de tribulaciones: combates por defuera, por dentro temores.
6 Pero Dios que consuela á los que se hallan abatidos, nos ha consolado con la venida de Tito.
7 No solo con su venida, sino tambien con la consolacion que él ha recibido de vosotros, cuyo gran deseo, y el llanto, y la ardiente aficion que me teneis, él nos ha referido, de suerte que se ha aumentado mucho mi gozo.
8 Por lo que si bien os contristé con mi carta, no me pesa (aunque al pronto me pesó), porque veo que si aquella carta os contristó, solo fué por corto tiempo.
9 Al presente me alegro, no de la tristeza que tuvisteis, sino de que vuestra tristeza fué para arrepentimiento. De modo que la tristeza que habeis tenido ha sido segun Dios, y así ningun daño os hemos causado.
10 Puesto que la tristeza que es segun Dios, produce un arrepentimiento constante para la salud: cuando la tristeza del siglo causa la muerte.
11 Y si no ved lo que ha producido en vosotros esa tristeza segun Dios, que habeis sentido: ¿qué solicitud, qué cuidado en justificaros, qué indignacion, qué temor, qué deseo, qué zelo, qué ardor para castigar el delito? Vosotros habeis hecho ver en todo, que estais inocentes en este negocio.
12 Así pues, aunque os escribí, no fué por causa del que hizo la injuria, ni por el que la padeció: sino para manifestar el cuidado que tenemos de vosotros en la presencia de Dios.
13 Por eso nos hemos consolado en el consuelo vuestro: sobre todo nos ha llenado de gozo el contento de Tito, porque todos vosotros habeis contribuido á recrear su espíritu:
14 Por donde si en algo me he gloriado con él de vosotros, no me avergüenzo: sino que así como en todas las cosas os hemos dicho la verdad, así tambien se ha hallado verdadero el elogio, que hicimos á Tito,
15 Cuyo entrañable amor para con vosotros se aumenta mas y mas, al acordarse de la obediencia de todos vosotros, y del temor y reverencia con que le recibisteis.
16 Huélgome pues de que en todo tengo confianza en vosotros.

CAPITULO VIII.

Con el ejemplo de los Macedonios exhorta el Apóstol á los Corintios á contribuir con largas limosnas al socorro de los pobres cristianos de Jerusalem.

AHORA os hacemos saber, hermanos, la gracia que

Dios ha concedido á las Iglesias
de Macedonia:
2 Como han sido colmados de
gozo en grande prueba de tribu-
laciones; y que su estrema po-
breza ha derramado con abun-
dancia las riquezas de su libe-
ralidad:
3 Porque les doy el testimonio
de que voluntariamente han dado
lo que han podido, y aun mas
de lo que podian,
4 Rogándonos con muchas ins-
tancias que aceptásemos sus li-
mosnas, y el contribuir por su
parte al socorro que se da á los
santos.
5 Y no solamente han hecho lo
que de ellos esperábamos, sino
que se han entregado á sí mis-
mos, primeramente al Señor, y
despues á nosotros mediante la
voluntad de Dios:
6 Y por esto hemos rogado á
Tito, que conforme ha comenza-
do, acabe tambien en vosotros
esta buena obra:
7 A fin de que, siendo como
sois, ricos en todas cosas, en fé,
en palabra, en ciencia, en toda
solicitud, y ademas de eso en el
amor que nos teneis, lo seais
tambien en esta gracia.
8 No lo digo como con imperio:
sino por ocasion de la solicitud de
los otros, y para esperimentar
vuestra sincera caridad.
9 Porque bien sabeis la gracia
de nuestro Señor Jesucristo, el
cual siendo rico, se hizo pobre
por vosotros, á fin de que voso-
tros fueseis ricos por medio de
su pobreza.
10 Y así os doy consejo en esto,
como cosa que os importa: pues-
to que no solo ya lo comenzasteis
á hacer, sino que vosotros mis-
mos formasteis el designio de
hacerlo, desde el año pasado:
11 Pues ahora cumplidlo de
hecho: para que así como vues-
tro ánimo es pronto en querer,
así lo sea tambien en ejecutar
segun las facultades que teneis.
12 Porque cuando un hombre
tiene gran voluntad, se le acep-
ta, exigiendo de él lo que puede,
y no lo que no puede.
13 Que no se pretende que los
otros tengan holganza, y voso-
tros estrechez;
14 Antes bien, para que haya
igualdad, supla al presente vues-
tra abundancia la necesidad de
los otros: para que asimismo su
abundancia sea suplemento á
vuestra indigencia; de donde re-
sulte igualdad.
15 Segun está escrito: el que
recogia mucho, no se hallaba con
mas: ni con menos, el que re-
cogia poco.
16 Pero gracias á Dios, que ha
inspirado en el corazon de Tito
este mismo zelo por vosotros.
17 Pues á la verdad recibió
mis ruegos: mas él hallándose
muy dispuesto, de su propia vo-
luntad partió para vosotros.
18 Os hemos tambien enviado
con él al hermano, que se ha
hecho célebre en todas las Igle-
sias por el Evangelio:
19 Y el cual, ademas de eso, ha
sido escogido por las Iglesias
para acompañarnos en nuestros
viages á este socorro, que admi-
nistramos para gloria del Señor,

y para hacer patente vuestra pronta voluntad.

20 Con lo que tiramos á evitar que ninguno nos pueda vituperar, con motivo de la administracion de este caudal.

21 Pues atendemos á portarnos bien no solo delante del Señor, sino tambien delante de los hombres.

22 Enviamos asimismo con estos á nuestro hermano, á quien hemos esperimentado lleno de zelo en muchas ocasiones: y que ahora lo estará aun mas en la presente por la gran confianza que nos inspirais.

23 Por lo que hace á Tito, él es mi socio y coadjutor entre vosotros; en cuanto á los otros hermanos, ellos son los legados de las Iglesias y la gloria de Cristo.

24 Dadles pues á vista de las Iglesias pruebas de vuestra caridad, y de la razon que tenemos para gloriarnos acerca de vosotros.

CAPITULO IX.

Prosigue la misma exhortacion con nuevas razones; en las que da el Apóstol algunos avisos sobre la limosna, y dice que se debe dar con gusto.

PORQUE en órden á la asistencia que se dispone á favor de los santos, para mí es por demas el escribiros.

2 Pues sé bien la prontitud de vuestro ánimo: de la cual me glorío entre los Macedonios, en atencion á que la Acaya está ya pronta desde el año pasado, y que vuestro zelo ha escitado á muchos.

3 Sin embargo he enviado á esos hermanos, á fin de que no en vano me haya gloriado de vosotros en esta parte, y para que esteis prevenidos, como yo he dicho.

4 No sea que cuando vinieren los de Macedonia conmigo, os hallasen desprevenidos, y tuviésemos nosotros (por no decir vosotros) que avergonzarnos por esta causa.

5 Por tanto he juzgado necesario rogar á dichos hermanos, que se adelanten, y dispongan que esa limosna de antemano prometida esté á punto; á fin de que sea don como de caridad, y no como de avaricia.

6 Mas digo esto: Que quien escasamente siembra, cogerá tambien escasamente: y quien siembra con generosidad, cogerá tambien con abundancia.

7 Haga cada cual conforme lo ha resuelto en su corazon, no de mala gana, ó como por fuerza: porque Dios ama al que da con alegría.

8 Por lo demas poderoso es Dios para colmaros de todo bien: de suerte que teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, esteis sobrados para toda especie de buenas obras;

9 (Segun lo que está escrito: Derramó; dió á los pobres; su justicia dura por los siglos de los siglos.

10 Que el que provee de simiente al sembrador, os dé tambien pan que comer, y multiplique vuestra sementera, y haga crecer mas y mas los frutos de vuestra justicia:)

11 Para que siendo ricos en todo, abundeis en toda liberalidad, la cual nos hará tributar á Dios acciones de gracias.

12 Porque la distribucion de esta oblacion no solo remedia las necesidades de los santos, sino que tambien redunda mucho en acciones de gracias al Señor,

13 Pues los santos con la esperiencia de este servicio glorifican á Dios por la sumision que mostrais al Evangelio de Cristo, y por vuestra sincera liberalidad para con ellos, y para con todos;

14 Y con las oraciones que hacen por vosotros, los cuales os aman, á causa de la eminente gracia que habeis recibido de Dios.

15 Sea pues Dios loado por su don inefable.

CAPITULO X.

Conducta de San Pablo contrapuesta á la de los falsos apóstoles, los cuales calumniándole, impedian el fruto de su predicacion.

MAS yo Pablo, aquel mismo que parezco tan humilde estando entre vosotros, pero que ausente soy para con vosotros osado, os suplico por la mansedumbre y modestia de Cristo,

2 Os suplico, *digo*, que no me vea obligado, cuando esté entre vosotros, á obrar con esa osadía que se me atribuye, con respecto á ciertos, que se imaginan que procedemos segun la carne.

3 Porque aunque vivimos en carne, no militamos segun la carne,

4 (Pues las armas con que combatimos no son carnales, sino que son poderosísimas en Dios para derrocar fortalezas,)

5 Destruyendo proyectos, y toda altanería que se engríe contra la ciencia de Dios, y cautivando todo entendimiento á la obediencia de Cristo,

6 Y teniendo á mano el vengar toda desobediencia, cuando fuere cumplida vuestra obediencia.

7 ¿Mirais las cosas segun lo que aparecen en el esterior? Pues si alguno se precia de ser de Cristo, considere asimismo para consigo, que así como él es de Cristo, tambien lo somos nosotros.

8 Porque, aun cuando yo me gloriase un poco mas de la potestad que el Señor nos dió para vuestra edificacion, y no para vuestra ruina, no tendría de qué avergonzarme.

9 Pero porque no parezca que pretendo como aterraros con cartas:

10 Ya que ellos andan diciendo: Las cartas, sí, son graves y vehementes; mas el aspecto de la persona es ruin, y despreciable su lenguage:

11 Sepa aquel que así habla, que cuando nos hallemos presentes, obraremos de la misma manera que hablamos en nuestras cartas, estando ausentes.

12 A la verdad no nos atrevemos á ponernos en la clase de ciertos que se ensalzan á sí mismos, ni á compararnos con ellos: mas midiéndose á sí mismos por sí mismos, y comparándose consigo mismos, son unos insensatos.

13 Por tanto no nos gloriaremos desmesuradamente, sino á medida de la regla que Dios nos ha dado, medida que alcanza hasta vosotros.

14 Porque no nos hemos escedido, como si no alcanzásemos hasta vosotros: puesto que hasta vosotros hemos llegado en *predicar* el Evangelio de Cristo.

15 Ni nos gloriamos desmesuradamente atribuyéndonos las fatigas de otros: esperamos sí, que yendo vuestra fé en aumento, haremos sin salir de nuestros límites mayores progresos entre vosotros,

16 Llevando tambien el Evangelio á otras partes que están mas allá de vosotros, sin gloriarnos de aquello que esté cultivado bajo la direccion de otros.

17 Por lo demas el que se gloría, gloríese en el Señor.

18 Pues no es aprobado quien se abona á sí mismo; sino aquel á quien el Señor abona.

CAPITULO XI.

Prosigue su discurso contra los falsos apóstoles gloriándose de que ha ejercido su ministerio sin recibir ningun socorro, y de los trabajos que ha sufrido.

¡OH si soportaseis por un poco mi indiscrecion! Mas, sí, soportadme;

2 Ya que soy zeloso de vosotros con zelo de Dios. Pues que os tengo desposados con un único esposo, para presentaros como una vírgen pura á Cristo.

3 Mas temo, que así como la serpiente engañó á Eva con su astucia, así sean maleados vuestros sentidos, y degeneren de la sencillez propia de Cristo.

4 A la verdad si el que va os anunciase otro Jesus, que nosotros no hemos predicado; ú os hiciese recibir otro espíritu que no habeis recibido; ú otro Evangelio que no habeis abrazado, bien le toleraríais.

5 Mas yo en nada pienso haber sido menos que los grandes apóstoles.

6 Porque aunque yo sea tosco en el hablar, no lo soy ciertamente en la ciencia: en fin en todo nos hemos dado bien á conocer á vosotros.

7 ¿Acaso habré cometido una falta cuando, por ensalzaros á vosotros, me he humillado yo mismo, predicándoos gratuitamente el Evangelio de Dios?

8 He despojado á otras Iglesias, tomando *de ellas* asistencias para serviros á vosotros.

9 Y estando yo con vosotros, y necesitado, á nadie fuí gravoso: proveyéndome de lo que me faltaba los hermanos venidos de Macedonia: y en todo me guardé de serviros de carga, y me guardaré.

10 Por la verdad de Cristo que está en mí, que no tendrá mengua en mí esta gloria en las regiones de Acaya.

11 ¿Y por qué? ¿será porque no os amo? Dios lo sabe.

12 Pero yo hago esto, y lo haré, á fin de quitar una ocasion á aquellos que la buscan; á fin de que en aquello de que se glorian, sean hallados semejantes á nosotros.

13 Pues los tales falsos apóstoles, son operarios engañosos, que se disfrazan de apóstoles de Cristo.

14 Y no es de estrañar: pues el mismo Satanas se transforma en ángel de luz:

15 Así no es mucho que sus ministros se transfiguren en ministros de justicia; mas su paradero será conforme á sus obras.

16 Vuelvo á repetir, (no me tenga ninguno por imprudente, ó á lo menos sufridme como si lo fuese, y permitidme que me alabe todavía algun tanto,)

17 Lo que voy á decir respecto á esta materia de gloria, yo no lo digo segun el Señor, sino como por imprudencia.

18 Mas ya que muchos se glorían segun la carne, yo tambien me gloriaré.

19 Puesto que siendo como sois prudentes, aguantais sin pena á los imprudentes.

20 Porque vosotros aguantais á quien os reduce á esclavitud, á quien os devora, á quien toma vuestros bienes, á quien se ensalza, á quien os hiere en el rostro.

21 Digo esto con confusion mia, como si en esta parte hubiésemos flaqueado. En cualquiera otra cosa de que alguno presumiere, (hablo sin cordura) no menos presumo yo:

22 ¿Son Hebréos? yo tambien lo soy: ¿Son Israelitas? tambien yo: ¿Son del linage de Abraham? tambien lo soy yo:

23 ¿Son ministros de Cristo? (aunque me espongo á pasar por imprudente) diré que yo lo soy mas que ellos: en muchísimos mas trabajos, en azotes sin medida, mas en las cárceles, en riesgos de muerte frecuentemente.

24 Cinco veces recibí de los Judíos cuarenta azotes menos uno.

25 Tres veces fuí azotado con varas, una vez apedreado, tres veces naufragué, estuve una noche y un dia hundido en alta mar.

26 En viages muchas veces, en peligros de rios, peligros de ladrones, peligros de los de mi nacion, peligros de los Gentiles, peligros en poblado, peligros en despoblado, peligros en la mar, peligros entre falsos hermanos:

27 En trabajos, y miserias, en muchas vigilias, en hambre, y sed, en muchos ayunos, en frio, y desnudez:

28 Fuera de estas cosas esteriores, cargan sobre mí las ocurrencias de cada dia, por la solicitud de todas las Iglesias.

29 ¿Quién enferma, que no enferme yo con él? ¿quién es escandalizado, que yo no me requeme?

30 Si es preciso gloriarse de alguna cosa, me gloriaré de aquellas que son propias de mi flaqueza.

31 El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que es para siempre bendito, sabe que no miento.

32 Estando en Damasco, el gobernador de la provincia por el rey Aretas, tenia puestas guardias á la ciudad para prenderme:

33 Mas por una ventana fuí

descolgado del muro abajo en un
seron, y así escapé de sus manos.

CAPITULO XII.

En prueba de la verdad y escelencia de su apostolado, refiere San Pablo sus visiones y revelaciones; y concluye manifestando su amor á los Corintios.

A LA verdad, que no me conviene gloriarme; mas haré mencion de las visiones y revelaciones del Señor.
2 Yo conozco á un hombre en
Cristo, que catorce años ha (si en cuerpo, ó fuera del cuerpo no lo sé, sábelo Dios) fué arrebatado hasta el tercer cielo.
3 Y sé que el mismo hombre,
(si en cuerpo, ó fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe)
4 Fué arrebatado al paraiso:
donde oyó palabras inefables, que no es lícito á un hombre proferir.
5 De este tal me gloriaré: mas
en cuanto á mí de nada me gloriaré, sino de mis flaquezas.
6 Empero si quisiese gloriarme,
no seria imprudente, porque diria verdad: pero me contengo, á fin de que nadie forme de mí un concepto superior á aquello que en mí vé, ó de mí oye.
7 Y para que la grandeza de
las revelaciones no me desvanezca, me ha sido plantada una espina en la carne, un enviado de Satanas, que me abofetee, para que yo no me engría.
8 Sobre lo cual por tres veces
pedí al Señor que le apartase de mí:
9 Y respondióme: Bástate mi
gracia: porque mi virtud se perfecciona en la enfermedad. Así que, con gusto me gloriaré de mis enfermedades, para que haga morada en mí la virtud de Cristo.
10 Por cuya causa yo siento
satisfaccion en mis enfermedades, en los ultrages, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias por amor de Cristo: pues cuando estoy débil, entonces soy mas fuerte.
11 Estoy hecho un mentecato
en gloriarme; mas vosotros me habeis forzado á serlo. Porque á vosotros os tocaba el volver por mí: puesto que en ninguna cosa he sido inferior á los mas aventajados apóstoles; aunque nada soy.
12 Sin embargo yo os he dado
señales de mi apostolado con toda paciencia, con milagros, con prodigios, y virtudes.
13 Y en verdad, ¿qué habeis
tenido vosotros de menos que las otras Iglesias, sino es que yo no os he sido gravoso? Perdonadme este agravio.
14 Hé ahí que por tercera vez
me dispongo para ir á vosotros, y tampoco os ocasionaré gravámen: porque á vosotros os busco yo, no vuestros bienes: atento á que no son los hijos los que deben atesorar para los padres, sino los padres para los hijos.
15 Yo gustosísimo espenderé
cuanto tengo, y aun me entregaré á mí mismo por vuestras almas; á pesar de que cuanto mas os quiero, soy menos querido de vosotros.
16 Mas sea así: yo no os he

gravado: pero como soy astuto os he cogido con maña.

17 *Mas* ¿acaso por medio de alguno de mis enviados, os he yo sonsacado algo?

18 Rogué á Tito, y con él envié á un hermano ¿Por ventura Tito os ha estafado? ¿No procedimos con el mismo espíritu? ¿no seguimos las mismas pisadas?

19 ¿Pensais que aun ahora nos escusamos con vosotros? Delante de Dios hablamos y segun Cristo: y todo, carísimos, para edificacion vuestra.

20 Porque temo, que cuando vaya, no os halle tales como yo quiero, y á mí me veais cual no quereis: que por desgracia haya quizá entre vosotros contiendas, envidias, animosidades, discordias, detracciones, chismes, hinchazones, bandos:

21 Y no sea que cuando yo vaya me humille de nuevo Dios entre vosotros; y tenga que llorar á muchos de los que antes pecaron, y todavía no se han arrepentido de la impureza y fornicacion, y deshonestidad que han cometido.

CAPITULO XIII.

Amenaza el Apóstol con graves castigos á los que no se hubieren enmendado; y concluye con una exhortacion general.

MIRAD que por tercera vez voy á vosotros: por el dicho de dos ó tres testigos se decidirá todo.

2 Ya lo he dicho, y lo digo todavía, como si estuviese presente, otra vez; y ahora estando ausente, lo escribo á los que antes pecaron y á todos los demas, que si vuelvo, no perdonaré á nadie:

3 Ya que quereis una prueba de que Cristo habla por mí: el cual no ha mostrado entre vosotros flaqueza, sino poder y virtud.

4 Porque si bien fué crucificado como flaco, no obstante vive por la virtud de Dios. Así tambien nosotros somos flacos con él; pero estaremos vivos con él por la virtud de Dios entre vosotros.

5 Examináos á vosotros mismos para ver si estais en la fé: haced prueba de vosotros. ¿Por ventura no conoceis en vosotros mismos que Jesucristo está en vosotros? á no ser que quizá esteis reprobados.

6 Mas yo espero que reconocereis, que nosotros no estamos reprobados.

7 Y ruego á Dios que no cometais mal ninguno, no para aparecer nosotros aprobados; sino á fin de que obreis lo que es bueno: aun cuando nosotros hubiésemos de parecer reprobados.

8 Porque nada podemos contra la verdad, sino á favor de la verdad.

9 Así es que nos gozamos de que esteis fuertes, y que nosotros parezcamos flacos: y aun pedimos por vuestra perfeccion.

10 Por tanto os escribo estas cosas estando ausente, á fin de que presente, no haya de proceder con rigor, usando de la potestad que el Señor me ha dado

para edificacion, y no para destruccion.
11 Por lo demas, hermanos, estad alegres, sed perfectos, exhortáos los unos á los otros, sentid una misma cosa, vivid en paz, y el Dios de la paz, y de la caridad será con vosotros.
12 Saludáos recíprocamente con el ósculo santo.
13 Todos los santos os saludan.
14 La gracia de nuestro Señor Jesucristo, y la caridad de Dios, y la participacion del Espíritu Santo sea con todos vosotros. Amen.

EPISTOLA DEL APOSTOL S. PABLO A LOS

GALATAS.

CAPITULO I.

Reprende á los Gálatas por haber dado oidos á unos falsos apóstoles, abandonando la doctrina que les habia enseñado, y que recibió él de Jesucristo. Refiere lo que era él antes y despues de su conversion.

PABLO apóstol (no de los hombres ni por hombre alguno, sino por Jesucristo, y por Dios Padre, que le resucitó de entre los muertos)
2 Y todos los hermanos que conmigo están, á las Iglesias de Galacia.
3 Gracia á vosotros, y paz de Dios Padre, y de Jesucristo, nuestro Señor,
4 El cual se dió á sí mismo por nuestros pecados, para sacarnos de la corrupcion de este mundo, conforme á la voluntad de Dios, y Padre nuestro,
5 Cuya es la gloria por los siglos de los siglos. Amen.
6 Me maravillo como así tan de ligero abandonais al que os llamó á la gracia de Cristo, para seguir otro Evangelio:
7 Mas, no es que haya otro Evangelio, sino que hay algunos, que os traen alborotados, y quieren trastornar el Evangelio de Cristo.
8 Pero aun cuando nosotros, ó un ángel del cielo os predique un Evangelio diferente del que nosotros os hemos anunciado, sea anatema.
9 Os lo he dicho ya, y os lo repito: Cualquiera que os anuncie un Evangelio diferente del que habeis recibido, sea anatema.
10 Ahora bien ¿busco yo la aprobacion de los hombres, ó de Dios? ¿Por ventura pretendo agradar á los hombres? Si todavía prosiguiese complaciendo á los hombres, no seria yo siervo de Cristo.
11 Porque os hago saber, hermanos, que el Evangelio, que yo os he predicado, no es segun hombre;
12 Pues no le he recibido, ni aprendido yo de algun hombre,

sino por revelacion de Jesucristo.
13 Porque bien habeis oido
decir el modo con que en otro tiempo vivia yo en el Judaismo: con que esceso perseguia la Iglesia de Dios, y la desolaba,
14 Y me señalaba en el Judaismo mas que muchos coetáneos mios de mi nacion, con un celo estremado por las tradiciones de mis padres.
15 Mas cuando plugo á Dios, que me destinó desde el vientre de mi madre, y me llamó con su gracia,
16 El revelar en mí á su Hijo, para que yo le predicase á las naciones; desde aquel punto no consulté á la carne ni á la sangre,
17 Ni pasé á Jerusalem en busca de los apóstoles anteriores á mí: sino que me fuí á la Arabia, de donde volví otra vez á Damasco:
18 De allí á tres años fuí á Jerusalem á ver á Pedro, y estuve con él quince dias:
19 Y no ví á otro alguno de los apóstoles, sino á Santiago el hermano del Señor.
20 De todo esto que os escribo, pongo á Dios por testigo que no miento.
21 Desde allí fuí á los paises de Siria, y de Cilicia.
22 Hasta entonces no me conocian de vista las Iglesias de Cristo, que habia en la Judea:
23 Solamente habian oido decir: Aquel que antes nos perseguia, ahora predica la fé, que en otro tiempo impugnaba:
24 Y glorificaban á Dios por causa de mí.

CAPITULO II.

San Pablo predica con libertad contra los falsos apóstoles, y contra los judaizantes. Resistencia que hizo á Pedro en Antioquía sobre las ceremonias legales. Nadie es justificado sino por la fé en Jesucristo.

CATORCE años despues, volví á Jerusalem con Bernabé, llevando tambien conmigo á Tito.
2 Y fuí allá por revelacion: y conferí con los de allí el Evangelio, que predico entre las naciones, en particular con aquellos que parecian de mayor reputacion: por no seguir quizá mi carrera sin fruto, ó haberla seguido en vano.
3 Mas ni aun Tito, que me acompañaba, con ser Griego, fué obligado á circuncidarse:
4 Ni aun por miramiento á aquellos falsos hermanos, que furtivamente se metieron á espiar la libertad, con que procedemos en Cristo Jesus, á fin de reducirnos á la servidumbre.
5 A los cuales ni por un momento quisimos ceder ni sujetarnos, para que la verdad del Evangelio se mantenga entre vosotros:
6 En cuanto á los que parecian ser algo, (nada me importa lo que hayan sido en otro tiempo; pues en Dios no hay acepcion de personas) aquellos, digo, que parecian ser algo, nada me enseñaron de nuevo.
7 Antes al contrario, habiendo ellos reconocido que á mí se me

habia confiado el evangelizar á los incircuncisos, así como á Pedro á los circuncisos:

8 (Pues quien dió eficacia á Pedro para el apostolado entre los circuncisos, me la dió tambien á mí para entre los Gentiles)

9 Habiendo pues conocido Santiago, Cefas, y Juan, que eran reputados como columnas, la gracia que se me habia dado, nos dieron las manos, en señal de convenio á mí y á Bernabé, para que nosotros predicásemos á los Gentiles, y ellos á los circuncidados:

10 Solamente *nos recomendaron* que tuviésemos presentes á los pobres; cosa que he procurado hacer con esmero.

11 Y cuando vino Pedro á Antioquía, le hice resistencia cara á cara, por ser digno de reprension.

12 Pues antes que llegasen ciertos de parte de Santiago, comia con los Gentiles: mas llegados que fueron, empezó á recatarse y separarse, por temor de aquellos que eran de la circuncision.

13 Y los demas Judíos se conformaron con su disimulacion, por manera que aun Bernabé fue inducido por ellos á la misma simulacion.

14 Pero yo, visto que no andaban derechamente conforme á la verdad del Evangelio, dije á Pedro en presencia de todos: Si tú, con ser Judío, vives como los Gentiles, y no como los Judíos: ¿cómo fuerzas á los Gentiles á judaizar?

15 Nosotros somos de naturaleza Judíos, y no pecadores de entre los Gentiles.

16 Sin embargo sabiendo que no se justifica el hombre por las obras de la ley, sino por la fé de Jesucristo: por eso creemos en Cristo Jesus, á fin de ser justificados por la fé de Cristo, y no por las obras de la ley: por cuanto ningun mortal será justificado por las obras de la ley.

17 Y si queriendo ser justificados en Cristo, venimos tambien nosotros á ser hallados pecadores, ¿es por ventura Cristo ministro del pecado? En ninguna manera.

18 Mas si yo vuelvo á edificar lo mismo que he destruido, me convenzo á mí mismo de prevaricador.

19 Pero yo estoy muerto á la ley por la ley misma; á fin de vivir para Dios.

20 Clavado estoy en la cruz juntamente con Cristo, y vivo; ó mas bien, no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí. Así la vida que vivo ahora en esta carne, la vivo en la fé del Hijo de Dios, el cual me amó, y se entregó á sí mismo por mí.

21 No desecho esta gracia de Dios: porque si por la ley se obtiene la justicia, luego en valde Cristo murió.

CAPITULO III.

Ni antes ni despues de la ley escrita pudo haber justificacion de hombre sino por la fé viva en Jesucristo.

¡OH Gálatas insensatos! ¿quién os ha fascinado para desobedecer á la verdad? vosotros, ante cuyos ojos ha sido ya representa-

do Jesucristo como crucificado
entre vosotros mismos.
2 Una sola cosa deseo saber de
vosotros: ¿Habeis recibido el
Espíritu por las obras de la ley,
ó por la obediencia á la fé?
3 ¿Tan necios sois, que habien-
do comenzado por el Espíritu,
ahora vengais á parar en la
carne?
4 ¿Tanto habeis sufrido en va-
no? si es que ha de ser en vano.
5 Ahora pues aquel que os co-
munica el Espíritu, y obra mila-
gros entre vosotros: ¿lo hace
por las obras de la ley, ó por la
fé que habeis oido?
6 Pues como Abraham creyó á
Dios, y se le reputó por justicia,
7 Reconoced tambien que los
que abrazan la fé, esos son los
hijos de Abraham.
8 Así es que Dios en la Escri-
tura, previendo que habia de
justificar á los Gentiles por me-
dio de la fé, lo anunció de ante-
mano á Abraham: En tí serán
benditas todas las Gentes.
9 Luego los que tienen fé, esos
son benditos con el fiel Abraham.
10 En lugar de que todos los
que se apoyan en las obras de
la ley, están sujetos á maldi-
cion. Pues está escrito: Maldito
es cualquiera que no observare
constantemente todo lo que está
escrito en el libro de la ley.
11 Por lo demas, el que nadie
se justifica delante de Dios por
la ley, está claro: porque el
justo vivirá por la fé.
12 La ley empero no tiene el
ser de la fé, solo sí: El que la
cumpliere, vivirá en ella.
13 Cristo nos redimió de la
maldicion de la ley, habiéndose
hecho por nosotros *objeto de* mal-
dicion: pues está escrito: Mal-
dito todo aquel que es colgado
en un madero:
14 *Y esto*, para que la bendi-
cion de Abraham cupiese á los
Gentiles por Jesucristo, á fin de
que por medio de la fé recibiése-
mos la promesa del Espíritu.
15 ¶ Hermanos, os hablaré á la
manera de los hombres: Despues
que un hombre ha ratificado *su*
testamento, nadie puede ni anu-
larle, ni alterarle.
16 Las promesas se hicieron á
Abraham, y al descendiente de
él. No dice: Y á los descen-
dientes, como si fuesen muchos:
sino como uno precisamente: Y
al descendiente de tí, el cual es
Cristo.
17 Digo pues esto; que habien-
do sido ratificada por Dios en
Cristo la alianza, la ley dada
cuatrocientos y treinta años des-
pues, no ha podido anularla, ni
invalidar la promesa.
18 Porque si la herencia se nos
da por la ley, ya no es por la
promesa: y Dios hizo por medio
de la promesa la donacion á
Abraham.
19 Pues ¿de qué ha servido la
ley? Púsose por causa de las
transgresiones, hasta que viniese
el descendiente, á quien se hizo
la promesa, siendo dada por los
ángeles en manos de un media-
dor.
20 Ahora bien, un mediador
no lo es de uno solo; y Dios es
uno solo.

21 Luego ¿la ley es contra las
promesas de Dios? No por cierto.
Porque si se hubiese dado una ley,
que pudiese vivificar, la justicia
provendria realmente de la ley.
22 Mas la Escritura lo dejó
todo sujeto á pecado, para que
la promesa se cumpliese á los
creyentes por la fé en Jesucristo.
23 Así antes que viniese la fé,
estábamos como encerrados bajo
la custodia de la ley hasta recibir
la fé, que habia de ser revelada.
24 Por manera que la ley fué
nuestro ayo que nos condujo á
Cristo, para ser justificados por
la fé.
25 Mas venida la fé, ya no estamos sujetos al ayo.
26 Porque todos sois hijos de
Dios por la fé en Cristo Jesus.
27 Pues todos los que habeis
sido bautizados en Cristo, estais
revestidos de Cristo.
28 Y ya no hay distincion de
Judío, ni Griego: ni de siervo, ni
libre: ni tampoco de hombre, ni
mujer: porque todos vosotros sois
una misma cosa en Cristo Jesus.
29 Y siendo vosotros de Cristo,
sois por consiguiente hijos de
Abraham, los herederos segun
la promesa.

CAPITULO IV.

Compara la ley antigua con un tutor, y á los Judíos con un pupilo: dice que Cristo puso ya á los hombres en libertad. Despues de varias espresiones de sentimiento amoroso, prueba por la Escritura misma, cuando habla de Isaac é Ismaél, que la ley escrita no puede hacer liga con la ley de gracia.

DIGO ademas: Que mientras
el heredero es niño, en nada
se diferencia de un siervo, no
obstante ser dueño de todo;
2 Sino que está bajo la potestad
de los tutores y curadores, hasta
el tiempo señalado por su padre:
3 Así nosotros cuando éramos
todavía niños, estábamos servilmente sujetos á los rudimentos
del mundo.
4 Mas cumplido que fué el
tiempo, envió Dios á su Hijo,
formado de una mujer, y sujeto
á la ley,
5 Para redimir á los que estaban debajo de la ley, y á fin de
que recibiésemos la adopcion de
hijos.
6 Y por cuanto vosotros sois
hijos, envió Dios á vuestros corazones el Espíritu de su Hijo,
el cual clama: Abba, Padre.
7 Y así ninguno de vosotros es
ya siervo, sino hijo: y siendo
hijo, es tambien heredero de
Dios por Cristo.
8 Verdad es que cuando no conocíais á Dios, servíais á los que
realmente no son dioses.
9 Pero ahora habiendo conocido
á Dios, ó por mejor decir, habiendo sido de Dios conocidos:
¿cómo tornais otra vez á esos
rudimentos, que son sin vigor ni
suficiencia, queriendo sujetaros
nuevamente á ellos?
10 Observais los dias, y meses,
y tiempos, y años.
11 Témome de vosotros, no
hayan sido inútiles entre vosotros mis trabajos.
12 Sed como yo, ya que yo he
sido como vosotros: ¡oh hermanos! os lo ruego: A mí en nada
me habeis agraviado.

13 Bien sabeis que tiempo ha os prediqué el Evangelio entre las aflicciones de la carne:

14 Mas á causa de mi tentacion que era en la carne no me despreciasteis, ni desechasteis: antes bien me recibisteis como á un ángel de Dios, como al mismo Jesucristo.

15 ¿Dónde está pues aquella felicidad en que os gozabais? Porque yo puedo testificar de vosotros, que estabais prontos, si posible fuera, á sacaros los ojos, para dármelos á mí.

16 Conque por deciros la verdad ¿me he hecho enemigo vuestro?

17 Os solicitan con celo, mas no bueno, sino que pretenden separaros de nosotros, para que los sigais á ellos.

18 Bueno es que os mostreis llenos de celo por el bien en todo tiempo; y no solo cuando me hallo yo presente entre vosotros.

19 Hijitos mios, por quienes segunda vez padezco dolores de parto, hasta formar á Cristo en vosotros,

20 Quisiera estar ahora con vosotros, y mudar de lenguage, porque estoy perplejo acerca de vosotros.

21 Decidme, os ruego, los que quereis estar sujetos á la ley, ¿no oís la ley?

22 Porque escrito está: Que Abraham tuvo dos hijos: uno de la esclava, y otro de la libre.

23 Mas el de la esclava, nació segun la carne; al contrario el hijo de la libre nació en virtud de la promesa.

24 Todo lo cual fué dicho por alegoría; porque estos son los dos testamentos: el uno dado en el monte Sina, que engendra para servidumbre, el cual es Agar.

25 Pues Agar es Sina, monte de la Arabia, que corresponde á la Jerusalem de aquí bajo, la cual es esclava con sus hijos.

26 Mas aquella Jerusalem de arriba, es libre; la cual es madre de todos nosotros.

27 Porque escrito está: Alégrate estéril, que no pares: prorumpe en gritos de júbilo tú que no eres fecunda: porque son muchos mas los hijos de la que ya estaba abandonada, que los de la que tiene marido.

28 Nosotros pues, hermanos, somos los hijos de la promesa, á la manera que Isaac.

29 Mas así como entonces el que habia nacido segun la carne, perseguia al nacido segun el Espíritu, así sucede tambien ahora.

30 Pero ¿qué dice la Escritura? Echa fuera á la esclava, y á su hijo: que no ha de ser heredero el hijo de la esclava con el hijo de la libre.

31 Segun esto, hermanos, nosotros no somos hijos de la esclava, sino de la libre.

CAPITULO V.

Daños de las observancias legales, y bienes de la fé de Jesucristo. Cuales sean los verdaderos ejercicios del Cristiano.

MANTENIENDOOS pues firmes en esta libertad que Cristo nos ha adquirido, no dejeis que os opriman de nuevo con el yugo de la servidumbre.

2 Mirad que os declaro yo Pa-
blo, que si os haceis circuncidar,
Cristo de nada os aprovechará.
3 Ademas declaro á todo hom-
bre que se hace circuncidar, que
queda obligado á observar toda
la ley.
4 No teneis ya parte ninguna
con Cristo, los que buscais la
justificacion en la ley: habeis
perdido la gracia.
5 Pues nosotros por medio del
Espíritu esperamos la justifica-
cion por la fé.
6 Porque para con Jesucristo
nada importa el ser circunciso,
ó incircunciso: sino la fé, que
obra por la caridad.
7 Vosotros seguiais bien vues-
tra carrera: ¿quién os ha estor-
bado de obedecer á la verdad?
8 Persuasion semejante no es
de aquel que os ha llamado.
9 Un poco de levadura hace
fermentar toda la masa.
10 Yo confio no obstante de
vosotros en el Señor, que no ten-
dreis otros sentimientos; pero el
que os anda inquietando, quien-
quiera que sea, llevará el castigo
merecido.
11 En cuanto á mí, hermanos,
si yo predico aun la circuncision:
¿por qué soy todavía perseguido?
Segun eso acabóse el escándalo
de la cruz.
12 ¡Ojalá fuesen tambien cor-
tados los que os perturban!
13 Porque vosotros, hermanos,
sois llamados á libertad: cuidad
solamente de no emplear esta
libertad en vivir segun la carne;
mas servíos unos á otros por
amor.
14 Como quiera que toda la ley
en este precepto se encierra:
Amarás á tu prójimo como á tí
mismo.
15 Que si unos á otros os mor-
deis, y roeis, mirad no os des-
truyais los unos á los otros.
16 Digo pues: proceded segun
el Espíritu, y no satisfareis los
apetitos de la carne.
17 Porque la carne tiene deseos
contrarios al Espíritu: y el Es-
píritu los tiene contrarios á la
carne: como que son cosas entre
sí opuestas, por cuyo motivo no
haceis vosotros todo aquello que
quereis.
18 Que si vosotros sois condu-
cidos por el Espíritu, no estais
sujetos á la ley.
19 Bien manifiestas son las
obras de la carne: las cuales son
adulterio, fornicacion, deshones-
tidad, lujuria,
20 Culto de ídolos, hechice-
rías, enemistades, pleitos, zelos,
enojos, riñas, disensiones, here-
gías,
21 Envidias, homicidios, em-
briagueces, glotonerías, y cosas
semejantes: sobre las cuales os
prevengo, como ya tengo dicho,
que los que tales cosas hacen, no
heredarán el reino de Dios.
22 Al contrario, los frutos del
Espíritu son: caridad, gozo, paz,
paciencia, benignidad, bondad,
23 Mansedumbre, templanza.
Contra cosas como estas no hay
ley.
24 Y los que son de Cristo, tie-
nen crucificada su propia carne
con los afectos y deseos.
25 Si vivimos por el Espíritu,

procedamos tambien segun el Espíritu.
26 No seamos ambiciosos de vanagloria, provocándonos los unos á los otros, y recíprocamente envidiándonos.

CAPITULO VI.

Como se deben ayudar unos á otros en el ejercicio de las virtudes cristianas. Para coger es necesario sembrar. La gloria del Cristiano ha de ser solamente la cruz de Jesucristo.

HERMANOS, si alguno como hombre cayere en algun delito, vosotros los que sois espirituales, amonestadle con espíritu de mansedumbre, haciendo cada uno reflexion sobre sí mismo, y temiendo caer tambien en la tentacion.
2 Comportad las cargas unos de otros, y con eso cumplireis la ley de Cristo.
3 Porque si alguno piensa ser algo, se engaña á sí mismo, pues es nada.
4 Por tanto examine cada uno sus propias obras, y así tendrá entonces motivo de gloriarse en sí mismo solamente, y no respecto de otro.
5 Porque cada cual llevará su propia carga.
6 Entretanto, aquel á quien se le instruye con la palabra, asista en todo con sus bienes al que le instruye.
7 No querais engañaros: Dios no puede ser burlado: lo que un hombre sembrare, eso recogerá.
8 De modo que quien siembra para su carne, de la carne recogerá la corrupcion: mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu cogerá la vida eterna.
9 No nos cansemos pues de hacer bien: porque si perseveramos, á su tiempo recogeremos.
10 Y así, mientras tenemos tiempo, hagamos bien á todos, y mayormente á aquellos que son domésticos por la fé.
11 Mirad que carta os he escrito de mi propio puño.
12 Todos aquellos que quieren seros gratos segun la carne, esos os constriñen á que os circuncideis, con solo el fin de no ser ellos perseguidos por causa de la cruz de Cristo.
13 Porque ni ellos mismos que están circuncidados, guardan la ley: sino que quieren que seais circuncidados vosotros, á fin de gloriarse en vuestra carne.
14 A mí líbreme Dios de gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo: por quien el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo.
15 Porque respecto de Cristo Jesus ni la circuncision, ni la incircuncision valen nada, sino el ser una nueva criatura.
16 Y sobre todos cuantos siguieren esta norma, venga paz y misericordia, como sobre el Israél de Dios.
17 Por lo demas nadie me moleste en adelante; porque yo traigo impresas en mi cuerpo las señales del Señor Jesus.
18 La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea, hermanos, con vuestro espíritu. Amen.

EPISTOLA DEL APOSTOL S. PABLO A LOS

EFESIOS.

CAPITULO I.

Todos los bienes de gracia y gloria se nos dan por Jesucristo, exaltado sobre todas las cosas, hecho cabeza de toda la Iglesia.

PABLO, por voluntad de Dios, apóstol de Jesucristo, á los santos residentes en Efeso, y fieles en Cristo Jesus.
2 La gracia sea con vosotros, y la paz de Dios, Padre nuestro, y del Señor Jesucristo.
3 Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha colmado en Cristo de toda suerte de bendiciones espirituales en los cielos.
4 Asi como por él mismo nos escogió antes de la creacion del mundo, para ser santos y sin mácula en su presencia por la caridad;
5 Habiéndonos predestinado para ser hijos suyos adoptivos por Jesucristo en sí mismo, por un puro efecto de su voluntad,
6 A fin de que se celebre la gloria de su gracia, mediante la cual nos hizo gratos en su querido Hijo.
7 En quien por su sangre tenemos la redencion, y el perdon de los pecados, segun las riquezas de su gracia,
8 Que en abundancia ha derramado sobre nosotros, con toda sabiduría y prudencia:
9 Para hacernos conocer el misterio de su voluntad, segun su beneplácito, por el cual se propuso
10 El restaurar en Cristo, cumplidos los tiempos prescritos, todas las cosas de los cielos, y las de la tierra, por él mismo:
11 En él tambien hemos sido llamados á la herencia, habiendo sido predestinados segun el decreto de aquel que hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad,
12 Para que seamos la alabanza de su gloria nosotros, que hemos sido los primeros á esperar en Cristo:
13 En él *habeis esperado* tambien vosotros, luego que habeis oido la palabra de la verdad, (el Evangelio de vuestra salud) y en quien habiendo asimismo creido recibisteis el sello del Espíritu Santo que estaba prometido,
14 El cual es la prenda de nuestra herencia, hasta la perfecta redencion de la posesion adquirida, para loor de la gloria de él mismo.
15 Por eso yo estando, como estoy, informado de la fé que teneis en el Señor Jesus, y de vuestra caridad para con todos los santos,
16 No ceso de dar gracias por

vosotros, acordándome de vosotros en mis oraciones:
17 Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria os dé espíritu de sabiduría y de ilustracion para conocerle:
18 Iluminando los ojos de vuestro entendimiento, á fin de que sepais cual es la esperanza de su vocacion, y cuales las riquezas de la gloria de su herencia para los santos,
19 Y cual aquella soberana grandeza de su poder sobre nosotros, que creemos, segun la eficacia de su poderosa virtud,
20 Que él ha efectuado en la persona de Cristo, resucitándole de entre los muertos, y colocándole á su diestra en los cielos,
21 Sobre todo principado, y potestad, y virtud, y dominacion, y sobre todo nombre, por celebrado que sea no solo en este siglo, sino tambien en el futuro.
22 Ha puesto todas las cosas bajo de los piés de él, y le ha constituido sobre todas las cosas, para ser la cabeza de la Iglesia,
23 La cual es su cuerpo, y el complemento de aquel que lo completa todo en todas las cosas.

CAPITULO II.

Bienes grandes ya recibidos y otros mayores que gozamos en esperanza por la sangre de Jesucristo: por esta han entrado los Gentiles en la herencia de los hijos; y de todos, así Gentiles como Judíos, forma Jesucristo su Iglesia.

EL es el que *os dió vida* á vosotros, estando como estabais muertos por vuestros delitos y pecados,
2 En que vivisteis en otro tiempo segun este siglo mundano, á merced del príncipe que ejerce su potestad sobre este aire, que es el espiritu, que al presente domina en los hijos rebeldes,
3 Entre los cuales fuimos asimismo todos nosotros en otro tiempo siguiendo nuestros deseos carnales, haciendo la voluntad de la carne, y de sus sugestiones; y éramos por naturaleza hijos de ira, no menos que los demas:
4 Pero Dios, que es rico en misericordia, movido del escesivo amor con que nos amó,
5 Aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dió vida juntamente en Cristo, (por cuya gracia vosotros habeis sido salvados)
6 Y nos resucitó con él, y nos hizo sentar sobre los cielos con Cristo Jesus:
7 Para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia, en su bondad para con nosotros por amor de Cristo Jesus.
8 Porque de gracia habeis sido salvados por medio de la fé, y esto no viene de vosotros, siendo como es el don de Dios;
9 Tampoco en virtud de obras, para que nadie pueda gloriarse.
10 Pues somos hechura suya. criados en Cristo Jesus para obras buenas, preparadas por Dios para que nos ejercitemos en ellas.
11 Así pues acordáos, que en otro tiempo vosotros que erais

Gentiles en la carne, y llamados
incircuncisos por los que se lla-
man circuncidados á causa de la
circuncision hecha en su carne
por mano,
12 Que vosotros no teníais en-
tonces parte alguna con Cristo,
estabais separados de la sociedad
de Israél, estrangeros por lo to-
cante á las alianzas de la pro-
mesa, sin esperanza y sin Dios
en este mundo.
13 Mas ahora por Cristo Jesus,
vosotros que en otro tiempo esta-
bais alejados, os habeis puesto
cerca por la sangre de Cristo.
14 Pues él es la paz nuestra,
el que de los dos pueblos ha
hecho uno, rompiendo el muro
de separacion,
15 Aboliendo en su carne las
enemistades, esto es, la ley de
los preceptos, que consistia en
ritos, para formar en sí mismo
de dos un solo hombre nuevo,
haciendo la paz,
16 Y reconciliando á ambos en
un solo cuerpo con Dios por me-
dio de la cruz, destruyendo en
sí mismo la enemistad de ellos.
17 Y así vino á evangelizar la
paz á vosotros, que estabais ale-
jados, como á los que estaban
cercanos:
18 Pues por él es por quien
unos y otros tenemos cabida con
el Padre, en un mismo Espí-
ritu.
19 Así que, ya no sois estraños,
ni advenedizos; sino conciuda-
danos de los santos, y domésticos
de Dios:
20 Edificados sobre el funda-
mento de los apóstoles y profetas,
siendo Jesucristo mismo la prin-
cipal piedra angular
21 Sobre quien, trabado todo el
edificio, se alza para ser un tem-
plo santo del Señor:
22 En él sois tambien vosotros
juntamente edificados para mo-
rada de Dios por medio del Es-
píritu.

CAPITULO III.

Misterio admirable de la vocacion de los Gentiles revelado claramente á los apóstoles, y en especial á San Pablo, destinado de Dios particularmente para predicarles el Evangelio.

POR este motivo, yo Pablo,
preso por amor de Jesucristo,
por causa de vosotros los Gen-
tiles,
2 Si es que habeis entendido de
qué manera me confirió Dios el
ministerio de su gracia entre vos-
otros;
3 Y como me manifestó por re-
velacion este misterio, sobre el
cual acabo de hablar arriba, aun-
que brevemente:
4 Por cuya lectura podeis cono-
cer la inteligencia mia en el mis-
terio de Cristo,
5 Misterio que en otras edades
no fué conocido de los hijos de
los hombres, en la manera que
ahora ha sido revelado á sus san-
tos apóstoles y profetas por el Es-
píritu:
6 A saber, que los Gentiles son
llamados á la misma herencia,
miembros de un mismo cuerpo,
y partícipes de su promesa en
Cristo, mediante el Evangelio:
7 Del cual yo he sido consti-
tuido ministro, por el don de la
gracia de Dios, que se me ha

dado conforme á la eficacia de
su poder.
8 A mí el mas inferior de todos
los santos, se me dió esta gra-
cia: el anunciar á los Genti-
les las riquezas insondables de
Cristo,
9 Y el ilustrar á todos, descu-
briéndoles la comunicacion del
misterio, que por tantos siglos
habia estado escondido en Dios,
criador de todas las cosas por
Jesucristo.
10 Con el fin de que en la Igle-
sia se manifieste á los principa-
dos y potestades en los cielos, la
sabiduría de Dios,
11 Segun el eterno designio,
que puso en ejecucion por medio
de Cristo Jesus, nuestro Señor:
12 En quien tenemos segura
confianza, y el acercarnos á él
libremente por su fé.
13 Por tanto os ruego que no
caigais de ánimo en vista de mis
tribulaciones por vosotros: las
cuales son para gloria vuestra.
14 Por este motivo, digo, doblo
mis rodillas ante el Padre de
nuestro Señor Jesucristo,
15 Del cual toda la familia to-
ma nombre en los cielos y en la
tierra.
16 Para que segun las riquezas
de su gloria os conceda por me-
dio de su Espíritu el ser fortale-
cidos en virtud en el hombre in-
terior,
17 De modo que Cristo habite
por la fé en vuestros corazones:
estando arraigados, y cimentados
en caridad,
18 A fin de que podais com-
prender con todos los santos,
cual sea la anchura, y longura,
y la profundidad, y alteza;
19 Y conocer tambien aquel
amor de Cristo, que sobrepuja á
todo conocimiento, para que seais
colmados de toda la plenitud de
Dios.
20 Y á aquel que es poderoso
para hacer infinitamente mas
que todo lo que nosotros pedi-
mos, ó de todo cuanto pensamos,
segun el poder que obra en nos-
otros,
21 A él sea la gloria, por medio
de Cristo Jesus, en la Iglesia,
por todas las generaciones de to-
dos los siglos. Amen.

CAPITULO IV.

Union de los fieles en la unidad de la Iglesia, cuya perfeccion deben todos procurar segun su grado. Vida de los Gentiles, y cual debe ser la de los Cristianos.

YO pues que estoy entre cade-
nas por el Señor, os ruego
que os porteis de una manera
digna del estado á que habeis
sido llamados,
2 Con toda humildad, y man-
sedumbre, con paciencia, sopor-
tándoos unos á otros con cari-
dad,
3 Solícitos en conservar la uni-
dad del Espíritu con el vínculo
de la paz:
4 Siendo un cuerpo, y un Espí-
ritu, así como fuisteis llamados
á una misma esperanza de vues-
tra vocacion.
5 Uno es el Señor, una la fé,
uno el bautismo.
6 Uno el Dios y Padre de todos,
el cual es sobre todos, y en medio
de todos, y en todos vosotros.

7 Si bien á cada uno de nosotros se le ha dado la gracia á medida de la donacion de Cristo.
8 Por lo cual dice: Al subirse á lo alto llevó consigo cautiva á la cautividad; y derramó sus dones sobre los hombres.
9 Mas ¿por qué se dice que subió, sino porque antes habia descendido á los lugares mas ínfimos de la tierra?
10 El que descendió, ese mismo es el que ascendió sobre todos los cielos, para dar cumplimiento á todas las cosas.
11 Y él mismo dió unos por apóstoles, otros por profetas, otros por evangelistas, y otros por pastores, y doctores,
12 Para la perfeccion de los santos, para las funciones del ministerio, para la edificacion del cuerpo de Cristo:
13 Hasta que arribemos todos en la unidad de la fé, y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de un varon perfecto, á la medida de la plena estatura de Cristo:
14 Por manera que ya no seamos niños fluctuantes, ni nos dejemos llevar aquí y allá de todos los vientos de opiniones, por ardid de los hombres, que engañan con astucia para introducir el error.
15 Antes bien siguiendo la verdad con caridad, en todo vayamos creciendo en Cristo, que es nuestra cabeza:
16 Y de quien todo el cuerpo trabado, y conexo entre sí, recibe por todos los vasos y conductos de comunicacion, segun la medida correspondiente á cada miembro, el aumento propio del cuerpo para su perfeccion mediante la caridad.
17 Os advierto pues, y os requiero de parte del Señor, que ya no vivais como todavía viven las Gentes en la vanidad de sus pensamientos,
18 Teniendo oscurecido con tinieblas el entendimiento, agenos de vivir segun Dios, por la ignorancia en que están, á causa de la ceguedad de su corazon,
19 Los cuales no teniendo ningun sentimiento de pudor, se abandonan á la disolucion, para obrar con ardor insaciable toda suerte de impurezas.
20 Pero en cuanto á vosotros no es eso lo que habeis aprendido de Cristo,
21 Si es que habeis oido, y de él aprendido, segun está la verdad en Jesus,
22 A desnudaros del hombre viejo segun el cual habeis vivido en vuestra vida pasada, el cual se vicia siguiendo la ilusion de las pasiones,
23 A renovaros en el espíritu de vuestra mente,
24 Y á revestiros del hombre nuevo, que ha sido criado conforme á Dios en justicia, y santidad verdadera.
25 Por lo cual renunciando á la mentira, hable cada uno verdad con su prójimo: puesto que nosotros somos miembros los unos de los otros.
26 Si os enojais, no querais pecar: que no se ponga el sol estando aun airados.

27 No deis lugar al diablo:
28 El que hurtaba, no hurte ya: antes bien trabaje, ocupándose con sus manos en algun ejercicio honesto, para tener qué dar al necesitado.
29 De vuestra boca no salga ningun discurso malo: sino los que sean buenos para edificacion, de modo que den gracia á los oyentes.
30 Y no querais contristar al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el dia de la redencion.
31 Toda amargura, ira, y enojo, y gritería, y maledicencia, con todo género de malicia, destiérrese de vosotros.
32 Al contrario sed mútuamente afables, compasivos, perdonándoos los unos á los otros, asi como tambien Dios os ha perdonado á vosotros por Cristo.

CAPITULO V.

Exhorta á los Efesios á la imitacion de Jesucristo, á que se aparten de todo vicio, y se empleen en obras buenas; y trata de la santidad del matrimonio.

SED pues imitadores de Dios, como que sois sus hijos muy queridos:
2 Y proceded con amor, á ejemplo, de lo que Cristo nos amó, y se ofreció á sí mismo á Dios en oblacion, y hostia de olor suavísimo.
3 Pero la fornicacion, y toda especie de impureza, ó avaricia ni aun se nombre entre vosotros, como corresponde á santos:
4 Ni tampoco palabras torpes, ni truhanerías ni bufonadas, lo cual desdice; sino antes bien acciones de gracias.
5 Porque tened esto bien entendido: que ningun fornicador, ó impúdico, ó avariento, el cual es un idólatra, será heredero del reino de Cristo, y de Dios.
6 Nadie os engañe con palabras vanas: pues por tales cosas descarga la ira de Dios sobre los hijos de rebelion.
7 No querais por tanto tener parte con ellos.
8 Porque en otro tiempo erais tinieblas: mas ahora sois luz en el Señor. Y así proceded como hijos de la luz,
9 (Pues el fruto del Espíritu consiste en proceder con toda bondad, y justicia, y verdad)
10 Inquiriendo lo que es agradable al Señor.
11 No querais pues ser cómplices de las obras infructuosas de las tinieblas, antes bien reprendedlas.
12 Porque las cosas que hacen ellos en secreto, no permite el pudor ni aun decirlas.
13 Mas todo lo que es reprehensible, se descubre por la luz: siendo la luz la que lo aclara todo.
14 Por eso dice: Levántate tú que duermes, y resucita de la muerte, y te alumbrará Cristo.
15 Y así mirad hermanos, que andeis con gran circunspeccion: no como necios, sino como prudentes,
16 Recobrando el tiempo; porque los dias son malos.
17 Por tanto no seais indiscre-

tos, sino atentos sobre cual es la
voluntad del Señor.
18 Ni os entregueis con esceso
al vino, fomento de la lujuria,
sino llenáos del Espíritu.
19 Hablando entre vosotros con
salmos, y con himnos, y cancio-
nes espirituales, cantando y loan-
do al Señor en vuestros corazo-
nes,
20 Dando siempre gracias por
todo á Dios Padre, en el nombre
de nuestro Señor Jesucristo.
21 Subordinados unos á otros
en temor de Dios.
22 ¶ Las casadas estén sujetas
á sus maridos, como al Señor:
23 Por cuanto el hombre es ca-
beza de la mujer, así como Cris-
to es cabeza de la Iglesia: y el
mismo es salvador del cuerpo.
24 De donde así como la Igle-
sia está sujeta á Cristo, así las
mujeres lo han de estar á sus
maridos en todo.
25 Vosotros maridos amad á
vuestras mujeres, así como Cris-
to amó á su Iglesia, y se sacri-
ficó por ella,
26 Para santificarla, limpián-
dola en el bautismo de agua con
la palabra,
27 A fin de hacerla comparecer
delante de sí llena de gloria, sin
mácula, ni arruga, ni cosa seme-
jante, sino siendo santa é inma-
culada.
28 Así tambien los maridos de-
ben amar á sus mujeres como á
sus propios cuerpos. Quien ama
á su mujer, á sí mismo se ama.
29 Ciertamente que nadie abor-
reció jamas á su propia carne:
antes bien la sustenta y cuida,
así como tambien el Señor á la
Iglesia:
30 Porque nosotros somos miem-
bros de su cuerpo, de su carne,
y de sus huesos.
31 Por esto dejará el hombre á
su padre, y á su madre, y se
juntará con su mujer: y serán
los dos una sola carne.
32 Misterio es este grande, mas
yo hablo con respecto á Cristo y
á la Iglesia.
33 Cada uno pues de vosotros
ame á su mujer como á sí mis-
mo: y la mujer respete á su
marido.

CAPITULO VI.

Obligaciones respectivas de los hijos y de los padres, de los criados y de los amos. Armas espirituales del Cristiano. Vigilancia y perseverancia en la oracion.

HIJOS, vosotros obedeced á
vuestros padres en el Se-
ñor: porque es esta una cosa
justa.
2 Honra á tu padre y á tu ma-
dre, que es el primer manda-
miento con promesa:
3 Para que te vaya bien, y
tengas larga vida sobre la tierra.
4 Y vosotros, padres, no irriteis
á vuestros hijos: mas educadlos
corrigiéndolos é instruyéndolos
segun el Señor.
5 Siervos, obedeced á vuestros
señores temporales con temor, y
temblor, con sencillo corazon,
como á Cristo:
6 No sirviéndolos solamente
cuando tienen puesto el ojo sobre
vosotros, como si no pensaseis
mas que en complacer á los
hombres, sino como siervos de

Cristo, que hacen de corazon la voluntad de Dios;
7 Y servidlos con amor, como que servis al Señor, y no á hombres:
8 Estando ciertos de que cada uno de todo el bien que hiciere, recibirá del Señor la paga, ya sea esclavo, ya sea libre.
9 Y vosotros, amos, haced otro tanto con ellos, escusando las amenazas: considerando que unos y otros teneis un mismo Señor allá en los cielos: y que no hay en él acepcion de personas.
10 Por lo demas, hermanos, confortáos en el Señor, y en su virtud poderosa.
11 Revestíos de la armadura de Dios, para poder contrarestar á las asechanzas del diablo:
12 Porque no es nuestra pelea contra la carne y la sangre: sino contra los principados y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos en los aires.
13 Por tanto tomad toda la armadura de Dios, para poder resistir en el dia aciago, y manteneros firmes habiéndolo vencido todo.
14 Estad pues á pié firme, ceñidos vuestros lomos con el cíngulo de la verdad, y armados de la coraza de la justicia,
15 Y calzados los piés con la preparacion que viene del Evangelio de la paz.
16 Sobre todo embrazando el broquel de la fé, con que podais apagar todos los dardos encendidos del maligno:
17 Tomad tambien el yelmo de la salud, y la espada del Espíritu (que es la palabra de Dios):
18 Haciendo en todo tiempo contínuas oraciones y plegarias en el Espíritu, y velando para lo mismo con todo empeño, y orando por todos los santos;
19 Y por mí, á fin de que se me conceda el saber desplegar mis labios con confianza, para manifestar el misterio del Evangelio:
20 Del cual soy embajador estando entre cadenas, de modo que hable yo de él con valentía, como debo hablar.
21 ¶ En fin, en órden al estado de mis cosas, y lo que hago, os informará de todo Tychîco, nuestro carísimo hermano, y fiel ministro en el Señor:
22 Al cual os he remitido con este mismo fin, para que sepais lo que es de nosotros, y consuele vuestros corazones.
23 Paz á los hermanos, y caridad y fé, de Dios Padre, y del Señor Jesucristo.
24 La gracia sea con todos los que aman á nuestro Señor Jesucristo con un amor puro. Amen.

EPISTOLA DEL APOSTOL S. PABLO A LOS
FILIPENSES.

CAPITULO I.

Despues de agradecerles su afecto, les da cuenta del estado y disposicion en que se halla entre las cadenas, y los exhorta á sufrir trabajos por Cristo.

PABLO y Timotéo, siervos de
Jesucristo, á todos los santos
en Cristo Jesus, que están en Fi-
lipos, con los obispos y diáconos:
2 La gracia, y paz de Dios Pa-
dre nuestro, y del Señor Jesu-
cristo sean con vosotros.
3 Yo doy gracias á mi Dios cada
vez que me acuerdo de vosotros,
4 Rogando siempre con gozo
por todos vosotros, en todas mis
oraciones,
5 En atencion á vuestra comu-
nion en el Evangelio desde el
primer dia hasta el presente:
6 Y tengo la firme confianza,
que quien ha empezado en voso-
tros la buena obra, la llevará al
cabo hasta el dia de Jesucristo:
7 Como es justo que yo lo pien-
se así de todos vosotros, pues os
tengo impresos en mi corazon; y
todos vosotros sois participantes
de la gracia que me ha sido dada
en mis cadenas, y en la defensa,
y confirmacion del Evangelio.
8 Dios me es testigo, de la ter-
nura con que os amo á todos en
las entrañas de Jesucristo.
9 Y lo que pido es que vuestra
caridad crezca mas y mas en co-
nocimiento, y en toda discrecion:
10 A fin de que sepais discernir
lo mejor, y os mantengais puros
y sin tropiezo hasta el dia de
Cristo,
11 Colmados de frutos de jus-
ticia por Jesucristo, á gloria y
loor de Dios.
12 ¶ Entretanto, ¡oh herma-
nos! quiero que sepais que las
cosas que me han sucedido, han
redundado en mayor progreso
del Evangelio:
13 De suerte que mis cadenas
por Cristo han llegado á ser no-
torias en el Pretorio y por todas
partes.
14 Y muchos de los hermanos
en el Señor, cobrando brios con
mis cadenas, con mayor ánimo
se atreven á predicar sin miedo
la palabra.
15 Verdad es que algunos pre-
dican á Cristo por espíritu de
envidia, y como por tema, mien-
tras otros lo hacen con buena
intencion.
16 Unos anuncian á Cristo
por contencion, no sinceramente,
imaginándose agravar el peso de
mis cadenas.
17 Otros al contrario por cari-
dad, sabiendo que estoy consti-
tuido para defensa del Evan-
gelio.
18 ¿Mas qué importa? Con
tal que de cualquier modo Cristo
sea anunciado, bien sea por al-

gun pretesto, ó bien por la verdad; en esto me gozo, y aun me gozaré.

19 Porque sé que esto redundará en mi salud, mediante vuestras oraciones, y el ausilio del Espíritu de Jesucristo,

20 Conforme á mis deseos, y á la esperanza que tengo, de que por ningun caso quedaré confundido: antes estoy con total confianza de que tambien ahora, como siempre, Cristo será glorificado en mi cuerpo, ora sea por mi vida, ora sea por mi muerte.

21 Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es una ganancia.

22 Pero si viviendo en carne, yo puedo sacar este fruto de mi trabajo, no sé en verdad qué escoger:

23 Pues me hallo estrechado por ambos lados: tengo deseo de salir de esta vida, y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor:

24 Pero el quedar en carne, es mas necesario para vosotros.

25 Persuadido de esto entiendo que quedaré, y permaneceré con todos vosotros, para provecho vuestro, y gozo de la fé:

26 A fin de que crezca vuestro regocijo por mí en Cristo Jesus, con motivo de mi regreso á vosotros.

27 Solo que vuestro proceder sea digno del Evangelio de Cristo; para que ó sea que yo vaya á veros, ó que esté ausente, oiga de vosotros que perseverais firmes en un mismo espíritu, trabajando unánimes por la fé del Evangelio:

28 Y en nada os intimideis por vuestros enemigos: pues lo que para ellos es la señal de su perdicion, lo es para vosotros de salvacion; y esto de Dios:

29 Pues que por Cristo se os ha hecho la gracia, no solo de creer en él, sino tambien de padecer por él:

30 Sufriendo el mismo conflicto que visteis en mí, y que ahora habeis oido que sufro.

CAPITULO II.

Exhórtalos á la union y caridad fraternal, á la humildad y á la obediencia, con el ejemplo de Jesucristo. Recomienda y alaba á Timotéo y á Epaphrodito.

POR tanto si hay alguna consolacion en Cristo, si algun refrigerio de caridad, si alguna union del Espíritu, si hay alguna ternura y alguna compasion,

2 Haced cumplido mi gozo, sintiendo todos una misma cosa, teniendo una misma caridad, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos,

3 No haciendo nada por tema, ni por vanagloria: sino que cada uno por humildad mire como superiores á los otros,

4 Atendiendo cada cual no al bien de sí mismo, sino tambien á lo que redunda en bien de otros.

5 Porque habeis de tener entre vosotros los mismos sentimientos, que tuvo Cristo Jesus:

6 El cual siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpacion el ser igual á Dios:

7 Y no obstante se anonadó á sí mismo tomando la forma de

siervo, hecho semejante á los
hombres;
8 Y reducido á la condicion de
hombre, se humilló á sí mismo,
haciéndose obediente hasta la
muerte, y muerte de cruz.
9 Por lo cual tambien Dios le
ensalzó, y le dió nombre superior
á todo nombre:
10 A fin de que al nombre de
Jesus se doble toda rodilla en el
cielo, en la tierra, y debajo de
la tierra;
11 Y toda lengua confiese, que
Jesucristo es el Señor, á la gloria
de Dios Padre.
12 Por lo cual, carísimos mios,
puesto que siempre habeis sido
obedientes; trabajad con temor
y temblor en la obra de vuestra
salvacion, no solo como en mi
presencia, sino mucho mas ahora
en ausencia mia.
13 Pues Dios es el que obra en
vosotros por su buena voluntad,
no solo el querer, sino el ejecutar.
14 Haced pues todas las cosas
sin murmuraciones, ni contiendas;
15 Para que seais irreprensibles
y sencillos, hijos de Dios, sin
tacha, en medio de una nacion
depravada y perversa: entre
quienes resplandeceis como lumbreras del mundo,
16 Conservando la palabra de
vida, para que yo me gloríe en
el dia de Cristo, de que no he
corrido en valde, ni en valde he
trabajado.
17 Pues aun cuando yo haya
de derramar mi sangre sobre el
sacrificio y servicio de vuestra
fé, me gozo y me congratulo con
todos vosotros.
18 Y de eso mismo habeis vosotros de holgaros, y darme á mí
el parabien.
19 ¶ Yo espero en el Señor Jesus, enviaros muy presto á Timotéo, para consolarme yo tambien
con saber de vuestras cosas.
20 Porque no tengo ninguna
persona tan unida de corazon
conmigo, *ni* que se interese por
vosotros con afecto *mas* sincero.
21 Pues todos buscan sus propios intereses, no los de Jesucristo.
22 Mas ya sabeis la esperiencia que tengo de él, que me ha
servido en el Evangelio, como
un hijo á su padre.
23 Así que espero enviárosle,
luego que yo vea el estado de
mis cosas.
24 Confio asimismo en el Señor,
que aun yo mismo he de ir á
vosotros dentro de poco tiempo.
25 Interin me ha parecido necesario el enviaros á Epaphrodito mi hermano, y coadjutor, y
compañero, apóstol vuestro, y
que me ha asistido en mis necesidades:
26 Porque á la verdad él tenia
deseo de veros á todos, y estaba
angustiado, porque vosotros habiais sabido su enfermedad.
27 Y cierto que ha estado enfermo á punto de morir: pero
Dios tuvo misericordia de él; y
no solo de él, sino tambien de
mí, para que yo no padeciese
tristeza sobre tristeza.
28 Por eso le he despachado
mas presto, á fin de que con su

vista os goceis de nuevo, y así
yo esté con menos pena.
29 Recibidle pues con toda alegría en el Señor, y tened en honor á semejantes personas:
30 En atencion á que por el servicio de Cristo ha estado á las puertas de la muerte, esponiendo su vida, á trueque de suplir lo que vosotros no podíais en obsequio mio.

CAPITULO III.

Que todas las cosas no valen nada en comparacion de las que tenemos en Jesucristo. De los falsos apóstoles, enemigos de la cruz de Cristo.

EN fin, hermanos mios, vosotros alegráos en el Señor. A mí no me es molesto el escribiros las mismas cosas, y para vosotros es seguro.
2 Guardáos de *esos* canes, guardáos de los malos obreros, guardáos de los *falsos* circuncisos.
3 Porque los circuncisos somos nosotros, que servimos en espíritu á Dios, y nos gloriamos en Cristo Jesus, lejos de poner confianza en la carne:
4 Bien que podria yo tambien gloriarme en la carne. Si alguno pues presume aventajarse segun la carne, mas puedo yo,
5 Que fuí circuncidado al octavo dia, del linage de Israél, de la tribu de Benjamin, Hebréo *hijo* de Hebréos, Fariséo cuanto á la ley;
6 En cuanto al celo llegué hasta perseguir la Iglesia de Dios, y en cuanto á la justicia de la ley, ha sido mi proceder irreprensible.
7 Pero estas cosas que las consideraba yo como ventajas, me han parecido desventajas para con Cristo.
8 Y en verdad, todo lo tengo por pérdida en cotejo del sublime conocimiento de mi Señor Cristo Jesus: por cuyo amor he perdido todas las cosas, y las miro como basura, por ganar á Cristo,
9 Y ser hallado en él, no con la justicia mia, que viene de la ley, sino aquella que es por la fé de Cristo: la justicia que viene de Dios por la fé,
10 A fin de conocerle á él, y la eficacia de su resurreccion, y participar de sus penas, asemejándome á su muerte:
11 Por si de algun modo puedo arribar á la resurreccion de los muertos:
12 No que haya alcanzado ya el fin, ni llegado á la perfeccion; sino que prosigo por ver si alcanzo aquello para lo cual fuí destinado por Cristo Jesus.
13 Yo, hermanos, no pienso haberlo alcanzado: mi única mira es, olvidando las cosas de atras, y atendiendo solo á las de delante,
14 Proseguir para ganar el premio á que Dios llama desde lo alto por Cristo Jesus.
15 Pensemos pues esto, todos los que somos perfectos: que si vosotros pensais de otra suerte, Dios os iluminará tambien en ello.
16 Mas respecto de aquello á que hemos arribado ya, tengamos los mismos sentimientos, y perseveremos en la misma regla.
17 ¶ ¡Oh hermanos! sed imi-

tadores mios, y poned los ojos en aquellos que proceden conforme al dechado nuestro que teneis:

18 (Muchos andan por ahí como os decia repetidas veces, y aun ahora lo digo con lágrimas, que se portan como enemigos de la cruz de Cristo:

19 El paradero de los cuales es la perdicion: cuyo Dios es el vientre: y que hacen gala de lo que es su confusion, aferrados á las cosas terrenas)

20 Porque nuestra morada está en los cielos; de donde asimismo estamos aguardando al Salvador, Jesucristo Señor nuestro,

21 El cual transformará nuestro vil cuerpo, y le hará conforme al suyo glorioso, con la misma virtud con que puede tambien sujetar á su imperio todas las cosas.

CAPITULO IV.

Ultima exhortacion del Apóstol á la práctica de todas las virtudes; y su agradecimiento por el socorro que le habian enviado.

POR tanto, hermanos mios carísimos y amabilísimos, que sois mi gozo y mi corona, perseverad así firmes en el Señor, queridísimos.

2 Yo ruego á Evodia, y suplico á Syntychê, que tengan unos mismos sentimientos en el Señor.

3 Tambien te pido á tí ¡oh fiel compañero! que asistas á esas que conmigo han trabajado por el Evangelio con Clemente, y los demas coadjutores mios, cuyos nombres están en el libro de la vida.

4 Vivid siempre alegres en el Señor: vivid alegres, repito.

5 Sea vuestra modestia patente á todos los hombres: el Señor está cerca.

6 No os inquieteis por la solicitud de cosa alguna: mas en todo presentad á Dios vuestras peticiones por medio de la oracion y de las plegarias, acompañadas de hacimiento de gracias.

7 Y la paz de Dios, que sobrepuja á todo entendimiento, sea la guardia de vuestros corazones, y de vuestros sentimientos en Cristo Jesus.

8 Por lo demas hermanos, todo lo que es conforme á verdad, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo santo, todo lo que es amable, todo lo que sirve al buen nombre, toda virtud, toda disciplina loable, esto sea vuestro estudio.

9 Lo que habeis aprendido, y recibido, y oido, y visto en mí, esto habeis de practicar: y el Dios de la paz será con vosotros.

10 Yo por mí me holgué sobremanera en el Señor, de que al fin ha reflorecido aquel afecto que me teneis: siempre le habeis tenido, mas no hallabais coyuntura.

11 No lo digo por razon de mi indigencia: pues he aprendido á contentarme con lo que tengo.

12 Sé vivir en pobreza, y sé vivir en abundancia; todo lo he probado y estoy ya hecho á todo: á tener hartura y á sufrir hambre, á tener abundancia y á padecer necesidad:

13 Todo lo puedo en aquel que me conforta, en Cristo.

14 Sin embargo habeis hecho una obra buena, en concurrir al alivio de mi tribulacion.
15 ¶ Por lo demas bien sabeis vosotros ¡oh Filipenses! que despues de haber comenzado el Evangelio, habiendo salido de la Macedonia, ninguna otra Iglesia, sino solamente la vuestra, comunicó conmigo en razon de dar y de recibir.
16 Pues una y dos veces me remitisteis á Tesalónica con que atender á mis necesidades.
17 No es que desee yo dádivas, sino lo que deseo es el fruto que resultará á cuenta vuestra.
18 Ahora lo tengo todo, y estoy sobrado: colmado estoy despues de haber recibido por Epaphrodito lo que me habeis enviado, como olor suavísimo, como una hostia acepta, y agradable á Dios.
19 Que mi Dios provea á todas vuestras necesidades, segun sus riquezas en gloria, por Cristo Jesus.
20 Al Dios y Padre nuestro sea dada la gloria por los siglos de los siglos. Amen.
21 ¶ Saludad á todos los santos en Cristo Jesus. Los hermanos, que conmigo están, os saludan.
22 Os saludan todos los santos, y principalmente los que son de la casa de César.
23 La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amen.

EPISTOLA DEL APOSTOL S. PABLO A LOS

COLOSENSES.

CAPITULO I.

Alaba San Pablo la fé de los Colosenses, y ruega por ellos. Jesucristo es la imágen perfecta de Dios, el Señor de todas las cosas, la Cabeza de la Iglesia, y el Redentor de los hombres. Pablo es el ministro de Jesucristo, para anunciar el misterio de la vocacion de los Gentiles.

PABLO, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y Timotéo su hermano:
2 A los santos y fieles hermanos en Cristo, residentes en Colosas: la gracia sea con vosotros, y paz de Dios Padre nuestro, y de Jesucristo, nuestro Señor.
3 Damos gracias al Dios, y Padre de nuestro Señor Jesucristo, orando siempre por vosotros,
4 Al oir vuestra fé en Cristo Jesus, y el amor que teneis á todos los santos,
5 Por la esperanza que os está reservada en los cielos, de que habeis tenido conocimiento por la palabra de verdad, el Evangelio:
6 El cual se ha propagado entre vosotros, como asimismo en todo el mundo, donde fructifica, del modo que entre vosotros, desde aquel dia en que oisteis y

conocisteis la gracia de Dios se-
gun la verdad:
7 Conforme la aprendisteis de
nuestro carísimo Epaphras, que
es nuestro compañero en el ser-
vicio, y un fiel ministro de Cristo
para con vosotros,
8 El cual asimismo nos ha in-
formado de vuestro amor segun
el Espíritu.
9 Por eso tambien nosotros
desde el dia en que lo supimos,
no cesamos de orar por vosotros,
y de pedir que alcanceis pleno
conocimiento de su voluntad, con
toda sabiduría é inteligencia es-
piritual:
10 A fin de que sigais una con-
ducta digna del Señor, agradán-
dole en todo: produciendo frutos
en toda especie de obras buenas,
y adelantando en la ciencia de
Dios:
11 Corroborados en toda virtud
por el poder de su gloria, en toda
paciencia, y longanimidad acom-
pañada de alegría,
12 Dando gracias al Padre, que
nos ha hecho dignos de participar
de la herencia de los santos en
la luz.
13 Que nos ha arrebatado del po-
der de las tinieblas, y trasladado
al reino de su Hijo muy amado;
14 Por cuya sangre hemos sido
nosotros rescatados, y recibido la
remision de los pecados:
15 El cual es imágen del Dios
invisible, el primogénito de toda
criatura:
16 Pues por él fueron criadas
todas las cosas en los cielos y
en la tierra, las visibles y las
invisibles, ora sean tronos, ora
dominaciones, ora principados,
ora potestades: todas las cosas
fueron criadas por él mismo, y
en atencion á él mismo:
17 Y así él tiene ser ante todas
las cosas, y todas subsisten por
él.
18 Y él es la cabeza del cuer-
po, la Iglesia, y el principio, el
primero renacido de entre los
muertos: de suerte que en todo
tiene él la primacía:
19 Pues plugo á Dios poner en
él toda plenitud,
20 Y, restableciendo la paz por
medio de la sangre que derramó
en la cruz, reconciliar por él á
sí mismo todas las cosas que hay
así en el cielo, como en la tierra.
21 Igualmente á vosotros que
antes os habíais estrañado, y
erais enemigos suyos de corazon
por causa de vuestras malas
obras:
22 Ahora en fin os ha reconci-
liado, en el cuerpo de su carne
por medio de la muerte, á fin de
presentaros santos, puros é irre-
prehensibles delante de él.
23 Con tal que persevereis ci-
mentados en la fé, y firmes, é
inmobles en la esperanza del
Evangelio, que oisteis, y que ha
sido predicado en todas las na-
ciones, que habitan debajo del
cielo, del cual yo Pablo he sido
hecho ministro.
24 Yo que al presente me gozo
de lo que padezco por vosotros,
y estoy cumpliendo en mi carne,
lo que resta que padecer á Cris-
to, en pro de su cuerpo, el cual
es la Iglesia:
25 Cuyo ministro soy yo por

comision de Dios, que se me ha dado en órden á vosotros, para desempeñar la predicacion de la palabra de Dios:
26 Esto es, el misterio escondido á los siglos y generaciones, y que ahora ha sido revelado á sus santos,
27 A quienes Dios ha querido hacer patentes las riquezas de la gloria de este arcano entre las naciones: el cual es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria;
28 A quien predicamos nosotros, amonestando á todos los hombres, é instruyéndolos á todos en toda sabiduría, para hacerlos á todos perfectos en Cristo Jesus:
29 A cuyo fin trabajo aun, esforzándome segun el impulso que ejerce en mí con su poder.

CAPITULO II.

Exhorta á los Colosenses á que se guarden de los sofismas, de los filósofos, de la supersticion de los hereges, de los ritos del Judaismo, y de falsas visiones.

PORQUE deseo que sepais cuanto cuidado tengo por vosotros, y por los de Laodicéa, y aun por aquellos que no me conocen de vista:
2 A fin de que sean consolados sus corazones, estando bien unidos en la caridad, y en todas las riquezas de una perfecta inteligencia, para conocer el misterio de Dios Padre, y de Cristo:
3 En quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia.
4 Y digo esto, para que nadie os deslumbre con sutiles discursos.
5 Pues aunque con el cuerpo estoy ausente, no obstante con el espíritu estoy con vosotros: holgándome de ver vuestro buen órden, y la firmeza de vuestra fé en Cristo.
6 Ya, pues, que habeis recibido á Cristo Jesus el Señor, seguid en él,
7 Arraigados, y edificados sobre él, y confirmados en la fé, á la manera que se os ha enseñado, creciendo mas y mas en ella con acciones de gracias.
8 Estad sobre aviso para que nadie os seduzca por medio de filosofías, y con vanas sutilezas, segun la tradicion de los hombres, conforme á las máximas del mundo, y no conforme á Cristo:
9 Porque en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente:
10 Y lo teneis todo en él, que es la cabeza de todo principado, y potestad:
11 En el cual fuisteis vosotros tambien circuncidados con circuncision no hecha por mano; sino con la que despoja el cuerpo de los pecados de la carne, con la circuncision de Cristo:
12 Siendo sepultados con él por el bautismo, en el cual tambien resucitais por la fé que teneis del poder de Dios, que le resucitó de la muerte.
13 Pues cuando estabais muertos por vuestros pecados, y en la incircuncision de vuestra carne, entonces os hizo revivir con él, perdonándoos todos los pecados:

14 Y cancelada la cédula del decreto firmado contra nosotros, que nos era contrario, quitóla de en medio, enclavándola en la cruz:
15 Y despojando á los principados y potestades, los sacó valerosamente en público, triunfando de ellos en aquella cruz.
16 Nadie pues os juzgue por razon de la comida ó bebida, ó en punto de dias festivos, ó de novilunios, ó de sábados;
17 Cosas todas que son sombra de las que habian de venir: mas el cuerpo es de Cristo.
18 Nadie os estravie, afectando humildad y culto á los ángeles, metiéndose en cosas que no ha visto, hinchado vanamente de su prudencia carnal,
19 Y no estando unido con la cabeza, de la cual todo el cuerpo alimentado y organizado por medio de las junturas y ligamentos, va creciendo con el aumento de Dios.
20 Si habeis muerto pues con Cristo en órden á aquellos rudimentos del mundo: ¿por qué los reputais todavía por leyes vuestras, como si vivieseis para el mundo?
21 No comais (se os dice), no gusteis, no toqueis esto ó aquello:
22 Cosas todas que perecen por el uso; y que solo están fundadas en mandamientos y doctrinas de hombres.
23 Si bien en ellas hay una apariencia de sabiduría en su observancia voluntaria y acompañada de humildad, y en castigar al cuerpo, escaseándole lo necesario para sustentar la carne.

CAPITULO III.

De la renovacion de las costumbres conforme á la nueva vida recibida de Cristo. Varios avisos á los casados, á los padres de familia, y á los criados.

AHORA bien, si habeis resucitado con Cristo, buscad las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado á la diestra de Dios.
2 Saboreáos en las cosas del cielo, no en las de la tierra.
3 Porque muertos estais ya, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.
4 Cuando empero aparezca Cristo, que es vuestra vida, entonces aparecereis tambien vosotros con él en gloria.
5 Haced morir pues los miembros del hombre terreno, que hay en vosotros; la fornicacion, la impureza, las pasiones deshonestas, la concupiscencia desordenada, y la avaricia, que viene á ser una idolatría.
6 Por las cuales cosas descarga la ira de Dios sobre los incrédulos:
7 Y en las cuales anduvisteis tambien vosotros en otro tiempo, pasando en aquellos desórdenes vuestra vida.
8 Mas ahora dad ya de mano á todas esas cosas; á la cólera, al enojo, á la malicia, á la blasfemia, y lejos de vuestra boca toda palabra deshonesta.
9 No mintais los unos á los otros; pues os habeis desnudado del hombre viejo con sus acciones,
10 Y vestido del nuevo, de aquel que por el conocimiento se renueva segun la imágen del que le crió:

11 Para con el cual no hay Gentil y Judío, circunciso y no circunciso, Bárbaro y Escita, esclavo y libre: sino que Cristo es todo en todos.
12 Revestíos pues como escogidos que sois de Dios, santos, y amados, de entrañas de compasion, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia:
13 Sufriéndoos los unos á los otros, y perdonándoos mútuamente, si alguno tiene queja contra otro: así como Cristo os ha perdonado, así tambien hacedlo vosotros.
14 Pero sobre todo mantened la caridad, la cual es el vínculo de la perfeccion:
15 Y la paz de Dios triunfe en vuestros corazones, á la cual fuisteis asimismo llamados para formar un solo cuerpo: y sed agradecidos.
16 La palabra de Cristo en abundancia tenga su morada entre vosotros con toda sabiduría; enseñándoos, y animándoos unos á otros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando de corazon con gracia al Señor.
17 Todo cuanto haceis sea de palabra ó de obra, hacedlo todo en nombre de nuestro Señor Jesus, dando por medio de él gracias á Dios Padre.
18 Mujeres, estad sujetas á los maridos, como es debido, en el Señor.
19 Maridos, amad á vuestras mujeres, y no las trateis con aspereza.
20 Hijos, obedeced á vuestros padres en todo: porque esto es agradable al Señor.
21 Padres, no provoqueis á ira á vuestros hijos, para que no se hagan pusilánimes.
22 Siervos, obedeced en todo á vuestros amos temporales, no sirviéndolos solamente cuando os miran, como si no deseaseis mas que complacer á los hombres, sino con sencillez de corazon, y temor de Dios.
23 Todo lo que hagais, hacedlo de buena gana, como quien sirve al Señor, y no á hombres:
24 Sabiendo que recibireis del Señor la herencia por galardon; como que servis á Cristo, el Señor.
25 Pues el que obra mal, llevará el pago de su injusticia: porque no hay acepcion de personas.

CAPITULO IV.

Ultimos avisos del Apóstol. Recomienda á Tychico y á Onésimo; y saluda á varios.

AMOS, tratad á los siervos segun lo que dictan la justicia y la equidad: sabiendo que tambien vosotros teneis Amo en el cielo.
2 Perseverad en la oracion, velando en ella con acciones de gracias:
3 Orando juntamente por nosotros, para que Dios nos abra la puerta de la predicacion á fin de anunciar el misterio de Cristo, por cuya causa estoy todavía preso:
4 Y para que yo le manifieste de la manera con que debo hablar de él.
5 Portáos sabiamente con aque-

llos que están fuera, resarciendo
el tiempo.
6 Vuestra conversacion sea
siempre con gracia sazonada con
sal, para que acerteis á respon-
der á cada uno como conviene.
7 De todas mis cosas os infor-
mará Tychîco, mi carísimo her-
mano, fiel ministro, y consiervo
en el Señor:
8 Al cual he enviado á vosotros
espresamente, para que se infor-
me de vuestras cosas, y consuele
vuestros corazones,
9 Juntamente con Onésimo, mi
muy amado y fiel hermano, el
cual es vuestro. Estos os con-
tarán todo lo que aquí pasa.
10 Salúdaos Aristarco, mi com-
pañero en la prision, y Marcos,
primo de Bernabé, acerca del cual
os tengo ya hechos mis encargos:
si fuere á vosotros, recibidle:
11 Os saluda tambien Jesus,
por sobrenombre Justo: estos
son de los circuncisos; y ellos
solos son los que me ayudan en
el reino de Dios, y me han ser-
vido de consuelo.
12 Salúdaos Epaphras, el cual
es de los vuestros, siervo de
Cristo, siempre solícito por voso-
tros en sus oraciones, para que
seais perfectos, y conozcais bien
todo lo que Dios quiere.
13 Pues yo soy testigo de lo
mucho que se afana por voso-
tros, y por los de Laodicéa, y de
Hierápolis.
14 Salúdaos el muy amado Lu-
cas médico, y tambien Demas.
15 Saludad vosotros á los her-
manos de Laodicéa, y á Nim-
phas, y á la Iglesia que tiene en
su casa.
16 Leida que sea esta carta en-
tre vosotros, haced que se lea
tambien en la Iglesia de Laodi-
céa: como el que vosotros asimis-
mo leais la de los Laodicenses.
17 Finalmante decid á Archîp-
po: Considera el ministerio, que
has recibido del Señor, á fin de
que lo cumplas.
18 La salutacion de mi propia
mano, Pablo. Acordáos de mis
cadenas. La gracia sea con vos-
otros. Amen.

EPISTOLA PRIMERA DEL APOSTOL S. PABLO A LOS

TESALONICENSES.

CAPITULO I.

Alaba el apóstol á los Tesalonicenses por haber sido un dechado de los demas fieles, con el fervor de su fé, esperanza y caridad, en medio de las tribulaciones.

PABLO, y Silvano, y Timotéo,
á la Iglesia de los Tesaloni-
censes en Dios Padre, y en nues-
tro Señor Jesucristo: gracia y
paz sea con vosotros de parte
de Dios, nuestro Padre, y Jesu-
cristo, nuestro Señor.
2 Sin cesar damos gracias á
Dios por todos vosotros, haciendo

continuamente memoria de vosotros en nuestras oraciones,
3 Acordándonos delante del Dios y Padre nuestro de las obras de vuestra fé, de los trabajos de vuestra caridad, y de la firmeza de vuestra esperanza en nuestro Señor Jesucristo;
4 Considerando, amados hermanos, que vuestra eleccion es de Dios:
5 Porque nuestro Evangelio no se anunció á vosotros solo con palabras, sino tambien con poder, y en el Espíritu Santo, con eficaz persuasion, porque ya sabeis cual fué nuestro proceder entre vosotros por amor vuestro.
6 Vosotros os hicisteis imitadores nuestros, y del Señor, recibiendo su palabra en medio de muchas tribulaciones, con gozo del Espíritu Santo:
7 De suerte que habeis servido de modelo á cuantos han creido en la Macedonia y en Acaya.
8 Pues que de vosotros se difundió la palabra del Señor, no solo por la Macedonia, y por la Acaya, sino que por todas partes se ha divulgado de tal modo la fé que teneis en Dios, que no tenemos necesidad de decir nada sobre esto.
9 Porque ellos mismos publican de nosotros cual entrada tuvimos á vosotros: y como os convertisteis de los ídolos á Dios, para servir al Dios vivo y verdadero,
10 Y para esperar del cielo á su Hijo Jesus, á quien resucitó de entre los muertos, el cual nos libertó de la ira venidera.

CAPITULO II.

San Pablo hace presente á los Tesalonicenses la libertad, desinteres y zelo con que les predicó el Evangelio; y tambien el entrañable amor que les profesa por su constancia en la fé.

VOSOTROS pues mismos sabeis, hermanos, como nuestra llegada á vosotros no fué en vano:
2 Sino que habiendo sido antes maltratados y afrentados, como no ignorais, en Filipos, pusimos en nuestro Dios la confianza, para predicaros el Evangelio de Dios con mucha solicitud.
3 Porque nuestra predicacion no fué de error, ni de inmundicia, ni con engaño,
4 Sino que del mismo modo que fuimos aprobados de Dios para que se nos confiase el Evangelio, así hablamos; no como para agradar á los hombres, sino á Dios, que sondea nuestros corazones.
5 Porque nunca usamos del lenguage de adulacion, como sabeis, ni de ningun pretesto de avaricia: Dios es testigo:
6 Ni buscamos gloria de los hombres, ni de vosotros, ni de otros; pudiendo como apóstoles de Cristo gravaros:
7 Antes bien hemos sido tratables en medio de vosotros, como una nodriza que alimenta á sus hijos.
8 De tal manera apasionados por vosotros, que deseábamos con ansia comunicaros no solo el Evangelio de Dios, sino daros tambien aun nuestra misma vi-

da: tan queridos llegasteis á ser
de nosotros.
9 Porque bien os acordareis,
hermanos, de nuestros trabajos
y fatigas; *como* trabajando de
dia y de noche, á trueque de no
gravar á nadie, predicamos entre
vosotros el Evangelio de Dios.
10 Testigos sois vosotros, y
Dios, de cuan santa y justa, y
sin querella fué nuestra man-
sion entre vosotros, que habeis
creido.
11 Sabiendo como sabeis, de
que modo á cada uno de vosotros
(segun que un padre á sus hijos)
amonestándoos, y consolándoos,
os encargamos,
12 Que anduvieseis de una
manera digna de Dios, que os ha
llamado á su reino y gloria.
13 Por esto tambien no cesamos
de dar gracias á Dios: porque
cuando recibisteis la palabra de
Dios oyendola de nosotros, la re-
cibisteis no como palabra de
hombre, sino (segun es verdade-
ramente) como palabra de Dios,
que fructifica en vosotros, que
habeis creido:
14 Porque vosotros, hermanos,
habeis imitado á las Iglesias de
Dios que hay en Judea *reunidas*
en Cristo Jesus: siendo así que
habeis sufrido tambien de los de
vuestra propia nacion las mis-
mas cosas, que aquellas han su-
frido de los Judíos:
15 Los cuales tambien mataron
al Señor Jesus, y á sus propios
profetas, y á nosotros nos han
perseguido, y desagradan á Dios,
y son enemigos de todos los hom-
bres;
16 Prohibiéndonos el predicar
á los Gentiles á fin de que se
salven, para ir siempre ellos col-
mando sus pecados: pues la ira
de Dios ha venido sobre ellos
hasta el último término.
17 Pero nosotros, hermanos, des-
pues de haber estado por un poco
de tiempo separados de vosotros
de vista, no con el corazon, he-
mos deseado con tanto mas ardor
volveros á ver:
18 Por eso quisimos ir á voso-
tros: y en particular yo Pablo,
lo he querido mas de una vez,
pero Satanas nos lo ha estorbado.
19 Porque ¿cuál es nuestra es-
peranza, nuestro gozo, ó corona
de gloria? ¿No sois vosotros
delante de nuestro Señor Jesu-
cristo para *el dia de* su adveni-
miento?
20 Ciertamente vosotros sois
nuestra gloria, y nuestro gozo.

CAPITULO III.

Consuelo del apóstol al saber por Timotéo la constancia de los Tesalonicenses en la fé de Jesucristo.

POR cuyo motivo no pudiendo
aguardar mas, tuvimos por
bien quedarnos solos en Ate-
nas:
2 Y despachamos á Timotéo,
hermano nuestro, y ministro de
Dios, y ayudador en el Evange-
lio de Cristo, para confirmaros,
y esforzaros en vuestra fé:
3 A fin de que ninguno se con-
turbe por estas tribulaciones:
pues vosotros mismos sabeis que
á esto estamos destinados.
4 Porque ya cuando estábamos
con vosotros, os predecíamos que
habíamos de padecer tribulacio-

nes, asi como ha sucedido, y teneis noticia de ello.
5 Por esto mismo no pudiendo ya aguardar mas, envié á informarme de vuestra fé: temiendo que el tentador os hubiese tentado, y se perdiese nuestro trabajo.
6 Pero ahora Timotéo regresado acá de vosotros, nos ha traido nuevas de la fé y caridad vuestra, y como conservais siempre buena memoria de nosotros, deseando vernos, igualmente que nosotros os deseamos ver tambien.
7 Con eso, hermanos, en medio de todas nuestras necesidades y tribulaciones, nos hemos consolado por vosotros á causa de vuestra fé:
8 Porque ahora vivimos, puesto que vosotros estais firmes en el Señor.
9 Y en efecto, ¿qué accion de gracias podemos tributar á Dios por vosotros, por todo el gozo que esperimentamos por vuestra causa delante de nuestro Dios,
10 A quien rogamos dia y noche con la mayor instancia, que nos permita pasar á veros, y completar lo que falta á vuestra fé?
11 Mas el mismo Dios y Padre nuestro, y nuestro Señor Jesucristo dirijan nuestros pasos hácia vosotros.
12 Entretanto el Señor os multiplique, y aumente vuestra caridad recíprocamente, y para con todos, tal cual es la nuestra para con vosotros:
13 A fin de que sean fortalecidos vuestros corazones, y vosotros seais irreprensibles en santidad delante de Dios y Padre nuestro, para cuando venga nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos.

CAPITULO IV.

Que debemos huir de la lujuria y ociosidad: y que no hemos de contristarnos como los Gentiles por la muerte de los difuntos, teniendo la esperanza de la resurreccion.

POR lo demas, hermanos, os rogamos y os exhortamos por el Señor Jesus, que segun aprendisteis de nosotros el modo como debeis portaros, y agradar á Dios, así procedais, para adelantar mas y mas.
2 Porque ya sabeis qué preceptos os hemos dado por el Señor Jesus.
3 Esta pues es la voluntad de Dios, vuestra santificacion: que os abstengais de la fornicacion,
4 Que sepa cada uno de vosotros poseer su vaso santa y honestamente;
5 No con pasion libidinosa, como lo hacen los Gentiles, que no conocen á Dios:
6 Y que nadie oprima á su hermano, ni le engañe en ningun asunto; puesto que el Señor es vengador de todas estas cosas, como ya antes os hemos dicho y protestado:
7 Porque no nos ha llamado Dios á inmundicia, sino á santidad.
8 Así que quien menosprecia esto, no desprecia á un hombre, sino á Dios: el cual asimismo nos ha dado su santo Espíritu.
9 Por lo que mira á la caridad fraterna no hay necesidad de escribiros: pues vosotros mismos

aprendisteis de Dios el amaros
unos á otros.
10 Y así lo haceis con cuantos
hermanos hay en toda la Mace-
donia. Pero os rogamos, herma-
nos, que crezcais mas y mas,
11 Y procureis vivir quietos, y
atender á lo que tengais que ha-
cer: que trabajeis con vuestras
manos, conforme os tenemos or-
denado:
12 Para que os porteis modesta-
mente con los que están fuera, y
para que no necesiteis de nadie.
13 ¶ En órden á los difuntos
no quiero hermanos dejaros en
ignorancia, porque no os entris-
tezcais, del modo que suelen los
demas hombres, que no tienen
esperanza.
14 Porque si creemos que Jesus
murió y resucitó: tambien Dios
traerá con Jesus á los que hayan
muerto en él.
15 Por lo cual os decimos sobre
la palabra del Señor, que noso-
tros los vivientes, que quedáre-
mos hasta la venida del Señor,
no cogeremos la delantera á los
que ya murieron.
16 Por cuanto el mismo Señor
á la aclamacion y á la voz del
arcángel, y al sonido de la trom-
peta de Dios descenderá del cie-
lo: y los que murieron en Cristo,
resucitarán los primeros.
17 Despues, nosotros los vivos,
los que hayamos quedado, sere-
mos arrebatados juntamente con
ellos sobre nubes al encuentro
del Señor en el aire, y así esta-
remos con el Señor eternamente.
18 Consoláos pues los unos á
los otros con estas palabras.

CAPITULO V.

Les advierte que la segunda venida del Señor será cuando menos piensen: exhorta á prepararse con buenas obras á súbditos, á superiores, y á todos en general, pidiéndoles por último que rueguen por él á Dios.

PERO en cuanto al tiempo, y
al momento, no necesitais,
hermanos, que os escriba.
2 Porque vosotros mismos sa-
beis bien que como el ladron de
noche, así vendrá el dia del Se-
ñor:
3 Pues cuando estarán diciendo
paz y seguridad; entonces los
sobrecogerá de repente la ruina,
como el dolor de parto á la pre-
ñada, sin que puedan evitarla.
4 Mas vosotros hermanos no vi-
vis en tinieblas, para que os sor-
prenda como ladron aquel dia:
5 Puesto que todos vosotros sois
hijos de la luz, é hijos del dia:
no lo somos de la noche, ni de
las tinieblas.
6 No durmamos pues como los
demas, antes bien estemos en
vela, y vivamos con templanza.
7 Pues los que duermen, duer-
men de noche: y los que se em-
briagan, de noche se embriagan.
8 Nosotros empero, que somos
del dia, vivamos en sobriedad,
vestidos de cota de fé y de cari-
dad, y por yelmo la esperanza
de la salud.
9 Porque no nos ha reservado
Dios para la venganza, sino para
hacernos adquirir la salud por
nuestro Señor Jesucristo,
10 El cual murió por nosotros:
á fin de que ora velando, ora dur-
miendo, vivamos juntamente con
él.

11 Por lo cual consoláos mútuamente, y edificáos los unos á los otros, como ya lo haceis.
12 Asimismo hermanos os rogamos, que tengais especial consideracion á los que trabajan entre vosotros, y os gobiernan en el Señor, y os instruyen,
13 Dándoles las mayores muestras de caridad por sus obras: conservad la paz entre vosotros.
14 Os rogamos tambien, hermanos, que advirtais á los inquietos, que consoleis á los pusilánimes, que soporteis á los flacos, que seais sufridos con todos.
15 Procurad que ninguno vuelva á nadie mal por mal: sino tratad de hacer siempre bien unos á otros, y á todos.
16 Estad siempre alegres.
17 Orad sin intermision.
18 Dad gracias en todo, porque esto es la voluntad de Dios en Cristo Jesus para con todos vosotros.
19 No apagueis el Espíritu.
20 No desprecieis las profecías.
21 Examinad todas las cosas: y atenéos á lo bueno.
22 Apartáos de toda apariencia de mal.
23 Y el Dios de la paz os haga santos en todo: á fin de que vuestro espíritu entero, con alma y cuerpo se conserven sin culpa para cuando venga nuestro Señor Jesucristo.
24 Fiel es el que os llamó, y así lo hará.
25 Hermanos, orad por nosotros.
26 Saludad á todos los hermanos con el ósculo santo.
27 Os conjuro por el Señor, que se lea esta carta á todos los santos hermanos.
28 La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros. Amen.

EPISTOLA SEGUNDA DEL APOSTOL S. PABLO A LOS

TESALONICENSES.

CAPITULO I.

Da gracias á Dios por la fé de los Tesalonicenses, y por su paciencia, &c.

PABLO, y Silvano, y Timotéo, á la Iglesia de los Tesalonicenses en Dios nuestro Padre, y en el Señor Jesucristo.
2 La gracia, y paz sea con vosotros de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.
3 Debemos dar á Dios contínuamente acciones de gracias por vosotros, hermanos, y es muy justo, puesto que vuestra fé va aumentándose mas y mas; y la caridad que teneis recíprocamente unos para con otros va tomando incremento:
4 De tal manera que aun nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las Iglesias de Dios,

por vuestra paciencia y fé, en medio de todas vuestras persecuciones y tribulaciones que sufrís:
5 Lo que es una prueba manifesta del justo juicio de Dios, para haceros dignos de su reino, por el cual asimismo padeceis:
6 Si bien delante de Dios es justo que él aflija á aquellos que os aflijen;
7 Y á vosotros, que estais atribulados, os haga gozar juntamente con nosotros del descanso, cuando el Señor Jesus aparecerá del cielo con los ángeles de su poder,
8 En llamas de fuego, á tomar venganza de los que no conocieron á Dios, y de los que no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo:
9 Los cuales sufrirán la pena de eterna destruccion por la presencia del Señor, y de la gloria de su poder,
10 Cuando viniere á ser glorificado en sus santos, y á ostentarse admirable en todos los que creen (pues vosotros habeis creido nuestro testimonio) en aquel dia.
11 Por cuyo motivo oramos tambien sin cesar por vosotros: para que nuestro Dios os haga dignos de su vocacion, y cumpla todos los designios de su bondad, y con su poder la obra de *vuestra* fé:
12 A fin de que sea glorificado en vosotros el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y vosotros en él, por la gracia de nuestro Dios, y del Señor Jesucristo.

CAPITULO II.

Describe las señales que precederán á la venida de Cristo, y á la del Antecristo, y sus secuaces; y los exhorta á permanecer en la doctrina que les ha enseñado.

ENTRETANTO hermanos, os suplicamos por el advenimiento de nuestro Señor Jesucristo, y de nuestra reunion al mismo:
2 Que no abandoneis ligeramente vuestros sentimientos, ni os turbeis por espíritu, ni por discursos, ó por cartas que se supongan enviadas por nosotros, como si el dia de Cristo estuviera ya muy cercano.
3 No os dejeis seducir de nadie en ninguna manera: porque no vendrá, sin que primero haya acontecido la apostasía, y aparecido el hombre del pecado, el hijo de la perdicion,
4 El cual se opondrá, y se alzará contra todo lo que se dice Dios, ó se adora, hasta llegar á poner su asiento en el templo de Dios, mostrándose como si fuese Dios.
5 ¿No os acordais que cuando estaba todavía entre vosotros, os decia estas cosas?
6 Ya sabeis vosotros lo que ahora le detiene, hasta que sea manifestado en su tiempo.
7 Pero ya va obrando el misterio de la iniquidad: solo que el que ahora pone obstáculo, estorbará hasta que sea quitado de en medio:
8 Y entonces se dejará ver aquel perverso, á quien el Señor matará con el resuello de su bo-

ca; y destruirá con el resplandor
de su presencia.
9 A aquel que vendrá con el
poder de Satanas, con toda suerte
de potencia, de señales, y de prodigios falsos,
10 Y con todas las ilusiones de
la iniquidad á aquellos que se
perderán, por no haber recibido
el amor de la verdad á fin de
salvarse.
11 Por eso Dios les enviará el
artificio del error, con que crean
á la mentira,
12 Para que sean condenados
todos los que no creyeron á la
verdad, sino que se complacieron
en la maldad.
13 Mas nosotros debemos siempre dar gracias á Dios por vosotros, ¡oh hermanos amados del
Señor! por haberos Dios escogido desde el principio para salvacion, mediante la santificacion del Espíritu, y la verdadera
fé:
14 A la cual os llamó asimismo por medio de nuestro Evangelio, para haceros conseguir la
gloria de nuestro Señor Jesucristo.
15 Así que hermanos, estad firmes, y mantened las tradiciones
que habeis aprendido, ora por
medio de la predicacion, ora por
carta nuestra.
16 Y nuestro Señor Jesucristo, y Dios y Padre nuestro, que
nos amó, y dió eterno consuelo, y buena esperanza por la
gracia,
17 Consuele vuestros corazones, y los confirme en toda obra,
y palabra buena.

CAPITULO III.

Les pide rueguen á Dios por él; habla contra los díscolos, ociosos y pertinaces; y recomienda el amor al trabajo, y la correccion de los malos.

POR último, hermanos, orad por nosotros, para que la palabra de Dios se propague mas y mas, y sea glorificada, así como lo es entre vosotros:
2 Y para que nos veamos libres
de los díscolos, y malos hombres:
porque no es de todos la fé.
3 Pero fiel es el Señor, que os
fortalecerá, y guardará de mal.
4 Y confiamos en el Señor, que
vosotros haceis lo que ordenamos, y que lo hareis en adelante.
5 El Señor entretanto dirija
vuestros corazones en el amor
de Dios, y en la paciencia de
Cristo.
6 Ahora os intimamos, hermanos, en nombre de nuestro Señor
Jesucristo, que os aparteis de todo hermano que proceda desordenadamente, y no conforme á
la tradicion que ha recibido de
nosotros.
7 Pues vosotros mismos sabeis
de que modo debeis imitarnos:
por cuanto no anduvimos desordenadamente entre vosotros:
8 Ni comimos de valde el pan
de otro, sino con trabajo y fatiga,
trabajando de noche y de dia,
por no ser gravosos á ninguno de
vosotros.
9 No porque no tuviésemos potestad, sino á fin de daros en nosotros mismos un dechado que
imitar.
10 Así que aun estando entre
vosotros, os intimábamos esto:

quien no quiera trabajar, tampoco coma.
11 Porque hemos oido que andan entre vosotros algunos bulliciosos, que no entienden en otra cosa que en indagar lo que no les importa.
12 Pues à estos tales los apercibimos, y les rogamos por nuestro Señor Jesucristo, que trabajando quietamente, coman su propio pan.
13 Vosotros empero, hermanos, no os canseis de hacer bien.
14 Y si alguno no obedeciere lo que ordenamos en nuestra carta, tildadle al tal, y no converseis con él, para que se avergüence.
15 Mas no le mireis como á enemigo, sino corregidle como á hermano.
16 Así el mismo Señor de la paz os conceda siempre paz de todos modos. El Señor sea con todos vosotros.
17 La salutacion de mi propio puño, Pablo: lo cual sirve de contraseña en toda carta mia: así escribo.
18 La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amen.

EPISTOLA PRIMERA DEL APOSTOL S. PABLO A

TIMOTEO.

CAPITULO I.

Encarga el Apóstol á Timotéo que impida las doctrinas nuevas, y cuestiones inútiles que no fomentan la caridad, la cual es el fin de la ley. Obligaciones del ministerio episcopal.

PABLO apóstol de Jesucristo por mandado de Dios Salvador nuestro, y del Señor Jesucristo nuestra esperanza:
2 A Timotéo, querido hijo en la fé. Gracia, misericordia, y paz de Dios Padre, y de nuestro Señor Jesucristo.
3 *Bien sabes* como al irme á Macedonia te pedí que te quedases en Efeso, para que hicieses entender à ciertos que no enseñasen doctrina diferente,
4 Ni se ocupasen en fábulas, y genealogías interminables, que son mas propias para escitar disputas que para formar por la fé el edificio de Dios: *házlo así.*
5 Pues en fin del mandamiento es la caridad que procede de un corazon puro, de una buena conciencia, y de fé no fingida.
6 De lo cual desviándose algunos, han venido á dar en charlatanería,
7 Queriendo hacer de doctores de la ley, sin entender lo que hablan, ni lo que aseguran.
8 Ya sabemos que la ley es buena, para el que usa bien de ella:
9 Reconociendo, que no se puso la ley para el justo, sino para los injustos, y para los desobedien-

tes, para los impíos y pecadores, para los facinerosos y profanos, para los parricidas y matricidas, para los homicidas,
10 Para los fornicarios, para los sodomitas, para los que hurtan hombres, para los embusteros, y perjuros, ó que hacen cualquiera otra cosa contraria á la sana doctrina.
11 La cual es conforme al Evangelio glorioso de Dios bendito, que se me ha encomendado.
12 Gracias doy á aquel que me ha confortado, á Cristo Jesus, nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio á mí,
13 Que fuí antes blasfemo, y perseguidor, y opresor: pero alcancé misericordia, por haber procedido con ignorancia careciendo de fé.
14 Y ha sobreabundado la gracia de nuestro Señor con la fé y caridad, que es en Cristo Jesus.
15 Verdad es cierta, y digna de todo acatamiento: que Cristo Jesus vino á este mundo para salvar á los pecadores, de los cuales el primero soy yo.
16 Mas por eso conseguí misericordia: á fin de que Jesucristo mostrase en mí el primero su estremada paciencia, para ejemplo de los que han de creer en él para la vida eterna.
17 Por tanto al Rey de los siglos inmortal, invisible, al solo sabio Dios, sea la honra y la gloria por siempre jamas. Amen.
18 ¶ Este precepto te recomiendo, hijo Timotéo, que segun las predicciones hechas antes sobre tí, hagas por ellas buena guerra.
19 Manteniendo la fé, y la buena conciencia, la cual por haber desechado de sí algunos, vinieron á naufragar en cuanto á la fé.
20 De los cuales son Hymenéo y Alejandro: á quienes he entregado á Satanas, para que aprendan á no decir blasfemias.

CAPITULO II.

Encarga que se haga oracion por los reyes y magistrados. Jesucristo es el único medianero y redentor de todos. Debemos orar en todo lugar. Modestia de las mujeres, su sumision y silencio.

RECOMIENDO pues ante todas cosas que se hagan súplicas, oraciones, rogativas, acciones de gracias, por todos los hombres:
2 Por los reyes, y por todos los constituidos en alto puesto, á fin de que tengamos una vida quieta, y tranquila en toda piedad y honestidad:
3 Porque esta es una cosa buena, y agradable delante de Dios, Salvador nuestro,
4 El cual quiere que todos los hombres se salven, y vengan en conocimiento de la verdad.
5 Porque uno es Dios, y uno el mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesus hombre:
6 Que se dió á sí mismo en rescate por todos para que de ello se diese testimonio á su tiempo.
7 Del cual yo estoy constituido predicador, y apóstol (digo la verdad en Cristo, no miento) doctor de las Gentes en la fé, y verdad.

8 Quiero pues que los hombres
oren en todo lugar, alzando las
manos puras, exentos de ira, y
disension.
9 Asimismo ataviense las mu-
jeres en trage decente, con re-
cato y modestia; y no con los
cabellos rizados, ni con oro, ó
con perlas, ó costosos vestidos:
10 Sino con buenas obras, como
corresponde á mujeres que hacen
profesion de piedad.
11 Las mujeres aprendan en
silencio con entera sumision.
12 Pues no permito á la mujer
el hacer de doctora, ni tomar
autoridad sobre el marido: mas
estése callada,
13 Ya que Adam fué formado
el primero, y despues Eva:
14 Y Adam no fué engañado,
mas la mujer engañada, fué en
la prevaricacion.
15 Si bien se salvará por medio
del parto, si persevera en la fé,
y en la caridad, en santidad y
moderacion.

CAPITULO III.

Describe cuales deben ser los obispos ó sacerdotes, los diáconos, y las mujeres que sirven á la Iglesia.

ES una verdad cierta: Que
quien desea obispado, desea
una buena obra.
2 Mas es preciso que un obispo
sea irreprensible, esposo de una
sola mujer, sobrio, prudente, gra-
ve, amante de la hospitalidad,
propio para enseñar,
3 No dado al vino, no violento,
sin sórdido interes, mas modera-
do; no rencilloso, no interesado,
mas
4 Que sepa gobernar bien su
casa, teniendo los hijos en suje-
cion con toda decencia.
5 (Pues si uno no sabe gober-
nar su casa, ¿cómo cuidará de
la Iglesia de Dios?)
6 No sea neófito; porque hin-
chado de soberbia, no caiga en
la condenacion del diablo.
7 Tambien es necesario que
tenga buena reputacion entre los
estraños, para que no caiga en
desprecio, y en lazo del diablo.
8 De la misma suerte los diá-
conos sean honestos, no dobles
en sus palabras, no bebedores de
mucho vino, no aplicados á torpe
grangería;
9 Que conserven el misterio de
la fé en limpia conciencia.
10 Y sean estos antes probados:
y así ejerzan su ministerio, no
siendo tachados de ningun delito.
11 Sus mujeres igualmente han
de ser honestas, no calumniado-
ras, sobrias, fieles en todo.
12 Los diáconos sean esposos de
una sola mujer: que gobiernen
bien sus hijos, y sus familias.
13 Pues los que han ejercido
bien su ministerio, se grangean
un buen grado y mucha confianza
en la fé de Cristo Jesus.
14 Te escribo esto, con la espe-
ranza de que en breve iré á verte:
15 Y si tardare, para que sepas
como debes portarte en la casa
de Dios, que es la Iglesia del
Dios vivo, columna y apoyo de
la verdad.
16 Y es grande á todas luces el
misterio de la piedad, en que
Dios se ha manifestado en carne,
ha sido justificado por el Espí-
ritu, ha sido visto de los ángeles,

predicado á los Gentiles, creido en el mundo, elevado á la gloria.

CAPITULO IV.

Predice que algunos hombres pérfidos, instigados por el diablo, enseñarán varios errores: le exhorta á la vigilancia pastoral, y á que ejercitándose en la piedad, sea, aunque jóven, un perfecto modelo de los demas.

PERO el Espíritu dice claramente, que en los venideros tiempos han de apostatar algunos de la fé, dando oidos á espíritus falaces, y á doctrinas diabólicas,
2 Que en hipocresía hablarán mentiras, que tendrán su conciencia cauterizada;
3 Quienes prohibirán el matrimonio, y el uso de los manjares, que Dios crió para que los tomasen con hacimiento de gracias los fieles, y los que han conocido la verdad.
4 Porque toda criatura de Dios es buena, y nada se debe desechar de lo que se toma con hacimiento de gracias:
5 Puesto que se santifica por la palabra de Dios, y por la oracion.
6 Proponiendo esto á los hermanos, serás buen ministro de Jesucristo, como educado en las verdades de la fé y de la buena doctrina, que has aprendido.
7 En cuanto á las fábulas ridículas y de viejas, dáles de mano: y dedícate al ejercicio de la piedad.
8 Pues los ejercicios corporales, sirven para pocas cosas: al paso que la piedad sirve para todo, como que tiene la promesa de la vida presente, y de la futura.
9 Fiel es este dicho, y muy digno de aceptacion.
10 Que en verdad por eso sufrimos trabajos, y oprobios, porque ponemos la esperanza en Dios vivo, el cual es Salvador de los hombres todos, mayormente de los fieles.
11 Esto has de enseñar, y ordenar.
12 Nadie te menosprecie por tu poca edad: pero has de ser dechado de los fieles en el hablar, en el trato, en la caridad, en el espíritu, en la fé, en la pureza.
13 Entretanto que yo voy, aplícate á la lectura, á la exhortacion, y á la enseñanza.
14 No descuides el don que hay en tí, el cual se te dió en virtud de profecía, con la imposicion de las manos de los presbíteros.
15 Medita estas cosas, y ocúpate en ellas: de manera que vean todos tu aprovechamiento.
16 Vela sobre tí mismo, y atiende á la doctrina: insiste en estas cosas. Porque haciendo esto, te salvarás á tí mismo, y á los que te oyeren.

CAPITULO V.

El Apóstol advierte á Timotéo cómo ha de portarse con los fieles de todas edades. Cuales hayan de ser las viudas que sirvan en la Iglesia. Le dice que deben ser premiados los presbíteros que cumplen bien su ministerio: que ha de corregir los pecados públicos; y mirar mucho á quien impone las manos para ordenarle.

NO reprendas al anciano, sino exhórtale como á padre; á los mozos, como á hermanos;
2 A las ancianas, como á madres; á las jovencitas, como á hermanas, con toda limpieza:

3 Honra á las viudas, que verdaderamente son tales.
4 Que si alguna viuda tiene hijos, ó nietos, aprendan estos primero á ejercitar la piedad con los de su familia, y dar el retorno debido á sus padres, pues esto es lo que á Dios agrada.
5 Mas la que verdaderamente es viuda y desamparada, espere en Dios, y ejercítese en plegarias, y oraciones noche y dia.
6 Pero la que vive en deleites, viviendo está muerta.
7 Hazles pues entender estas cosas, para que sean irreprensibles.
8 Que si hay quien no mira por los suyos, y mayormente por los de la familia, este tal negado ha la fé, y es peor que un infiel.
9 No se elija viuda de menos de sesenta años de edad, que no haya sido esposa sino de un solo marido,
10 *Y* que tenga en cuanto á su conducta el testimonio, de si ha educado *bien* á los hijos, si ha ejercitado la hospitalidad, si ha lavado los piés de los santos, si ha socorrido á los atribulados, si ha practicado toda suerte de buenas obras.
11 Pero viudas jóvenes no las admitas; pues despues que se han hecho lascivas contra Cristo, quieren casarse:
12 Teniendo *así* la condenacion, por cuanto violaron la primera fé:
13 Y aun tambien haciéndose ociosas se acostumbran á andar de casa en casa: no como quiera ociosas, sino tambien parleras y curiosas, hablando de cosas de que no deberian hablar.
14 Quiero pues que las que son jóvenes se casen, crien hijos, cuiden de su casa, no den al enemigo ninguna ocasion de maledicencia.
15 Pues algunas se han pervertido ya para ir en pos de Satanas.
16 Si alguno de los fieles, hombre ó mujer, tiene viudas asístalas, y no se grave á la Iglesia; á fin de que haya lo suficiente para las que son verdaderamente viudas.
17 Los presbíteros que gobiernan bien, sean considerados dignos de doble honor: mayormente los que trabajan en predicar y en enseñar.
18 Porque la Escritura dice: No pondrás bozal al buey que trilla. Y: El obrero merece su jornal.
19 Contra presbítero no admitas acusacion, sin la deposicion de dos ó tres testigos.
20 A los pecadores has de reprenderlos delante de todos, para que tambien los demas teman.
21 Te conjuro delante de Dios y del Señor Jesucristo, y de sus ángeles escogidos, que observes estas cosas sin dejarte prevenir, no haciendo nada por inclinacion particular.
22 No impongas de ligero las manos sobre alguno, ni seas cómplice de pecados agenos. Consérvate puro á tí mismo.
23 No prosigas en beber agua *sola*, sino usa de un poco de vino por causa de tu estómago, y de tus frecuentes enfermedades.

24 Los pecados de ciertos hombres son notorios, que preceden al juicio: mas los de otros se manifiestan despues.
25 Así tambien hay buenas obras manifiestas: y las que no lo son, no pueden estar ocultas.

CAPITULO VI.

Los siervos obedezcan á sus amos, sean estos ó no cristianos. Sobre los falsos doctores. Daños que acarrea la avaricia. Deben los ricos evitar la soberbia, y emplearse en obras de caridad.

TODOS los que están debajo del yugo de la servidumbre, han de considerar á sus señores como dignos de todo respeto, para que el nombre de Dios y su doctrina no sea blasfemado.
2 Mas los que tienen por amos á fieles, no les han de tener menos respeto, porque sean hermanos; antes bien sírvanlos mejor, por lo mismo que son fieles y amados, que participan de tal beneficio. Esto has de enseñar, y á esto debes exhortar.
3 Si alguno enseña de otra manera, y no abraza las saludables palabras de nuestro Señor Jesucristo, y aquella doctrina que es conforme á la piedad,
4 Es un soberbio, que nada sabe, sino que antes bien flaquea sobre cuestiones y disputas de palabras: de donde se originan envidias, contiendas, blasfemias, siniestras sospechas,
5 Altercaciones de hombres de ánimo estragado, destituidos de la verdad, que piensan que la piedad es una grangería: apártate de los tales.
6 Ciertamente es grande ganancia la piedad, con *el contentamiento de* lo que basta.
7 Porque nada hemos traido á este mundo: y sin duda que tampoco podremos llevarnos nada.
8 Teniendo pues que comer, y con que cubrirnos, contentémonos con esto.
9 Porque los que pretenden enriquecerse, caen en tentacion, y en un lazo, y en muchos deseos inútiles y perniciosos, que hunden á los hombres en muerte y perdicion.
10 Porque raiz de todos los males es el amor del dinero, el cual codiciando algunos se desviaron de la fé, y se sujetaron á muchas penas.
11 Pero tú ¡oh varon de Dios! huye de estas cosas: y sigue la justicia, la piedad, la fé, la caridad, la paciencia, la mansedumbre.
12 Pelea valerosamente por la fé, arrebata la vida eterna, para la cual fuiste llamado, y diste un buen testimonio delante de muchos testigos.
13 Yo te ordeno en presencia de Dios, que vivifica todas las cosas, y de Cristo Jesus, que ante Poncio Pilato atestiguó una buena confesion:
14 Que guardes lo mandado, puro, irreprensible hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo:
15 La cual hará manifiesta á su tiempo el bienaventurado y solo poderoso, el Rey de los reyes, y Señor de los señores:
16 El solo que es inmortal, y que habita en una luz inaccesible: á quien ninguno de los

hombres ha visto, ni tampoco pue-
de ver: cuyo es el honor, y el
imperio sempiterno. Amen.
17 A los ricos de este siglo mán-
dales que no sean altivos, ni pon-
gan su confianza en las riquezas
caducas, sino en Dios vivo, que
nos provee de todo abundante-
mente para nuestro uso.
18 Que hagan bien, que se ha-
gan ricos en buenas obras, que
den, y repartan liberalmente,
19 Que se atesoren un buen
fondo para lo venidero, á fin de
alcanzar la vida eterna.
20 ¡Oh Timotéo! guarda lo
que se te ha encomendado, evi-
tando las novedades profanas de
voces, y las contradicciones de
la ciencia que falsamente se
llama tal,
21 La que profesando algunos
han errado acerca de la fé. La
gracia sea contigo. Amen.

EPISTOLA SEGUNDA DEL APOSTOL S. PABLO A

TIMOTEO.

CAPITULO I.

Exhorta á Timotéo á predicar intrépidamente el Evangelio, para manifestar mejor su fé. Acuerda que Cristo destruyó la muerte. Dice que algunos de Asia le abandonaron en Roma; y elogia á Onesíphoro.

PABLO apóstol de Jesucristo
por voluntad de Dios, segun
la promesa de vida que tenemos
en Jesucristo:
2 A Timotéo hijo carísimo,
gracia, misericordia, y paz de
Dios Padre, y de nuestro Señor
Cristo Jesus:
3 Doy gracias á Dios, á quien
sirvo á ejemplo de mis mayores
con conciencia pura, de que sin
cesar hago memoria de tí en mis
oraciones, noche y dia,
4 Deseoso de verte, acordándome
de tus lágrimas, para llenarme
de gozo,
5 Como que tengo presente
aquella tu fé sincera, la cual
primero se vió en tu abuela Loi-
da, y en tu madre Eunice, y
estoy cierto de que igualmente
está en tí.
6 Por cuya causa te exhorto,
que avives el don de Dios, que
reside en tí por la imposicion de
mis manos.
7 Porque no nos ha dado Dios
á nosotros un espíritu de timidez;
sino de fortaleza, y de caridad,
y de templanza.
8 Por tanto no te avergüen-
ces del testimonio de nuestro
Señor, ni de mí que estoy pre-
so por amor suyo: antes bien
toma parte en las aflicciones del
Evangelio segun la virtud de
Dios:
9 El cual nos salvó, y llamó
con su santa vocacion, no por

obras nuestras, sino por su bene-
plácito, y por la gracia, que nos
ha sido otorgada en Cristo Jesus
antes de todos los siglos,
10 Y que se ha manifestado
ahora por el advenimiento de
nuestro Salvador Jesucristo, el
cual ha destruido la muerte, y
ha sacado á luz la vida y la in-
mortalidad por medio del Evan-
gelio:
11 Para el cual fuí yo consti-
tuido predicador, y apóstol, y
doctor de las naciones.
12 Por cuyo motivo padezco
aun estas cosas, pero no me
avergüenzo. Porque sé en quien
he creido, y estoy cierto de que
es poderoso para conservar mi
depósito hasta aquel dia.
13 Conserva la forma de la
sana doctrina, que has oido de
mí con la fé, y caridad en Cristo
Jesus.
14 Guarda ese rico depósito por
medio del Espíritu Santo, que
habita en nosotros.
15 Ya sabes como se han apar-
tado de mí todos los que son de
Asia; de cuyo número son Phi-
gello, y Hermógenes.
16 Derrame el Señor sus miseri-
cordias sobre la casa de Onesí-
phoro: porque me ha consolado
muchas veces, y no se ha aver-
gonzado de mi cadena:
17 Antes luego que llegó á
Roma, me buscó diligentemente,
y me encontró.
18 El Señor le conceda hallar
misericordia delante de él en
aquel dia. Cuantos servicios
me prestó en Efeso, tú lo sabes
bien.

CAPITULO II.

Habla a Timotéo de la fortaleza y prudencia con que debe enseñar las cosas de la fé, y como debe evitar las cuestiones inútiles, orígen de discordias y de contiendas, las cuales son agenas del cristiano.

TU pues, hijo mio, cobra buen
ánimo con la gracia, que es
en Cristo Jesus:
2 Y las cosas que de mí has
oido delante de muchos testigos,
confíalas á hombres fieles, que
sean idóneos para enseñarlas
tambien á otros.
3 Soporta el trabajo como buen
soldado de Jesucristo.
4 Ninguno que milita debe em-
barazarse con negocios del siglo:
á fin de agradar á aquel para
quien se alistó.
5 Pues ni aun el que combate
en la palestra es coronado, si no
lidiare segun ley.
6 El labrador que trabaja con-
viene que sea el primero para
recoger de los frutos.
7 Considera lo que digo; por-
que Dios te dará en toda inteli-
gencia.
8 Acuérdate que Jesucristo, del
linage de David, resucitó de en-
tre los muertos, segun mi Evan-
gelio,
9 Por el cual estoy yo pade-
ciendo hasta verme entre cade-
nas, como malhechor: si bien la
palabra de Dios no está enca-
denada.
10 Por tanto todo lo sufro por
amor de los escogidos, á fin de
que consigan tambien ellos la
salvacion, que está en Cristo
Jesus con la gloria eterna.
11 Es una verdad incontrasta-

ble: Que si morimos con él, tam-
bien con él viviremos:
12 Si padecemos, reinaremos
tambien con él: si le negáremos,
él nos negará igualmente:
13 Si no creemos, él permanece
fiel: no puede desmentirse á sí
mismo.
14 Recuérdales esto, encargán-
doles ante el Señor que huyan de
contiendas de palabras, porque
de nada sirven, sino para per-
vertir á los oyentes.
15 Cuídate mucho de compa-
recer aprobado delante de Dios,
como un ministro que nada tiene
de que avergonzarse, dispensan-
do bien la palabra de la verdad.
16 Evita por tanto los profanos,
y vanos discursos; porque con-
tribuyen mucho á la impiedad:
17 Y la palabra de ellos cor-
roerá como gangrena: del nú-
mero de los cuales son Himenéo
y Phileto,
18 Que se han descarriado de
la verdad, diciendo que la resur-
reccion está ya hecha, y han
pervertido la fé de varios.
19 Pero el fundamento de Dios
se mantiene firme, el cual está
marcado con este sello: El Se-
ñor conoce á los suyos; y apár-
tese de la maldad cualquiera
que invoca el nombre de Cristo.
20 Mas en una casa grande no
solo hay vasos de oro y de plata,
sino tambien de madera y de
barro: y los unos á la verdad
son para usos decentes, mas los
otros para usos viles.
21 Si alguno pues se purificare
de estas cosas, será un vaso de
honor santificado, y útil para el
dueño, aparejado para toda obra
buena.
22 Por tanto huye de las pa-
siones de la juventud, y sigue la
justicia, la fé, la caridad, y la
paz con aquellos que invocan al
Señor con limpio corazon.
23 Las cuestiones necias, y que
nada contribuyen á la instruc-
cion, evítalas: sabiendo que en-
gendran altercaciones.
24 Al siervo de Dios no le con-
viene el altercar: sino ser manso
para con todos, propio para ins-
truir, sufrido,
25 Que reprenda con modestia
á los que contradicen á la ver-
dad: por si quizá Dios los trae
á arrepentimiento para que co-
nozcan la verdad,
26 Y se desenreden de los lazos
del diablo, que los tiene presos
á su arbitrio.

CAPITULO III.

Carácter de los falsos apóstoles, y en general de los incrédulos, y hereges. Encarga á Timotéo que guarde bien el depósito de la fé; y le recomienda el estudio de las santas Escrituras.

MAS has de saber esto, que
en los dias postreros sobre-
vendrán tiempos peligrosos:
2 Habrá hombres amadores de
sí mismos, codiciosos, altaneros,
soberbios, blasfemos, desobedien-
tes á sus padres, ingratos, faci-
nerosos,
3 Desnaturalizados, implaca-
bles, calumniadores, disolutos,
fieros, aborrecedores de los bue-
nos,
4 Traidores, protervos, hincha-
dos, y mas amadores de deleites
que de Dios:

5 Mostrando, sí, apariencia de
piedad, pero negando su poder.
Apártate pues de los tales:
6 Porque de estos son los que
se meten por las casas, y cauti-
van á las mujercillas cargadas
de pecados, arrastradas de varias
pasiones:
7 Las cuales andan siempre
aprendiendo, y jamas arriban al
conocimiento de la verdad.
8 En fin, así como Jannes y
Jambres resistiéron á Moisés;
del mismo modo estos resisten á
la verdad, hombres de un espí-
ritu corrompido, réprobos acerca
de la fé:
9 Mas al cabo no progresarán:
porque su necedad se hará pa-
tente á todos, como tambien se
hizo la de aquellos.
10 Pero tú ya has conocido mi
doctrina, mi proceder, intento,
fé, longanimidad, caridad, pa-
ciencia,
11 Persecuciones, *y* vejaciones:
lo que me aconteció en Antioquía,
en Iconio, y en Listra: cuyas per-
secuciones he sufrido, y de todas
me ha sacado á salvo el Señor.
12 Y todos los que quieren vi-
vir piamente segun Cristo Jesus,
han de padecer persecucion.
13 Al paso que los malos hom-
bres, y los impostores adelanta-
rán de mal á peor; errando, y
haciendo errar á otros.
14 Tú empero manténte firme
en lo que has aprendido, y se te
ha encomendado, considerando
quien te lo enseñó:
15 Y que desde la niñez apren-
diste las sagradas letras, que te
pueden instruir para la salva-
cion, mediante la fé que es en
Cristo Jesus.
16 Toda escritura inspirada de
Dios es útil para enseñar, para
convencer, para corregir, para
dirigir en la justicia:
17 Para que el hombre de Dios
sea perfecto, y esté apercibido
para toda obra buena.

CAPITULO IV.

Ultimas encomiendas del Apostol á Timotéo. Le exhorta á que predique sin intermision, para fortificar los espíritus de los fieles contra los errores que habian de nacer: le dice que está cercano el fin de su vida; y concluye con las salutaciones acostumbradas.

TE conjuro delante de Dios, y
del Señor Jesucristo, que ha
de juzgar vivos y muertos, en su
venida y en su reino:
2 Predica la palabra, insiste
con ocasion, y sin ella: reprue-
ba, reprende, exhorta con toda
paciencia y doctrina.
3 Porque vendrá tiempo, en que
no sufrirán la sana doctrina, sino
que, teniendo una comezon es-
tremada de oir, acumularán para
sí doctores segun sus deseos;
4 Y apartarán sus oidos de la
verdad, y los aplicarán á las
fábulas.
5 Tú empero está vigilante en
todo, soporta las aflicciones, haz
el oficio de un evangelista, de-
sempeña cumplidamente tu mi-
nisterio.
6 Que yo ya estoy á punto de
ser inmolado, y se acerca el
tiempo de mi partida.
7 Combatido he con valor, he
concluido la carrera, he guarda-
do la fé.

8 Por lo demas me está reser-
vada la corona de justicia, que
el Señor, justo juez, me dará en
aquel dia: y no solo á mí, sino
tambien á todos los que aman su
venida.
9 Dáte priesa en venir á mí.
10 Porque Demas me ha de-
samparado, por el amor de este
siglo, y se ha ido á Tesalónica:
Crescente á Galacia: Tito á
Dalmacia.
11 Solo Lucas está conmigo.
Toma á Marcos, y tráele con-
tigo: porque me es del caso para
el ministerio.
12 A Tychîco le he enviado á
Efeso.
13 Cuando vengas, tráete con-
tigo el capote que dejé en Tro-
ade en casa de Carpo, y los
libros, especialmente los perga-
minos.
14 Alejandro el calderero me
ha hecho mucho mal: el Señor
le dará el pago conforme á sus
obras:
15 Guárdate tú tambien de él:
porque se ha opuesto sobrema-
nera á nuestra doctrina.
16 En mi primera defensa na-
die me asistió, antes todos me
desampararon: *ruego á Dios* que
no se les impute.
17 Mas el Señor me asistió y
alentó, para que yo acabase de
predicar, y me oyesen todas las
naciones: y fuí librado de la
boca del leon.
18 El Señor me librará de toda
obra mala, y me preservará para
su reino celestial: á él sea dada
gloria por los siglos de los siglos.
Amen.
19 Saluda á Prisca, y á Aqui-
las, y á la familia de Onesíphoro.
20 Erasto se quedó en Corinto.
Y á Tróphimo le dejé enfermo
en Mileto.
21 Apresúrate á venir antes
del invierno. Te saludan Eu-
bulo, y Pudente, y Lino, y Clau-
dia, y los hermanos todos.
22 El Señor Jesucristo sea con
tu espíritu. La gracia sea con
vosotros. Amen.

EPISTOLA DEL APOSTOL S. PABLO A

TITO.

CAPITULO I.

Despues de saludar á Tito, le acuerda la esperanza de la vida eterna; y le demuestra las cualidades que han de tener los presbíteros y obispos.

PABLO siervo de Dios, y após-
tol de Jesucristo segun la fé
de los escogidos de Dios, y el
conocimiento de la verdad, que
es segun la piedad.
2 Para esperanza de la vida
eterna, la cual Dios, que no
puede mentir, ha prometido an-
tes de todos los siglos:
3 Habiendo hecho manifiesta
en su tiempo su palabra por la

predicacion, que se me ha confiado por mandado de Dios, Salvador nuestro:
4 A Tito, hijo querido segun la fé que nos es comun, gracia, misericordia y paz de Dios Padre, y del Señor Jesucristo, Salvador nuestro.
5 La causa porque te dejé en Creta, es para que arregles las cosas que faltan, y establezcas por las ciudades presbíteros, conforme yo te prescribí:
6 *Escogiendo* á quien sea sin tacha, marido de una sola mujer, que tenga hijos fieles, no infamados de lujuria, ó desobedientes.
7 Porque es necesario que un obispo sea sin crímen, como que es el ecónomo de Dios: no soberbio, no colérico, no dado al vino, no violento, no codicioso de sórdida ganancia:
8 Sino amante de la hospitalidad, amador de los buenos, sóbrio, justo, religioso, moderado,
9 Adicto á las verdades de la fé, segun se le han enseñado; á fin de que sea capaz de instruir en la sana doctrina, y redargüir á los que contradijeren.
10 Porque aun hay muchos desobedientes, charlatanes, y embaidores; mayormente de los circuncisos,
11 A quienes es menester tapar la boca: que trastornan familias enteras, enseñando cosas que no convienen, por amor de una torpe ganancia:
12 Dijo uno de ellos, propio profeta de esos mismos: Son los Cretenses siempre mentirosos, malignas bestias, vientres perezosos.
13 Este testimonio es verdadero. Por tanto repréndelos fuertemente, para que sean sanos en la fé,
14 Y no den oidos á fábulas judáicas, ni á mandamientos de hombres, que se apartan de la verdad.
15 Para los limpios todas las cosas *son* limpias: mas para los contaminados é infieles no hay nada limpio, sino que tienen contaminadas su alma y su conciencia.
16 Profesan conocer á Dios, mas le niegan con las obras: siendo como son abominables y rebeldes, y reprobados para toda obra buena.

CAPITULO II.

Manifiesta a Tito como se ha de portar con los fieles de todos estados, sexos, edades y condiciones, y la obligacion que tiene de darles buen ejemplo. Esplica los documentos que nos da la gracia de Dios, y los beneficios que nos ha hecho Jesucristo.

MAS tú has de enseñar cosas conformes á la sana doctrina:
2 Que los ancianos sean sóbrios, serios, templados, sanos en la fé, en la caridad, en la paciencia;
3 Asimismo que las ancianas sean de un porte santo, no calumniadoras, no amigas de mucho vino: que den buenas instrucciones,
4 Enseñando á las jóvenes á que sean modestas, á que amen á sus maridos y á sus hijos.

5 A que sean honestas, castas, cuidadosas de la casa, apacibles, sumisas á sus maridos, para que no se hable mal de la palabra de Dios.

6 Exhorta del mismo modo á los jóvenes á que sean sóbrios.

7 En todas cosas muéstrate dechado de buenas obras: en la doctrina sé puro, grave, incorruptible:

8 Doctrina sana, é irreprensible, para que quien es contrario se confunda, no teniendo mal ninguno que decir de vosotros.

9 Los siervos que sean obedientes á sus dueños, dándoles gusto en todo, no siendo respondones,

10 No defraudándolos, sino mostrando en todas las cosas perfecta lealtad: para que adornen en todo la doctrina de Dios Salvador nuestro.

11 Porque la gracia de Dios que trae la salvacion ha aparecido á todos los hombres,

12 Enseñándonos, que renunciando á la impiedad y á las pasiones mundanas, vivamos sobria, justa y religiosamente en este siglo,

13 Suspirando por la bienaventurada esperanza, y la venida gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo:

14 El cual se dió á sí mismo por nosotros, para redimirnos de todo pecado, y purificarnos para sí como un pueblo que le es peculiar, fervoroso en el bien obrar.

15 Esto es lo que has de hablar; y exhorta, y reprende con plena autoridad. Nadie te menosprecie.

CAPITULO III.

Virtudes que debe Tito recomendar á todos los cristianos. La gracia de Jesucristo derramada sobre nosotros nos hace esperar la vida eterna. Le exhorta á que ahuyente las malas doctrinas, y aparte de la Iglesia á los hereges para que no corrompan la fé de los fieles.

AMONESTALES que vivan sujetos á los principados y potestades, que obedezcan sus órdenes, que estén prontos para toda obra buena:

2 Que no digan mal de nadie, que no sean pendencieros, sino modestos, mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres.

3 Porque tambien nosotros éramos en algun tiempo insensatos, incrédulos, estraviados, esclavos de varias pasiones y deleites, llenos de malignidad y de envidia, aborrecibles, aborreciéndonos los unos á los otros.

4 Pero despues que Dios nuestro Salvador ha manifestado su benignidad y amor para con los hombres;

5 Nos ha salvado, no á causa de las obras de justicia que hubiésemos hecho, sino por su misericordia, haciéndonos renacer por el lavamiento de la regeneracion, y renovándonos por el Espíritu Santo,

6 Que él derramó sobre nosotros copiosamente por Jesucristo, Salvador nuestro:

7 Para que justificados por la gracia de este mismo, vengamos á ser herederos de la vida eterna, conforme á la esperanza.

8 Doctrina es ciertísima: y de-

seo que arraigues en ella á los
que creen en Dios: á fin de
que procuren aventajarse en
buenas obras. Estas cosas son
buenas, y provechosas á los
hombres.
9 Pero cuestiones necias, y ge-
nealogías, y contiendas, y deba-
tes sobre la ley, evítalas, porque
son inútiles y vanas.
10 Desecha un hombre herege,
despues de haberle corregido una
y dos veces:
11 Sabiendo que quien es tal,
está pervertido, y es delincuente,
siendo condenado por su propia
conciencia.
12 Luego que yo hubiere envia-
do á tí á Artemas ó á Tychîco,
dáte priesa en venir á mí á Nicó-
poli: pues he resuelto pasar allí
el invierno.
13 Envia delante á Zenas doc-
tor de la ley, con Apolo, procu-
rando que nada les falte.
14 Aprendan asimismo los nues-
tros á ejercitar las buenas obras
en las necesidades que se ofre-
cen, para que no sean sin fruto.
15 Todos los que están conmigo
te saludan: saluda tú á los que
nos aman conforme á la fé. La
gracia sea con todos vosotros.
Amen.

EPISTOLA DEL APOSTOL S. PABLO A

FILEMON.

Pídele con la elocuencia divina de la caridad que se reconcilie con Onésimo, su esclavo fugitivo, ya cristiano y arrepentido.

PABLO, preso *por causa* de
Jesucristo, y Timotéo nues-
tro hermano, al amado Filémon,
coadjutor nuestro,
2 Y á la carísima hermana
Apphia, y á Archîppo, nuestro
compañero, y á la Iglesia que
hay en tu casa.
3 Gracia, y paz á vosotros, de
Dios nuestro Padre, y del Señor
Jesucristo.
4 Gracias doy á mi Dios, acor-
dándome siempre de tí en mis
oraciones,
5 Oyendo la fé que tienes en el
Señor Jesus, y la caridad para
con todos los santos:
6 Para que la comunicacion de
tu fé llegue á ser efectiva por el
conocimiento de todas las obras
buenas, que hay en vosotros por
Cristo Jesus.
7 Así es que hemos tenido
gran gozo y consuelo en tu ca-
ridad: en atencion á que por
medio de tí, hermano, han teni-
do consuelo los corazones de los
santos:
8 Por cuyo motivo, no obstante
la mucha libertad que tengo en
Cristo para mandarte lo que con-
viene,
9 Con todo, en nombre de la
caridad prefiero el suplicarte,

siendo cual soy, Pablo, y anciano, y ademas ahora preso por Jesucristo.
10 Te ruego por mi hijo Onésimo, á quien he engendrado entre las cadenas,
11 El que en algun tiempo fué para tí inútil, y al presente tanto para tí como para mí es provechoso,
12 El cual te le vuelvo á enviar. Tú pues recíbele como á mis entrañas:
13 Yo habia querido retenerle conmigo, para que me sirviese por tí, durante la prision por el Evangelio:
14 Pero nada he querido hacer sin tu consentimiento, para que tu beneficio no fuese como forzado, sino voluntario.
15 Que quizá él te ha dejado por algun tiempo, á fin de que le recobrases para siempre:
16 No ya como siervo, sino en vez de siervo, como hermano muy amado, de mí en particular; ¿pero cuanto mas de tí, así segun la carne, como segun el Señor?
17 Ahora bien, sí me tienes por compañero tuyo, acógele como á mi *mismo:*
18 Y si te ha causado algun detrimento, ó te debe algo, apúntalo á mi cuenta.
19 Yo Pablo *lo* he escrito de mi puño: yo lo pagaré, por no decirte que tú te me debes á mí:
20 Sí, hermano, gózeme yo de tí en el Señor: da consuelo á mi corazon en el Señor.
21 Confiado en tu obediencia te escribo, sabiendo que harás aun mucho mas de lo que digo.
22 Y al mismo tiempo dispónme tambien hospedage, pues espero que por vuestras oraciones os he de ser restituido.
23 Epaphras preso conmigo por amor de Cristo Jesus te saluda,
24 Con Marcos, Aristarco, Demas, y Lucas que me ayudan.
25 La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu. Amen.

EPISTOLA DEL APOSTOL S. PABLO A LOS

HEBREOS.

CAPITULO I.

Jesucristo, verdadero Dios y hombre, es infinitamente superior á los ángeles.

DIOS, que en otro tiempo habló á nuestros padres en diferentes ocasiones y de muchas maneras por los profetas,
2 Nos ha hablado últimamente en estos dias, por medio de *su* Hijo, á quien constituyó heredero de todas las cosas, por quien crió tambien los siglos;
3 El cual siendo como es el resplandor de *su* gloria, y vivo retrato de su persona, y susten-

tándolo todo con su poderosa palabra, despues de habernos purificado de nuestros pecados, está sentado á la diestra de la magestad en las alturas:
4 Hecho tanto mas escelente que los ángeles, cuanto es mas aventajado el nombre que recibió por herencia.
5 Porque ¿á cuál de los ángeles dijo jamas: Hijo mio eres tú, yo te he engendrado hoy? Y asimismo: ¿Yo seré Padre suyo, y él será Hijo mio?
6 Y otra vez al introducir á su primogénito en el mundo, dice: Y adórenle todos los ángeles de Dios.
7 Asimismo en órden á los ángeles dice: El que á sus ángeles los hace espíritus, y á sus ministros como la llama del fuego.
8 Mientras que al Hijo dice: El trono tuyo ¡oh Dios! por los siglos de los siglos: cetro de rectitud, el cetro de tu reino.
9 Amaste la justicia, y aborreciste la iniquidad: por eso Dios, el Dios tuyo, te ungió con oleo de júbilo mas que á tus compañeros.
10 Y *en otro lugar:* Tú ¡oh Señor! al principio fundaste la tierra: y obras de tus manos son los cielos.
11 Ellos perecerán, mas tú permaneces; y todos como vestidos envejecerse han:
12 Y como un manto los doblarás, y quedarán mudados: pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán.
13 En fin, ¿á qué ángel ha dicho jamas: Siéntate tú á mi diestra, mientras tanto que pongo á tus enemigos por tarima de tus piés?
14 Por ventura ¿no son todos unos espíritus que hacen el oficio de servidores, enviados para ministerio en favor de aquellos, que recibirán la herencia de la salud?

CAPITULO II.

Los transgresores de la ley nueva serán castigados con mayor rigor. Gloria del Hijo de Dios hecho hombre, Señor de todas las criaturas, Redentor, Santificador, Salvador, y Pontífice de los hombres.

POR tanto es menester que nos adhiramos con mayor empeño á las cosas que hemos oido, á fin de no dejarlas escapar.
2 Pues si la palabra pronunciada por los ángeles fué firme, y toda transgresion y desobediencia recibió el justo castigo que merecia:
3 ¿Cómo le evitaremos nosotros, si desatendemos tan grande salud? la cual, habiendo comenzado el Señor á predicarla, ha sido despues confirmada hasta nosotros por los que le habian oido,
4 Atestiguándola Dios con señales y portentos, y variedad de milagros, y con los dones del Espíritu Santo que ha distribuido segun su beneplácito.
5 Porque no sometió Dios á los ángeles el mundo venidero, de que hablamos.
6 Antes uno en cierto lugar testificó, diciendo: ¿Qué es el hombre que así te acuerdas de él, ó el hijo del hombre para que le visites?

7 Hásle hecho un poco inferior
á los ángeles: coronado le has
de gloria y de honor, y le has
constituido sobre las obras de
tus manos:
8 Todas las cosas has sujetado
á sus piés. En esto pues de ha-
ber sujetado á él todas las cosas,
no ha dejado ninguna que no
haya á él sometido. Ahora em-
pero no vemos que todas las co-
sas le estén todavía sujetas.
9 Mas vemos coronado de gloria
y de honor, por la muerte que
padeció, á aquel Jesus, que por
un poco fué hecho inferior á los
ángeles: á fin de que por la
gracia de Dios gustase por todos
la muerte.
10 Porque convenia que aquel
para quien y por quien son todas
las cosas, habiendo de conducir
á muchos hijos á la gloria, hi-
ciese perfecto por medio de los
padecimientos al autor de la sal-
vacion de los mismos.
11 Porque el que santifica, y
los que son santificados, todos
son de uno. Por cuya causa no
se desdeña de llamarlos herma-
nos, diciendo:
12 Anunciaré tu nombre á mis
hermanos: en medio de la Igle-
sia cantaré tus alabanzas.
13 Y en otra parte: Yo pondré
en él mi confianza. Y en otro
lugar: Hé aquí yo, y mis hijos,
que Dios me ha dado.
14 Y por cuanto los hijos tienen
comunes la carne y sangre, él
tambien participó de las mis-
mas cosas: para destruir por su
muerte al que tenia el imperio de
la muerte, es á saber, al diablo,
15 Y librar á aquellos que por
el temor de la muerte estaban
toda la vida sujetos á servidum-
bre.
16 Porque no tomó jamas *la
naturaleza de* los ángeles, sino
que tomó la simiente de Abra-
ham.
17 Por lo cual debió en todo
asemejarse á sus hermanos, á fin
de ser un pontífice misericordio-
so, y fiel en lo que toca á Dios,
para expiar los pecados del pue-
blo.
18 Ya que por razon de haber
él mismo padecido siendo tenta-
do, puede tambien socorrer á los
que son tentados.

CAPITULO III.

Jesucristo, Hijo de Dios, mucho mas eminente sin comparacion que Moisés, que era solamente un siervo del Señor. Debemos obedecerle en todo, para que no seamos castigados como los Hebréos incrédulos.

POR lo cual vosotros, santos
hermanos, partícipes que sois
de la vocacion celestial, consi-
derad á Cristo Jesus, Apóstol y
Pontífice de nuestra profesion,
2 El cual es fiel al que le ha
constituido, como lo fué tambien
Moisés con respecto á toda su
casa.
3 Pues que fué reputado digno
de gloria tanto mayor que la de
Moisés, cuanto mayor dignidad
tiene que la casa aquel que la
fabricó.
4 Porque toda casa por alguno
es fabricada: mas el que fabricó
todas las cosas, es Dios.
5 Y á la verdad Moisés fué fiel
en toda su casa como un sirvien-

te, para anunciar todo lo que había de manifestarse despues.

6 Pero Cristo como hijo en su propia casa: cuya casa somos nosotros, si hasta el fin mantenemos firme la confianza y el regocijo de la esperanza.

7 Por lo cual (como dice el Espíritu Santo: Si hoy oyereis su voz,

8 No querais endurecer vuestros corazones, como cuando la provocacion en el dia de la tentacion en el desierto,

9 En donde vuestros padres me tentaron, probáronme, y vieron mis obras por espacio de cuarenta años.

10 Por lo cual me irrité con aquella generacion, y dije: Ellos siguen siempre los estravíos de su corazon: y no conocieron mis caminos.

11 Y así he jurado en mi ira: Que no entrarán en mi descanso.)

12 Mirad, hermanos, no haya en alguno de vosotros corazon maleado de incredulidad, hasta abandonar al Dios vivo:

13 Antes amonestáos todos los dias los unos á los otros, mientras que se apellida Hoy, á fin de que ninguno de vosotros llegue á endurecerse con el engaño del pecado.

14 Puesto que somos hechos participantes de Cristo, con tal que conservemos firme hasta el fin el principio de nuestra confianza.

15 Mientras que se dice: Si Hoy oyereis su voz, no endurezcais vuestros corazones, como en aquella provocacion.

16 Pues algunos de los que la habian oido, irritaron al Señor: aunque no todos aquellos que salieron del Egipto por medio de Moisés.

17 Mas ¿contra quienes estuvo irritado por espacio de cuarenta años? ¿No fué contra los que pecaron, cuyos cadáveres quedaron tendidos en el desierto?

18 ¿Y á quienes juró que no entrarian en su descanso, sino á aquellos que fueron incrédulos?

19 Así vemos que no pudieron entrar por causa de la incredulidad.

CAPITULO IV.

De la verdadera tierra de promision hácia la cual caminan los cristianos; y como debemos acudir á Jesucristo para poder entrar en ella. Cuan grande es la virtud y eficacia de la palabra de Dios.

TEMAMOS pues no sea que, habiéndonos sido dejada una promesa de entrar en su descanso, á alguno de vosotros parezca ser escluido de ella.

2 Puesto que se nos anunció tambien á nosotros esta buena nueva del mismo modo que á ellos: pero á ellos no les aprovechó la palabra oida, por no ir acompañada con la fé de los que la oyeron.

3 Al contrario nosotros que hemos creido, entraremos en el descanso: segun lo que dijo: Tal es el juramento que hice en mi indignacion: Jamas entrarán en mi descanso: aunque acabadas las obras desde la creacion del mundo.

4 Porque en cierto lugar habló así del dia séptimo: Y descansó

Dios al dia séptimo de todas sus obras.
5 Y en este dice: Jamas entrarán en mi descanso.
6 Pues como todavía restan algunos que han de entrar en él, y los primeros á quienes fué anunciado, no entraron por su incredulidad:
7 De nuevo establece un dia, diciendo por David, Hoy, despues de tanto tiempo, segun se dice: Si Hoy oyereis su voz, no querais endurecer vuestros corazones.
8 Porque si Jesus les hubiera dado el descanso, nunca despues hablaria de otro dia.
9 Luego resta un descanso para el pueblo de Dios.
10 Así quien ha entrado en su descanso, ha descansado tambien de todas sus obras, así como Dios de las suyas.
11 Esforcémonos pues á entrar en aquel descanso, á fin de que ninguno caiga en el mismo ejemplo de incredulidad.
12 Puesto que la palabra de Dios es viva y eficaz, y mas penetrante que toda espada de dos filos: y que entra hasta dividir el alma y el espíritu, las junturas y tuétanos; y discierne los pensamientos y las intenciones del corazon.
13 No hay criatura invisible á su vista: todas están desnudas y patentes á los ojos de aquel con quien tenemos que habérnoslas.
14 Teniendo pues un gran pontífice, á Jesus Hijo de Dios, que penetró los cielos, tengamos firme nuestra profesion.
15 Porque no tenemos un pontífice, que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias: pues ha esperimentado todas las tentaciones, á escepcion del pecado, por razon de la semejanza *con nosotros*.
16 Lleguémonos pues confiadamente al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia, y hallar gracia para ser socorridos en tiempo oportuno.

CAPITULO V.

Esplica el Apóstol cual es el oficio del sumo pontífice; y hace ver que Jesucristo es tal, y que intercede por nosotros. Se queja de la poca disposicion que tienen para entender estos divinos misterios.

PORQUE todo pontífice entresacado de los hombres es puesto para beneficio de los hombres, en lo que mira á Dios, á fin de que ofrezca dones, y sacrificios por los pecados:
2 El cual pueda condolerse de aquellos que ignoran, y yerran: por cuanto él se halla igualmente rodeado de miserias:
3 Y por esta razon debe ofrecer por los pecados, no menos por los suyos que por los del pueblo.
4 Ni nadie se apropia esta dignidad, sino el que es llamado de Dios, como Aarón.
5 Así es que Cristo tampoco se arrogó la gloria de hacerse pontífice: sino *que se la dió* el que le dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy.
6 Al modo que tambien en otro lugar dice: Tú eres sacerdote eternamente, segun el órden de Melchîsedec.
7 El cual en los dias de su

carne, ofreciendo plegarias y súplicas con grande clamor y lágrimas á aquel que podia salvarle de la muerte, fué oido sobre lo que temia.

8 Y cierto que aunque era Hijo, aprendió por las cosas que padeció, á obedecer:

9 Y habiendo sido hecho perfecto, vino á ser autor de salvacion eterna para todos los que le obedecen;

10 Nombrado por Dios pontífice segun el órden de Melchîsedec.

11 Sobre lo cual podríamos deciros muchas cosas, pero son difíciles de esplicar, á causa de vuestra flaqueza para entenderlas.

12 Pues debiendo ser maestros en razon del tiempo, aun habeis menester que os enseñen cuales son los primeros rudimentos de la palabra de Dios; y os habeis hecho tales, que necesitais de leche, *mas* no de alimento sólido.

13 Pero quien se cria con leche, no es capaz de entender el lenguage de justicia, por ser un niño.

14 Mientras que el manjar sólido es de hombres hechos, de aquellos que con el uso tienen ejercitados los sentidos para discernir el bien y el mal.

CAPITULO VI.

Observa el Apóstol que suelen ser incorregibles los que siendo muy favorecidos de Dios pierden la fé, ó se abandonan á los vicios. Habla contra la pereza; y de la firme áncora que tenemos en la esperanza cristiana.

DEJANDO pues á un lado las instrucciones de aquellos que comienzan á creer en Cristo, elevémonos á lo que hay de mas perfecto, sin echar de nuevo el fundamento del arrepentimiento de las obras muertas, y de la fé en Dios,

2 De la doctrina sobre los bautismos, de la imposicion de las manos, de la resurreccion de los muertos, y del juicio perdurable.

3 Esto pues, con el favor de Dios, vamos á hacer.

4 Porque es imposible que aquellos que han sido una vez iluminados, y han gustado el don celestial, que han sido hechos partícipes del Espíritu Santo,

5 Que asimismo han gustado la buena palabra de Dios, y las virtudes del siglo venidero,

6 Y que despues de esto han caido; *es imposible* que sean otra vez renovados por el arrepentimiento, puesto que crucifican de nuevo en sí mismos al Hijo de Dios, y le esponen al escarnio.

7 Porque la tierra que embebe la lluvia que cae á menudo sobre ella, y produce yerba provechosa á los que la cultivan, recibe la bendicion de Dios:

8 Mas la que brota espinas y abrojos, es abandonada, y queda espuesta á la maldicion, y al fin pára en ser abrasada.

9 Pero carísimos, aunque os hablamos de esta manera, esperamos de vosotros mejores cosas, y mas conducentes á salvacion.

10 Porque no es Dios injusto, para olvidarse de lo que habeis hecho, y de la caridad que por respeto á su nombre habeis mos-

trado, en haber asistido, y en asistir á los santos.
11 Deseamos empero que cada uno de vosotros muestre el mismo fervor hasta el fin por el cumplimiento de su esperanza:
12 A fin de que no os hagais flojos, sino imitadores de aquellos, que por fé y paciencia heredan las promesas.
13 Por eso en la promesa que Dios hizo á Abraham, como no tenia otro mayor por quien jurar, juró por sí mismo,
14 Diciendo: Ciertamente yo te llenaré de bendiciones, y te multiplicaré sobremanera.
15 Y así aguardando con longanimidad, alcanzó la promesa.
16 *Ello es* que los hombres juran por quien es mayor que ellos: y el juramento es la mayor seguridad para terminar sus diferencias.
17 Por lo cual queriendo Dios mostrar mas cumplidamente á los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento:
18 Para que por dos cosas inmutables, en que no es posible que Dios mienta, tengamos un poderosísimo consuelo, los que corremos para alcanzar la esperanza propuesta:
19 La cual sirve á nuestra alma como de una áncora segura y firme, y que penetra hasta lo que está del velo adentro:
20 Donde entró Jesus por nosotros, nuestro precursor, constituido pontífice por toda la eternidad segun el órden de Melchîsedec.

CAPITULO VII.

El sumo sacerdocio de Jesucristo, figurado en el de Melchîsedec, es infinitamente mas escelente que el de Aarón y sus sucesores. Jesucristo no ha de rogar por sí, sino solamente por nosotros.

PORQUE este Melchîsedec, rey de Salem, sacerdote del Dios altísimo, es el que salió al encuentro á Abraham cuando volvia de la derrota de los reyes, y le bendijo:
2 A quien asimismo dió Abraham el diezmo de todo: cuyo nombre en primer lugar significa rey de justicia: ademas de eso rey de Salem, que quiere decir, rey de paz:
3 Sin padre, sin madre, sin genealogía, sin principio de dias, ó fin de vida; sino que siendo imágen del Hijo de Dios, queda sacerdote eternamente.
4 Contemplad ahora cuan grande sea este, á quien aun el patriarca Abraham dió los diezmos de los mejores despojos.
5 Y á la verdad aquellos de entre los hijos de Leví que son elevados al sacerdocio, tienen por la ley órden de cobrar los diezmos del pueblo, esto es, de sus hermanos: aunque tambien estos mismos vengan de la sangre de Abraham.
6 Pero aquel cuyo linage no se cuenta entre ellos, recibió los diezmos de Abraham, y dió la bendicion al que tenia las promesas.
7 Y no cabe duda alguna en que quien es menor, recibe la bendicion del mayor.
8 No menos cierto es que aquí

los que cobran los diezmos, son
hombres que mueren: cuando
allá, aquel de quien se asegura
que vive.
9 Y (por decirlo así) aun Leví,
que recibió los diezmos, pagó
diezmo en Abraham:
10 Pues que todavía estaba en
los lomos de su padre, cuando
Melchîsedec salió al encuentro
á este.
11 Y si la perfeccion se daba
por el sacerdocio Levítico (ya
que en tiempo del mismo recibió
el pueblo la ley) ¿qué necesidad
hubo despues de que se levan-
tase otro sacerdote nombrado
segun el órden de Melchîsedec,
y no segun el de Aarón?
12 Porque mudado el sacerdo-
cio, es forzoso que tambien se
mude la ley.
13 Pero aquel de quien fueron
predichas estas cosas, es de una
tribu, de la cual ninguno sirvió
al altar.
14 Siendo como es notorio, que
nuestro Señor nació de la tribu
de Judá: de cuya tribu nada
habló Moisés con respecto á los
sacerdotes.
15 Y aun esto se manifiesta mas
claro; supuesto que sale á luz
otro sacerdote á semejanza de
Melchîsedec,
16 El cual no es hecho segun
la ley del mandamiento carnal,
sino por el poder de una vida
inmortal.
17 Como lo declara diciendo:
Tú eres sacerdote para siempre,
segun el órden de Melchîsedec.
18 Queda por tanto abrogada
la ordenacion antecedente, á
causa de su inutilidad é insufi-
ciencia:
19 Pues que la ley no condujo
ninguna cosa á perfeccion, sino
que condujo á esperanza mejor,
por la cual nos acercamos á Dios.
20 Y ademas no ha sido esta-
blecido sin juramento:
21 (Pues los otros fueron insti-
tuidos sacerdotes sin juramento;
mas este lo fué con juramento,
por aquel que le dijo: Juró
el Señor, y no se arrepentirá:
tú eres sacerdote por toda la
eternidad segun el órden de Mel-
chîsedec:)
22 Por tanto Jesus fué hecho
fiador de un testamento mucho
mas perfecto.
23 Ademas aquellos sacerdotes
fueron muchos, porque la muer-
te les impedia que durasen:
24 Mas este como siempre per-
manece, posee un sacerdocio in-
mutable.
25 De aquí es que puede per-
pétuamente salvar á los que por
medio suyo se acercan á Dios:
como que está siempre vivo para
interceder por ellos.
26 A la verdad tal como este
convenia que fuese nuestro pon-
tífice, santo, inocente, inmacu-
lado, segregado de los pecadores,
y sublimado sobre los cielos:
27 El cual no tiene necesidad,
como los demas sacerdotes, de
ofrecer cada dia sacrificios, pri-
meramente por sus pecados, y
despues por los del pueblo: por-
que esto lo hizo una vez, ofre-
ciéndose á sí mismo.
28 Pues la ley constituyó sa-
cerdotes á hombres flacos: pero

la palabra confirmada con el juramento, hecho posteriormente á la ley, estableció al Hijo, que está consagrado para siempre.

CAPITULO VIII.

Es Jesucristo mediador del nuevo testamento; el cual es mucho mas escelente ó perfecto que el antiguo.

EN suma, cuanto acabamos de decir se reduce á esto: Tenemos un pontífice tal, que está sentado á la diestra del trono de la magestad en los cielos,

2 Ministro del santuario, y del verdadero tabernáculo, erigido por el Señor, y no por hombre alguno.

3 Que si todo pontífice es destinado á ofrecer dones y víctimas, forzoso es que tambien este tenga alguna cosa que ofrecer:

4 Porque si él habitase sobre la tierra, ni aun sacerdote sería, estando ya establecidos los que segun la ley ofrecen los dones,

5 Los cuales sirven de bosquejo, y sombra de las cosas celestiales, como le fué advertido á Moisés al construir el tabernáculo: Mira, le dijo, házlo todo conforme al diseño, que se te ha mostrado en el monte.

6 Mas ahora él ha alcanzado un ministerio tanto mas escelente, cuanto es mediador de un testamento mas apreciable, el cual fué otorgado sobre mejores promesas.

7 Pues si aquel primero fuera sin imperfeccion, de ningun modo se trataria de sustituirle otro.

8 Y así culpándolos dice: He aquí que vendrán dias, dice el Señor, en que otorgaré á la casa de Israél, y á la casa de Judá, un testamento nuevo:

9 No como el testamento que hice con sus padres en el dia que los tomé por la mano para sacarlos de la tierra de Egipto: por cuanto ellos no guardaron mi alianza, yo tambien los deseché, dice el Señor.

10 El testamento que he de disponer, dice el Señor, para la casa de Israél, despues de aquellos dias, es este: Imprimiré mis leyes en la mente de ellos, y escribirlas he sobre sus corazones: y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo:

11 Y no será menester que enseñe cada uno á su prójimo y á su hermano, diciendo: Conoce al Señor: porque todos me conocerán desde el menor de ellos hasta el mayor:

12 Porque yo les perdonaré sus injusticias, y no me acordaré mas de sus pecados, ni de sus iniquidades.

13 Llamándolo pues nuevo, dió por anticuado al primero. Ahora bien, lo que se da por anticuado y viejo, cerca está de quedar abolido.

CAPITULO IX.

Cotejo de las ceremonias de la ley antigua con las de la nueva. Preeminencias del sacerdocio de Jesucristo sobre el del antiguo testamento.

ES verdad que tuvo el primero reglamentos sagrados del culto, y un santuario terrestre.

2 Porque se hizo un primer tabernáculo, en el cual estaban el candelero y la mesa, y los panes

de la proposicion, que se llama
santuario.
3 Seguíase detras del segundo
velo el tabernáculo, que se llama
santísimo,
4 Que contenia un incensario
de oro, y el arca del testamento
cubierta de oro por todas partes,
en la cual se guardaba el vaso de
oro que contenia el maná, y la
vara de Aaron, que floreció, y
las tablas de la alianza,
5 Y sobre el arca estaban los
querubines gloriosos haciendo
sombra al propiciatorio: de las
cuales cosas no es tiempo de hablar ahora por menor.
6 Como quiera, dispuestas así
estas cosas, en el primer tabernáculo entraban siempre los sacerdotes, para cumplir las funciones de sus ministerios:
7 Pero en el segundo, solo el
pontífice una vez al año, no sin
sangre, la cual ofrecía por sí
mismo, y por los errores del
pueblo:
8 Dando á entender con esto el
Espíritu Santo, que no estaba
todavía patente la entrada del
lugar santísimo, estando aun en
pié el primer tabernáculo.
9 Lo cual era figura de aquel
tiempo de entonces, en el cual se
ofrecian dones y sacrificios, los
cuales no podian purificar la conciencia de los que tributaban
este culto,
10 Que consistia solamente en
viandas y bebidas, y diferentes
abluciones, y ceremonias carnales establecidas hasta el tiempo
de la reformacion.
11 Mas sobreviniendo Cristo,
pontífice de los bienes venideros,
por medio de un tabernáculo
mas escelente y mas perfecto, no
hecho á mano, esto es, no de fábrica semejante *á la nuestra;*
12 No con sangre de machos de
cabrío, ni de becerros, sino con
la sangre propia, entró una sola
vez en el santuario, habiendo
obtenido una eterna redencion.
13 Porque si la sangre de los
toros, de los machos de cabrío, y
la ceniza de la ternera esparcida
sobre los inmundos, los santifica
en órden á la purificacion de la
carne:
14 ¿Cuanto mas la sangre de
Cristo, el cual por el Espíritu
eterno se ofreció á sí mismo inmaculado á Dios, limpiará vuestras conciencias de las obras
muertas, para que sirvais al
Dios vivo?
15 Y por eso es mediador de un
nuevo testamento, á fin de que
mediante su muerte para expiacion de aquellas prevaricaciones,
que habia bajo del primer testamento, reciban la herencia eterna prometida los que han sido
llamados.
16 Porque donde hay testamento, es necesario que intervenga
la muerte del testador.
17 Pues el testamento no tiene
fuerza sino por la muerte: de
otra suerte no vale, mientras
tanto que vive el que testó.
18 Por eso ni aun aquel primer
testamento, fué celebrado sin
sangre.
19 Puesto que Moisés, despues
que hubo espuesto todos los mandamientos de la ley á todo el

pueblo, tomando sangre de los novillos, y de los machos de cabrío, con agua, lana teñida de carmesí, y el hisopo, roció al mismo libro, y tambien á todo el pueblo,

20 Diciendo: Esta es la sangre del testamento, que Dios os ha ordenado.

21 Y asimismo roció con sangre el tabernáculo, y todos los vasos del ministerio.

22 Y segun la ley casi todas las cosas se purifican con sangre: y sin derramamiento de sangre no se hace la remision.

23 Fué pues necesario que las figuras de las cosas celestiales se purificasen con tales ritos pero las mismas cosas celestiales con víctimas mejores que estas.

24 Porque no entró Cristo en los santuarios hechos de mano, que eran figuras del verdadero: sino que entró en el cielo mismo, para presentarse ahora por nosotros en el acatamiento de Dios:

25 Y no para ofrecerse muchas veces á sí mismo, como entra el pontífice de año en año en el santuario con sangre agena:

26 De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo: cuando ahora una sola vez al cabo de los siglos se presentó para destruccion del pecado, con el sacrificio de sí mismo.

27 Y así como está decretado á los hombres el morir una sola vez, y despues el juicio:

28 Así tambien Cristo ha sido una sola vez inmolado para quitar los pecados de muchos; y otra vez aparecerá sin pecado para dar la salud á los que le esperan.

CAPITULO X.

Jesucristo es la única víctima que puede expiar nuestros pecados: y debemos unirnos á ella por la fé, esperanza, caridad y buenas obras. Exhorta á los Hebréos á la paciencia en los trabajos.

PORQUE teniendo la ley la sombra de los bienes futuros, no la realidad misma de las cosas; no puede jamas por medio de las mismas víctimas, que no cesan de ofrecerse todos los años, hacer perfectos á los que se acercan.

2 De otra manera hubieran cesado ya de ofrecerlas, pues que los que tributan este culto, purificados una vez, no tendrian ya remordimiento de pecado:

3 Con todo eso, todos los años al ofrecerlas se hace conmemoracion de los pecados:

4 Porque es imposible que con sangre de toros y de machos de cabrío se quiten los pecados.

5 Por eso al entrar en el mundo dice: Tú no has querido sacrificio, ni ofrenda; mas á mí me has apropiado un cuerpo:

6 Holocaustos por el pecado no te han agradado.

7 Entonces dije: Héme aquí que vengo, (segun está escrito de mí en el volúmen del libro) para cumplir ¡oh Dios! tu voluntad.

8 Diciendo arriba: Tú no has querido, ni han sido de tu agrado los sacrificios, las ofrendas, y holocaustos por el pecado, cosas todas que se ofrecen segun la ley:

9 Y añadiendo: Héme aquí que

vengo ¡ oh mi Dios ! para hacer tu
voluntad: abolió aquello primero,
para establecer lo segundo.
10 Por esta voluntad *pues* somos
santificados por la oblacion
del cuerpo de Jesucristo hecha
una vez sola.
11 Y así todo sacerdote se presenta
cada dia á ejercer su ministerio,
y á ofrecer muchas veces
las mismas víctimas, las cuales
no pueden jamas quitar los pecados:
12 Pero este, despues de ofrecido
un solo sacrificio por los pecados,
está sentado para siempre
á la diestra de Dios,
13 Aguardando entretanto lo
que resta, que sus enemigos sean
puestos por estrado de sus piés.
14 Porque con una sola ofrenda,
hizo perfectos para siempre
á los que ha santificado.
15 Y el Espíritu Santo tambien
nos lo testifica; porque ha dicho
antes:
16 Hé aquí la alianza, que yo
asentaré con ellos, dice el Señor:
Despues de aquellos dias, imprimiré
mis leyes en sus corazones,
y las escribiré sobre sus almas:
17 Y ya nunca jamas me acordaré
de sus pecados, ni de sus
maldades.
18 Cuando quedan pues perdonados
los pecados, ya no es menester
oblacion por el pecado.
19 Y así, hermanos, teniendo la
libertad de entrar en lo mas santo
por la sangre de Jesus,
20 Por un nuevo camino, y vivo,
que él mismo consagró para
nosotros, por medio del velo, esto
es, de su carne;
21 Teniendo asimismo un gran
sacerdote sobre la casa de Dios:
22 Lleguémonos *á él* con sincero
corazon, con plena fé, purificados
los corazones de la mala conciencia,
y lavados los cuerpos con
agua limpia.
23 Mantengamos firme la profesion
de nuestra fé, sin fluctuar,
(que fiel es quien hizo la promesa)
24 Y considerémonos recíprocamente
para incentivo de caridad,
y de buenas obras:
25 No desamparando nuestra
congregacion, como es costumbre
de algunos, sino al contrario
alentándonos, y tanto mas, cuanto
mas vecino viereis el dia.
26 Porque si pecamos voluntariamente
despues de haber conocido
la verdad, ya no nos queda
hostia que ofrecer por los pecados,
27 Sino una horrenda espectacion
del juicio, y del fuego abrasador,
que ha de devorar á los
enemigos.
28 Uno que prevarica contra la
ley de Moisés, *siéndole probado*
con dos ó tres testigos, es condenado
sin remision á muerte:
29 Pues, ¿cuánto mas acerbos
suplicios pensais merecerá aquel
que hollare al Hijo de Dios, y
tuviere por inmunda la sangre
del testamento, por la cual fué
santificado, y ultrajare al Espíritu
de gracia?
30 Pues bien conocemos al que
dijo: A mí *está reservada* la venganza,
y yo soy el que ha de dar
á cada uno su merecido; dice el
Señor. Y tambien: El Señor ha
de juzgar á su pueblo.

31 Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo.
32 Traed pues á la memoria aquellos primeros dias, cuando despues de haber sido iluminados, sufristeis un gran combate de persecuciones;
33 Por un lado habiendo servido de espectáculo, con injurias, y malos tratamientos; y por otro haciéndoos compañeros de los que sufrian lo mismo.
34 Porque os compadecisteis de mí en mis cadenas, y llevasteis con alegria la rapiña de vuestros bienes, considerando que teniais en el cielo un patrimonio mas escelente, y duradero.
35 No querais pues malograr vuestra confianza, la cual recibirá un grande galardon.
36 Porque os es necesaria la paciencia, para que haciendo la voluntad de Dios, obtengais la promesa.
37 Pues dentro de un brevísimo tiempo vendrá aquel que ha de venir, y no tardará:
38 Mas, el justo vivirá por la fé; pero el que desertare, no será agradable á mi alma.
39 Mas nosotros no somos de los que desiertan para perderse, sino de los de la fé para poner en salvo el alma.

CAPITULO XI.

Describe el Apóstol la virtud maravillosa de la fé por una induccion de las grandes acciones de los antiguos justos ó santos, desde el principio del mundo hasta la venida del Mesías.

ES pues la fé el fundamento de las cosas que se esperan, *y* un convencimiento de las cosas que no se ven.
2 De donde por ella obtuvieron buen testimonio los antiguos.
3 Por la fé entendemos que fueron formados los siglos por la palabra de Dios; de tal manera que las cosas que se ven no fueron hechas de las que son visibles.
4 Por fé Abel ofreció á Dios un sacrificio mas escelente que el de Cain, por la cual obtuvo el ser declarado justo, dando Dios testimonio de sus dones; y por la fé habla todavía, aun estando muerto.
5 Por la fé fué trasladado Henoch para que no muriese, y no se le vió mas, por cuanto Dios le trasportó á otra parte; mas antes de la traslacion tuvo el testimonio de haber agradado á Dios.
6 Pues sin fé es imposible agradar á Dios. Por cuanto el que se llega á Dios debe creer que Dios existe, y que es remunerador de los que le buscan.
7 Por la fé, avisado Noe de cosas que aun no se veian, con temor fué construyendo el arca para salvacion de su familia: por medio de aquella condenó al mundo, y fué instituido heredero de la justicia, que es por la fé.
8 Por la fé Abraham, llamado para ir á la tierra que habia de recibir en herencia, obedeció; y se puso en camino, no sabiendo á donde iba.
9 Por la fé habitó en la tierra que se le habia prometido, como en tierra estraña, habitando en

tiendas con Isaac, y Jacob, coherederos de la misma promesa.

10 Porque tenia puesta la esperanza en aquella ciudad de sólidos fundamentos, cuyo arquitecto y fundador es Dios.

11 Por la fé tambien la misma Sara recibió virtud de concebir, y dió á luz un varon, por mas que la edad fuese ya pasada: porque creyó ser fiel aquel que lo habia prometido.

12 Por cuya causa de un hombre solo (y ese amortecido ya) salió una posteridad tan numerosa como las estrellas del cielo, y como las arenas sin cuento de la orilla del mar.

13 Todos estos vinieron á morir en fé, sin haber recibido las promesas, sino mirándolas de lejos, y persuadiéndoselas, y saludándolas, y confesando ser peregrinos, y huéspedes sobre la tierra.

14 Pues los que dicen tales cosas, bien dan á entender que buscan patria.

15 Y caso que pensaran en la propia de donde salieron, tiempo sin duda tenian de volverse.

16 Luego *es claro que* aspiran á otra mejor, esto es, á la celestial. Por eso Dios no se desdeña de llamarse Dios de ellos: como que les tenia preparada ciudad.

17 Por la fé Abraham, cuando fué probado, ofreció á Isaac, y el que habia recibido las promesas, ofrecia al unigénito suyo,

18 Aunque se le habia dicho: En Isaac te será llamada descendencia:

19 Mas él consideraba que Dios podria resucitarle despues de muerto: de aquí es que le recibió tambien como *en* figura.

20 Por la fé tambien Isaac dió á Jacob y á Esaú una bendicion que se refería á cosas que habian de venir.

21 Por la fé Jacob, moribundo, bendijo á cada uno de los hijos de Josef: y adoró *apoyado sobre* la estremidad de su vara.

22 Por la fé Josef, al morir, hizo mencion de la salida de los hijos de Israél, y dispuso acerca de sus huesos.

23 Por la fé Moisés, cuando nació, fué ocultado por sus padres, durante el espacio de tres meses, porque vieron tan gracioso al niño, y no temieron el edicto del rey.

24 Por la fé Moisés, siendo ya grande, rehusó ser tenido por hijo de la hija de Faraon,

25 Escogiendo antes ser afligido con el pueblo de Dios, que gozar por algun tiempo de las delicias del pecado;

26 Juzgando que el oprobio por Cristo era mayor riqueza que los tesoros del Egipto: porque fijaba su vista en la recompensa.

27 Por la fé dejó al Egipto, sin temer la saña del rey: porque tuvo firme confianza en el invisible, como si le viera.

28 Por la fé celebró la pascua, y la aspersion de la sangre, á fin de que no tocase á los suyos el que iba matando á los primogénitos.

29 Por la fé pasaron el Mar bermejo como por tierra seca: lo cual probando á hacer los Egipcios, fueron sumergidos.

30 Por la fé cayeron los muros de Jericó, con dar vuelta siete dias al rededor de ellos.

31 Por la fé la ramera Rahab no pereció con los incrédulos: por haber recibido con paz á los esploradores.

32 ¿Y qué mas diré todavía? El tiempo me faltará, si me pongo á discurrir de Gedeon, de Barac, de Samson, de Jephté, de David, de Samuel, y de los profetas:

33 Los cuales por la fé conquistaron reinos, ejercitaron la justicia, alcanzaron las promesas, taparon las bocas de los leones,

34 Estinguieron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, sanaron de enfermedades, se hicieron valientes en la guerra, desbarataron ejércitos estrangeros.

35 Mujeres hubo que recibieron resucitados á sus difuntos. Mas otros fueron atormentados, sin *querer* aceptar el rescate, por alcanzar mejor resurreccion.

36 Otros sufrieron escarnios y azotes, ademas de cadenas y cárceles:

37 Fueron apedreados, aserrados, puestos á prueba, muertos á filo de espada: anduvieron girando de acá para allá, cubiertos de pieles de oveja y de cabra, desamparados, angustiados, maltratados,

38 (De los cuales el mundo no era digno) yendo perdidos por las soledades, por los montes, y en las cuevas, y en las cavernas de la tierra.

39 Sin embargo todos estos tan recomendables por el testimonio de la fé, no recibieron la promesa,

40 Habiendo dispuesto Dios por una cosa mejor en favor nuestro, el que no fuesen sino juntamente con nosotros del todo perfeccionados.

CAPITULO XII.

Exhórtalos con el ejemplo de Jesucristo á sufrir con fortaleza las aflicciones, y á ser obedientes á la ley del Señor.

YA pues que estamos rodeados de una tan grande nube de testigos, descargándonos de todo peso, y del pecado que nos cerca, corramos con paciencia al término de la carrera que se nos ha propuesto:

2 Poniendo los ojos en Jesus, autor y consumador de la fé, el cual en vista del gozo que le estaba preparado, sufrió la cruz sin hacer caso de la ignominia, y está sentado á la diestra del trono de Dios.

3 Considerad pues atentamente á aquel que sufrió tal contradiccion de los pecadores contra sí mismo, á fin de que no desmayeis, perdiendo ánimo.

4 Pues aun no habeis resistido hasta *derramar* sangre, combatiendo contra el pecado:

5 Sino que os habeis olvidado de las palabras de consuelo, con que os habla como á hijos, diciendo: Hijo mio, no desprecies la correccion del Señor, ni caigas de ánimo cuando te reprende.

6 Porque el Señor al que ama le castiga, y á todo aquel que recibe por hijo le azota.

7 Si sufris la correccion, Dios
se porta con vosotros como con
hijos: Porque ¿cual es el hijo, á
quien su padre no corrige?
8 Que si estais fuera de la cor-
reccion, de que todos participa-
ron, en tal caso sois bastardos, y
no hijos.
9 Por otra parte si tuvimos á
nuestros padres carnales que nos
corrigieron, y los respetábamos,
¿no es mucho mas justo que obe-
dezcamos al Padre de los espíri-
tus, y viviremos?
10 Y á la verdad aquellos por
espacio de pocos dias, nos casti-
gaban á su arbitrio; pero este
en aquello que *nos* sirve, para
recibir su santificacion.
11 Es indudable que toda cor-
reccion, por el pronto parece que
no trae gozo, sino pena; mas
despues producirá en los que son
labrados con ella fruto apacibilí-
simo de justicia.
12 Por tanto levantad vuestras
manos caidas, y vuestras rodi-
llas debilitadas,
13 Y enderezad vuestros pasos,
á fin de que alguno por andar
claudicando no se descamine,
sino antes bien sea restablecido.
14 Seguid la paz con todos, y
la santidad, sin la cual nadie
verá al Señor:
15 Atendiendo á que ninguno
se aparte de la gracia de Dios:
que ninguna raiz de amargura
brotando fuera *os* perturbe, y por
dicha raiz se inficionen muchos.
16 Ninguno sea fornicario ó
profano como Esaú, que por una
vianda vendió su primogenitura:
17 Pues tened entendido que
despues por mas que pretendia
ser heredero de la bendicion, fué
desechado: no hallando lugar
de arrepentimiento, por mas que
con lágrimas lo solicitase.
18 Ademas de que vosotros no
os habeis acercado al monte que
se puede tocar, y al fuego encen-
dido, y obscuridad, y tinieblas,
y tempestad,
19 Y sonido de trompeta, y
estruendo de una voz *tal*, que
los que la oyeron, pidieron por
merced que no se les hablase
mas.
20 (Pues no podian sufrir aque-
lla amenaza: Si aun una bestia
tocare al monte, ha de ser ape-
dreada, ó traspasada de un dardo.
21 Y era tan espantoso lo que
se veía, que dijo Moisés: Despa-
vorido estoy, y temblando.)
22 Mas vosotros os habeis acer-
cado al monte de Sion, y á la
ciudad de Dios vivo, á la celes-
tial Jerusalem, y al coro de mu-
chos millares de ángeles,
23 A la asamblea general, y á la
Iglesia de los primogénitos, que
están alistados en los cielos, y á
Dios juez de todos, y á los espíri-
tus de los justos perfeccionados,
24 Y á Jesus, mediador de la
nueva alianza, y á la aspersion
de aquella sangre que habla me-
jor que la de Abel.
25 Mirad que no deseche is al
que os habla. Porque si no es-
caparon aquellos que desobede-
cieron al que les hablaba sobre
la tierra, mucho menos nosotros,
si desecháremos al que nos habla
desde los cielos:
26 Cuya voz hizo entonces

temblar la tierra; pero ahora promete mas, diciendo; Una vez todavía; y yo conmoveré no tan solo la tierra, sino tambien el cielo.
27 Mas con decir: Una vez todavía, declara la mudanza de las cosas movibles como cosas hechas, á fin de que permanezcan aquellas que son inmobles.
28 Así que ateniéndonos nosotros á aquel reino que no está sujeto á mudanza ninguna, conservemos la gracia: mediante la cual agradando á Dios, le sirvamos con temor y reverencia.
29 Pues nuestro Dios es un fuego devorador.

CAPITULO XIII.

Exhortacion al ejercicio de las virtudes cristianas, con las cuales, en virtud del sacrificio de Jesucristo se tiene entrada en la Jerusalem celestial.

LA caridad fraternal permanezca entre vosotros.
2 Y no olvideis la hospitalidad, pues por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles.
3 Acordáos de los presos, como si estuvierais con ellos en la cárcel: y de los afligidos, como que tambien vosotros vivis en cuerpo.
4 Es honroso en todos el matrimonio y el lecho conyugal sin mancilla; mas Dios condenará á los fornicarios y á los adúlteros.
5 Sean las costumbres sin avaricia, contentándoos con lo presente, pues él mismo dice: No te desampararé, ni abandonaré.
6 Por manera que podamos animosamente decir: El Señor es quien me ayuda: no temeré cosa que hagan contra mí los hombres.
7 Acordáos de vuestros conductores, los cuales os han predicado la palabra de Dios: cuya fé habeis de imitar, considerando el fin de su modo de vida.
8 Jesucristo el mismo que ayer, es hoy: y lo será por los siglos.
9 No os dejeis pues descaminar por doctrinas diversas y estrañas. Lo que importa sobre todo es fortalecer el corazon con la gracia, no con las viandas, que de nada sirvieron á los que se ocupaban en observarlas.
10 Tenemos un altar, del cual no tienen derecho á comer los que sirven al tabernáculo.
11 Porque los cuerpos de aquellos animales cuya sangre por el pecado mete el pontífice en el santuario, son quemados fuera del campamento.
12 Que aun por eso Jesus, para santificar al pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta.
13 Salgamos pues á él fuera del campamento, llevando su improperio.
14 Puesto que no tenemos aquí ciudad fija, sino que vamos en busca de la que está por venir.
15 Ofrezcamos pues á Dios por medio de él sin cesar un sacrificio de alabanza, es á saber, el fruto de labios que bendigan su nombre.
16 Entretanto no echeis en olvido la beneficencia, y el repartir con otros vuestros bienes, porque con tales sacrificios se agrada á Dios.
17 Obedeced á vuestros con-

ductores, y estádles sumisos, ya
que ellos velan, como que han
de dar cuenta de vuestras almas,
para que lo hagan con alegría, y
no penando: cosa que no os seria
provechosa.
18 Orad por nosotros: porque
seguros estamos de que en ninguna cosa nos acusa la conciencia, deseando comportarnos bien
en todo.
19 Ahora mayormente os suplico que lo hagais, á fin de que
cuanto antes sea restituido á vosotros.
20 Y el Dios de la paz, que resucitó de entre los muertos al gran
pastor de las ovejas, Jesucristo
Señor nuestro, por la sangre del
eterno testamento,
21 Os haga perfectos en todo
bien, á fin de que hagais su voluntad: obrando él en vosotros
lo que sea agradable á sus ojos
por Jesucristo: al cual sea la
gloria por los siglos de los siglos.
Amen.
22 Ahora, hermanos, os ruego
que lleveis á bien todo lo dicho
para exhortaros; pues os he escrito brevemente.
23 Sabed que nuestro hermano
Timotéo está en libertad: con el
cual, si viene presto, he de veros.
24 Saludad á todos vuestros
conductores, y á todos los santos.
Los hermanos de Italia os saludan.
25 La gracia sea con todos vosotros. Amen.

EPISTOLA CATOLICA DEL APOSTOL

SANTIAGO.

CAPITULO I.

De la utilidad de las tribulaciones; y como la paciencia conduce á la perfeccion. De los frutos de la oracion. Ventajas de la pobreza. Reprimir la lengua. Asistir á los afligidos. Huir del espíritu del mundo.

SANTIAGO, siervo de Dios y
de nuestro Señor Jesucristo,
á las doce tribus, que están dispersas, salud.
2 Tened, hermanos mios, por
objeto de sumo gozo el caer en
varias tribulaciones:
3 Sabiendo que la prueba de
vuestra fé produce la paciencia.
4 Mas tenga la paciencia su
obra perfecta, para que vengais
á ser perfectos y cabales, sin que
os falte cosa alguna.
5 Y si alguno de vosotros tiene
falta de sabiduría, pídasela á
Dios, que á todos da copiosamente, y no zahiere á nadie, y
le será concedida.
6 Pero pídala con fé sin dudar
en nada; pues quien anda dudando, es semejante á la ola del
mar, que mueve el viento, y
lleva de acá para allá:
7 Así que, un hombre semejante no tiene que pensar que

ha de recibir cosa alguna del Señor.
8 El hombre de ánimo doble, es inconstante en todos sus caminos.
9 Aquel hermano que sea de baja condicion ponga su gloria en la exaltacion suya;
10 Mientras el rico la debe poner en su abatimiento; por cuanto él ha de pasar como la flor del heno:
11 Pues en saliendo el sol ardiente, se va secando la yerba, cae su flor, y acábase su vistosa hermosura: así tambien el rico se marchitará en sus andanzas.
12 Bienaventurado aquel hombre que aguanta la tentacion; porque despues que fuere probado, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido á los que le aman.
13 Ninguno cuando es tentado, diga que Dios le tienta: pues Dios ni puede ser tentado por el mal, ni á nadie tienta.
14 Sino que cada uno es tentado, cuando es atraido y halagado por la propia concupiscencia.
15 Despues la concupiscencia en llegando á concebir, pare el pecado: el cual una vez que sea consumado, engendra la muerte.
16 Por tanto no os engañeis, hermanos mios muy amados.
17 Toda dádiva preciosa, y todo don perfecto de arriba viene, como que desciende del Padre de las luces, en quien no cabe mudanza, ni sombra de variacion.
18 Porque de su voluntad nos ha engendrado con la palabra de la verdad, á fin de que seamos como las primicias de sus criaturas.
19 Por lo que, hermanos mios muy queridos, sea todo hombre pronto para escuchar; pero detenido en hablar, y refrenado en la ira.
20 Porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios.
21 Por lo cual dando de mano á toda inmundicia y esceso vicioso, recibid con docilidad la palabra que ha sido ingerida en vosotros, la cual puede salvar vuestras almas.
22 Pero habeis de ponerla en práctica, y no solo escucharla, engañándoos á vosotros mismos.
23 Porque si alguno es oidor de la palabra, y no hacedor, este tal será parecido á un hombre que contempla al espejo su rostro natural,
24 Y que no hace mas que mirarse, y se va, y luego se olvidó de cuál haya sido.
25 Mas quien contemplare la ley perfecta *que es la* de la libertad, y perseverare en ella, no haciéndose oyente olvidadizo, sino ejecutor de la obra, este será por su hecho bienaventurado.
26 Si alguno pues se precia de ser religioso, sin refrenar su lengua, antes bien engañando su corazon, la religion suya es vana.
27 La religion pura y sin mácula delante de Dios Padre es esta: Visitar á los huérfanos y á las viudas en sus tribulaciones, y preservarse de la corrupcion de este siglo.

CAPITULO II.

Advierte el Apóstol que la acepcion de personas no se compone bien con la fé de Jesucristo; y que la fé sin las obras buenas es como un cuerpo sin alma.

HERMANOS mios, no concilieis la fé de nuestro glorioso Señor Jesucristo con la acepcion de personas.
2 Porque si entrando en vuestra congregacion un hombre con sortija de oro y ropa preciosa, y entrando tambien un pobre con un mal vestido,
3 Poneis los ojos en el que viene con vestido brillante, y le decís: Siéntate tú aquí en este buen lugar, diciendo por el contrario al pobre: Tú estáte allí en pié, ó sientate acá bajo el estrado de mis piés:
4 ¿No es claro que formais un tribunal dentro de vosotros mismos, y os haceis jueces, guiados por malos pensamientos?
5 Oid, hermanos mios muy amados, ¿no es verdad que Dios eligió á los pobres de este mundo para hacerlos ricos en la fé, y herederos del reino que tiene prometido á los que le aman?
6 Vosotros al contrario habeis afrentado al pobre. ¿No son los ricos los que con el poder os tiranizan, y los mismos que os arrastran á los tribunales?
7 ¿No es blasfemado por ellos el buen nombre, que fué sobre vosotros invocado?
8 Si es que cumplis la ley regia conforme á las Escrituras: Amarás á tu prójimo como á tí mismo, bien haceis:
9 Pero si sois aceptadores de personas, cometeis un pecado, siendo reprendidos por la ley como transgresores.
10 Pues aunque uno guarde toda la ley, si quebranta un mandamiento solo, viene á ser reo de todos.
11 Porque aquel que dijo: No cometerás adulterio, dijo tambien: No matarás. Conque aunque no cometas adulterio, si matas, transgresor eres de la ley.
12 Así habeis de hablar y obrar, como quien ha de ser juzgado por la ley de libertad.
13 Porque aguarda un juicio sin misericordia al que no usó de misericordia: pero la misericordia se eleva sobre el juicio.
14 ¶ ¿De qué servirá, hermanos mios, el que uno diga tener fé, si no tiene obras? ¿Por ventura á este tal la fé podrá salvarle?
15 Caso que un hermano ó una hermana estén desnudos y necesitados del alimento diario,
16 ¿De qué les servirá que alguno de vosotros les diga: Id en paz, calentáos, y comed á satisfaccion, si no les da lo necesario para el cuerpo?
17 Así tambien la fé, si no es acompañada de obras, está muerta en sí misma.
18 Mas dirá alguno: Tú tienes fé, y yo tengo obras: muéstrame tu fé sin obras, y yo te mostraré mi fé por las obras.
19 Tú crees que Dios es uno: haces bien: tambien lo creen los demonios, y se estremecen.
20 Pero ¿quieres saber ¡oh

hombre vano! como la fé sin
obras está muerta?
21 Abraham nuestro padre, ¿no
fué justificado por las obras,
cuando ofreció á su hijo Isaac
sobre el altar?
22 ¿Ves cómo la fé trabajaba
con sus obras, y que por las obras
la fé vino á ser consumada?
23 En lo que se cumplió la Es-
critura, que dice: Creyó Abra-
ham á Dios, y le fué reputado
por justicia; y fué llamado ami-
go de Dios.
24 ¿Veis como el hombre se
justifica por las obras, y no por
la fé solamente?
25 A este modo Rahab la ra-
mera, ¿no fué asimismo justifi-
cada por las obras, hospedando
á los mensageros, y despachán-
dolos por otro camino?
26 En suma, como el cuerpo sin
el espíritu está muerto, así tam-
bien la fé sin las obras está
muerta.

CAPITULO III.

Vicios de la lengua desenfrenada, y diferencia entre la ciencia terrena y la celestial.

NO querais muchos de voso-
tros, hermanos mios, hacer
de maestros, considerando que
nos sujetamos á mayor juicio.
2 Porque todos delinquimos en
muchas cosas. Que si alguno
no delinque en palabras, este tal
es varon perfecto, y que puede
tener en freno á todo el cuerpo.
3 Así, metemos un freno en la
boca de los caballos para que
nos obedezcan, y movemos su
cuerpo á donde quiera.
4 Mirad tambien como las na-
ves, aunque sean grandes, y es-
tén llevadas de impetuosos vien-
tos, con un pequeño timon se
mueven acá y allá, donde quiere
el impulso del que gobierna.
5 Así tambien la lengua es un
miembro pequeño, sí, pero se
gloria de grandes cosas. ¡Mirad
un poco de fuego cuan grande
bosque incendia!
6 La lengua tambien es un
fuego, es un mundo de maldad:
como está en medio de nuestros
miembros, contamina todo el
cuerpo, é inflamada de un fuego
infernal, inflama el curso de la
vida.
7 Porque toda especie de bes-
tias, de aves, y de serpientes, y
de animales del mar se amansan,
y han sido domados por la natu-
raleza del hombre:
8 Mas la lengua ningun hom-
bre puede domarla: ella es un
mal turbulento, *y* está llena de
mortal veneno.
9 Con ella bendecimos á Dios
Padre: y con la misma malde-
cimos á los hombres, los cuales
son formados á semejanza de
Dios.
10 De una misma boca sale la
bendicion y la maldicion. No
han de ir así las cosas, herma-
nos mios.
11 ¿Acaso una fuente echa por
el mismo caño agua dulce, y
agua amarga?
12 O ¿puede, hermanos mios,
una higuera producir aceitunas,
ó la vid higos? Así, tampoco
la fuente puede dar el agua sa-
lada y dulce.
13 ¿Hay entre vosotros alguno

sabio, é instruido? Muestre por el buen porte su proceder en mansedumbre de sabiduría.

14 Mas si teneis un zelo amargo, y la discordia en vuestros corazones, no hay para que gloriaros, y levantar mentiras contra la verdad:

15 Que esa sabiduría no es la que desciende de arriba; sino terrena, animal, y diabólica.

16 Porque donde hay envidia y discordia, allí reina el desórden, y todo género de vicios.

17 Al contrario la sabiduría que desciende de arriba, primeramente es pura, despues pacífica, modesta, dócil, llena de misericordia, y de escelentes frutos, imparcial y sin hipocresía.

18 Y los frutos de la justicia se siembran en la paz por los que procuran la paz.

CAPITULO IV.

Discordias y otros males que causan las pasiones no refrenadas. Debemos evitar la murmuracion, y someternos á la Providencia divina.

¿DE dónde nacen las riñas y pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales hacen la guerra en vuestros miembros?

2 Codiciais, y no lograis: matais, y ardeis de envidia, y nada podeis conseguir: litigais, y armais pendencias, y nada alcanzais, porque no lo pedis.

3 Pedis, y no recibis: y esto es porque pedis culpablemente, para satisfacer vuestras pasiones.

4 Adúlteros y adúlteras ¿no sabeis que el amor de este mundo es una enemistad contra Dios? Cualquiera pues que quiere ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios.

5 ¿Pensais acaso que sin motivo dice la Escritura: El espíritu que habita en nosotros, codicia con zelos?

6 Antes da mayor gracia. Por lo cual dice: Dios resiste á los soberbios, y da su gracia á los humildes.

7 Estad pues sujetos á Dios: y resistid al diablo, y este huirá de vosotros.

8 Allegáos á Dios, y él se allegará á vosotros. Limpiad ¡oh pecadores! vuestras manos: y vosotros los de ánimo doble, purificad vuestros corazones.

9 Mortificáos, y plañid, y sollozad: truéquese vuestra risa en llanto, y el gozo en tristeza.

10 Humilláos en la presencia del Señor, y él os ensalzará.

11 No querais, hermanos, hablar mal los unos de los otros. Quien habla mal de un hermano, ó quien juzga á su hermano, este tal de la ley habla mal, y á la ley juzga. Mas si tú juzgas á la ley, ya no eres observador de la ley, sino juez de ella.

12 Uno solo es el legislador, que puede salvar, y puede perder; mas tú ¿quién eres para juzgar á tu prójimo?

13 Hé aquí que vosotros andais diciendo: Hoy, ó mañana iremos á tal ciudad, y pasaremos allí un año, y negociaremos, y sacaremos ganancia:

14 Cuando ignorais lo que sucederá mañana. Porque ¿qué cosa es vuestra vida? Un vapor

que por un poco aparece, y luego desaparece.
15 Deberíais decir: Queriendo Dios; y: Si viviéremos, haremos esto ó aquello.
16 Mas ahora os estais regocijando en vuestras vanas presunciones. Toda jactancia semejante es perniciosa.
17 En fin quien conoce el bien que debe hacer, y no le hace, por lo mismo peca.

CAPITULO V.

Del severo castigo que recibirán los ricos avarientos y opresores de los pobres. De la paciencia en las aflicciones. No debemos jurar en vano. De la eficacia de la oracion.

EA pues ¡ oh ricos! llorad, levantad el grito por las desdichas que han de sobreveniros.
2 Podridos están vuestros bienes, y vuestras ropas han sido roidas de la polilla.
3 El oro y la plata vuestra se han enmohecido: y el orin de ellos dará testimonio contra vosotros, y devorará vuestras carnes como un fuego. Ahí está el tesoro que juntais para los últimos dias.
4 Sabed que el jornal que no pagasteis á los trabajadores, que segaron vuestros campos, está clamando; y el clamor de ellos ha penetrado los oidos del Señor de los ejércitos.
5 Vosotros habeis vivido en delicias sobre la tierra, y sido disolutos; habeis cebado vuestros corazones para el dia del sacrificio.
6 Vosotros habeis condenado al inocente, y le habeis muerto, sin que os haya hecho resistencia alguna.
7 Pero vosotros ¡ oh hermanos! tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad como el labrador, con la esperanza de recoger el precioso fruto de la tierra, aguarda con paciencia las lluvias temprana, y tardía.
8 Esperad pues tambien vosotros con paciencia, y esforzad vuestros corazones: porque la venida del Señor está cerca.
9 No querais hermanos querellaros unos contra otros, á fin de que no seais condenados. Mirad que el juez está á la puerta.
10 Tomad, hermanos, por ejemplo del dolor, de la afliccion, y de la paciencia, á los profetas, que hablaron en el nombre del Señor.
11 Ved que tenemos por bienaventurados á los que padecieron. Oido habeis la paciencia de Job, y visto el fin del Señor; porque el Señor es misericordioso y compasivo.
12 Pero sobre todo, hermanos mios, no querais jurar, ni por el cielo, ni por la tierra, ni con otro juramento alguno. Mas vuestro modo de asegurar una cosa sea: Sí, sí: No, no: para que no caigais en condenacion.
13 ¿ Hay entre vosotros alguno que esté triste? haga oracion: ¿ Está alegre? cante salmos.
14 ¿ Está enfermo alguno entre vosotros? llame á los presbíteros de la Iglesia, y oren por él, ungiéndole con oleo en el nombre del Señor:

15 Y la oracion de la fé salvará al enfermo, y el Señor le aliviará: y si se halla con pecados, se le perdonarán.
16 Confesad pues vuestras faltas uno á otro, y orad los unos por los otros, para que seais salvos: porque mucho vale la oracion perseverante del justo.
17 Elías era un hombre pasible, semejante á nosotros, y pidió fervorosamente que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por espacio de tres años, y seis meses.
18 Hizo despues de nuevo oracion, y el cielo dió lluvia, y la tierra produjo su fruto.
19 Hermanos mios, si alguno de vosotros se desviare de la verdad, y otro le redujere á ella,
20 Debe saber que quien hace que se convierta el pecador de su estraviado camino, salvará de la muerte una alma, y cubrirá una muchedumbre de pecados.

EPISTOLA PRIMERA CATOLICA DEL APOSTOL

SAN PEDRO.

CAPITULO I.

Da gracias á Dios por habernos llamado á la fé y á la vida eterna, á la cual se llega por muchas tribulaciones. Exhorta á los fieles á la pureza de vida, acordándoles que han sido redimidos con la sangre de Jesucristo.

PEDRO, apóstol de Jesucristo, á los estrangeros dispersos por el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia,
2 Elegidos segun la prevision de Dios Padre, por la santificacion del Espíritu, para obedecer á Jesucristo, y ser rociados con su sangre: Muchos aumentos de gracia, y de paz.
3 Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia, mediante la resurreccion de Jesucristo de entre los muertos, nos ha hecho renacer á una viva esperanza,
4 Para una herencia incorruptible, y que no puede contaminarse, y que es inmarcescible, reservada en los cielos para vosotros,
5 A quienes la virtud de Dios conserva por medio de la fé para la salud, que está para manifestarse en los últimos tiempos.
6 En lo cual os gozais, si bien ahora por un poco de tiempo, si es necesario, sois afligidos con varias tentaciones:
7 Para que la prueba de vuestra fé, mucho mas preciosa que el oro, el cual perece, aunque sea acrisolado con el fuego, se halle digna de alabanza, de honor, y de gloria en la venida manifiesta de Jesucristo:

8 A quien amais, sin haberle
visto: en quien ahora igualmente creeis, aunque no le veis: mas porque creeis os holgareis con júbilo indecible, y colmado de gloria;
9 Recibiendo por término de
vuestra fé, la salud de vuestras almas.
10 De la cual salud inquirie-
ron é indagaron los profetas, los cuales prenunciaron la gracia que habia de haber en vosotros:
11 Escudriñando para cuando,
ó para qué punto de tiempo se lo daba á entender el Espíritu de Cristo que tenian dentro: cuando les predecia los tormentos que padeció Cristo, y las glorias que se seguirian:
12 A los cuales fué revelado,
que no para sí mismos, sino para nosotros administraban las cosas que ahora se os han anunciado, por medio de los que os predicaron el Evangelio, habiendo sido enviado del cielo el Espíritu Santo; en cuyas cosas los ángeles desean penetrar con su vista.
13 Por lo cual bien apercibido
y morigerado vuestro ánimo, tened perfecta esperanza en la gracia que se os ofrece, hasta la manifestacion de Jesucristo:
14 Así como hijos obedientes,
no conformándoos con los apetitos que teníais antes en vuestra ignorancia;
15 Sino conforme á la santidad
del que os llamó, sed tambien vosotros santos en todo vuestro proceder:
16 Pues está escrito: Santos
habeis de ser, porque yo soy santo.
17 Y pues que invocais al Pa-
dre, que sin acepcion de personas juzga segun las obras de cada cual, habeis de proceder con temor durante el tiempo de vuestra peregrinacion.
18 Sabiendo que fuisteis resca-
tados de vuestra vana conducta (que recibisteis de vuestros padres,) no con plata, ú oro, que son cosas perecederas:
19 Sino con la sangre preciosa
de Cristo como de un cordero inmaculado, y sin tacha:
20 Predestinado sí ya de antes
de la creacion del mundo, pero manifestado en los últimos tiempos por amor de vosotros.
21 Que por medio del mismo
creeis en Dios, el cual le resucitó de la muerte, y le glorificó, para que vosotros pusieseis vuestra fé y vuestra esperanza en Dios.
22 Purificadas pues vuestras
almas obedeciendo á la verdad, mediante el Espíritu, para un sincero amor fraternal, amáos unos á otros entrañablemente con un corazon sencillo:
23 Puesto que habeis renacido
no de semilla corruptible, sino incorruptible, por la palabra de Dios vivo, la cual permanece por toda la eternidad:
24 Porque toda carne es como
la yerba; y toda su gloria como la flor de la yerba: secóse la yerba, y su flor se cayó.
25 Pero la palabra del Señor
dura eternamente: y esta es la palabra que por el Evangelio se os ha predicado.

CAPITULO II.

Amonesta á los cristianos á que sean sinceros y sin malicia, como los niños: y á que se porten segun exige la dignidad de reyes y de sacerdotes de que gozan, ejercitándose en las virtudes propias de los discípulos de Cristo.

POR lo que depuesta toda malicia, y todo engaño, y los fingimientos y envidias, y todas las murmuraciones,
2 Como niños recien nacidos, apeteced la leche pura de la palabra, para que con ella vayais creciendo en salud:
3 Si es caso que habeis probado cuan dulce es el Señor.
4 Al cual arrimándoos como á piedra viva que es, desechada sí de los hombres, pero escogida de Dios, y apreciada;
5 Sois tambien vosotros como piedras vivas, edificados encima de él, una casa espiritual, un sacerdocio santo, para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables á Dios por Jesucristo.
6 Por lo que dice la Escritura: Mirad que yo voy á poner en Sion la principal piedra del ángulo, *piedra* escogida, preciosa: y el que creyere en ella, no quedará confundido.
7 Así que para vosotros que creeis es preciosa; mas para los incrédulos, esta piedra que desecharon los fabricantes, vino á ser la principal del ángulo,
8 Piedra de tropiezo, y piedra de escándalo para los que tropiezan en la palabra, y no creen: á lo que tambien fueron destinados.
9 Vosotros al contrario sois el linage escogido, un sacerdocio real, gente santa, pueblo ganado: para publicar las grandezas de aquel que os sacó de las tinieblas á su luz admirable.
10 Vosotros que antes no erais pueblo, y ahora sois el pueblo de Dios: que no habíais alcanzado misericordia, y ahora la alcanzasteis.
11 Queridisimos, os suplico que como estrangeros y peregrinos os abstengais de los deseos carnales, que combaten contra el alma,
12 Llevando una vida ajustada entre los Gentiles: á fin de que, por lo mismo que os censuran como á malhechores, reflexionando sobre vuestras obras buenas, glorifiquen á Dios en el dia en que los visitará.
13 Estad, pues, sumisos á todo establecimiento humano por respeto á Dios: ya sea al rey, como á supremo:
14 Ya á los gobernadores, como enviados por él para castigo de los malhechores, y alabanza de los buenos:
15 Pues esta es la voluntad de Dios, que obrando bien tapeis la boca á la ignorancia de los hombres necios:
16 Como libres; mas no cubriendo la malicia con capa de libertad, sino como siervos de Dios.
17 Honrad á todos: amad la fraternidad: temed á Dios: respetad al rey.
18 Siervos, estad sumisos con todo temor á los amos, no tan solo á los buenos y apacibles, sino tambien á los de recia condicion.

19 Pues esto es digno de alabar,
si uno por respeto á Dios sufre
pesares, padecidos injustamente.
20 Porque ¿qué alabanza *mereceis*, si por vuestras faltas sois castigados, y lo sufrís? Pero si obrando bien sufrís con paciencia, esto es agradable delante de Dios.
21 Que para esto fuísteis llamados; puesto que tambien Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigais sus pisadas.
22 El cual no cometió pecado, ni se halló dolo en su boca:
23 Quien cuando le maldecian, no retornaba maldiciones: cuando le atormentaban, no prorumpia en amenazas: sino que se remitia á aquel que juzga justamente.
24 El es el que llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero: á fin de que nosotros muertos á los pecados, vivamos á la justicia: por cuyas llagas fuisteis vosotros sanados.
25 Porque andabais como ovejas descarriadas, mas ahora os habeis convertido al pastor y obispo de vuestras almas.

CAPITULO III.

Da saludables avisos á los casados en particular; y exhorta á todos los fieles á la caridad é inocencia de vida, y á la paciencia en las adversidades, á imitacion de Jesucristo.

ASIMISMO las mujeres sean obedientes á sus maridos: á fin de que si algunos no creen por medio de la palabra, sean ganados sin ella por el trato de sus mujeres,
2 Considerando la pureza de la vida que llevan, y el respeto que les tienen.
3 El adorno de las cuales no ha de ser por defuera con los rizos del cabello, ni con diges de oro, ni gala de vestidos:
4 Sino en el hombre interior, escondido en el corazon, en incorruptible espíritu de paz y modestia, el cual es precioso á la vista de Dios.
5 Porque así tambien se ataviaban antiguamente aquellas santas mujeres, que esperaban en Dios, estando sujetas á sus propios maridos.
6 Al modo que Sara era obediente á Abraham, á quien llamaba señor: de ella sois hijas vosotras, si vivís bien, y sin amedrentaros por ningun temor.
7 Maridos, vosotros igualmente vivid sabiamente con vuestras mujeres, tratándolas con honor, como á vaso mas flaco, y como á coherederas de la gracia de la vida: á fin de que nada estorbe vuestras oraciones.
8 Finalmente, sed todos de un mismo corazon, compasivos, amantes de la hermandad, misericordiosos, atentos:
9 No volviendo mal por mal, ni maldicion por maldicion, antes al contrario bendiciones: porque á esto sois llamados, á fin de que poseais bendicion por herencia.
10 Así pues el que de veras ama la vida, y quiere ver dias dichosos, refrene su lengua del mal, y sus labios no profieran falsedad alguna.

11 Desvíese del mal, y obre el bien: busque la paz, y vaya en pos de ella:

12 Pues el Señor tiene sus ojos sobre los justos, y escucha propicio las súplicas de ellos: Al paso que mira con ceño á los que obran mal.

13 ¿Y quién hay, que pueda dañaros, si no pensais mas que en obrar bien?

14 Pero si sucede que padeceis algo por amor á la justicia, sois bienaventurados. No temais pues el terror de ellos, ni os conturbeis.

15 Sino santificad en vuestros corazones al Señor Dios; prontos siempre á dar satisfaccion á cualquiera que os pida razon de la esperanza, que hay en vosotros; bien que con modestia y respeto:

16 Conservando una buena conciencia, para que en aquello de que murmuran de vosotros, como de malhechores, los que calumnian vuestro buen proceder en Cristo, queden confundidos.

17 Pues mejor es padecer (si Dios lo quiere así) haciendo bien, que obrando mal:

18 Porque tambien Cristo padeció una vez por nuestros pecados, el justo por los injustos, á fin de reconciliarnos con Dios, habiendo sido á la verdad muerto en la carne, pero vivificado por el Espíritu.

19 En el cual fué tambien á predicar á los espíritus encarcelados,

20 Que habian sido incrédulos en otro tiempo, cuando les estaba esperando aquella larga paciencia de Dios en los dias de Noé, al fabricarse el arca: en la cual pocas personas, es á saber, ocho se salvaron en medio del agua.

21 Lo que era figura del bautismo de ahora, el cual nos salva (no la purificacion de las manchas de la carne, sino la respuesta de una buena conciencia para con Dios) por la resurreccion de Jesucristo:

22 El cual subió al cielo, y está á la diestra de Dios; habiéndole sido sometidos ángeles, principados y potestades.

CAPITULO IV.

Exhorta á huir de los pasados vicios, y á la práctica de las virtudes para atraer á la fé a los Gentiles; y dice que debemos alegrarnos de padecer por amor de Cristo.

HABIENDO pues Cristo padecido en su carne por nosotros, armáos asimismo de esta consideracion: que quien ha padecido en la carne ha cesado de pecar:

2 De suerte que el tiempo que le queda en carne, viva ya, no conforme á las pasiones humanas, sino conforme á la voluntad de Dios.

3 Porque demasiado tiempo habeis pasado durante vuestra vida anterior abandonados á las mismas pasiones que los Paganos, viviendo en lascivias, en concupiscencias, en embriagueces, en glotonerías, en escesos de bebidas, y en idolatrías abominables.

4 Por lo cual estrañan mucho que no concurrais vosotros á los mismos desórdenes de torpeza, llenándoos de vituperios.

5 Los cuales darán cuenta á aquel que está dispuesto para juzgar á vivos y á muertos.
6 Que aun por eso ha sido predicado tambien el Evangelio á los muertos. para que habiendo sido juzgados delante de los hombres segun la carne, recibiesen delante de Dios la vida del Espíritu.
7 Mas el fin de todas las cosas se va acercando. Por tanto sed prudentes, y velad en oraciones *fervorosas.*
8 Pero sobre todo mantened constante la mútua caridad entre vosotros: porque la caridad cubre muchedumbre de pecados.
9 Ejercitad la hospitalidad los unos con los otros sin murmuraciones.
10 Comunique cada cual á otros la gracia segun que la recibió, como buenos dispensadores de los dones de Dios, los cuales son de muchas maneras.
11 Si alguno habla, hágalo segun los oráculos de Dios; si alguno tiene ministerio, ejercítele como poder que Dios da; á fin de que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo: cuya es la gloria, y el imperio por los siglos de los siglos: Amen.
12 Carísimos, en el fuego de las tribulaciones, que son para prueba vuestra, no os soprehendais, como si os aconteciese una cosa estraordinaria:
13 Antes bien alegráos de ser participantes de la pasion de Cristo, para que cuando se descubra su gloria, os goceis tambien llenos de júbilo.
14 Si sois infamados por el nombre de Cristo, sereis bienaventurados: pues el Espíritu de gloria, y el Espíritu de Dios reposa sobre vosotros: él es en verdad blasfemado por ellos, mas glorificado por vosotros.
15 Pero ninguno de vosotros tenga que padecer como homicida, ó ladron, ó malhechor, ó por meterse en negocios agenos.
16 Mas si padeciere por ser cristiano, no se avergüence, antes alabe á Dios por tal causa:
17 Pues tiempo es de que comience el juicio por la casa de Dios. Y si primero empieza por nosotros: ¿cuál será el paradero de aquellos que no creen al Evangelio de Dios?
18 Que si el justo á duras penas se salvará, ¿adónde irán el impio y el pecador?
19 Por tanto, aquellos que padecen por la voluntad de Dios, encomienden, obrando bien, sus almas á su fiel Criador.

CAPITULO V.

Avisos saludables á los prelados de la Iglesia, y á los súbditos: encarga á los jóvenes la obediencia y la humildad; y exhorta á todos á velar contra las tentaciones del demonio.

EN fin, á los presbíteros que hay entre vosotros, suplico yo, vuestro compresbítero y testigo de la pasion de Cristo, como tambien participante de la gloria, la cual se ha de manifestar en lo por venir:
2 Que apacenteis la grey de Dios puesta á vuestro cargo, velando sobre ella no por fuerza, sino con buena voluntad: no por un sórdido interés, sino por afecto.

3 Ni como que quereis tener señorío sobre la herencia de Dios, sino siendo verdaderamente dechados de la grey:

4 Que cuando se deje ver el Príncipe de los pastores, recibireis una corona inmarcescible de gloria.

5 Vosotros igualmente ¡oh jóvenes! estad sujetos á los ancianos. Mostráos todos sumisos unos á otros, y revestíos de humildad; porque Dios resiste á los soberbios, pero á los humildes les da su gracia.

6 Humilláos pues bajo la mano poderosa de Dios, para que os exalte á su debido tiempo:

7 Descargando en él todas vuestras solicitudes, pues él tiene cuidado de vosotros.

8 Sed sóbrios, y estad en vela; porque vuestro enemigo el diablo anda girando como leon rugiente al rededor de vosotros, buscando á quien devorar;

9 Resistidle firmes en la fé, sabiendo que la misma tribulacion padecen vuestros hermanos, cuantos hay en el mundo.

10 Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó á su eterna gloria por Cristo Jesus, despues que hayais padecido un poco, él mismo os perfeccionará, establecerá, fortificará y consolidará.

11 A él sea la gloria, y el poder soberano por los siglos de los siglos. Amen.

12 Por Silvano el cual es, á mi juicio, un fiel hermano, os he escrito brevemente, declarándoos y protestándoos, que la verdadera gracia de Dios es esta, en que vosotros permaneceis constantes.

13 La Iglesia que, escogida con vosotros, mora en Babilonia, os saluda, y mi hijo Marcos.

14 Saludáos mútuamente con el ósculo de caridad. La paz sea con todos vosotros, los que estais en Cristo Jesus. Amen.

EPISTOLA SEGUNDA CATOLICA DEL APOSTOL

SAN PEDRO.

CAPITULO I.

La memoria de los grandes dones recibidos de Dios ha de animarnos á avanzar en el camino de la virtud, para poder entrar en el reino de Dios. Habla de su cercana muerte, y de la verdad de la doctrina del Evangelio.

SIMON PEDRO, siervo y apóstol de Jesucristo, á los que han alcanzado igual preciosa fé con nosotros por la justicia de Dios, y Salvador nuestro, Jesucristo.

2 La gracia, y paz crezca mas y mas en vosotros por el conocimiento de Dios, y de nuestro Señor Jesus:

3 Así como todas las cosas que nos ha dado su poder divino, correspondientes á la vida y á la

piedad, se nos han comunicado
por el conocimiento de aquel que
nos llamó por su gloria, y por
su virtud,
4 Por él *tambien* nos ha dado
grandes y preciosas promesas:
para haceros partícipes por medio
de estas de la naturaleza divina,
hallándoos libres de la corrup-
cion de la concupiscencia, que
hay en el mundo.
5 Vosotros pues habeis de po-
ner todo cuidado, en juntar con
vuestra fé la virtud, y con la
virtud la ciencia,
6 Con la ciencia la templanza,
con la templanza la paciencia,
con la paciencia la piedad,
7 Con la piedad el amor fra-
ternal, y con el amor fraternal
la caridad.
8 Porque si estas cosas se hallan
en vosotros, y van creciendo mas
y mas, no os dejarán estériles y
sin fruto en el conocimiento de
nuestro Señor Jesucristo.
9 Mas quien no las tiene, está
ciego, y no vé muy lejos, ha-
biendo olvidado que fué lavado
de sus antiguos pecados.
10 Por tanto, hermanos, esfor-
záos mas y mas para aseguraros
de vuestra vocacion y eleccion:
porque haciendo esto, no caereis
jamas.
11 Pues de este modo se os
abrirá de par en par la entrada
en el reino eterno de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo.
12 Por lo cual no cesaré jamas
de advertiros eso mismo; por
mas que vosotros esteis bien ins-
truidos y confirmados en la ver-
dad presente.
13 Pues me parece justo el des-
pertaros con amonestaciones,
mientras estoy en este taberná-
culo;
14 Estando cierto de que pres-
to saldré de él, segun que me lo
ha significado ya nuestro Señor
Jesucristo.
15 Mas yo cuidaré de que aun
despues de mi muerte, podais
con frecuencia hacer memoria
de estas cosas.
16 Porque no os hemos hecho
conocer el poder y la venida de
nuestro Señor Jesucristo, siguien-
do fábulas ingeniosas, sino como
testigos oculares de su grandeza.
17 Pues al recibir de Dios Pa-
dre aquel glorioso testimonio,
cuando de la magnífica gloria
descendió una voz que le decia:
Este es mi Hijo amado, en quien
he puesto mi complacencia,
18 Nosotros oimos tambien esta
voz venida del cielo, estando
con él en el monte santo.
19 Aun tenemos la palabra mas
firme de la profecía: á la cual
haceis bien en mirar atenta-
mente, como á una antorcha que
luce en un lugar oscuro, hasta
tanto que amanezca el dia, y la
estrella de la mañana nazca en
vuestros corazones:
20 Entendiendo esto ante todas
cosas, que ninguna profecía de la
Escritura es de interpretacion
privada.
21 Porque no traen su orígen
las profecías de la voluntad de
los hombres: sino que los va-
rones santos de Dios hablaron,
siendo inspirados del Espíritu
Santo.

CAPITULO II.

Describe las malas artes de los falsos doctores y de sus discípulos los incrédulos, y el espantoso y repentino castigo que les amenaza. Avisa á los fieles que se guarden de ellos.

VERDAD es que hubo tambien falsos profetas en el pueblo, así como habrá entre vosotros maestros embusteros, que introducirán sectas de perdicion, y negarán al Señor que los rescató, acarreándose á sí mismos una pronta ruina.
2 Y muchos los seguirán en sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será infamado:
3 Y con palabras fingidas harán tráfico de vosotros por avaricia: *mas* el juicio que tiempo ha que les amenaza va viniendo; y su perdicion no duerme.
4 Porque si Dios no perdonó á los ángeles delincuentes, sino que amarrados con cadenas de oscuridad los precipitó al abismo, para que fuesen tenidos en reserva para el juicio:
5 Si tampoco perdonó al antiguo mundo, bien que preservó al predicador de justicia, Noé, *con siete personas*, al anegar con el diluvio el mundo de los impíos:
6 Si reduciendo á cenizas las ciudades de Sodoma y Gomorra, las condenó á desolamiento, poniéndolas para escarmiento de los que vivirán impiamente:
7 Si libertó al justo Lot afligido por los ultrages, é infame vida de aquellos malvados:
8 (Pues este justo, que moraba entre ellos, viéndolos y oyéndolos, afligía diariamente su alma justa, á causa de las obras detestables de ellos)
9 Sabe el Señor librar de la tentacion á los justos, reservando los malos para los tormentos en el dia del juicio:
10 Y mayormente aquellos que, para satisfacer sus impuros deseos siguen la concupiscencia de la carne, y desprecian las potestades: osados, pagados de sí mismos, que no temen el blasfemar de las dignidades:
11 Como quiera que los ángeles con ser mayores en fuerza y poder, no profieren contra ellas sentencia injuriosa ante el Señor.
12 Mas estos, que como brutos animales, nacidos para presa y matanza, blasfeman de las cosas que ignoran, perecerán en sus desórdenes,
13 Recibiendo la paga de su iniquidad, ya que ponen su felicidad en pasar cada dia entre placeres: siendo horruras y suciedades, recreándose con sus propios engaños, cuando celebran festines con vosotros.
14 Como que tienen los ojos llenos de adulterio, y de un contínuo pecar. Ellos atraen con halagos las almas inconstantes, teniendo el corazon ejercitado en la avaricia, como hijos de maldicion:
15 Dejando el camino recto se han descarriado, siguiendo la senda de Balaam, *hijo* de Bosor, el cual codició el premio de la maldad:
16 Mas tuvo quien reprendiese su sandez: una muda bestia,

hablando en voz humana, refrenó la necedad del profeta.
17 Estos tales son fuentes sin agua, y nieblas agitadas por torbellinos, para los cuales está reservada la oscuridad de las tinieblas por la eternidad.
18 Porque profiriendo discursos pomposos, llenos de vanidad, atraen con apetitos carnales de lujuria á los que poco antes habian huido de los que viven en el error:
19 Prometiéndoles libertad, cuando ellos mismos son esclavos de la corrupcion: pues quien de otro es vencido, queda esclavo del que le venció.
20 Porque si despues de haberse apartado de las asquerosidades del mundo por el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, enredados otra vez en ellas son vencidos, su postrera condicion viene á ser peor que la primera.
21 Por lo que mejor les fuera no haber conocido el camino de la justicia, que despues de conocido, abandonar la ley santa que se les habia dado.
22 Mas les viene á acontecer lo de aquel refran verdadero: Volvióse el perro á lo que vomitó; y la marrana lavada á revolcarse en el cieno.

CAPITULO III.

Los amonesta nuevamente contra los falsos doctores, y habla de la segunda venida del Señor. Alaba las epístolas de San Pablo, y dice que eran adulteradas por los ignorantes.

ESTA es ya, carísimos, la segunda carta que os escribo: en ambas escito con exhortaciones vuestro ánimo sencillo;
2 Para que tengais presentes las palabras que hablaron en tiempos pasados los santos profetas, y los preceptos que el Señor y Salvador os ha dado por medio de sus apóstoles:
3 Estando ciertos ante todas cosas, de que vendrán en los últimos tiempos mofadores, que andarán en sus propias pasiones,
4 Diciendo: ¿Qué se ha hecho de la promesa de su advenimiento? porque desde la muerte de nuestros padres, todas las cosas permanecen del modo mismo que al principio de la creacion.
5 Pues no saben, porque quieren ignorarlo, que en el tiempo antiguo fué el cielo por la palabra de Dios, como asimismo la tierra, la cual apareció salida del agua, y subsiste en medio de ella:
6 *Y* que por tales cosas, el mundo de entonces pereció anegado en las aguas.
7 Así los cielos, que ahora existen, y la tierra, se guardan por la misma palabra, para ser abrasados por el fuego en el dia del juicio, y del esterminio de los hombres impíos.
8 Pero vosotros, carísimos, no debeis ignorar una cosa, *y es* que un dia respecto del Señor es como mil años, y mil años como un dia.
9 No retarda *pues* el Señor su promesa, como algunos juzgan: sino que espera con paciencia por amor de nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se arrepientan.

10 Por lo demas el dia del Señor vendrá como ladron en la noche: en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, los elementos con el ardor se disolverán, y la tierra, y las obras que hay en ella serán abrasadas.
11 Pues ya que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cuáles debeis ser vosotros en santidad de vida, y piedad,
12 Aguardando y suspirando por la venida del dia de Dios, en el que los cielos encendidos se disolverán, y se derretirán los elementos con el ardor del fuego?
13 Bien que esperamos, conforme á sus promesas, nuevos cielos, y nueva tierra, donde habitará la justicia.
14 Por lo cual carísimos, pues tales cosas esperais, haced lo posible para que él os halle sin mancilla, irreprensibles y en paz:
15 Y creed que es para salvacion la larga paciencia de nuestro Señor: segun que tambien nuestro carísimo hermano Pablo os escribió conforme á la sabiduría que se le ha dado,
16 Como lo hace en todas sus cartas, cuando trata de estas cosas; en las cuales hay algunas difíciles de comprender, *y* que los indoctos é inconstantes pervierten, de la misma manera que las demas Escrituras, para su propia perdicion.
17 Así que vosotros ¡oh hermanos! avisados ya estad alerta, no sea que seducidos con el error de los malvados vengais á decaer de vuestra firmeza.
18 Antes bien id creciendo en la gracia, y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea dada la gloria desde ahora, y por el dia de la eternidad. Amen.

EPISTOLA PRIMERA CATOLICA DEL APOSTOL

SAN JUAN.

CAPITULO I.

Anuncia San Juan la doctrina que oyó del mismo Jesucristo, nuestro Señor; el cual es vida y luz que nos alumbra y da vida, purificándonos de los pecados que tenemos.

LO que fué desde el principio, lo que oimos, lo que vimos con nuestros ojos, lo que contemplamos, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de la vida:
2 (Vida que se hizo patente, que vimos, y de que damos testimonio: y os evangelizamos esta vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se dejó ver de nosotros,)
3 Esto que vimos y oimos, es lo que os anunciamos, para que tengais tambien vosotros union con nosotros, y nuestra union sea con el Padre, y con su Hijo Jesucristo.

4 Y os lo escribimos para que
vuestro gozo sea cumplido.
5 Y la nueva, que oimos de él,
y os anunciamos es esta: Que
Dios es luz, y en él no hay tinie-
blas ningunas.
6 Si dijéremos que tenemos
union con él, y andamos entre ti-
nieblas, mentimos, y no tratamos
verdad.
7 Pero si caminamos á la luz,
como él está asimismo en la luz,
tenemos nosotros una mútua u-
nion, y la sangre de Jesucristo, su
Hijo, nos purifica de todo pecado.
8 Si dijéremos que no tenemos
pecado, nosotros mismos nos en-
gañamos, y no hay verdad en
nosotros.
9 Pero si confesamos nuestros
pecados, fiel y justo es él para
perdonárnoslos y lavarnos de
toda iniquidad.
10 Si dijéremos que no hemos
pecado, le hacemos á él menti-
roso, y su palabra no está en
nosotros.

CAPITULO II.

Nos exhorta á no pecar, y á acogernos á Jesucristo cuando hubiéremos pecado. Encarga la observancia de los mandamientos, especialmente del primero. Consuela á todos, y amonesta que nos apartemos de los incrédulos y hereges, á quienes llama antecristos.

HIJITOS mios, estas cosas os
escribo, á fin de que no pe-
queis. Mas si alguno pecare,
tenemos por abogado para con el
Padre á Jesucristo, el justo:
2 Y él mismo es la propiciacion
por nuestros pecados; y no tan
solo por los nuestros, sino tam-
bien por los de todo el mundo.

*

3 Y si guardamos sus manda-
mientos, con eso sabemos que le
hemos conocido.
4 Quien dice que le conoce, y
no guarda sus mandamientos, es
un mentiroso, y la verdad no
está en él.
5 Pero quien guarda su palabra,
en ese verdaderamente la caridad
de Dios es perfecta: y por esto
conocemos que estamos en él.
6 Quien dice que mora en él,
debe seguir el mismo camino que
él siguió.
7 Hermanos, no voy á escribiros
un mandamiento nuevo, sino un
mandamiento antiguo, el cual
recibisteis desde el principio.
Este mandamiento antiguo es la
palabra que desde el principio
oisteis.
8 Otra vez, yo os escribo un
mandamiento nuevo, cosa que
es verdadera en él, y en vosotros:
porque las tinieblas desaparecie-
ron, y luce ya la luz verdadera.
9 Quien dice estar en la luz, y
aborrece á su hermano, en tinie-
blas está todavía.
10 Quien ama á su hermano,
en la luz mora, y no hay en él
ocasion de tropiezo.
11 Mas el que aborrece á su
hermano, en tinieblas está, y en
tinieblas anda, y no sabe adonde
va, porque las tinieblas le han
cegado los ojos.
12 Os escribo á vosotros, hijitos,
porque vuestros pecados están
perdonados por su nombre.
13 A vosotros, padres, os escri-
bo, porque habeis conocido al
que existe desde el principio.
Os escribo á vosotros, mozos,

porque habeis vencido al maligno. Os escribo á vosotros, niños, porque habeis conocido al Padre.
14 A vosotros os he escrito, padres, porque habeis conocido al que desde el principio existe. A vosotros, jóvenes, os he escrito, porque sois valerosos, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y vencisteis al maligno.
15 No querais amar al mundo, ni las cosas mundanas. Si alguno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre:
16 Porque todo lo que hay en el mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida, no es del Padre, sino del mundo.
17 Y el mundo pasa, y su concupiscencia; mas el que hace la voluntad de Dios, permanece eternamente.
18 Hijitos, esta es ya la última hora: y así como habeis oido que viene el Antecristo, así ahora muchos se han hecho antecristos: por donde echamos de ver, que ya es la última hora.
19 De entre nosotros han salido, mas no eran de los nuestros; que si de los nuestros fueran, con nosotros sin duda hubieran perseverado; pero *ellos se apartaron*, para que se vea claro que no todos son de los nuestros.
20 Pero vosotros habeis recibido la uncion del Santo, y de todo estais instruidos.
21 No os he escrito como á ignorantes de la verdad, sino como á los que la saben: porque ninguna mentira procede de la verdad.
22 ¿Quién es mentiroso, sino aquel que niega que Jesus es el Cristo? Este tal es el Antecristo, que niega al Padre, y al Hijo.
23 Cualquiera que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre: quien reconoce al Hijo, al Padre tiene tambien.
24 Vosotros estad firmes en lo que desde el principio habeis oido. Si os manteneis en lo que oísteis al principio, tambien os mantendreis en el Hijo, y en el Padre.
25 Y esta es la promesa, que nos hizo él mismo, la vida eterna.
26 Esto os he escrito en órden á los que os seducen.
27 Mas la uncion que de él recibisteis en vosotros mora, y no necesitais que os enseñe nadie: sino que como en todas cosas os enseña la misma uncion, que es verdad y no mentira, así, segun ella os ha enseñado, debeis morar en él.
28 En fin, hijitos, permaneced en él; para que cuando venga, estemos confiados, y no nos hallemos confundidos por él en su venida.
29 Y pues sabeis que él es justo, sabed igualmente que quien practica la justicia, es hijo de él mismo.

CAPITULO III.

Del amor de Dios hácia nosotros. Encarga de nuevo el precepto de la caridad fraternal; y concluye exhortando á la observancia de los mandamientos de Dios.

MIRAD que amor hácia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios. Por eso el mundo no nos conoce, porque no conoce á Dios.

2 Carísimos, nosotros somos
ahora hijos de Dios: mas lo que
seremos no aparece aun. Sabe-
mos sí que cuando se manifesta-
re, seremos semejantes á él; por-
que le veremos como él es.
3 Entretanto, quien tiene tal
esperanza en él, se santifica á sí
mismo, así como él es tambien
santo.
4 Cualquiera que comete pe-
cado, viola la ley; pues el pe-
cado es la violacion de la ley.
5 Y sabeis que él vino para
quitar nuestros pecados: y en
él no cabe pecado.
6 Todo aquel que permanece
en él, no peca: y cualquiera que
peca, no le ha visto, ni le ha
conocido.
7 Hijitos, nadie os engañe.
Quien ejercita la justicia, es jus-
to: así como él es tambien justo.
8 Quien comete pecado, del
diablo es; porque el diablo desde
el principio está pecando. Por
eso vino el Hijo de Dios, para
deshacer las obras del diablo.
9 Todo aquel que nació de Dios,
no hace pecado; porque la se-
milla de Dios mora en él, y no
puede pecar, porque es nacido
de Dios.
10 En esto se conocen los hijos de
Dios, y los hijos del diablo: todo
aquel que no practica la justicia,
no es de Dios, y tampoco lo es el
que no ama á su hermano:
11 Porque lo que se os anunció,
y habeis oido desde el principio,
es que nos amemos unos á otros.
12 No como Cain, el cual era
del maligno, y mató á su her-
mano. ¿Y por qué le mató?
Porque sus obras eran malignas,
y las de su hermano justas.
13 No estrañeis, hermanos, si
os aborrece el mundo.
14 Nosotros conocemos haber
sido trasladados de muerte á
vida, en que amamos á los her-
manos. El que no los ama,
queda en la muerte:
15 Cualquiera que tiene odio á
su hermano, es un homicida: y
sabeis que en ningun homicida
tiene su morada la vida eterna.
16 En esto hemos conocido la
caridad de Dios, en que dió él su
vida por nosotros: y nosotros
debemos dar la vida por *nuestros*
hermanos.
17 Quien tiene bienes de este
mundo, y viendo á su hermano
en necesidad, le cierra sus en-
trañas *sin compasion:* ¿cómo es
posible que resida en él la cari-
dad de Dios?
18 Hijitos mios, no amemos de
palabra y con la lengua, sino
con obras y de veras.
19 En esto echamos de ver que
estamos en la verdad: y persua-
diremos nuestros corazones en
la presencia de Dios.
20 Porque si nuestro corazon
nos remordiere, Dios es mayor
que nuestro corazon, y todo lo
sabe.
21 Carísimos, si nuestro cora-
zon no nos redarguye, podemos
acercarnos á Dios con confianza:
22 Y cuanto le pidiéremos,
recibiremos de él: pues que
guardamos sus mandamientos, y
hacemos las cosas que son agra-
dables en su presencia.
23 En suma este es su man-

damiento: Que creamos en el
nombre de su Hijo Jesucristo, y
nos amemos mútuamente, con-
forme nos tiene mandado.
24 Y el que guarda sus man-
damientos, mora en Dios, y Dios
en él: y por esto conocemos que
él mora en nosotros, por el Es-
píritu que nos ha dado.

CAPITULO IV.

Por la fé y la caridad se distinguen los espíritus que son de Dios de los que no lo son. Nos exhorta al amor de Dios y del prójimo; y dice que la perfecta caridad escluye todo temor.

CARISIMOS, no querais creer
á todo espíritu, sino exami-
nad los espíritus si son de Dios:
porque se han presentado en el
mundo muchos falsos profetas.
2 En esto se conoce el Espíritu
de Dios: todo espíritu, que con-
fiesa que Jesucristo vino en carne,
es de Dios:
3 Y todo espíritu que no con-
fiesa que Jesucristo vino en car-
ne no es de Dios: y este es el *es-
píritu* del Anticristo, de quien
teneis oido que viene, y ahora
está ya en el mundo.
4 Vosotros, hijitos, de Dios
sois, y los habeis vencido; porque
el que está en vosotros, es mayor
que el que está en el mundo.
5 Esos tales son del mundo:
por eso hablan del mundo, y el
mundo los escucha.
6 Nosotros somos de Dios.
Quien conoce á Dios, nos escu-
cha á nosotros: quien no es de
Dios, no nos escucha: en esto
conocemos el Espíritu de verdad,
y el espíritu del error.
7 Carísimos, amémonos los unos
á los otros: porque la caridad
procede de Dios. Y todo aquel
que *así* ama, es nacido de Dios,
y conoce á Dios.
8 Quien no ama, no conoce á
Dios: puesto que Dios es caridad.
9 En esto se demostró la cari-
dad de Dios hácia nosotros, en
que Dios envió á su Hijo unigé-
nito al mundo, para que por él
tengamos la vida.
10 En esto consiste la caridad:
no en que nosotros hayamos
amado á Dios, sino en que él
nos amó á nosotros, y envió á su
Hijo *á ser* propiciacion por nues-
tros pecados.
11 Carísimos, si así nos amó
Dios, tambien nosotros debemos
amarnos unos á otros.
12 Nadie vió jamas á Dios.
Pero si nos amamos unos á otros,
Dios habita en nosotros, y su ca-
ridad es consumada en nosotros.
13 En esto conocemos que vivi-
mos en él, y él en nosotros: en
que nos ha comunicado su Es-
píritu.
14 Y nosotros hemos visto, y
damos testimonio de que el Pa-
dre envió á su Hijo *para ser* el
Salvador del mundo.
15 Cualquiera que confesare
que Jesus es el Hijo de Dios,
Dios está en él, y él en Dios.
16 Nosotros asimismo hemos
conocido y creido el amor que
nos tiene Dios. Dios es caridad,
y el que permanece en la cari-
dad, en Dios permanece, y Dios
en él.
17 En esto es perfecta la cari-
dad hácia nosotros, para que ten-
gamos confianza en el dia del

juicio: pues que como él es, así
somos nosotros en este mundo.
18 En la caridad no hay temor:
antes la perfecta caridad echa fuera al temor, porque el temor tiene pena: y así el que teme, no es consumado en la caridad.
19 Amamos pues á Dios, porque Dios nos amó primero.
20 Si alguno dice, yo amo á Dios, y aborrece á su hermano, es un mentiroso: pues el que no ama á su hermano á quien ve, ¿á Dios, á quien no ve, como podrá amarle?
21 Y tenemos este mandamiento de Dios: que quien ama á Dios, ame tambien á su hermano.

CAPITULO V.

Virtud admirable de la viva fé y de la caridad. Tres testigos en la tierra demuestran que Cristo es verdadero hombre; y otros tres en el cielo le demuestran verdadero Hijo de Dios; en cuya fé halla el hombre la vida eterna.

TODO aquel que cree que Jesus es el Cristo, es nacido de Dios. Y todo el que ama á aquel que le engendró, ama tambien al que de él ha nacido.
2 En esto conocemos que amamos á los hijos de Dios, si amamos á Dios, y guardamos sus mandamientos.
3 Porque este es el amor de Dios, que observemos sus mandamientos: y sus mandamientos no son pesados.
4 Por cuanto todo lo que nace de Dios, vence al mundo: y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fé.
5 ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesus es el Hijo de Dios?
6 Jesucristo es el que vino con agua y sangre: no con el agua solamente, sino con el agua y con la sangre. Y el Espíritu es quien lo testifica, porque el Espíritu es la verdad.
7 Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo: y estos tres son uno.
8 Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, y el agua, y la sangre: y estos tres concuerdan en una misma cosa.
9 Si admitimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios: ahora bien, este es el testimonio que Dios ha dado de su Hijo.
10 El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo: el que no cree á Dios le trata de mentiroso, pues no cree el testimonio que Dios ha dado de su Hijo.
11 Y este es el testimonio, que Dios nos dió vida eterna, y esta vida está en su Hijo.
12 Quien tiene al Hijo, tiene la vida: quien no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida.
13 ¶ Estas cosas os escribo, á vosotros que creeis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepais que teneis vida eterna, y creais en el nombre del Hijo de Dios.
14 Y esta es la confianza que tenemos en él: Que *en* cualquiera cosa que le pidiéremos conforme á su voluntad, nos oye.
15 Y si sabemos que nos oye *en* cualquiera cosa que le pe-

dimos, sabemos que tenemos las
peticiones que le demandamos.
16 El que sabe que su hermano
comete un pecado *que* no *es* de
muerte, ruegue, y se dará la vida
al que peca no de muerte. Hay
un pecado de muerte: no digo yo
que interceda alguno por él.
17 Toda iniquidad es pecado:
mas hay un pecado que no es de
muerte.
18 Sabemos que todo aquel que
es nacido de Dios, no peca: mas
el que es nacido de Dios se pre-
serva, y el maligno no le toca.
19 Sabemos que somos de Dios:
al paso que el mundo todo yace
en la maldad.
20 Sabemos tambien que vino el
Hijo de Dios, y nos dió inteligen-
cia para conocer al Verdadero; y
en el Verdadero estamos, esto es,
en su Hijo Jesucristo. Este es el
verdadero Dios, y la vida eterna.
21 Hijitos, guardáos de los ído-
los. Amen.

EPISTOLA SEGUNDA DEL APOSTOL

SAN JUAN.

Exhorta á una Señora y á sus hijos, cuya fé alaba, á perseverar constantes en la caridad, y á cautelarse de los Hereges, permaneciendo en la doctrina recibida.

EL presbítero á la Señora es-
cogida, y á sus hijos, á los
cuales amo en la verdad; y no
solo yo, sino cuantos la verdad
han conocido;
2 A causa de la verdad misma,
que permanece en nosotros, y
estará con nosotros eternamente.
3 Gracia, misericordia, *y* paz
sea con vosotros en verdad y ca-
ridad, de Dios Padre, y del Señor
Jesucristo, el Hijo del Padre.
4 Héme holgado en estremo, de
haber hallado algunos de tus
hijos en el camino de la verdad,
conforme al mandamiento que
recibimos del Padre.
5 Ahora pues, señora, te ruego,
no como escribiéndote un nuevo
mandamiento, sino el que tuvi-
mos desde el principio, que nos
amemos unos á otros.
6 Y esta es la caridad, que pro-
cedamos segun los mandamientos
de Dios. Porque este es el man-
damiento, que, segun habeis oido
desde el principio, camineis en él.
7 Puesto que se han descubierto
en el mundo muchos impostores,
que no confiesan que Jesucristo
haya venido en carne: este tal
es un impostor y un antecristo.
8 Vosotros estad sobre aviso,
para que no perdamos nuestro
trabajo; sino que recibamos una
cumplida recompensa.
9 Todo aquel que se aparta, y no
persevera en la doctrina de Cristo,
no tiene á Dios: el que perseve-
ra en la doctrina de Cristo, ese
tiene al Padre, y al Hijo.
10 Si viene alguno á vosotros, y
no trae esta doctrina, no le recibais
en casa, ni le digais: bienvenido!

11 Porque quien le tiene por bien venido, comunica con sus acciones perversas.
12 Teniendo muchas cosas que escribiros, no he querido hacerlo por medio de papel y tinta: porque espero ir á vosotros, y hablaros boca á boca, para que nuestro gozo sea cumplido.
13 Salúdante los hijos de tu hermana escogida. Amen.

EPISTOLA TERCERA DEL APOSTOL

SAN JUAN.

Alaba á Gayo por su constancia en la fé, y por su beneficencia en hospedar á los peregrinos: habla de los vicios de Diótrephes, y de la virtud de Demetrio.

EL presbítero al muy querido Gayo, á quien amo yo en la verdad.
2 Carísimo, mi mayor deseo es que tú prosperes en todo, y goces salud, como la goza dichosamente tu alma.
3 Grande ha sido mi contento con la venida de los hermanos, y el testimonio que dan de tu verdad; como que andas en la verdad *misma*.
4 En ninguna cosa tengo mayor gusto, que en oir que mis hijos andan en la verdad.
5 Carísimo, te portas como fiel en todo lo que practicas con los hermanos, y con los estrangeros;
6 Los cuales han dado testimonio de tu caridad públicamente en la Iglesia: tú harás bien en hacerlos conducir en sus viages, de una manera agradable á Dios.
7 Pues que por su nombre han emprendido viage, sin tomar nada de los Gentiles.
8 Por eso nosotros debemos acoger á los tales, á fin de cooperar á la verdad.
9 Yo he escrito á la Iglesia; pero ese Diótrephes, que ambiciona la primacía entre los demas, no nos da acogida.
10 Por tanto si voy allá, yo le recordaré las obras que hace, vertiendo especies malignas contra nosotros: y como si esto no le bastase, ni aun él mismo hospeda á los hermanos; y á los que les dan acogida, se lo veda, y los echa de la Iglesia.
11 Carísimo, no has de imitar lo malo, sino lo que es bueno. El que hace bien, es de Dios: el que hace mal, no ha visto á Dios.
12 Todos dan testimonio á favor de Demetrio, y aun la verdad misma, y se lo damos igualmente nosotros: y bien sabes que nuestro testimonio es verdadero.
13 Muchas cosas tenia que escribirte; pero no he querido hacerlo por medio de tinta y pluma.
14 Porque espero verte luego, y hablaremos boca á boca. La paz sea contigo. Salúdante los amigos. Saluda tú á los amigos cada uno en particular.

EPISTOLA CATOLICA DEL APOSTOL

SAN JUDAS.

Exhorta á la constancia en la fé, y á resistir los esfuerzos y ardides de los impíos. Describe su carácter, y el horrendo castigo que les espera.

JUDAS, siervo de Jesucristo y hermano de Santiago, á los santificados por Dios Padre, llamados y conservados en Jesucristo.

2 La misericordia, y la paz, y la caridad sean colmadas en vosotros.

3 Carísimos, habiendo deseado vivamente el escribiros acerca de nuestra comun salud, me hallo al presente en la necesidad de practicarlo, para exhortaros á que peleeis por la fé que ha sido dada una vez á los santos.

4 Porque se han entrometido con disimulo ciertos hombres impíos, cuya condenacion está ordenada de mucho tiempo atras, los cuales cambian la gracia de nuestro Dios en una desenfrenada licencia, y niegan al solo Dios soberano y Señor nuestro, Jesucristo.

5 Quiero pues recordaros, bien que sepais ya todas estas cosas, que habiendo el Señor sacado á salvo de la tierra de Egipto al pueblo, destruyó despues á los que fueron incrédulos:

6 Y á los ángeles, que no conservaron su dignidad, sino que desampararon su morada, los reservó para el juicio del gran dia, en el abismo tenebroso con cadenas eternales.

7 Así como Sodoma y Gomorra, y las ciudades comarcanas, siendo reas de los mismos escesos de impureza, y yendo en pos de carne estraña, vinieron á servir de escarmiento, sufriendo la pena del fuego eterno.

8 De la misma manera amancillan estos soñadores tambien su carne, menosprecian la dominacion, y blasfeman contra las dignidades.

9 Cuando el arcángel Miguel disputando con el diablo altercaba sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió á proferir *contra él* sentencia de maldicion, sino que dijo: Reprímate el Señor.

10 Estos al contrario, blasfeman de todo lo que no conocen: y vienen á corromperse en todas aquellas cosas que como brutos animales, conocen naturalmente.

11 ¡Desdichados de ellos, que han seguido el camino de Cain, y que segun el error de Balaam se desenfrenaron por recompensa, y perecieron *como* en la rebelion de Coré!

12 Estos son los que contaminan vuestros convites de amor fraternal, cuando á ellos asisten, cebándose á sí mismos sin vergüenza: nubes sin agua, llevadas de

aqui para allá por los vientos, árboles cuyo fruto se marchita, sin fruto, dos veces muertos, sacados de raiz:
13 Olas bravas de la mar, que arrojan las espumas de sus torpezas: estrellas errantes, á quienes está reservada la obscuridad de las tinieblas para siempre.
14 Tambien profetizó de estos Enoch, el séptimo desde Adam, diciendo: Mirad que viene el Señor con millares de sus santos,
15 A juzgar á todos los hombres, y á redargüir á todos los malvados de todas las obras de su impiedad, que impiamente hicieron, y de todas las injuriosas espresiones, que profirieron contra Dios los impíos pecadores.
16 Estos son murmuradores quejumbrosos, que andan segun sus pasiones; su boca profiere palabras orgullosas, y ellos se muestran admiradores de personas por motivos de interés.
17 Vosotros empero, carísimos, acordáos de las palabras, que os fueron antes dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo;
18 Los cuales os decian, que en los últimos tiempos han de venir mofadores, que seguirán sus pasiones llenas de impiedad.
19 Estos son los que se separan á sí mismos, sensuales, que no tienen el Espíritu.
20 Vosotros al contrario, carísimos, edificándoos á vosotros mismos sobre vuestra santísima fé, orando en el Espíritu Santo,
21 Guardáos vosotros mismos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para la vida eterna.
22 De unos compadecéos, usando de discernimiento:
23 A otros salvadlos con temor, arrebatándolos del fuego; aborreciendo aun hasta la ropa, que está contaminada de la carne.
24 En fin, al que es poderoso para preservaros de caida, y presentaros sin falta, mas con gran júbilo, ante su gloria,
25 Al solo sabio Dios y Salvador nuestro, sea gloria y magnificencia, imperio y potestad ahora y en todos los siglos. Amen.

EL APOCALIPSI, O REVELACION DE SAN JUAN EL TEOLOGO.

CAPITULO I.

San Juan, desterrado en la isla de Patmos, escribe por órden de Dios la revelacion que habia tenido á las siete Iglesias de Asia, representadas en siete candeleros.

REVELACION de Jesucristo, la cual le ha dado Dios, para descubrir á sus siervos cosas que deben suceder presto: y la ha manifestado por medio de su ángel enviado á Juan, siervo suyo,
2 El cual ha dado testimonio de la palabra de Dios, y testifi-

cacion de Jesucristo, y de todo
cuanto ha visto.
3 Bienaventurado el que lee, y
los que escuchan las palabras
de esta profecía, y observan las
cosas escritas en ella: pues el
tiempo está cerca.
4 ¶ Juan, á las siete Iglesias
que hay en el Asia: Gracia y
paz á vosotros, de aquel que es,
y que era, y que ha de venir; y
de los siete espíritus, que asisten
ante su trono;
5 Y de Jesucristo, el cual es
testigo fiel, primogénito entre los
muertos, y soberano de los reyes
de la tierra. Al que nos amó,
y nos lavó de nuestros pecados
con su propia sangre,
6 Y nos ha hecho reyes, y sacerdotes
de Dios Padre suyo: al
mismo la gloria, y el imperio por
los siglos de los siglos: Amen.
7 Mirad como viene sobre las
nubes, y verle han todos los ojos,
y los que le traspasaron. Y todos
los pueblos de la tierra se lamentarán
al verle: Así sea, Amen.
8 Yo soy el Alpha y la Omega,
el principio y el fin, dice el Señor,
que es, y que era, y que ha
de venir, el Todo-poderoso.
9 Yo Juan vuestro hermano, y
participante en la tribulacion, y
en el reino, y en la paciencia de
Jesucristo, estaba en la isla
llamada Patmos, por causa de la
palabra de Dios, y del testimonio
de Jesucristo:
10 Un dia de Domingo fuí en
el Espíritu, y oí detras de mí una
grande voz como de trompeta,
11 Que decia: Yo soy el Alpha
y la Omega, el primero y el
último: lo que ves, escríbelo en
un libro, y remítelo á las siete
Iglesias que hay en el Asia; á
Efeso, y á Smirna, y á Pérgamo,
y á Tiatira, y á Sardis, y á Filadelfia,
y á Laodicéa.
12 Entonces me volví para reconocer
la voz, que hablaba conmigo.
Y vuelto, ví siete candeleros
de oro:
13 Y en medio de los siete candeleros
á uno parecido al Hijo
del hombre, vestido de ropa talar,
y ceñido á los pechos con
una faja de oro:
14 Y su cabeza y sus cabellos
eran blancos como la lana blanca,
y como la nieve, y sus ojos
como llamas de fuego;
15 Sus piés semejantes á bronce
fino, brillantes como si ardiesen
en un horno; y su voz, como
el ruido de muchas aguas.
16 Y tenia en su mano derecha
siete estrellas: y de su boca
salia una espada aguda de dos
filos: y su rostro *era* como el
sol resplandeciente en su fuerza.
17 Y así que le ví, caí á sus
piés como muerto. Mas él puso
su diestra sobre mí, diciendo:
No temas: yo soy el primero y
el último;
18 Y estoy vivo, aunque fuí
muerto; y hé aquí que vivo por
los siglos de los siglos, Amen:
y tengo las llaves del infierno, y
de la muerte.
19 Escribe pues las cosas que
has visto, tanto las que son, como
las que han de suceder despues
de estas.
20 En cuanto al misterio de las
siete estrellas, que viste en mi

mano derecha, y los siete candeleros de oro: las siete estrellas, son los ángeles de las siete Iglesias: y los siete candeleros que viste, son las siete Iglesias.

CAPITULO II.

Se le manda á San Juan que escriba varios avisos á las cuatro Iglesias primeras. Alaba á los que no habian abrazado la doctrina de los Nicolaitas, y convida á otros á arrepentimiento. Detesta al cristiano tibio, y promete el premio al vencedor.

ESCRIBE al ángel de la Iglesia de Efeso: Esto dice el que tiene las siete estrellas en su mano derecha, el que anda en medio de los siete candeleros de oro:
2 Conozco tus obras, y tus trabajos, y tu paciencia, y que no puedes sufrir á los malos: y que has examinado á los que dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos:
3 Y que has sufrido, y has tenido paciencia; que has trabajado por mi nombre, y no has desmayado.
4 Pero contra tí tengo, que has perdido tu primera caridad.
5 Por tanto acuérdate de donde has decaido, y arrepiéntete, y practica las primeras obras: porque si no, pronto voy á tí, y removeré tu candelero de su sitio, si no te arrepintieres.
6 Pero tienes esto, que aborreces las acciones de los Nicolaitas, que yo tambien aborrezco.
7 Quien tiene oido, escuche lo que el Espíritu dice á las Iglesias: Al que venciere yo le daré á comer del árbol de la vida, que está en medio del paraiso de Dios.
8 ¶ Escribe tambien al ángel de la Iglesia de Smirna: Esto dice el primero y el último; que fué muerto, y está vivo:
9 Conozco tus obras, tu tribulacion, tu pobreza (si bien eres rico) y las blasfemias de los que se llaman Judíos, y no lo son, antes bien son una sinagoga de Satanas.
10 No temas nada de lo que has de padecer. Mira que el diablo ha de meter á algunos de vosotros en la cárcel, para que seais tentados; y sereis atribulados por diez dias. Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida.
11 Quien tiene oido, oiga lo que dice el Espíritu á las Iglesias: El que venciere, no será dañado por la muerte segunda.
12 Asimismo escribe al ángel de la Iglesia de Pérgamo: Esto dice el que tiene la espada de dos filos:
13 Conozco tus obras, y que habitas en un lugar donde Satanas tiene su asiento: y mantienes mi nombre, y no has negado mi fé, aun en aquellos dias en que Antipas, testigo mio fiel, fué martirizado entre vosotros, donde Satanas mora.
14 Sin embargo algo tengo contra tí: porque tienes ahí á los que siguen la doctrina de Balaam, el cual enseñaba á Balac á poner tropiezo delante de los hijos de Israél, para que comiesen de lo sacrificado á los ídolos, y fornicasen.
15 Así tienes tú tambien á los

que siguen la doctrina de los Nicolaitas, cosa que aborrezco.

16 Por lo mismo arrepiéntete: cuando no, vendré á tí presto, y yo pelearé contra ellos con la espada de mi boca.

17 El que tiene oido, escuche lo que dice el Espíritu á las Iglesias: Al que venciere daréle yo á comer del maná recóndito, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita esculpido un nombre nuevo, que nadie le sabe, sino aquel que le recibe.

18 Y escribe al ángel de la Iglesia de Tiatira: Esto dice el Hijo de Dios, que tiene los ojos como llamas de fuego, y sus piés semejantes al bronce fino.

19 Conozco tus obras, y tu caridad, y servicio, y fé, y paciencia, y tus obras; y *que* las últimas *son* mas que las primeras.

20 Pero tengo contra tí alguna cosa, porque permites á Jezabel, mujer que se dice profetisa, el enseñar y seducir á mis siervos, para que caigan en fornicacion, y coman de las cosas sacrificadas á los ídolos.

21 Y hélc dado tiempo para arrepentirse, y no se ha arrepentido de su torpeza.

22 Yo la voy á reducir á una cama; y los que adulteran con ella, se verán en grande aflicion, si no se arrepintieren de sus obras.

23 Y entregaré sus hijos á la muerte, y sabrán todas las Iglesias, que yo soy escudriñador de interiores y corazones: y á cada uno de vosotros le daré su merecido.

24 Mas digo á vosotros, y á los demas que habitan en Tiatira, á cuantos no tienen esta doctrina, y á cuantos no han conocido las honduras de Satanas, como ellos llaman: Yo no echaré sobre vosotros otra carga:

25 Pero guardad aquello que teneis, hasta que yo venga.

26 Y al que hubiere vencido, y guardado hasta el fin mis obras, yo le daré autoridad sobre las naciones,

27 Y regirlas ha con vara de hierro, y serán desmenuzadas como vaso de alfarero; segun que yo recibí de mi Padre.

28 Daréle tambien el lucero de la mañana.

29 Quien tiene oido, escuche lo que el Espíritu dice á las Iglesias.

CAPITULO III.

Amonesta San Juan á las otras tres Iglesias de Sardis, de Filadelfia, y de Laodicéa, y les da avisos muy importantes.

AL ángel de la Iglesia de Sardis escríbele tambien: Esto dice el que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas: Yo conozco tus obras, *y* que tienes nombre de viviente, y estás muerto.

2 Sé vigilante, y consolida lo restante, que está para morir: porque yo no hallo tus obras cabales en presencia de mi Dios.

3 Ten pues en la memoria lo que has recibido, y aprendido, y consérvalo, y arrepiéntete. Porque si no velares, vendré á tí como ladron, y no sabrás á qué hora vendré á tí.

4 Con todo tienes en Sardis
unos pocos sujetos, que no han
ensuciado sus vestiduras: y an-
darán conmigo vestidos de blan-
co, porque son dignos.
5 El que venciere, será igual-
mente vestido de ropas blancas,
y no borraré su nombre del libro
de la vida, antes bien confesaré
su nombre delante de mi Padre,
y delante de sus ángeles.
6 Quien tiene oido, escuche lo
que dice el Espíritu á las Igle-
sias.
7 ¶ Escribe asimismo al ángel
de la Iglesia de Filadelfia: Esto
dice el Santo y el Veraz, el que
tiene la llave de David, el que
abre, y ninguno cierra: cierra, y
ninguno abre:
8 Yo conozco tus obras. Hé
aquí que puse delante de tí una
puerta abierta, que nadie podrá
cerrar; porque tú tienes un poco
de virtud, y has guardado mi
palabra, y no negaste mi nombre.
9 Yo voy á traer de la sinagoga
de Satanas á los que dicen ser
Judíos, y no lo son, sino que
mienten: como quiera yo les
haré que vengan, y se postren á
tus piés; y entenderán que yo te
amo.
10 Ya que has guardado la pa-
labra de mi paciencia, yo tam-
bien te libraré del tiempo de
tentacion, que ha de sobrevenir
á todo el universo para prueba
de los moradores de la tierra.
11 Mira que vengo luego: man-
ten lo que tienes, para que na-
die se lleve tu corona.
12 Al que venciere, yo le haré
columna en el templo de mi Dios,
de donde no saldrá jamas fuera:
y escribiré sobre él el nombre de
mi Dios, y el nombre de la ciu-
dad de mi Dios, la nueva Jeru-
salem, que desciende del cielo de
mi Dios, y el nombre mio nuevo.
13 Quien tiene oido, escuche lo
que dice el Espíritu á las Igle-
sias.
14 ¶ En fin al ángel de la Igle-
sia de Laodicéa escribirás: Esto
dice el Amen, el testigo fiel y
verdadero, el principio de las
criaturas de Dios.
15 Conozco tus obras, que ni
eres frio, ni caliente: ¡ojalá
fueras frio, ó caliente!
16 Mas por cuanto eres tibio, y
no frio, ni caliente, te vomitaré
de mi boca:
17 Porque estás diciendo: Yo
soy rico, y hacendado, y de na-
da necesito: y no conoces que
eres un desdichado, y miserable,
y pobre, y ciego, y desnudo.
18 Aconséjote que compres de
mí el oro afinado en el fuego,
con que te hagas rico, y te vis-
tas de ropas blancas, y no se des-
cubra la vergüenza de tu desnu-
dez; y unge tus ojos con colirio
para que veas.
19 Yo á los que amó, los re-
prendo y castigo. Estimúlate
pues, y arrepiéntete.
20 Hé aquí que estoy á la
puerta, y llamo: si alguno es-
cuchare mi voz, y me abriere la
puerta, entraré á él, y con él
cenaré, y él conmigo.
21 Al que venciere, le haré
sentar conmigo en mi trono, asi
como yo fuí vencedor, y me
senté con mi Padre en su trono.

22 El que tiene oido, escuche
lo que el Espíritu dice á las Igle-
sias.

CAPITULO IV.

San Juan en una vision estática ve á Dios en su solio, rodeado de veinte y cuatro ancianos, y de cuatro animales misteriosos que le glorifican.

DESPUES de esto miré, y hé
aquí una puerta abierta en
el cielo: y la primera voz que
oí, como de trompeta que habla-
ba conmigo, me dijo: Sube acá,
y te mostraré las cosas que han
de suceder en adelante.
2 Y al punto fuí en espíritu, y
ví un solio colocado en el cielo,
y uno sentado en el solio:
3 Y el que estaba sentado, era
parecido á una piedra de jaspe,
y de sardia: y en torno del solio
habia un íris, de color de esme-
ralda.
4 Y al rededor del solio veinte
y cuatro sillas: y sobre las si-
llas veinte y cuatro ancianos
sentados, revestidos de ropas
blancas, con coronas de oro en
sus cabezas.
5 Y del solio salian relámpagos,
y truenos, y voces; y siete lám-
paras estaban ardiendo delante
del solio, que son los siete espí-
ritus de Dios.
6 Y en frente del solio *habia*
como un mar de vidrio semejante
al cristal: y en medio del trono,
y al rededor de él, cuatro ani-
males llenos de ojos delante y
detrás.
7 Y *era* el primer animal pare-
cido al leon, y el segundo á un
becerro, y el tercer animal tenia
cara como de hombre, y el cuar-
to animal, semejante á una
águila volando.
8 Y cada uno de los cuatro ani-
males tenia seis alas al rededor
de sí, y por dentro estaban llenos
de ojos; y no reposaban de dia
ni de noche, diciendo: Santo,
Santo, Santo, Señor Dios todo-
poderoso, el cual era, el cual es,
y el cual ha de venir.
9 Y mientras aquellos animales
tributaban gloria, y honor, y
gracias al que estaba sentado en
el trono, que vive por los siglos
de los siglos,
10 Los veinte y cuatro ancianos
se postraban delante del que es-
taba sentado en el trono, y adora-
ban al que vive por los siglos de
los siglos, y echaban sus coronas
ante el trono, diciendo:
11 Digno eres ¡oh Señor! de
recibir la gloria, y el honor, y el
poderío: porque tú criaste todas
las cosas, y por tu querer subsis-
ten, y fueron criadas.

CAPITULO V.

Mientras que San Juan lloraba de ver que nadie podia abrir el libro cerrado con siete sellos, abrióle el Cordero de Dios, que poco antes habia sido muerto. Por lo que todas las criaturas le tributaron cánticos de alabanza.

DESPUES ví á la derecha del
que estaba sentado en el so-
lio, un libro escrito por dentro y
por fuera, sellado con siete sellos.
2 Al mismo tiempo ví á un
ángel fuerte pregonar á grandes
voces: ¿Quién es digno de abrir
el libro, y de levantar sus sellos?
3 Y nadie podía ni en el cielo, ni
en la tierra, ni debajo de la tier-
ra, abrir el libro, ni aun mirarle.

4 Y yo lloraba mucho, porque
nadie se halló digno de abrir el
libro, ni de leerle, ni de mirarle.
5 Entonces uno de los ancianos
me dijo: No llores: mira como
ya el Leon de la tribu de Judá,
la Estirpe de David, ha triun-
fado para abrir el libro, y levan-
tar sus siete sellos.
6 Y miré, y hé aquí que en
medio del solio y de los cuatro
animales, y en medio de los an-
cianos, estaba un Cordero como
inmolado, el cual tenia siete
cuernos, y siete ojos, que son los
siete espíritus de Dios, despa-
chados á toda la tierra.
7 Y vino, y tomó el libro de la
diestra de aquel que estaba sen-
tado en el solio.
8 Y cuando hubo tomado el li-
bro, los cuatro animales, y los
veinte y cuatro ancianos se pos-
traron ante el Cordero, teniendo
todos cítaras, y copas de oro
llenas de perfumes, que son las
oraciones de los santos:
9 Y cantaban un cántico nuevo,
diciendo: Digno eres de tomar el
libro, y de abrir sus sellos: por-
que tú has sido muerto, y con tu
sangre nos has rescatado para
Dios de todas las tribus, y len-
guas, y pueblos, y naciones:
10 Y nos hiciste para nuestro
Dios reyes y sacerdotes: y reina-
remos sobre la tierra.
11 Ví tambien, y oí la voz de
muchos ángeles al rededor del
solio, y de los animales, y de los
ancianos: y su número era mi-
llares de millares,
12 Los cuales decian en alta
voz: Digno es el Cordero, que
ha sido sacrificado, de recibir el
poder, y la riqueza, y la sabidu-
ría, y la fortaleza, y el honor, y
la gloria, y la bendicion.
13 Y á todas las criaturas, que
hay en el cielo, y sobre la tierra,
y debajo de la tierra, y las que
hay en el mar: y á cuantas hay
en *todo* esto, á todas las oí decir:
Al que está sentado en el trono,
y al Cordero, bendicion, y honra,
y gloria, y potestad por los siglos
de los siglos.
14 Y los cuatro animales res-
pondian: Amen. Y los veinte
y cuatro ancianos se postraron
sobre sus rostros, y adoraron á
aquel que vive por los siglos de
los siglos.

CAPITULO VI.

Señales misteriosas que fué viendo el apóstol, conforme iba el Cordero abriendo los seis primeros sellos.

VI pues como el Cordero abrió
uno de los sellos, y oí á uno
de los cuatro animales, que decia
con voz como de trueno: Ven, y
verás.
2 Yo miré, y hé ahí un caballo
blanco; y el que le montaba te-
nia un arco, y diósele una corona,
y partió como vencedor, y para
vencer.
3 Y como hubiese abierto el
segundo sello, oí al segundo
animal, que decia: Ven, y verás.
4 Y salió otro caballo bermejo;
y al que le montaba, se le con-
cedió el *poder de* desterrar la paz
de la tierra, y de hacer que se
matasen unos á otros, y se le dió
una grande espada.
5 Abierto que hubo el sello ter-
cero, oí al tercer animal, que

decia: Ven, y verás. Y ví un
caballo negro: y el que le mon-
taba, tenia una balanza en su
mano.
6 Y oí como una voz en medio
de los cuatro animales, que de-
cia: Dos libras de trigo por un
denario, y seis libras de cebada
á denario, mas al vino, y al aceite
no hagas daño.
7 Despues que abrió el sello
cuarto, oí una voz del cuarto
animal, que decia: Ven, y verás.
8 Y hé ahí un caballo pálido,
y cuyo ginete tenia por nombre
Muerte, y el infierno le iba si-
guiendo, y dióseles poder sobre
la cuarta parte de la tierra para
matar á cuchillo, con hambre, y
mortandad, y por medio de las
fieras de la tierra.
9 Y cuando hubo abierto el
quinto sello, ví debajo del altar
las almas de los que fueron
muertos por la palabra de Dios,
y por el testimonio que tenian:
10 Y clamaban á grandes voces
diciendo: ¿Hasta cuando, Se-
ñor, santo y veraz, difieres hacer
justicia, y vengar nuestra sangre
contra los que habitan en la
tierra?
11 Diósele luego á cada uno
de ellos un ropage blanco: y se
les dijo que descansasen aun
un poco de tiempo, en tanto que
se cumplia el número de sus
consiervos y hermanos, que ha-
bian de ser muertos tambien co-
mo ellos.
12 Ví asimismo como abrió el
sesto sello: y al punto se sintió
un gran terremoto, y el sol se
puso negro como un saco de cili-
cio, y la luna se volvió toda co-
mo sangre:
13 Y las estrellas cayeron del
cielo sobre la tierra, á la manera
que una higuera, sacudida de
un recio viento, deja caer sus
brevas:
14 Y el cielo desapareció como
un libro que es arrollado: y to-
dos los montes y las islas fueron
movidos de sus lugares:
15 Y los reyes de la tierra, y
los príncipes, y los ricos, y los
tribunos, y los poderosos, y todos,
así esclavos como libres, se es-
condieron en las grutas, y entre
las peñas de los montes:
16 Y decian á los montes y
peñascos: Caed sobre nosotros,
y escondednos de la cara de aquel
que está sentado sobre el trono,
y de la ira del Cordero:
17 Porque llegado es el dia
grande de su cólera: ¿y quién
podrá soportarla?

CAPITULO VII.

Se da órden á los ángeles que vienen á destruir la tierra que no hagan daño á los justos, tanto del pueblo de Israél, como de las demas naciones. Quienes son los que vió San Juan vestidos de un ropage blanco.

DESPUES de esto ví cuatro
ángeles que estaban sobre
los cuatro ángulos de la tierra,
deteniendo los cuatro vientos de
la tierra, para que no soplasen
sobre ella, ni sobre la mar, ni
sobre árbol alguno.
2 Luego ví subir del oriente á
otro ángel, que tenia el sello de
Dios vivo: y clamó en alta voz
á los cuatro ángeles, encargados
de hacer daño á la tierra y al
mar,

3 Diciendo: No hagais mal á la
tierra, ni al mar, ni á los árboles
hasta tanto que señalemos á los
siervos de nuestro Dios en sus
frentes.
4 Oí tambien el número de los
señalados, que era ciento cua-
renta y cuatro mil, de todas las
tribus de los hijos de Israél.
5 De la tribu de Judá habia
doce mil señalados: De la tribu
de Ruben doce mil señalados:
De la tribu de Gad doce mil
señalados:
6 De la tribu de Aser doce mil
señalados: De la tribu de Neph-
thali doce mil señalados: De
la tribu de Manassés doce mil
señalados:
7 De la tribu de Simeón doce
mil señalados: De la tribu de
Leví doce mil señalados: De la
tribu de Issachâr doce mil seña-
lados:
8 De la tribu de Zabulon doce
mil señalados: De la tribu de
Josef doce mil señalados: De la
tribu de Benjamin doce mil seña-
lados.
9 Despues de esto ví una grande
muchedumbre, que nadie podia
contar, de todas naciones, y tri-
bus, y pueblos, y lenguas, que
estaban ante el trono, y delante
del Cordero, revestidos de un ro-
page blanco, con palmas en sus
manos:
10 Y esclamaban á grandes
voces, diciendo: La salvacion á
nuestro Dios, que está sentado
en el solio, y al Cordero.
11 Y todos los ángeles estaban
en torno del solio, y de los an-
cianos, y de los cuatro animales,
y se postraron delante del solio
sobre sus rostros, y adoraron á
Dios,
12 Diciendo, Amen. Bendi-
cion, y gloria, y sabiduría, y ac-
cion de gracias, honra, y poder,
y fortaleza á nuestro Dios por
los siglos de los siglos, Amen.
13 Luego tomó la palabra uno
de los ancianos, y me dijo: Esos
que están cubiertos de blancas
vestiduras, ¿quiénes son? y ¿de
dónde han venido?
14 Y yo le dije: Mi Señor, tú
lo sabes. Entonces me dijo:
Estos son los que han venido de
la gran tribulacion, y lavaron
sus vestiduras, y las blanquea-
ron en la sangre del Cordero:
15 Por esto están ante el solio
de Dios, y le sirven dia y noche
en su templo: y aquel que está
sentado en el solio, habitará en
medio de ellos:
16 Ya no tendrán hambre, ni
sed, ni descargará sobre ellos el
sol, ni ardor alguno:
17 Porque el Cordero que está
en medio del solio, los apacen-
tará, y los llevará á fuentes de
aguas vivas, y Dios enjugará to-
das las lágrimas de sus ojos.

CAPITULO VIII.

Abierto ya el sello séptimo, se aparecen siete ángeles con siete trompetas; tocan los cuatro primeros cada uno la suya: cae fuego, la mar se altera, las aguas se vuelven amargas, y las estrellas pierden su resplandor.

Y CUANDO hubo abierto el
séptimo sello, siguióse silen-
cio en el cielo, cosa de media
hora.
2 Y ví á los siete ángeles que

estaban en pié delante de Dios: y diéronseles siete trompetas.

3 Vino entonces otro ángel, y púsose ante el altar, teniendo un incensario de oro: y diéronsele muchos perfumes, para que los ofreciese con las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro, que está ante el trono.

4 Y el humo de los perfumes, con las oraciones de los santos, subió por mano del ángel al acatamiento de Dios.

5 Tomó luego el ángel el incensario, y llenóle del fuego del altar, y arrojado á la tierra, sintiéronse voces, y truenos, y relámpagos, y un terremoto.

6 Entretanto los siete ángeles, que tenian las siete trompetas, se dispusieron para tocarlas.

7 Tocó pues el primer ángel la trompeta, y formóse granizo, y fuego, mezclados con sangre, que descargaron sobre la tierra; con lo que se quemó la tercera parte de los árboles, y toda la yerba verde.

8 El segundo ángel tocó tambien la trompeta, y cayó en el mar como un grande monte todo de fuego, y la tercera parte del mar se convirtió en sangre,

9 Y murió la tercera parte de las criaturas que vivian en el mar, y pereció la tercera parte de las naves.

10 Y el tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una grande estrella, ardiendo como una tea, y vino á caer en la tercera parte de los rios, y en los manantiales de las aguas:

11 Y el nombre de la estrella es Ajenjo; y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo: y muchos hombres murieron á causa de las aguas, porque se hicieron amargas.

12 Despues tocó la trompeta el cuarto ángel, y quedó herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas; de tal manera que se oscurecieron en su tercera parte, y quedó privado el dia de la tercera parte de su luz, y lo mismo la noche.

13 Entonces miré, y oí un ángel que volaba por medio del cielo, diciendo á grandes gritos: ¡ Ay, ay, ay, de los moradores de la tierra, por causa del sonido de las trompetas que los otros tres ángeles han de tocar!

CAPITULO IX.

Lo que aconteció al tocar la quinta y sesta trompetas.

EL quinto ángel tocó la trompeta, y ví una estrella caida del cielo á la tierra; y dióse á aquel la llave del pozo del abismo.

2 Y abrió el pozo del abismo: y subió del pozo un humo semejante al de un grande horno: y con el humo del pozo quedaron oscurecidos el sol y el aire:

3 Y del humo del pozo salieron langostas sobre la tierra, y dióseles poder semejante al que tienen los escorpiones de la tierra:

4 Y se les mandó no hiciesen daño á la yerba de la tierra, ni á cosa verde, ni á ningun árbol; sino solamente á los hombres que no tienen la señal de Dios en sus frentes:

5 Y se les permitió no que los
matasen, sino que los atormen-
tasen por cinco meses: y el tor-
mento que causan, es como el
que causa el escorpion, cuando
hiere á un hombre.
6 Durante aquel tiempo los
hombres buscarán la muerte, y
no la hallarán: y desearán mo-
rir, y la muerte irá huyendo de
ellos.
7 Y las figuras de las langos-
tas se parecian á caballos aparc-
jados para la batalla: y sobre
sus cabezas *tenian* como coronas
al parecer de oro, y sus caras
así como caras de hombres.
8 Y tenian cabellos como ca-
bellos de mujeres; y sus dien-
tes eran como dientes de leo-
nes:
9 Vestian tambien lorigas como
lorigas de hierro, y el ruido de
sus alas como el estruendo de
los carros tirados de muchos ca-
ballos que van corriendo al com-
bate.
10 Tenian asimismo colas pa-
recidas á escorpiones, y en sus
colas aguijones: con potestad de
hacer daño á los hombres por
cinco meses.
11 Tenian sobre sí por rey al
ángel del abismo, cuyo nombre
en hebréo *es* Abaddon, y en grie-
go Apollyon.
12 El un ay se pasó ya, mas
luego despues van á venir dos
ayes todavía.
13 Tocó pues el sesto ángel la
trompeta, y oí una voz *que salia*
de los cuatro ángulos del altar
de oro, que está delante de Dios,
14 La cual decia al sesto án-
gel que tenia la trompeta: De-
sata á los cuatro ángeles, que
están ligados en el grande rio
Eúfrates.
15 Fueron pues desatados los
cuatro ángeles, los cuales esta-
ban prontos para la hora, y el
dia, y el mes, y el año, en que
debian matar la tercera parte
de los hombres.
16 Y el número de las tropas
de á caballo era de doscientos
millones: porque yo oí el nú-
mero de ellas.
17 Así como tambien ví en la
vision los caballos y los que ca-
balgaban, que vestían corazas
como de fuego, y de jacinto, y
de azufre: y las cabezas de los
caballos eran como cabezas de
leones: y de su boca salia fuego,
y humo, y azufre.
18 Por estas tres plagas, de
fuego, de humo, y de azufre, que
salian de sus bocas, fué muerta
la tercera parte de los hombres.
19 Porque su fuerza está en su
boca, y en sus colas: pues sus
colas son semejantes á serpientes,
y tienen cabezas, y con estas
hieren.
20 Entretanto los demas hom-
bres, que no perecieron con estas
plagas, aun no se arrepintieron
de las obras de sus manos, con
dejar de adorar á los demonios,
y á los simulacros de oro, y de
plata, y de bronce, y de piedra,
y de madera, que ni pueden ver,
ni oir, ni andar:
21 Ni tampoco se arrepintieron
de sus homicidios, ni de sus he-
chicerías, ni de su fornicacion,
ni de sus robos.

CAPITULO X.

Aparece otro ángel cercado de una nube, con un libro en la mano: este ángel anuncia el cumplimiento de todo el misterio asi que el séptimo ángel haya tocado la trompeta. Una voz del cielo manda á San Juan que devore aquel libro ó pergamino.

VI tambien á otro ángel valeroso bajar del cielo revestido de una nube, y sobre su cabeza un íris, y su cara era como el sol, y sus piés como columnas de fuego:
2 Y tenia en su mano un librito abierto: y puso su pié derecho sobre la mar, y el izquierdo sobre la tierra:
3 Y dió un grande grito, á manera de leon cuando ruge: y despues que hubo gritado, siete truenos articularon sus voces.
4 Y articulado que hubieron los siete truenos sus voces, iba yo á escribirlas, cuando oí una voz del cielo que me decia: Sella las cosas que hablaron los siete truenos, y no las escribas.
5 Y el ángel, que ví estar sobre la mar y sobre la tierra, levantó al cielo su mano,
6 Y juró por el que vive en los siglos de los siglos, el cual crió el cielo, y las cosas que hay en él: y la tierra, con las cosas que hay en ella; y el mar, y cuanto en él se contiene: Que ya no habrá mas tiempo:
7 Sino que en los dias de la voz del séptimo ángel, cuando comenzare á sonar la trompeta, será consumado el misterio de Dios, segun lo tiene anunciado por sus siervos los profetas.
8 Y oí la voz del cielo que hablaba otra vez conmigo, y decia: Anda, y toma el librito que tiene abierto en la mano el ángel que está sobre la mar, y sobre la tierra.
9 Fuí pues al ángel, diciéndole que me diera el librito. Y me dijo: Tómale, y devórale, que llenará de amargura tu vientre, aunque en tu boca será dulce como la miel.
10 Entonces recibí el librito de la mano del ángel, y le devoré: y era en mi boca dulce como la miel: pero habiéndole devorado, quedó mi vientre lleno de amargura:
11 Díjome mas: Es necesario que de nuevo profetices á muchas pueblos, y naciones, y lenguas, y reyes.

CAPITULO XI.

Señales que habrá antes de tocar la última trompeta. Dos testigos ó mártires del Señor serán despedazados por la bestia, y resucitados por Dios. Toca el séptimo ángel la trompeta: se describe la resurreccion de los muertos, y el juicio final.

ENTONCES se me dió una caña á manera de una vara, y el ángel se presentó diciendo: Levántate y mide el templo de Dios, y el altar, y los que adoran en él:
2 Pero el atrio esterior del templo, déjale fuera, y no le midas: por cuanto está dado á los Gentiles, los cuales han de hollar la ciudad santa cuarenta y dos meses:
3 Entretanto yo daré *órden* á dos testigos mios, y profetizarán,

cubiertos de sacos, por espacio
de mil doscientos y sesenta dias.
4 Estos son dos olivos, y dos
candeleros puestos en la presen-
cia del Dios de la tierra.
5 Y si alguno quisiere maltra-
tarlos, saldrá fuego de la boca
de ellos, que devorará á sus ene-
migos: pues así conviene sea
consumido, quien quisiere hacer-
les daño.
6 Los mismos tienen poder de
cerrar el cielo, para que no llue-
va en el tiempo que ellos profe-
ticen: y tienen potestad sobre
las aguas para convertirlas en
sangre, y para afligir la tierra
con toda suerte de plagas siem-
pre que quisieren.
7 Mas despues que concluyeren
de dar su testimonio, la bestia,
que sube del abismo, moverá
guerra contra ellos, y los vence-
rá, y los matará.
8 Y sus cadáveres yacerán en
las plazas de la grande ciudad,
que se llama espiritualmente
Sodoma y Egipto, donde asimis-
mo nuestro Señor fué crucificado.
9 Y las gentes de las tribus, y
pueblos, y lenguas, y naciones
estarán viendo sus cuerpos por
tres dias y medio, y no permiti-
rán que se les dé sepultura:
10 Y los que habitan la tierra
se regocijarán en *la muerte de*
ellos, y harán fiesta, y se envia-
rán presentes los unos á los otros:
á causa de que estos dos profe-
tas atormentaron á los que mora-
ban sobre la tierra.
11 Pero al cabo de tres dias y
medio, entró en ellos el Espíritu
de vida que viene de Dios, y se
alzaron sobre sus piés, con lo
que un terror grande sobrecogió
á los que los vieron.
12 En seguida oyeron una voz
grande del cielo, que les decia:
Subid acá. Y subieron al cielo
en una nube: y sus enemigos
los vieron.
13 Y en aquella hora se sintió
un gran terremoto, con que se
arruinó la décima parte de la
ciudad, y perecieron en el terre-
moto siete mil hombres: y los
demas entraron en miedo, y die-
ron gloria al Dios del cielo.
14 El segundo ay se pasó: y
bien pronto vendrá el ay tercero.
15 Y el séptimo ángel sonó la
trompeta, y se sintieron voces
grandes en el cielo que decian:
Los reinos de este mundo han
venido á ser de nuestro Señor y
de su Cristo, y reinará por los
siglos de los siglos.
16 Aquí los veinte y cuatro
ancianos, que están sentados en
sus tronos en la presencia de
Dios, se postraron sobre sus ros-
tros, y adoraron á Dios,
17 Diciendo: Gracias te tribu-
tamos ¡oh Señor, Dios todo-po-
deroso! que eres, y que eras, y
que has de venir: porque has
recibido tu gran poderío, y has
entrado en tu reino.
18 Las naciones montaron en
cólera, mas sobrevino tu ira, y
el tiempo de ser juzgados los
muertos, y de dar el galardon á
tus siervos los profetas, y á los
santos, y á los que temen tu
nombre chicos, y grandes, y de
acabar con los que han corrom-
pido la tierra.

19 Entonces se abrió el templo de Dios en el cielo, y fué vista el arca de su testamento en su templo: y se formaron rayos, y voces, y truenos, y terremoto, y grande pedrisco.

CAPITULO XII.

De la guerra del diablo contra la Iglesia, simbolizada en una mujer misteriosa vestida del sol, que da á luz un hijo, y es perseguida del dragon infernal.

Y APARECIO un gran prodigio en el cielo: una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus piés, y en su cabeza una corona de doce estrellas:

2 Y estando en cinta, gritaba con ansias de parir, y sufria dolores de parto.

3 Al mismo tiempo se vió en el cielo otro portento: y era un grande dragon bermejo con siete cabezas, y diez cuernos: y en sus cabezas tenia siete diademas,

4 Y su cola traía arrastrando la tercera parte de las estrellas del cielo, y arrojólas á la tierra: y el dragon se puso delante de la mujer, que estaba para parir, á fin de devorar á su hijo, luego que ella le hubiese dado á luz.

5 En esto parió un hijo varon, el cual habia de regir todas las naciones con cetro de hierro: y este hijo fué arrebatado hasta Dios, y hasta su solio.

6 Y la mujer huyó al desierto, donde tenia un lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por espacio de mil doscientos y sesenta dias.

7 Entretanto se trabó una batalla grande en el cielo: Miguel y sus ángeles peleaban contra el dragon, y el dragon con sus ángeles lidiaba contra él:

8 Pero estos no prevalecieron, ni quedó ya para ellos lugar ninguno en el cielo.

9 Así fué abatido aquel grande dragon, la antigua serpiente, que se llama Diablo, y Satanas, que anda engañando al orbe universo: y fué lanzado en tierra, y sus ángeles con él.

10 Entonces oí una voz grande en el cielo que decia: Ahora ha venido la salud, y la fortaleza, y el reino de nuestro Dios, y el poder de su Cristo: porque ha sido precipitado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba dia y noche ante la presencia de nuestro Dios.

11 Y ellos le vencieron por la sangre del Cordero, y por la palabra de su testimonio, y desamaron sus vidas hasta *esponerse* á la muerte.

12 Por tanto regocijáos ¡oh cielos, y los que en ellos morais! ¡Ay de los habitantes de la tierra, y del mar! porque el diablo bajó á vosotros lleno de gran furor, sabiendo que le queda poco tiempo.

13 Viéndose pues el dragon precipitado á la tierra, fué persiguiendo á la mujer, que habia parido aquel varon:

14 A la mujer empero se le dieron dos alas de águila grande, para volar al desierto, á su sitio, en donde es alimentada por un tiempo, y por tiempos, y por la mitad de un tiempo lejos de la serpiente.

15 Entonces la serpiente vomi-
tó de su boca en pos de la mujer,
cantidad de agua como un rio, á
fin de que fuese arrebatada de la
corriente.
16 Mas la tierra socorrió á la
mujer, y abriendo su boca, se
sorbió al rio, que el dragon arro-
jó de la suya.
17 Con esto el dragon se irritó
contra la mujer: y marchóse á
guerrear contra los demas del
linage de ella, que guardan los
mandamientos de Dios, y tienen
el testimonio de Jesucristo.

CAPITULO XIII.

De una bestia monstruosa de siete cabezas y diez cuernos con diez diademas, que sale del mar y blasfema contra Dios y los santos, y es adorada por los hombres. Se levanta en tierra otra bestia con dos cuernos, que da vigor á la primera.

YO me puse sobre la arena
del mar, y ví una bestia
que subia del mar, la cual tenia
siete cabezas, y diez cuernos, y
sobre sus cuernos diez diademas,
y sobre sus cabezas nombres de
blasfemia.
2 Y la bestia que ví, era seme-
jante á un leopardo, y sus piés
como los de oso, y su boca como
la de leon. Y le dió el dragon
su fuerza, su trono, y una grande
autoridad.
3 Ví luego una de sus cabezas
como herida de muerte: y su
llaga mortal fué curada. Con
lo que toda la tierra pasmada se
fué en pos de la bestia.
4 Y adoraron al dragon, que
dió el poder á la bestia: tambien
adoraron á la bestia, diciendo:
¿Quién hay semejante á la bes-
tia? y ¿quién podrá lidiar con
ella?
5 Diósele asimismo una boca
que hablase cosas altaneras, y
blasfemias: y se le dió facultad
de obrar por espacio de cuarenta
y dos meses.
6 Con eso abrió su boca en
blasfemias contra Dios, blasfe-
mando de su nombre, y de su
tabernáculo, y de los que habitan
en el cielo.
7 Fuéle tambien permitido el
hacer guerra á los santos, y ven-
cerlos. Y se le dió potestad
sobre toda tribu, y lengua, y na-
cion:
8 Y la adorarán todos los ha-
bitantes de la tierra: aquellos,
digo, cuyos nombres no están
escritos en el libro de la vida
del Cordero, que fué sacrificado
desde el principio del mundo.
9 Quien tiene oido, escuche.
10 El que cautivare á otros, en
cautividad parará: quien á
hierro matare, es preciso que á
hierro sea muerto. Aquí está la
paciencia y la fé de los santos.
11 Ví tambien otra bestia que
subia de la tierra, y que tenia
dos cuernos, semejantes á los de
un cordero, mas hablaba como
un dragon.
12 Y ejercitaba todo el poder
de la primera bestia en su pre-
sencia: é hizo que la tierra y sus
moradores adorasen la bestia
primera, cuya herida mortal
quedó curada.
13 Y obró prodigios grandes,
hasta hacer que bajase fuego
del cielo á la tierra en presen-
cia de los hombres.

14 Así es que engañó á los moradores de la tierra con los prodigios, que se le permitieron hacer á vista de la bestia, diciendo á los moradores de la tierra, que hiciesen una imágen á la bestia, que aun habiendo sido herida de la espada, vivia.
15 Tambien se le concedió el que diese vida á la imágen de la bestia, para que hablase, é hiciese que cuantos no adorasen la imágen de la bestia fuesen muertos.
16 E hizo que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos tuviesen una marca en su mano derecha, ó en sus frentes:
17 Y que ninguno pudiese comprar, ó vender, sino aquel que tuviese la marca, ó nombre de la bestia, ó el número de su nombre.
18 Aquí está el saber. Quien tiene inteligencia, calcule el número de la bestia: porque el número es de hombre: y el número de la bestia, seiscientos sesenta y seis.

CAPITULO XIV.

Aparécese el Cordero de Dios sobre el monte Sion, seguido de los justos. El Evangelio es predicado en toda la tierra. Se anuncia el último juicio. Viene Jesucristo, y se hace la misteriosa siega y vendimia de su heredad.

Y MIRE: y hé aquí que el Cordero estaba sobre el monte Sion, y con él ciento y cuarenta y cuatro mil personas, que tenian escrito en sus frentes el nombre de su Padre.
2 Luego oí una voz del cielo semejante al ruido de muchas aguas, y al estampido de un trueno grande: Y oí una voz de citaristas que tañian sus cítaras.
3 Y cantaban como un cántico nuevo ante el trono, y delante de los cuatro animales, y de los ancianos: y nadie podia aprender aquel cántico, sino aquellos ciento y cuarenta y cuatro mil, que fueron rescatados de la tierra.
4 Estos son los que no se amancillaron con mujeres: porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero do quiera que vaya. Estos fueron rescatados de entre los hombres, como primicias para Dios y para el Cordero,
5 Y no se halló mentira en su boca: porque están sin mácula ante el trono de Dios.
6 Luego ví á otro ángel que volaba por medio del cielo, llevando el Evangelio eterno, para predicarle á los que moran sobre la tierra, y á todas las naciones, y tribus, y lenguas, y pueblos,
7 Diciendo á grandes voces: Temed á Dios, y dadle gloria, porque venida es la hora de su juicio: y adorad á aquel que hizo el cielo, y la tierra, el mar, y las fuentes de las aguas.
8 Y siguióse otro ángel que decia: Cayó, cayó aquella gran ciudad de Babilonia, que hizo beber á todas las naciones del vino de su furiosa prostitucion.
9 A estos se siguió el tercer ángel, diciendo en voz alta: Si alguno adorare la bestia y su imágen, y recibiere la marca en su frente, ó en su mano,
10 Este tal ha de beber tambien

del vino de la ira de Dios, que
está preparado sin mezcla alguna en el cáliz de su ira, y ha de ser atormentado con fuego y azufre á vista de los ángeles santos, y en la presencia del Cordero:
11 Y el humo de sus tormentos
estará subiendo por los siglos de los siglos: sin que tengan descanso de dia ni de noche, los que adoraron la bestia, y su imágen, como tampoco cualquiera que recibió la divisa de su nombre.
12 Aquí está la paciencia de
los santos: aquí los que guardan los mandamientos de Dios y la fé de Jesus.
13 Y oí una voz del cielo, que
me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que de aquí en adelante mueren en el Señor: Sí, dice el Espíritu, para que descansen de sus trabajos: y sus obras los van acompañando.
14 ¶ Miré todavía, y hé ahí
una nube blanca, y sobre la nube sentado uno semejante al Hijo del hombre, el cual tenia sobre su cabeza una corona de oro, y en su mano una hoz afilada.
15 Y salió del templo otro án-
gel, gritando en alta voz al que estaba sentado sobre la nube: Echa tu hoz, y siega, porque venida es para tí la hora de segar, puesto que está seca la mies de la tierra.
16 Echó pues el que estaba
sentado sobre la nube su hoz á la tierra, y la tierra quedó segada.
17 Y salió otro ángel del tem-
plo, que hay en el cielo, que tenia tambien una hoz aguzada.
18 Salió tambien del altar otro
ángel, el cual tenia poder sobre el fuego, y clamó en voz alta al que tenia la hoz aguzada, diciendo: Mete tu hoz aguzada, y vendimia los racimos de la viña de la tierra: pues que sus uvas están maduras.
19 Entonces el ángel metió su
hoz en la tierra, y vendimió la viña de la tierra, y echó *la uva* en el grande lagar de la ira de Dios:
20 Y la vendimia fué pisada en
el lagar fuera de la ciudad, y salió sangre del lagar hasta los frenos de los caballos por espacio de mil seiscientos estadios.

CAPITULO XV.

Cántico de Moisés y del Cordero, que cantan los que vencieron á la bestia. De las siete plagas postreras, representadas en siete copas llenas de la cólera de Dios, entregadas á siete ángeles.

VI tambien en el cielo otro prodigio grande y admirable, siete ángeles que tenian las siete plagas postreras; porque en ellas será colmada la ira de Dios.
2 Y ví así como un mar de vi-
drio revuelto con fuego, y á los que habian salido vencedores de la bestia, y de su imágen, y de su marca, y del número de su nombre, que estaban sobre el mar de vidrio, teniendo unas cítaras de Dios,
3 Y cantando el cántico de
Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandiosas y admirables son tus obras, ¡oh Señor Dios omnipotente!

justos y verdaderos son tus caminos, ¡ oh Rey de los santos !
4 ¿ Quién no te temerá ¡ oh Señor ! y no glorificará tu nombre ? puesto que tú solo eres santo : y todas las naciones vendrán, y se postrarán en tu acatamiento, visto que tus juicios están manifiestos.
5 Y despues de esto miré, y hé aquí que fué abierto en el cielo el templo del tabernáculo del testimonio ;
6 Y salieron del templo los siete ángeles que tenian las siete plagas, vestidos de lino limpio, y blanco, y ceñidos junto á los pechos con ceñidores de oro.
7 Y uno de los cuatro animales dió á los siete ángeles siete cálices de oro, llenos de la ira del Dios que vive por los siglos de los siglos.
8 Y se llenó el templo de humo á causa de la gloria de Dios, y de su virtud : y nadie podia entrar en el templo, hasta que las siete plagas de los siete ángeles fuesen terminadas.

CAPITULO XVI.

Terribles efectos de los siete cálices de oro, que vierten los siete ángeles sobre la tierra.

Y OI una voz grande del templo, que decia á los siete ángeles : Id, y derramad las siete copas de la ira de Dios en la tierra.
2 Partió pues el primero, y derramó su copa sobre la tierra, y se formó una úlcera cruel y maligna en los hombres que tenian la señal de la bestia, y en los que adoraron su imágen.
3 Y el segundo ángel derramó su copa en el mar, y quedó este convertido en sangre como de un muerto : y todo animal viviente en el mar murió.
4 El tercer ángel derramó tambien su copa sobre los rios, y sobre los manantiales de aguas, y se convirtieron en sangre.
5 Y oí al ángel de las aguas que decia : Justo eres Señor, tú que eres, y has sido, y serás, porque has juzgado estas cosas.
6 Porque derramaron la sangre de los santos y de los profetas, sangre les has dado á beber : que bien lo merecen.
7 Y á otro oí que decia desde el altar : Sí por cierto, Señor Dios todo-poderoso, verdaderos y justos son tus juicios.
8 Y el cuarto ángel derramó su copa en el sol, y diósele el quemar á los hombres con fuego :
9 Y los hombres, abrasándose con el calor escesivo, blasfemaron el nombre de Dios que tiene poder sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria.
10 Y el quinto ángel derramó su copa sobre la silla de la bestia : y quedó su reino lleno de tinieblas, y se despedazaron sus lenguas á causa del dolor, .
11 Y blasfemaron del Dios del cielo por causa de sus dolores y llagas ; mas no se arrepintieron de sus obras.
12 Y el sesto ángel derramó su copa en el gran rio Eúfrates : y secó sus aguas, á fin de preparar camino á los reyes del oriente.
13 Y ví *salir* de la boca del

dragon, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos en figura de ranas.

14 Porque son espíritus de demonios que hacen prodigios, y van á los reyes de la tierra, y de todo el mundo con el fin de coligarlos en batalla para el dia grande del Dios todo-poderoso.

15 Mirad que vengo como ladron. Dichoso el que vela, y guarda sus vestidos, para no andar desnudo, ni dejar ver su vergüenza.

16 Y los congregó en un lugar, que en hebréo se llama Armagedon.

17 Y el séptimo ángel derramó su copa por el aire, y salió una voz grande del templo del cielo por la parte del trono, que decia: Esto es hecho.

18 Y siguiéronse voces, y truenos, y relámpagos, y se sintió un gran terremoto, tal y tan grande, cual nunca hubo desde que hay hombres sobre la tierra.

19 Y la ciudad grande se rompió en tres partes: y las ciudades de las naciones se arruinaron: y de la gran Babilonia se hizo memoria delante de Dios para darle el cáliz del vino de la indignacion de su cólera.

20 Y toda isla desapareció, y los montes no fueron hallados.

21 Y cayó del cielo sobre los hombres pedrisco del grandor como de un talento: y los hombres blasfemaron de Dios por la plaga del pedrisco: pues fué en estremo grande.

CAPITULO XVII.

Descripcion de la gran ramera, esto es, de Babilonia, que se embriagó con la sangre de los mártires, y se vió sentada sobre la bestia de las siete cabezas y los diez cuernos.

VINO entonces uno de los siete ángeles que tenian las siete copas, y habló conmigo, diciendo: Ven, te mostraré la condenacion de la gran ramera, que tiene su asiento sobre muchas aguas,

2 Con la cual se amancebaron los reyes de la tierra, y con el vino de su torpeza están embriagados los que habitan la tierra.

3 Y me arrebató en espíritu al desierto. Y ví á una mujer sentada sobre una bestia bermeja, llena de nombres de blasfemia, que tenia siete cabezas, y diez cuernos.

4 Y la mujer estaba vestida de púrpura, y de escarlata, y adornada de oro, y de piedras preciosas, y de perlas, teniendo en su mano una taza de oro llena de abominacion, y de la inmundicia de sus fornicaciones:

5 Y en su frente tenia escrito este nombre: MISTERIO: BABILONIA LA GRANDE, MADRE DE LAS FORNICACIONES Y ABOMINACIONES DE LA TIERRA.

6 Y ví á la mujer embriagada con la sangre de los santos, y con la sangre de los mártires de Jesus. Y al verla quedé sumamente atónito.

7 Mas el ángel me dijo: ¿De qué te maravillas? Yo te diré el misterio de la mujer, y de la

bestia que la lleva, la cual tiene siete cabezas, y diez cuernos.
8 La bestia que has visto, fué, y no es, y ella ha de subir del abismo, y vendrá á perecer: y los moradores de la tierra (aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida desde la creacion del mundo) se admirarán viendo la bestia que era, y no es, aunque sin embargo es.
9 Y aquí hay una mente que tiene sabiduría. Las siete cabezas, son siete montes, sobre los cuales la mujer se sienta.
10 Tambien son siete reyes: cinco cayeron, uno existe, y el otro no ha venido aun: y cuando venga, debe durar poco tiempo.
11 Y la bestia que era y no es, esa misma es el octavo, y es de entre los siete, y camina á perdicion.
12 Y los diez cuernos que viste, diez reyes son, los cuales todavía no han recibido reino, mas recibirán potestad como reyes por una hora con la bestia.
13 Estos tienen un mismo designio, y entregarán á la bestia sus fuerzas y poder.
14 Estos pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá: siendo como es el Señor de los señores, y el Rey de los reyes, y los que con él están, son los llamados, los escogidos, y los fieles.
15 Díjome mas: Las aguas que viste donde está sentada la ramera, son pueblos, y muchedumbres, y naciones, y lenguas.
16 Y los diez cuernos que viste en la bestia, esos aborrecerán á la ramera, y la dejarán desolada y desnuda, y comerán sus carnes, y á ella la quemarán en el fuego.
17 Porque Dios ha movido sus corazones para que hagan lo que á él le plugo, se pongan de acuerdo, y den su reino á la bestia hasta que se cumplan las palabras de Dios.
18 Y la mujer que viste, es aquella ciudad grande, que tiene imperio sobre los reyes de la tierra.

CAPITULO XVIII.

Ruina, juicio y castigo de la gran Babilonia, sobre la cual lloran amargamente los que siguieron su partido; mas los santos del cielo cantan el triunfo.

Y DESPUES de esto ví descender del cielo á otro ángel, que tenia potestad grande: y la tierra quedó iluminada con su claridad.
2 Y esclamó con fuerza, diciendo: Cayó, cayó Babilonia la grande, y está hecha morada de demonios, guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de todas las aves asquerosas y abominables:
3 Por cuanto todas las naciones bebieron del vino de la ira de su fornicacion, y los reyes de la tierra estuvieron amancebados con ella, y los mercaderes de la tierra se hicieron ricos á causa del escesivo regalo que ella tuvo.
4 Y oí otra voz del cielo, que decia: Pueblo mio, escapad de ella, para no ser participantes de sus delitos, y á fin de que no recibais de sus plagas.

5 Porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades.
6 Dadle á ella el retorno de lo que os ha dado ella misma, y aun redobládselo segun sus obras: en la copa, con que os dió á beber, echadle al doble.
7 Cuanto se ha engreido, y vivido en deleites, dadle tanto de tormento y llanto: ya que dice en su corazon: Estoy sentada reina, y no soy viuda, y no veré duelo.
8 Por eso en un dia sobrevendrán sus plagas, mortandad, y llanto, y hambre, y será abrasada del fuego: porque poderoso es el Señor Dios, que ha de juzgarla.
9 Entonces llorarán, y se lamentarán sobre ella los reyes de la tierra, que estuvieron con ella amancebados, y vivieron en deleites, al ver el humo de su incendio:
10 Puestos á lo lejos por miedo de sus tormentos, dirán: ¡ Ay, ay de aquella gran ciudad de Babilonia, de aquella ciudad poderosa! ¡ que en un instante ha llegado tu juicio!
11 Y los negociantes de la tierra prorumpirán en llantos y lamentos sobre ella: porque nadie comprará ya sus mercaderías:
12 Oro, plata, piedras preciosas, perlas, delicado lino, púrpura, seda, escarlata, toda suerte de maderas olorosas, todo género de muebles de marfil, de maderas muy preciosas, de cobre, de hierro, de mármol;
13 Canela, perfumes, ungüentos, incienso, vino, aceite, flor de harina, trigo, bestias de carga, ovejas, caballos, carrozas, esclavos, y almas de hombres.
14 Y las frutas apetecidas de tu alma te han faltado, y todo lo sustancioso, y espléndido pereció para tí, y no lo hallarás ya mas.
15 Los traficantes de estas cosas, que se hicieron ricos, se pondrán lejos de ella por miedo de sus tormentos, y gimiendo, y llorando,
16 Dirán: ¡ Ay, ay de la ciudad grande, que andaba vestida de lino delicadísimo, y de púrpura, y de grana, y cubierta de oro y de piedras preciosas, y de perlas!
17 ¡ Cómo en un instante se redujeron á nada tantas riquezas! Y todo piloto, y todo navegante del mar, y los marineros, y cuantos trafican en el mar, se pararon á lo lejos,
18 Y dieron gritos viendo el humo de su incendio, diciendo: ¿ Qué *ciudad hubo* semejante á esta grande ciudad?
19 Y arrojaron polvo sobre sus cabezas, y prorumpieron en alaridos, y llorando, y lamentando, decian: ¡ Ay, ay de aquella gran ciudad, en la cual se enriquecieron con sus preciosidades todos los que tenian naves en la mar: cómo fué asolada en un momento!
20 ¡ Oh cielo! regocíjate sobre ella, como tambien vosotros ¡ oh santos apóstoles y profetas! pues que Dios ha vengado vuestra causa sobre ella.

21 Y un ángel robusto alzó una
gran piedra como de molino, y
arrojóla en el mar, diciendo:
Con tal ímpetu será precipitada
Babilonia, la ciudad grande, y
ya no parecerá mas.
22 Ni se oirá en tí jamas voz
de citaristas, ni de músicos, ni
de tañedores de flauta, ni de
clarineros: ni se hallará en tí
mas artífice de arte alguna: ni
tampoco se sentirá en tí ruido
de atahona:
23 Ni luz de lámpara te alum-
brará en adelante: ni volverá á
oirse en tí voz de esposo, y espo-
sa: porque tus mercaderes eran
los magnates de la tierra; por-
que con tus hechizos erráron to-
das las gentes.
24 Y se halló en ella la sangre
de los profetas, y de los santos,
y de todos los que han sido muer-
tos en la tierra.

CAPITULO XIX.

Triunfo y cántico de los santos por la ruina de Babilonia, por el reino de Dios, y por las bodas del Cordero. Jesucristo, Verbo de Dios, triunfa de sus enemigos.

DESPUES de estas cosas oí en
el cielo como una voz de
muchas gentes, que decian: Alle-
luya: salvacion, gloria, honra, y
poder, al Señor nuestro Dios.
2 Porque verdaderos son y jus-
tos sus juicios, pues ha conde-
nado á la gran ramera, la cual
estragó la tierra con su prostitu-
cion, y ha vengado la sangre de
sus siervos *derramada* por las
manos de ella.
3 Y segunda vez repitieron:
Alleluya. Y el humo de ella
está subiendo por los siglos de
los siglos.
4 Y los veinte y cuatro ancia-
nos, y los cuatro animales se
postraron, y adoraron á Dios que
estaba sentado en el solio, dicien-
do: Amen: Alleluya.
5 Y del solio salió una voz, que
decia: Alabad á nuestro Dios
todos sus siervos, y los que le te-
meis, pequeños y grandes.
6 Oí tambien una voz como de
gran gentío, y como el ruido de
muchas aguas, y como el estam-
pido de grandes truenos, que de-
cia: Alleluya: porque reina el
Señor Dios todo-poderoso.
7 Gozémonos, y saltemos de jú-
bilo, y démosle la gloria: pues son
llegadas las bodas del Cordero, y
su esposa se ha puesto ataviada.
8 Y se le ha dado que se vis-
ta de lino finísimo, brillante, y
blanco: porque el lino finísimo
son las virtudes de los santos.
9 Y díjome: Escribe: Dichosos
los que son convidados á la cena
de las bodas del Cordero: y aña-
dióme: Estas palabras de Dios
son verdaderas.
10 Y me arrojé á sus piés pa-
ra adorarle. Mas él me dice:
Guárdate de hacerlo: que yo soy
consiervo tuyo, y de tus herma-
nos los que tienen el testimonio
de Jesus. A Dios has de ado-
rar. Porque el testimonio de
Jesus es el espíritu de profecía.
11 Y ví el cielo abierto, y hé
aquí un caballo blanco, y el que
estaba montado sobre él, se lla-
maba Fiel, y Veraz, el cual juz-
ga con justicia, y combate.
12 Eran sus ojos como llamas

de fuego, y tenia en la cabeza muchas diademas, y un nombre escrito, que nadie le entiende, sino él mismo.
13 Y vestia una ropa teñida en sangre: y su nombre es El Verbo de Dios.
14 Y los ejércitos que hay en el cielo, le seguian vestidos de un lino finísimo, blanco, y limpio, en caballos blancos.
15 Y de la boca de él salia una espada aguda, para herir con ella á las Gentes. Y él las ha de gobernar con cetro de hierro: y él mismo pisa el lagar del vino del furor de la ira del Dios omnipotente.
16 Y tiene escrito este nombre en su vestidura, y en el muslo: Rey de los reyes, y Senor de los senores.
17 Ví tambien á un ángel que estaba en el sol, y clamó en alta voz, diciendo á todas las aves, que volaban por medio del cielo: Venid, y congregáos á la cena del gran Dios:
18 A comer carne de reyes, y carne de tribunos, y carne de poderosos, y carne de caballos, y de sus ginetes, y carne de todos, libres y esclavos, y de chicos, y de grandes.
19 Y ví á la bestia, y á los reyes de la tierra, y sus ejércitos coligados, para trabar batalla contra el que estaba montado sobre el caballo, y contra su ejército.
20 Entonces fué presa la bestia, y con ella el falso profeta, que á vista de la misma habia hecho prodigios, con que sedujo á los que recibieron la marca de la bestia, y á los que adoraron su imágen. Estos dos fueron lanzados vivos en un estanque de fuego que arde con azufre.
21 Mientras los demas fueron muertos con la espada que sale de la boca del que estaba montado en el caballo: y todas las aves se hartaron de la carne de ellos.

CAPITULO XX.

El ángel encadena á Satanas en el abismo por el tiempo de mil años; durante los cuales los justos reinarán con Cristo en la primera resurreccion. Suelto despues Satanas, mueve á Gog y á Magog contra la Ciudad santa; pero el cielo enviará fuego que los devorará. Despues Jesucristo juzgará á todos los muertos.

VI tambien descender del cielo á un ángel, que tenia la llave del abismo, y una gran cadena en su mano.
2 Y agarró al dragon, á aquella serpiente antigua, que es el Diablo, y Satanas, y le encadenó por mil años:
3 Y metióle en el abismo, y le encerró, y puso sello sobre él, para que no ande mas engañando á las gentes, hasta que se cumplan los mil años: y despues de esto ha de ser soltado por un poco de tiempo.
4 Luego ví unos tronos, y se sentaron en ellos, y se les dió el *poder de* juzgar: y *ví* las almas de los que habian sido degollados por la confesion de Jesus, y por la palabra de Dios, y los que no adoraron la bestia, ni á su imágen, ni recibieron su marca

en las frentes, ó en sus manos, y vivieron, y reinaron con Cristo mil años.

5 Los otros muertos no revivieron, hasta cumplirse los mil años. Esta es la resurreccion primera.

6 Bienaventurado y santo, quien tiene parte en la primera resurreccion: sobre los tales la segunda muerte no tendrá poderío, antes serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años.

7 Mas al cabo de los mil años, será suelto Satanas de su prision,

8 Y saldrá, y engañará á las naciones, que hay sobre los cuatro ángulos de la tierra, á Gog, y á Magog, y los juntará para batalla, cuyo número es como la arena del mar.

9 Y estendiéronse sobre la anchura de la tierra, y cercaron los reales de los santos, y la ciudad amada; Dios hizo bajar fuego del cielo, y los consumió.

10 Y el Diablo, que los traía engañados, fué precipitado en el estanque de fuego y azufre, donde tambien la bestia y el falso profeta serán atormentados dia y noche por los siglos de los siglos.

11 Despues ví un gran solio reluciente, y á uno sentado en él, de delante del cual desapareció la tierra y el cielo, y no se halló lugar para ellos.

12 Y ví á los muertos, grandes y pequeños, estar delante de Dios, y abriéronse los libros: abrióse tambien otro libro, que es el de la vida: y fueron juzgados los muertos, por las cosas escritas en los libros, segun sus obras.

13 El mar pues entregó los muertos, que habia en él: y la muerte y el infierno entregaron los muertos que tenian dentro: y se juzgó de cada uno segun sus obras.

14 Entonces la muerte y el infierno fueron lanzados en el estanque de fuego. Esta es la muerte segunda.

15 El que no fué hallado escrito en el libro de la vida, fué asimismo arrojado en el estanque de fuego.

CAPITULO XXI.

Fin dichoso y bienaventurado estado de los justos despues del juicio, y desastrosa suerte de los pecadores. Descripcion de la ciudad celestial de Jerusalem, mística esposa del Divino Cordero.

Y VI un cielo nuevo, y tierra nueva: porque el primer cielo, y la primera tierra desaparecieron, y ya no habia mar.

2 Y yo Juan ví la ciudad santa, la nueva Jerusalem, descender del cielo de Dios, compuesta como una novia engalanada para su esposo.

3 Y oí una voz grande del cielo, que decia: Ved aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres, y él morará con ellos, y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios en medio de ellos será su Dios:

4 Y Dios enjugará de sus ojos todas las lágrimas: ni habrá ya muerte, ni llanto, ni alarido,

ni habrá mas dolor, porque las
cosas de antes son pasadas.
5 Y dijo el que estaba sentado
en el solio: Hé aquí que renue-
vo todas las cosas. Y díjome á
mí: Escribe, porque estas pala-
bras son dignísimas de fé, y ver-
daderas.
6 Y díjome: Esto es hecho.
Yo soy el Alpha y la Omega: el
principio y el fin. Al sediento
yo le daré de beber gratuita-
mente de la fuente del agua de
la vida.
7 El que venciere heredará es-
tas cosas, y yo seré su Dios, y él
será mi hijo.
8 Mas en cuanto á los cobardes,
é incrédulos, y execrables, y
homicidas, y deshonestos, y he-
chiceros, é idólatras, y á todos
los embusteros, su suerte será
en el lago que arde con fuego y
azufre: que es la muerte se-
gunda.
9 Vino á mí despues un ángel
de los siete que tenian las redo-
mas llenas de las siete plagas
postreras, y habló conmigo di-
ciendo: Ven, y te mostraré la
novia, esposa del Cordero.
10 Y me llevó en espíritu á un
monte grande y encumbrado, y
mostróme la ciudad grande, la
santa Jerusalem, que descendia
del cielo de Dios,
11 La cual tenia la claridad
de Dios: y su luz era semejante
á una piedra preciosísima, como
piedra de jaspe, trasparente como
cristal.
12 Y tenia un muro grande y
alto, con doce puertas: y en las
puertas doce ángeles, y nombres
esculpidos, que son los nombres
de las doce tribus de los hijos de
Israél.
13 Tres puertas al Oriente, y
tres puertas al Norte, tres puer-
tas al Mediodia, y otras tres al
Poniente.
14 Y el muro de la ciudad te-
nia doce cimientos, y en ellos
los nombres de los doce apóstoles
del Cordero.
15 Y el que hablaba conmigo,
tenia una caña de medir de oro,
para medir la ciudad, y sus
puertas, y la muralla:
16 Y la ciudad es cuadrada, y
tan larga como ancha: midió
pues la ciudad con la caña de
oro, *y tenia* doce mil estadios,
siendo iguales su longitud, altu-
ra, y latitud.
17 Midió tambien su muralla,
y hallóla de ciento y cuarenta y
cuatro codos, medida de hombre,
que era la del ángel.
18 Y el material de este muro
era de piedra jaspe: mas la ciu-
dad de un oro puro, parecido á
un vidrio limpio.
19 Y los fundamentos del muro
de la ciudad estaban adornados
con toda suerte de piedras pre-
ciosas. El primer fundamento
era de jaspe: el segundo, de za-
firo: el tercero, de calcedonia:
el cuarto, de esmeralda:
20 El quinto, de sardónica: el
sesto, de sárdio: el séptimo, de
crisólito: el octavo, de berilo: el
nono, de topacio: el décimo, de
crisopraso: el undécimo, de ja-
cinto: el duodécimo, de ama-
tista.
21 Y las doce puertas son doce

perlas: y cada puerta estaba hecha de una perla; y la plaza de la ciudad oro puro, trasparente como el vidrio.
22 Y yo no vî templo en ella: por cuanto el Señor Dios omnipotente es su templo, con el Cordero.
23 Y la ciudad no necesita sol, ni luna que alumbren en ella: porque la claridad de Dios la tiene iluminada, y su lumbrera es el Cordero.
24 Y á la luz de ella andarán las Gentes, aquellos que hubieren sido salvos: y los reyes de la tierra llevan á ella su gloria y su magestad.
25 Y sus puertas no se cerrarán de dia: porque no habrá allí noche.
26 Y llevarán á ella la gloria, y la honra de las naciones.
27 No entrará en ella cosa que contamina, ó quien comete abominacion y falsedad; sino solamente los que se hallan escritos en el libro de la vida del Cordero.

CAPITULO XXII.

Conclúyese la admirable y misteriosa pintura de la celestial Jerusalem, y con ella el Apocalipsi, *ó la Revelacion de Jesucristo á su discípulo amado.*

MOSTROME tambien un rio puro de agua de vida, claro como un cristal, que manaba del solio de Dios y del Cordero.
2 En medio de la plaza *de la ciudad*, y de la una y otra parte del rio *estaba* el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto: y las hojas del árbol *son* para sanidad de las Gentes.
3 Y no habrá jamas maldicion alguna: sino que el trono de Dios y del Cordero estarán en ella, y sus siervos le servirán:
4 Y verán su cara: y *tendrán* el nombre de él sobre sus frentes.
5 Y no habrá jamas noche: ni necesitarán luz de antorcha, ni luz de sol, por cuanto el Señor Dios los alumbrará, y reinarán por los siglos de los siglos.
6 Díjome mas: Estas palabras son fidelísimas, y verdaderas. Y el Señor Dios de los santos profetas ha enviado su ángel á manifestar á sus siervos cosas que deben suceder pronto.
7 Mas hé aquí que yo vengo á toda priesa. Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro.
8 Y yo Juan, soy el que he oido y visto estas cosas. Y despues de oidas y vistas, me postré ante los pies del ángel que me las enseñaba, para adorarle:
9 Pero él me dijo: Guárdate de hacerlo: porque yo soy un consiervo tuyo, y de tus hermanos los profetas, y de los que observan las palabras de este libro. Adora á Dios.
10 Díjome tambien: No selles las palabras de la profecía de este libro: pues el tiempo está cerca.
11 El que daña, dañe aun: y el que está sucio, prosiga ensuciándose: y el que es justo, justifíquese aun: y el santo, sea aun santificado.

12 Mirad que vengo luego, y
traigo conmigo mi galardon, para
recompensar á cada uno segun
sus obras.
13 Yo soy el Alpha y la Omega,
el principio y el fin, el primero
y el último.
14 Bienaventurados aquellos
que observan sus mandamientos,
para tener derecho al árbol de
la vida, y á entrar por las puer-
tas de la ciudad.
15 Fuera los perros, y los he-
chiceros, y los deshonestos, y los
homicidas, y los idólatras, y todo
aquel que ama y platica mentira.
16 Yo Jesus envié mi ángel
á notificaros estas cosas en las
Iglesias. Yo soy la raiz, y la
prosapia de David, y el lucero
brillante de la mañana.
17 Y el Espíritu y la esposa
dicen: Ven. Diga tambien quien
escucha: Ven. Asimismo el que
tiene sed, venga: y el que quiera,
tome de balde el agua de vida.
18 Ahora bien, yo protesto á
todos los que oyen las palabras
de la profecía de este libro: Que
si alguno añadiere á ellas cual-
quiera cosa, Dios descargará so-
bre él las plagas escritas en este
libro:
19 Y si alguno quitare de las pa-
labras del libro de esta profecía,
Dios le quitará su parte del libro
de la vida, y de la ciudad santa,
y de las cosas que están escritas
en este libro.
20 El que da testimonio de es-
tas cosas dice: Ciertamente yo
vengo luego. Amen. Así sea.
Ven ¡oh Señor Jesus!
21 La gracia de nuestro Señor
Jesucristo sea con todos vosotros.
Amen.

EL FIN.


THE LIBRARY OF CONGRESS


THE LIBRARY OF CONGRESS

